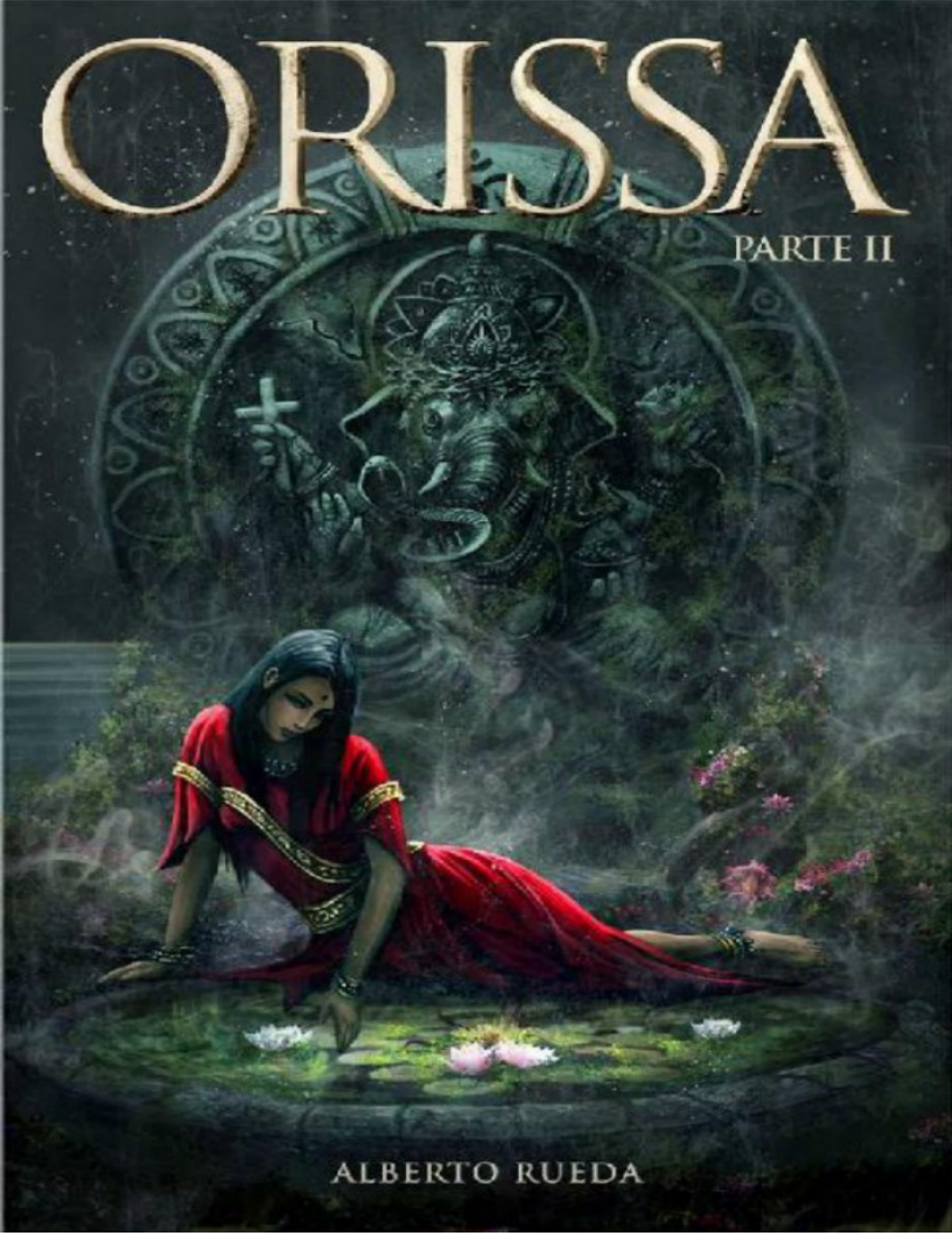
ORISSA

PARTE II



ALBERTO RUEDA

© Alberto Rueda, 2016

Ilustración de portada y diseño de cubierta por Patricio Clarey
Corrección del manuscrito original por Lucía Adam

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Más información en:
www.albertorueda.com
https://www.facebook.com/AlbertoRuedaOficial
https://twitter.com/Alberto_Rueda
contacto@albertorueda.com

1. Un creyente incondicional
2. Ni sin nombre ni con él
3. No lo dudaría ni un instante
4. Los hombres y mujeres que necesito
5. Salvajes de los bosques
6. Un enorme paso hacia delante
7. Esta tarde los echarás de menos
8. Agua para toda la ciudad
9. Lenguas de Anant
10. Qué poco ha durado tu visita
11. Para no adelantar malos augurios
12. Cierta libertad para actuar
13. Verbasco y aquilea
14. No me lo haga más difícil
15. Como un témpano de hielo
16. La confortable ceguera de lo conocido
17. Ante todo un hombre justo
18. Ese compendio infinito de luces y sombras
19. El resto de mujeres a tu edad
20. Las herramientas persuasivas adecuadas
21. Perros de paja
22. Trozos de matojos secos y sin aroma
23. Un agravio intolerable
24. Como una gran familia
25. Esa nube de sándalo y azafrán
26. Las dos cabezas visibles del grupo
27. Podrá haber más lunas en mi cielo
28. El lado positivo de las cosas
29. Una cosecha de demonios germinando al unísono
30. Aquí la tierra yace desnuda
31. Si no fuera para él una quimera
32. Entre los martilleos y golpes de cincel
33. Algo parecido a lo que tú dirías

34. **Nada de lo que sienta que se deba confesar**
35. **Como un par de ciegas lombrices**
36. **Según donde sienta las punzadas**
37. **Una fina alfombra de agua sobre las dunas del desierto**
38. **Su diplomática manera de arreglar las cosas**
39. **Una bonita y engañosa careta**
40. **La frase lapidaria que tanto temía**
41. **La homogénea textura de la cordura**
42. **Ha llegado el momento de pronunciarse**
43. **No significa que te haya olvidado**
44. **Y juntos cambiaremos la historia**
45. **Nuestra buena voluntad conjunta**
46. **El vacío de un palacio lleno de tesoros sin valor**
47. **La justicia de Dios en Cristo**
48. **Tan lejos como alcance mi vida**

PARTE II

Y la noche le dijo a la luna:
«Compañera, brilla con más fuerza,
que aunque tengo tu luz en mi vientre
sigo fría y oscura como siempre».

1. *Un creyente incondicional*

—Siéndole franco, tengo que admitir se me está empezando a acabar la paciencia, padre Dumont —avisa lord Britton, pasando la yema de sus dedos por la pared para comprobar si la pintura se adhiere a ellos.

Sentado frente a él, monseñor Dumont piensa en lo poco que le apetecía hoy recibir su visita. Y mucho menos cuando el gobernador viene en ese plan, exigiéndole unos resultados a los que de ningún modo se había comprometido.

—Ya le advertí que lo que me pedía era un proceso lento y progresivo —explica el obispo—. La fe de las personas no se gana de la noche a la mañana. Hay que trabajar dentro de su mente, ordenar las piezas que le dan forma y con ellas modelar su comportamiento. Además, ¿está usted olvidando que sigo oficiando en ese mísero templete porque no es capaz de terminar de una vez mi nueva iglesia?

—Sí, sí, todo eso lo entiendo —reconoce lord Britton de mala gana—. Pero debe tener presente que mi aguante tiene un límite. Soy consciente de que cuenta con limitaciones de espacio y ese templo se le empieza a queda pequeño. Sin embargo, últimamente me da la impresión de que se encuentra más preocupado de los escarceos amorosos de ese paria que de sus propios asuntos. «Nuestros» propios asuntos, en realidad —le reprocha entonces, molesto con la actitud del obispo—. Lo que haga o deje de hacer ese chico es un tema que a mí no me importa en absoluto, así que no voy a tolerar que interceda en nuestros planes. Y, por supuesto, no lo use para justificar su incapacidad para acrecentar más rápidamente su rebaño.

—Juraría que ha sido usted quien lo ha sacado esta vez a colación —apunta monseñor Dumont, que no está acostumbrado a recibir acusaciones tan severas.

El gobernador gruñe disgustado. No va a permitir que el obispo siga andándose por las ramas mientras todo su proyecto se desmorona ante sus ojos.

—Lo he hecho porque ya me he cansado de aguantar sus lloriqueos —le espeta sin tapujos—. Céntrese de una vez en hacer bien su labor o esta empresa se irá al garete, y nosotros con ella.

Pero el obispo no está dispuesto a cargar con la responsabilidad de la, a su juicio, mala planificación del gobernador. Si este creía que simplemente chasqueando los dedos media población iba a ser convertida al cristianismo estaba ridículamente equivocado. Ahora debe asumir su parte de culpa y no señalarle a él como el único responsable del lento desarrollo del plan.

—Le recuerdo que pedí su ayuda para librarme de la florista y rehusó concedérmela. Como consecuencia, el chico dejó la abadía, dio la espalda a su religión y terminó casándose con ella. Como podrá suponer, fue un contratiempo que está teniendo sus consecuencias.

—Yo no rehusé a nada. Me negué a lo que me pedía porque matar a una niña antes de su menarquia raya lo demencial. Continuamente hay gente alrededor nuestro deseando cumplir encargos de ese tipo, pero usted recurre a mí, que ostento un cargo notorio y puedo ver mi carrera arruinada en un suspiro.

—Si accedí a usted es porque creía que contaba con profesionales a su lado capaces de encargarse del asunto. Obviamente, para meterme en los suburbios y buscar al indigente con peor pinta que exista no le necesito a usted.

—Está bien, hagamos un ejercicio de autocontención los dos y no nos volvamos demasiado alarmistas.

—No es alarmismo. La renuncia de ese muchacho a nuestra doctrina y su casamiento con una persona de otra casta ha levantado polvaredas, incluso dentro de nuestros círculos de influencia. Y eso, como es natural, aparte de hacernos perder seguidores, personalmente me está desgastando física y anímicamente. Yo a ese chico le quería como a un hijo.

El gobernador se acerca, pensativo, hasta la mensa y raspa su superficie con la uña. Obviamente, le trae sin cuidado el dramatismo del obispo respecto a su relación con el muchacho, pero no puede permitir que esta les perjudique.

—Está claro que todavía no es tarde para que recobre su credibilidad. Pero eso sí, hay que dar los pasos adecuados.

—Esa es exactamente la actitud que adopto, aunque no sé por qué usted se empeña en aferrarse al pesimismo. El marajá acaba de darle su beneplácito a la hija del comerciante, algo imprescindible para que nuestro propósito echase a andar. Y no hemos tenido que mancharnos las manos con la sangre de su princesa, lo que también es de agradecer. En cuanto Aysha le dé su primer varón podremos liquidarle y las puertas del reino se abrirán para nosotros de par en par.

—Así es. Pero acuérdese de lo que hay que hacer cuando un miembro del cuerpo se gangrena —dice lord Britton, volviendo al problema que supone la aparición de un tránsfuga en la congregación.

—Cortar por la parte no afectada lo más cerca posible del tejido muerto.

—Exacto. Y cuanto antes, para evitar que la infección se extienda. Si la muerte llega al flujo sanguíneo acabará contaminando los órganos vitales y el sujeto en cuestión fallecerá inevitablemente.

La metáfora de lord Britton comparándoles con los órganos del cuerpo humano hace que el prelado se pregunte si se verá a sí mismo como el cerebro y, en ese caso, con qué otro órgano le identificará a él. Aunque pensándolo bien, prefiere no saberlo.

—Busque a la persona adecuada para realizar el encargo que quería pedirme a mí —le aconseja lord Britton—. Alguien en quien pueda confiar, que trabaje motivado por la grandeza de su espíritu y no de sus bolsillos.

Monseñor Dumont se acuerda de pronto del devoto personaje que encontró sentado en los bancos de su capilla. Rezaba con una dedicación que le impedía prestar atención a lo que ocurría a su alrededor. Desde aquel día se había fijado en él. No se perdía ni una sola misa, se confesaba a diario y a menudo hacía buenas donaciones. Sin lugar de dudas, era justo lo que estaba buscando: un creyente incondicional con mucha prisa por ganarse la gloria eterna y ciertas dosis de sadismo.

—Ahora que lo pienso, creo que tengo a la persona adecuada.

—¡No me diga! ¡Bien! Parece que no era tan difícil y que, después de todo, tampoco necesitaba mi ayuda.

—En realidad sí necesitaría un pequeño favor.

—¡Vamos, no me fastidie!

—Debemos entretener unos días al muchacho para dejar despejado el terreno. Entonces atacaremos al cervatillo, que poco podrá hacer por escapar estando solo y desprotegido.

El gobernador frunce el ceño ante la nueva petición del religioso.

—Sorpréndame… ¿En qué me concierne?

—Bueno, apreciaría mucho que me diese alguna idea sobre cómo mantener al chico alejado de su musa espiritual durante al menos un mes. Si tiene alguna soy todo oídos.

El mandatario se mordisquea el labio tanteando opciones. No tendría el más mínimo interés en ayudar al obispo si no fuera para

conseguir algo a cambio, así que, aunque camuflada, esa debe ser su mayor premisa.

—Bueno, creo que se me ha ocurrido algo —dice lord Britton, tomando asiento a su lado. A juzgar por su rostro, parece estar contemplando una posibilidad como mínimo bastante provechosa.

—¿Ya? —pregunta, sorprendido, el obispo. «Este tipo no será muy listo, pero es innegable que su pensamiento fluye veloz».

—Bueno, es solamente una idea, como usted dice. Probablemente no sea la mejor, pero, dadas las apremiantes circunstancias, se puede partir de ella y ver hasta dónde se nos permite hacerla madurar. Usted dígame si le gusta.

—Dispare, pues.

—El cónsul británico en Darjeeling es un buen amigo mío desde su llegada a la India, hace ya unos cuantos años —empieza a decir el gobernador, hilvanando con cuidado sus ideas para evitar adquirir compromisos innecesarios—. En una ocasión me invitó al consulado y me mostró sus majestuosas plantaciones de té. Imagínese, cientos de campesinos esmerándose en recoger con cuidado las delicadas y frescas hojas para satisfacer paladares tan refinados como el suyo y el mío.

Aunque venga del gobernador, a monseñor Dumont le encanta oír hablar de cualquier cosa relacionada con el té. Sobre todo si es de la mejor calidad.

—De vez en cuando —prosigue el mandatario— el cónsul me envía algún lote para que pueda degustar los frutos de su trabajo y le puedo asegurar que son de categoría. La próxima vez que reciba uno quizá tenga la ocasión de invitarle a usted a mi despacho para que lo disfrute conmigo.

El obispo se pregunta entonces por qué lord Britton se empeña en ofrecerle siempre *whisky*, sabiendo que es un gran admirador de tan exquisita infusión. Al final, como siempre, prefiere no malgastar más tiempo intentando descifrar la personalidad del inglés y decide centrar sus esfuerzos en cosas más productivas.

—El pobre cónsul, como podrá suponer, se encuentra prácticamente aislado del mundo, allá en las frías laderas del Himalaya. Cualquier suministro que solicite debe pasar por el puesto de control de importaciones del puerto de Calcuta, a donde llegará por barco desde su particular lugar de origen. Como se imaginará, no todos los artículos que se enfrentan a esos controles pueden considerarse, digamos, legales, y depende de varios factores el que los traspasen o sean confiscados por algún agente. Una de las funciones de mi cargo es velar por que los pedidos del cónsul

formen parte de ese primer grupo.

Monseñor Dumont tiene la sensación de perderse siguiendo las explicaciones del gobernador. No encuentra la asociación entre lo que estaban tratando y las malas prácticas que repentinamente le ha dado por confesarle. Aunque, a estas alturas, no le sorprende ni una cosa ni la otra. «¿Sobornar a los agentes de aduana para que el cónsul pueda recibir artículos ilegales? Muy propio de alguien con la potestad adecuada para hacerlo». El obispo cada vez tiene más claro a dónde van a parar los fondos destinados a la gobernanza de la región que lord Britton recibe del Reino Unido.

—Señor Britton, creo que no le sigo…

—Sí, sí… —balbucea el gobernador recolocándose en su silla—. A lo que voy es que podríamos encargar a ese chico la entrega de uno de esos pedidos que ha llegado a principios de semana y aguarda todavía en mis almacenes a ser enviado.

—Un mensajero, ¿eh?

El obispo empieza a interesarse por la idea de lord Britton.

—Sí —confirma el gobernador, sabiendo que ha vuelto a dar en el clavo—. Naturalmente, no necesito a su chico para despachar el pedido, pero esto le mantendrá alejado un par de meses. Si contamos con el viaje de ida y la vuelta, calcule que dispondrá más o menos de ese margen. Creo que tendrá tiempo de sobra para dar caza a su cervatillo, ¿no es cierto?

Monseñor Dumont parece complacido ante la idea del gobernador. Dos meses es tiempo más que suficiente para actuar sin agobios ni precipitaciones. De hecho, puede dejar que pase un tiempo antes de hacer nada y así nadie relacionará el encargo del gobernador con la muerte de la chica. Monseñor Dumont sabe que la justicia en el país es tan estúpida que busca siempre el posible móvil más cercano al delito, pasando por alto algunos indicios mucho más sólidos únicamente por haber ocurrido con anterioridad. No se molestan en bucear en la línea temporal y eso es algo que hay que aprovechar.

—¿Le parece bien entonces? —pregunta de nuevo lord Britton ante la aparente pasividad del religioso.

—Creo que sí —asiente finalmente este.

El mandatario abre un cajón de su escritorio y extrae una cuartilla y un sobre con el membrete del Gobierno regional y el escudo monárquico. Revisa que no esté deteriorado y se lo entrega al obispo.

—Tenga, cubra esto y entrégueselo al muchacho para que lo lleve consigo hasta el consulado —indica el gobernador, dejando

ambos objetos frente a él—. Ponga lo que quiera, que le envíe una caja de hojas perfumadas con aroma de membrillo o algo así. Lo que escriba no tiene importancia, así que aproveche para conseguir algo que le pueda apetecer. En dos días saldrá un carromato de la puerta de ese edificio, en el que irá el cargamento y algunas personas relacionadas con otros asuntos diplomáticos de los que el chico obviamente no tiene competencia para ocuparse. Asegúrese de que esté aquí preparado a primera hora de la mañana para partir junto a ellos.

—Aquí estará —asegura el padre Dumont, estrechando con satisfacción la mano del gobernador.

1. *Ni sin nombre ni con él*

Las pesadillas se han instalado en su cabeza desde hace días como si una gran araña se hubiese colado en ella para establecer su nido y se dedicase con mano experta a tejer sus malos sueños. A veces, cuando la araña es lenta confeccionando su tela, Narayan logra dormitar durante un par de horas seguidas, pero luego ella termina su labor y se despierta sudoroso, tendido en un suelo encharcado, absorto en una realidad tan inmaterial e ilusoria como los propios pensamientos.

Ya no come y apenas bebe. La humedad se aferra a sus huesos con tanta fuerza como los grilletes a sus muñecas. Siente mucho frío. Probablemente lleve varios días sufriendo fiebres altas y en su piel han aparecido unos rojos sarpullidos con muy mal aspecto. Haber pasado su infancia en las cloacas, acostumbrado a unas condiciones parecidas, es lo único que le ayuda a mantenerse con vida. Pero entonces no era como ahora. Recuerda que aquellos días le salvaba su voluntad de vivir. Ahora para él ya nada tiene sentido.

Su mente flota sumida en la bruma que le rodea. Las imágenes llegan a su cabeza como arrastradas tímidamente por el céfiro. Ve a la chica de las flores sonriendo radiante bajo los rayos del sol en su puesto del mercado. Ve al mendigo, a dos guardias que le detienen y le encarcelan. Entonces la delicada brisa se vuelve de repente huracán y las imágenes pasan de largo ante él, volatilizándose en un vacío en el que todo se vuelve etéreo. El Chico sin Nombre lleva días sin hablar, tal vez le hayan cambiado de galería. O quizá los guardias se han cansado de su impertinencia y se lo han quitado de en medio, al igual que han ido haciendo con otros reclusos mucho menos osados. Ese pobre Chico sin Nombre llevaba mucho tiempo tentando a la suerte.

En el pensamiento de Narayan toma forma ahora el limpiador de la celda. Lo ve reírse con una mueca sarcástica. Su cara se retuerce en espiral mezclando sus facciones como si fuera un lienzo de pintura fresca.

«Mira que te dije que te cuidases», dice el hombre a través de una inmensa mueca desfigurada. Acto seguido, el hombre coge un gran cubo de agua y lo arroja sobre su cuerpo desnudo. Este se contrae con un espasmo violento y comienza a tiritar con más

fuerza que antes. El agua está helada.

«¡Vamos, hombre, espabila!», apremia la boca del limpiador desde el centro de la hipnótica espiral facial. «Arriba hay alguien que quiere verte».

El hombre da un par de golpecitos con su bota en el brazo de Narayan buscando una reacción, pero el joven yace en el suelo sin fuerzas, semiinconsciente.

—Joder, siempre te he pedido que mantuvieses limpia tu celda, pero no me refería a que te lo hicieras todo encima. ¿De qué me sirve entonces no tener que limpiar el suelo si tengo que limpiarte a ti?

El hombre le quita la ropa y le echa otro buen cubo de agua por encima. Luego le frota las nalgas y las piernas con sus viejas ropas y las aparta a un lado.

—Espera que te traiga algo decente para que te lo puedas poner —dice el hombre y sale de la celda.

Al poco regresa con un pantalón y una chaqueta secos y, ayudando al joven a ponerse en pie, le va vistiendo poco a poco.

—Se van a cansar de esperarte. Y no te conviene en absoluto que eso ocurra. Te lo digo como amigo; si esos dos se van, ya no volverán.

Lentamente Narayan va recobrando la consciencia y, apoyado en el hombro del limpiador, es sacado de la celda. Juntos suben por unas escaleras que les llevan al piso superior, aún bajo tierra. Los ojos de Narayan sufren las consecuencias de una falta de luz prolongada y a duras penas puede mantenerlos entreabiertos a medida que la claridad va aumentando.

Al llegar a una sala iluminada el limpiador le ayuda a sentarse en una silla y le coloca una venda sobre los ojos.

—Buena suerte, amigo. Si todo va bien no nos volveremos a ver nunca más. Pero si me echas de menos estaré esperándote allá abajo. Tendré tu celda bien limpia por si la extrañas —dice riendo.

—Es… espera —consigue articular Narayan.

El hombre se da la vuelta. No pensaba oírle hablar.

—¿Qué quieres?

—¿Dónde está el otro chico?

—¿Qué otro chico?

—El que ha ocupado la celda de enfrente hasta hace poco. ¿Qué ha sido de él?

—No ha habido ningún chico —asegura, sorprendido, el hombre —. Los últimos compañeros de galería que tuviste fueron aquellos dos molestos cómicos enturbiadores de fuentes.

—Me refiero al Chico sin Nombre. ¿A dónde le habéis llevado?

—Ni sin nombre ni con él. Ya te he dicho que no ha habido nadie más desde entonces.

El hombre da por finalizada la conversación, se despide de alguien que debe estar presente pero no le contesta y sale de la sala, dejando a Narayan desconcertado. Sabe que hay dos personas con él, pues nota sus respiraciones de forma diferenciada.

Mientras alguno de ellos se anima a hablar, Narayan se pregunta qué buscaba el carcelero mintiendo sobre la existencia del Chico sin Nombre.

Al poco uno de los hombres se anima a romper el silencio.

—Como usted pidió: un chico joven y resistente, sin delitos de sangre atribuidos y sin nada que perder. Parece que ha empezado a sufrir delirios, pero se recuperará pronto en cuanto empiece a darle el aire fresco en la cara.

—Muy bien, pero quiero que le vea un médico inmediatamente. Tal y como está parece poco más que un topo enfermo. Si logra recuperarse pronto creo que nos servirá —dice el segundo hombre con un acusado acento británico—. ¿Entonces no hay más como este en los calabozos?

—No, qué va. Este era el último que quedaba en el segundo sótano. Como ha dicho el carcelero, lleva allí aislado unos meses.

—¿Es cierto lo que me han dicho de él?

—Sí. Nadie se explica cómo, pero ha estado encerrado casi dos años y ha sobrevivido.

—Increíble —responde el segundo hombre.

—¿Podría dejarnos un momento a solas, por favor?

—Claro. Vendré en cinco minutos.

Con un saludo cortés, el primer hombre abandona la sala, dejando a Narayan junto al enigmático visitante.

—Hola, Narayan —le dice el hombre con voz profunda. Narayan tiene la sensación de que está forzándola, tal vez para camuflar su voz real y evitar que la reconozca—. Según he oído, eres un chico difícil de doblegar.

Narayan cree que lo más sensato es no decir nada.

—Eres capaz de subsistir en unas condiciones en las que ni siquiera las ratas duran más de una semana. Sería interesante saber el número de generaciones de roedores que habrás visto pasar por tu lado.

El hombre da tres o cuatro pasos lentos y marcados haciendo resonar sus tacones en la pequeña habitación. Después arrastra una silla y se sienta en ella cerca de él. Huele a tabaco y a alcanfor.

—El limpiador me decía que en una ocasión estuviste dos semanas enteras sin comer ni apenas beber —le susurra como quien comparte un secreto.

Por primera vez, Narayan reacciona dedicándole un pequeño asentimiento.

—Todo eso está muy bien, pero ¿querrías mostrarme hasta dónde eres realmente capaz de llegar por tu libertad?

1. *No lo dudaría ni un instante*

Monseñor Dumont otea desde la ventana de su alcoba el mar de sucios tejados que se extienden frente a él como un vigía apostado en la gavia de un viejo navío. Los rayos de sol que brotan de la espléndida mañana se cuelan solemnes en la estancia, bañando su cuerpo con un chorro de blancura infinita. A su alrededor, algunas partículas de polvo danzan en suspensión igual que un enjambre de diminutas mariposas ansiando su bendición. El obispo sostiene en su mano lesionada una humeante taza de té que se acerca cada poco a la boca con movimientos pausados. Entre sorbo y sorbo aprovecha para inspirar el placentero aroma que las verdes hojas desprenden en exclusiva para él.

A no mucha distancia de él se encuentra el hermano Anderson, recto como una columna y cruzado de brazos.

—Desde siempre has gozado de mi consideración y de mi gracia —asegura el obispo sin apartar la vista de la ventana—. Te has beneficiado de mi bondad una y otra vez, y raras veces te he pedido algo a cambio, ¿cierto? —pregunta esta vez girando lentamente la cabeza hacia el interior de la habitación—. Sin embargo, hoy debo dejar a un lado esa sana costumbre y solicitarte un favor un tanto especial. —Monseñor Dumont hace una pausa—. Estarás conmigo en que es lo justo.

Nagesh aguarda junto a la entrada sin decir nada, con sus ojos clavados en él y su ira amarrada con soga gruesa. Desconoce cuál es el motivo por el que el muy canalla le ha hecho llamar, pero ha de admitir que tiene agallas. «Siempre las ha tenido, ¿por qué iba a comportarse de forma distinta ahora?». En otro tiempo se valía de ser su tutor para mantenerle sometido a su voluntad. Se apoyaba en todo lo que el chico le debía por haberle acogido en su abadía y haberle ofrecido un techo, una educación y un plato de sopa caliente.

Pero ahora Nagesh conoce sus miserias. Sabe que el obispo asesinó a su hermano nada más nacer, enterrando su cuerpo bajo una higuera mientras aún estaba cubierto de sangre y restos de placenta. Prefiere no decantarse por pensar que todavía respiraba. Años más tarde, él había encontrado sus diminutos huesecitos gracias a un cuervo curioso que le había ayudado a desenterrarlos.

Ingenuamente, había creído que se trataba del esqueleto de alguna liebre. ¡Qué idiota se sentía ahora!

A Nagesh le gustaría preguntarle el motivo. Que le dijera qué le impulsó a secuestrar al hijo recién nacido de una campesina y un sepulturero con la única intención de acabar con su vida. También le gustaría preguntarle otras cuantas cosas. Si como Nagesh cree, su hermano murió por la desafortunada circunstancia de haber nacido antes que él, ¿acaso pensaba el obispo que aquel niño sería el único hijo alumbrado? De haber sabido que venía otro en camino, ¿lo habría secuestrado también? ¿Los habría asesinado a ambos por igual o encerraba algún significado acabar solo con el primogénito? Está claro que en su mente hay un montón de interrogantes a los que monseñor Dumont tendría que dar respuesta. Después le estrangularía muy despacio, enroscándole su estola morada alrededor del cuello y apretando como si fuese la cuerda que ha de amarrar un saco de trigo.

De hecho, si ahora no estuviese el hermano Anderson presente es lo que haría. Lo había decidido después de que Anuj apareciera esta mañana por su casa para avisarle de que el obispo Dumont demandaba su presencia. Pero puestos a consumar su venganza, Nagesh sabe que es preferible evitar que haya testigos y, obviamente, no se le pasa por la cabeza asesinar también al vicario. Siempre se comportó de forma mohína con él, pero eso no significa que merezca la misma suerte que el obispo, ni muchísimo menos.

Puesto que debe posponer su venganza para otro día, Nagesh opta por actuar ante monseñor Dumont con la mayor naturalidad que puede fingir. No tendría sentido comenzar a lanzar acusaciones que le hagan adoptar una posición defensiva ante él. Es mejor que desconozca hasta dónde alcanzan sus averiguaciones. De ese modo, cuando llegue el momento adecuado, podrá sorprenderle como a un corderito dócil y confiado. Mientras tanto, lo más inteligente es aparentar seguir siendo el niño asustadizo al que hace años dio cobijo en la abadía. Aquel que temía la oscuridad y sufría horrendas pesadillas cada noche. Haberse liberado de la opresión del obispo había reforzado su seguridad en sí mismo, espantado los miedos y forjado en él un carácter decidido. Es cierto que todavía algunas noches las pesadillas regresan a su cabeza, pero ya casi las considera una especie de entrenamiento mental inofensivo.

Pero aunque no lo haga hoy, pronto se quitará la máscara y le mostrará al obispo cómo es en realidad. Seguramente entonces se lleve una última y desagradable sorpresa antes de ser enviado al infierno al que pertenece. Mientras tanto toca limitarse a escuchar

las razones por las que monseñor Dumont se empeña en recordarle todo lo que se supone que le debe.

Para ser sinceros, a Nagesh le resulta hasta gracioso que el obispo le esté hablando de favores. Debe existir otra realidad en su cabeza en la que cree llevar toda su vida haciéndolos y ahora necesita que le compensen con una ínfima parte de su generosidad. Pero Nagesh sabe por experiencia que los favores que concede el clero suelen ser costosos de devolver y le resulta patética la desfachatez del obispo sugiriéndoselo, después de todas las atrocidades que ha cometido en su vida. Le ha tenido viviendo bajo el amparo de una mentira, simulando ser un pastor misericordioso cuando en verdad no es más que un mísero asesino carente de cualquier rasgo de humanidad. Nagesh sabe que como él hay varios cientos merodeando por los callejones de la ciudad cuando cae la noche. La única diferencia es que la mayoría de ellos normalmente no se preocupan por que se les pueda oír llegar.

En lugar de avergonzarse ante él y pedirle disculpas, monseñor Dumont se deleita con su ardiente infusión de té mientras le habla de justicia.

—Por favor, hermano Anderson, ¿puede darle al chico ese sobre? Este maldito reuma me está matando.

El monje se dirige hacia la mesa y coge el sobre que le indica el obispo. Después se acerca hasta Nagesh y le hace entrega del mismo. El chico lo mira con extrañeza. Es un pequeño sobre lacrado, provisto del escudo de la Corona británica. Lleva escrito en letras grandes un nombre que Nagesh jamás ha oído: sir David Sheercliff. La caligrafía tampoco se corresponde con la de monseñor Dumont. Quien lo haya escrito debe haberse tomado su tiempo, en vista de los trazos cuidados y uniformes empleados. O eso o es alguien acostumbrado a escribir documentos en los que la presentación es muy importante. Quien haya sido también se ha preocupado de usar un sobre de papel oscuro que imposibilita leer el mensaje que lleva doblado en su interior.

Nagesh no tiene ni idea de por qué le dan a él una carta que va dirigida a otra persona, pero pronto lo va a descubrir y entonces preferirá no haberlo hecho.

—El gobernador lord Britton se encuentra muy involucrado en fortalecer los lazos diplomáticos que nos unen con nuestras provincias vecinas —explica el obispo Dumont a modo introductorio—. El cónsul de Darjeeling es uno de los mayores productores de té del país y un excelente estratega comercial, además de un buen amigo de la emperatriz, según he oído. Lord

Britton ve en él un baluarte muy importante de cara a posicionarse en el mapa territorial.

Nagesh escucha la soporífera retahíla del obispo intentando templar su rencor. Todo lo que pueda contarle a estas alturas le importa bien poco. No quiere saber nada de la Corona, ni de las estúpidas ambiciones políticas del gobernador, ni de los sermones rancios y vacíos que tanto le gusta promulgar al obispo. Porque, por si fuera poco, la religión también le ha defraudado. Nagesh sabe que todos los años que ha pasado enclaustrado en el monasterio no servirán nunca de nada. Incluso se siente profundamente decepcionado con las personas que allí más admiraba, como el hermano Saravanan. Nagesh no entiende cómo pudo seguir viviendo y orando durante años junto a un ser tan despreciable como monseñor Dumont, sabiendo algunas de las cosas tan horribles que había hecho. «¿Quién sabe lo que habrá podido hacer en su más de medio siglo de andanzas?», se pregunta Nagesh, suponiendo que la mayoría de sus fechorías ni siquiera habrán salido a la luz. Está seguro de que el hermano Alfred no conocía esa oculta faceta del obispo. Él sí que no hubiera compartido refugio espiritual con un repulsivo asesino de niños.

Nagesh también empieza a sentir simpatía, aún sin haberle conocido, por el hermano Visharad. Aquel hombre no había dudado en desertar al descubrir que el obispo había enterrado a un bebé en el jardín y no era capaz de ofrecer una explicación convincente de lo sucedido.

Pese a su desinterés por cuanto oye, y a tener la mente puesta en cómo de cruentas serán sus represalias, Nagesh quiere aparentar estar prestando atención al obispo. La experiencia le dice que eso reduce considerablemente el tiempo de audiencia. «Mañana puede ser un buen día para ir hasta la costa al salir de la herrería. Como ha mejorado la meteorología puede que los pescadores salgan a faenar y necesiten que alguien les ayude a desenredar las redes. Además, así al día siguiente podría tener un bonito arpón en el que ensartar su garganta», piensa Nagesh mientras le creen escuchando.

Monseñor Dumont hace una pausa para acercarse la taza a los labios y comprobar su temperatura. Cada día que pasa prefiere el té menos caliente y Anuj parece tener la manía de hacerlo hervir siempre demasiado. Su vieja dentadura no lo soporta, pero el novicio parece no entenderlo.

—Es de suma importancia que le entregues ese mensaje a su destinatario —le dice el padre Dumont, señalando hacia el sobre que el vicario acaba de darle—. Mañana por la mañana te unirás a

un grupo de personas y partiréis juntos hacia Darjeeling. En cuanto llegues se lo darás al cónsul personalmente. Después podrás volver a la ciudad y tu deuda conmigo quedará saldada.

—¿Qué? ¿Me está pidiendo que vaya a entregar una carta en su nombre?

«Así que de eso se trata. Quiere que sea su mensajero».

—Justamente.

—¿Y qué hay de las amenazas que profirió el día de nuestra boda? —le recuerda secamente Nagesh—. Se coló en nuestra casa, desacreditó y maldijo nuestra unión y, no contento con eso, nos emplazó a carbonizarnos entre las llamas del averno. ¿Debo actuar como si aquello nunca hubiese ocurrido?

Monseñor Dumont hace un gesto de sorpresa ante tal acusación.

—Los jóvenes soléis ser propensos a la exageración —se escuda, mostrándose incluso ofendido.

Solo con presenciar su semblante, Nagesh siente la imperiosa necesidad de saltar sobre él y clavarle una y otra vez las uñas en sus ojos hasta haber vaciado sus cuencas por completo. Le gustaría arrancarle esa lengua bífida y mordaz, capaz de cortar con la precisión de un sable, y hacérsela tragar.

—¡Oh, vamos! ¿Vas a hacer caso a todas las salidas de tono de este pobre viejo? —sigue restándole importancia el padre Dumont.

Nagesh intenta tragar saliva, pero en su boca solo hay una pasta amarga que reseca su garganta y hace arder su estómago. Sabe que no es el momento. No podría arrancarle el intestino y estrangularle con él, para después salir andando tranquilamente de allí. El vicario no lo permitiría y, además, hay mucha gente frecuentando los aledaños de la iglesia a estas horas como para poder escapar sin ser visto. Si algo le enseñó el hermano Gorgonio es que la paciencia es el ingrediente secreto de los guisos mejor preparados. El momento llegará, ya sea tarde o temprano, pero llegará.

Nagesh trata de sellar sus labios para contener palabras inoportunas y asimilar lo que monseñor Dumont le está pidiendo. Luego expulsa de golpe todo el aire de sus pulmones en un resuello desvaído.

—Ha dicho Darjeeling. Ese lugar está muy al norte, ¿no es cierto? —logra preguntar Nagesh, fingiendo adoptar una actitud de simple extrañeza.

—Así es, cerca del Tíbet. Me alegra que hayas prestado atención a las lecciones de geografía que te han sido impartidas —contesta, alegre, monseñor Dumont.

Nagesh no está para ironías y prefiere obviar el comentario del

obispo.

—Pero eso significa que tendré que estar lejos de casa varios días.

—Unas ocho o nueve semanas, si obviamos los imprevistos —confirma el prelado sin darle demasiada importancia. Sin embargo, al ver la cara de disconformidad de Nagesh, busca mostrarse más comprensivo—. Oye, si lo que te preocupa es no poder estar cerca de tu mujercita puedes estar tranquilo. Pediré a Anuj que le lleve comida todos los días y se encargue de que no le falte de nada. Antes de que se dé cuenta de que te has ido estarás de nuevo a su lado.

Nagesh intenta convencerse de que Shefali ha estado muchos años cuidando de sí misma antes de conocerle, por lo que dos meses más no deberían suponer ningún problema para ella. Aun con todo, no le hace ninguna gracia tener que renunciar a su compañía por un absurdo capricho del obispo y no piensa acceder a complacerle así por las buenas.

—¿Qué pone el mensaje? —se interesa Nagesh, procurando sonsacarle más información sobre el motivo de su viaje y el objetivo real que persigue.

—Ah, nada importante… —empieza a decir monseñor Dumont antes de interrumpirse, como si en última instancia descartase una respuesta totalmente improvisada.

—¿Y para qué debo llevar en persona algo que no es importante? ¿No ha dicho que viajan más personas en ese grupo? ¿Por qué no puede realizar la entrega cualquiera de ellas?

—Nada importante a simple vista, quería decir —busca disimular rápidamente monseñor Dumont. Sin embargo, a Nagesh ya nada de lo que el obispo pueda decir le suena convincente—. Para los que no entendemos de política, no nos dicen demasiado estas cosas, ya sabes.

—Entonces, ¿el mensaje lo envía usted o va de parte del gobernador? —pregunta Nagesh, quien empieza a desconfiar a causa de las nerviosas respuestas del obispo.

—Esto…, de parte del gobernador —balbucea—. Como te dije antes, lord Britton tiene un enorme interés en afianzar sus relaciones con el cónsul. Aunque también yo he aprovechado la carta para pedirle que me envíe una muestra de su reputado producto.

Entonces monseñor Dumont decide tomar las riendas de la conversación antes de que el muchacho logre incomodarle de veras con tanta pregunta.

—Nagesh, creo que estás en deuda conmigo —dice, utilizando un tono marcadamente artificial—. Y te prometo no solo condonar todas esas deudas, sino también que a tu vuelta os pagaré a ti y a tu mujer una suma conveniente. Dejaré que me pidas lo que quieras y, si está en mi mano, trataré de conseguírtelo, tal y como he hecho siempre.

Monseñor Dumont mira de reojo al muchacho buscando algún tipo de efecto sobre él, pero este se mantiene inexpresivo.

—Además, no querrás que por una desafortunada decisión tu mujer se entere de que el idílico marido al que acogen sus piernas no es en realidad el brahmán que dice ser, sino un paria miserable que con cada feroz sacudida devora un poco más su pureza, contamina su sangre y mancilla su linaje.

El inesperado y brutal chantaje del obispo enerva a Nagesh, que repentinamente encuentra serias dificultades para no perder la paciencia. Amenazarle con hacer pública su auténtica identidad es un golpe bajo, una jugada rastrera impropia de alguien que alardea de su fraternidad. Nagesh está seguro de que si alguien de la familia de Shefali se enterara de su origen impuro, iría a por él y acabaría colgándole por los pies de un árbol, dejándole allí hasta que los ojos se le cayeran al suelo. Sin embargo, lo que más le preocupa es el dolor que le provocaría a ella saber que ha sido engañada. Nagesh es consciente de que no ha obrado bien ocultándose tras la máscara de alguien diferente y alimentando en el tiempo una mentira de tal magnitud. Pero si esa mentira les permite seguir siendo a ambos felices durante toda una vida, bienvenida sea.

—Reconozco que la noticia de vuestro matrimonio me molestó enormemente —prosigue admitiendo el religioso—. Pero, como siempre, me mantuve al margen de tus decisiones, tratando no interferir en lo que el destino pudiera teneros reservado. Del mismo modo, fue vuestra voluntad uniros siguiendo los ritos de su familia y así lo acepté.

Monseñor Dumont apura el contenido de su taza y la deja sobre un plato de porcelana dispuesto encima de su mesa.

—Piénsalo, Nagesh. ¿No sería una lástima echarlo todo a perder con lo que llevas conseguido a estas alturas?

Aunque terriblemente ofendido, Nagesh sigue sin querer entrar en su juego y opta por no contestar. Sin embargo, monseñor Dumont parece empeñado en terminar de sacarle de quicio.

—El divorcio es un motivo reconocido de marginación social —prosigue con hiriente intencionalidad—. Imagínate a una chica tan joven viéndose apartada allá donde vaya. Nunca tendría hijos ni

sería apta para formar un hogar. Ciertamente, no es el mañana que había imaginado para vosotros.

—¿Cómo…?

—¿Que cómo sé yo que eres un mentiroso? Vamos, es evidente que unos campesinos nunca casarían a su hija con un intocable siendo conocedores de ese hecho. Seguramente les habrás presumido de ser un gran sacerdote sin reparos a la hora de casarse con su hija por puro amor, aunque eso implique para ti rebajarte a su altura.

—¿Osaría hacerme eso? —pregunta Nagesh—. Descubrirme ante ella o ante su familia.

—No lo dudaría ni un instante.

Por mucho que le duela, por mucho que desee que las cosas fuesen de otro modo, Nagesh reconoce que el obispo no se ufana sin motivo. Las hipótesis que enumera se convertirían en una realidad en el momento en que simplemente abriese la boca y destapase su engaño. Él sería perseguido y ejecutado, y ella expulsada de cualquier lugar al que se acercara en el que hubiese un ser humano. Así que, muy a su pesar, mientras que monseñor Dumont tenga la llave de su porvenir, su única salida es acceder a sus peticiones, cumplir sus encargos y complacer sus caprichos. Deberá entregar ese maldito mensaje. Lo que venga después ya se verá.

Si hace caso a sus palabras, el obispo dejará de molestarle una vez que haya regresado de su viaje. Considerarlas una mentira solo conduce a una salida: monseñor Dumont le chantajeará mientras viva, amenazándole constantemente con destruirle revelando en público su condición. Aceptar esto implica que la única forma de acabar con el problema es poner fin de una vez a su funesta existencia.

Nagesh se confirma en su postura. Dejará que el obispo se confíe creyéndose estar en una posición ventajosa y a la vuelta de su viaje arreglará de una vez por todas los asuntos que ambos tienen pendientes.

—Está bien —cede Nagesh—. Le llevaré esta carta al cónsul y con ello saldaremos nuestras deudas. Después seguiremos caminos separados y ninguno de los dos volverá a interferir en la vida del otro.

—El hermano Anderson es testigo de nuestro acuerdo, ¿no es así, hermano Anderson?

El monje asiente conforme con su rol.

—Estupendo —se congratula el obispo—. Deberás estar a las siete de la mañana junto a la casa del gobernador. No te asustes por

considerarlo precipitado, no necesitarás llevar gran cosa. Si acaso algo de abrigo ya que en el norte hace bastante frío por las noches. Lleva también algo de comida para el camino.

Monseñor Dumont se acerca otra vez a la ventana y mira a través de ella. El mar está oscureciéndose, pero siente que por fin está dejando atrás la zona de arrecifes que lleva tantos años intentando cruzar. De ahora en adelante espera surcar una superficie en calma que se limite a mecerle suavemente cuando quiera buscar protagonismo.

—Ahora vete y despídete de tu estupenda mujer como se merece. Abajo hay un carro esperándote que te llevará a casa.

Conteniendo su ira, Nagesh se guarda la carta y su coraje en el bolsillo. Después se dirige al hermano Anderson, instándole a trasladar un saludo a los demás monjes de la abadía cuando les vea, y se va de la habitación.

—Si abriera el sobre y descubriese que se trata de una pantomima la situación podría tornarse peligrosa —le advierte el monje a su superior, una vez que constata que el muchacho ha salido del edificio. Obviamente, el vicario no sabe nada del propósito que subyace tras la petición de monseñor Dumont. Solamente se refiere al contenido de la carta.

—Tanto si lo descubre como si no, a su regreso la situación acabará tornándose peligrosa —admite el obispo, quien por ese motivo ha tratado de trasladar la responsabilidad al gobernador—. Lo importante es que no focalice en nosotros su reacción.

Durante el trayecto de vuelta a casa, Nagesh va dándole vueltas al maldito giro que el destino le ha deparado. Si todo hubiese salido como debía, ahora mismo tendría que estar rezando por que nadie le relacionase con el cadáver del obispo y, sin embargo, en lo que piensa es en cómo contarle a su mujer que ha de realizar un encargo para él. Es doloroso y humillante verse coaccionado bajo el chantaje más ruin, pero no le queda otra alternativa que acceder a su petición. En estos momentos lo único que Nagesh desea es estar con su mujer y conservar el trabajo gracias al cual ambos logran vivir con cierta independencia. Porque si el obispo cumpliese su amenaza a menor escala y su condición de intocable llegase a oídos del herrero su empleo también peligraría.

Sabedor de que el dinero proveniente del puesto de flores de Shefali no sería suficiente para mantener una familia, Nagesh había decidido buscar un trabajo nada más casarse. Una de las cosas que más le importaban era que no tuviese que relacionarse con nadie ajeno al propio trabajo. Si alguien descubría que estaba tratando

con un paria se vería inmerso en un gran problema, incluso en el ámbito de un trabajo poco cualificado. No era probable, creía Nagesh, que después de tantos años recluido en la abadía muchos recordaran al hijo del sepulturero —y mucho menos al de aquella pobre arrocera— que había sido adoptado por los monjes años atrás. No era muy conocido lejos de su aldea por aquel entonces, salvo por el hecho de tener una piel demasiado clara y, mejor aún, resultaba fácilmente olvidable. Una buena muestra de ello era el propio herrero, quien jamás le hubiese permitido acercarse a su fragua de haberle reconocido. La única e inesperada excepción fue aquel brahmán del templo que había visitado con Shefali para entregar unas flores. Era la primera vez que Nagesh entraba en uno y sin embargo aquel dichoso sacerdote sabía que era un intocable. «¿Cómo demonios lo habría averiguado?», se pregunta Nagesh a menudo. «¿Le recordaría tras verle en la puerta en la época en la que acudía al templo con su padre?».

Al margen del constante peligro de que alguien le reconociese mientras desempañara su trabajo, había otro problema añadido. Cualquier empleo al que optara implicaría inexorablemente tener que mentir a Shefali. Para ella él era un religioso y, como tal, no estaba aceptado socialmente que se dedicase a labores mundanas, que eran las únicas que en realidad iban a estar a su alcance. No era viable acudir a un templo a pedir ingreso aludiendo pertenecer a una casta brahmánica sin haber ejercido hasta entonces, y citar su pasado cristiano tampoco ayudaría. Por esa razón, Nagesh optó por engañar a su mujer como recurso más sencillo, diciéndole que empezaría a colaborar con los sacerdotes del templo de Parasurameswara ocupándose de las ofrendas matinales y la adecuación general del recinto. Más tarde podría asumir nuevas funciones más propias de la condición que esta le presuponía.

Con todos los beneficios e inconvenientes en la mano, Nagesh acudió a la fragua de Kushala a ofrecerse como ayudante. El herrero, que desde la muerte de su mujer había estigmatizado a monseñor Dumont, se alegró de que Nagesh le hubiese dejado plantado por casarse con una joven india y le contrató sin condiciones.

El trabajo era duro. Consistía en martillear durante todo el día piezas de metal candente junto al infernal calor de la fragua y tampoco le pagaban una fortuna, pero al menos le servía para estar ocupado y mantener un estilo de vida aceptable.

Cuando terminaba la jornada, Nagesh se lavaba en la herrería para quitarse el sudor, se ponía de nuevo su ropa de calle y volvía a

casa. Tenía que aparentar no estar tan hambriento y cansado como en verdad estaba, y cuidar de que nadie de la herrería fuera a buscarle a casa cuando no estuviese trabajando, pero de momento se las arreglaba para mantener todo en orden.

Nagesh odiaba tener que mentir a su mujer cuando esta la preguntaba qué había hecho ese día en el templo, pero a estas alturas ya no tenía elección. Había construido su vida en torno a una mentira inestable y devastadora, como un endeble castillo de naipes levantado a escasa distancia de un ventanal. Si ahora tratase de deshacer ese gran ovillo se precipitaría desde la picota más alta del mundo al fondo del abismo. Toda su vida estallaría en miles de pedazos imposibles de recomponer. Y lo que es peor: provocaría que también lo hiciese la de su mujer.

—No entiendo cómo ese mensaje puede ser tan importante —se cuestiona Shefali en voz alta, compartiendo la incomprensión de su marido.

Nagesh termina de masticar el último trozo de pollo *tikka* que le quedaba en el plato y se lo traga. Después pega un sorbo del vaso de *lassi* de mango que tiene a su lado.

—Eso ya da igual. En unos días estaré de vuelta. No tienes por qué preocuparte —trata de sosegarla, dejando los cubiertos a un lado del plato—. Aunque últimamente ha cometido algunos errores, monseñor Dumont ha hecho mucho por nosotros en el pasado y este nuevo encargo tendrá su recompensa, ya lo verás.

—¿Una recompensa? No necesitamos nada proveniente de él —repone ella para contrarrestar su supuesto optimismo—. Pero es decisión tuya y si lo ves tan claro, adelante.

—Tengo más ganas que nadie de que monseñor Dumont desaparezca de nuestras vidas.

—¿Por qué vas a ser su heraldo, entonces?

—Ya te lo he dicho. Me lo ha pedido como favor personal. Necesitaba a un hombre de confianza para llevar el mensaje.

—¿Y desde cuándo tú eres un hombre de confianza para él? —pregunta Shefali reiterando sus dudas.

Nagesh no sabe qué contestar. Quisiera decirle a su mujer que está totalmente de acuerdo con ella, que el obispo no merece ni la más mínima ayuda por su parte y que lo que a él le gustaría es hacerle tragar ese maldito sobre aderezado con el centenar de cuentas de un yapa mala. Pero ahora mismo no puede hacer nada de eso. Lo único que puede hacer es tratar de justificar falsamente su decisión de colaborar con él y rezar para que mantenga su boca cerrada hasta que esté en condiciones de clavarle un escoplo hasta

el fondo de su garganta. Afortunadamente, que Shefali no sepa lo que el obispo hizo con su hermano le deja algo de margen de maniobra. De lo contrario no tendría forma alguna de fundar el haber accedido a hacerle ese favor.

Nagesh y Shefali pasan la sobremesa en silencio, como si entre ambos alguien hubiese alzado un muro usando la mudez por mortero. Tal vez, de haber sabido que era la última cena que ambos compartirían, la hubiesen enfocado de otra manera.

Más tarde, en la cama, Shefali decide asumir la voluntad de su marido y aceptar que es lo mejor para los dos. Si realmente el obispo no vuelve a molestarles habrá valido la pena pasar un tiempo separados. Pero sabe que ese tiempo se le hará eterno. Por más acostumbrada que haya estado siempre a estar sola, ahora no quiere verse en esa situación. Quiere ver amanecer todos los días junto a su marido, quiere cenar con él todas las noches y después hacer el amor hasta que el sueño les venza al cansancio. El resto de días no le interesan.

—Me encantaría ir esta noche al manantial donde nos conocimos —dice entonces Shefali, al recordar uno de los momentos más felices de su vida.

Nagesh agradece que se haya animado a romper el silencio.

—Espero que no estés sugiriéndolo…

La chica sonríe. Como siempre, la mancha con forma de luna creciente se eleva hasta casi rozar su ojo izquierdo. Nagesh sabe que si ella asintiera ahora mismo, la acompañaría hasta el fin del mundo.

—¿Sabes? Me gustaría tener un bebé.

—¿Qué?

Nagesh se incorpora como si eso fuese lo último que esperaba oír.

—Un niño.

—Sí, ya sé lo que es un bebé.

—Sería estupendo tener uno. Tuyo y mío.

—Bueno, es algo que debemos pensar con calma.

Nagesh nunca se había planteado todavía la posibilidad de tener un hijo, pero ahora que Shefali lo insinuaba, la idea le parece bastante razonable. Ya llevan un año casados, así que puede ir siendo hora de afrontar ese desafío.

—Lo pensaremos con calma cuando vuelvas.

—Vale. Será una de las primeras cosas de las que hablemos.

Shefali sonríe feliz. Propósitos como este eran los que necesitaba para ver la ausencia de Nagesh con ojos bien distintos.

—¿Por qué no voy contigo? —pregunta al cabo de unos minutos fantaseando con su papel de madre.

—¿A dónde? ¿A Darjeeling?

—Sí.

—No, no es buena idea.

—¿Y por qué no? ¿Conoces a las demás personas que van contigo?

—No, no sé quiénes son.

—¿Entonces por qué no quieres que vaya contigo?

—Porque en el Himalaya hace mucho frío y el viaje es muy duro. Ahora eres mi mujer y mi misión es cuidar de ti y evitar que tengas que pasar por ese tipo de situaciones.

—Oh, mi príncipe… —dice ella, besándole dulcemente en los labios.

Con las primeras luces del alba, Nagesh abandona su hogar y se encamina, apático, hacia la casa del gobernador. Shefali se ha despedido de él en la puerta, rogándole que tenga cuidado y no tarde mucho en regresar. Después ha salido al jardín a respirar el aroma fresco que desprenden las plantas regadas por el rocío y a seleccionar aquellas que estarán en su puesto del mercado cuando empiece a llegar la gente. Mientras, Nagesh se aleja de ella embargado por la tristeza, buscando cumplir cuanto antes el recado del obispo y seguir conservando su frágil universo de felicidad. Todavía no comprende la necesidad de que sea él quien tenga que portar la misiva, cuando a su lado viajan supuestamente personas de confianza del gobernador. Quizá sea por ello que esta misión le irrita doblemente. No entiende tampoco cómo pudo ser capaz de reprimir sus impulsos asesinos la tarde anterior, cuando tuvo a monseñor Dumont a tan poca distancia. Está claro que evitar precipitarse ha sido una de las cosas más inteligentes que ha hecho en su vida, obviamente, pero le sorprende haber tenido la suficiente sangre fría para conseguirlo. Todas las cosas que el obispo había insinuado, implicando directamente a Shefali en sus tretas, se las piensa recordar una a una mientras le vea morir. El único miedo que tiene Nagesh es que el obispo se rinda a la muerte demasiado pronto, sin darle el tiempo suficiente para que pueda enumerarle cada motivo.

1. *Los hombres y mujeres que necesito*

Las calles se encuentran vacías a tan temprana hora de la mañana, cuando los trasnochadores ya han regresado a casa y los hombres y mujeres de provecho empiezan a salir de entre sus sábanas.

Nagesh camina con la mirada fija en el suelo, esquivando los charcos de orina y algunos restos de basura que se esparcen desde sus pies hasta donde alcanza la vista. Un par de perros de mediano tamaño, con un pelaje grisáceo salpicado de manchas marrones, mordisquean unos desperdicios amontonados junto a una casa que amenaza con derruirse de un momento a otro. Parecen los huesos de un animal bastante grande, tal vez una cabra. Los perros miran al chico pasar mientras roen su preciado festín. El más pequeño le gruñe amenazante, mientras el mayor se decanta por la indiferencia. Nagesh prefiere evitar que el animal se sienta intimidado y aparta su mirada de él mientras cruza a su lado. La mordedura de un perro rabioso podría suponer un contratiempo bastante serio y necesita mantenerse sano y fuerte para poder darle al padre Dumont su merecido. «¿Estaré empezando a obsesionarme con ese hombre?», reflexiona, al darse cuenta de que el obispo está presente en la mayoría de sus pensamientos.

Tras quince minutos callejeando por las enmarañadas travesías de la ciudad, Nagesh llega a la plaza donde se ubica la casa del gobernador, cuyas contraventanas a estas horas se encuentran todavía cerradas. El muchacho no entiende cómo lord Britton es capaz de dormir con semejante ruido tan cerca de su dormitorio. Imagina que estará ya despierto, leyendo el periódico mientras desayuna para tener algo de lo que hablar durante el día.

Lo cierto es que la actividad siempre empieza en esta plaza un poco antes, pues el gran tamaño de los puestos hace que sean más laboriosos de montar y se expande como un tsunami mercantil por todos los recovecos de la ciudad. Visto desde un globo, seguramente la plaza se asemejase a la boca de un hormiguero del que los negros insectos empiezan a brotar en todas direcciones al llegar un nuevo día. Un espectáculo caótico a ojos del extraño, pero impecablemente bien organizado desde la lógica neuronal de sus

protagonistas.

Frente al edificio gubernamental aguarda un hombre de complexión gruesa y un espeso bigote. Su cara es redonda y morada como la lombarda, y sus facciones parecen ser fruto del desatino por culpa de una distribución y forma bastante peculiares. Parece como si hubiese sido creada por alguien que quisiera desmarcarse de la tendencia general en el diseño de caras. En cuanto a su vestimenta, la sensación que transmite es la de un voluntario desaliño, con unos pantalones bombachos de bajos deshilachados y una camisa amarillenta a medio meter por la cintura. Al verle, a Nagesh le recuerda a una versión pobre y autóctona del propio gobernador Britton. A su lado hay un carromato descubierto de unas diez plazas —quizá alguna menos si se cuenta el equipaje—, tirado por cuatro caballos de sorprendente buen porte.

El hombre observa sin demasiado interés cómo el muchacho se acerca hasta su posición mientras ajusta las correas de sus animales. Cuando ve que nada le va a impedir llegar a su altura, le da la bienvenida con un gruñido desganado.

—¿Vienes con nosotros? —le pregunta a continuación.

—Sí —se limita a responder Nagesh, tal vez contagiado de su apatía.

—Me temo que eres el más madrugador —señala el hombre, que para ser tan temprano desprende ya un intenso olor a vino. «Seguramente personas como esta eran las que mantenían a flote la economía de la abadía hace tiempo», piensa Nagesh recordando los mimados viñedos del hermano Zakkary—. Esta gente de la aristocracia no entiende de puntualidad. Si tienen que hacerme esperar por ellos toda la mañana pues lo hacen. Lo mismo les da aprovechar las horas anteriores a que el calor empiece a apretar que no hacerlo.

El hombre emplea un tono teatral bastante curioso, gesticulando exageradamente para enfatizar cada una de sus palabras. Nagesh tiene la sensación de que el cochero está un poco ebrio.

—Puntualidad británica, lo llaman. ¡Ja!

—¡Anuj! —exclama Nagesh con alegría al ver aparecer en la plaza al novicio de una forma tan inesperada.

El grito desconcierta levemente al cochero, que en seguida vuelve a centrarse en amarrar los diferentes nudos repartidos por el carruaje y el molesto retraso de algunos viajeros.

—El padre Dumont me dijo ayer por la noche que te ibas unos días —le dice enseguida Anuj sin demasiado entusiasmo.

—Sí, me envía a entregar una carta a Darjeeling. Dime, ¿cómo te

van las cosas en la nueva casa?

—Bueno, ya sabes, nada ha cambiado en realidad, excepto que el obispo cada vez está más mayor y es más maniático. También hay mucha más gente que va a misa, así que todo es un poco más complicado en cuanto a organización y limpieza.

—Puede que no tengas que seguir aguantando mucho tiempo esa situación —insinúa Nagesh, que obviamente no puede hacer públicas sus intenciones en un lugar como ese.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Anuj intrigado, al tiempo que comprueba que nadie les escucha.

—Nada. Ya lo verás dentro de poco. Ten paciencia.

Entretanto, el resto de pasajeros del atípico convoy parecen haber llegado al mismo tiempo y pasado satisfactoriamente el recuento hecho por el cochero.

—¡Señoritas, es hora de irnos! —grita el hombre entonces a pleno pulmón, para que todos vayan pensando en subir al carromato y ocupar su lugar.

—Toma, te he traído algo de comida para el viaje —le dice Anuj a su amigo, desenvolviendo un trozo de tocino cubierto de tela—. Está bueno todavía aunque ya empieza a amarillear, así que no le agradaría al obispo. También tienes pan de sorgo rojo, unas piezas de fruta y algunos frutos tostados. Si necesitas algo más podemos comprarlo ahora. Tengo un poco de dinero y hay puestos que ya están despachando.

—Es más que suficiente, Anuj. Te has tomado ya demasiadas molestias —reconoce Nagesh—. No sé cómo agradecerte tu ayuda.

—No te preocupes. El gobernador está dando más dinero ahora a la Iglesia que cuando vivíamos en la abadía, así que no nos falta de nada —dice Anuj, encantado ante la nueva situación—. No sé, parece que el obispo ha hecho buenas migas con él, y ya lo creo que eso está dando sus frutos.

—Cuánto me alegro por vosotros —dice Nagesh, sospechando que tras todas esas concesiones hay favores oscuros en los que de algún modo él mismo se está viendo envuelto.

—¿Y cómo les va a los demás por la vieja abadía? ¿Todavía no se han planteado trasladarse con vosotros?

—Presiento que no. Salvo el hermano Anderson, que se mudó cuando nosotros, los demás no parecen estar por la labor. Dicen que les es imposible dejarla, que les unen muchos recuerdos y temen llegar a añorarla si se van. Yo creo que al final todos nos volveremos a reunir si lo ordena el obispo, que para algo es quien dirige todavía la congregación. Bueno, todos menos tú, que no

querrás volver, y el hermano Alfred.

Nagesh le dedica una cálida sonrisa de agradecimiento. Él también extraña cada día al viejo carpintero.

—¿Cómo está el hermano Jacob?

—La última vez que le vi estaba muy metido en sí mismo.

—Es muy mayor.

Anuj asiente.

—Nagesh, viene el gobernador… —dice el novicio, señalando por encima del hombro de su amigo.

Tal y como Anuj ha avisado, el gobernador Britton acaba de salir de su residencia y se acerca a ellos dando largas zancadas. Ahora que puede verles a los dos juntos, Nagesh confirma el gran parecido que existe entre el gobernador y el cochero.

—Buenos días, chicos —saluda el mandatario, que parece haberse levantado de buen humor—. Námaste, Anuj. ¿Has venido a despedir a tu amigo?

Anuj contesta que sí.

—Antes de que te des cuenta estará de vuelta y podréis seguir jugando.

Los dos muchachos se miran, extrañados, ante la afirmación del mandatario inglés. «¿Seguir jugando?».

—¡Oh, lo siento! —se disculpa lord Britton al ver sus caras de incomprensión—. Vosotros ya sois unos hombres hechos y derechos que no pierden el tiempo con jueguecitos para niños. ¿Tú y esa chica, por ejemplo, ya habéis…, ya sabes…, «intimado»? —pregunta abiertamente a Nagesh.

—No le entiendo, señor —dice Nagesh haciéndose el despistado.

—Me refiero a…, en fin…, dejarse llevar por los arrumacos cariñosos y terminar de aquella manera.

—Sigo sin entenderle, señor.

—Bueno, déjalo, era simple curiosidad —resuelve lord Britton viendo que no van a llegar a ningún lado—. Imagino que el obispo te habrá dado una carta para que se la entregues a un tal sir Sheercliff, ¿no es así?

—De no ser por esa carta no estaría aquí en estos momentos.

—Ajá. ¿Podrías dejarme verla? Creo haberle dado un modelo de sobre anticuado, con el antiguo escudo del Raj…

Nagesh saca el sobre del bolsillo y se lo tiende al gobernador para que compruebe si presenta el diseño adecuado. Parece que el obispo decía la verdad cuando argumentaba que era él quien le había dado la carta. Lord Britton coge el pequeño sobre de manos del muchacho y lo examina meticulosamente por ambas caras.

—¡¡Oiga, cochero!! ¡¿Está usted seguro de que ese carro aguantará todo el peso que le está poniendo encima?! —exclama de pronto el gobernador dirigiéndose al conductor del vehículo.

—¡Pues claro! ¡No es la primera vez que viajamos así de cargados! —determina él sin entender muy bien a qué vienen las repentinas dudas del mandatario.

—¡Recuerde que la mercancía es frágil, así que no apure poniendo en peligro la integridad de la carga!

—Descuide, patrón —reitera con desgana.

—Muy bien. Toma, hijo —le dice lord Britton a Nagesh, entregándole la misiva tras supuestamente haberla verificado—. El sobre es el bueno. Reconozco que a veces me comporto como un hipocondríaco con estas cosas. En asuntos formales hay que cuidar mucho el protocolo, ¿sabes a qué me refiero? La imagen que proyecta una institución pública es muy importante.

Nagesh no tiene ni idea de lo que significa ser hipocondríaco o de qué es el protocolo, pero tampoco le importa. Sin decir nada, coge el sobre de manos del gobernador y lo guarda en la bolsa de víveres que acaba de proporcionarle Anuj.

—Recuerda una cosa muy importante, hijo. Debes entregarle la carta en mano a su destinatario, nada de hacérsela llegar por terceras personas. La gente a veces es muy descuidada y no podemos permitir que se traspapele —recalca el gobernador.

A Nagesh le parece razonable; era algo que también había recalcado monseñor Dumont. De todos modos, sigue sin entender por qué debe ser precisamente él quien se encargue del envío.

—Así me lo requirió el padre Dumont.

—Estupendo. Nada más que añadir entonces —dice alegremente el gobernador.

Lord Britton se despide de ambos y se dirige a ultimar algunos flecos con el conductor antes de comenzar el viaje.

—¿Irás a ver a Shefali de vez en cuando? —le pregunta Nagesh a su amigo.

—Claro, tú no te preocupes por nada —le tranquiliza él—. Le llevaré comida recién preparada todos los días y me pasaré por el mercado de vez en cuando a observar cómo le van las cosas.

—Gracias de nuevo, amigo. A la vuelta prometo compensarte por todas las molestias que te estoy ocasionando.

Nagesh se da cuenta de que casi ha empleado las mismas palabras que el obispo y eso le fastidia enormemente, pero en su caso sabe que lo dice de forma sincera.

—Vamos, no tiene importancia. Es algo que hago con agrado.

—Cuando vuelva quizá podamos ir a bañarnos al río —propone Nagesh, recordando que es algo que tienen pendiente prácticamente desde su infancia.

—¡Eso sería fantástico! —exclama Anuj.

Los dos amigos alzan su mano derecha hasta la altura de sus ojos y bajan la mirada en señal de despedida. Luego Nagesh da media vuelta y se va hacia el carro. Allí esperan ya subidos todos los miembros de la comitiva, quienes le hacen un sitio entre medias para que se siente y confirman al cochero que pueden arrancar. Sin más demora, el hombre descarga las riendas sobre sus caballos y el carromato comienza a abrirse paso entre el gentío, emprendiendo por fin la marcha hacia las gélidas tierras del Himalaya. O eso al menos es lo que a Nagesh le han dicho.

Mientras les ve marchar, lord Britton saca de su bolsillo el sobre que el obispo había entregado al muchacho y que él ha intercambiado disimuladamente por otro de igual aspecto, aprovechando el momento de distracción con el cochero. Por un extremo del sobre rasga el papel y extrae la cuartilla de su interior, escrita por el obispo con cuidada caligrafía. Lord Britton lee en voz baja el contenido del mensaje.

«Vaya, vaya. Muy interesante, señor obispo. Pero me temo que sus planes van a verse ligeramente trastocados».

El gobernador observa cómo el carro se pierde entre la gente al final de la larga avenida. «Buen viaje, chicos, puede que tardemos un tiempo en volver a vernos. Espero que para entonces hayan logrado hacer de vosotros los hombres y mujeres que necesito».

Nagesh aprovecha los primeros minutos del viaje para examinar con disimulo a sus ocho compañeros de viaje. Todos son jóvenes de una edad similar a la suya, a excepción del cochero y los dos adultos que les acompañan, que parecen estar más pendientes de la mercancía que de lo que haga el pasaje. Pero tampoco es que ninguno de los demás ocupantes del carromato se muestre muy propenso a conversar. La mayoría va mirando el paisaje, tal vez tratando de evitar incómodos cruces de miradas. Puede que a cada uno le baste conocer su propia historia para hacerse una idea de cómo son capaces de actuar los extraños, por jóvenes e inocentes que parezcan.

En el grupo hay una chica menuda, de ojos oscuros y bastante bonita, aunque su rostro expresa una asfixiante melancolía que empaña su innata belleza. Junto a ella hay un muchacho de aspecto reservado, que mira sin cesar en todas direcciones sin aparentar saber exactamente qué espera encontrar. La primera impresión que

da es la de ser un chico asustado que tiene menos claro incluso que Nagesh qué está haciendo allí. A él le recuerda un ave que en un momento del vuelo olvida dónde se ubica su nido y vaga desconcertado tratando de encontrar bajo sus alas un paisaje familiar. Un poco más allá, algo separado de sus compañeros, está el chico que parece tener la edad más avanzada dentro del grupo. Sus facciones son afiladas y denotan un poderío aletargado que tal vez necesite algo de ayuda para retoñar. Sus ojos están hinchados y enrojecidos. Parece sufrir con la claridad de la mañana, de ahí que se los cubra constantemente con la mano intentando protegerlos del sol. Lo que más llama la atención de él son las heridas ulcerosas que hay repartidas por su piel. Da la sensación de que ha estado en un lugar muy húmedo durante un largo periodo de tiempo. También su pelo aparenta ser tan áspero como las aristas de una espiga de trigo. El cuarto en discordia, y el primero situado en el banco de Nagesh, es otro muchacho muy delgado de aspecto común. *A priori* lo más llamativo son sus pies, fuertes y endurecidos, que parecen haber sido forjados durante interminables caminatas sin protección. Es como si el chico llevase puestos los pies de un adulto convertidos en zapatos. El último viajero, que ocupa el lugar más próximo a Nagesh, es el más corpulento de todos con diferencia. Pero aunque el hambre haya podido no ser una de sus mayores penurias, no parece ser más feliz que el resto. De hecho, su aspecto es inquietante, como si bajo esa cobertura juvenil se escondiese un ser de comportamiento impredecible que en un momento cualquiera pudiera abandonar su madriguera y atacar a su presa.

A Nagesh le resulta desconcertante que todos los pasajeros, al margen de los guardias y el cochero, sean tan jóvenes. «¿No era esta una comitiva diplomática? ¿Quién les habrá enviado a ellos y con qué propósito? ¿Habrá sido también monseñor Dumont? ¿Habrá sido directamente lord Britton?». Son cosas que le gustaría averiguar durante el trayecto, si surge ocasión de romper el hielo y entablar una conversación.

Pero la naturaleza del pasaje no es la única cosa que a Nagesh le resulta extraña en este primer día de viaje. Contrariamente al cumplido que monseñor Dumont le había proferido el día anterior, Nagesh no es ningún experto en geografía. No obstante, sus leves nociones le bastan para saber que la cordillera del Himalaya se encuentra al norte y, sin embargo, ellos llevan todo el día viajando con rumbo noroeste. Es más, tras una hora de camino deberían haber dejado atrás al menos las ciudades de Barang y Cuttack, algo que no han hecho. Pero Nagesh desconoce si durante el trayecto

han de recoger a más pasajeros y están obligados por ello a efectuar un rodeo, así que por el momento se mantiene a la expectativa.

Cuando al caer la tarde el sol empieza a resbalar por las paredes del cielo justo frente a sus ojos, el muchacho empieza a sospechar que decididamente algo no va bien.

—Disculpe —dice Nagesh para llamar la atención del cochero.

El hombre no parece darse por aludido y se mantiene en posición corcovada con la mirada perdida en el camino. Sorprendentemente, pese a la primera impresión que le dio, Nagesh no le ha visto beber en lo que va de viaje. Tal vez aproveche las mañanas para aprovisionar su cuerpo con reservas de vino para todo el día.

—¡Disculpe! —grita otro de los chicos, captando con éxito esta vez su atención.

—¡No arméis tanto jaleo por ahí atrás! —les replica como si le hubieran sacado de un estado de hibernación en mitad de diciembre.

—Hace horas que avanzamos siguiendo el curso del Mahanadi.

—Lo veo —responde escuetamente el cochero.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—Que no es un río que nazca en el Himalaya. ¿Hacia dónde vamos realmente?

El cochero se vuelve con cara extrañada.

—¿Cómo que hacia dónde vamos? Hacia donde siempre —responde sin aclarar todavía el destino—. ¿A dónde se supone que deberíamos ir?

—Llevo un mensaje para el cónsul de Darjeeling.

—¿Darjeeling? —ríe el cochero—. ¡No, qué va! Te has equivocado de vagón de correo, me temo.

—Pero… ¿qué demonios?

—Sambalpur —interviene uno de los dos vigilantes de la carga —. Hacia allí nos dirigimos.

Lo primero que piensa Nagesh es que el hombre trata de burlarse de él. Pero al contrario que el cochero, el hombre no ríe ni muestra indicios de sorna.

—No es posible.

—Claro que lo es —insiste el cochero, recuperando la palabra—. No es precisamente Darjeeling, pero allí también se vende bastante té, como podrás comprobar dentro de unos días. ¿A qué nombre va dirigida tu carta?

Nagesh la saca de la bolsa y lee su nombre en voz alta.

—Sir Sheercliff.

—¿Sir David Sheercliff? —repite el cochero—. Sí, conozco a ese hombre. No te será difícil encontrarle. Es un hombre conocido en Sambalpur, pero la verdad, el título de cónsul le viene un poco grande.

Lejos de trasladarle alivio, a Nagesh estas últimas palabras no hacen sino ahondar en su desconcierto. No se dirigen al lugar al que teóricamente deberían, pero curiosamente, la persona a la que debe entregar la carta sí estará allí esperándole. Esa curiosa paradoja hace que Nagesh sienta la necesidad de continuar el viaje hasta el final, a fin de aclarar el asunto.

Entonces el muchacho se da cuenta de algo curioso. Sir David Sheercliff. «¿No era ese el nombre que ponía la carta?». Al ver ahora el pequeño envoltorio de papel lo único que lee es sir Sheercliff. Sin embargo, cuando el cochero pronunció el nombre de David, a Nagesh no le sonó desconocido. «¿Lo habría pronunciado el obispo y por eso me ha resultado familiar?».

—Piensa de forma positiva, muchacho —le anima el cochero al ver su cara—. El viaje te llevará menos tiempo del que esperabas cuando salimos de la ciudad.

Pese a su aspecto de no ser capaz de hilvanar más de un par de ideas seguidas, el cochero tiene razón. Se tratase de una confusión o de un engaño, Nagesh volverá a casa mucho antes de lo que creyó en un principio. Pero ¿por qué habría el obispo de mentirle acerca del lugar al que le enviaba? Lo normal en estos casos sería actuar de forma inversa, es decir, prometiéndole que el viaje iba a durar menos tiempo del real. ¿Pudiera tratarse de una estratagema para que nadie en la ciudad supiese realmente dónde estaba? De ser así, debería andarse con cuidado y no fiarse de ninguno de los ocupantes del carromato, en especial de los dos hombres que van armados. Tal vez no estén solo pendientes de la seguridad de la mercancía y alguien les haya encargado algún otro tipo de misión.

—¿Cuándo llegaremos a Sambalpur? —pregunta Nagesh—. No sé dónde está ese sitio.

—Unos cuatro días más, si todo va bien —responde el cochero —. Creo que no os habéis entendido muy bien el gobernador y tú, ¿eh, chico?

—Eso parece —admite Nagesh, recostándose en el banco—. Eso parece…

1. *Salvajes de los bosques*

El camino discurre desde hace rato por una zona boscosa muy próxima a Puranakatak, a media distancia entre la capital del estado y la frontera con su vecina Madhya Pradesh. En ese tramo el suelo embarrado impide desplazarse con rapidez, pero es una de las únicas vías transitables entre los desfiladeros de los Ghats y, según el chófer, que a fin de cuentas es quien lleva las riendas, no queda más remedio que utilizarla.

Hasta ahora el viaje no ha podido ser más aburrido. Tres días de trayecto sin apenas paréntesis, en el que los pasajeros han permanecido sumidos en el silencio y la desconfianza. Los dos vigilantes apenas intercambian palabras entre ellos, pese a que parecen haber hecho el mismo viaje juntos en anteriores ocasiones. Ambos se limitan a recortarse las uñas con una navaja y a escupir de vez en cuando desde lo alto del carromato. Por lo que se ve, el tedio no hace mella en ellos con la misma intensidad que en el resto de los mortales.

Dejando al margen a los dos adultos, los cinco jóvenes con los que Nagesh comparte asiento siguen actuando con recelo, pero es imposible adivinar si lo hacen por propia voluntad o porque les cuesta relacionarse con otras personas. Al fin y al cabo, no dejan de ser unos extraños que viajan juntos hacia un lugar desconocido que, aunque algunos hayan oído nombrar, ni tan siquiera son capaces de situarlo de forma aproximada en un mapa.

Las lindes del sendero se acercan entre sí cada vez más a medida que este se va abriendo paso entre la maleza, hasta que la distancia que las separa apenas supera la anchura del carromato. En determinados momentos se roza la claustrofobia, pues las altas copas de los árboles tapan prácticamente toda visión del cielo y uno corre el peligro de acabar sintiéndose atrapado entre dos enormes muros de vegetación espesa.

Nagesh tiene, además, el presentimiento de que están siendo observados, y no solo por animales, como ocurre normalmente. Desde hace rato nota la presencia de algo más oculto entre la foresta con los ojos puestos en el carromato, aguardando con cautela la mejor ocasión para atacar. Algo que tal vez sea humano.

El cochero parece notar también esa presencia extraña y hace detenerse a los caballos para escuchar con más atención. Una ligera brisa mece las hojas de los inmensos helechos espolvoreando sus esporas por el aire. Su sonido recuerda al susurro de un coloso propagándose por el valle, como si pidiese al bosque insistentemente que guardase silencio. En la lejanía se entremezclan distintos chillidos y graznidos, y los árboles más altos crujen al ser agitados por el viento. Destejer la intrincada maraña sonora desplegada requiere de un oído muy fino y un enorme conocimiento del entorno.

Nagesh afina su visión. Su radio de percepción se abre camino entre la vegetación, apartando de en medio las raíces de los banianos y buscando huecos entre las hojas de *nim* por los que poder colarse.

Entonces les ve, aunque para entonces ya es demasiado tarde. Un grupo de cinco aborígenes se cruza en el camino para cerrarles el paso, al tiempo que otros tantos se colocan detrás cubriendo su retaguardia. Uno de los hombres que escoltan la mercancía echa rápidamente mano a su lustroso Webley, pero antes de que pueda hacer uso de él una piedra de gran tamaño impacta contra su cráneo, haciéndole caer al suelo como si fuese un saco de arena. Dos de los aborígenes se lanzan, raudos, sobre él, mientras el resto se apresura a estrechar el cerco en torno el carromato. Desde lo alto del mismo, el segundo guardia encañona con su revólver al asaltante más cercano y abre fuego sin vacilar. La explosión de pólvora casi revienta los tímpanos de todos los ocupantes del vehículo, que se llevan las manos a los oídos con gestos de sumo dolor. El indígena alcanzado se desploma con la bala incrustada en el pecho y un reguero de sangre resbalando por el abdomen. Sus compañeros de emboscada rugen enfurecidos por la pérdida y se abalanzan sin contemplaciones sobre el carromato, agarrando del cuello al guardia y lanzándolo de cabeza al suelo, junto al cuerpo inerte del indígena abatido. Una vez reducido, el hombre recibe un brutal escarmiento ante el que poco puede hacer por defenderse.

—¡¿Pero quiénes son?! —grita, exaltada, la chica desde lo alto del carro.

—¡Salvajes de los bosques! —exclama el cochero, saltando de su silla con el propósito de huir hacia la maleza—. ¡Vienen a robarnos y si no hacemos algo también nos matarán! ¡Buscad cobijo entre los árboles!

El hombre es capaz de andar unos cuantos pasos antes de que alguien repare en él y se sumerge entre los arbustos creyendo que

estará más protegido tras sus ramas. Pero, adaptados a los suelos de musgo y guijarros mucho mejor que cualquier hombre de ciudad, los aborígenes se mueven entre la densa espesura del bosque con una velocidad inusitada y no tardan en abortar su huida. Un aborigen salta tras él y le propina un garrotazo en mitad de la espalda que le hace caer retorciéndose como una lombriz sobre una sartén caliente. El aborigen le coge del cuello de la camisa y le hace levantarse bruscamente. Después, a base de empujones, le conduce de nuevo junto al resto de prisioneros.

Desde lo alto del carromato, Nagesh trata de no llamar en exceso la atención. Ya ha visto lo que les ocurre a quienes intentan hacer la guerra por su cuenta, así que cree que lo mejor es aguardar y ver cómo se desarrollan los acontecimientos antes de hacer ninguna locura. Lo primero, decide, es tomar consciencia de la situación y conocer al enemigo. Solo después pueden tomarse decisiones acertadas.

En un recuento inicial, Nagesh distingue a una docena de indígenas, la mitad de los cuales mantiene su atención fija sobre el carromato. El aspecto de todos ellos resulta intimidador. Son hombres primitivos, armados principalmente con lanzas de madera, que cubren parcialmente sus cuerpos con arcaicos y escuetos ropajes. Llevan la piel pintada a rayas con unos gruesos trazos blancos para ahuyentar el infortunio y los malos espíritus. Sus pelos y enormes barbas desaliñadas ocultan del sol la mayor parte de su cabeza, de la que apenas logran asomar unos ojos negros y desafiantes. Entre ellos se comunican con una extraña variación del sánscrito toscamente evolucionada, de la que Nagesh apenas consigue identificar algunos sonidos sueltos. De hecho, le resulta mucho más sencillo interpretar sus exagerados gestos y aspavientos que tratar de descifrar su casi extinto lenguaje.

Por lo visto, el cochero no se equivocaba demasiado. Los salvajes parecen discutir sobre el botín y sobre qué harán con los ocupantes del carromato una vez hayan acordado su reparto. Y no dan la impresión de estar llegando a un acuerdo.

Tras un buen rato negociando, uno de los indígenas desata al primer caballo del atelaje y le gruñe algo a otro de ellos, señalando hacia el grupo de viajeros. El segundo aborigen le responde contrariado y le empuja, haciéndole caer sobre unas matas de helechos, al tiempo que sitúa la punta de su lanza a un palmo escaso de su garganta. Un tercero, provisto de un cuchillo de hueso, entra en escena notablemente enfadado y aparta de un manotazo al portador de la lanza. Acto seguido, como muestra de autoridad,

señala los caballos y luego realiza un ademán posesivo, golpeándose a sí mismo en el pecho con el puño cerrado.

Como era de esperar, tras sus individuales muestras de poderío, los tres aborígenes se enzarzan en una discusión sobre la propiedad de los animales, interrumpida de golpe cuando un dardo proveniente de un lugar indeterminado del bosque atraviesa la maleza y se clava profundamente en el cuello de uno de ellos. El salvaje se derrumba, fulminado, ante la perplejidad de sus compañeros, que empiezan a dispersarse en todas direcciones entre gritos de alarma. En medio de la confusión reinante, un nuevo dardo corta el aire con un silbido, alcanzando a otro salvaje en el pecho. El caballo liberado emprende el galope contagiado por el caos desatado a su alrededor y se pierde en la lejanía.

—¡¡Mi caballo!! —grita el cochero desde el suelo.

En apenas unos segundos, todos los aborígenes desaparecen entre la maleza con la misma habilidad con la que emergieron de ella, aunque demostrando esta vez mucha menos delicadeza. Seguramente estén tan asustados que pasará un tiempo antes de que regresen a por el cuerpo de los fallecidos.

Mientras tanto, en lo alto del carro ningún muchacho se atreve a moverse. Temen ser heridos por algún otro dardo proveniente de entre los árboles. Pero en el ambiente se respira ya una calma ordinaria, quebrada solo por el usual sonido del viento azotando las ramas de los árboles. Sobre ella reaparecen poco a poco los trinos de los pájaros más aventurados. Un inmenso ciempiés atraviesa, presuroso, el camino, pero a mitad de trayecto es divisado por un pajarillo de pecho amarillo, que se lanza a por él y lo atrapa con su pico antes de emprender el vuelo hacia su nido. Todo parece haber vuelto de nuevo a la normalidad en las inmediaciones del sendero.

Uno tras otro, los chicos van incorporándose sin perder del todo la cautela. Nagesh observa la expresión que subyace difuminada en el rostro de los indígenas muertos. Representan como ninguna otra cosa en el mundo el rictus del terror y el desconcierto de quien no está aún preparado para morir. Con precaución, Nagesh se asoma por el borde del carromato. Junto al vehículo reposan tendidos los cuerpos de los dos escoltas, quienes pese a la gravedad de sus heridas parecen seguir con vida. De debajo del carromato surge la cabeza redonda del cochero, mirando acongojado en todas direcciones. Cuando alza la vista y ve el rostro de Nagesh sobre él respira aliviado. Por un momento había pensado que la sombra que le cubría podía pertenecer a algún tipo de depredador. En el bosque a veces sorprende cómo alguien puede pasar de cazador a presa en

cuestión de segundos, según dispongan los caprichosos designios de los dioses que lo pueblan y dominan. Los aborígenes han sido el mejor ejemplo para ilustrar esa teoría.

Nagesh desciende del vehículo y ayuda a levantarse al cochero.

—Eh, muchacho, intenta ver si puedes recuperar el caballo mientras yo auxilio a estos dos bravos escoltas que tanto nos han protegido —le pide el hombre con una nota de sarcasmo, obviando el detalle de que él tampoco se paró a auxiliar a nadie en su huida. En cualquier caso, habiéndose sentido ofendidos o no por su comentario, los guardias no se molestan en contestar.

Nagesh se pregunta qué ridículo motivo pudo impulsar al gobernador a trazar una ruta atravesando una zona tan peligrosa, teniendo en cuenta que existe otra mucho más adecuada que discurre siguiendo el curso del río. Su altitud es menor durante todo el trayecto, por lo que no cuesta tanto respirar como en estos boscosos desfiladeros, en los que además la pendiente oscila bruscamente lastrando a cada poco el avance. En muchos tramos hay que desplazarse con cuidado para no resbalar con las piedras sueltas y, tras subir algún repecho, se precisa dar descanso a los extenuados caballos, con la consabida pérdida de tiempo que ello supone. Pero los caprichos del gobernador no siempre encuentran explicación entre el resto de mortales y la suposición es cuanto queda cuando uno se ha cansado ya de estrujarse el cerebro pensando en las posibles razones.

—¿Es común sufrir estos ataques? —pregunta Nagesh, incapaz de creer que esta haya sido la primera vez que los aborígenes asaltan un carromato de estas características.

—No tanto por estas latitudes. Normalmente no traspasan los límites de su territorio, restringido a las agrestes laderas del Kalahandi. Es considerado un suicidio adentrarse en esa zona, ya sea con o sin protección. Pero no es habitual ver aborígenes acechando a los viajantes que transitan esta ruta. De todos modos, no suelen ser caminos concurridos, por lo que su desinterés puede radicar simplemente en una falta de incentivos.

—Pues parece que las cosas están cambiando —apunta Nagesh.

—Sin duda —confirma el cochero—. Anda, vete a ver si encuentras el caballo y nos vamos de aquí antes de que decidan volver.

Nagesh sigue el camino con la mirada. Aunque los salvajes aparenten haberse ido, adelantarse solo en busca del caballo sigue entrañando cierto peligro, y no solo por ellos. En realidad, el bosque está lleno de cazadores de hombres guarecidos en las

oquedades de las rocas y cualquiera de ellos estaría feliz de toparse de repente con un chico solitario. De todas formas, Nagesh sabe que cuanto antes recuperen el caballo y retomen la marcha, antes saldrán de las fauces de la naturaleza, así que se sacude los restos de polvo y comienza a andar siguiendo los pasos del animal ahuyentado. Aunque puede haber continuado galopando hasta los confines del universo, alberga la esperanza de que haya optado por detenerse en un lugar relativamente cercano. Sabe que estos animales domésticos, en cuanto sienten la ausencia de alguien en quien confían, suelen sentirse desorientados.

Sorprendido por su inesperado golpe de suerte, Nagesh encuentra al caballo media milla más adelante, bebiendo calmado de un estrecho riachuelo que atraviesa el sendero. A simple vista no parece estar herido, lo cual es un alivio, pues no sería agradable tener que sacrificarlo en mitad del bosque. Además, su sangre podría atraer a algún lobo hambriento. Pero a medida que Nagesh se aproxima al animal este empieza a demostrar cierto nerviosismo. El muchacho ralentiza el paso todo lo que puede, pero el caballo ya ha adoptado una posición defensiva y empieza a resoplar dejando constancia de ello. Sin aparatar la mirada de Nagesh, el caballo recula unos cuantos pasos hacia atrás.

—No te preocupes, ya lo cojo yo —le dice a Nagesh uno de los chicos del carromato mientras le rebasa. Es el chico de ojos hinchados y piel cuarteada.

—Pero…

El chico se acerca al caballo con cuidado de no asustarle más aún y le acaricia las crines con suavidad. El caballo alza una de sus patas delanteras y relincha. Él toma sus riendas y lo hace girarse para reemprender el camino de vuelta hasta donde espera el grupo.

—Parece que no le gustas demasiado —sugiere el chico, sin el menor atisbo de estar bromeando. Aunque pueda sonar rudo, lo ha dicho totalmente en serio.

—No necesito gustarle —responde de un modo arisco Nagesh. Si algo sabe hacer con maestría es corresponder a quien no le muestra simpatía—. Me basta con que acceda a llevarme.

Pero lo cierto es que el comportamiento del caballo, nervioso y asustado, ha sido exactamente igual al de la mayoría de animales con los que Nagesh se ha encontrado a lo largo de su vida. A él, que siempre le han gustado y ha vivido rodeado de ellos, esto siempre le ha producido una gran aprensión. Especialmente al comprobar cómo algunos parecían estar más tranquilos con cualquier desconocido que con él. Le hacía incluso gracia ver a las gallinas

picoteando alegremente junto a los pies del hermano Gorgonio mientras este seleccionaba a la candidata más idónea para nadar en el puchero.

Pese a tener que constatar una vez más esa desavenencia, para Nagesh es un alivio haber conservado todos los caballos ilesos. Quedarse sin ellos en mitad del bosque habría implicado tener que hacer noche entre los árboles, y el lugar dista mucho de parecerse a aquel apacible rincón natural cercano al monasterio en el que una vez soñó con una ninfa con la voz de Shefali. Incluso considerando sus pantanos y sus inquietantes fuegos fatuos, este sitio resulta menos apetecible. Obviamente, no es nada alentador saber que está plagado de hombres belicosos, capaces de rebanarle el cuello a cualquiera para robarle un par de mulos. Incluso el origen de esos dardos sin autoría, que en última instancia han podido salvarles la vida, es también un misterio que no ayuda a tranquilizarle.

En estos momentos, considerando los peligros que se esconden en el bosque, a Nagesh se le antoja mucho más sencillo el tener que ocultarse de chatrias y brahmanes entre las sombras de la ciudad.

—¿Por qué no te has quedado con los demás? —le pregunta Nagesh.

—Están curando a ese chico. No tenía nada que aportar allí.

—¿Hay un chico herido?

—Uno de los que se sentaban a tu lado. Le ha alcanzado un dardo en el brazo.

A Nagesh le resulta extraño que tanto ellos como los salvajes hayan sido el blanco de ese tercer bando implicado. Atacar a unos y a otros para luego desaparecer no tiene demasiado sentido.

—¿Por qué le habrán disparado? ¿Crees que iban también a por nosotros?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

El chico tiene razón. Si Nagesh no lo sabe no hay razón para que él posea más información.

—¿Y está grave?

—No lo sé —responde, mirando distraído un árbol engarbado—. La herida es pequeña, aunque profunda. Pero lo peor es que el dardo parece estar impregnado en algún tipo de veneno o sustancia irritante.

Nagesh se fija más detalladamente en los ojos del muchacho. Por la forma en que los mueve deja entrever algún tipo de ceguera. Sospecha que puede haber superado hace poco alguna enfermedad grave que le haya dejado debilitado y casi ciego. Aunque su aspecto denota fragilidad, es un chico alto de brazos largos que en otro

tiempo debió mostrar una cara mucho más positiva.

—Te conozco, ¿sabes? —dice entonces el muchacho.

Nagesh, que camina unos pasos más atrás para evitar que el caballo se encabrite, cree no haber oído bien. «¿Está diciendo que me conoce? Pero si hace años que apenas me he dejado ver fuera del monasterio…».

—Nos hemos visto antes —reitera, sin volver la vista atrás.

—¿En serio? Pues yo no recuerdo haberte visto antes.

El chico sonríe como si su respuesta fuese fácilmente previsible.

—Es normal que respirar tanto tiempo ese aire húmedo y viciado afecte a la memoria.

Nagesh, que no tiene ni idea de a qué se refiere, guarda silencio esperando que el chico continúe explicando su afirmación. Pero este no parece tener ninguna intención de hacerlo y acompaña la falta de palabras con una total morigeración.

Cuando llegan al carromato, todos sus ocupantes están ya preparados para continuar la marcha. Los dos guardias han sido ayudados a subir a lo alto del vehículo y, ya conscientes, se frotan dolorosamente los miembros contusionados. Uno de ellos presenta un ojo morado, rodeado de una gran hinchazón. Su cara está llena de arañazos y sus labios partidos, aunque desde fuera no parece revestir mayor gravedad. El otro solo se queja de la pedrada recibida en la cabeza y el golpe sufrido en el hombro al impactar contra el suelo. Quitando que a duras penas aún podrían hacer uso de sus armas, no trasmiten demasiada seguridad. Al chico herido le han extraído el dardo del brazo y le han colocado una venda. Reposa en su asiento algo intranquilo y parece que, efectivamente, alguna clase de veneno le está afectando, pues su frente está cubierta de sudor y ha palidecido. Sus compañeros le rodean para evitar que las bruscas vibraciones del carro puedan hacerle caer de lado cuando empiecen a moverse.

—¡Qué bueno que hayas encontrado a Pakora! —exclama muy alegre el cochero al verles aparecer junto al animal.

—¿Pakora? —repite Nagesh. Por lo visto el caballo es, en realidad, una yegua.

—Sí, le tengo mucho cariño. Hemos hecho muchos viajes juntos —asegura el hombre, mientras acaricia con mimo el lomo de Pakora —. ¡Pues ya estamos todos otra vez! Venga, vosotros, subid al carro. Debemos continuar antes de que anochezca. En unas cuantas millas comienza el descenso hacia Balangir y a partir de ahí podremos ir más deprisa. Haremos noche en Baunsuni y después nos quedará un día más hasta Sambalpur, pero el trayecto debería ser ya más

llevadero.

Nagesh toma asiento junto a sus compañeros, deseoso de dejar atrás cuanto antes la zona boscosa y volver a la civilización. No le extrañaría que los aborígenes practicasen el canibalismo, aunque fuese como expresión de un sentimiento místico más que por necesidad. De hecho, recuerda que el hermano Saravanan le habló alguna vez de las tribus salvajes que poblaban los bosques y sus arcanas costumbres, y participar en ellas no le parece en absoluto tentador. Estas se habían mantenido intactas durante siglos, girando en torno al poder encerrado en el cuerpo humano y las principales formas de transferirlo entre uno y otro. Y sí, la mayoría de ellas se basaban en la ingesta como tal, aunque las más vehementes no esperaban a que la fuente de energía dejase de respirar. Nagesh no puede imaginar lo horrible que debe ser que a uno le devoren vivo, y sus ansias por abandonar el bosque se intensifican.

—¡¡Arre!!

El cochero jalea a sus caballos y estos comienzan a tirar del carro de forma obediente. Por suerte, no parecen acusar el estrés provocado por el asalto y en poco tiempo alcanzan un buen ritmo de trote. El estado del camino tampoco es que les permita avanzar más deprisa, así que por el momento no hay lugar para mayores aspiraciones.

Nagesh no aparta la mirada de la vegetación, pero no atisba rastro de salvajes ni vuelve a tener esa inquietante sensación premonitoria de que están siendo observados. Aunque el ataque ha sido una experiencia aterradora, es innegable que ha servido también de revulsivo entre los ocupantes del carromato, derribando la muralla de desconfianza que se interponía entre ellos.

—¡Qué miedo he pasado! —reconoce la chica—. Cuando vi que nos rodeaban y empezaban a acercarse pensé que todo acabaría.

—Fue desagradable, sin duda —corrobora otro de los muchachos—. Pero por suerte no estaban bien coordinados.

—Y eso es algo de lo que tú has sabido darte cuenta, ¿no? —le cuestiona en tono de burla uno de los escoltas.

—Me dio la impresión de que no tenían un líder claro y actuaban de forma independiente. Creo que ni siquiera se entendían del todo cuando hablaban los unos con los otros. Lo digo por eso, nada más.

—¡Vaya! Es un consuelo y un alivio tenerte entre nosotros —ríe el escolta con el ojo morado—. Es gracioso ver a un mocoso como tú vanagloriándose sobre sus conocimientos acerca de tácticas militares.

—Yo no me vanaglorio de nada. Pero he cruzado a pie todo el continente y durante ese viaje he sufrido varios ataques similares, aunque mucho mejor organizados. Afortunadamente, nunca estaba solo y entre todos pudimos repelerles en mayor o menor medida. Pero también sé lo que es sufrir bajas en este tipo de enfrentamientos.

—Alguna mujer o un crío como tú, supongo.

—Igual en alguna de esas emboscadas tú tampoco hubieses salido tan bien parado —le espeta, enfadado, el muchacho.

—Lo que hay que oír… Al menos estando tú con nosotros entiendo que no hay nada que temer —se despacha el hombre.

El muchacho prefiere obviar el comentario y centrarse en sus compañeros, quienes dan la impresión de tomarle más en serio.

—Aun con todos sus defectos, nos cogieron por sorpresa, y en este lugar saben moverse mucho mejor que nosotros —repone Nagesh—. Además, nuestra coordinación tampoco fue superior a la suya.

El chico coincide con su opinión.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Nagesh.

—Shalim.

—Shalim, el Caminante —matiza Nagesh, atendiendo a lo expuesto por el muchacho. Ahora entiende que sus pies se hayan endurecido hasta tal punto.

—Exacto —coincide él, conforme con su sobrenombre—. Shalim, el Caminante. ¿Y vosotros?

—Yo soy Nagesh.

—Nagesh, el Señor de las Serpientes.

—Eso es —admite esta vez Nagesh. Hacía bastante tiempo que nadie le recordaba el significado de su nombre.

—Me llamo Narayan —añade el chico de ojos hinchados que recuperó el caballo—. Aunque, ahora que lo pienso, hace muchos años que no oigo a nadie pronunciar mi nombre. Ya no estoy seguro de que sea ese realmente.

Pese a su carácter dubitativo, Nagesh puede percibir cómo ese chico desprende un fuerte magnetismo que logra atraer de algún modo la atención de los demás. Igual que esos líderes que atesoran una aptitud innata para dirigir a todo un país. Narayan dispone de esa facultad, aunque tal vez la preserve como un diamante en bruto con el que nunca ha experimentado. Nagesh no deja de pensar en qué lugar puede haberse cruzado con él para que pueda recordarle.

—Gagan —dice solamente el chico más corpulento.

—Yo…, yo soy Sudeep Pratap —se presenta entonces su

compañero, sin dejar a un lado el nerviosismo que lleva consigo desde que partieron de Bhubaneswar. A estas alturas, los demás ya han asumido que ese comportamiento forma parte de su personalidad.

—Nos alegramos de que estéis con nosotros, Sudeep —afirma Narayan.

—Nos quedas tú —le dice Nagesh a la chica, a quien parece ser costoso arrancar las palabras.

Ella baja la cabeza dudando si abrirse definitivamente a sus compañeros o seguir protegiéndose tras la coraza sentimental en la que se encierra.

—Mi nombre es Shaana —dice finalmente. La chica tiene una voz preciosa.

—Shaana —repite Nagesh en voz baja, rememorando ese nombre—. Tengo la sensación de haber oído hablar de ti en algún lado.

—Sería de otra chica que se llamase igual que yo —intuye ella —. He estado prisionera en un burdel desde los ocho años. A no ser que lo hayas frecuentado, no creo que escuchases hablar de mí. Déjame ver…

La chica le mira como si fuese la primera vez que le ve. Nagesh, que ni por lo más remoto se imaginaba una respuesta como esa, se siente avergonzado. Sin embargo, parece que a la chica no le importa que los demás conozcan su pasado ni muestra reparos a la hora de hablar de él.

—No, tu cara no me suena de nada. De eso estoy bastante segura. No nos conocemos —resuelve Shaana.

La frialdad con la que la chica narra el testimonio de su vida desgarra el alma de Nagesh y del resto de sus compañeros. Ninguno puede hacerse una idea de lo que ha tenido que soportar a lo largo de su niñez, pero están seguros de que ha hendido una mella en su interior como ninguna otra cosa en el mundo podría haber hecho. Nagesh nota cómo la tristeza que destilan sus palabras se le clava en el pecho y se hunde poco a poco hasta alcanzar su corazón. Ahora entiende la reveladora expresión que cubre el rostro de la chica como un denso velo de niebla perpetua. Le gustaría conocer más detalles sobre cómo acabó confinada en un prostíbulo a tan temprana edad y, sobre todo, qué fue lo que la liberó de tan infausto destino, pero teme hurgar en la herida y hacer supurar unos necróticos recuerdos que a buen seguro pervivirán por siempre en su memoria.

Narayan también sucumbe sin reparos a la compasión y rodea a

la chica con sus brazos en señal de cariño. Un inesperado sentimiento paternalista se apodera de él al sentir el dulce calor que desprende su cuerpo. Puede que le hayan robado la inocencia demasiado pronto, pero a poco que alguien fije sus ojos en ella, descubrirá que aún conserva en el fondo de su alma unos posos de amor que aguardan con añoranza a que un remolino los alce hasta la superficie. Y aunque tal vez ello requiera de tiempo y paciencia, el simple gesto de Narayan logra mantenerlos suspendidos el tiempo suficiente para alumbrar su cara con una tímida sonrisa de gratitud.

—Créeme que conozco el dolor que padeces —le confiesa Shalim —. Espero que algún día cicatricen del todo las yagas que te ha ocasionado.

Shaana le agradece las muestras de apoyo y se coloca una mecha de pelo tras la oreja para disimular su nerviosismo. Recibir tanto afecto condensado en tan poco tiempo le abruma, pero no lo cambiaría por nada.

—Dices que has atravesado a pie todo el continente, Shalim. ¿Quién te acompañó en tu viaje? —pregunta Nagesh, volviéndose hacia él.

—Abandoné Palitana con la única compañía de mi perra, pero a medida que caminaba fui encontrándome con otros peregrinos a los que me fui uniendo, hasta que al llegar a Varanasi ya formábamos una amplia comitiva de más de cien personas.

—¿Palitana no es el lugar de peregrinación jainista de los mil templos? —pregunta Narayan.

—Sí. Y también es donde nací.

—Es un largo camino el que separa tu tierra natal de Varanasi —señala Nagesh, admirando su hazaña—. Debió haber una razón de peso para que decidieras embarcarte en semejante proeza.

El muchacho asiente.

—La misma que impulsa a miles de personas a recorrer medio mundo antes de descender por sus *ghats* hasta la orilla del Ganges.

—Limpiar tu karma —se aventura a adivinar Nagesh.

Shalim asiente de nuevo.

—Sin embargo, no encontraste descanso tras la catarsis, pues continuaste tu camino hacia el este, hasta que la barrera del océano detuvo tu avance.

—No exactamente —desmiente esta vez el muchacho—. Las aguas me purificaron y me concedieron una segunda oportunidad en la vida, pero fue más bien el fruto de una casualidad lo que me ha hecho coincidir hoy con vosotros.

—¿Por qué no nos cuentas de qué se trata? —le pide Shaana.

Shalim parecer dudar. Él no es capaz de reconocer de una forma tan cruda los acontecimientos que sacudieron su pasado.

—No me refiero a la razón por la que te sumergiste en el Ganges, sino cuál fue esa casualidad de la que hablas.

—Bueno, seguramente sea algo parecido a lo que os ha ocurrido a vosotros, pues también estáis aquí —dice Shalim—. Estando sentado en la escalinata apareció un hombre que me propuso trabajar una temporada en las plantaciones de té de Sambalpur. Recién había cumplido mis propósitos de purga, nada me restaba por hacer en Varanasi, así que me planteé la oferta como una oportunidad de volver a empezar.

—Quien te ofreció el empleo, ¿era un tipo inglés de grandes bigotes? —pregunta Narayan.

—Sí, exacto.

—Creo que fue el mismo que me sacó de los calabozos con esa misma propuesta —explica Narayan—. Para mí también fue como una segunda oportunidad. De no ser por él hubiera terminado mis días en aquel hoyo putrefacto.

—¿Te refieres a los calabozos de la Plaza Mayor?

—Sí.

—¿Has estado encerrado allí? —pregunta Nagesh recordando el día en que estuvo con Anuj en las inmediaciones del edificio. No ha podido olvidar el grito desesperado que pareció brotar de su interior cuando posó su mano sobre la fachada.

—Pasé varios meses allí abajo, no sé exactamente cuántos. Aún no entiendo cómo resistí tanto tiempo en aquel infierno.

—Un criminal, ¿eh? —interviene el guardia del ojo morado, inmiscuyéndose en la conversación—. Maravilloso. Cinco años al servicio del gobernador para terminar arriesgando mi vida por proteger a un maldito criminal. ¡Bah!

—La puta, el ladrón, el peregrino… Y espérate, que esto todavía no ha terminado —le dice su compañero.

—En fin…

El escolta desvía su atención hacia el abrupto paisaje que se despliega a su alrededor. Le molesta lo poco gratificante que resulta a veces su trabajo.

—No le hagáis caso. No soy ningún ladrón ni hice nada malo —se autoexculpa Narayan—. Nagesh, tú sabes que no hice nada malo.

—¿Yo?

—No es necesario hacer algo malo para que te encierren —afirma Gagan—. Basta ser pobre para que los gobernantes prefieran tenerte controlado. Me pregunto si será el miedo lo que les impulsa

a ello, porque de la envidia no puede tratarse.

—¿Sabéis qué? —pregunta Shaana—. Ese hombre del que habláis visitó el burdel una noche y se interesó por mis servicios.

—¡Será cerdo!

—No, no. No buscaba los mismo que los demás. Una vez estuvimos él y yo a solas en la habitación, me hizo la misma proposición que a vosotros.

—¿De veras?

—Parece que los tres venimos de un duro pasado del que intentamos escapar a través de esta oportunidad —observa Narayan, pensativo—. ¿Pensáis que nos han elegido por eso?

—¿Por tener un pasado complicado? No creo. La infancia no es algo fácil de digerir para nadie. Casi cualquier chico de la parte baja de la ciudad habrá tenido tantas dificultades como nosotros.

—¿Quién sabe? ¿Qué hay de ti, Nagesh? Hablas demasiado bien para haber vivido en la calle y tus manos parecen más propias de una damisela. ¿Ha sido también injusta la infancia contigo?

—No, no mucho —reconoce él—. En realidad yo solo sirvo de mensajero para una carta que le envía el obispo de Bhubaneswar al cónsul. Después de entregársela volveré a mi casa.

—Vaya, qué desilusión. Tenía esperanzas puestas en que tu historia fuese la más apasionante de todas, pero veo que lo tuyo ha sido bastante sencillo. Me alegro por que así haya sido, en cualquier caso —admite Shalim.

—¿Eres el único que no va a quedarse en Sambalpur? —pregunta Shaana.

—Por lo que veo, sí.

Nagesh repasa con la mirada la expresión que van poniendo sus compañeros de viaje, según la cual así es.

—…Y también el único que no sabía a dónde se dirigía de antemano.

—El mensaje que llevas debe ser muy importante y tú un mensajero de confianza para que no puedan llevarlo esos dos —advierte Narayan, inclinando la cabeza hacia los escoltas, quienes van centrados en sus propias lesiones buscando la mejor postura para sufrir los menos dolores posibles.

—Me gustaría poder confirmártelo, pero no conozco su contenido —confiesa Nagesh.

—Dices que la carta va de parte del obispo de Bhubaneswar, pero ¿quién es exactamente? —pregunta Narayan con la esperanza de que conociendo su remitente puedan entre todos adivinar el asunto.

—Un pastor que trata de convencer a medio mundo de sus creencias, alegando que el que se aleje de ellas se autocondena a la perdición. Se llama monseñor Dumont —les explica Nagesh con desdén.

Shaana da un respingo al oír el nombre del religioso, como si una ráfaga de viento gélido atravesara de repente todo su cuerpo. Su gesto no pasa inadvertido para Nagesh, quien intuye que el obispo ha tenido algo que ver en el turbulento pasado de la chica.

—¿Le conoces? —pregunta.

Ella asiente.

—Pues no parece que te traiga buenos recuerdos —advierte Narayan—. ¿Frecuentaba el local en el que te trabajabas?

Aunque Nagesh tenga cada vez en menor estima al obispo Dumont, no le imagina capaz de quebrantar su credo con tanta virulencia. Claro, que en los últimos tiempos la realidad poco a poco se va revelando bien distinta.

—Sí, aunque nunca llegó a elegirme para cumplir con sus fantasías —aclara la chica, dando muestras de alivio.

Saber que monseñor Dumont acostumbra a visitar locales donde la lujuria juega un papel protagonista hace que a Nagesh le entren mareos. Entonces recuerda las ocasiones en las que el obispo se ausentaba durante varias horas supuestamente para atender asuntos personales en la cuidad. A veces incluso varios días seguidos. Nunca había dudado de su honor hasta el punto de atribuirle esas bajezas y, analizando cómo se comportaban los monjes con él, duda mucho que ninguno de ellos esté al tanto de esas actividades extraeucarísticas. Nagesh está seguro de que no seguirían a un líder espiritual que proclama con certitud las bondades de la castidad mientras se abraza al goce carnal con niñas que aún no han empezado a desarrollarse. La simple idea le produce unas nauseas que solo un nuevo brote de ira logra atenuar. Cada vez tiene menos dudas de que bajo la santa apariencia que le otorga la sotana se esconde un demonio embaucador que impide a quienes le rodean discernir la inmensa magnitud de su crueldad. Odia haberle conocido, odia haber malgastado la juventud a su lado y odia haber abandonado a Shefali para entregar una estúpida carta en su nombre y el del gobernador.

—¿Eso quiere decir que sí ha elegido a otras chicas? —pregunta Nagesh, resistiéndose aún a aceptar la realidad.

—A otras de piel más clara —revela Shaana—. No le gustaban en general las chicas morenas y siempre acababa eligiendo a Nakusa, mi mejor amiga, cuya piel era más parecida a la tuya que a

la mía.

—Tal vez le recordaba a las mujeres europeas —le atribuye Narayan, encogiéndose de hombros—. Porque ese sacerdote supongo que será inglés, ¿no?

—No lo sé. No hablaba muy bien el hindi y a la *madame* le costaba entender muchas veces lo que pedía. Con la mayoría de los hombres es fácil acertar, pero tengo entendido que él tenía unas preferencias muy particulares.

—Es francés.

—¿Francés?

—De Francia, un país europeo cercano al de los ingleses. ¿Tu amiga está bien? —pregunta Nagesh, sabedor del carácter inestable del obispo.

—Eso espero. Aunque realmente no lo sé. Mi amiga fue expulsada al poco de empezar a sangrar. Decían que ya no ganarían nada con ella, porque a la mayoría de los clientes no les gustan las chicas que sangran. Creo que es porque cuando una empieza a sangrar puede quedarse embarazada. A Nakusa le pasó.

—¿Crees que monseñor Dumont pudo dejarla embarazada? —pregunta Nagesh, atónito. Pensar que una niña haya podido alumbrar un hijo del obispo le deja sin respiración.

—Estoy casi segura. Meses antes, el obispo había pagado a la *madame* una cantidad elevada para que Nakusa le satisficiese solo a él. Lo llamaban derecho de exclusividad. Supongo que eso le sitúa a él como el candidato con más posibilidades de haberlo hecho.

—¿Cuesta mucho dinero obtener esa exclusividad?

—Bastante. Por la de algunas chicas han llegado a pagar más de mil rupias. Y tampoco dura para siempre. Se mantiene durante un periodo pactado, después la chica vuelve a estar disponible para el resto de clientes.

Nagesh comprende ahora a dónde fueron a parar las reservas financieras de la abadía y se pregunta si al hermano Anderson le cuadrarían normalmente las cuentas con semejante derrama o simplemente hacía la vista gorda. Cada vez asume con más certeza la gran diferencia que existe entre lo que las personas guardan en su interior y lo que muestran hacia fuera. ¿Cómo saber lo que se esconde dentro del cochero o de los dos escoltas? ¿Qué se oculta bajo el rostro apagado de cualquiera de sus compañeros de viaje? Nada puede ser lo que parece en un mundo en el que la desconfianza rige las relaciones humanas hasta el punto de trazar diferentes mundos paralelos, hechos a medida de las mentiras que cada uno emplea en ellos.

—Imagino lo duro que debe ser que te pongan un precio como si fueses una cabeza de ganado en el mercado —se compadece Shalim.

—Lo es —reconoce Shaana—. Aunque trates de verlo de una forma distinta cada día, al llegar la noche descubres que no sirve de nada engañarse, que sigues encerrada en la misma cárcel de terciopelo y pronto volverá a ocurrir lo mismo que ayer.

Los chicos se sumen en el silencio.

—Pero… —retoma la chica— no quiero seguir hablando de mí. Contadme algo más de vosotros.

Los chicos se miran unos a otros esperando que alguien arranque a hablar y reafirme que todos comparten una historia equivalente. Pero nadie se atreve a dar el primer paso, así que Shaana opta por preguntar directamente al chico que tiene justo enfrente.

—Tú eras… Nagesh, ¿verdad? —dice, aparentando hacer un gran esfuerzo metal—. Decías que el único propósito de tu viaje era el entregar en mano un mensaje a no sé quién.

—Sí, la carta que le envía… —Nagesh se da cuenta de que haber descubierto abiertamente su relación con obispo puede despertar recelo en sus compañeros, pero ahora no puede desdecirse. Conocerle no es algo que le haga sentirse orgulloso y si pudiera lo borraría de su pasado. Y de su presente. Porque del futuro tiene claro que nunca le consentirá formar parte.

—…Y no sabes qué pone en la carta —repasa ella.

—No, el obispo me la dio lacrada —dice Nagesh, acrecentando la curiosidad de los demás.

—Ya te he dicho de qué conozco yo a ese hombre, monseñor Dumont, pero ¿de qué le conoces tú? Está claro que te ha dado la carta porque cuentas con su confianza.

—Bueno, he vivido en su monasterio unos cuantos años.

—Uf… Ha tenido que ser horrible —supone Shalim.

Nagesh solo espera que conocer este hecho no provoque que Shaana les relacione a ambos y les meta en el mismo saco. Sería una desgracia que su relación con la chica se rompiera habiéndola conocido hace tan poco tiempo.

—Oye, ¿y por qué no la abres? —le incita Shalim, cediendo a un ligero hormigueo en el estómago.

De súbito, las palabras del Caminante despiertan en Nagesh un fuerte impulso de terminar con la falacia, y abrir el sobre y comprobar por qué le han enviado a ese recóndito lugar. Pero eso supondría romper el sello, algo que evidenciaría que ha vulnerado la confidencialidad del obispo y se ha inmiscuido en sus asuntos privados. Ello le traería graves consecuencias. «¿Y qué? —piensa—.

Yo no he elegido ser su mensajero ni me he comprometido a respetar su intimidad». Nagesh saca el sobre de su bolsa y lo sitúa al trasluz. La claridad que lo atraviesa no revela nada acerca de su contenido, salvo que guarda un trozo de papel plegado. A parte de eso, poco se puede averiguar.

—¿Acaso sabes leer? —pregunta Shaana.

—Algo.

—¡No me digas! —exclama, admirado, Shalim—. ¡Qué envidia me das!

—¿Y ves lo que pone? —quiere saber la chica.

—No, no veo nada.

—¿No te contó tampoco nada relacionado con ella?

—Poca cosa. Que el supuesto cónsul conocía a una señora muy importante y que el gobernador quería fortalecer su amistad con ellos.

—Oye, ¿por qué no guardas eso y te preocupas de conservarlo en buen estado para que quien lo reciba no tenga tentativas de cruzarte la cara? —le recrimina uno de los escoltas desde la parte trasera del carruaje.

Nagesh se toma en serio la advertencia y se dispone a devolver la carta a su bolsa. Pero de súbito el sobre se vuelve terriblemente pesado y a duras penas consigue sujetarlo en sus manos.

—¿Te ocurre algo? —pregunta Shalim, preocupado al ver la expresión de sorpresa que adopta el muchacho.

Antes de que Nagesh tenga opción a contestarle, sus manos dejan de poder soportar durante más tiempo el peso de la carta y esta termina precipitándose sobre el suelo del remolque. Al chocar contra la madera, el sobre produce un sonido seco más propio de una placa de metal que de un pedazo de papel. El ruido hace volverse al cochero, que repasa de un vistazo la ubicación de los pasajeros para cerciorarse antes que nada de que todo el mundo sigue en su sitio. Después gruñe gravemente en voz alta para dejar constancia de su malestar y retoma su tarea de conducir los caballos, alerta por si vuelve a producirse un ataque inesperado.

—Pero ¿queréis estaros quietos? —protesta el escolta del ojo morado—. Pensaba que los golpes eran lo peor que me habían hecho esos salvajes, pero haceros despertar ha sido mucho peor. Ibais muy tranquilos estos días atrás. ¿Os acordáis de cómo lo hacíais?

Shalim recoge el sobre del suelo y se lo entrega a Nagesh, quien lo mira con extrañeza, como si nunca en su vida hubiese visto nada parecido. Y en el fondo así es. Jamás había conocido un objeto que

variara su peso tan bruscamente, dejando de ser de repente un liviano trozo de papel para convertirse en una plancha de hierro forjado.

Al contacto con las manos de Shalim, el sobre parece haber recuperado su ligereza de forma inmediata y tomarlo de sus manos no le exige esfuerzo alguno. Shalim no pasa por alto el sello marcado en la esquina derecha del mismo. Ni siquiera a él le resulta complicado reconocerlo, pues es bastante característico.

—¿Has visto cómo ha sonado? —le pregunta Nagesh, anonadado, mientras toma el sobre de sus manos—. Fue como una piedra cayendo desde lo alto de una torre.

—Ha sido muy raro —confirma, extrañada, Shaana.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Se te ha escapado de las manos? —quiere saber a continuación Shalim.

—¡Bueno, callaos de una vez! —grita esta vez el otro escolta, exigiendo silencio—. Necesito echar una cabezada antes de llegar a Sambalpur y con tanto ruido molestándome no logro conciliar el sueño más de un par de minutos seguidos.

Nagesh guarda la carta en su bolsa, todavía sorprendido por la facilidad con la que ha perdido y recobrado su peso original, y se acomoda junto al resto de sus compañeros para aprovechar el tiempo que resta durmiendo también un rato.

1. *Un enorme paso hacia delante*

—¡Me muero de ganas por saber cómo le ha ido a su hija con el príncipe! —reconoce el gobernador Britton.

—No sea usted impaciente, señor Britton. Póngase cómodo y relájese.

El gobernador obedece y se recuesta sobre los cojines, aunque no parece que eso baste para relajarle. No se encuentra del todo a gusto en un sitio como ese, rodeado de musulmanes a los que no conoce.

—Bueno, parece que Aysha le ha causado una impresión muy positiva al príncipe durante el encuentro que ambos mantuvieron en los jardines del palacio —informa, contento, Muhammad.

—¡Qué grandes noticias!

—Coincido con el gobernador —afirma monseñor Dumont—. El primer contacto era vital y me tranquiliza saber que su hija es capaz de mantener una actitud mesurada cuando las circunstancias revisten tanta importancia.

—Sí, así es.

—Cuéntenos más detalles —le anima el gobernador, entusiasmado.

—Está bien. Pues como saben, tras una primera audiencia en la que el marajá quedó francamente impresionado con Aysha, este solicitó un segundo encuentro con ella en privado, a fin de conocerla un poco mejor. Estuvieron charlando y paseando largo rato.

—¿Y de qué hablaron?

—No lo sé. Supongo que mi hija se limitó a escucharle, mostrando su admiración e interés por todo lo que él le contaba. Ya saben lo que disfrutan los príncipes vanagloriándose de sus hazañas y mostrando sus posesiones y tesoros conseguidos.

—Ayodhya nunca ha destacado por su afán belicista y, que yo sepa, no ha participado en campañas de relevancia, así que no ha protagonizado gestas de las que pueda enorgullecerse —matiza el gobernador.

—¿Y qué conclusiones ha sacado Aysha? —quiere saber el obispo.

—Lo ignoro.

—¿No le ha preguntado?

—Por supuesto que no.

—No debería usted ignorar a ninguna de las partes —le aconseja monseñor Dumont al mercader—. ¿Cuándo tendrá lugar la próxima cita entre ambos?

—Por el momento no hay una fecha concreta.

—¿Qué? Es fundamental que en cada encuentro quede estipulado cuándo se producirá el siguiente. Haga el favor de comunicarse con su hija y hacérselo saber.

—¿Pretende que sea ella quien fije una fecha en la agenda del marajá?

—Si queremos que nuestro plan funcione, su hija debe ser capaz de influir tanto en las decisiones del marajá como en su conducta. Si la hemos elegido a ella es porque su fisionomía la capacita para tal fin —recuerda el obispo.

—¿Movemos ficha o cree que lo mejor es aguardar a que sea el propio príncipe quien se pronuncie, padre?

—Por esta vez nos tocará esperar, pero para la próxima será importante que llevemos la iniciativa. ¿No cree, señor Britton?

—Bueno, lo que está claro es que hemos dado un enorme paso hacia delante. El marajá quedó prendado de su hija desde el primer momento en que la vio, propiciando una nueva cita no menos exitosa. Aunque no haya un anuncio oficial, ni mucho menos, sí que empiezan a oírse voces que auguran un prometedor matrimonio entre ambos. Y cuando el río suena…

—¿De quién cree que han partido esos rumores? —se interesa el popular comerciante.

—Los rumores son como los viejos refranes: nadie conoce su origen, simplemente se transmiten de boca en boca entre la gente hasta que todo el mundo sabe de ellos —opina el gobernador.

Pero lord Britton no cree para nada que esté todo hecho, y así lo hace saber.

—Las comunidades hindú y musulmana no se caracterizan precisamente por ser partidarias de verse las caras habitualmente. ¿Qué pensarán sobre la consecuente mezcla de sangre, fruto de un matrimonio entre un miembro de su realeza y la hija de un comerciante moro?

—¿Un comerciante? Veo que subestima mi influencia. O eso o desconoce por completo con quién está tratando —le cuestiona Muhammad.

—Lo importante no es lo que yo conozca o desconozca, sino la opinión de la plebe —argumenta hábilmente lord Britton.

—Si casarse con una mujer musulmana es la voluntad del marajá, a nadie le corresponde el poder cuestionarla —justifica Muhammad.

—¡Qué diplomáticos son sus amigos, padre Dumont!

—No todos, por lo que veo —apostilla el mercader.

—Lo que me preocupa es que se subestime la magnitud del asunto. No estamos hablando de infiltrar a una persona entre los miembros del servicio de palacio. Ni tampoco de comprar la voluntad de un eunuco. Hablamos de casar a su hija con un marajá, por el amor de Dios. Y utilizar su posición para burlar su seguridad y asesinarle.

—¿Cree que no soy consciente del peligro que entraña el fracaso?

—Pues a veces parece olvidar que la amenaza de la soga planea por encima de nuestras cabezas —le recuerda el mandatario.

—Bueno, bueno, no seamos alarmistas, señores —intercede el prelado—. Quedémonos con lo esperanzador de nuestro comienzo. El príncipe está encantado, y nunca mejor dicho, con la belleza de la muchacha.

—¿Por qué no le preguntamos a ella por su percepción? —propone lord Britton—. La tenemos aquí al lado…

—Está ocupada atendiendo a los clientes. Como supondrán, la mercancía no se despacha sola.

—Conspirar sin echar el cerrojo acabará trayéndonos problemas. ¿A quién se le ocurre hablar de estas cosas en un lugar público?

Muhammad gruñe molesto por la actitud del gobernador y llama a su hija.

—Aysha, termina de atender a la gente que haya en la tienda. Luego cierra la puerta y toma siento con nosotros.

—Sí, padre.

La joven termina de servir y cobrar a los dos últimos clientes y, siguiendo las indicaciones del comerciante, bloquea la puerta del establecimiento. Después vuelve a la trastienda y se sienta a su lado.

—Estos dos hombres quieren conocer de primera mano tus impresiones tras el encuentro con el príncipe.

—Entiendo —dice Aysha, evitando mirarles directamente a la cara—. El príncipe me invitó a conocer el palacio y me enseñó algunas de sus dependencias.

—Nos gustaría saber qué temas tratasteis durante ese tiempo. ¿Se sintió a gusto el príncipe estando a solas contigo?

—Así me lo pareció, señor Britton. Hablamos de flores y…

—¿De flores? ¿Por qué de flores?

—El príncipe ama sus jardines como si fuesen un tesoro vivo.

—Ahora entiendo su falta de interés por la guerra. Un hombre más preocupado de regar sus plantas que de comandar sus tropas no vería anochecer el primer día de contienda.

—Sus flores un tesoro… Muy práctico, sin duda —considera el obispo—. Nadie se interesaría en robárselo.

—¿Crees que ha podido enamorarse ya de ti?

—¿Enamorarse? No me atrevería a afirmar tal cosa todavía. Ha surgido cierta complicidad entre nosotros, lo reconozco, pero el príncipe está enamorado de su mujer y no sé hasta qué punto podré hacerme un hueco en su corazón.

—No sea absurdo, señor Britton —interviene monseñor Dumont —. ¿Qué importa si se enamora o no? Lo único que importa es que la desee y decida hacerla suya. Uniéndose ambos en matrimonio se asegura tenerla en su harén. El cuándo la vaya a visitar o cómo intente cortejarla no tiene relevancia.

—¡Pero qué ignorante le hacen sus hábitos! —exclama el gobernador—. El deseo le hará acudir a visitarla cada noche. El amor será el que le haga confiar ciegamente en ella más que en ningún consejero, más que en su propio visir. Le hará bajar la guardia y volverse vulnerable.

—Estoy de acuerdo con lo que dice el aficionado a subir impuestos. Yacer con una mujer no hace sino envalentonar a un hombre. Es el amor el que le trae la debilidad —coincide el mercader—. Aysha, debes mostrarle tu lado más sensual, pero sin ofrecerle todavía nada. Debes ser difícil, debes hacerle sudar. Que te desee hasta volverse loco.

—Lo que me pedís es tarea complicada, padre. No se puede forzar la voluntad de una persona.

—¡Vamos, Aysha! Llevas años haciendo enloquecer a los hombres, haciendo que sueñen con tenerte en sus brazos. Y eso que ninguno de ellos ha llegado siquiera a contemplar tu rostro. Si te tengo tras el mostrador es solo porque eres mi mejor reclamo. El éxito de este negocio radica en ti, no en la calidad de la mercancía.

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es.

Tanto el obispo como el gobernador no pueden estar más de acuerdo. Si encontrasen en un burdel alguna chica que se pareciese remotamente a ella no podrían salir de él en toda su vida. Que el marajá pueda gozar de sus encantos les llenas de odio y envidia. Solo les consuela saber que la consecuencia de tan placentero

privilegio será el morir.

—¿Y si yo quisiera casarme con otro hombre? —espeta de repente Aysha.

—¿Qué demonios estás diciendo? ¡Lo que nos faltaba! —brama Muhammad. Seguramente fuese una de las últimas cosas que esperaba oír.

—¿Quieres casarte con otro hombre? —pregunta lord Britton.

—Vamos, no se haga ilusiones —le dice el obispo.

—¿Qué? ¡No! ¡No me refería a eso!

—Tanto si quiere como si no, no es algo discutible. ¿Acaso te crees la única persona en el mundo que tiene el derecho de casarse por amor? ¿Crees que yo estaba enamorado de tu madre?

—Seguramente no, padre.

—¡Exacto! No lo estaba. Pero lo hice porque era lo mejor para mi familia. Siguiendo la línea sucesoria, te corresponde a ti ahora esa responsabilidad. Por el amor de Alá, ¡te estamos emparejando con un marajá!

—No queréis casarme con él. Solo queréis convertirme en su viuda.

—¿Y eso qué más da? Cuando él muera tú conservarás tus privilegios. Y podrás volver a casarte con otro hombre si es lo que quieres.

Desde su cojín, monseñor Dumont endurece su semblante.

—Tenía la convicción de que tratando con hombres este tipo de situaciones no se producirían. Espero que su hija bromee, señor Al-Jahan.

—Yo también lo espero, sinceramente. ¿Bromeas? —pregunta el comerciante, volviéndose hacia su hija.

—Claro, padre.

—¿No vas a contarnos nada más? Hemos estado esperando noticias toda la semana, pero tu padre ha estado muy ocupado hasta hoy.

—No hay mucho más que contar.

Al padre Dumont le pone muy nervioso tratar con una persona cuyo rostro está tapado. No es capaz de analizar la expresión que encierra y eso le imposibilita detectar la mentira. Está seguro de que la chica esconde algo, pero en esa situación no puede identificarlo como algo más sólido que una corazonada.

—Entiendo… —resuelve el obispo, sabiendo que no podrá extraer más información hablando con la musulmana—. Bien, señor Muhammad, creo que ha llegado el momento de dar un nuevo paso en nuestro plan.

1. *Esta tarde los echarás de menos*

Sambalpur no es Darjeeling. Ya se lo había advertido el cochero y también lo puede constatar cualquiera que pasee por sus calles buscando alguna manifestación del refinado gusto colonial.

Si a los pies del Himalaya se había ido poco a poco constituyendo un núcleo muy importante en torno al negocio del té, otras regiones menos adaptadas a las rigurosas condiciones que requiere su cultivo se sumaron a esta particular fiebre del oro, no siempre con la misma fortuna. Así, los inversores que buscaron su oportunidad en Orissa, tratando de trasladar el éxito cosechado por sus colegas del norte al contexto de unas latitudes más asequibles, nunca acabaron de obtener el resultado esperado. En la mayoría de los casos, el producto acusaba la falta de agua, unas temperaturas extremadamente bajas o un suelo demasiado alcalino, que arruinaban la inversión y el esfuerzo humano realizado.

Tras varias cosechas fallidas y miles y miles de libras desperdiciadas, muchos terratenientes abandonaron su sueño y se marcharon con la cabeza gacha y un buen puñado de deudas en los bolsillos. Los que se quedaron, impulsados suavemente por el descenso de la competencia, consiguieron cierta estabilidad, logrando llegar a producir un género aceptable, muy lejos en calidad y prestigio al de Darjeeling o Assam, pero que cubría las necesidades de los paladares menos exigentes y adinerados.

La compañía llega a Sambalpur exactamente de acuerdo a lo previsto y, dadas las circunstancias, es todo un milagro que así haya sido. No ha habido bajas que lamentar y desde el incidente se han ido estrechado los lazos entre los chicos, haciéndose más ameno el recorrido y transmitiendo una sensación de mayor unidad y fortaleza ante cualquier otro contratiempo que pudiese surgir en el camino.

Serpenteando por la ladera de la montaña, el carro desciende lentamente hacia el corazón de la aldea, tiempo atrás bastante pequeña, pero que con la explotación del negocio del té había expandido su periferia, conservando cierta actividad todavía a día de hoy. Esto no disimula la gran cantidad de edificaciones derruidas y abandonadas, pero ayuda a desterrar la idea que pueda tener un visitante de estar adentrándose en una ciudad fantasma.

Cuando uno atraviesa la periferia, pronto empieza a descubrir las primeras casas habitadas por colonos, grandes y bien rematadas, que evidencian el indudable gusto arquitectónico de sus artífices. En sus días tuvieron que ser ostentosas mansiones que reflejasen el poder adquisitivo de sus ocupantes y el éxito conseguido en sus vidas. Un éxito que auguraban seguiría acompañándoles en el futuro, sin tener en cuenta que la fragilidad es uno de los principales ingredientes de su receta. La mayoría de estas casas fueron construidas con la idea de servir de residencia veraniega a los primeros ingleses que llegaban a estas tierras buscando aire puro y riqueza. Sin embargo, el aumento de población vivido durante la última mitad del siglo XIX hizo indispensable su ocupación durante todo el año, dada la altísima demanda.

Cuando el sueño se quedó en eso, en un mero sueño por culpa de unas desastrosas cosechas que no terminaban de mejorar, algunos inversores vendieron su casa y regresaron corriendo a Inglaterra. Otros se quedaron, pero dejaron de invertir las mismas cantidades de dinero en el mantenimiento de sus viviendas, pues estaba visto que una nueva época en la que mirar con lupa a qué iba destinada cada libra había llegado para echar raíces. Al final, tanto en un caso como en el otro, las edificaciones se fueron resintiendo. Sus paredes se descascarillaron, sus canalones se oxidaron, las ventanas se apolillaron y en las esquinas más inaccesibles se instalaron con tranquilidad las telarañas. Esto se dio especialmente en las residencias más apartadas de la travesía principal, en la que hoy en día se sigue concentrando el remanente aristocrático y la mediana burguesía que busca cierta visibilidad y representatividad de cara el exterior. Dar buena imagen a tus vecinos contribuye a labrar tu prestigio y te posiciona en buen lugar ante posibles clientes que visiten la ciudad. Esa especie de rencilla contenida entre empresarios hace que todavía se preocupen mínimamente del estado de sus viviendas y contraten a personas que se encargan semanalmente de cuidar su aspecto y su integridad.

Al atravesar la amplia avenida es fácil encontrarse con distinguidas señoritas y señoras que reposan junto a su pórtico bajo la apacible protección de sus sombrillas. La mayoría de ellas se pasa la tarde charlando banalmente de los negocios de sus maridos y de cómo el aire de alta montaña ha rejuvenecido su cutis de manera milagrosa. Mientras, a pequeños sorbitos, beben el té servido por sus criadas en delicadas tazas de porcelana traídas de China. A Nagesh, el gesto recatado con que las damiselas se llevan la taza del plato a sus finos labios le trae a la mente la escena vivida hace unos

días. Entonces era monseñor Dumont quien bebía té caliente en su nueva alcoba mientras se preparaba para chantajearle. Aunque las diferencias son más que evidentes, Nagesh no puede evitar sentir nauseas al recordarlo. Y es que cualquier pensamiento en el que intervenga el obispo se ha convertido en los últimos meses en el germen de algo repulsivo, en un regusto amargo que se va acentuado según va descubriendo su lado más oscuro.

La ostentosidad de cartón piedra de la que presume la pequeña urbe, aun estando en horas bajas, deja boquiabiertos a los muchachos, que no están muy acostumbrados al clasista estilo británico. En él, algunos materiales de nueva incorporación, como la madera pintada o el hierro forjado, destacan sobre otros más convencionales utilizados ampliamente en la construcción de edificios en otras villas coloniales.

El carromato avanza ahora más despacio para no atropellar a la gente dispersa por la avenida principal. Ya sea por la proximidad de los caballos o por la cara de lunático que adopta el cochero, la gente va haciéndose a un lado a medida que les ven llegar. Les miran con indiferencia mientras pasan frente a ellos y siguen con su pausada actividad como quien realiza una tarea sumamente rutinaria y aburrida. Su forma de actuar transmite la sensación de que el tiempo en estas montañas corre más despacio que en el resto de la India.

Tras recorrer las primeras tres cuartas partes de la avenida, el carromato dobla una esquina y asciende por una cuesta de escaso desnivel hasta una casa blanca con un marcado aspecto de edificio público. La puerta está abierta y por ella entran y salen por turnos varias personas con mal aspecto. Aparenta ser algún tipo de servicio médico para los habitantes de la ciudad, tal y como confirma el cochero nada más hacer detenerse su vehículo.

—¡So!

Los caballos resoplan cansados. Es de justicia reconocer su valía y sacrificio por haberles conducido durante varios días por los exigentes caminos que han tenido que atravesar.

—¡Venga, todos abajo! —ordena el hombre, descendiendo del carromato y disponiéndose a amarrar a sus animales—. Aquí es donde se supone que vendrán a buscaros.

Mientras los muchachos se bajan del vehículo, el cochero ayuda a hacer lo mismo a los dos escoltas, cuyos músculos se resienten mucho más después de haberse enfriado.

—¡Tú! —le dice a Nagesh—. Vuelve a la calle principal y sigue todo recto hasta salir de la ciudad. A unas pocas millas comenzarás

a ver varias plantaciones. La última de todas es la de Sheercliff.

—¿Nosotros tenemos que esperar junto al carro? —pregunta Sudeep, extrañado.

—Sí, no os mováis de aquí.

El cochero se gira hacia Nagesh poniendo cara de complicidad.

—¿Qué habíamos hablado de la puntualidad británica? Realmente esta gente nunca llega a la hora adecuada.

Por lo que parece, alguien debería haberse desplazado ya hasta el lugar a esperar la llegada de los muchachos. A Nagesh se le ocurre que quizás sea buena idea aprovechar el tiempo para que un médico examine el brazo de Shalim.

—¡Eh, oiga! Ha dicho que ahí había algún médico, ¿verdad? —le pregunta Nagesh al cochero, quien ya se dirige con los guardias hacia la casa. Uno de ellos se da la vuelta, como si la pregunta constituyese por sí sola una vil provocación.

—Hay varios. ¿Por qué?

—Porque Shalim también está herido —les recuerda Nagesh—. Todavía no ha venido nadie a recogerles, así que tal vez un médico podría ver su herida mientras tanto y darle alguna medicina.

—No tiene más que un rasguño, mocoso —le responde el guardia con desprecio—. Deja de perder el tiempo y enfila la calle, que ya te ha explicado este el camino. Intentar acaparar la atención de un adulto continuamente no es de buena educación. Deberías tenerlo en cuenta si vas a convivir con un caballero británico como sir Sheercliff.

Sin dar opción a réplica, los tres hombres entran en la casa.

Shalim observa el orificio ennegrecido en su brazo que todavía se resiste a cicatrizar. Su lecho sangriento palpita pesadamente, mientras expulsa una mucosa blanquecina y maloliente. Si algo queda claro al ver la herida es que no se trata de un simple rasguño sin importancia y que sus quejas están más que justificadas.

—¿Te duele? —le pregunta Shaana.

—Me escuece como si me estuviese devorando un enjambre de avispas —se queja el chico, apretando una gasa contra la herida.

—Déjame ver —le pide Nagesh. La herida tiene mala pinta. El veneno está haciendo que la infección se extienda rápidamente—. Está gangrenándose.

—¿Eso es malo?

Nagesh se reserva su opinión para no desanimar al muchacho y decide actuar en lugar de quedarse parado mientras su amigo pierde el brazo por falta de atención médica. Sin decir nada, se da la vuelta y se dirige hacia la casa, entrando en su interior haciendo

caso omiso a la mirada despectiva que le dedican dos hombres aposentados junto a la puerta.

En la planta baja, el edificio se compone de una sala principal donde los enfermos esperan su turno y media docena de habitaciones, aunque solo una de ellas está destinada a ser la consulta del doctor. Que este disponga de un consultorio propio en lugar de desplazarse a las viviendas de los enfermos constituye toda una novedad para los nativos, aunque los británicos ya lo ven como algo habitual. Lo que está claro es que permite al doctor atender a un mayor número de personas que si tuviese que emplear la mitad de su jornada laboral en desplazamientos. Obviamente, hay casos en los que el paciente debe guardar reposo y es el médico quién debe acudir a explorarle a su domicilio, pero por lo general el nuevo sistema consigue ser más eficaz.

El día parece haber sido accidentado, en vista de los pacientes que esperan en la sala a ser atendidos. Aparte de los dos guardias, que aguardan en sendas sillas con cara de agotamiento, hay otras tres personas —dos hombres y una mujer— con aspecto de haber recibido un fuerte golpe en el brazo y en el tobillo, respectivamente. Además, el doctor parece estar atendiendo a una cuarta persona en su consulta.

—¿Qué haces tú aquí? —gruñe, molesto, el guardia al ver a Nagesh dentro del consultorio.

Su poca delicadeza hace que todos los pacientes tuerzan la mirada hacia en Nagesh, dando por hecho que es un lugar donde no le corresponde estar.

—No seas tan duro con el muchacho —le reprende sin convicción el cochero. No parece estar diciéndolo muy en serio.

—Shalim necesita que le curen el brazo cuanto antes. La carne está empezando a pudrirse y se empieza a encontrar bastante mal. Si no se le atiende pronto se terminará desmayando.

—¿Ahora eres médico y vidente para saber lo que tiene y también lo que le va a pasar? —pregunta el hombre con tono burlón—. Os-he-dicho-que-os-larguéis-de-aquí-de-una-maldita-vez.

—Y yo te he dicho que necesita que le curen el brazo urgentemente.

Con cara de tremendo malestar por la reiterada insistencia del muchacho, el guardia se acerca a Nagesh y lo sujeta con fuerza por los hombros. Entonces le hace dar media vuelta y lo empuja hacia fuera bruscamente, como si su simple presencia en la sala le incomodase. El chico intenta revolverse y luchar contra su oponente, pero la diferencia de envergadura es un escollo imposible

de superar, así que su pugna se reduce a un pataleo rabioso sin más consecuencia que el llamar la atención del resto de pacientes.

—¿Qué escándalo es este? —pregunta entonces alguien desde atrás.

Quien ha intervenido resulta ser un hombre pequeño y delgado, provisto de una inmaculada bata blanca, unas gafas de brillante montura plateada y una poblada barba de un color en sintonía con su indumentaria. La mueca de su rostro denota más sorpresa que enfado, algo que paulatinamente se va invirtiendo al no obtener una rápida contestación. Mientras tanto, el resto de los presentes les observan también callados.

—¿Es que no me habéis oído? —pregunta el hombre de nuevo, empezando a sentirse bastante molesto—. ¿Por qué alzáis la voz en un lugar lleno de enfermos que precisan reposo y quietud?

—Lo siento, señor doctor —se excusa el guardia—. Este impertinente se había colado en su casa y yo trataba de echarle, después de haberle pedido con buenas formas que la abandonase por su propio pie.

El médico examina de arriba abajo a Nagesh preguntándose si será verídica la versión del guardia, ya que en principio ambos le ofrecen la misma y limitada confianza.

—¿Por qué has entrado en mi consulta? —pregunta el médico arqueando una ceja—. ¿Estás enfermo?

—Un amigo mío se encuentra malherido ahí fuera —se justifica Nagesh señalando hacia la calle—. Los salvajes nos atacaron en el bosque mientras veníamos y uno de sus dardos envenenados le alcanzó en el brazo.

El médico se cruza de brazos. La mujer que espera su turno le cuchichea algo al hombre que tiene a su lado y este le responde asintiendo muy serio.

—Y querías que yo le atendiese, ¿no es así? —presagia el doctor.

—Sí, tiene sudores fríos y su herida ha empezado a supurar.

El hombre resuella profundamente, se lleva las manos a la cintura y relaja sus hombros.

—¿Ves a las personas que hay aquí sentadas esperando su turno?

—Sí.

—Dejar sin atender a cualquiera de ellas sería una falta muy grave, contraria al deber de un buen doctor —comienza a decir—. Por eso no puedo permitir que acabe mi turno de tarde sin haberles atendido a todos de la mejor manera posible.

—Tiene razón —coincide el guardia.

—¿Sabéis? Esta gente se molesta en venir hasta aquí, paga mis

honorarios y espera su turno pacientemente, como podéis observar.

Nagesh repasa las caras de las personas de la consulta. Esperan su turno, sí, pero la paciencia no parece ser su principal virtud.

—Sería una terrible falta de consideración hacerles volver a casa sin su tratamiento. Así que les agradecería a los dos que no me hiciesen perder más el tiempo aquí fuera para que pueda dedicarme plenamente a mi trabajo, ¿entienden?

El guardia sonríe, satisfecho, al comprobar que el doctor no piensa dedicar ni un solo segundo a examinar al muchacho. Él ya se había posicionado en esa dirección y que ahora el médico hubiera contradicho su voluntad, aun sin ser consciente de ello, le parecería poco menos que una vejación.

—Pero doctor, se encuentra cada vez peor y la herida no cicatriza —insiste Nagesh, suplicando por su amigo.

—Lo siento, esto es una consulta de medicina general, no un convento de monjas piadosas —declara el hombre, agitando los brazos en señal de negación—. Aquí todo el mundo paga por ser atendido y dudo mucho que tú puedas hacer frente a la factura. Por favor, proceda a sacarle de aquí. Su falta de higiene es del todo desaconsejable en un lugar como este.

—Vamos, mequetrefe —le espeta el guardia, arrastrando a Nagesh de nuevo hacia la puerta.

—¡No me empujes! Tú llevas más tiempo que yo sin recibir un baño —le reprocha, sacudiéndoselo de encima.

En la calle, los chicos aguardan con expectación el regreso de Nagesh. Les ha sorprendido su osadía desafiando al guardia, pero verle regresar con esa expresión de frustración presagia el fracaso.

—¿Qué te han dicho? —pregunta Narayan.

—El doctor no tiene tiempo para echarle un vistazo.

—¡Oh, vaya! —lamenta Shaana.

—No te preocupes, Shalim, en poco tiempo vendrán a buscarnos y nos llevarán a la plantación. Allí habrá pomadas para curarte la herida. He visto cómo actúan otras veces y después de unos días no te quedará ninguna marca —le trata de tranquilizar Narayan.

—Las marcas no me preocupan —responde Shalim—. Todos los guerreros presentan enormes cicatrices por su cuerpo y suelen ser acordes a su bravura.

—Bueno, en ese caso no te eches mucha pomada —le aconseja Nagesh, en vista de las prioridades del muchacho—. Me quedaré con vosotros hasta que alguien aparezca para recogeros.

—No es necesario —dice Shaana—. Además, no deberías entretenerte mucho si quieres regresar antes de que se haga tarde.

—Shaana tiene razón, Nagesh —coincide Narayan—. Debes mirar por ti mismo y no entretenerte con otros asuntos que te hagan perder más tiempo. Y te recomendaría que buscases a alguien que siguiese una ruta distinta a la nuestra, que para sobresaltos ya habrás tenido bastante con el viaje de ida.

—Está bien, muchachos —accede finalmente Nagesh—. Pero antes de entregar la carta quiero asegurarme un medio de transporte para la vuelta. No volvería a compartir asiento con ese energúmeno ni aunque me ofrecieran un respaldo acolchado.

—Siento que te hayas quedado sin vehículo para volver a casa por mi culpa —lamenta Shalim.

—No ha sido culpa tuya. De todos modos, sería un incordio tener que esperar a que los caballos descansasen. Además, ni siquiera sé si el cochero tiene intenciones de regresar hoy o va a pasar aquí varios días. O tal vez tenga todas las plazas reservadas ya para el próximo viaje —dice Nagesh, percatándose de que hasta ahora no había contemplado esa posibilidad—. Esta ciudad tiene algo que no me gusta y no quiero pasar en ella ni siquiera una noche. Así que lo primero que haré será buscar si hay otro medio de transporte que cubra la misma ruta esta tarde.

Shalim se siente un poco más aliviado tras escucharle.

—Es una lástima que tengamos que separarnos tan pronto —confiesa Shaana con pena.

—Sí que lo es —reconoce Nagesh, compartiendo sus sentimientos—. Cuando tengáis unos días de descanso entre cosecha y cosecha supongo que os podréis acercar a visitarme a Bhubaneswar.

—¿Y por qué no? Para entonces seremos trabajadores asalariados, con dinero para comprar nuestras propias cosas. Podremos campar a nuestras anchas entre la gente sin estar obligados a escuchar sus continuos desprecios —afirma Narayan.

—Y por fin sabremos lo que es estar preocupados de que no nos roben —añade Shalim.

Narayan se echa el bulto de Shalim a la espalda junto al suyo y sopesa la carga. Cree que sería sobradamente capaz de llevar el equipaje de ambos en caso de tener que ir caminando.

—Ha sido un placer conoceros, chicos —les dice Nagesh al despedirse—. Espero de veras que tengáis mucha suerte en esa plantación y olvidéis por completo todo lo que habéis sufrido hasta ahora.

—Gracias Nagesh.

—*Námaste*, amigo.

Nagesh echa un vistazo alrededor y decide que sus primeros pasos deben llevarle de vuelta a la avenida principal. Lo más lógico es que allí resida la principal actividad de la ciudad y, por tanto, donde más fácil sea encontrar un medio de transporte. También es normal suponer que al menos la mayoría de las rutas que salgan de la ciudad partirán desde algún punto de esa avenida. Sus sospechas no son infundadas; de hecho, en el tramo que antes recorrieron los muchachos se cruzaron con varios carromatos cargados de mercancías y personas. La falta de un ferrocarril que atraviese la cordillera, un problema que no tendría con la recién estrenada conexión entre Bengala y Darjeeling, no ofrece más alternativas al viajero, pero provoca la proliferación de múltiples servicios alternativos. Todos ellos lentos, incómodos y peligrosos, como el mismo Nagesh pudo constatar, aunque a la postre baratos, que es lo que busca la mayoría de la gente que los utiliza.

Próxima a la subida hacia la casa del médico Nagesh encuentra una discreta fuente cubierta de musgo y aprovecha para refrescarse y reponer líquidos. Echar agua en su estómago le recuerda la necesidad de ingerir alimentos de vez en cuando, así que se sienta a un lado de la calle, resguardado de los rayos directos del sol, y busca dentro de su bolsa los últimos víveres que conserva. Tomarse diez minutos para comer alguna cosa no puede suponerle una gran demora y le ayudará a pensar con más raciocinio. Por desgracia, durante el viaje Nagesh terminó con las *samosas* de patata y guisantes que había cogido en casa y la mayoría de las provisiones que Anuj le dio cuando fue a despedirle. Solo le queda un pedazo minúsculo del tocino amarillento que gusta rechazar el obispo y un regojo de pan de sorgo duro como una piedra. Resignado, Nagesh saca la navaja que el propio Anuj le regaló una vez por su cumpleaños y de la que nunca se ha separado, y los divide en pequeños trozos para poder comérselos más deprisa. «¿Qué tal le irá atendiendo los antojos personales de monseñor Dumont?», se pregunta al pensar en el novicio. Lo cierto es que su progresión en la escala eclesiástica no tiene visos de ser muy halagüeña. Ahora, desde fuera, Nagesh tiene la certeza de que la suya habría seguido los mismos derroteros, además de ser desde el principio mucho más restrictiva con sus libertades.

Mientras mastica, Nagesh piensa que la oficina de correspondencia puede ser el lugar más apropiado para empezar a buscar un medio de transporte que parta con cierta inmediatez. Seguro que allí conocen las diferentes opciones y saben a dónde debe dirigirse o con quien hablar para concertar el viaje.

Como si fuese capaz de percibir e interpretar sus pensamientos, un hombre que recorre la calle a caballo detiene su avance a pocos pasos de donde Nagesh se encuentra sentado. A simple vista no presenta ninguna particularidad especial: es moreno, de raza hindú, barbas y cabellos entrecanos y constitución normal. Ronda perfectamente los cincuenta años. Viste una túnica marrón, más o menos de la misma edad, atada a la cintura mediante un cinturón de cuero muy deteriorado. Aparenta ser una persona de lo más corriente, incapaz de resaltar dentro de ningún grupo de gente por grande o pequeño que sea. Sin embargo, a Nagesh el hombre le resulta terriblemente familiar. Juraría, es más, está seguro de que le ha visto en alguna parte, y quizá no haga demasiado tiempo de ello. Pero por desgracia su mala memoria no le ayuda lo más mínimo a la hora de situarle en un intervalo concreto.

El hombre se apea del caballo y se estira disimuladamente para desentumecer los músculos de su espalda y sus extremidades superiores. Cabalgar puede provocar unos dolores en las cervicales bastante acusados si no se tiene la experiencia suficiente. De todos modos, no parece ser el caso. Seguramente el hombre esté más cansado que otra cosa.

—Deberías aprovechar estos rayos de sol mientras duren —le dice el hombre a Nagesh al verle sentado en la sombra—. Esta tarde los echarás de menos.

—Me gusta la niebla —repone él. En verdad la niebla le resulta misteriosa y atrayente. Como esas personas que te van revelando las cosas con cuentagotas a medida que profundizas en su conocimiento, la niebla te deja ver poco a poco pequeñas porciones del bosque según vas avanzando. Hasta que no las examinas con detenimiento y decides dar un paso más hacia ella no te muestra los secretos de nivel superior.

—Tanto mejor —resuelve el hombre, mientras evalúa la naturaleza de las nubes que empiezan a formarse sobre las cumbres que rodean el valle.

Nagesh trata de concentrarse en recordar dónde ha podido ver a ese individuo, pero todavía no da con la clave. Es posible que simplemente le recuerde a otra persona conocida y por eso no logre identificarle como alguien concreto. Hay millones de personas como él, disgregadas a lo largo y ancho del Indostán, y probablemente hubiera que examinarlas en detalle para encontrar algún rasgo característico que las diferenciase.

—Habéis liado una buena en la consulta del doctor —observa el jinete, riéndose—. ¿Cómo está tu amigo?

Parece que finalmente el encuentro entre ambos no se ha debido a la improbable capacidad del hombre de rescatar pensamientos del aire, ni tampoco ha sido fruto de la casualidad. Por algún motivo, tras presenciar el incidente en casa del médico, el hombre se ha acercado a Nagesh premeditadamente y ha querido entablar conversación. No puede ser una mera coincidencia, los dos han tenido que verse las caras en el pasado. «¿Por qué no puedo recordar dónde?», lamenta Nagesh mientras traga su último bocado de pan con tocino. Esta vez le ha costado más trabajo hacerlo pasar por el hueco de su garganta.

—Espero que bien.

—Sí, yo también —dice el hombre, espantando las moscas que se apiñan en los lagrimales de su caballo—. Puedes morirte delante de sus narices, que como no tengas dinero para pagar su minuta esa gente no va a mover por ti ni un dedo.

Nagesh limpia la hoja de su navaja con un trozo de tela, la cierra y la guarda en la bolsa. A partir de ahora, o consigue algo de comer o va a pasar hambre hasta llegar a casa. Pero, ahora que el hombre le habla de dinero, Nagesh cree que puede haber llegado el momento de utilizar cierto objeto. Tras revolver un poco dentro de la bolsa, el muchacho encuentra la brillante moneda que hace tiempo le regaló el gobernador Britton por ayudarle a arrancar su automóvil. No tiene ni idea de su valor real, aunque supone que no será demasiado. De todos modos, le fastidia enormemente no haberse dado cuenta antes de que contaba con ella. Quizá si se la hubiese ofrecido al médico, este hubiese accedido a examinar la herida de su compañero. En cualquier caso, tal vez no sea tarde todavía. Puede que los muchachos sigan esperando junto al consultorio por la persona que debía ir a recogerles.

Nagesh guarda todas sus cosas y se levanta decidido.

—¿A dónde vas con tanta prisa? ¿Acaso te incomoda mi presencia? —pregunta, sorprendido, el hombre del caballo.

—Voy a volver con mis amigos. Creo que aún hay una posibilidad de que el médico le atienda.

—Tus amigos ya se habían ido de allí antes de que yo lo hiciera. Alguien acudió a buscarles con un carromato y en seguida cargaron su equipaje y se marcharon.

—¿Hacia dónde?

—En aquella dirección —dice, señalando hacia el norte. Coincide con las indicaciones que el cochero le había dado a Nagesh acerca de la situación de las plantaciones de té.

—Vaya…

—No te preocupes por tu amigo. Encontrará quien le ayude, confía en mí.

Nagesh hace tiempo que no confía prácticamente en nadie, y mucho menos en quienes no conoce, pero en este caso ve poca diferencia entre hacerlo y no, así que antes que devanarse los sesos con ello, prefiere aprovechar sus esfuerzos centrándose en recordar quién demonios es ese hombre, cuestión que sigue resistiéndosele.

—Por cierto, ¿qué hacéis en Sambalpur? ¿Estáis de paso o habéis venido para quedaros una temporada?

—En mi caso sí. Estoy aquí para cumplir un recado, pero me iré esta misma tarde. Mis compañeros se quedarán por un tiempo mayor.

—Hummm, esta parece una ciudad llena de oportunidades para el extranjero. Han escogido un buen lugar para empezar a buscarlas.

—¿Vos no sois tampoco de aquí? —pregunta Nagesh.

—No. Al igual que tú, estoy de paso. Pensaba irme después del almuerzo.

—¿Lo decís en serio?

—Sí, pero esa niebla está empezando a hacer que me lo replantee. No quiero verme en mitad del bosque, desorientado y solitario. En estos montes habitan tribus de aborígenes esperando a tipos incautos como yo. ¿Y sabes qué? Por el momento no quiero darles la satisfacción de comerse a mi caballo.

Nagesh no puede creer que la casualidad le brinde semejante oportunidad. ¿Es posible que haya encontrado un medio de locomoción sin ni siquiera comenzar la búsqueda? El desconocido tiene razón, en esta ciudad las oportunidades le saltan a uno a los brazos.

—Ellos fueron quienes nos atacaron —confirma Nagesh, que no quiere evidenciar ante el hombre su nivel de desesperación por encontrar una forma de irse del lugar cuanto antes.

—Sí, son gente muy hostil. ¿Solamente os robaron o también habéis tenido que lamentar bajas?

—Por suerte alguien salió en nuestra defensa disparando desde la maleza dardos envenenados para ahuyentarles. No pudimos ver sus caras ni tampoco sabemos por qué lo hicieron. No se presentaron. Pero al menos lograron hacer que los salvajes se dispersasen y no volviesen a aparecer en lo que restó de camino.

—Habéis sido afortunados. En circunstancias normales os habrían robado hasta las albarcas y tendríais que haber recorrido cuanto os faltara hasta aquí andando con los pies descalzos. Vuestro

amigo nunca hubiera llegado a la ciudad con vida.

—El doctor no quiso socorrerle, así que de nada le ha servido.

—¿No te he dicho que confíes mí? —reitera el hombre.

—Claro —responde Nagesh, sin mucha gana de mostrar su sarcasmo—. Según he entendido, tenéis pensado volver a casa pronto. ¿Dónde vivís?

—No tengo casa en ningún lugar concreto —admite el hombre alzando la vista hacia el horizonte—. Pero si lo que te interesa es saber a dónde me dirijo, te puedo decir que Berhampur es mi destino.

Berhampur es una ciudad situada muy cerca de la costa, a unas cien millas al sur de Bhubaneswar. Presumiblemente, el hombre tendrá que transitar un buen tramo por el mismo camino, o uno equivalente más próximo al río, que recorrieron Nagesh y el resto de los muchachos. Si pudiesen llegar juntos a Bhanjanagar, allí se separarían y él tomaría un tren hasta Cuttack. Después, desde la capital hasta su casa podría ir andando sin problemas. A Nagesh le parece un plan perfecto.

—Necesito volver pronto a Bhubaneswar —reconoce Nagesh, aun a riesgo de que el hombre se aproveche de su situación para exigirle un precio más alto—. Tal vez nos convendría a ambos compartir parte del camino. Te pagaré una cantidad razonable y seremos menos vulnerables atravesando los bosques que si fuésemos cada uno por su lado.

—Bhubaneswar me queda a trasmano, pero veo factible recorrer unas millas en tu compañía. Sobre el pago, ya tendremos tiempo de discutirlo estos días —dice el hombre dejando entrever que el dinero no es su prioridad—. Estoy conforme con tu propuesta.

—Necesito un par de horas para visitar a una persona y estaré listo para irme —avisa Nagesh.

—Bien. Yo también tengo que realizar todavía unas gestiones por aquí cerca, pero creo que ya habré acabado para entonces. ¿Conoces la serrería que hay a la entrada de la ciudad?

Nagesh dice que sí. La ha visto al llegar, aunque no había mucho movimiento a su alrededor. Supone que la época de esplendor del negocio coincidió con la fiebre del té en la región, cuando tocaba construir viviendas de forma desconmensurada y que ahora poseen un montón de maquinaria oxidada sin utilizar.

—Allí nos vemos entonces.

Nagesh y el hombre cierran el trato y cada uno se va por su lado para atender sus propios asuntos. Aunque sea solo una primera impresión, Nagesh está contento de haberse encontrado con él.

Parece un hombre de fiar con un montón de historias a sus espaldas que a buen seguro estará dispuesto a compartir con él durante el viaje.

Y la verdad es que si en estos momentos ambos se hubiesen subido al caballo y hubiesen dejado atrás la ciudad sin demorar sus planes, así habría sido. Pero como Nagesh verá posteriormente, los acontecimientos están llamados a imposibilitar ese viaje y forzarle a tardar algún tiempo todavía en regresar a casa.

Tal y como a Nagesh le han dicho, la mansión de sir David Sheercliff se encuentra en la parte más noroccidental de la ciudad, y para llegar a ella se necesita atravesar los suburbios, que empañan la artificial belleza de la zona. La costumbre hace a Nagesh buscar alguna calle menos concurrida para evitar ser visto más de lo imprescindible. Da por hecho que si los parias no gozan de mucha popularidad dentro de su propia sociedad, tampoco cabría esperar un trato preferente por parte de los colonos británicos.

Y la verdad es que aquí, en un rincón remoto perdido entre las montañas de la India, las cosas no difieren demasiado de en cualquier otro lugar. Los terratenientes más asentados son reacios a contratar gente con semejante grado de exclusión, conscientes de que pueden llegar a pagar un alto coste por una mano de obra *a priori* tan barata. Si se corriese la voz de que un paria ha tocado con sus manos una sola hoja de té, nadie estaría dispuesto a comprar ni esa remesa ni las veinte próximas, y la reputación de la compañía afectada quedaría seriamente dañada. Además, dentro del sistema de castas no escasean tampoco miserables capaces de trabajar de sol a sol por apenas unas pocas rupias al mes, por lo que en la mayoría de los casos no es necesario recurrir a los proscritos para recoger las cosechas.

Hay, sin embargo, un pequeño grupo de agricultores británicos cuyas plantaciones ocupan las áreas más alejadas y difícilmente accesibles, con más ambición y menos escrúpulos a la hora de seleccionar al personal. Estos caciques no atienden a razones de estratos sociales ni condiciones humanas; simplemente valoran la eficiencia y sobre todo el beneficio económico, y con frecuencia reclutan intocables para trabajar en sus apartadas parcelas. Obviamente, ellos ocultan y niegan este hecho ante cualquier insinuación, pero si se trata de una acusación a otro empresario, presionan sin cuartel para que el crimen moral no quede impune.

A este segundo grupo pertenece obviamente sir David Sheercliff, un afamado organizador de monterías llegado a la región hace cuatro años, que debido a importantes acuerdos mercantiles y a sus

buenas relaciones diplomáticas se ha ganado cierta reputación entre las altas esferas del estado. Lo curioso es que quienes han podido degustar el fruto de sus cosechas no se muestran especialmente entusiasmados con su calidad y normalmente vuelven a refugiarse, con cierto disimulo pero rapidez, tras el escudo de sus marcas predilectas. Algunos competidores han acusado varias veces a sir Sheercliff de recibir subvenciones ilícitas de alguna organización con gran poder, pero nunca han podido llegar más allá en sus averiguaciones ni, por tanto, querellarse en firme contra su persona. Y como en este mundo las denuncias sin pruebas corren el riesgo de devenir en rabietas desacreditadoras, la mayoría de sus rivales terminan pensando en alto en sus despachos, buscando el motivo por el que sir Sheercliff goza de tal estatus a costa de un producto en realidad mediocre.

Según camina por las vías más resguardadas, Nagesh observa con asombro las imponentes montañas que rodean Sambalpur y sus extensas y acentuadas laderas, en cuyas cumbres se han asentado ya unos pequeños bancos de niebla. Las nubes dotan al valle de un aspecto similar a un loto verde, especialmente a última hora de la tarde, cuando las chimeneas de la pequeña ciudad empiezan a tejer unos delgados estambres de humo grisáceo que van trepando de uno en uno hacia el cielo.

En estos momentos, el sol todavía brilla con cierta intensidad sobre la ciudad. Bien es cierto que la temperatura de la zona no es demasiado calurosa ya en esta época del año, pero si las nieblas se consolidan en poco tiempo descenderán sobre las casas. Nagesh entiende que para algunas personas el estar encerradas en un valle como este, rodeado de niebla en mitad de la noche, produzca una sensación claustrofóbica. Sobre todo si se desconoce la región, que es cuando uno corre el riesgo de perderse tratando de salir de ella. De todos modos, en su caso no cree que resultase complicado encontrar la senda de regreso. Pese a haber pasado durmiendo un periodo de tiempo indeterminado al final del viaje, el último tramo se mantuvo despierto y se fijó en la orografía del terreno y en el sentido de la marcha. Además, aunque no utilizaron una vía principal, sí desembocaron en una bastante amplia poco antes de arribar las primeras casas.

Pese a haber venido contra su voluntad, Nagesh no puede negar la sensación de fresca libertad que le transmite el valle. En mitad de esa especie de cuenco de vegetación y rocas que moldean las montañas, fluye un reguero de energía parecido al que percibió aquella noche en el manantial secreto del bosque. Nace del mismo

aire, como parte de una metamorfosis célica, empapa cada rincón y se cuela lentamente entre los poros de las rocas para bañar de vida su pétreo corazón. Parece como si cada elemento que llegara al mundo naciese con ese poder en su interior, encontrando desde el primer instante serias dificultades para evitar que se desborde sobre todo cuanto le rodea. Puede que los hombres construyan templos para venerar a sus dioses, creyéndose que cuantas más piedras amontonen con más fuerza los atraerán, pero a buen seguro es en estos lares donde ellos prefieren morar y manifestarse.

A medida que Nagesh avanza hacia la plantación de sir Sheercliff, las casas son más pequeñas y están peor conservadas. Sus toscas paredes de adobe recuerdan más a la clásica arquitectura oriya que a las pomposas reminiscencias del rococó británico que imperan en la avenida principal. Los todavía lujosos comercios que hasta ahora se repartían por las calles han dejado paso a los habituales tenderetes de madera junto a las puertas de las casas, donde cada propietario exhibe el producto de su destreza. Así, los carpinteros muestran sus utensilios de madera, los herreros sus brillantes piezas de metal y los panaderos sus humeantes hogazas recién horneadas. Muchas de las viviendas incluyen un pequeño huerto doméstico de subsistencia, o quizá enfocado a una venta minorista, donde hombres y mujeres agitan sus azadones en el aire antes de clavarlos con fuerza en el suelo.

Nagesh atraviesa una estrecha callejuela llena de desperdicios en descomposición sobre los que revolotean cientos de insectos en busca del mejor lugar en el que posarse. Bajo ellos, media docena de ratas aprovechan los restos de alimentos de mayor tamaño para merendar. Las ratas son ostentosamente más grandes que las que Nagesh está acostumbrado a ver en la abadía y en su pelaje predominan los tonos grises frente a los marrones. Seguramente sea otra raza propia de estas altitudes, más adaptada a las condiciones severas del invierno que conocen.

Al fondo de la calle, un hombre hace girar su rudimentario torno manual para moldear lo que parece ser una pequeña vasija de barro. Aunque su piel atestigua el paso de los años, aparenta ser más tersa de lo normal y es también un poco más clara. Tal vez sea que, como les pasa a las ratas, las personas se hayan ido adaptando poco a poco a este hábitat y durante ese proceso la piel constituya el mejor sitio por el que empezar.

El hombre acciona el torno con rápidos giros de muñeca, aprovechando las vueltas del plato para dar forma a su futura vasija. El barro se desliza entre sus manos mojadas refinando su

aspecto con cada giro. A su lado, una veintena de vasijas de distintos tamaños ocupan la mayor parte del ancho de la fachada. Aunque no hay ningún precio de partida indicado para ellas, Nagesh supone que todas ellas están en venta.

—Disculpe —dice Nagesh, dirigiéndose al alfarero. El hombre interrumpe su trabajo y le mira con aire cansado—. ¿Qué está haciendo?

—Una vasija —responde sin más.

—Ya veo. Tiene usted muchas vasijas.

—Sí. ¿Es que quieres comprar alguna?

A juzgar por su actitud, parece que al hombre no le interesan demasiado las personas que no tengan pinta de querer comprar vasijas.

—Tal vez más tarde. Ahora tengo que hacer unos recados y no me apetece cargar con ella. Por cierto, ¿sabe dónde puedo encontrar la finca de sir David Sheercliff?

El hombre se detiene y alza la mirada hacia él con gesto de enfado. No parece haberle gustado escuchar ese nombre.

—¿Sir David Sheercliff?

—Veo que le conoce. ¿Ha venido alguna vez a comprarle vasijas?

—¿Venir por aquí? —pregunta casi ofendido—. ¿Él? No, él no se digna a dejarse ver por estas calles.

—Entiendo.

—Trabajé en esa plantación quince años antes de que el señorito inglés llegara. Dos meses después de que se hiciese con el control de la compañía me despidió por ser demasiado viejo, como al resto de trabajadores.

Nagesh trata de calcular su edad a bulto, pero no es capaz de ubicarle en ninguna franja concreta. Seguramente le echase muchos más años de los que tiene en realidad.

—No creo que usted sea muy mayor.

—Los había que no todavía no llegaban a la treintena. Se fueron a la calle con el mismo pretexto. ¡Malditos colonos! Éramos una aldea tranquila antes de que llegasen con su insaciable afán de dinero.

A tenor de lo que el hombre expone, la zona en la que ahora mismo se encuentran debió ser parte de una vieja aldea sobre la que bruscamente empezó a cimentarse la antaño próspera ciudad.

—Eso sí. Aún nos debe el jornal de nuestra última semana —recuerda el alfarero, al que pueden acusar de haber alcanzado la vejez, pero no de haberse dejado la memoria por el camino.

Si la historia del hombre es cierta, la popularidad del británico seguramente no sea muy grande entre las clases trabajadoras de la zona. A Nagesh le sorprende que no se hayan amotinado todos al ser expulsados casi a la vez de la compañía.

—¿Por qué no buscaron trabajo en otra plantación?

—Éramos muchos y el negocio empezaba a no ser rentable. Nadie quería ampliar ya sus cuadrillas.

—Vaya, parece que se juntaron varias desdichas al mismo tiempo. ¿Y dónde puedo dar con él? —quiere saber Nagesh.

—En su finca, supongo —contesta el alfarero, desdeñoso.

—Claro, bien pensado —Nagesh señala hacia el norte—. ¿Hacia allá?

El hombre termina de colocar una nueva tira de arcilla en el cuerpo de la vasija, lo humedece con agua para facilitar su adhesión y sin mucha prisa alza la vista hacia el muchacho.

—Sí, por ahí irías bien —responde antes de volver a centrar su atención en su trabajo—. Siempre que no te desvíes en algún momento.

—¿Por qué habría de desviarme?

—¿Por un brote de sentido común, tal vez? —sugiere el artesano, evidenciando que por nada del mundo a él se le ocurriría ir allí.

Nagesh decide despedirse del alfarero agradeciendo la información y continúa su camino hacia los límites septentrionales de la ciudad. El tiempo avanza deprisa y cada minuto que ahora malgaste puede echarlo en falta más adelante. En principio todavía tiene margen suficiente para entregar la carta y volver al punto de partida, pero cualquier contratiempo puede hacerle demorarse más de la cuenta, y bajo ningún concepto piensa dejar que aquel jinete se vaya sin él.

Nagesh no tarda en constatar que, efectivamente, va en la dirección correcta. Junto al camino existen carteles indicativos de la ubicación de las diferentes plantaciones, estando la entrada de la mayoría de ellas lindando directamente con el mismo. Además, cada poco salen por sus puertas carros repletos de sacos y cajas de madera que se dirigen, presurosos, hacia la ciudad para ser enviados cuanto antes a diferentes lugares de la región. No parece, por tanto, una zona donde sea fácil despistarse.

Siguiendo el camino, aunque en dirección contraria, discurre un río de poco caudal pero de aguas bravas, arrastrando las nieves licuadas que hasta hace poco se aferraban a las cumbres montañosas que encierran el valle. Sus aguas bajan revueltas y si no

fuera por las rocas que emergen sobre la superficie sería complicado predecir cuál es su profundidad real. Nagesh decide bajar la pendiente y acercarse a un remanso en el que el río forma un pequeño remolino que poco a poco va perdiendo fuerza hasta calmarse del todo en el centro. Nagesh hunde sus manos en el agua y se la echa por la cara. Pese a estar realmente fría, le resulta bastante agradable. Entonces se da cuenta de que la corriente arrastra algunas astillas de madera de diversos tamaños y opta por no bebérsela. No ve oportuno acabar con una de ellas clavada en el esófago, en vista del mal carácter de los médicos de la zona.

Tras algo más de media hora siguiendo el río, y pasadas ya el resto de plantaciones, un cartel metálico de color verde anuncia con letras doradas The Royal Crown Tea Company. Sobre el rótulo aparece una corona de cinco florones simbolizando la Corona británica. La pintura está desconchada en las esquinas, dejando a la vista restos azules pertenecientes quizá a un antiguo cartel reutilizado por la compañía. Tras él, una alambrada de unos ciento cincuenta pies de largo por diez de alto pone límites a los dominios territoriales de sir David Sheercliff.

A un lado de la entrada hay una especie de garita desde la que un hombre vigila la verja con gesto castrense. Nagesh preferiría no tener que tratar con él, pero tiene la sensación de que el único modo de entregar la carta pasa por dirigirse a su persona.

—Buenos días, señor.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta el guardia, con gesto desconfiado.

—Traigo una carta para sir David Sheercliff.

—Dámela. Se la llevaré cuando pueda.

Nagesh recuerda que el gobernador puso mucho énfasis en recalcar que la carta debía ser entregada en mano al destinatario y, ya que ha hecho todo el viaje cargando con ella, no ve por qué no asegurarse de que el tal sir Sheercliff la reciba finalmente. Es curioso que fuese lord Britton quien más insistiese en ello, después de que el obispo se lo hubiese indicado simplemente como una parte más de la tarea. O esa impresión le dio, al menos.

En cualquier caso, verse con el supuesto cónsul de Darjeeling tal vez le sirva para descubrir, por fin, qué hay detrás de tan insólito viaje, ya que, de momento, no ha visto nada que arroje un poco de luz sobre la motivación del padre Dumont para enviarle, engañado, a estas montañas. Está claro que darle la carta al hombre que tiene delante para que se la dé a otra persona, que a su vez la deposite en una mesa mezclada con el resto de su correspondencia, a Nagesh no

le serviría absolutamente de nada. Claro, que todavía no sabe tampoco qué va a poder averiguar dándole la carta directamente al cónsul. «Gracias, muchacho. Que tengas una buena tarde», le dirá probablemente sir Sheercliff. «¿Y después qué?». «Oh, espere, señor cónsul. Tiene que decirme por qué era imperativo para el obispo Dumont que esa carta se la entregase yo». «¿Qué? No tengo ni idea. Pregúntale a él. Adiós». Y si le preguntase por qué le engañó cuando le habló de la ciudad a la que iría, lo más seguro es que la respuesta fuese muy similar.

—No, gracias. Me gustaría hacérsela llegar personalmente.

—¿Esperas una propina? Pues te advierto que el señor Sheercliff no es muy propenso a las dádivas —avisa el vigilante—. No obstante, si te ve tan escuchimizado y hay alguna señorita delante, es posible que te dé algo de comer.

Nagesh adopta una sonrisa de esperanza, como si las palabras del hombre hubiesen supuesto para él un saliente al que agarrarse. Como pretendía, su acto despierta la compasión del vigilante, que sale de la garita y abre la verja para permitir que el chico acceda al interior de la propiedad.

—Ve hasta la casa del fondo y llama a la puerta. Dile al ama de llaves que traes una carta urgente para el señor Sheercliff y quieres ser tú quien la entregue.

Nagesh le da las gracias al vigilante y, atendiendo a sus indicaciones, sigue la pista privada que parte del camino principal y conduce al interior de la finca, desembocando finalmente junto a una casa de dos alturas y presencia impecable. Su fachada de madera luce pintada de azul y blanco, y en el piso superior cuenta con una pequeña terraza con una barandilla de barrotes torneados. De uno de los laterales del tejado sobresale una gruesa chimenea liberando una tenue columna de humo gris, quizá la única característica que hermana a la vivienda con las demás construcciones levantadas en la ciudad. Es, sin duda, uno de los edificios particulares más impresionantes que Nagesh ha visto nunca.

Cerca de la casa hay lo que parecen ser dos grandes almacenes y varios edificios más de menor tamaño cuyo propósito no queda claro de antemano. Dentro de uno de estos almacenes, dos hombres apilan cajas sobre un carromato, mientras que en el otro no se ve actividad alguna. Nagesh se acerca a ellos para preguntarles por el dueño de la compañía y de paso echar un vistazo al interior.

—Buenos días, señores. ¿Podrían decirme dónde puedo encontrar a sir David Sheercliff? —les pregunta, haciéndose el

despistado. Cada caja lleva pegada una etiqueta con diferentes formatos para identificar las distintas variantes de té que albergan.

—¿Te ha dejado entrar el vigilante de la garita sin darte instrucciones concretas? —replica el hombre que desde abajo alcanza las cajas al otro.

—Me dijo que preguntase a alguien al llegar a la casa. Les vi desde el camino y pensé que podrían ayudarme.

—Sí, ¿por qué no íbamos a poder? —se pregunta el segundo hombre—. A estas horas es probable que esté todavía en su despacho —contesta, señalando con la cabeza hacia la casa.

Los hombres terminan de colocar un par de cajas más sobre el carro y las sujetan con cuerdas a los extremos para evitar que se vuelquen cuando transiten las calles empedradas. El hombre que le respondió se sienta en el banco del conductor y sacude las riendas sobre el caballo, que comienza a moverse como una pesada locomotora abandonando los andenes de pasajeros de una estación muy concurrida.

—Vamos, tengo que cerrar la puerta —le dice el hombre a Nagesh para indicarle que tiene que salir del almacén con ellos.

Como ya no tiene nada más que hacer allí, Nagesh se despide de él y se dirige a la casa. El carromato con la mercancía se aleja por la pista hacia la verja, donde espera unos instantes a que el vigilante le abra la puerta, y finalmente abandona la plantación. Nagesh piensa que si cuando él se marche saliese un nuevo carromato, podría pedirle al cochero que le llevase también a la ciudad. Ganaría bastante tiempo y estaría más descansado de cara a emprender el viaje de regreso. Además, no quiere hacer esperar al hombre del caballo. Nagesh reflexiona que quizás haya pecado de exceso de confianza no contemplando otras alternativas de transporte, porque si ese hombre le fallara no tendría margen de reacción. Claro, que de eso se da cuenta ahora, que ya es demasiado tarde.

Alguien ha puesto en la entrada de la casa una larga traviesa de tren junto a un abrevadero para que las visitas dejen amarradas sus monturas. Nagesh se sacude el polvo que ha acumulado durante el viaje, más por costumbre que por otra cosa, y se echa a un lado el flequillo. Después saca de su bolsa la carta de monseñor Dumont y comprueba que ha conseguido hacerla llegar en bastantes buenas condiciones. Entonces vuelve a pensar por enésima vez que quizá hubiese sido buena idea abrirla para comprobar qué importante mensaje tenía que transmitirle personalmente al cónsul. Pero ya no es momento de cambiar de parecer y se consuela convenciéndose de

lo incómoda que sería ahora mismo su situación si hubiese llegado a romper el sobre. «¡Al cuerno con los mensajes del obispo! Lo único que quiero es darle esta maldita carta y volver con Shefali antes de acabar la semana. El que sea un escrito relevante o solo un pasquín injurioso colgado por algún rebelde en la puerta de su iglesia es algo que no me importa en absoluto».

Tras subir los cuatro escalones que elevan al porche, Nagesh se planta frente a una puerta blanca con un gran cristal con el borde tallado. La golpea delicadamente con los nudillos y espera a que alguien acuda a abrirle, mientras contempla maravillado sus preciosistas detalles ornamentales. Veinte segundos después, una mujer vestida de criada aparece tras ella y le mira de soslayo. La reacción despectiva de la mujer hace que Nagesh se pregunte si no estará ya acostumbrada a tratar con gente como él.

—Para pedir empleo debe dirigirse a la oficina que hay en la ciudad destinada a tal fin. Aquí no contratamos directamente a nadie —le espeta secamente.

La criada es una mujer hindú, probablemente perteneciente a los sudras, la casta más baja del sistema social. Debe rondar la treintena y sus cabellos canos dan fe de ello. La ausencia de *bindi* entre sus ojos hace presuponer que no está casada.

—No vengo por trabajo —le contradice Nagesh antes de que la mujer opte por desaparecer sin prestarle más atención—. Traigo una carta para el señor Sheercliff y se la debo dar en persona.

—Creía que esa tarea era cosa de los carteros y tú tienes más aspecto de mendigo que de cartero —responde con desconfianza la criada.

—*Traigo una carta personal del obispo monseñor Dumont para el señor de la casa* —reitera Nagesh, enfatizando la relevancia de su encargo—. Debo dársela en persona y no me iré hasta conseguirlo.

La mujer mira el trozo de papel que Nagesh agita en la mano y, tras dudar unos instantes, decide abrir la puerta e invitarle a pasar. Sin duda detesta tener que claudicar ante alguien inferior a ella, pero no le queda más remedio cuando un obispo y el jefe de la compañía están de por medio. Sabe que no hacerlo podría acarrearle severas consecuencias.

—El señor está en su despacho. Por favor, quítate eso que llevas por zapatos y sígueme. Acabo de fregar el suelo y no me agradaría volver a encontrarme manchas de tierra o barro sobre las alfombras.

Tras verle zapatear un par de veces sobre la tarima y dejar su calzado a un lado de la puerta, la mujer parece darse por satisfecha y conduce a Nagesh a través de un pasillo hacia una de las últimas

habitaciones de la planta baja.

La decoración del interior de la casa no va a la zaga de su apariencia externa. Colmillos de marfil flanquean el pasillo, magníficas escopetas de caza se exponen colgadas de las paredes y numerosos tapices de seda e hilos de oro cubren majestuosos las paredes, prácticamente desde el techo hasta el suelo. En una de las estancias que dejan atrás hay un acuario de gran capacidad en el que nadan una veintena de peces de diversos colores. Nagesh nunca había visto un acuario ni tampoco unos peces tan curiosos y fascinantes. No se parecen en nada a los que Anuj solía pescar de vez en cuando para la cena. Sir Sheercliff debe haber invertido una fortuna en rodearse de semejantes ornatos. Es de suponer que recibe numerosas visitas y tal derroche no se trata simplemente de un ejercicio de onanismo material.

—Señor —dice la criada mientras llama a la puerta del despacho —. Este vagabundo trae un mensaje personal para usted de parte de monseñor Dumont —continúa, casi repitiendo a modo de burla las palabras de Nagesh—. Insiste en entregárselo en persona o no se irá.

El terrateniente, que se encuentra leyendo un libro cómodamente recostado en su butaca, alza la vista hacia la puerta y asiente con la cabeza. Se trata de un hombre esbelto de unos cuarenta años de edad, de aspecto realmente espléndido. Su deslumbrante cabello rubio se une al bigote a través de sus largas y perfectamente recortadas patillas. Viste una camisa de blancura impecable y la roja casaca de la guardia británica sobre ella. Pero lo que más llama la atención de Nagesh son sus ojos, teñidos del azul del cielo. Está claro que una casa tan magnífica como esta solo podía ser habitada por alguien como sir David Sheercliff.

El británico hace un gesto para que el muchacho deje la carta sobre la mesa y, una vez la tiene a su alcance, la toma con su mano enguantada, la sacude en el aire para limpiarla de impurezas y rompe el sello lacrado. Después extrae la nota del interior del sobre, la desdobla y lee su contenido con suma atención. Al acabar la vuelve a depositar encima de la mesa. Nagesh supone que el mensaje es breve, pues *el cónsul de Darjeeling* no ha tardado demasiado en darle un repaso entero. A juzgar por la expresión de su cara, las nuevas recibidas parecen de su agrado. El cacique se recuesta de nuevo en su silla y dedica una mirada de arriba abajo a Nagesh, quien tiene la impresión de estar siendo examinado como una cabeza de ganado.

—Parece que tenemos aquí a un último rezagado —observa sir Sheercliff—. ¿No es así, «Nagesh»?

—¿Qué? —pregunta él, sin entender cómo puede saber su nombre ni a qué se refiere exactamente con eso de «rezagado». No obstante, la primera incógnita tiene fácil explicación: su nombre debe aparecer escrito en la carta. Pero ¿con qué fin? «Estimado sir David Sheercliff. El mensajero se llama Nagesh. Atentamente, monseñor Dumont». «No —piensa el muchacho—. Debe haber algo más».

—Hazme un favor, Nagesh. ¿Ves esa pila de papeles en el recibidor de la entrada? Por favor, alcánzame el telegrama enviado por la Real Casa de Telégrafos de Londres. Debo echarle una ojeada.

Atendiendo a la petición de sir Sheercliff, Nagesh se aproxima a la pila de papeles y examina los diferentes documentos que allí se amontonan. Aunque los revisa todos un par de veces, no ve ningún papel emitido por la Real Casa de Telégrafos de Londres.

—¿La Real Casa de Telégrafos?

—En efecto. ¿No la encuentras?

Tal y como sir Sheercliff contempla, Nagesh no logra identificar el documento concreto al que se refiere. Sabe que lo lógico sería reconocer que no da con él. Tal vez el cacique se haya equivocado situándolo y lo tenga guardado en un cajón, o entre las páginas de su libro. Pero en lugar de eso, Nagesh se decanta por escoger una cuartilla de papel amarillento con impresiones en tinta de imprenta y entregársela a sir Sheercliff. Este calca el gesto de antes para indicarle que lo deposite sobre la mesa del mismo modo que hizo con la misiva. La criada sonríe, burlona, desde la puerta.

—Bien, gracias —dice sir Sheercliff, dejando el papel a un lado. Por su gesto, no parece que urgiese tanto leer el telegrama que le ha pedido—. ¿Sabes por qué estás aquí? —pregunta entonces.

—Para entregarle esa carta, supongo —responde Nagesh ante lo que identifica como una obviedad.

—Sí, así es. Pero hay algo más —confiesa el británico, pasándose la mano sobre sus rubios cabellos.

—¿Alcanzarle ese otro papel? —pregunta el chico con ironía.

—En absoluto. Monseñor Dumont me hace saber que te has ofrecido voluntario para trabajar en esta plantación de manera indefinida, desde el día de hoy, y sin recibir jornal ni compensación alguna.

—¡¿Cómo?!

La revelación de sir Sheercliff casi deja a Nagesh en estado catatónico. De todos los motivos que podía imaginar por los que el obispo estaría interesado en enviarle a esta remota ciudad, bien podría ser ese el que ocupase el último lugar. Realmente no

encuentra justificación alguna para que monseñor Dumont haya tomado esa enrevesada decisión. ¿Qué le podría aportar que el joven recogiese té de forma altruista en una plantación perdida entre las montañas? Aparentemente nada. A no ser que el trabajo en sí constituyese solamente una excusa para alejarle de su hogar. Pero ¿con qué finalidad? ¿Y por qué lo de hacerlo de manera indefinida?

—No quedan muchos chicos como tú, desde luego —apunta incisivamente la criada. Nagesh no puede entender por qué le ha caído a esa mujer tan rematadamente mal desde el principio.

—¡¿Qué puedo decir?! —exclama sir Sheercliff, feliz—. Agradezco tu gesto, de veras. Aunque debo reconocer que no me gusta la impuntualidad y todos tus compañeros hace tiempo que llegaron, lo cierto es que últimamente andamos algo cortos de personal.

—Yo no… —tartamudea, aturdido, Nagesh—. ¡Yo no me he ofrecido voluntariamente para nada!

—¿No? Qué curioso… Es posible que lo hayas hecho y luego lo hayas olvidado. Hay gente a la que le ocurre eso a menudo. Dicen, y más tarde se arrepienten y desdicen… Pero no te preocupes, tiempo tendrás para recordar. ¡Guardias! —grita el cacique hacia el pasillo.

Acto seguido, dos guardias irrumpen en la habitación y agarran a Nagesh de los brazos. Este patalea, tratando de zafarse, pero es inútil resistirse. Los dos hombres son fuertes como toros y están entrenados en técnicas de inmovilización. El muchacho no tiene ninguna opción frente a ellos.

—¡Soltadme! —les grita.

—Llevadlo al barracón con los demás —les ordena a sus hombres sir David Sheercliff—. Todavía quedan algunas camas libres.

—¡Sí, señor!

—Hoy las presentaciones ya han terminado, pero mañana quiero que se reenganche con el grupo y empiece a trabajar. Veremos lo que podemos hacer con él. La verdad es que *a priori* no parece que vaya a ser demasiado…

—¡He dicho que me soltéis! —vuelve a gritar Nagesh, rozando la histeria.

El chico se agarra al respaldo de una de las sillas de invitados y la derriba con estrépito. Sin mediar palabra, uno de los guardias le planta la manaza sobre la cara para neutralizar su forcejeo, pero Nagesh se resiste a ser inmovilizado. En vista de que la cosa no va a resultar sencilla, sir Sheercliff saca un pequeño estuche de su escritorio y desata el lazo que lo sujeta. Dentro guarda un escogido

set de jeringuillas de diferentes tamaños y varios frasquitos con líquido transparente. El inglés selecciona una jeringuilla estrecha y alargada y la rellena con el contenido de uno de los frasquitos.

Lo último que Nagesh siente es un pinchazo en el brazo derecho que le hace perder la consciencia. Su cuerpo pierde toda la tensión y adquiere el aspecto de una marioneta sin cuerdas.

Como si se tratase de un procedimiento normal y rutinario, los dos hombres sacan a Nagesh del despacho y lo transportan en volandas a través del pasillo. Mientras tanto, sir Sheercliff coloca la silla en su posición original y limpia con amoniaco la aguja empleada para suministrar el sedante. Gracias a casos de insubordinación como este, está consiguiendo amortizar el alto coste del material y cada vez se arrepiente menos de haberlo adquirido.

Una vez ha terminado de colocar todos los utensilios en el estuche, lo devuelve al cajón del escritorio y recoge el trozo de papel que Nagesh depositó sobre él, obedeciendo una de sus peticiones. La nota proviene de la oficina de telégrafos de Katmandú y en ella se le invita a una cacería de elefantes a celebrar en Dharan la próxima semana.

—Me encanta la mano de obra que me envía siempre el gobernador —se confiesa en voz alta un complacido sir Sheercliff—. Es joven, dócil y lo más importante: tremendamente analfabeta.

El cacique se recuesta en su butaca, meditando sobre la razón por la que esta vez un tal monseñor Dumont es quien firma la misiva. El sobre coincide con el modelo habitual que usa lord Britton, con el membrete de la Corona en la esquina superior derecha, así que está seguro de la participación del gobernador en el envío. De hecho, el estilo en el que está redactada la carta concuerda también con el que suele emplear su secretaria personal, la señora De Vellis.

Finalmente, tras leerla dos veces más, sir Sheercliff se convence del todo: la haya enviado quien la haya enviado, la carta proviene de lord Britton, igual que todas las anteriores y el muchacho debe unirse al resto de efectivos para empezar su instrucción cuanto antes.

Los barracones a donde Nagesh es llevado son dos naves alargadas, idénticas entre sí, con un pasillo central separando dos filas de veinte literas cada una. Desde la puerta frontal puede verse todo el interior del pabellón y parece ser el único punto de acceso al mismo. No obstante, existe otra puerta en la cara opuesta que hace las veces de salida de emergencia, aunque normalmente se

encuentra bloqueada por una gruesa cadena de hierro. Una serie de pequeñas ventanas enrejadas, dispuestas longitudinalmente, aportan algo de claridad al habitáculo, especialmente por la mañana, cuando los rayos del sol sortean las copas de los árboles y se dejan caer sobre la fachada de ambos edificios.

Dentro de estos pabellones los trabajadores se apiñan por la noche para descansar bajo un techo lleno de claros, insuficiente para detener las frecuentes precipitaciones de la zona. Y es que el término gotera se queda corto para describir la cantidad de agua que se vierte sobre las camas cuando llueve. Por si fuera poco, el aire frío de las cumbres, que castiga con dureza los campos abiertos, se cuela por cada grieta, recrudeciendo aún más el ambiente, hasta el punto de hacerlo casi insoportable.

Estas condiciones tan habituales de frío y humedad favorecen la aparición de gripes y pulmonías que muchas veces llegan incluso a acabar con la vida del enfermo. Las personas más resistentes que logran sobrevivir a estas afecciones no tardan en padecer reumas o artrosis, y su vida tampoco se alarga mucho más.

Pese a las inclemencias, el mantenimiento de ambos edificios no suele considerarse urgente y solo los arreglos realmente imprescindibles entran en el plan de trabajo de los operarios. Así sucedió, por ejemplo, cuando una fuerte ventisca derribó un árbol sobre la pared de uno de los barracones. En aquella ocasión se originó un gran boquete por el que perfectamente podría salir una persona adulta. Obviamente, si sir Sheercliff se esmera tanto en mantener la seguridad en el recinto no es para que por la noche sus trabajadores se vayan sin ni siquiera despedirse. En apenas cuatro horas ya se había retirado el árbol caído y el hueco de la pared tapado con piedras y pasta de secado rápido.

Los pabellones se encuentran vigilados por una pareja de guardias armados, apostados en la puerta principal, y otra pareja que los bordea en círculos periódicamente, al tiempo que hace la ronda por toda la finca. Hay otros dos guardias custodiando la casa de sir Sheercliff de continuo y algunos más repartidos a lo largo de la verja, situados en posiciones estratégicas que les permiten controlar todo el perímetro de la plantación sin apenas moverse de su sitio. Con estas medidas de seguridad cabría suponer que el cacique está sumamente preocupado de que nadie entre en la plantación sin que él lo sepa. Sin embargo, como todo el que pasa una temporada dentro de ella acaba comprobando, sus inquietudes se centran, por el contrario, en que nadie la abandone sin su permiso.

Cuando Nagesh despierta sobre la cama, afuera ya ha oscurecido. Unas lámparas de filamento de carbono colgadas del techo cada tres literas aportan una tenue luz al interior del barracón. Los ojos de Nagesh no están acostumbrados a ese moderno sistema de alumbrado y sus pupilas necesitan unos minutos para salir de su aturdimiento. La cabeza le pesa una tonelada y percibe una profusa falta de sensibilidad en cada una de sus extremidades. Entonces se da cuenta de que está totalmente desnudo, pese a que no siente frío alguno. Alguien ha debido desvestirle y llevarse sus pertenencias, aunque no sabe para qué. Aunque lo intenta, no puede recordar con detalle lo ocurrido unas horas antes. Una secuencia de imágenes difusas en su cerebro insinúa que ha estado en el despacho de sir Sheercliff, el hombre al cargo de la última plantación del camino. Le recuerda sosteniendo una jeringuilla en la mano, mientras una mujer ríe siniestramente junto a la puerta. Al tocarse el brazo nota un bulto, en cuyo centro puede verse un minúsculo punto rojo. Entonces cae en la cuenta de que le inyectaron algo en las venas. Algo que le ha hecho permanecer sin ropa y dormido durante largo rato en una litera superior, dentro de lo que parece ser un barracón lleno de gente.

Nagesh se fija en que la inmensa mayoría de las literas están también ocupadas por otros chicos que duermen en silencio. Todos ellos visten una especie de camisón gris que les llega hasta los tobillos. Nagesh imagina que debe ser el uniforme común de los trabajadores de la plantación. Aunque el cacique se refiera a ellos como «los trabajadores», Nagesh está seguro de que en la práctica seguramente su situación se asemeje más a la esclavitud que a un trabajo digno y remunerado.

«¿He dicho los trabajadores?». Entonces el muchacho recuerda al cacique diciéndole que en su carta se ofrecía voluntario para trabajar en su plantación de forma indefinida, así que, con toda lógica, supone que ahora mismo debe encontrarse en el barracón en el que los verdaderos trabajadores pasan la noche.

La cama de Nagesh se encuentra situada más o menos en la mitad de la nave. Desde allí ve una puerta abierta por la que cruza cada pocos segundos un guardia armado con un rifle. «¿¿Un rifle??». Al incorporarse, Nagesh descubre junto a él un camisón gris como el que visten los demás chicos y una vieja manta para arroparse. Aunque busca sobre la sábana que cubre el colchón y bajo la almohada, no hay rastro ni de su ropa ni de sus demás pertenencias.

Nagesh se sienta en el borde de la cama con las piernas colgando

en el aire, tratando de analizar la encerrona en la que se ha visto inmerso. Al margen de lo inexplicable del asunto, lo que le resulta especialmente hiriente es que el sacerdote le haya utilizado como el mensajero de su propia emboscada. Sin saberlo, se metió en la misma boca del lobo, gritando bien fuerte para que el animal se enterase de que había llegado la hora de cenar. «Pero ¿cómo ha podido el obispo Dumont jugármela de semejante manera? ¿Y qué demonios pretende con ello?». Ahora Nagesh se arrepiente de no haber abierto la carta durante el trayecto. Si lo hubiese hecho habría dado la vuelta sin dudar y se habría plantado frente a ese maldito embustero para pedirle explicaciones. «¿Ofrecerme voluntariamente para trabajar en la plantación?», repite Nagesh, clavando las uñas en el colchón.

Entonces las bombillas se apagan, llenando el interior del barracón con una cortina de sombras entretejidas. A su alrededor, los muchachos continúan sumidos en el más absoluto silencio.

Nagesh se tumba de nuevo en el colchón, pero su cabeza gira a demasiadas revoluciones y no consigue pensar con claridad. De golpe, empieza a sentir bastante frío. Se tapa con la manta y se acurruca todo lo que puede, pero no puede evitar comenzar a tiritar. Entonces recuerda que había quedado a media tarde con un hombre que tenía un caballo para irse de la ciudad junto a él. Está claro que la hora de la cita ya ha pasado y él no ha acudido. ¿Habrá imaginado ese hombre que algo malo le ha podido suceder para no presentarse según lo que habían acordado? Nagesh prefiere no engañarse a sí mismo con falsas ilusiones y se convence de que lo más normal es que el jinete se encuentre a muchas millas de distancia, emborrachándose despreocupadamente con *feni* en alguna posada de Baudhgarh.

De pronto, en mitad del letargo en el que flota su cabeza, un mecanismo se acciona, desempolvando un viejo recuerdo: «¡Ese hombre! ¡Claro!». Nagesh se incorpora, exaltado, sobre la cama. «¿Cómo he podido no darme cuenta mientras le tenía delante? —se pregunta con rabia—. ¡Era el encapuchado que me asaltó en la escalera de la bodega el día del banquete popular!».

1. *Agua para toda la ciudad*

Mr. Paul Harrison contempla, maravillado, la singular arquitectura de los templos que se yerguen por las laberínticas calles de Mumbai. Ni siquiera después de haber escuchado las efusivas descripciones de sus compatriotas en los lejanos clubes ingleses había podido imaginar algo mínimamente cercano a la realidad que ahora tiene frente a él.

Las colosales edificaciones de mármol blanco y granito ponen de manifiesto la arraigada tradición hinduista que sitúa el culto arquitectónico como una de las más grandes expresiones del arte. Pero no se trata solo de los templos dedicados a la sagrada trimurti, que rápidamente suscitan la expectación de los recién llegados. Entre ellos se levantaban también otros imponentes templos jainistas y budistas, tejidos en un pétreo mosaico por unas manos a buen seguro divinas. Incluso la sorprendente mezquita del siglo XV emplazada en un pequeño islote con la que se topó de casualidad hace un par de horas había desbordado su admiración. Mr. Harrison había pasado en alta mar demasiado tiempo y ansiaba verse de nuevo inmerso en un decorado que no estuviese formado exclusivamente por tablones de madera calafateada y velas al viento.

El inglés había descubierto en Mumbai una auténtica ciudad-museo donde los tesoros de seda, marfil y ébano se esparcen con descaro entre los incontables tenderetes dispuestos a lo largo de sus calles. Tesoros que casi cualquiera podía comprar y hacer suyos. Nunca había experimentado una sensación tan semejante al misticismo como la que siente ahora, rodeado de coloridos montones de especias sumergidos bajo una nube de aromas orientales. Es como si de los cimientos de la ciudad brotara una música que los oídos no pueden percibir pero que el corazón sí es capaz de escuchar e interpretar con acierto.

Aunque ya han transcurrido unas cuantas horas desde que llegó a la ciudad remontando las mansas aguas del Kathjori en un pequeño barco de pescadores, aún no ha terminado de asimilar toda esta experiencia. Su principal preocupación era desde el principio evitar meterse en líos indeseados, pero en seguida dejó a un lado esos miedos sin fundamento para perderse en medio de una

vorágine de sensaciones indescriptibles. Pasado un tiempo, aún le cuesta encontrar las palabras necesarias para plasmar en su cuaderno de viaje las imágenes que se proyectan constantemente en sus retinas.

Finalmente, Mr. Harrison decide rendirse a la evidencia y simplemente tratar de absorber el mayor número de ellas. Ya se preocupará más tarde de sintetizarlas en palabras y bocetos si es necesario, aunque en principio es algo que le parece bastante complicado. Ha sido una auténtica pena no haber podido traer su flamante Kodak en este viaje. Con ella habría retratado cada rincón de esta maravillosa ciudad para que a su vuelta sus colegas pudiesen hacerse una idea fidedigna de sus peculiaridades. Pero debe reconocer que cargar con semejante aparato le habría obligado a estar atento continuamente para que no se lo robasen, y eso le distraería de otros temas más importantes, como su propia seguridad. Espera que sus dibujos hagan justicia a lo que ve, y que su camarote no vuelva a inundarse a la vuelta y los arruine.

Apabullado todavía por la magnitud de semejante vivencia, Mr. Harrison se sienta en lo alto de un pequeño muro a recobrar el aliento. Cree que sería buena idea buscar algún puesto de ropa y comprar unos pantalones más ligeros y una camisa más vaporosa. Aparte de que bien merece ya un recambio, reconoce que su estricto atuendo británico no está adaptado para soportar el calor y la humedad que reinará en el delta, y que no parará de sudar.

Mr. Harrison se quita el bombín y se seca la frente con un pañuelo de hilo con las iniciales PH bordadas en letras doradas. Un joven aguador se acerca a él con una tinaja de bronce y aprovecha para ofrecerle un trago. Mr. Harrison acepta, y como pago por el agua le entrega una libra esterlina, esperando que sea suficiente recompensa. El chico mira la moneda con curiosidad y, tras pronunciar algo en maratí, se aleja aparentemente satisfecho con el trato. Mr. Harrison se pregunta si acaso habrá pagado por agua para toda la ciudad, pues el chico se ha perdido en seguida entre la gente, olvidándose incluso de recoger el vaso.

Aunque el agua sabe a tierra y berros, Mr. Harrison nota cómo su frescura le alivia de inmediato y le ayuda a recordar el motivo por el que ha venido a la India, que obviamente no pasa por contemplar, pasmado, la singular arquitectura local para siempre. A él le pagan por auditar las cuentas de personas bajo sospecha de fraude, algo que francamente se le da bastante bien. Sus informes han servido de base durante años para sustentar sólidas acusaciones hacia todo tipo de malversadores, a los que hace pagar sus arterías

con largas temporadas entre rejas. Por supuesto que habrá quien haya burlado sus pesquisas, pues, como en todos los ámbitos, no hay nadie que pueda considerarse infalible, pero su simple presencia sirve cuanto menos de advertencia disuasoria para muchos delincuentes.

Hasta ahora, todos los encargos que Mr. Harrison iba teniendo que cumplir se centraban en miembros de la burguesía británica y algún que otro empresario tentado a evadir impuestos, pero nunca había tenido que salir de las islas. Y mucho menos le habían pedido que se desplazase tan lejos para auditar a una sola persona. No le parece justo que a su edad, después de un par de décadas de servicios impecables, le envíen al quinto infierno, habiendo cientos de licenciados hambrientos por labrarse una buena reputación que estarían dispuestos a subir a la luna a comprobar el resultado de un par de sumas y restas. «Tal vez sea un caso importante que no han querido dejar en manos inexpertas», se dice para convencerse de su idoneidad.

A poca distancia de él, al otro lado de la calle, un encantador de serpientes demuestra sus dotes hipnóticas con un reptil de longitud media. Mr. Harrison no es un entendido en fauna salvaje, pero cree que se trata de una serpiente de anteojos. El hombre debe tener una gran confianza en sí mismo para sentarse tranquilamente a tocar el *pungi* ante un animal tan venenoso. Mr. Harrison nunca había oído tocar ese instrumento musical en su país.

Alrededor del hombre, un corrillo de personas parece experimentar el mismo asombro al ver a la serpiente oscilando erguida en el aire. Un par de chiquillos juegan a comprobar cuál de los dos se atreve a acercarse más a ella. Se arriman lo más que pueden y salen corriendo rápidamente hacia atrás, partiéndose de risa. «¡Qué diferente resulta aquí la vida!», piensa Mr. Harrison, comparándola con la única que hasta ahora había conocido.

Tras consultar el plano que lleva siempre en el bolsillo y situarse de nuevo, Mr. Harrison se coloca de nuevo el bombín y deja el vaso vacío sobre el muro.

—¿Puedo quedármelo, señor? —le pregunta educadamente un niño al darse cuenta de sus intenciones de abandonarlo.

Mr. Harrison asiente y deja que sea el niño quien lo coja. Después se sacude el pantalón y, con paso decidido, pone rumbo a la estación del ferrocarril. Con suerte encontrará por el camino algún puesto de camisas a precios razonables. Puede que su código de vestimenta se resienta, pero en estos momentos hay otras cosas más importantes para él, como evitar sufrir una lipotimia en un

lugar como este. No quiere ni pensar el riesgo que supondría perder el conocimiento en medio de un nido de bandidos convencidos de la impunidad criminal. Puede que los ladrones de guante blanco sean su especialidad, pero los no tan finos le siguen despertando auténtico pavor.

A un buen puñado de millas de allí, lord Britton observa con preocupación el telegrama que la señora De Vellis ha dejado esta mañana sobre su mesa. En él, el gobernador general anuncia la llegada a Bhubaneswar de un auditor británico con el propósito de revisar las cuentas administrativas durante el periodo de tiempo que comprende su mandato. Esta terrible noticia amenaza no solo con arruinar sus planes de colonización y ascenso, sino que seguramente le hará terminar con sus huesos en la cárcel, acusado de malversación y falsificación de cuentas. Y lo que es peor, acabará por siempre con sus opciones de convertirse en el amante secreto de doña Alejandra de Dinamarca.

Momentos antes de las seis de la mañana, los guardias atraviesan el barracón tocando diana. Los trabajadores se desperezan y poco a poco se van levantando de sus camas. Como afuera sigue reinando la oscuridad, los guardias encienden las luces eléctricas, que se vuelven especialmente molestas cuando uno trata de abrir los ojos estando todavía semidormido. Nagesh no ha podido pegar ojo en toda la noche, aunque tampoco es que lo haya intentado. Por un lado, en su cabeza pervive aún la tormenta de pensamientos que se desató la tarde anterior, y por otro, un lugar desconocido y tan plagado de hostilidad como este no invita precisamente a abandonarse a un sueño despreocupado y placentero.

Con la luz de las bombillas Nagesh puede distinguir con algo más de detalle las caras de sus compañeros de barracón. Haciendo un rápido repaso no tarda en identificar las facciones amistosas del joven Shalim, quien bosteza abriendo la boca como un oso. Su litera se encuentra situada dos puestos más allá, entre la suya y la puerta de acceso principal. El chico lleva vendado el brazo en el que fue herido y, por sus movimientos, no parece que le esté doliendo demasiado. En general tiene buen aspecto y eso le tranquiliza. Esperanzado, Nagesh busca con rapidez al resto de muchachos con los que compartió el carromato. Necesita hallar con urgencia más caras conocidas.

Por fortuna, nada más incorporarse ve a Shaana en la hilera de enfrente, trenzándose cuidadosamente su larga melena. Más allá también están Narayan, Gagan y Sudeep. Nagesh considera una suerte el haber encontrado tan fácilmente a todos sus amigos y que estos se encuentren en perfecto estado de salud. Seguramente ellos se lleven también una sorpresa cuando se den cuenta de su presencia. Tal vez de inicio lamenten que haya sido objeto de una encerrona y que deba quedarse en la plantación en contra de su voluntad, pero ese remanente de egoísmo que todo el mundo guarda dentro, sin duda alguna se alegrará de tenerle en la plantación.

Con ánimo renovado, Nagesh continúa haciendo un repaso visual del resto de ocupantes del barracón y descubre que a simple vista resultan de lo más homogéneos. La mayoría son varones,

aunque también llega a contar de un rápido vistazo cinco chicas, incluyendo a Shaana, que es la única a la que él conoce. Casi todos ellos son delgados, pero hay dos o tres que poseen una constitución más desarrollada que los demás, quizá fruto de haber trabajado duro durante los últimos meses. En cuanto a su edad, lo cierto es que ninguno aparenta bajar de los doce o trece años, ni tampoco superar de largo la quincena, por lo que la juventud parece haber sido un aspecto clave en el reclutamiento. Salvo porque algunos tienen la cabeza rapada, probablemente por ser budistas, todos llevan un corte de pelo similar.

Nagesh aprovecha que Shaana se encuentra dándole la cara para agitar la mano intentando atraer su atención, pero ella no le ve. Está ocupada estirando su sábana y doblando la manta sobre la cama. Como el resto de los chicos están haciendo lo mismo, Nagesh se baja de su litera y estira la suya para disimular las arrugas producidas durante la noche. Supone que en algún momento del día anterior alguien debió ordenarles hacer eso. Al pasar la mano sobre el colchón, un pequeño chinche cercano a la almohada salta al vacío, cayendo en algún lugar indeterminado del otro lado de la cama. Nagesh se agacha para buscarlo, pero en un suelo tan oscuro como ese es complicado encontrarlo.

—¿Qué haces? —le pregunta el chico de la litera de abajo, que todavía sigue tendido en la cama con aspecto somnoliento.

—Creo que había un chinche entre mis sábanas.

—No me lo puedo creer —dice el chico sin ningún interés, antes de darse la vuelta hacia el lado contrario.

Nagesh prefiere no dar importancia al tono de su contestación y se centra en buscar más insectos diminutos en su colchón, aunque no encuentra ninguno más. Así pues, enrolla su manta formando un rodillo y la coloca a los pies de la cama. Entonces se da cuenta de que junto a ella hay un uniforme como el del resto de los trabajadores y supone que alguien lo ha dejado ahí para él. Lo que no encuentra es nada para ponerse en los pies. Se acuerda de que dejó sus zapatos en la entrada de la mansión y se dice a sí mismo que tiene que intentar recuperarlos pronto.

En ese momento, un objeto de pequeñas dimensiones impacta contra su brazo sin causarle el más mínimo dolor. Cuando mira en la dirección en la que ha llegado el proyectil, ve a Shaana sonriendo alegremente. Parece que la chica, por fin, se ha fijado en él. «¿Qué haces aquí?», parece decir con los labios. Nagesh se encoje de hombros para evidenciar su desconocimiento, a lo que ella responde negando con la cabeza sin perder la sonrisa. Después vuelve a su

tarea, antes de que nadie pueda percatarse de que ya se conocen. A Nagesh le parece muy sensato ese comportamiento y hace lo propio, fingiendo esmerarse en dejar arreglada su cama, a la espera de que suceda algo determinante a su alrededor. No sabe si para todos los que están allí habrá sido la primera noche en la plantación, ni si el día anterior alguien les habrá dicho cómo proceder en cada momento, así que cree que lo mejor será integrarse en su misma dinámica y ver qué pasa. De nada le serviría volver a revelarse como un loco e intentar de nuevo escapar. Probablemente acabase tendido en la cama con otro pinchazo en el brazo, lo que no le conduciría a ninguna parte.

Al poco, un guardia gordo y con una espesa y negra barba entra por la puerta y empieza a recorrer el pasillo mirando a ambos lados para comprobar que todos los trabajadores estén preparados. En su mano lleva una lista con sus nombres escritos, algo que seguramente le ayuda a identificarles según su posición dentro del barracón. Pudiera ser que el no conocer todavía a ninguno de los chicos se debiera a una notoria falta de inteligencia por su parte, pero Nagesh se decanta por pensar que todos ellos han llegado hace poco tiempo; algunos, como él y sus amigos, incluso el día anterior. Siendo así, podría exculparse de momento la poca memoria del guardia.

—¡¡Eh, mocoso!!

El guardia se dirige a un muchacho que, todavía en la cama, reza sentado sobre sus piernas con las palmas de las manos unidas frente a la boca. El chico abre los ojos sobresaltado. El grito del guardia parece haberle sacado de golpe de un profundo estado de concentración.

—¡Nada de rezos en el barracón! —ordena con aspereza—. ¡Ya se os avisó! ¡Después tendréis tiempo de rezar como es debido!

El guardia lanza una marcada expresión molesta en todas direcciones para extender el aviso al resto de los presentes. Habla un hindi con acento británico que suena ridículo a todos los efectos, pero que a él debe parecerle enriquecedor.

Intimidado, el chico al que acaba de reprender baja de su cama y empieza a vestirse.

—¡Aquel que sea sorprendido rezando a otro ente que no sea nuestro Señor Jesucristo será castigado con dureza! ¡Quedáis todos advertidos! —grita el guardia. Nagesh piensa que si en estos momentos tuviese un látigo en la mano, probablemente el hombre lo haría estallar contra el suelo para enfatizar su advertencia. No sabe por qué, pero no le resulta extraño encontrar a hindúes

convertidos al cristianismo en un lugar como este. Por lo poco que ha visto desde que dejó la abadía, le da la sensación de que para empezar a codearte con un europeo estás obligado a cambiar de religión.

Tras el breve rapapolvo, el recuento no tarda demasiado en realizarse. Entonces, tal y como dejaban entrever las palabras del guardia, los muchachos son sacados de los barracones y conducidos en fila de a uno a un pequeño edificio de madera con una campana junto a la puerta.

Nagesh aprovecha el trayecto para fijarse si sus zapatos siguen aguardándole junto a la puerta de la mansión de sir Sheercliff, pero no los ve por ningún lado. Sospecha que la arisca sirvienta los habrá quemado con gusto y supone que conseguir un par nuevo no será tarea fácil.

El interior de la iglesia está adornado con un crucifijo labrado sin mucho esmero, unas cuantas velas encendidas y algunas tallas de santos indeterminados sobre las paredes, pero no posee ni un solo banco en el que sentarse. Parece una especie de capilla improvisada y sin mucha historia, pensada para dar cabida al máximo número de personas por encima de otras pretensiones. Nagesh supone que este será el lugar en el que al menos una vez al día deberán rezar todos juntos al omnipresente dios cristiano. Para él es una sensación rara verse de nuevo inmerso en esa religión tras un voluntario paréntesis alejado de ella. Sobre todo, porque se había jurado que ese paréntesis se prolongaría indefinidamente y que no volvería a pisar una iglesia nunca más. Pero, claro está, no contaba con que meses después alguien pudiera secuestrarle y meterle a punta de escopeta en una de ellas.

Lo cierto es que Nagesh no puede negar el haber sentido siempre cierta simpatía por los personajes de las historias que los monjes le contaban. Pero cuando ahora piensa en ellos los percibe tan lejanos que apenas recuerda siquiera sus nombres. En verdad, es como si su vida entera en la abadía fuese un suceso mucho anterior a los años en que vivió con su padre, en aquella pequeña choza próxima al bosque. Es algo que para Nagesh no tiene mucho sentido, pero que sin embargo es tan real como la tierra o el cielo. O como el chinche que saltó huyendo hace un rato de su cama.

En la capilla es la primera vez que los miembros de ambos barracones tienen la oportunidad de coincidir y, francamente, no resulta difícil distinguirles a los unos de los otros. Los del segundo edificio son más fuertes, aunque en general sus edades se encuentran en la misma franja que las de los compañeros de

Nagesh. Pero lo más llamativo es que hay algo en sus caras que denota un sentimiento casi imposible de descifrar. Pudiera ser solo cansancio, aunque también hartazgo, sumisión, sufrimiento, odio y decadencia, juntos y en dosis variables en función de la resistencia de cada uno. Lo que a Nagesh no le hace dudar es que es algo letalmente corrosivo, que se ha instalado en ellos para alimentarse de su vitalidad y que las personas que dirigen y vigilan esta plantación se encargan de regar de forma continuada.

Sin que nadie se lo haya dicho, Nagesh sabe perfectamente que todos esos muchachos llevan mucho más tiempo que él y sus compañeros en este lugar. También lo denota su forma de actuar, irreflexiva y rutinaria. Es como si estuviesen guiados por unos hilos invisibles, anudados a los largos dedos del cacique, que hiciesen innecesarias las órdenes y la vigilancia sobre ellos.

Una vez que todos los muchachos se encuentran ubicados y en silencio, un hombre serio y de edad provecta hace acto de presencia por la puerta lateral. Su vestimenta deja claro que es el encargado de oficiar las misas en este lugar. Se compone de una sotana bastante corriente que revela un estatus sin duda discreto y unas sandalias de hebillas oxidadas excesivamente desgastadas. Pese a lo ordinario de su apariencia, por su forma de hablar y su altanería parece considerarse superior a la mayoría de los clérigos que debe conocer. Nagesh cree que tiene cara de haber cometido las peores tropelías a lo largo de su vida, el mismo efecto que producía la que mostraba en privado monseñor Dumont.

El cura se presenta a los neófitos como el padre Nikolaus y dice sentirse feliz de contar nuevamente con un rebaño más numeroso. Eso confirma las sospechas de Nagesh de que los chicos del otro barracón no llegaron a la plantación al mismo tiempo que él. Lo que no sabe es cuánto llevarán trabajando en ella para haberse transformado en meros títeres sin voluntad.

Nada más concluir la breve apertura, el padre Nikolaus procede a leerles en voz alta algunos pasajes bíblicos escogidos por él mismo antes de centrarse en sus propias reflexiones personales. Nagesh conoce unos cuantos de ellos, pero en boca del nuevo pastor le resultan ajenos e inservibles, como si no pudiera extraer de ellos moraleja alguna. ¡Cómo echa de menos al viejo hermano Jacob y sus interminables divagaciones existenciales, revelándole los misterios de la vida y haciéndole más fácil convivir con sus contradicciones!

Como es natural, para llegar a su audiencia el sacerdote se apoya en un intérprete local que, dicho sea de paso, traduce su

discurso en un tono mucho más sosegado. Al oír al sacerdote, Nagesh recuerda sus primeras lecciones con el obispo Dumont, y cómo, aunque entendiese la forma del mensaje, el contenido se le hacía difícil de asimilar. Con el tiempo fue aprendiendo a distinguir el enfoque que la nueva religión le ofrecía y percibiendo diferencias y semejanzas con la que había tenido hasta entonces, y eso facilitó las cosas. Pero fue un proceso más o menos largo, y mucho tuvo que ver en él el hermano Saravanan. Seguramente si él no hubiera estado en la abadía, Nagesh nunca se hubiera adaptado a la vida en ella. Por eso, cuando ve las caras de quienes se encuentran a su lado, se imagina lo complicado que debe ser para ellos asimilar una nueva doctrina de una forma tan rápida y obligada. Supone que el sacerdote que imparte la misa es consciente de ello y se tomará el asunto más como una empresa a medio plazo que un propósito de carácter inmediato. Lo más probable es que todos estos chicos hayan sido denostados por la sociedad desde muy pequeños y las promesas de ser tratados, al fin, como iguales les motiven a seguir las nuevas enseñanzas del pastor. Eso él tiene que saberlo, igual que lo sabía el obispo Dumont cuando se convirtió en su tutor.

—Un dios respetable debe aglutinar todo el poder en sus manos —asegura el padre Nikolaus en un momento de su sermón—. Cuando coexisten un gran número de dioses, cada cual con sus propias competencias y virtudes, es evidente que ninguno de ellos es poderoso en su conjunto. Es decir, cada uno de ellos esconde algún tipo de imperfección en su figura que facilita que otra deidad le supere en ese ámbito concreto. ¿Cómo se puede adorar a un ser así, imperfecto desde su concepción?

El cura sostiene fuertemente su libro con ambas manos como si le preocupase que pudiese caérsele al suelo. No parece que esté leyendo nada de él y, sin embargo, cada cierto tiempo lo mira y pasa una página. Tal vez esté lleno de anotaciones personales que le recuerden qué decir en cada momento.

—Un dios que domina el sol —prosigue diciendo plenamente convencido— carece de razón de ser sin un dios del aire que le sostenga. La triada a la que adoran vuestros padres y hermanos, sin ir más lejos, es un disparate en sí misma. Un dios que crea cosas, otro que las transforma según le parece y otro que las destruye cuando le place. ¿Ninguno de ellos es capaz de asumir la responsabilidad total sobre el universo? ¿Tienen algo que hacer esos tres ídolos de barro frente a un Dios todopoderoso? Y qué decir de esos templos, de aspecto más propio de un prostíbulo que de un lugar de adoración, con todas esas imágenes de monstruos y

demonios fornicando con mujeres promiscuas. Los sacerdotes rinden en ellos culto a un falo de piedra en repulsivas ceremonias más propias del paganismo que de una religión respetable. ¿Qué mentes enrarecidas y desviadas decidieron que el mundo era así? El mismo mundo en el que nuestro Señor Jesucristo se sacrificó por el resto de los hombres, tanto por los que le seguían y como por los que no. ¿Por qué resignarse a ser parte de ese universo arcaico? ¿Por qué, si tenemos la libertad de elegir un lugar mucho mejor en el que vivir?

El arrogante religioso cierra su libro de golpe y porrazo. Probablemente busque hacer volver en sí a la parte de audiencia adormecida, sabedor de que muchos no están acostumbrados a aguantar tanta retahíla seguida.

—Para eso estoy aquí. No vengo a transmitiros sermones sin sustancia, sino a invitaros a ser protagonistas de lo que en ellos relato. Quiero ser vuestro pastor y guiaros a un mundo misericordioso donde todos compartamos la pasión de Cristo y bebamos de su fe.

Nagesh aprovecha el discurso para observar de nuevo el comportamiento de los trabajadores del segundo barracón. Como si estuviesen presenciando un concierto de cuerda de la mismísima Sarasvati, los muchachos le prestan al cura toda su atención. Nagesh supone que no es la primera vez que este les adula con sus plegarias, por lo que no se explica esa incondicional entrega. Tal es su interés que sus oídos parecen butrones por los que alguien se hubiese colado para robarles el alma, dejándoles en el interior del cuerpo un profundo vacío de identidad.

Para terminar la sesión, el cura ordena rezar al unísono diferentes oraciones, como un mantra ancestral que a buen seguro la mayoría aún no logra entender.

Durante toda la misa, Nagesh no ha podido dejar de comparar la forma en que el sacerdote celebraba la eucaristía con la metodología empleada por monseñor Dumont, y se ha percatado de las similitudes de esta con la última etapa del obispo, mucho más radical en el juicio del prójimo impío. Nagesh siempre ha echado de menos aquellos primeros discursos evangélicos en los que el obispo le hablaba de la bondad y el perdón. Luego todo se torció y ninguna de las palabras que salieron desde entonces de su boca le parece digna de ser recordada. A su juicio, el prelado se convirtió en burdo individuo que profería escarnios que, a excepción de a él mismo, a nadie le interesaban.

Una vez acabado el sermón matinal, los trabajadores son conducidos al comedor, donde dan gracias al Señor por los

alimentos que van a ingerir y se sientan en grandes mesas a desayunar lo que parecen ser unas gachas de leche y cereales molidos. La pasta es insípida y su textura espesa, pero alivia el apetito y ayuda a reponer las fuerzas, así que todos rebañan los cuencos hasta casi hacerlos brillar.

Aunque le duele tener que aceptar la comida que le ofrecen, a estas alturas Nagesh nota un enorme agujero en el estómago que no le deja pensar con claridad. Además, fortalecerse le evitará ser presa fácil de cualquiera que pretenda abusar de él y también le ayudará a esquivar posibles enfermedades. Sabe que necesita estar lo más fuerte y sano posible para escapar del lugar cuanto antes y enseñarle un par de lecciones al obispo.

Diez minutos aproximadamente después de empezar, el desayuno se da por concluido y los trabajadores son llevados al patio bajo una estrecha vigilancia. Nagesh se pregunta qué podrá justificar que tengan que ser tratados continuamente como prisioneros. Que él sepa, salvo en su caso, los chicos están en la plantación por propia voluntad, así que no ve por qué querrían escaparse el primer día nada más desayunar. «El sermón tampoco fue para tanto…», piensa con sorna. Y está claro que los trabajadores del otro barracón no parecen tener demasiadas intenciones de irse. De hecho, se diría que se les ve perfectamente integrados en la compañía.

En medio del patio, todos los empleados son alineados mirando en la misma dirección. Al fin el sol asoma por encima de las cumbres, regando de tibia luz el valle y dándole a las cosas otro color. Es el primer momento del día en el que Nagesh siente cierta calidez en su cuerpo, ya que el barracón estuvo helado toda la noche, al igual que la capilla y esas horribles gachas del desayuno. De este modo puede volver a respirar profundamente y relajar sus yertos músculos. Por suerte, el calor del sol aumenta gradualmente, porque de no ser así Nagesh cree que su cuerpo estallaría como un recipiente de cristal helado al que alguien vierte bruscamente agua hirviendo.

Quizá para contrarrestar su sensación de mejoría, de uno de los almacenes sale sir Sheercliff, vestido con el mismo atuendo que llevaba cuando Nagesh estuvo en su despacho la tarde anterior. Lleva un bastón en la mano, aunque está claro que no le hace falta para caminar, pues apenas lo apoya en el suelo.

Sir Sheercliff anda con la mirada al frente y el pecho inflado como un sapo tomando el sol en lo alto de un nenúfar. Nagesh está harto de oír que en la sociedad británica no existen castas que

separen a la gente; por eso, comportamientos como el del cacique, llenos de superioridad y autocomplacencia, se le hacen difíciles de asimilar.

Cuando llega a la altura de sus trabajadores, el inglés se sitúa frente a ellos y hace un barrido con la mirada sobre sus caras. Parece como si quisiese cerciorarse de que todos están en disposición de escucharle.

En el patio se instala un silencio pesado, solamente roto por los sonidos de la naturaleza que les rodea.

—Buenos días —les saluda brevemente el cacique justo antes de entrar de lleno en materia—. La cantidad de té recogida ayer no fue la esperada.

Sir Sheercliff clava su bastón en la tierra. En vista de lo rápidamente que se ha referido a la productividad, parece que le preocupa en demasía que se cumplan los cupos que seguramente él mismo ha establecido.

—Sé que en la última semana habéis sido algunos menos y eso siempre repercute en el número de cestas que se pueden recoger. También sé que cada vez estáis más cansados y que a unos pocos os cuesta seguir el ritmo de los trabajadores más eficientes. No creáis que soy ajeno a vuestros problemas.

Mientras le oye hablar, Nagesh no puede apartar de su cabeza unos cruentos deseos de revancha. No sabe qué pudo inyectarle ese hombre en la jeringuilla, pero está claro que le dejó fuera de combate durante unas cuantas horas. En adelante, tendrá que tener controladas sus manos siempre que se encuentre dentro de su radio de acción. Nunca se sabe qué otros juegos o artimañas puede tener reservadas para los insurrectos.

—Sin embargo —continúa sir Sheercliff—, esto no puede utilizarse de justificación indefinida. Hoy deben superarse los resultados de ayer y mañana los de hoy. Es la única forma de crecer y continuar impulsando un negocio que queremos que sea próspero y duradero.

Sir Sheercliff se atusa el bigote y hace girar en círculos la empuñadura de su bastón. Con el sol, su bigote se vuelve tan claro que parece estar formado por alargadas briznas de paja.

—Por mi parte, estoy ofreciéndoos todo lo que tengo a mi alcance; a saber: una superficie cultivada lo suficientemente grande para evitar que malgastéis vuestro tiempo cruzándoos de brazos y las herramientas necesarias para sacarle provecho. Con un poco de suerte esta tarde bajarán las temperaturas, aunque no se espera niebla. Espero que aprovechéis esa tregua térmica para acelerar la

recolección y volver con vuestros cestos repletos. Los que más tiempo lleváis aquí sabéis que en ocasiones llueve torrencialmente, imposibilitando el trabajar. Durante los días soleados hay que compensar lo que se deja de recoger en esas ocasiones.

Nagesh ve al sacerdote salir de la capilla portando un elegante maletín de cuero. El religioso lo posa en el suelo y echa el cerrojo. Después se despide de sir Sheercliff asintiendo con la cabeza y se aleja por el camino principal. Nagesh cree que seguramente no viva dentro de la plantación o que tal vez vaya a presidir algún oficio en el pueblo y regrese más tarde. Considera importante tener identificadas y correctamente ubicadas a todas las personas que pasen la noche dentro del recinto, pues cualquiera de ellas constituirá una amenaza en potencia cuando emprenda su huida.

—Ayer se incorporaron nuevos trabajadores que estarán con nosotros durante los próximos meses. Cubrirán las bajas que hemos tenido y aportarán un extra nada despreciable. El objetivo es que nuestra producción se duplique de aquí a unas semanas para poder satisfacer la alta demanda prevista y que nuestros competidores no se queden con nuestro trozo de pastel. Como habréis notado, el invierno está cerca y en esas fechas el consumo de té se dispara. Debemos asegurarnos de que nuestra mayor partida se reciba en las islas antes de final de año. ¿Os ha quedado claro?

Sir Sheercliff lanza una última mirada a sus trabajadores, esperando que les haya calado su mensaje.

—Los capataces os darán las órdenes pertinentes e instrucciones concretas sobre la nueva organización para esta semana —informa, haciendo un gesto a sus hombres para que se pongan en movimiento—. Que tengáis un buen día. ¡Dios salve a la Reina!

A la señal del cacique, los capataces le entregan a cada trabajador una bolsa de tela con pan, una patata cocida y un trozo de remolacha o fruta para el almuerzo. Después se reparten cestos y sacos y los chicos son agrupados en cuadrillas de quince a veinte personas que comienzan a ser guiadas, siempre bajo la custodia de tres guardias, hasta una zona de recolección específica para cada una.

Nagesh tiene la suerte de caer en el mismo grupo que Shaana, aunque ella sea la única persona que conoce en él. Del resto, a algunos les recuerda por haberles visto en su barracón, pero en la mayoría no se había fijado hasta ahora. La verdad es que, a simple vista, todos parecen ser buenos chicos.

—Los grupos han sido formados atendiendo a la experiencia de cada uno de vosotros —justifica el capataz del grupo de Nagesh,

como si le hubiese escuchado cuestionarse el origen de sus compañeros—. Para que ninguno quede descompensado, los novatos han sido repartidos a partes iguales en grupos formados en su mitad por veteranos.

Nagesh sospecha que posiblemente haya maneras más sencillas de explicar que en todos los grupos la mitad son chicos nuevos y la otra mitad ya tienen cierta experiencia. Pero en cualquier caso se queda con el dato. Hará su trabajo guiándose por lo que vayan haciendo los chicos a los que no reconoce y así evitará que los guardias se fijen en él. No quiere que estos le pongan nombre y apellido demasiado pronto, pues en general se vigila mucho más de cerca a quien se conoce que a quien no, especialmente si el individuo en cuestión acostumbra a actuar como un listillo. Lo mejor, por tanto, es seguir la fila que ha formado su cuadrilla, memorizando con detalle el recorrido, pero sin perder tampoco de vista cómo el resto de los grupos se va ramificando por las laderas a medida que avanza.

Mientras camina, Nagesh no deja de pensar tampoco en las palabras del cacique refiriéndose a la baja de varios compañeros. Tiene que averiguar qué sucedió con ellos y qué fue lo que lo desencadenó. Espera que sus ausencias se deban a simples deserciones y no a accidentes ni muertes, aunque en principio no le parece que la baja voluntaria sea algo muy extendido entre los trabajadores. Nagesh cree que necesita urgentemente crear un vínculo afectivo con alguno de los veteranos para poder obtener respuesta a todas sus incógnitas, pero para ello debe encontrar al menos uno que se aleje del aspecto atontado que comparten la mayoría de ellos.

Aunque según sir Sheercliff la plantación se extiende varios acres en las dos vertientes montañosas que delimitan el valle, por un motivo u otro, todos los grupos son enviados a recolectar las plantas a una zona relativamente cercana al asentamiento. Nagesh imagina que de las parcelas más alejadas se habrán encargado ya en otra época del año, en la que el tiempo fuese menos inestable. En algún sitio recuerda haber escuchado que lo normal es hacer dos o tres grandes cosechas cada temporada, repartidas entre las estaciones de primavera y verano. Por tanto, esa otra zona puede corresponderse con una época de recolección distinta, aunque claro está, son solo suposiciones. Puede que en una semana todos se encuentren trabajando en ellas y el misterio se haya acabado.

En cualquier caso, sobra decir que Nagesh no espera estar allí el tiempo necesario para comprobarlo. Está dispuesto a largarse en

cuanto se haga una idea aproximada de la estructura de la plantación, el número de efectivos que velan por su seguridad, la tendencia climatológica según avanza el día y las posibles vías de escape que existan. Sabe que intentar fugarse en otras circunstancias sería un suicidio en toda regla. Seguramente disponga de una única oportunidad y, de no conseguirlo, su vida en la plantación se convertiría en una auténtica tortura.

Los trayectos a las diferentes zonas de trabajo se realizan en silencio, bajo la férrea vigilancia de los guardias que les acompañan, quienes no permiten que nadie quede rezagado ni se salga del camino. Les han avisado de que si alguno de ellos incumple esta norma será azotado con una vara y amonestado sin almuerzo, así que todos tratan de obedecer y no traspasar en ningún momento los bordes del sendero.

Uno de los trabajadores de cada cuadrilla es el encargado de portar una gran garrafa con agua para todo el equipo y es quien debe racionarla de forma inteligente para que dure todo el día. Han sido advertidos también de que si no lo consiguen terminarán regresando al campamento deshidratados, y tal vez aprendan la lección para la siguiente ocasión. Y es que, como les han dicho, una de las grandes virtudes del ser humano es el racionamiento y el autocontrol. «Cuando un hombre sabe controlar sus impulsos primordiales, las probabilidades de supervivencia aumentan exponencialmente», aseguraba un capataz, cuya enorme barriga podría inducir a pensar que no era muy dado a predicar con el ejemplo. Y eso suponiendo, claro está, que conociese el significado de palabras como «exponencialmente».

Las parcelas han sido acotadas de forma rectangular, dentro de las posibilidades que ofrece el terreno, de manera que las primeras empiezan junto al camino y el resto van sucediéndose según se asciende por las laderas de las montañas. Las plantas de té se encuentran sembradas en hileras horizontales, de forma que los trabajadores deben barrer longitudinalmente cada una de ellas recogiendo todas las hojas y flores que encuentren a su paso. Cada parcela cuenta con unas diez o doce hileras separadas por un gran desnivel y en todas hay siempre un guardia vigilando desde lo alto, otro en el extremo opuesto y otro más paseándose entre medias para comprobar la precisión del trabajo que se está realizando. De nuevo, a Nagesh le parece un control excesivo por parte del personal de seguridad, aunque acorde con lo que lleva visto hasta ahora.

Al llegar a su destino, una de esas hileras de aromáticas plantas

verdes es asignada a Nagesh, quien apenas ha escuchado las indicaciones que el capataz les ha ido transmitiendo durante el trayecto. Aunque se esfuerce por evitarlo, tiene la cabeza sumida en otros asuntos y, por mucho que le expliquen cómo hacerlo, recoger té de manera adecuada es una de las cosas que menos le importa en estos instantes.

Cuando mira al arbusto que tiene delante, Nagesh no ve más que un matorral como cualquier otro que haya podido ver antes. Tal vez las cabras de la abadía encontrasen apetecibles esas tiernas hojas verdes, tan frescas y nutritivas a esta hora del día, pero a él las plantas no le despiertan el más mínimo interés.

Al ver que sus compañeros comienzan a trabajar obedeciendo una orden directa del capataz, él también empieza a arrancar algunas de las hojas que encuentra a su alcance. Mientras, sigue dándole vueltas a las circunstancias que le han llevado a tan extraña situación y jurando a los dioses que buscará venganza. «Ayer vine a entregar una carta a un hombre que me captura y me coloca frente a un maldito matojo para que recoja sus hojas. ¿Qué demonios estoy haciendo aquí?», se martiriza de nuevo, como si con ello fuese a dar con la respuesta.

Al comenzar a trabajar, Nagesh comprueba lo difícil que es quebrar los tallos de tonalidad verdusca, pero como nadie le ha proporcionado ninguna herramienta de corte, no le queda más remedio que emplear sus manos para partirlos adecuadamente. Sin embargo, cuando toma conciencia de la longitud de su hilera, opta por empezar a tirar de ellos y arrancarlos por donde cedan, arrojándolos a su cesta tal cuál hayan quedado.

—Así vas a terminar antes que nadie —susurra Shaana desde la fila inferior. Nagesh se da la vuelta y se topa con sus dos grandes ojos negros, mirándole amistosamente. La chica no cesa de recoger té mientras habla y parece hacerlo con bastante destreza—. Coges demasiadas hojas de cada vez y todos esos tallos tan largos sobran. Solamente tienes que quedarte con la yema y dos hojas por debajo; de lo contrario el té tendrá un gusto a yerba seca y nadie querrá bebérselo.

Nagesh observa su cesto lleno de tallos cortados por la mitad, con cinco o seis hojas cada uno y se encoje de hombros. Le importa un rábano que a los lores británicos les pueda o no gustar su té, pero considera que Shaana merece una contestación un poco más educada y busca unas palabras suaves para ella antes de hablar.

—Creía que cuantas más hojas arrancase sería mucho mejor —se esculpa, empezando a notar cierta falta de hidratación. En el cielo

no se atisban nubes que corroboren las previsiones del cacique respecto a la bajada de temperaturas y no parece que el calor vaya a cesar a corto plazo. Pero considera que todavía es pronto para asaltar las reservas colectivas de agua y que lo mejor es aguantar la sed un poco más.

—No, no —le rebate la chica, riéndose de su inocencia—. Todos los hombres sois un poco torpes con el té. Por eso en las plantaciones la mayoría de campesinas son mujeres. Está claro que tenemos más cuidado a la hora de seleccionar las hojas. —Shaana parece dudar unos instantes sobre lo que acaba de decir—. Bueno, la mayoría son chicas en todas las plantaciones menos en esta, por lo que se ve.

Nagesh no había pensado en ello hasta ahora, pero salta a la vista que, efectivamente, al menos en la finca de sir Sheercliff, la gran mayoría de trabajadores son chicos. Solamente en su barracón recuerda haber contado cuatro o cinco chicas de unas ochenta personas que había cuando llegó, y cuando se juntaron con el otro barracón la balanza no se equilibró.

—¿Y cómo sabes tú eso? —pregunta Nagesh con voz queda para evitar llamar la atención de los guardias.

—Me lo dijo el inglés.

—El que te liberó.

—Ajá —confirma ella, estirándose para alcanzar unas flores de las ramas más elevadas.

—Pero aquí no parece ser así.

—No.

—¿Y a qué crees que se debe, entonces, que por lo general recoger té sea una tarea de mujeres?

—Ni idea —reconoce Shaana. Que ella sepa no hay una razón concreta que pueda explicarlo—. Pero muévete, que te estoy dejando atrás.

Al contrario que Nagesh, ella no ha parado de trabajar mientras hablaba y ya le empieza a sacar cierta distancia, lo que la obliga a alzar la voz para que le oiga. El vigilante de la parcela se ha percatado de la conversación que ambos han entablado furtivamente y, como era de esperar, las distracciones no son de su agrado. Con cara de haberse tragado un demonio con astas de alce irlandés, el guardia brama desde lo alto de la parcela para hacerse escuchar. Los chicos, dándose por aludidos, agachan la cabeza y continúan con su labor ante la mirada de sus compañeros, quienes mayoritariamente desconocen qué ha podido pasar.

Alrededor del mediodía, a los trabajadores se les permite

realizar una parada de unos diez minutos para tomar el almuerzo. Durante ese tiempo tampoco están autorizados a hablar entre ellos, pero les dejan sentarse a descansar y beber agua. Nagesh tantea el aspecto de sus compañeros, tratando de discernir si están más cansados que él o consiguen soportar mejor el esfuerzo. Nuevamente, son los veteranos los que menos padecen o al menos los que mejor saben evitar que se filtre lo que arrastran en su interior. Tal vez ya tengan asumido su papel y lo interpreten sin pararse a pensar que puede haber otra forma distinta de hacer las cosas.

Tras el breve receso, los chicos retoman su actividad sin hacer ya más paradas hasta el final de la jornada. Como les han indicado, la duración de la misma y su disposición horaria variarán en función de la época del año, de manera que siempre se intentarán evitar las horas de oscuridad. Nagesh supone que se trata de una simple medida de precaución para que los guardias puedan controlar más fácilmente al grupo. Si no fuera por eso, está seguro de que sir Sheercliff no encontraría impedimentos para alargar la jornada hasta bien entrada la madrugada.

Además de larga y ciertamente tediosa, Nagesh descubre que a medida que pasan las horas la tarea de recoger té acaba volviéndose extremadamente dura. Mucha de la culpa la tienen las forzadas posturas que hacen resentirse los tendones, las afiladas ramas de los arbustos que se clavan y arañan la piel y, en general, todo lo que pueda ocurrir una vez que el agua se ha terminado. A partir de ese momento cada esfuerzo se magnifica y lo que antes era solamente exigente se convierte en algo prácticamente irrealizable. Lo peor es que esto sucede casi cuatro horas antes de acabar la jornada.

Nagesh nota cómo a medida que avanzan los minutos la garganta se le va agrietando y sus ojos se vuelven duros y pesados como bolaños incrustados por un pedrero en su cráneo.

Entonces, cuando parece que el mundo verá su final con el último ocaso, los guardias hacen sonar un silbato y dan por concluida la jornada. Los muchachos recogen sus cestos y, de acuerdo a las indicaciones de sus supervisores, forman una nueva fila para regresar al campamento. En total, la cuadrilla de Nagesh ha tenido tiempo de limpiar cuatro parcelas enteras y parte de una quinta, y sus cestos están literalmente a rebosar. Nagesh se mira las manos. Están llenas de cortes sangrantes sembrados de pequeñas astillas, pero no queda ni gota de agua con la que lavarlas, así que tendrá que esperar a llegar al campamento para poder meterlas en el pilón.

El sudor y el polvo que tiñen su uniforme de un revelador marrón parduzco enmascaran el agotamiento que subyace entre sus carnes. Sin embargo, viendo el estado en el que se encuentran especialmente los novatos, no puede dárselas de adalid del sufrimiento, pues todos evidencian estar igual de cansados o más. Todos están llenos de heridas que escuecen tanto como las suyas y todos ellos matarían a sus madres por conseguir un cántaro de agua fresca.

Pero si la dificultad intrínseca de la tarea no fuera ya suficiente, la cosa se complica aún más en el momento en que hay que regresar al campamento con el cesto a cuestas, exhaustos y apuntillados por la climatología. Debido a que Sambalpur se encuentra en una zona de gran humedad e inestabilidad meteorológica, los días soleados de temperaturas asfixiantes se alternan con jornadas frías y lluviosas en las que los huesos parecen ser traspasados por largos y candentes alfileres. Quizás para el cultivo del té sea lo más adecuado, pero convierte su recolección en una tarea tan exigente que requiere unas dosis de fuerza y resistencia que no siempre poseen quienes la realizan. Solamente el cesto puede llegar a pesar más de cuarenta libras al cabo del día, bastante más si se moja, lo que supone casi la mitad del peso de cualquiera de los muchachos. Así, muchos terminan sucumbiendo al esfuerzo y al desánimo incluso antes de acabar el día, lo que conlleva recibir reproches de los capataces y algún que otro castigo corporal.

Nagesh procura colocarse detrás de Shaana para poder volver a conversar con ella durante el trayecto, aunque no sea inmediatamente. Cree ser capaz de actuar con disimulo para que los guardias no se den cuenta de que están hablando, si bien es cierto que durante la tarde no les han quitado el ojo de encima en ningún momento. En cualquier caso, está convencido de que bien vale la pena intentarlo. Hace horas que ella se alejó en la distancia por recoger el té a una velocidad muy superior a la suya y siente la necesidad de volver a escuchar una voz amiga. Como Shaana es la única persona que conoce en el grupo, prefiere probar con ella antes que con cualquier otro que no sabe cómo reaccionará.

Durante el camino, Nagesh reconoce para sus adentros sentirse terriblemente agotado. No imaginó que fuese tan duro realizar un trabajo que parecía tan sencillo. Incluso él, que está acostumbrado a trabajar en la fragua de Kushala y a soportar sus asfixiantes temperaturas mientras golpea con el martillo el metal incandescente, hace largo rato que ansiaba parar. Ahora necesita dormir unas cuantas horas para reponer un mínimo de fuerzas que

le permitan mantenerse despierto al día siguiente. Dadas las circunstancias, ni se le pasa por la cabeza llevar a cabo su huida esta noche. Por hoy le basta con haber conocido la composición de la compañía y su funcionamiento general, así como el número aproximado de efectivos encargados de la seguridad. Si en los próximos dos o tres días, en los que piensa seguir integrándose en el grupo con total normalidad, todo se desarrolla de acuerdo al mismo patrón, estará en disposición de empezar a esbozar una estrategia viable. De momento, Shefali no cuenta con su regreso, ya que de acuerdo al itinerario inicial, él todavía no habría llegado a Darjeeling. Por tanto, dispone de varios días en los que ella no le echará aún en falta. Sería absurdo desperdiciarlos precipitando una huida arriesgada que de antemano tendría demasiados visos de fracasar. Además, y aunque le cueste admitirlo, Nagesh cuenta con un gran obstáculo: su miedo a la oscuridad le condiciona a buscar modos de escabullirse durante el día, ya que por la noche no se atrevería a internarse ni en los bosques, ni en las igualmente peligrosas calles de la ciudad. Como es natural, las posibilidades de escapar bajo la luz diurna son muy inferiores, y eso le hace descartar muchas alternativas. Claro que, si no existe otra posibilidad de hacerlo, ¿por qué no iba a armarse de valor y luchar a muerte contra sus miedos, si tanto hay en juego? Nagesh trata de convencerse de que, llegado el caso, tendría la valentía suficiente para enfrentarse a ellos.

Tras unos veinte minutos de marchar a buen ritmo y sin distracciones, los barracones hacen acto de presencia en el horizonte junto a la imponente mansión de sir Sheercliff, los dos almacenes donde se preparan los pedidos antes de ser llevados al pueblo y la pequeña capilla del padre Nikolaus. Afortunadamente el regreso se hace cuesta abajo, porque de lo contrario no serían pocos los que intentarían quedarse por el camino a dormir tras unos matorrales. Aunque Nagesh ha estado siempre acostumbrado a caminar descalzo, las plantas de sus pies a estas alturas empiezan ya a resentirse.

—No creo que aquí tengan pensado invitarnos a compartir mesa con el gobernador y, sin embargo, todos parecéis agradecer a ese misterioso inglés el haberos dado la oportunidad de venir a este lugar —observa Nagesh, inclinándose disimuladamente hacia Shaana, quien avanza respirando ruidosamente un par de pasos por delante suya.

—Fue conmigo… el hombre más amable… en muchos años — dice ella sin parar de andar ni darse la vuelta.

Los guardias no dan señales de haberse enterado de sus palabras. «Esos malditos perros están tan frescos como por la mañana», piensa Nagesh lleno de frustración al verles caminar descargados e impolutos.

—¿Cómo te ayudó a salir de allí? —pregunta impulsivamente Nagesh, quien al instante teme haber pecado de indiscreción. Se recuerda que no le vendría mal pensar las cosas dos veces antes de decirlas.

Shaana respira profundamente para coger fuerzas con las que poder construir las palabras. Como es habitual, no se toma la pregunta como una intrusión. El término «intimidad» es para ella algo forastero, un simple concepto abstracto que se compra y que se vende en las casas de lenocinio.

—Me dio a comer unas hojas alargadas que guardaba en una bolsa —cuenta Shaana—. Tenían un sabor muy amargo… y al masticarlas la lengua se me quedó dormida. Al cabo de unos minutos… la barriga se me inflamó casi un palmo hacia fuera…, así.

La chica hace tal esfuerzo para sacar su vientre lo máximo posible, que a punto está de perder el equilibrio. Su cesto se tambalea hacia ambos lados, pero se las arregla enseguida para recuperar el control.

—Después, el hombre hizo llamar a la *madame*… y se quejó de que, sin decírselo…, ella le hubiese ofrecido una chica embarazada… La vieja arpía me miró con cara de haber visto un fantasma y no supo qué decir… Aún era muy joven para poder tener niños, ya sabes…, así que verme en ese estado debió trastornarla un poco.

—¡Qué astuto! ¿Y qué pasó después? —quiere saber Nagesh, alegrándose de que al menos por una vez alguien hubiese usado su inteligencia para ayudarla.

—Como sabía que la *madame* no me querría estando así…, el hombre le ofreció algo de dinero…, a cambio de utilizarme de sirvienta durante el tiempo que durase el embarazo… En teoría debía devolverme al terminar el mismo…, pero obviamente todo era un montaje para escapar… No pensaba llevarme de vuelta jamás. —Shaana se gira por primera vez y le mira a los ojos—. Te puedo asegurar… que en esta vida nunca volveré a pisar ese lugar.

—Lenguas de Anant —dice de pronto en voz alta el chico que camina tras ellos. Parece imposible que el guardia que abre el grupo no le haya oído, pero a simple vista no hace ningún ademán que lo constate.

Nagesh y Shaana se dan la vuelta para comprobar si la intervención del muchacho guarda alguna relación con lo que ella está contando, porque inicialmente no da esa impresión. El chico no detiene su avance y termina chocándose contra el hombro de Nagesh, lo que le hace sobresaltarse. Entonces alza la vista y les mira de forma inocente, como un niño que ha hecho algo malo y teme que un adulto pueda reñirle.

—¿Cómo has dicho? —le pregunta Shaana, volviendo de inmediato a mirar al frente.

—Hojas alargadas, lengua adormecida, sabor amargo, vientre hinchado: Lenguas de Anant —recita él.

—¿Se llaman así esas hojas? —pregunta Nagesh, observando el desconcertante aspecto del muchacho. Este camina con la cabeza ladeada y la mirada perdida. Su apariencia de tardo y distraído tampoco se beneficia de su forma de hablar, lenta y carente de entonación. Nagesh recuerda haberle visto sentado en la cama esta mañana, mirando embobado hacia un punto indeterminado del techo.

—Lenguas de Anant —repite.

—¿Anant? ¿La serpiente de Vishnu? —pregunta Shaana, refiriéndose al ser de mil cabezas sobre el que al dios le gusta reposar.

Él simplemente se encoje de hombros. Parece saber su nombre, pero no el origen del mismo o su significado.

—¿Cómo te llamas? —se interesa la chica. Ella no recuerda haberle visto en el barracón haciendo nada especial, pero sí se fijó en la forma en que recogía antes el té, propia de un auténtico profesional.

—Umed, se llama Umed —responde.

—¿Sabes muchas cosas sobre las plantas, Umed? —pregunta Nagesh, inclinando su cuerpo ligeramente hacia atrás. No quiere que el muchacho se vea en la necesidad de alzar la voz más de lo que ya lo hace.

—Umed sabe muchas cosas sobre las plantas —le confirma él, repitiendo una versión de sus palabras desprovista de entonación. Parece ser que la elocuencia no es una de sus virtudes.

—Pues estás en el lugar adecuado —observa Nagesh, echando un vistazo alrededor. La llegada del crepúsculo cubre el valle con unos efímeros tintes dorados, como si quisiese darle un breve homenaje antes de pintarlo con la vanidad de las sombras—. Lo que sobran aquí son plantas, especialmente las de té.

—Relajante, curativo, aromático: Elixir de las Montañas.

—¡No me digas que tienes un nombre para cada planta que existe! —exclama Shaana, sorprendida de la imprevista habilidad del muchacho.

—Umed no tiene un nombre para cada planta que existe —desmiente Umed, usando un tono plano y sin emoción.

—Pues yo creo que al té le convendría más algo así como Tallos Duros, Flores Secas: Infusión de Necios y Farsantes —propone Nagesh en tono de burla.

De inmediato, el extremo romo de una gruesa vara de castaño se clava en su costado a la altura de los riñones, dejándole de golpe sin respiración. Nagesh apoya una rodilla en tierra, intentando no doblegarse ante el dolor, pero no puede impedir que el cesto que transporta caiga al suelo, desparramando parte de su carga sobre el mismo.

—¡¡Se prohíbe hablar durante los trayectos!! —grita, enojado, el guardia que ha llegado corriendo hasta él, ex profeso para escarmentarle.

Los muchachos ven a Nagesh retorcerse de dolor pero no se atreven a romper la fila. Solo Shaana se deja llevar por sus impulsos y se arrodilla a su lado para auxiliarle, pese a las amenazas del guardia de castigarla de la misma manera si no recula. Desoyendo las represalias, ella le ayuda a incorporarse lentamente y juntos devuelven al cesto su contenido. Los dos tienen las manos hinchadas y sus heridas escuecen como si estuviesen cubiertas de asafétida, pero consiguen contener el dolor y recomponer su semblante. Shaana no quiere que Nagesh se dé cuenta del sufrimiento que para ella conlleva ayudarle y él no quiere tampoco darle al guardia el placer de verle sufrir más de lo imprescindible.

Cuando terminan de reunir todo el producto aprovechable, los dos muchachos se recolocan en la fila y, tras un gruñido y un gesto del guardia, el grupo emprende de nuevo la marcha hacia el campamento, sin que el silencio se vea quebrantado ni una sola vez más. Nagesh se da cuenta de que no hay trato de favor para primeras advertencias, así que le alivia que no haya sido Shaana quien las haya tenido que recibir. Lo que duda es que sea necesaria tanta brutalidad para hacerse obedecer e imagina que cada guardia tendrá su propia vara de medir. Cree que será importante fijarse dónde sitúa los límites cada uno.

El lugar de partida frente a la iglesia sirve también de punto de encuentro donde las diferentes cuadrillas se reúnen al concluir la faena. Según van llegando, los muchachos arrojan su carga a unos grandes contenedores en los que se va acumulando todo lo recogido

durante el día. Previamente, cada uno debe pasar un control donde un capataz pesa y valora su aportación personal. Nagesh sabe de antemano que hoy no alcanzará el cupo exigido, quedando muy por debajo de la media incluso de su propia cuadrilla. Pero en cualquier caso es su primer día y, como se repite continuamente, uno de los últimos, así que lo mismo le da quedarse sin desayuno los próximos meses que los próximos años. Disfruta pensando en la cara que se le quedará a sir Sheercliff cuando sus guardias le informen de que nadie le encuentra por ninguna parte. «¿Le enviará un telegrama entonces a monseñor Dumont diciéndole que su voluntarioso pupilo ha desaparecido?», se pregunta Nagesh. «En cualquier caso, para cuando se lo fuesen a entregar, el obispo estaría ya muerto. No le concederé por las buenas ni un solo día de vida».

Durante el día, Nagesh ha estado fijándose en la parte divisable del perímetro de la plantación y en toda ella ha visto una verja de gran altura que impide cualquier huida. Sin embargo, ve difícil que los guardias puedan están vigilando minuciosamente toda su extensión al mismo tiempo. Además, teniendo en cuenta que los demás están aquí de forma voluntaria, es poco probable que traten de escapar, en cuyo caso no se necesitaría custodiar los límites de la plantación con tanto esmero. Eso a la fuerza tiene que provocar momentos de baja guardia de los que Nagesh se deberá aprovechar. Pero también hay que considerar que si el trato que los vigilantes les dispensan se sigue recrudeciendo, poco a poco muchos trabajadores van a pensar en fugarse y eso alertará a los propios guardias, quienes endurecerán aún más su control. Nagesh es consciente de que debe llevar a cabo su intentona antes de que nada de esto ocurra, porque cada minuto que pase todo se irá volviendo mucho más complicado.

Pero no será hoy cuando lo haga. Todavía está lejos de haber encontrado el talón de Aquiles de la seguridad del recinto. Podría arriesgarse inútilmente a saltar la alambrada sin saber que si en realidad hubiese esperado un día más, hubiese hallado un lugar apartado en el que un árbol caído le habría servido a modo de escalera para salvar su altura. Por más que lo desee sería prematuro y osado decidirse por algo en estos momentos plagados de tanta incertidumbre.

Otra posibilidad que ha tenido tiempo de considerar es la de utilizar la puerta de entrada a la finca como vía de escape. Fundamentalmente tendría que salvar dos escollos: que nadie le viese recorrer el trecho que separa las literas de la puerta y burlar al guardia que supervisa el tránsito de personas por ella. Nagesh no lo

descarta, pero necesita primero dejar madurar una idea que le lleva rondando por la cabeza durante toda la tarde. Puede que entonces se convierta en una opción razonable.

Tras dejar las cestas vacías en el almacén de herramientas y entregar los bidones de agua para que sean rellenados, los muchachos se retiran a los barracones a cambiarse de uniforme y asearse un poco antes de la cena.

Shalim aprovecha el momento de mayor libertad para acercarse a saludar a su amigo.

—*Námaste*, amigo.

—¡Shalim!

—Pero ¿qué haces aquí? ¿No ibas a volver a la ciudad nada más entregar aquella carta?

—Esa era mi intención —admite Nagesh, resignado. Tal vez a estas alturas ya estaría en casa, contándole a Shefali la aventura vivida durante el ataque de los aborígenes después de oírla a ella hablar de sus vivencias en el mercado.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—Ya te lo contaré.

—Está bien. Es curioso que al final todos nos dirigiésemos al mismo sitio, ¿eh? —observa Shalim, metiendo uno de sus brazos por la manga de su uniforme limpio—. Me sonaba que habías dicho que era para sir Sheercliff, pero no lo recordaba. ¿Pudiste dársela entonces?

—Sí, se la di —dice Nagesh mirando su segundo uniforme. Parece haber sido usado cientos de veces y, aunque está recién lavado, presenta innumerables manchas por toda su superficie. Se pregunta a quién habrá pertenecido y qué habrá sido de esa persona —. Por eso estoy aquí, realmente.

—¿Qué quieres decir?

—Al parecer, en la carta yo mismo me ofrecía para trabajar aquí de forma voluntaria e indefinida —dice Nagesh, repitiendo casi literalmente un mensaje que a estas alturas ya ha quedado grabado a fuego en su mente.

—¿Lo dices en serio?

—Me temo que sí.

—Pero la carta te la había dado aquel cura de Bhubaneswar, ¿no?

—Sí. Monseñor Dumont, el obispo. El hombre más repugnante que he conocido en toda mi vida.

—¿Crees que fue él quien escribió ese mensaje?

—Sin duda. Fue quien me dio el sobre y quien me pidió que

viniese a entregárselo personalmente a sir Sheercliff. Si se lo hubiese dado al guardia de la entrada me hubiese ido sin contratiempos.

Shalim le da una palmadita en la espalda.

—Bueno, dejando a un lado ese problema, que ojalá se resuelva pronto, no puedo negar que me alegra tu presencia —admite Shalim —. Siempre es bueno contar con amigos desde el principio.

Nagesh pasa la cabeza a través del cuello del uniforme y lo deja caer sobre su cuerpo. A todas luces le queda bastante grande.

—Sí, yo también me alegro de seguir teniéndoos a mi lado. No quiero ni pensar cómo hubiese sido esto si ninguno de vosotros estuvieseis aquí. Por cierto, ¿qué tal tu herida? —pregunta Nagesh, señalando el brazo en el que su amigo aún conserva un aparatoso vendaje—. Te veo moverlo con bastante soltura.

—Casi no me duele, afortunadamente —dice, palpándose sobre la zona en la que está el daño—. La verdad es que fue algo sorprendente, ¿sabes?

—¿En serio? Cuéntame…

—Pues ayer, nada más separarnos, nos encontramos con un tipo que había presenciado lo mal que nos habían tratado en la consulta del doctor y en seguida nos ofreció su ayuda.

—¿Qué clase de tipo?

—Uno alto, bastante mayor.

—Espera, no iría acompañado de un precioso caballo de color blanco…

—¡Sí, ese mismo! ¿Tú también le viste?

Desde la puerta, uno de los guardias anuncia que el tiempo de aseo ha terminado y que todos tienen tres minutos para estar en el comedor o se quedarán sin cenar.

—Acordé con él partir juntos hacia Bhubaneswar a las pocas horas, pero las cosas se torcieron nada más llegar aquí. Como ves, no pude acudir a tiempo al lugar en el que habíamos quedado.

—Vaya, lo siento de veras.

—No te preocupes. Por favor, continúa con tu historia…

—El caso es que me untó la herida con un ungüento especial que decía que llevaba encima para emergencias como esa. ¡Y vaya si fue efectivo! Al poco tiempo ya no me sentía mareado, la herida dejó de dolerme y pronto empezó a cicatrizar. Es como si esa pasta hubiese devorado el veneno de la flecha.

—Cuánto me alegra saber que estás bien, Shalim —reconoce Nagesh—. Oye, ¿has podido hablar con Narayan o algunos de los demás para saber cómo les va?

—Narayan es una persona muy fuerte y no creo que tenga ningún problema para adaptarse a esto. Gagan y Sudeep son más como nosotros dos, pero de momento pienso que no les habrá dado tiempo a sacar conclusiones, y eso que el día ha sido bastante duro.

—Quien más me preocupa es Shaana. Tengo miedo de que alguien se comporte mal con ella.

—¿Algún otro chico?

—O tal vez un guardia. O el inglés. O el cura. No me fío de nadie.

—Haces bien en desconfiar de todo el mundo —asegura Shalim, buscando a la chica con la mirada—. Pero de momento no he visto a nadie incomodándola.

—Bien. Por favor, no la pierdas de vista. Yo también trataré de cuidar que no le pase nada, pero si ves algo que se me escape, corre rápido a avisarme.

—Claro.

Nagesh le agradece su cooperación y ambos se separan para terminar de recoger sus cosas. Como les han advertido que solo tendrán dos prendas de cada tipo, se hace necesario lavar las usadas por la noche y dejarlas colgadas en el tendedero cubierto que hay detrás de los barracones. La humedad impedirá que terminen de secar del todo, pero si hay viento suficiente durante el día, es posible que estén listas al regresar de las parcelas y puedan ser usadas al otro día.

Al ver que ya no les da tiempo a lavarlas antes de cenar, Nagesh y Shalim dejan sus uniformes usados sobre la cama para ocuparse de ellos a la vuelta y salen del barracón.

—¿No tienes zapatos? —pregunta Shalim al ver los pies desnudos de su compañero.

—No. Los que traía se me han perdido.

—Pues qué fastidio, ¿no? Si no los encuentras mañana te doy mi segundo par.

—Gracias, Shalim, pero creo que me las arreglaré de momento.

—Como quieras. Yo tengo los pies muy duros, así que apenas los necesito. Me honrarías aceptándolos.

—Está bien, no los rechazaré —le agradece Nagesh, empezando a subir los peldaños de acceso al comedor.

Dentro, los dos amigos y Shaana se las arreglan para conseguir unos asientos que les permiten compartir la misma mesa. Haberse sacudido de la capa de mugre que les recubría les ha devuelto un aspecto mucho mejor y, aunque no se han librado del cansancio atroz que todavía les invade, sus caras revelan un estado de ánimo

sensiblemente más positivo que antes.

El menú de la cena se compone de un puré que mezcla verduras indeterminadas con algunos despojos de carne de ave, en una dosis tan pequeña que los muchachos ni la perciben. Es tan insustancial como las gachas del desayuno, pero si por ellos fuese, muchos seguramente se terminarían cuatro o cinco raciones antes de que el resto se sentase a la mesa.

—Creo que es lo mismo de ayer —observa Shalim, paladeando la papilla sin mucho entusiasmo.

—Sí, sabe parecido —confirma Shaana tras probarla.

Nagesh examina la mezcla con la cuchara. Él no estuvo ayer durante la cena, pues a esa hora estaba noqueado en su litera por los efectos del fármaco que la habían inoculado, pero si tuviese que comer esto mismo todas las noches, acabaría suplicando un reingreso en la abadía. Uno no sabía cuánto podía llegar a añorar los insulsos guisos del hermano Gorgonio hasta que no pasaba un tiempo sin degustarlos.

—Al menos está caliente —dice con la boca llena el chico que hay sentado junto a Nagesh.

Shaana agita la cabeza a ambos lados en señal de acuerdo. Que no esté fría ayuda, pero en estos momentos sería capaz de comerse cualquier cosa que alguna vez se hubiese movido.

—Oye, Shalim, ¿por qué crees que no hay verdaderos veteranos en el grupo? —le pregunta Nagesh a su amigo. Obviamente, hay un grupo de trabajadores que llevan unos meses más que ellos en la plantación y reconocidos como tales, pero Nagesh se refiere a veteranos auténticos que lleven varios años desempeñando la misma labor en la compañía.

—No lo sé. Yo también me lo he planteado —reconoce el chico de Palitana—. Sir Sheercliff parece haber renovado su plantilla recientemente. Si te fijas, salvo los encargados de almacén, limpieza y seguridad, que parecen llevar bastante tiempo aquí, el resto somos todos más o menos nuevos. ¿A qué se deberá?

—Es una buena pregunta —coincide en apreciar Nagesh, recordando al viejo alfarero que moldeaba su vasija mientras maldecía al cacique por haber despedido a todos los trabajadores—. Parece existir la costumbre de renovar la plantilla cada cierto tiempo, quizá debido a la dureza del trabajo, que hace que la gente no aguante mucho.

—Espero que no sea así, por nuestro bien.

—Conocí a un alfarero en el pueblo que había trabajado aquí unos cuantos años, hasta la llegada de sir Sheercliff. Dijo que

cuando él se hizo con las riendas del negocio, despidió a todo el mundo sin molestarse en comprobar si hacían o no un buen trabajo. Me pregunto por qué el cacique preferirá a gente sin experiencia como nosotros antes que a los trabajadores con los que ya contaba.

Shalim se muerde una uña pensativo. La suciedad de sus dedos no parece ser un problema para él.

—¿Quién sabe? Tal vez porque a ellos tenía que pagarles y a nosotros no —sopesa Shaana.

—Todavía —les recuerda Shalim—. No tiene que pagarnos todavía.

Aun considerando lo que dice el muchacho, el razonamiento de Shaana parece convincente. La reducción de los costes en mano de obra podría justificar los despidos, pero Nagesh recuerda su nula habilidad a la hora de recoger el té y no le queda nada claro que a la Royal Crown Tea Company le compense semejante merma en la calidad de su producto. Supone que alguien hará una criba de lo cosechado al final para descartar todo lo que no sirve y quedarse solo con lo bueno.

—Oye, ¿alguno de vosotros vio quién estaba conmigo cuando me llevaron ayer por la noche al barracón? —pregunta Nagesh.

Todos niegan haberlo hecho. Tal vez los guardias aprovecharon el momento en el que los muchachos estaban en el comedor para que no les viesen entrar con alguien desmayado en brazos.

—¿Por qué lo preguntas? —quiere saber Shalim.

—Me han robado algunas cosas que tenía y presiento que lo hizo quien me llevó hasta la cama.

—¿Cosas de valor?

—No mucho. Pero eran importantes para mí.

—¿Qué tipo de cosas eran? Si nos lo dices, tal vez podamos toparnos con ellas y reconocerlas.

—Había una navaja que un amigo me regaló hace unos años por mi cumpleaños. Desde entonces nunca me había separado de ella. También tenía una moneda inglesa, un hueso de níspero y algunas cosas más.

—¿Un hueso de níspero? Qué cosas más raras coleccionas…

Nagesh no puede esconder su sonrisa al recordar uno de los días más felices de su vida. Lo ha revivido tantas veces y tan pausadamente que puede viajar con su mente a cualquier instante concreto dentro de él. Los huesos de níspero con los que fabricaron aquel bonito collar son un elemento que le ayuda a retroceder hasta esa época con facilidad. Aunque nunca se lo ha dicho a Shefali, cada vez que tengan un hijo tiene pensado plantar uno de esos

huesos en el jardín, para que el espíritu de ese nuevo árbol le acompañe en su vida y le dé su protección.

—Si averiguamos algo te lo diremos —afirma Shalim, aunque ve difícil poder encontrarlas.

—Gracias, chicos. Por cierto, ¿qué os parecen los guardias?

—¿Los guardias? —pregunta Gagan, bajando su voz para evitar ser oído—. Mejor mantengo la boca cerrada. Pero si me los encontrase ahí fuera tendríamos más que palabras.

—Yo he estado hoy con Suar y Kaddu —dice Shalim.

—¿Suar y Kaddu?

—No creo que sean sus nombres, aunque he oído que así es como les llaman los más veteranos.

Efectivamente, Suar y Kaddu son en realidad los apodos con los que alguien bautizó en algún momento a dos guardias que suelen hacer la ronda juntos, y cuya denominación ha perdurado. El primero es Suvar, uno de los guardias más peculiares que trabajan en la plantación, que se había ganado un mote equivalente a «jabalí» por ser un hombre bastante grueso y velludo. Su compañero, Kanu, debía el suyo a una enorme cabeza con forma de calabaza. Ambos tenían fama de despistados y estar a su cargo garantizaba un día bastante más relajado que si se estuviese bajo la vigilancia de cualquier otro guardia.

—No son muy estrictos —añade Shalim, que no les ha visto demasiado severos con ellos pese a que han estado hablando bastante mientras trabajaban.

—¡Pues qué suerte! —afirma Shaana—. Los dos que nos han acompañado a nosotros eran dos brutos gruñones, ¿verdad, Nagesh?

—Sí. Parecían dos tipos bastante peligrosos —corrobora él—. Incluso daban la sensación de estar por encima del capataz en la cadena de mando. Habrá que tener cuidado con ellos.

Pese a que las precauciones que decide mantener Nagesh están más que justificadas, Ishwar y Mohan son dos guardias situados en mitad de la escala disciplinaria. Al igual que ocurre con la mayoría de sus camaradas, su origen es desconocido, lo mismo que las motivaciones que les llevaron a la plantación. Su apariencia tiene más que ver con la de dos piratas sin oficio ni beneficio retirados ya de la vida marina que con la de verdaderos miembros de un equipo de seguridad.

—Si queréis tener cuidado de alguien mejor que os centréis en los dos déspotas que estuvieron con nosotros y olvidéis al resto de zafios —les aconseja Gagan.

—¿Quiénes son?

—Uno de ellos estaba en la puerta del comedor, viéndonos entrar. Creo que se llama Srinivas.

—¿Un hombre de pómulos caídos y el pelo muy largo?

—Sí, lleva una coleta a la espalda y te mira como si pudiese ver tu interior. El otro no sé cómo se llama. Tiene unas orejas muy grandes y unos dientes leporinos, pero es mejor que no te vea riéndote de él.

De pronto, alguien en la mesa de enfrente se pone a gritar como si estuviese histérico. Nagesh reconoce en él a Umed, el desconcertante muchacho que hace un rato les demostró sus peculiares conocimientos de botánica. Entonces le había transmitido la sensación de ser alguien calmado y amigable, pero en estos momentos se muestra realmente alterado. Por lo que se intuye, ha encontrado un escarabajo semiahogado nadando en su puré. Aunque sus compañeros de mesa tratan de tranquilizarle y sacan en seguida al insecto del tazón con una cuchara, no consiguen que termine de serenarse.

Como Nagesh sabrá más tarde, Umed es uno de esos casos en los que la naturaleza decide complicar un poco más la difícil supervivencia de los excluidos con unas pinceladas de inadaptación. Su madre le abandonó nada más nacer, desnudo y tembloroso, a las puertas de un templo de la periferia de Angul. Allí fue criado por un sacerdote jainista hasta su muerte, momento en que un hombre apareció para ofrecerle un trabajo en la plantación de sir Sheercliff. Desde muy pequeño sufre una falta de atención constante y presenta dificultades en el habla y la motricidad, lo que propicia que muchos cuando le conocen le consideren medio tonto de forma inmediata. Cierto es que la mente de Umed no funciona con la misma cadencia que la del resto de los chicos de su edad y es probable que estando solo en las calles no tardase mucho en perecer de hambre o frío. Pero en la plantación, el chico suple cualquier carencia mental con una gran meticulosidad que le permite desempeñar el trabajo con precisión. Y es que si por Umed fuera podría pasarse días enteros recogiendo hojas sin mostrar el menor signo de fatiga o aburrimiento.

Aún con todas sus virtudes y defectos, un insecto nadando en su cuenco es más de lo que Umed puede soportar. Verle tan nervioso por un simple escarabajo hace a Nagesh cuestionarse por qué en un mundo en el que conviven mil dioses diferentes, ninguno quiso darle a ese muchacho su beneplácito cuando le vio nacer.

—¡Deja ya de alborotar, retrasado! —le ordena un guardia, al tiempo que le propina un doloroso coscorrón. Es el mismo individuo

que esta tarde golpeó a Nagesh en el costado, dejándole un buen cardenal como recuerdo.

—¡Ay! —se queja Umed, llevándose la mano a la cabeza—. Me saldrá un gran chichón y me dolerá.

—¿Un chichón? ¡Eso sería estupendo! Ya era hora de que alguien hiciese salir algo de esa cabeza hueca.

El desprecio con el que el guardia trata a Umed está a punto de hacer que Nagesh salte de su banco para defenderle. Está verdaderamente harto de la gente que desdeña a los demás en público por creerse superior, especialmente cuando se está abusando de alguien que no es capaz de defenderse por sí mismo. Una vez, el hermano Saravanan le contó a Nagesh que más aprendía el maestro del pupilo más tonto que cualquier alumno del maestro más erudito. Por esa razón no soporta que nadie ningunee la capacidad de otras personas, y aún menos de aquellas cuya cabeza es igual que un cofre lleno de misterios. Como decía el hermano Zakkary, «solo los más ineptos son capaces de reírse de los acertijos que no saben resolver». Y tal vez sea verdad, y los supuestos idiotas son solo personas a las que los demás no saben entender.

—¡Déjale en paz, bravucón! —le reprende al guardia el chico sentado junto a Umed. Se trata de Aniket, el hijo menor de una familia de leñadores de Sambalpur con el que Umed comparte litera, que no se deja acobardar por la autoridad.

—Tú no te metas, enano —le replica, desafiante, el guardia—. A ver si voy a hacerte correr la misma suerte.

Puede que Aniket sea valiente, pero no es idiota, y prefiere dar marcha atrás antes de recibir una somanta de palos de la que le cueste reponerse. Su objetivo era que el guardia se olvidara de Umed y lo ha conseguido, ya que tras el toque de atención el hombre se pone a hablar con uno de sus compañeros, como si hubiese olvidado de repente lo que estaba haciendo. Nagesh se da cuenta de su maniobra y siente admiración por su valentía y su inteligencia.

—No te toques la cabeza, Umed. Si lo haces el bulto te crecerá más rápido —le aconseja Aniket a su amigo—. Ten, cómete mi cuenco. Este no tiene bichos y yo he venido cenado de casa.

—¿Sí? ¡Vaya! Umed agradece tu comida —dice Umed, aceptando, sonriente, el cuenco y empezando a comer de él mucho más tranquilo. Como el guardia, él también tiene una memoria volátil y parece haberse olvidado ya del insecto que nadaba en su sopa.

A nadie se le escapa que Aniket siente algo muy especial por

Umed. Es posible que aún vea reflejada en ese chico la inocencia que a él un día le obligaron a perder. Sabe que Umed es de esas pocas personas en las que se puede confiar, aunque no sea de los que te miran a los ojos cuando te están hablando. De esas personas que parecen conocer la alquimia del alma y con sus secretos elaboran para sí mismos la esencia pura de la bondad. Aniket tiene muy claro que se las tendrá que ver con él todo aquel que quiera hacerle daño.

Afortunadamente, la temeraria actitud de Aniket también tiene su recompensa. Verle enfrentarse a uno de los guardias por defender a un compañero despierta la admiración de los demás. Al igual que le pasó cuando conoció a Narayan, Nagesh es capaz de percibir en Aniket un don particular que lo erige como un líder destacado. Cree que los demás son muy afortunados de contar con alguien así entre ellos y espera que los guardias no lo identifiquen como una amenaza y acaben cebándose con él. Sabe que en la mayoría de los casos, el escarmiento a un líder se utiliza de advertencia para un grupo más numeroso y, en ese sentido, nadie está más expuesto que Aniket. Habrá que ver si cuando esté en apuros los demás también interceden por él o simplemente le observan en el suelo, como ocurrió cuando Nagesh fue atacado volviendo al campamento.

Al terminar el turno de cenas, los muchachos regresan a los barracones para acostarse y dormir. Aunque es bastante temprano todavía, sus cuerpos fatigados claman un descanso antes de tener que enfrentarse a un exigente nuevo día. Antes, Nagesh y algunos otros aprovechan para darle un remojón a su uniforme y dejarlo tendido a la intemperie con la esperanza de encontrárselo seco cuando lo vayan a necesitar.

Al volver al barracón, Nagesh se encuentra sobre su cama un pequeño caballo tallado en madera. Su superficie está oscurecida y pulida por el paso del tiempo. Se nota que fue realizado hace unos cuantos años, aunque quien quiera que lo haya conservado lo ha sabido cuidar muy bien. Nagesh mira en todas direcciones para ver si alguien se atribuye el regalo, pero no hay nadie que le devuelva la mirada. «¡Qué curioso!», piensa, mientras se pone la ropa de dormir y se acuesta. La figura le trae a la memoria las impagables horas que disfrutó en la carpintería junto al hermano Alfred, dando forma a las ilusiones de ambos. Mientras torneaban y lijaban compartían sus preocupaciones y sus secretos como dos inseparables amigos que hubiesen regresado juntos de una guerra. Cuando el monje murió, todas esas ilusiones se fueron con él, dejándole la duda de si algún día sería capaz de volver a hacer algo

hermoso por sí mismo.

Nagesh deja el caballo sobre la almohada y se fija en el cielo. Hace tiempo que oscureció del todo y las estrellas surgieron de la nada, como cada noche despejada, para alumbrar las vidas terrenales desde su atalaya celestial. Poniendo toda su atención en el firmamento, Nagesh busca las posiciones exactas que ocupan su estrella y la de Shefali. Gracias a las instrucciones que le dio su mujer para situarlas, no tarda demasiado tiempo en dar con ellas.

Allí están las dos, brillando una al lado de la otra como los ojos de quien un día quiso bautizarlas y hacerlas suyas. Junto a ellas se balancea una luna creciente. Nagesh piensa en la mancha de nacimiento que cuelga bajo el ojo de Shefali, esa que se desplaza cuando sonríe. «Estoy bien, mi niña. No te preocupes. No tardaré en regresar —le dice a su astro—. Por favor, hazle llegar este mensaje», le pide finalmente, justo antes de quedarse dormido.

1. *Qué poco ha durado tu visita*

Shefali corta unos esquejes de geranio arrodillada en el pequeño jardín de la parte trasera de su casa. Le acompaña el dulce trinar de los verderones que, con el estómago repleto de insectos, toman el sol felices sobre los tejados. Sabe que el mejor momento para atender el jardín es cuando los pájaros que lo conocen tienen el buche lleno y no se interesan por las semillas que ella esparce.

Al terminar de cortarlos, Shefali entierra una parte del tallo de los brotes en un lugar resguardado de la luz directa y los riega con abundante agua. Esta mañana el calor es sofocante y si se encadenasen un par de días más como el de hoy, teme que estos se secasen antes de enraizar. Cuando crezcan, su blancura formará un bello contraste con las orquídeas y las prímulas que originariamente le trajeron de las praderas del Himalaya y que aún hoy en día sigue haciendo crecer.

Desde que Nagesh se fue, refugiarse en ese rinconcito personal ajeno al mundo que la rodea es una de sus principales vías de evasión. Haciendo números, él ya debería haber llegado y a partir de ahora comenzaría la cuenta atrás para su regreso. Nunca pensó que llegaría a extrañar tanto a una persona, ella que siempre mantuvo un carácter independiente y despreocupado. Obviamente, de cara a los clientes ofrecía una versión extrovertida y cercana, pero cuando realmente se encontraba cómoda era cuando se perdía en el bosque todas las tardes para visitar su manantial.

Desde que se casó, ya no ha vuelto a ir hasta allí. El pequeño estanque de su jardín le da el agua suficiente para regar las flores y le evita tener que recorrer un camino tan largo cada día. Sin embargo, sabe que su agua no es igual que la de aquella fuente natural y las flores también lo notan. Entre sus rocas manaba un líquido casi mágico que dotaba a todo lo que tocaba de una vitalidad desbordante.

El cambio de rutina a Shefali le ha hecho modificar también sus hábitos. Ahora, la chica emplea las mañanas en cuidar del jardín y limpiar la casa, y es por las tardes cuando se acerca al mercado a vender sus flores. Lo hizo por probar si era factible lo que le parecía una mejor opción, y desde un punto de vista económico no notó demasiado la diferencia, así que en adelante continuó haciéndolo de

la misma manera.

De repente, Shefali escucha el ronroneo de un gato a muy poca distancia. Al alzar la vista lo encuentra caminando por lo alto del muro, mirando directamente hacia ella. Parece que en verdad se trata de una gata, a la que nunca había visto antes cerca de su casa. Su aspecto asilvestrado hace pensar que no vive con un dueño que se preocupe por ella habitualmente. La chica siente lástima por el animal y piensa en entrar en casa a buscarle algo de comer, pero antes de que pueda hacer nada el felino emite un maullido convencional y salta al otro lado de la tapia.

«¡Vaya! Qué poco ha durado tu visita…», piensa Shefali. Aunque pueda parecer absurdo, le había hecho ilusión que la gata hubiese acudido a su casa. Seguramente, si la tratara bien, ella se habituaría a ir a menudo, y a Shefali un poco de compañía no le vendría mal de vez en cuando. Lo cierto es que desde que Nagesh se fue, solamente Anuj se acerca casi a diario a llevarle comida y ver que se encuentra bien, pero sus visitas son fugaces y el chico apenas abre la boca. Parece que le intimidase estar tan cerca de una persona del sexo opuesto, y hace todo lo posible por irse rápidamente.

—*Námaste*, hija —saluda alguien desde el muro. Esta vez es el padre de la chica el que asoma la cabeza por encima de la pared de piedra. Viene acompañado de su madre, pero a ella solo se le ve el pelo. El gato debe haberse asustado al oírles llegar.

—Námaste.

Shefali hacía varios días que no les veía y le sorprende que hayan venido a visitarla a su casa. Desde que se casó, sus progenitores apenas se habían dejado caer un par de veces por ella, aunque oficialmente no tengan ningún motivo para rehusar hacerlo.

La chica deja sus tijeras sobre la tierra mojada y se incorpora para devolverles el saludo. Entonces se da cuenta de que en la calle hay un montón de ruido que estando resguardada tras el muro no percibía.

—Nos hemos enterado de que tu marido ha tenido que viajar al norte —dice su madre.

No es que Shefali se lo haya querido ocultar, pero no suele hablar demasiado con ella cuando están en el mercado. Si la mujer le hubiese preguntado por Nagesh, ella le habría contado que se encontraba de viaje hacia Darjeeling. Simplemente, podría decirse que no se habían dado las circunstancias adecuadas para hablar de ello.

—Monseñor Dumont le ha pedido llevar un mensaje importante

al cónsul de Darjeeling, pero pronto estará de vuelta.

—¿Darjeeling? Un clima duro el de los Himalayas. ¿Viaja en tren?

—En carromato, junto a varios chicos más. Anuj me contó que era un grupo bastante joven, pero también iban tres adultos con ellos para protegerlos.

—¿Ha ido en carromato? —repite el hombre, sorprendido—. Tardará unas cuantas semanas en llegar entonces. ¿Por qué no te vienes a casa con nosotros hasta que esté de vuelta? Estarás mejor que aquí sola. O al menos más segura.

—No pasa nada porque esté sola en mi casa. Además, tengo que cuidar de mis plantas. Las flores marchitas no están muy bien pagadas esta temporada.

—Puedes venir a regarlas y a hacer lo que tengas que hacer un rato todos los días, si es por eso —le dice su padre, como si lo que ella dice le sonara a escusa sin fundamento.

—Bueno, lo pensaré. Pero no creo que sea necesario. Veo a mamá todas las tardes en el mercado. Si necesitase algo se lo podría pedir a ella en cualquier momento. De todos modos, Anuj viene a visitarme casi todos los días y me trae pan y algunas legumbres.

—Me alegra saber que estás bien, entonces.

—Tienes aquí un jardín precioso —observa con buen criterio su madre, admirando la gran variedad de plantas del mismo y su vigoroso estado. Desde siempre su hija ha demostrado poseer unas dotes muy meritorias en el cuidado de las plantas, algo que ha sabido conservar con los años.

—Gracias, madre. La tierra es menos arcillosa que en el jardín que tenía antes, lo cual lo hace mucho más sencillo y parece que las plantas tengan prisa por crecer en esta época del año.

—Algo de mérito tendrá también quien las cultiva —reconoce su padre.

A Shefali no le gusta presumir de hacer bien un trabajo que le resulta tan fácil. Además, siempre ha pensado que si fuese tan buena, realizaría encargos florales mucho más importantes que los que recibe.

—Vamos dentro, aquí fuera hace mucho calor —propone Shefali, dejando las tijeras en el suelo—. Os prepararé un té.

—La temperatura es demasiado alta aun teniendo en cuenta la época del año. Me preocupa que los monzones vengan demasiado cargados por culpa de ello.

—Tendremos que estar preparados para soportarlos —dice la chica, limpiándose la tierra de los pies antes de entrar en casa. Sus

padres se quitan también los zapatos y los dejan al lado de la puerta.

Una vez en la casa, Shefali prende la lámpara del pequeño altar situado junto a la entrada. A su lado hay algunas flores y frutas secas, y tres estatuillas de madera que representan a Ganesha, Shiva y Vishnu. A la lámpara no le queda mucho aceite, pero aguantará ardiendo unas cuantas horas todavía.

—Siento no haberla encendido antes. He estado algo ocupada —se excusa ella, aunque en realidad desde que Nagesh dejó la ciudad casi ninguna mañana se acuerda de hacerlo.

—¿No vas a rezar? —pregunta su padre, al verla saltarse esa obligación.

—Luego lo haré.

—Debes hacerlo a la vez que prendes la llama.

—Me postro ante la lámpara del amanecer, cuya luz es el fundamento del conocimiento… —empieza a recitar Shefali para evitar que su padre siga insistiendo.

Cuando termina la oración, la chica se acerca a la cocina y busca la tetera. Mientras, sus padres toman asiento en unas banquetas junto a la mesa.

—¿Queréis que os prepare algo de comer?

—No te molestes, hija, estamos de ayuno.

—¿Algún problema con el té, entonces?

—No, está bien.

—¿Cómo supisteis que Nagesh se había marchado? —pregunta Shefali poniendo una tetera al fuego.

Su madre duda un instante.

—Pues no sé…, seguramente lo habré oído en el mercado —dice la mujer.

—¿En el mercado?

Shefali la mira extrañada. Algo le dice que detrás del extraño comportamiento demostrado últimamente por sus padres se esconde algo importante que tal vez deberían haberle contado antes. De cualquier forma, considera que ha llegado el momento de tirar de ese pequeño brote que asoma en el suelo y extraer sus raíces, sin importar cuán profundas puedan estar enterradas.

—¿Quién podría estar hablando de ello en el mercado?

—No sé. He dicho el mercado como podía haber dicho cualquier otro sitio. La verdad es que no me acuerdo.

Shefali mira a su padre. El hombre hace oscilar su mandíbula pero no dice nada.

—¿Y bien? —insiste la chica, empezando a impacientarse.

La madre de Shefali se alisa los pliegues del sari. No parece encontrarse nada cómoda ante lo que tiene que confesar.

—Si no me decís de qué se trata no volveréis a verme en vuestra casa —amenaza Shefali con el gesto muy serio—. Ni tampoco os abriré las puertas de la mía.

—Vamos, cuéntaselo, estoy seguro de que lo entenderá —le anima el hombre a su mujer.

—¿Entender qué? —sigue insistiendo Shefali.

La madre de la chica baja la cabeza y suspira profundamente. Luego empieza a hablar.

—Cuando empezaste a dejarte ver en compañía del que ahora es tu marido, a tu padre y a mí nos preocupó lo desconocido de su origen. Era un huérfano con una buena educación a sus espaldas muy difícil de ubicar en la escala social.

—¿Difícil de ubicar? ¿Qué pretendes decir con eso?

—Shefali, deja que tu madre te lo cuente sin interrumpirla —le pide el hombre.

La chica obedece a su progenitor y le da la oportunidad de explicarse.

—Una tarde, mientras tú estabas recogiendo agua en el bosque, el obispo Dumont fue a vernos a casa con la excusa de tener algo importante que decirnos. Sin rodeos, empezó a hablarnos en un tono muy serio sobre el muchacho y sobre lo peligroso de la relación que parecía estar forjándose entre vosotros.

—¿Lo peligroso de la relación? —pregunta Shefali, temiendo el papel que pueda haber jugado el obispo en el asunto—. ¿Qué os dijo exactamente ese hombre?

—No podemos acordarnos de sus palabras textuales —se escuda su padre. Pero su mujer no comparte la misma idea.

—«Vuestra hija ha empezado a verse con un joven novicio acogido por nuestra congregación hace unos años. Él la corteja haciéndose pasar por un sacerdote sin prejuicios, fingiendo no rechazarla pese a pertenecer a una casta inferior a la suya».

—Y así ha sido —admite Shefali—. Siempre estaré en deuda con Nagesh por haberme aceptado por encima de cualquier prejuicio.

—«Sin embargo —prosigue la mujer—, es él quien en realidad se sitúa muy por debajo de vuestra hija en el orden social».

—Un momento. ¿Qué quieres decir?

—«Aunque se cuide de confesarlo, el chico es un intocable cuyos progenitores carecían igualmente de pureza». Eso es lo que dijo el obispo.

—¡¿Qué?! —pregunta, atónita, Shefali, al tiempo que el agua

empieza a hervir—. ¿¿Nagesh un intocable??

—Sí, eso fue lo que dijo. Y más o menos utilizó esas palabras —confirma su padre, asombrado por la memoria de su mujer.

—Tenéis que estar bromeando.

—No es una broma, Shefali, es la cruda miseria que te ha tocado vivir.

—… Que nos ha tocado vivir, en realidad —le recuerda la mujer a su marido.

Shefali necesita unos instantes para digerir la aplastante verdad que sus padres acaban de soltar sobre su cabeza. Su estómago se ha contraído como si un largo y tenso trozo de alambre de espino lo estrujase hasta hacerlo sangrar. Frente a sus ojos van cruzando innumerables recuerdos que se desvanecen como si nunca hubiesen tenido lugar. ¿En qué se transformaría ahora su vida si lo que dicen sus padres fuese cierto?

—Ese chico es un paria, Shefali —reitera su padre, como si el mensaje del obispo no resultase lo bastante clarificador por sí solo.

Pese a su insistencia, Shefali no puede todavía admitir que ha estado compartiendo sus sueños, su morada y su cuerpo con una persona impura. Por mucho que pueda quererle, por mucho que ahora le añore, ese hecho estaría fuera de toda posibilidad. Sería vulnerar las reglas más elementales de la existencia, la voluntad misma de los dioses. Sin ser consciente, habría cometido un desacato muy difícil de reparar. Se había entregado en cuerpo y alma a esa persona y desde entonces ambos habían pasado a ser uno. Valiéndose de la mentira, Nagesh la había arrastrado a un pozo profundo junto a toda su familia, condenándoles al rechazo y la exclusión social. Si la gente lo supiese serían expulsados de su casa y enviados a los bajos fondos de la ciudad. Tampoco podrían volver a vender flores o verduras en el mercado, ni entrar en los templos a rezar.

—No puede ser verdad —se resiste a creer Shefali.

Su padre se levanta y retira el agua del fuego. Después sirve la cantidad adecuada en tres tazas y echa unas pocas hojas de té en cada una.

—Los sacerdotes tienen vetada la mentira —alega el hombre acercándole una taza a su mujer. Luego posa la otra en la mesa, cerca de su hija.

—Lo primero que pensamos fue en prohibirte seguir viéndote con él —continúa exponiendo su madre para justificar su decisión —. Aunque lo cierto es que no fue algo complicado, porque por aquel entonces el chico dejó de pronto de dar señales de vida.

—Debió ser en la época en la que el obispo le prohibió salir el monasterio, como castigo por haberse ausentado sin su permiso.

—Es posible —dice la mujer antes de dar un sorbo de té. Le cuadra lo que su hija dice—. Pero entonces, unos días después de que lo hiciese monseñor Dumont, el gobernador Britton se presentó también en nuestra casa. Iba cubierto con una capa para que nadie lo reconociese en una zona tan impropia para él.

A Shefali le parece increíble que tanto el obispo como el gobernador acudiesen en un corto periodo de tiempo a su antigua casa. Algo en común debían traerse entre manos para comportarse de un modo tan sospechoso.

—El gobernador nos ofreció trescientas rupias si autorizábamos vuestro matrimonio y trescientas más una vez que se consumase.

—¿¿Qué el gobernador compró vuestro consentimiento?? —pregunta, entre atónita e indignada, Shefali.

Los dos adultos guardan silencio, en parte avergonzados por su comportamiento.

—¿Y dónde quedó entonces vuestra preocupación por la pureza de nuestra familia?

—Hija, ya sabes la falta que nos hacía ese dinero —se escusa su padre para librarse de parte del sentimiento de culpabilidad que ahora le aflige.

—Hasta ese día habíais podido vivir sin él. ¿Qué cambió para que esas sucias monedas se hiciesen indispensables para vosotros? —inquiere la chica.

—Nos prometió que se ocuparía personalmente de que no se hiciese pública vuestra situación —explica la mujer—. Eso era lo más importante, mucho más que el dinero. Os conservaríais el uno al otro y nadie conocería la realidad.

Los extraños tejemanejes entre sus padres y el gobernador, la imprevista confesión del obispo y, sobre todo, la falta de sinceridad de Nagesh hacen que Shefali se muestre confusa y enfadada. Haberle ocultado su condición de intocable era mucho más grave para ella que el hecho de que en realidad lo fuese. Él la conocía, sabía de su tolerancia y afecto hacia los reprimidos y, sin embargo, había falseado su verdadera identidad para poder llegar a ella, haciéndose pasar ni más ni menos que por un sacerdote.

Y no era justo.

Ella hubiese sacrificado su pureza sin dudar ni un instante solo por estar a su lado. Hubiese renunciado a engendrar nuevos sudras por entregarse a él sin reparos. Y, llegado el caso, hubiese soportado el rechazo de su familia y el destierro de su pueblo por buscar junto

a él un nuevo rincón bajo el cielo donde poder abrazarse. Lo hubiese hecho desde el primer momento en que lo conoció en aquel recóndito manantial del bosque. No era necesaria la mentira para despertar su amor. Nagesh debería haberse dado cuenta nada más verla.

En un instante, todo en su vida ha dejado de tener un sentido claro. Cualquier cosa compartida con su marido podría haber sido falseada y ella no tendría forma de saberlo. ¿Cómo podía confiar en la autenticidad de sus recuerdos, si en un momento dado un obispo traicionero podía abrir la boca y esparcirlos por el suelo después de hacerlos pedazos?

Si lo piensa fríamente, ¿qué lógica guarda esa confesión? ¿Qué buscaba el viejo religioso destapando la farsa de su marido? Tal vez su único propósito fuese romper la relación entre ambos, en cuyo caso el colarse en su casa tras la boda para maldecir su matrimonio como si fuese un amante despechado cobraría cierto sentido. Lo que Shefali sigue sin ver claro es por qué después de aquello, y de haber confesado a sus padres la verdad, había acudido al muchacho para pedirle que llevase una carta en su nombre. Tampoco entiende por qué esas dos comadrejas siguen colaborando en asuntos de negocios cuando uno va contrarrestando a la espalda del otro sus acciones. Y es que si los fines que movieron al obispo a querer terminar con su romance no están del todo claros, los que impulsaron al gobernador a pagar esa cuantía de dinero para que el matrimonio se celebrase carecen por completo de explicación.

Shefali se reafirma en su percepción particular: nada de lo que ve tiene sentido.

—¿Por qué no fuisteis sinceros conmigo?

Sus padres se miran entre ellos, tal vez esperando cada uno que sea el otro quien arranque a hablar y le libre de tan incómoda situación. Finalmente es la mujer quien se anima a dar su versión de los hechos.

—Ya lo ha explicado tu padre. Inicialmente, tras hablar con el obispo, nuestra intención de poner fin a lo vuestro se justifica por sí sola. No podíamos consentir que un impulso infantil permitiese a un impuro entrar en nuestra familia, manchando su nombre y su genealogía. Siempre hemos respetado la identidad que fluye por nuestra sangre y estamos obligados a asegurarnos de que perdura en el tiempo. Pero tampoco quisimos hacer pública su condición por miedo a que el caso nos salpicase ya a todos y nos marcase para siempre. Tu padre y yo decidimos guardar el secreto y dejar que se desvaneciese en un cajón.

—Deberíais haber contado con mi opinión antes de tomar una decisión tan relevante. Conocer la verdad me hubiera permitido actuar con criterio propio y elegir mi destino valorando las posibles consecuencias. Aunque seáis mis padres, no tenéis derecho a tomar esas decisiones unilateralmente, sobre todo en asuntos que me afectan tan directamente.

—En ese momento hicimos los que creímos mejor para todos —reitera su madre.

—Hasta que un soborno os hizo cambiar de opinión, según he entendido —matiza Shefali.

Algún tipo de molestia física obliga a la mujer a buscar una nueva postura en la banqueta.

—En cuanto al «soborno» del gobernador… Aceptar un poco de dinero no creo que necesite ser justificado. ¿Por qué no te dijimos nada? Obviamente, de haber sabido lo que estaba ocurriendo hubieses querido averiguar, tal y como haces ahora, el motivo por el cuál al gobernador le interesó que vuestro enlace se llevase a cabo. Y haciéndolo entonces, seguramente lo hubieses arruinado todo.

—Una de las condiciones del señor Britton era que no te revelásemos ni siquiera a ti el origen del muchacho —añade su padre—. Si seguimos manteniendo la discreción como hasta ahora, nadie puede cuestionarse que nuestro honor haya sido mancillado.

—La humillación solo es tal si se hace pública, ¿es eso? —pregunta Shefali—. ¿Y qué pasa con el karma? ¿Qué pasará cuando los dioses os juzguen al morir y determinen que vuestras almas son impuras?

Sus padres guardan silencio.

—¿Y si al obispo le da en algún momento por abrir la boca y difundirlo?

—Lleva pudiendo hacerlo desde que se anunció vuestro compromiso. Pero no lo ha hecho —defiende su padre, aparentemente cómodo pese a estar confiando su destino a un ser tan oportunista como el prelado.

—¿Y si pretende aprovechar ese conocimiento en el momento que más le convenga? —plantea Shefali—. ¿Y si lo ha convertido en una gran baza, reservada para cuando tenga que realizar la jugada definitiva?

Entonces Shefali tiene un presentimiento bastante bien encaminado. «¿Y si el obispo estuviese ya chantajeando a Nagesh? Tal vez le haya cohibido para realizar el encargo bajo la amenaza de revelar su secreto». Sabiendo que su marido había optado por

ocultarle desde el principio la realidad, Shefali está segura de que haría cualquier cosa para que siga sin descubrirla. Pero eso es porque no sabe que ella jamás antepondría ninguna otra cosa al amor que siente por él.

Pese a todo, la falta de sinceridad que Nagesh ha demostrado hacia ella supone un revés que todavía no sabe cómo encajar. Va a tener que pensar largo y tendido sobre ello y valorar si una relación puede sostenerse apoyada en la mentira. Separarse de Nagesh por las buenas es algo que nadie consentiría, pero de momento ella tampoco lo contempla. Le ama demasiado y lo menos que puede hacer es darle la opción de explicarse. Seguramente sus argumentos le sonarán manidos y absurdos, pero al fin y al cabo es su marido y tiene la obligación de escucharle y creer lo que le diga. Cuando regrese ambos necesitarán sentarse a hablar.

—Tendremos que arriesgarnos —concluye su padre—. El riesgo es algo que forma parte de la vida misma.

1. *Para no adelantar malos augurios*

Las gotas de agua golpean débilmente los charcos formados tras el brutal aguacero. La inmensa cantidad de agua vertida sobre las calles les ha devuelto el aspecto embarrado que habían ido abandonando durante las últimas horas.

En la iglesia, monseñor Dumont enciende unas velas como ofrenda a Santo Tomás. No había sido difícil transformar aquella vieja figura de madera que el obispo había traído consigo de Londres y que antaño representaba a San Pablo, en la imagen del apóstol. Una pequeña mano de pintura negra sobre cabellos y barba había bastado para rejuvenecer y rebautizar al santo, y que así se asemejara más a las imágenes de los libros que atesoraba. Esa maldita escultura le había acompañado durante décadas, como una especie de amigo de toda la vida que iba presenciando cómo él envejecía desde lo alto de su repisa. Tal vez su rostro de sufrimiento tuviese algo que ver con el sentimiento de culpabilidad que le producía ver a su amigo consumirse un poco más cada día, mientras su macizo esqueleto de madera se mantenía intacto.

El clima tan cerrado impregna el ambiente de la iglesia de una inquietante oscuridad, quebrada solo por la nota luminosa que aportan los cirios del santo. Monseñor Dumont quiere aprovechar este instante de calmada soledad para rezar unas plegarias en los bancos antes de que empiecen a ser ocupados por los fieles que acudirán a la homilía vespertina. Sin embargo, el religioso se lleva un susto de muerte al encontrarse la negra silueta de un hombre sentado en el extremo de un largo madero. El desconocido se oculta bajo una capa que cubre la totalidad de su cuerpo, el cual se adivina voluminoso, y su rostro yace ensombrecido por el ala de un sombrero de cuero.

Al oír acercarse los pasos del obispo, el misterioso individuo interrumpe sus rezos y alza la mirada.

—Buenos días, padre —saluda la sonrosada cara de lord Britton entre las tinieblas.

—¡Por Dios! ¡Casi me deja tieso del susto! —le reprocha el obispo—. ¿Acaso ha dejado de ser usted el ruidoso patán que habita en esa cueva a la que llama despacho?

—¡Qué recibimiento tan poco cortés! —protesta el gobernador,

molesto por la actitud del obispo—. La próxima vez que quiera verme tendrá que mover su culo hasta «mi despacho». A partir de ahora se acabaron las visitas entre misas.

—¿Quién ha dicho que quisiera verle? —espeta monseñor Dumont, ofreciéndole en bandeja toda la arrogancia que puede extraer de sus entrañas.

El gobernador refunfuña, irritado, ante la parsimonia con que el obispo le desprecia en su propia cara.

—¿Ha visto cómo está lloviendo estos días? —dice lord Britton, intentando reconducir la situación—. ¡Malditos monzones! Ya tuve suficiente agua en Inglaterra durante cuarenta años como para tener que aguantar esto, que encima es mucho peor.

—Me temo que no le queda más remedio —apunta monseñor con gesto impasible—. Tal vez debiera usted construir un arca y convertirse en el nuevo Noé antes de que todos perezcamos ahogados en un nuevo diluvio.

—Oh, qué ocurrente es usted, padre. Pero yo no sería capaz de cumplir con el encargo de Dios al completo. Por ejemplo, no sabría dónde encontrar un ejemplar femenino de su especie. ¿En un burdel tal vez?

Monseñor Dumont le lanza una mirada tan fría como los pies de su secretaria cuando duerme.

—No me va usted a la zaga en cuanto a ocurrencias se refiere.

Lord Britton sonríe satisfecho, pues sabe que ha conseguido realmente ofender al obispo.

—Hablando de Noé —prosigue el gobernador, abogando por una tregua—, ¿sabe usted que estos salvajes ya tenían un Noé que sobrevivió a un gran diluvio muchos siglos antes que nosotros?

—No me diga…

—Un tal Manu. Los puranas lo identifican como el creador de todos los hombres.

—¿Los puranas? —Monseñor Dumont no soporta que nadie le hable de esos libros en términos históricos ni que busquen similitudes entre ellos y la Biblia sin venir a cuento.

—Creo que usted conserva algunos de esos textos en su biblioteca particular.

El obispo traga saliva antes de que su lengua se descomponga por su acción abrasiva. «¿Cuándo se habrá fijado este idiota en los libros que hay en la abadía?», se pregunta.

—Todas las religiones del mundo han adoptado personajes y mitos de otras creencias más antiguas a las que muchas veces sobrevinieron. El cristianismo no es ninguna excepción —tiene que

admitir el obispo, fingiendo encontrarlo normal y razonable—. Sin embargo, le agradecería profusamente que se abstuviera de realizar ese tipo de observaciones en un lugar como este. Es más, le agradecería que se abstuviera de realizarlas en cualquier lugar público. ¿Me ha entendido?

El gobernador asiente. Cada día le parece más divertido provocar al obispo. Lo próximo será, obviamente, hacerlo en lugares públicos, preferiblemente en presencia de un buen número de atentas personas.

—Aquí tiene, de la remesa llegada el lunes —dice monseñor Dumont, sacando un papel de su bolsillo y alargándoselo al inglés.

—¿Otra factura? —adivina lord Britton.

—Son las piedras de la bóveda que llevábamos esperando desde la primera partida, recibida antes del verano. Esperemos que con ellas los albañiles terminen de cubrir la nave pronto o acabaremos empapados y congelados en mitad de la misa.

—No he querido contárselo antes para no adelantar malos augurios, pero yo también tengo algo que quiero que vea —anuncia el gobernador, tendiéndole el aviso de inspección fiscal recibido, al tiempo que guarda en su chaqueta la factura del cantero que el obispo acaba de darle.

—¿Qué demonios es esto? —pregunta monseñor Dumont mientras se ajusta sus gafas.

—Ni más ni menos que lo que ve. Ha llegado a Cuttack un supervisor enviado por el gobernador general bajo las órdenes de la Corona. Revisará una por una las operaciones realizadas con los fondos que he recibido durante estos años. Indudablemente, se cuestionará el notorio desbarajuste que he tenido que realizar para justificar las partidas de capital destinadas a su parroquia.

—¡No puede hablarle de la parroquia! —le corta en seco el prelado. Solo de pensar que el supervisor pueda sentirse tentado a detener la construcción se le hiela la sangre.

—No he olvidado su situación irregular dentro de la Iglesia, en la que desempeña sus funciones de forma casi furtiva, y espero que usted tampoco.

—En absoluto.

—Mejor así. Si colabora, no creo que deba preocuparse en el ámbito personal. Lo que me inquieta es que quiera venir a hacerle una visita y comprobar en persona cómo se está empleando ese dinero.

La mente de monseñor Dumont gira a gran velocidad intentando encontrar una salida a semejante situación. Por mucho que el

gobernador diga no quiere, ni por asomo, que ese supervisor le vea la cara, ni tan siquiera que conozca su nombre.

—Por el bien de ambos, mantenga a ese husmeador lejos de aquí. Y ni le mencione que está sufragando obras de construcción y remodelación. A sus efectos, su aportación es la misma que en los últimos diez años.

—Así que el problema es enteramente mío, ¿eh? —se ofende lord Britton—. Debo ingeniármelas como pueda para maquillar la desaparición de miles de libras sin control, dando por hecho que ese supervisor será un idiota y no se dará cuenta.

—Me temo que no le queda otra opción.

—Estupendo. ¿Sabe qué? Que si hubiese dejado de financiar las obras de su iglesia cuando estaba a tiempo ahora no me vería metido en este entuerto. Pero usted me obligó a continuar invirtiendo dinero a fondo perdido, porque teóricamente lo tenía todo controlado. A día de hoy todavía me entrega facturas que no sé cómo voy a poder pagar. Y lleva demasiado tiempo sin hacer progresos. Cada vez que vengo lo compruebo.

—¿Sin hacer progresos dice? ¿Qué clase de ceguera le impide ver que la iglesia está cada día más llena de fieles? Es posible que últimamente, con las lluvias, la gente acuda en menor número a las misas, pero es un bache con el que ya contábamos.

Lord Britton gruñe sin estar convencido.

—Lo que veo podría haberse hecho con la mitad de dinero. Tengo la impresión de que deberé exigirle una justificación detallada de cada gasto o me veré obligado a cerrarle el grifo.

—¿Está de guasa? Cada rupia que ha destinado a esta iglesia ha acabado entre estas paredes.

—Ya no sé qué pensar…

—¿Pero es que ha venido a mi casa a llamarme ladrón?

—En absoluto. Pero estoy empezando a pensar que dejarle administrar los gastos referentes a la iglesia con total libertad pudo no haber sido una buena idea.

—Cuento con el apoyo del hermano Anderson, quien tiene una larga experiencia en el manejo de caudales.

—No lo dudo. Sin embargo, no me siento cómodo relegado a esto.

—¿Qué tiene de malo? Yo le entrego las facturas y usted las abona. No se me ocurre una forma más optimizada de trabajar.

—Tiene de malo que pierdo la perspectiva de sus gastos. En ocasiones me da la sensación de que las facturas que me presenta contienen sobrecostes no justificados.

—Si usted es capaz de negociar un mejor precio con los canteros, adelante, vuelva a ocuparse de los pedidos. Pero si mal no recuerdo, desde que soy yo quien se ocupa, las voces que insinuaban impagos y demoras se han visto silenciadas, y aquí no se ha cesado de trabajar ni un solo día. Ni siquiera los domingos.

Lord Britton lamenta haber delegado tanto poder en el obispo. Quizá pecó de confiado, creyéndose en una situación más ventajosa que la real. En cualquier caso, sabe que sigue teniendo la sartén cogida por el mango: conoce la falsa identidad del obispo y su carácter fugitivo, y por si fuera poco, tiene a su pupilo bajo control.

—Debe acelerar su evangelización —le apremia, tratando de evitar que su desconfianza quede demasiado patente—. El tiempo pasa volando y ya no debería estar preocupado por que ese molesto muchacho ponga en peligro la operación. Su viaje le mantendrá ausente todavía algunas semanas. Por cierto, ¿ha recibido noticias acerca de su situación? ¿Sabe si entregó el mensaje que le dio?

—No, nada —confiesa el obispo, haciendo honor a la verdad.

—Bueno, no debería haber problemas. El camino es largo y un tanto irregular, pero yendo en grupo no hay nada que temer. A propósito, no he oído nada que indique que ya ha resuelto ese problema que tenía entre manos.

—Aún no lo he hecho, pero estoy en la senda correcta. Tengo que ultimar unos flecos nada más.

—Bueno, no tiene todo el tiempo del mundo, pero todavía puede tomárselo con calma y prepararlo bien.

—Mejor malgastar una hora más que arrepentirse toda una vida.

—En eso coincido con usted, padre Dumont. No debe tomar decisiones que le hagan arrepentirse toda su vida.

1. *Cierta libertad para actuar*

—¿Se comenta algo por la ciudad de lo que debamos empezar a preocuparnos? —quiere saber sir Sheercliff. Siempre ha preferido atajar los problemas en el mismo momento en que se detecta su primera evidencia.

—Está todo bastante calmado —afirma el guardia, firme junto a la entrada de su despacho—. Nuestros productos siguen vendiéndose de forma aceptable y nadie se cuestiona lo que ocurre dentro de la plantación.

—Magnífico. Hay otros dos pedidos en curso que recibiremos la próxima semana. Etiquételos y póngalos en venta al precio habitual dentro de la gama Excelso.

—¿A dónde llegarán?

—Proceden de la Windmill's Garden, por lo que debemos ir a buscarlos a Bargarh. Con que vaya un carromato con un solo hombre será suficiente. No es una mercancía superior, pero tampoco podemos excedernos con la calidad o nadie se creerá que proviene de nuestros campos.

—No habrá problema.

—¿Qué puede decirme de las nuevas incorporaciones? ¿Ya se van definiendo las posiciones?

—Presentan buenas aptitudes para el trabajo, pero son en su mayoría enclenques y cobardes —resume el guardia.

—Es normal. Al principio siempre presentan esas características. En ese sentido, nuestro procedimiento sigue estando en vigor.

—Sin duda, señor.

—¿Y las chicas? ¿Se han adaptado bien al ritmo de trabajo?

—Internamente no son tan inferiores a ellos.

—Seguramente algunas tengan incluso más agallas —dice, convencido, el cacique—. Recuerde que el tiempo apremia. Los planes del gobernador se han visto alterados y esta será nuestra última remesa, así que si considera que alguno de los muchachos puede ser incluido en el primer grupo, infórmeme cuanto antes. La experiencia me dice que siempre hay alguno que puede saltarse unos cuantos pasos en el adiestramiento.

—Me mantendré alerta para hacérselo saber sin demora, señor.

—Lo sé.

Sir Sheercliff recorre con su lengua la parte inferior de su bigote y lo moldea con las puntas de los dedos.

—Hemos tenido otra baja imprevista y esta vez era uno de nuestros mejores efectivos —anuncia el cacique, aunque a su voz le acompaña más la resignación que la tristeza.

—¿Otra vez por enfermedad?

—No, esta vez durante el entrenamiento. El chico fue alcanzado en el corazón y murió en el acto.

—¡Qué infortunio!

—Así es. Y estamos en un momento crítico en el que ya no podemos permitirnos más pérdidas a ese nivel, porque no habrá reemplazo para ellos —recalca sir Sheercliff.

—Le transmitiré a mis hombres que extremen las precauciones.

—Eso es. Y que se esfuercen en contener la tensión de los muchachos —ordena—. Por cierto, ¿han seguido vigilando de cerca al chico de piel clara?

—Los capataces coinciden en que es un chico callado, pero muy observador. Hasta ahora no ha hecho ningún movimiento en falso, pero ha hablado a escondidas con varios compañeros, y a algunos de ellos parecía conocerles de antes.

Sir Sheercliff se recuesta en su silla y planta sus botas sobre la mesa. Al guardia le desagrada el gesto tan soez del británico, que es capaz de poner los pies en el mismo lugar que usa habitualmente para almorzar, pero obviamente, lo disimula y no dice nada.

—¿A cuántos dice que conoce?

—A cinco o seis, señor.

—Es posible que hicieran el viaje juntos, aunque después se separasen poco antes de llegar. Es por eso que no me gusta que el gobernador haga envíos colectivos de personal, pero no es capaz de metérselo en la mollera. Por el momento, que nadie intervenga cuando le vea hablar.

—De acuerdo, señor.

—Parece un chico listo y, sin duda, estará estudiando la situación. Tratará de escapar en cuanto encuentre la ocasión adecuada. Siga vigilándole de cerca, pero mantenga la discreción. Si intenta algo en firme, párele los pies de inmediato y avíseme. Mientras tanto déjele cierta libertad para actuar y a ver qué es lo que intenta.

—Entendido, señor. ¿Alguna cosa más?

—Sí. Quiero que elija a un muchacho cualquiera, no me importa cuál. Ordene que a partir de ahora le den doble ración de comida. Consígale otra muda nueva y una pastilla de jabón para él solo.

—No comprendo, señor. El trabajo de ninguno de ellos merece tanto privilegio.

—Lo sé. Usted limítese a hacerlo. Del mismo modo, escoja a otros cinco muchachos y endurezca el control sobre ellos. Que les den menos comida y les envíen a las parcelas más lejanas. Dele visibilidad de estas medidas al resto. Es importante que todos lo vean.

—Bien, señor —dice el guardia sin entender del todo el propósito.

—Antes de irme de cacería quiero un plan de acción bien definido. No me gusta tener que disparar a los elefantes con la cabeza llena de preocupaciones.

—En comprensible, señor. Cualquier fallo puede provocar una estampida.

1. *Verbasco y aquilea*

Han pasado dos semanas desde que Nagesh llegó a la plantación y todavía se sigue preguntando qué narices hace en ella. Aunque no deja de darle vueltas al asunto, sigue sin encontrar explicación. Y el tiempo pasa imparable sin que hasta ahora se haya atrevido a intentar fugarse. Parece que es más complicado de lo que en un principio pensó y la seguridad de la finca no está en manos de unos aficionados. Vale que hay guardias de todos los colores, unos más listos y avispados, y otros torpes e incompetentes, pero globalmente es muy difícil encontrar fisuras que le muestren a uno el camino adecuado.

Vivir pensando en ello sin parar, trabajar de sol a sol sin descansar lo suficiente y comer solamente lo justo para sobrevivir está empezando a pasarle factura. No hay que olvidarse tampoco del frío intempestivo que por las noches se cuela en sus barracones y les castiga hasta que ven nacer el sol. A Nagesh le duele el pecho como si le hubiese crecido un gran cactus entre los pulmones. Y sin embargo, ni mucho menos puede decirse que sea el que peor lleve las casi invernales temperaturas nocturnas. El chico que ocupa la litera de abajo tose roncamente desde hace unos días. Su pecho retumba como una gruta subterránea atravesada por una fuerte corriente de aire y su nariz no para de moquear.

Nagesh se asoma por el borde de su cama y lo encuentra bastante desmejorado. Aunque lleva un tiempo oyéndole toser, nunca se había parado a fijarse en su aspecto, pero salta a la vista que el chico tiene serios problemas de salud. Tiene los labios hinchados y pálidos, y apenas puede abrir los ojos.

Nagesh considera que su compañero precisa ayuda urgente, así que se baja de la litera de inmediato y camina hacia la entrada despacio, con cuidado de no despertar a sus compañeros. No necesita preguntarle si se encuentra bien o mal, pues su cara ya lo dice todo.

—¡Eh! —grita, dirigiéndose al guardia que custodia la puerta sentado en una silla.

El hombre se da la vuelta, molesto, mientras surca sus encías con el dedo para barrer los restos de comida acumulados bajo ellas. Desde la posición de Nagesh son perfectamente visibles las

marcadas ojeras del individuo, que le confieren cierto aire de melancolía. Su voz, en cambio, se encarga de sustituir esa poca acertada impresión inicial por otra mucho más severa.

—¿Qué pasa ahí dentro? —pregunta, arrastrando pesadamente las palabras como si fuesen un saco lleno de rocas.

—Hay un chico que necesita urgentemente que le vea un médico.

—¿Un médico? ¿Para qué? ¿Sufre jaquecas? —se mofa el guardia chupándose el dedo.

—Tose mucho. Y sus pulmones silban cuando respira.

—Todos tosemos —dice el guardia, restándole importancia—. Y los aguiluchos silban. Anda, si todavía respira no se encontrará tan mal, digo yo. Cuando la gente se muere es cuando deja de respirar, no cuando silba al hacerlo. ¿No lo sabías?

El guardia hace un intento de volver a sus asuntos sin preocuparse demasiado del llamamiento, pero Nagesh sabe que no puede rendirse a la primera, que el tema reviste gravedad. No piensa irse con las orejas gachas otra vez. Aquel estúpido médico del pueblo sentó un precedente que no va a permitir que se repita.

—Te he dicho que necesita que le vea un médico —insiste, esforzándose por parecer tenaz.

El guardia resopla, malhumorado. Se levanta de la silla realizando el mismo esfuerzo que si estuviese escalando el Everest y se dirige hacia la puerta con un movimiento oscilatorio más propio de un reloj de péndulo que de un hombre que camina enfadado. Cuando se planta frente a Nagesh, su corazón lleva ya medio camino suplicando una tregua.

—Mira, no me gusta ni un pelo que me desafíen, y menos aún que lo haga un renacuajo albino como tú.

—No te estoy desafiando. Solo te pido ayuda.

El guardia vuelve a resoplar. Comprobar que no le están retando le tranquiliza, pero aun así no piensa ceder ni un palmo de autoridad.

—No sé qué parte no te ha quedado clara, así que te lo explicaré más despacito —dice el guardia. Lo quiera o no, verle jadear entremedias le resta poderío—. Al médico no le sobra el tiempo como para andar malgastándolo visitando los barracones. No va a venir, esté tu amigo como esté. Si se recupera bien y si no también.

Oyéndole, Nagesh presiente que el guardia debe ser uno de los favoritos de sir Sheercliff. Al menos aptitudes no le faltan. Es todo un esbirro con la lección muy bien aprendida y el cacique sabe que no le molestará a menos que sea necesario. Probablemente tampoco

tenga que pagarle demasiado para mantenerle contento.

En vista de que tratar con gente así no da ningún resultado, Nagesh opta por tomar una decisión arriesgada. Sin previo aviso y durante todo el tiempo que el guardia tarda en saltar sobre él y taparle la boca, Nagesh se pone a gritar a todo pulmón.

Casi la totalidad de sus compañeros de barracón se despiertan de inmediato, asustados y sin saber qué está pasando. Los guardias más cercanos al mismo también escuchan los gritos y acuden inmediatamente temiendo una insurrección.

—¡¿Pero qué te crees que estás haciendo, descerebrado?! —exclama el guardia mientras tapona la boca de Nagesh con su manaza.

—¿Qué sucede aquí? —pregunta el primer guardia que llega hasta ellos.

Los muchachos miran, expectantes, desde dentro, intentando descifrar lo que ocurre en torno a su compañero.

—¡Este energúmeno, que está chiflado!

Nagesh intenta seguir gritando, pero la mano del guardia inhibe toda su capacidad pulmonar.

—Te soltaré cuando te tranquilices, ¿está claro?

Nagesh asiente y deja de forcejear. Prolongar su lucha solo le haría derrochar fuerzas inútilmente.

Como ha dicho, el guardia retira su mano con precaución, atento para volver a pegársela a la cara si el chico comienza a gritar de nuevo.

—¿Por qué has gritado, gusano? —le pregunta el otro guardia. Su aspecto se corresponde al descrito por sus compañeros en relación a Srinivas.

Dos nuevos vigilantes aparecen en la explanada y se dirigen hacia ellos.

—El chico que ocupa la cama de abajo está enfermo.

—¿Y crees que tus gritos van a curarle?

—Tiene que venir el médico a verle.

—¡Ah, que tú ahora tomas decisiones por los demás!

—¡Su vida está en peligro!

—Su vida vale tanto como la tuya o la de ese, o la de ese, o la de aquel —dice el guardia, señalando a varios de los chicos que les observan—. Y sumándolas todas ellas, el resultado es «nada». Si la voluntad de Dios es que ese enclenque se mejore lo hará, pero nosotros no podemos mediar por él.

—¿Le dejaríais morir atribuyéndoselo a la voluntad de Dios? ¿Para qué están los médicos entonces?

—Para curar los juanetes de las señoras gordas y ricas, obviamente —espeta el guardia abiertamente.

Decepcionado e impotente, Nagesh termina por claudicar y regresa a su litera, atravesando el pasillo que le van abriendo sus compañeros a medida que avanza. Tal vez los guardias no atiendan a razones o tengan órdenes de ignorar su peticiones, pero Nagesh no piensa darse por vencido. De primeras se le ocurre que al terminar la misa puede pedirle al padre Nikolaus un poco de clemencia. Puede que el cura se apiade de su compañero y contacte rápidamente con el doctor. Después de todo, está cansado de oírle predicar una y otra vez por la misericordia y el amor al prójimo, y quiere ponerle a prueba para comprobar si es sincero o está hecho de la misma madera que el obispo Dumont.

Al pasar junto a la cama de Umed, Nagesh se da cuenta de que el muchacho es el único ocupante del barracón que sigue dormido. Le resulta increíble que no se haya despertado con todo el jaleo que ha montado. Entonces se acuerda de los conocimientos de medicina herbolaria que Umed atesora y piensa que preguntarle por algún remedio curativo puede ser también una buena idea.

Como no resta demasiado para la hora en la que los guardias habitualmente tocan diana, Nagesh opta por adelantar un poco la interrupción del reposo de su compañero. A cambio, se concentra en emplear maneras suaves que eviten que Umed pueda despertarse sobresaltado.

—¡Chsss!…, Umed…, despierta.

Uno de los párpados de Umed tiembla sobre su ojo, pero su reacción al estímulo no va más allá. Está claro que Umed es del tipo de personas que se entregan a sueños profundos de los que cuesta regresar.

—Umed… ¿Sabes de alguna planta que sirva para curar la tos?

El muchacho se gira de un lado a otro como el mecanismo de una trampa para ratones, pero no llega a abrir los ojos. Nagesh se plantea buscar un método más brusco para hacerle espabilar, temiéndose que de no usarlo sea insuficiente toda la mañana para obtener resultados. Entonces, desde un lugar del subconsciente, Umed recita uno de sus remedios memorizados.

—Recuperación de aliento, nariz destapada, tos olvidada: verbasco y aquilea.

«¿Verbasco y aquilea? —piensa Nagesh. Nunca había oído nombrar esas plantas antes—. Espero que al menos sean fáciles de encontrar por estos parajes».

—Gracias, Umed —susurra cerca de su oído.

—¿Aún no se ha despertado? —pregunta Aniket al llegar a su lado.

—Duerme como una roca. ¿Le conoces desde hace mucho?

—No. Desde el día que llegamos.

—Tiene suerte de tenerte aquí.

—Todos necesitamos tener a alguien aquí en quien poder confiar. ¿Has intentado despertarle?

—No he insistido. Quería preguntarle una cosa, pero al verle tan feliz, no he querido molestarle. Lo curioso es que creo que me ha contestado en sueños.

—¿En serio? Bueno, le he oído hablar algunas veces mientras está dormido, pero no sabía que también pudiera escuchar. ¿Qué te ha dicho?

—Cuáles son las plantas adecuadas para curar la tos de mi compañero de litera.

—Umed sabe mucho sobre plantas. Bajo el colchón tiene un montón de ellas.

—¿Las guarda bajo el colchón?

—Bajo el colchón, bajo la cama…, en todos los lugares donde pueda esconderlas. En seguida se marchitan, claro, pero mientras tanto ahí las tiene.

—¡Vaya!

—Umed, el desayuno —dice Aniket frente a su oreja.

Las palabras del muchacho hacen que Umed abra los ojos de inmediato.

—¿El desayuno? ¡Umed tiene mucha hambre!

—Siempre funciona —le dice Aniket a Nagesh, guiñándole un ojo.

—Ya veo… —responde Nagesh, riendo.

En la capilla, el padre Nikolaus les recibe con un sermón muy similar al de todos los días, haciendo hincapié una vez más en la magnificencia del dios cristiano en detrimento de las deidades locales. A Nagesh ese discurso le resulta altamente familiar, así que emplea el tiempo en pensar en su mujer. La imagina en su jardín, recogiendo agua del estanque. Ve su cara reflejada en su superficie. Está radiante. Le llena de angustia no tener todavía un plan de escape claro. Cada día que pasa en la plantación es un día que no puede estar con ella, y ya han sido demasiados. Nagesh sabe que tiene que empezar a tomar decisiones firmes y llevarlas hasta las últimas consecuencias; de lo contrario seguirá durmiéndose noche tras noche en el mismo barracón con el único consuelo de haber hablado un rato con ese punto luminoso del cielo. Espera que sus

mensajes lleguen a Shefali, tal y como ella había asegurado que ocurriría. Por desgracia, Nagesh no puede decir que los que ella le envía sigan el camino inverso.

Aprovechando que todos los recolectores están en la capilla, los guardias sacan el cuerpo inerte del compañero de Nagesh y lo echan sobre una carretilla. Después, el enterrador se lo lleva a la parte trasera de los almacenes y lo entierra en un hoyo junto a los demás fallecidos. Para terminar, clava una cruz hecha con un par de ramas atadas sobre él y da el visto bueno para que los guardias avisen al párroco.

Poco antes de que el padre Nikolaus dé por finalizada la misa, uno de los guardias entra en la capilla y le traslada la noticia al oído. El cura interrumpe de inmediato el oficio y, tras darles su bendición a todos los presentes, se va con él por la puerta lateral. Nagesh espera que el religioso vuelva pronto para poder pedirle que interceda por su compañero, pero en seguida entra un segundo guardia y les ordena que vayan directos al comedor.

—¿Qué habrá pasado? —pregunta Shaana.

—A saber, aquí uno nunca se entera de nada —sostiene Nagesh.

—Al menos sabemos algo: no es nada bueno —presiente a su lado Shalim, empezando a desfilar hacia el patio.

El Caminante tiene razón: de una interrupción lo más racional es no esperar nada bueno. Nagesh lo lamenta por su compañero. Tendrá que intentar interceptar al religioso en algún momento. Si no está dispuesto a lanzarse a por sir Sheercliff en cuanto le vea, aunque ahí sí que no presagia muchas probabilidades de éxito.

Al entrar en el comedor les indican que deben aguardar sentados la llegada de los que no están.

—Vaya forma más rara de empezar el día, ¿no os parece? —señala Narayan.

—Sí, demasiado —coincide Shaana.

La espera se alarga casi quince minutos, tras los cuales el sacerdote hace acto de presencia, acompañado del cacique y tres vigilantes. El religioso da la orden de bendecir la mesa y todos comienzan a rezar dando gracias por los alimentos que pueblan su mesa.

Con todo el lío montado se ha acabado perdiendo casi media hora. Las gachas se han enfriado y solidificado, formando una masa compacta que dificulta el tragado.

—¿De qué estará echa esta bazofia? —se pregunta Gagan en voz alta.

—Quinua, polenta, *bulgur*…, creo que también algo de mijo… —

va enumerando Shalim.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Nagesh, dejando por un momento a un lado la preocupación por su compañero.

—Son los cereales que componen esta papilla.

—¿Puedes distinguir cada uno de ellos?

El muchacho se encoge de hombros, dando a entender que no le resulta complicado.

—Soy vegetariano y, ya sabes, me he pasado la vida comiendo cereales. Supongo que a Umed también le pasará algo parecido.

Pero Umed está sentado algo más allá y no presta atención a la conversación.

—Espero que no vuelva a encontrarse un bicho pataleando en su cuenco —dice un chico junto a Shalim—. No sé por qué le darán tanto miedo.

—Un bicho no se hundiría en algo tan espeso —le responde Gagan.

—No le dan miedo —niega a su vez Shalim—. Umed profesa un gran amor hacia los animales y, en general, hacia todos los seres vivos. Si gritaba era para que alguien le ayudase a evitar que el insecto se ahogase.

Nagesh recuerda entonces la delicadeza con que le ha visto arrancar las flores de té. Cree que tal vez esté relacionada con ese respeto por las plantas del que habla Shalim, y su admiración hacia ellas y sus poderes curativos.

—También lleva alforfón, por cierto —añade Shalim, tratando de identificar el resto de ingredientes de las gachas.

—¿Alforfón?

—Trigo sarraceno.

—Ah…

—Oye, Shalim, ¿qué les has dicho para que te echen tanta comida? —pregunta Shaana, al ver el enorme cuenco que Shalim tiene hoy ante él.

—Pues no sé. La verdad es que no les he dicho nada —asegura el muchacho al advertir que, en efecto, su cuenco ha sido más cargado que el de los demás—. Seguramente no se hayan dado cuenta. Estarían distraídos intentando averiguar qué pasaba ahí fuera.

—Pues aprovecha, que la próxima vez puede tocarte menos —señala Nagesh—. Ten en cuenta que con las gachas pasa como con las cosechas de sir Sheercliff: «Unos días hay que recoger más para compensar los días en los que se recoge menos».

Los chicos ríen por lo bajo para no llamar la atención de los guardias.

—A mí no me hace ninguna gracia —protesta Gagan, unos asientos más allá—. Le han echado a él lo que me han quitado a mí.

Los chicos echan un vistazo al plato de Gagan y comprueban que, tal y como él dice, su ración parece bastante más pequeña de lo habitual. Les parece que sus quejas pueden estar justificadas.

—Acércame tu cuenco. No me importa echarte la mitad —se ofrece amablemente Shalim, alargando el brazo hacia él.

—¿Y mi parte? ¿A quién le ha caído?

Esta vez quien alza la voz es un chico sentado al final del banco que ha escuchado la queja de su compañero y no ha podido contener su frustración. También la ración que a él le ha tocado parece menor que la del resto.

—No…, no tengo para tantos —se disculpa tímidamente Shalim.

—No te preocupes, que no es culpa tuya —dice el muchacho mirando hacia el cocinero con mala cara—. La culpa es de ese hipopótamo, que debe estar un poco tuerto de vista y tiene dificultades para medir las cantidades correctamente.

—¿Alguno de vosotros conoce el verbasco y la aquilea? —pregunta Nagesh a sus compañeros, aprovechando también para cambiar de tema antes de que la cosa vaya a mayores.

—No. ¿Qué son?

—Creo que plantas medicinales para curar la tos.

—Ni idea. Seguramente Umed pueda asesorarte mejor que nosotros.

—Ya… A ver si puedo hablar luego con él. Ahora le veo muy concentrado en sus asuntos.

Pero a Nagesh no le va a resultar nada fácil llegar hasta Umed. Nada más terminar el desayuno se realiza en el patio la acostumbrada distribución de parcelas y ambos son destinados a cuadrillas diferentes. Esta vez son Shalim y, por primera vez desde que llegaron a la plantación, Narayan quienes compartirán grupo con Nagesh. Este último, además, como encargado de transportar la garrafa de agua. Nagesh lamenta no poder hablar con Umed hasta la noche, pero se alegra enormemente de poder coincidir, por fin, con Narayan, quien siempre le pareció una persona muy atrayente a quien intuye que merece la pena conocer. No le cabe duda de que con el tiempo ambos podrían llegar a ser buenos amigos, incluso después de que terminase su periplo en la plantación.

—Había llegado a pensar que por sistema exigías ser asignado a una cuadrilla distinta a la mía —bromea Narayan, en cuanto tiene ocasión de colocarse a su lado.

—Lo hacía —admite Nagesh.

—Me sorprendió verte en el barracón al día siguiente de que llegásemos —reconoce Narayan—. Shalim me contó lo de la encerrona.

—Sí, era algo con lo que no contaba.

—¿Y cómo lo estás llevando?

—Es duro, pero me voy acostumbrando. Como los demás, ¿no?

—Sí, está siendo duro para todos, salvo para los chicos del otro barracón.

—Se nota que tienen experiencia y saben qué hay que hacer en cada momento.

—Claro, ellos llevan ya unos cuantos meses trabajando aquí, desde principios de año, creo. Pero tampoco fueron los primeros en venir tras la renovación de la plantilla. Uno de ellos me contó que cuando empezaron había ya otro grupo de chicos durmiendo en lo que ahora es nuestro barracón.

—¿En nuestro barracón?

—Eso dijeron.

—¿Y sabes qué pasó con ellos?

—Tengo entendido que sir Sheercliff les reunió una mañana en el patio a todos. Los de la promoción del chico que te digo fueron a trabajar con normalidad, pero los otros se quedaron porque el cacique tenía algo que decirles. Cuando volvieron por la tarde, los chicos del primer barracón ya no estaban. Nadie les explicó qué había sido de ellos ni por qué se habían ido.

—Parece que la gente aquí no es muy dada a hablar de lo que no les interesa —opina Nagesh—. ¿Crees que les habrán despedido?

—¿A todos ellos? Sería un poco raro, ¿no te parece? De todos modos, una vez dándoles por desaparecidos, eso sería lo mejor que podría haberles pasado. Por un lado, es improbable que la tierra se los haya tragado a todos, y por otro, no creo que el cacique haya sido capaz de comérselos tampoco. Así que, si no están en la plantación, tiene que significar que les han despedido.

—Sí que es raro… ¿Y no ha vuelto a ocurrir nada similar desde entonces?

—¿Cómo quieres que lo sepa, si no he estado aquí?

—Sí, tienes razón.

—Con ese chico solo pude hablar unos instantes. Ya has visto que siempre están pendientes de que no hablemos entre nosotros.

—Es verdad. Yo he intentado acercarme a ti varias veces, pero siempre aparecía un guardia para disuadirme.

—Ya. Lo mismo me ha ocurrido a mí.

—Necesito que me digas quién es ese chico —dice Nagesh—. En

cuanto tenga una oportunidad intentaré contactar con él. Ahora mismo es quien mejor me puede ayudar a entender qué está pasando.

—¿Quieres averiguar qué pasó con aquellos trabajadores?

—Quiero averiguar qué pasó con ellos y también qué está pasando con nosotros. Este lugar no me parece una fábrica de infusiones al uso y quiero saber qué se esconde tras su fachada.

—Me gustaría ayudarte. Cuenta conmigo para lo que necesites —se ofrece Narayan—. Es un chico de brazos largos y orejas puntiagudas. Suele ponerse en un extremo de la primera fila en la capilla.

—Me fijaré la próxima vez.

—A propósito, me han dicho que te robaron algunos objetos personales que te gustaría recuperar —dice Narayan.

—Parece que aquí las noticias vuelan.

—¿Cómo no iban a hacerlo? No tenemos otra cosa de qué hablar que no nos produzca úlceras en el estómago.

—¿Sabes algo de ellos?

—He visto a uno de los guardias con una navaja y he pensado que tal vez podría ser la tuya —explica Narayan, cambiando la garrafa de hombro—. ¿Es una navaja de madera, pequeña y bastante sencilla?

—Sí, y tiene escrito mi nombre en el mango.

—Eso ya no te lo puedo asegurar. Un guardia la estaba usando para hacer unas muescas en un palo, así que apenas pude ver más que la hoja.

—Estaba seguro de que me la había robado el sinvergüenza que me llevó al barracón. También me quitó una moneda y un hueso de níspero.

—¿Un hueso de níspero? —pregunta, sorprendido, Narayan.

—Es una larga historia.

—Ya. Espero que me la cuentes algún día.

—Lo haré si me ayudas a recuperar mis cosas.

—¿Quieres recuperarlas?

—Claro. ¿Por qué no iba a querer hacerlo? Son mías.

Narayan le mira astutamente.

—Por supuesto. Esa es la actitud que me gusta —afirma el muchacho sin rodeos—. Sin duda soy la persona indicada para realizar una misión de ese tipo.

—¿Estás acostumbrado a robar?

—Robar ha sido siempre mi única vía de obtener sustento —reconoce Narayan, convencido de que es suficiente justificación—.

Curiosamente, cuando he tenido que pagar por algo, siempre ha sido por actos que no he cometido.

—¿Y te ha tocado hacerlo muy a menudo?

—Desde que nací —admite—. ¿Acaso vivir en las calles no es pagar por lo que somos?

—Te entiendo —afirma Nagesh. Por suerte, él nunca ha tenido que colarse en un granero para pasar la noche y hace muchos años que no busca entre la basura restos de comida, pero es consciente de su fortuna y de que no todos pueden decir lo mismo—. Comparto tu sufrimiento. Al menos has podido conseguir este trabajo.

Narayan mira a los lados para comprobar que nadie les oye y baja ligeramente la voz. Al hacerlo esta se torna más oscura.

—No te equivoques, Nagesh, yo no quiero estar aquí.

—¿Ah, no? —pregunta Nagesh, desconcertado. Él pensaba que todos estaban encantados de tener esta oportunidad; sin embargo, parece que no era una percepción ajustada a la realidad.

—Claro que no —reitera Narayan—. Pero era la única forma de salir con vida de los calabozos.

—Debe ser un lugar horrible. Tengo entendido que aprendiste a sobrevivir allí y tu fortaleza te permitió salir con vida.

—Aquel sitio era peor que cualquier *patala* —coincide Narayan, transportándose con la memoria a las tétricas celdas en las que consumió media vida—. Te arrastras entre la putrefacción más absoluta. La humedad invade tu cuerpo como si una tormenta interminable azotase tu interior. No puedes dormir más de unos minutos antes de que las ratas se te echen encima para roerte las orejas y los labios. Por si fuera poco, cada carcelero actúa como una reencarnación de Iama. Utilizan esos pasillos subterráneos para construir un infierno a su medida y en él marcan la ley, sentenciándote una y otra vez a recibir las peores torturas que pueden imaginar.

Con solo su descripción, Nagesh es capaz de hacerse una idea de lo que debe suponer vivir allí, encerrado como un animal indefenso, esperando a que todo termine y el futuro te depare algo mejor la próxima vez.

—¿Crees que es simplemente «horrible»? —continúa Narayan, retomando el comentario de su compañero—. Horrible es poco. Nadie puede ni siquiera imaginar algo parecido a aquellas catacumbas. Cuando estás allí, lo único que deseas es ser condenado a muerte y ejecutado antes de que vuelva a caer el sol.

—Pero tu resistencia y tu tesón te hicieron libre al fin.

—Ninguno de nosotros es realmente libre. En mi caso, llevo ya

mucho tiempo muerto. Mi cuerpo se ha corrompido por dentro. No puedo mover ni un solo dedo sin notar un clavo ardiente punzando mis huesos. Mi pecho está lleno de flemas viscosas y sanguinolentas. La claridad del sol carboniza mis ojos entre llamaradas de luz cada mañana. Y en mi cabeza, la demencia ha instalado su morada como una comadreja hambrienta que escarba sin cesar en busca de algo enterrado entre mis sesos. Ella lo huele, y araña y araña una y otra vez, salivando un líquido ácido que derrite mi cerebro.

Narayan aprieta lo dientes recordando su sufrimiento.

—Sé que es muy difícil dejar todo eso atrás —lamenta Nagesh.

—No puedes dejar atrás algo que ya forma parte de ti —confiesa Narayan—. Oigo voces continuamente. Sufro pesadillas por las noches. Revivo una y otra vez mi estancia en aquellas cloacas y me veo bebiendo de nuevo ese agua negra mezclada con orina, y oliendo el fétido aliento de los carceleros por encima del hedor de las heces que me restriegan por la cara. Y todo sigue siendo tan real como lo era entonces.

Nagesh no puede evitar sentir lástima por su compañero. Al lado de las penurias que a él le ha tocado soportar, cualquiera de sus experiencias junto al obispo equivale a haber vivido en un palacio rodeado de sirvientes y doncellas.

—Me caes bien, Nagesh. Sé que tu alma es pura, aunque algunos se empeñen en decirte lo contrario. Pero al margen de eso, ¿quieres saber por qué te ayudaré a recuperar tus cosas?

En verdad, Nagesh no lo sabe.

—No lo sé.

—Estando allá abajo, a punto de rendirme, conocí a un chico que apareció un buen día en la celda de enfrente. No es que fuera muy hablador, pero las pocas palabras que intercambié con él me ayudaron a soportar el dolor y a aferrarme a la vida como a un hilo frágil que me mantenía suspendido sobre el abismo.

—Supongo que un buen compañero de celda es el tesoro más valioso que uno puede tener, aunque otras veces sean la peor parte de la condena.

Narayan está de acuerdo.

—Ese chico me aseguró que me sacaría de allí —prosigue contando Narayan—. De aquella yo ya no tenía ni fuerzas ni ganas de reírme, pero lo que él me decía me sonaba tan sumamente estúpido que lamenté no poder contestarle con una carcajada.

—¿Te hizo algo cambiar de opinión? —pregunta Nagesh, a quien le parece que la historia de Narayan se está volviendo bastante interesante.

—Podría decirse así —admite el muchacho—. Al poco rato, no debieron pasar más de unos minutos, el carcelero más cruel de todos sufrió un accidente bajando las escaleras. Resbaló y se desnucó contra los escalones. Murió en el acto.

Nagesh se alegra enormemente de que aquel hombre fuese golpeado tan duramente por su karma, pero no quiere volver a interrumpir a su compañero y deja que siga hablando.

—Unos días después me sacaron de mi celda y me sentaron frente al misterioso caballero inglés, porque según decían, tenía algo interesante que proponerme. Nunca habría imaginado que me ofrecería el indulto.

—¿Te sacó de los calabozos y perdonó tu deuda a cambio de venir aquí?

—Así es. ¿No te parece increíble?

—Sin duda —asiente Nagesh—. ¿Crees que de algún modo aquel chico tuvo algo que ver?

—No lo sé. Solo puedo decirte que me prometió que saldría de allí con vida. Y contra todo pronóstico así sucedió. —Narayan reflexiona para sus adentros unos segundos—. Claro, que no puedo afirmar a ciencia cierta que todo aquello fuera real. Por aquel entonces yo llevaba varios meses delirando, tirado todo el día en el suelo con la ropa empapada de agua helada.

—¿Y qué pasó con él?

—El Chico sin Nombre se llamaba.

—Qué nombre tan curioso —subraya Nagesh.

—Se lo puse yo.

—¡Caramba! Pues me alegro de que le gustase. Dime entonces, ¿qué pasó con el Chico sin Nombre?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Claro, es una historia terrible, pero al fin y al cabo te ha traído hasta aquí y quiero saber cómo termina.

Narayan asiente.

—Los carceleros dijeron que el Chico sin Nombre no existía, que efectivamente todo habían sido alucinaciones mías. Una manera de personificar en un ente imaginario mis necesidades afectivas.

—¿Y tú qué opinas?

—Creo que llegué a asumirlo. Acepté mi delirio y finalmente me olvidé de él.

—Bien.

Pero lo que Narayan está a punto de confesarle va a hacer que a Nagesh se le corte la respiración para lo que resta de trayecto.

—Ahora resulta que el Chico sin Nombre ha vuelto a aparecer —

revela entonces Narayan—. Y está aquí, en la plantación.

—¿Qué? ¿Le has visto en la plantación?

—Sí, le he visto con mis propios ojos. Y definitivamente puedo estar seguro de que es real. —Narayan mira a Nagesh.

—¿De veras?

—Claro. ¿Cómo si no podría estar hablando con él ahora mismo?

1. *No me lo haga más difícil*

—Por favor, señor obispo, siéntese.

—¿A qué viene tanta prisa? —se queja monseñor Dumont, a quien esta mañana el mensajero casi ha sacado de la cama—. No me ha dado usted tiempo ni para desayunar.

—No se preocupe por eso. Ya conoce el exquisito té a la canela que prepara la señora De Vellis. Le ordenaré que nos traiga un par de tazas. Yo ya he desayunado, pero no me importa volver a tomar algo si es por acompañarle.

—Lo prefiero normal, gracias. Sin artificios que enmascaren su propio sabor.

—Claro. Del común y vulgar también nos queda alguna caja.

Lord Britton se dirige a la puerta de su despacho y desde ella llama a gritos a su secretaria. A los pocos segundos, la señora De Vellis se presenta ante ellos con su habitual desparpajo. Se ha recogido el pelo con una coleta y eso le da un aspecto más hogareño. Lo cierto es que lo necesitaba. Cuando abrió la puerta a monseñor Dumont, este se asustó al ver el pelo alborotado de la secretaria. Parecía que hubiera estado de jolgorio toda la noche. Ella, adivinando de inmediato el pensamiento del obispo, se apresuró a dar una justificación, aun sin que este se la pidiese realmente. «Disculpe mi aspecto, padre. Estuve leyendo toda la noche y no he dormido mucho», dijo ligeramente ruborizada. El obispo Dumont no entendió muy bien la relación entre leer hasta la madrugada y no tener tiempo para peinarse al levantarse, pero la exculpó como si no le importase.

—Tráiganos dos tés, por favor, uno verde y otro a la canela —le pide el gobernador, según lo acordado.

—En un minuto, señor Britton —dice ella, antes de irse correteando por el pasillo.

—Gobernador, dígame ya por qué me ha llamado —insiste el prelado.

El gobernador bosteza descaradamente. Parece que él también ha tenido una noche movida.

—He recibido malas noticias de Darjeeling, eminencia.

Al oír esas palabras, lo primero que saca en claro monseñor Dumont es que debe extremar la precaución. Hacía mucho tiempo

que no escuchaba al gobernador darle el trato de «eminencia», y no le gusta nada oírselo decir junto a la expresión «malas noticias».

—¿Acaso sabe usted dar noticias de algún otro tipo?

Lord Britton le perdona gustoso su falta de respeto porque sabe que lo que va a decirle compensa de sobra ese pequeño sacrificio. Y es que a estas alturas en que la buena relación entre ambos puede darse por perdida, cualquier cosa que produzca aflicción en el obispo le parece digna de ser tenida en cuenta.

—Por favor, no me lo haga más difícil.

—¿Qué ocurre?

Lord Britton llena de aire sus pulmones y los vacía lentamente. Quiere ponerle todo el dramatismo posible a lo que tiene que anunciarle.

—El cónsul me ha remitido un telegrama en el que me informa del fallecimiento de su antiguo pupilo.

—¿Qué…? —pregunta el obispo—. ¿El fallecimiento de Nagesh?

El gobernador sacude la cabeza como si estuviese pensando para sí un «no somos nadie».

—No puede ser otro —confirma, fingiendo sentirse profundamente consternado. Sabe que es importante interpretar su papel correctamente si quiere que el religioso se lo crea.

—Pero…

Monseñor Dumont no puede admitir lo que está oyendo. ¿Nagesh muerto? ¿Por llevarle un ridículo mensaje al cónsul? Lo que le interesaba era alejarle de su mujer el tiempo suficiente para poder quitársela de en medio, no acabar también con su vida.

—Lo sé, lo sé… Es duro de asimilar.

El hasta ahora inquebrantable rostro del obispo se resquebraja por primera vez en mucho tiempo. Sus ojos se humedecen y las comisuras de sus labios dejan escapar un leve temblor. Verle totalmente abatido es un caramelo que el gobernador quiere saborear lentamente, sin masticarlo, dejando que se deshaga despacio en su boca, inundándola de puro sabor.

—Según sus palabras, el carruaje fue asaltado por unos bandidos poco después de haber abandonado la ciudad. Obviamente, solo buscaban hacerse con un buen botín, pero sus nulas dotes para la negociación supongo que les habrán llevado también a asesinar a los ocupantes del vehículo.

—Pero ¿por qué?

—Bueno, los que nos dedicamos al comercio sabemos que los pasos montañosos suelen estar vigilados por criminales sin muchos escrúpulos que no dudan en emplear la fuerza bruta para conseguir

sus propósitos.

—Tenía entendido que sus envíos eran escoltados por personas competentes.

—Y lo son. Pero esos maleantes se benefician muchas veces del factor sorpresa, las posiciones estratégicas y la superioridad numérica. Conocen cada risco a la perfección y se mueven por ellos como pez en el agua. Debo reconocer con gran pesar que la vulnerabilidad es una pasajera más que viaja con nuestros hombres.

Como es lógico, los argumentos del gobernador no convencen en absoluto al obispo, que siente un ligero mareo y un fuerte nudo en la garganta.

—Lamentablemente, eso repercute también en el elevado precio final de la mercancía.

—¿Qué clase de mercancía traía de vuelta para poder interesar a unos asaltantes?

—Créame, esos individuos no necesitan algo de gran valor para intentar hacerse con ello. ¿Se encuentra bien, padre? Tenga, beba un poco de agua —le dice el gobernador, entregándole un vaso mediado del que tal vez haya estado bebiendo él con anterioridad —. ¡No sé por qué está tardando tanto esa mujer en preparar nuestros tés!

El obispo acepta el ofrecimiento, pero el agua no le alivia en absoluto.

—Quiero que sepa que cuenta con todo mi apoyo, padre, tanto emocional como logístico. Si desea celebrar un funeral en la nueva iglesia puedo cederle algunos hombres para que le ayuden con los preparativos.

—¿Cuándo traerán el cuerpo?

—Oh, ya, el cuerpo… Por desgracia los bandidos prendieron fuego al carromato con todos sus ocupantes dentro. No quedó más que un amasijo de huesos calcinados y anónimos.

Monseñor Dumont tarda un par de minutos en recuperar el habla.

—Usted no me advirtió del peligro que suponía ese viaje —dice al fin.

Pero lord Britton no piensa cargar con la responsabilidad de lo que bajo su prisma no es más que un accidente fatal.

—¿Y qué se pensaba? ¿Qué ir al Himalaya era lo mismo que acercarse dando un paseo a su miserable abadía? ¡Estos viajes llevan intrínseco cierto peligro!

—¡No me tome por idiota!

—Y usted no tergiverse lo que digo —se defiende lord Britton—.

Simplemente constato una evidencia. Viajar en compañía de un valioso equipaje siempre conlleva riesgos considerables, por muy protegido que se vaya.

—No hubiera accedido a su propuesta de haber sido consciente de ese riesgo.

—Pues es evidente que debió evaluarlo objetivamente y no dejarse llevar por sus deseos de distraer al muchacho a toda costa.

Las acusaciones de lord Britton llevan al obispo a saltar desde su silla, desbordado por la cólera. Monseñor Dumont le agarra por los volantes de su camina y agita su puño lisiado en el aire.

—No me advirtió del peligro —le acusa—. ¡Ese muchacho no debía morir!

—¿Pero qué está haciendo? ¿Va a pegarme con esa mano?

Monseñor Dumont mira rápidamente los objetos que el gobernador tiene sobre la mesa y se decide por el pesado pisapapeles de mármol con forma de ángel.

—¿Prefiere que lo haga con esto? —pregunta, alzándolo sobre su cabeza.

El gobernador lanza una patada por debajo de la mesa, directa a la pierna sana del obispo, haciéndole perder el equilibrio y caer al suelo. El pisapapeles golpea contra la madera, provocando la ruptura de uno de los brazos del querubín.

—¡¡Será bastardo!! —grita el obispo, doliéndose de su cadera.

—¡Cálmese de una vez o tendré que arrestarle!

Monseñor Dumont sale a la calle tambaleándose como si acabase de beberse una botella entera de Bhang Lassi. Sin embargo, no siente para nada el embriagador efecto del hachís ni aquella euforia que experimentó cuando el hermano Zakkary le dio a probar por primera vez esa bebida. Naturalmente, tras un par de días al borde de la locura, se juró que no volvería a probar más alcohol que el de la mistela con la que consagrase la sangre de Cristo.

«Acabaré con ese súcubo de una vez por todas —dice el obispo para sus adentros—. Ella es el origen de todos mis males. Ella le sacó de la abadía, cegado por su aspecto celestial. No dudó en tirar por tierra los años que empleé en reconducirle por el sendero de Dios. Ella es la única culpable de que haya enviado a Nagesh a la muerte», resuelve monseñor Dumont. «Definitivamente, tiene que pagar por sus pecados».

1. *Como un témpano de hielo*

Durante la noche cae sobre el campamento una terrible helada. Los muchachos se acurrucan bajo las mantas tratando de retener el mayor calor posible, pero sus cuerpos son incapaces de conservarlo y este se dispersa en el aire sin que nadie pueda tampoco atraparlo y sacarle provecho.

Shaana da vueltas en la cama en medio de un sueño bastante intenso. Nagesh baja de su litera, coge su manta y se dirige de puntillas hasta la cama de la chica. Al llegar a ella se acerca a su oído y le susurra unas palabras para tranquilizarla. Ella parece reaccionar positivamente y poco a poco se va calmando.

—Mamá —dice entonces Shaana—. Mamá, ya he vuelto. Estoy en casa.

Nagesh se sobresalta al oírla hablar tan de repente. Si no se calla pronto va a despertar a todos los ocupantes del barracón.

—Sí, Shaana, estás en casa. Duérmete —le dice.

—Mamá, ¿podemos tener ya una cabritilla?

—Claro.

—¡Bien! —exclama Shaana. En sus labios se dibuja una sonrisa.

Nagesh espera unos instantes junto a su cama, por si se le ocurre continuar la conversación, pero la chica parece haberse sumido nuevamente en la profundad del sueño. Nagesh le echa su manta por encima y regresa a su cama. No falta ya mucho para que llegue el día, así que debe darse prisa y aprovechar para dormir el mayor tiempo posible. Por suerte, el agotamiento contrarresta su acusada carencia térmica y pronto se queda de nuevo dormido.

Al día siguiente es destinado con su grupo, en el que esta vez coincide con Shalim y Umed, a una de las parcelas más próximas a los barracones. El resto de trabajadores de su cuadrilla provienen tanto del otro pabellón como del suyo, aunque a varios de ellos todavía tiene dificultades para ponerles nombre. Son chicos discretos que nunca buscan destacar por encima del grupo y, por consiguiente, no suelen meterse en líos ni armar trifulcas. Es justamente el tipo de comportamiento que Nagesh debería adoptar, pero cada momento que pasa le cuesta más esfuerzo llevar la situación con la naturalidad que requiere. Sin embargo, sabe que no le queda más alternativa si quiere moverse sin el peso de mil ojos

sobre sus espaldas. «Lo bueno de no tener elección es que simplifica mucho las cosas», piensa Nagesh a modo de consuelo.

Aunque pueda parecer lo contrario, que una parcela esté cerca del campamento no siempre garantiza que su acceso vaya a ser un camino de rosas. Muchas veces el sendero empieza a adquirir bastante inclinación desde el principio, provocando una rápida pero complicada ascensión a las alturas, que provoca un gran desgaste físico. Y al final, el lento caminar hace que se emplee un tiempo similar en llegar a esos lugares que a los que se encuentran a una distancia media del campamento.

La parcela asignada a la cuadrilla de Nagesh podría situarse dentro de ese conjunto, aunque a su favor hay que decir que cuenta con un acceso soleado en aproximadamente tres cuartas partes del mismo que a la ida hace la marcha más agradable. En las zonas sombrías, los inmensos cedros situados a ambos lados agitan sus ramas, perpetuando el susurro del viento y tejiendo melodías con sus largas y perennes agujas destinadas a quien las quiera escuchar. Por lo que se ve, Umed parece ser una de esas personas. El chico camina feliz con su cesto en los brazos, tarareando un pasaje musical a buen seguro inventado. O puede que esté acercando al resto de mortales los mensajes provenientes del bosque que logra captar.

Tras un buen rato caminando, el grupo llega en completo silencio a su parcela. Tal vez por su caprichosa ubicación, que probablemente la hace ser recolectada con menos frecuencia, se puede apreciar en ella un mayor deterioro que en otras más accesibles. Algunos arbustos están ya totalmente asilvestrados, llegando a superar los seis pies de altura, y entre ellos se ha hecho fuerte la maleza. La mayoría tampoco forman ya esas hileras perfectamente alineadas entre las que resulta fácil moverse, sino una maraña vegetal que hace que la recolección se asemeje más a coger bayas en mitad del bosque que a lo presupuesto. Sin duda, son árboles que llevan muchos años plantados, desde antes de la llegada del cacique británico, aunque parecen haber pasado por mejores épocas. Obviamente, la calidad de sus flores se ha resentido y, además de escasas, son diminutas y están medio secas.

Rápidamente, el capataz realiza el reparto de hileras pertinente y da la orden de ponerse a trabajar. Después busca un lugar elevado desde el que poder vigilar con comodidad.

A Nagesh le toca situarse entre dos veteranos que han apartado la mirada cada vez que ha intentado acercarse a ellos, así que presiente que ninguno de ellos prevé conversar con él durante la

recolección.

Como era de esperar, la mañana transcurre con normalidad. Los muchachos se limitan a sus tareas de recogida, bajo unos reconfortantes rayos de sol que les ayudan a sobreponerse a las bajas temperaturas de la noche anterior. Pero la calma es solo una fugaz ilusión y poco después del almuerzo se levanta sin previo aviso una potente ventisca. Súbitamente, el viento empieza a soplar con fuerza donde hasta hace un instante el aire estaba en reposo y sobre la tierra empiezan a caer unas cortantes gotas de agua. Las flores y hojas de los cestos salen despedidas por el aire ante la desesperación de los muchachos, que intentan sin éxito detener la pérdida tapándolos con las manos. Pero el polen arremolinado en el aire se les cuela en los ojos y les hace recular.

—¡Proteged la carga con las lonas! —brama el capataz por encima del viento.

Para evitar que el té se moje, los chicos cubren sus cestos con trozos de lona que llevan para emergencias como esta y los sujetan con cuerdas. Los que primero terminan de resguardar su mercancía corren a ayudar al compañero más cercano y, en poco tiempo, todos han tapado lo que les quedaba en sus cestos. Algunos han visto cómo la mayoría de su esfuerzo se ha ido volando con el viento y temen que con él se haya ido también la cena.

Como en esas condiciones es imposible seguir trabajando, tras un rato esperando en vano a que el viento amaine, el capataz da la orden de coger los cestos y regresar definitivamente al campamento.

Por el camino comprueban que el resto de cuadrillas están haciendo lo propio, así que tal vez sir Sheercliff les haya transmitido la conveniencia de interrumpir la recolección si consideran que las condiciones meteorológicas se vuelven demasiado adversas.

Pero si los muchachos creían que no poder trabajar en las parcelas se iba a traducir en disponer de una tarde libre para descansar, estaban muy equivocados.

—No estéis preocupados por haberos ido demasiado pronto. Estaréis entretenidos con otras cosas —les advierte el capataz.

—Queremos descansar —responde un chico al fondo.

—Descansad cuanto queráis por la noche —replica uno de los guardias que les acompañan.

—Si el tiempo nos impide trabajar, ¿por qué no podemos ir a la ciudad?

—Porque no lo necesitáis.

—Pero nos apetece hacerlo.

—No es cuestión de apetencia. Nadie puede salir de la plantación bajo ningún pretexto. Son las normas.

—De acuerdo a ellas, ¿somos trabajadores o esclavos? —exige saber Aniket—. En ninguna otra compañía prohíben salir a sus empleados en sus horas libres.

—Aquí no existen horas libres. Y se os proporciona la comida y el alojamiento. No hay razón para que tengáis que salir.

Nagesh no tiene dudas de que las restricciones impuestas por sir Sheercliff van encaminadas a que sus empleados no puedan renunciar a seguir trabajando para él cuando lo deseen. Siendo así, las condiciones en las que los tiene distarían mucho de poder considerarse aceptables.

—Permaneced colocados en orden —decreta el guardia cuando el grupo llega a la explanada—. Sir Sheercliff tiene algo que deciros.

El grupo resopla, preguntándose qué querrá contarles ahora el capataz. Esperan que al menos no tarde demasiado en hacerlo, porque el tiempo está volviéndose insoportable. Están calados hasta los huesos y el viento hace que la sensación térmica sea francamente baja, haciéndoles tiritar sin parar.

Pero pasan los minutos y sir Sheercliff no aparece. La lluvia se ha intensificado y sus uniformes ya no absorben más cantidad de agua. Se han vuelto pesados y se pegan al cuerpo como una gruesa segunda piel. Bajo sus pies, la tierra se ha reblandecido, volviéndose una pasta marrón y resbaladiza. Nadie les dice nada y algunos se están comenzando a impacientar.

—¿No vaciamos los cestos? —pregunta uno de los chicos, temiendo que su carga se estropee. Pero nadie le contesta.

Cuarenta minutos más tarde, el viento se lleva las nubes y la lluvia cesa. Los chicos están helados. No entienden por qué narices han tenido que esperar al cacique bajo el aguacero. Y también les fastidia enormemente que después de tanto tiempo este siga sin aparecer.

—¡Estoy muerto de frío! —protesta Aniket bastante enfadado—. Me voy al barracón a cambiarme.

El chico abandona la fila y se encamina al edificio, pero uno de los guardias sale a su paso y, sin mediar palabra, le fustiga ejemplarmente. Aniket trata de protegerse con los brazos, pero el guardia le golpea varias veces más hasta hacérselos apartar. Nagesh ya está cansado de la brutalidad empleada por el personal de seguridad y sale en defensa de su compañero.

—¡Deja ya de golpearle! —le grita al guardia, antes de saltar

sobre su espalda y morderle cerca del cuello.

El guardia lanza un codazo que impacta en el abdomen de Nagesh, haciéndole salir despedido hacia atrás, y se lleva una mano al hombro para comprobar que no le haya provocado alguna herida. Rápidamente Narayan y dos muchachos más se abalanzan sobre él, propinándole varios puñetazos en el estómago y la cara. Pero el guardia es un hombre corpulento y sus golpes son certeros, así que consigue desembarazarse de ellos sin demasiada dificultad. Desde lejos parece un gran oso erguido siendo atacado por una pequeña manada de lobos a los que va repeliendo uno a uno con fuertes zarpazos. Aunque de momento se las arregle solo, los guardias consideran que deben poner freno cuanto antes a la sublevación y tres de ellos, que vigilaban resguardados de la lluvia, corren presurosos a auxiliar a su compañero y se ponen a repartir culatazos a todo aquel que encuentran por delante.

En poco tiempo los muchachos han sido reducidos.

—¡¡Volved a vuestros sitios!! —les ordena el guardia.

Doloridos por la dureza de los golpes recibidos, los chicos obedecen y regresan a sus posiciones iniciales. El guardia atacado es relevado por otro y se va indignado por tener que lidiar con semejantes actos de insurgencia. «El sueldo no cubre estas cosas», gruñe en la distancia.

Una hora más tarde sigue sin haber ni rastro de sir Sheercliff y los muchachos están a punto de perder la paciencia. Hace rato que por culpa del frío han dejado de sentir algunas partes de sus extremidades y en las restantes empiezan a sufrir los primeros calambres. Por suerte, el cielo empieza a mostrar algunos claros azules y no parece que a corto plazo vaya a volver a llover. Nagesh teme que los capataces se sientan tentados de enviarles de nuevo a las parcelas, pues quedan unas buenas tres horas de luz, pero finalmente eso no ocurre y todos siguen de pie, inmóviles, esperando que el cacique aparezca y les cuente lo que sea que tenga que contarles.

Nagesh mira hacia la ventana de su despacho, pero no se ve movimiento tras las cortinas. No tiene ni idea de dónde puede estar el mandamás de la compañía, pero espera que al menos se encuentre dentro de la plantación. Se pregunta si se estará retrasando por algún motivo o si su hora de llegada estaría ya fijada para más tarde y son los guardias los que les tienen allí plantados conscientemente y sin justificación, tan solo por verles sufrir. «¿Por qué no nos dejan ponernos algo seco y descansar mientras llega sir Sheercliff, en lugar de obligarnos a esperar tanto tiempo con la ropa

empapada?», piensan algunos.

—Me estoy congelando —susurra Shaana, harta ya de tanto tiritar. Pero sus palabras no encuentran respuesta.

Tras algo más de tres horas de espera desde el momento en que llegaron, uno de los guardias saca un reloj del bolsillo del pantalón, lo mira y dice tranquilamente:

—Está bien. Es suficiente. Podéis ir a cambiaros.

Los chicos no entienden qué está sucediendo. «Pero ¿y sir Sheercliff? ¿No va a venir finalmente? ¿Le ha dicho alguien al guardia que nos deje marchar o ha sido una decisión tomada con base en la hora alcanzada?».

—Recordad que en breve se servirá la cena y quien no esté presente con puntualidad se quedará sin la de hoy y la de mañana —advierte el guardia antes de dar media vuelta y largarse.

Como era esperar, entre los trabajadores se alza un murmullo de desacuerdo e indignación. Pero a nadie le importa lo que la medida pueda parecerles.

—Gracias por ayudarme, muchachos —les dice Aniket a sus magullados compañeros.

—No hay de qué. Si todos nos revolviésemos a un tiempo cuando alguien agrede a uno de los nuestros, pronto dejarían de hacerlo.

—Espero que no tengamos que llegar a esos extremos y que lo que está sucediendo sea solo algo puntual.

—Eso quiero pensar.

Pero lo cierto es que Nagesh está cada vez más convencido de que la tiranía que demuestra sir Sheercliff no es algo que vaya a remitir de la noche a la mañana. La fama le precede y su forma de actuar no es propia de alguien que se preocupe demasiado por sus trabajadores. De hecho, parece incluso que disfrutase denigrándoles sin motivo, aunque eso es algo que *a priori* no tiene mucho sentido. Pero si no es una cuestión de sadismo, Nagesh no sabe qué otra cosa puede moverle a comportarse así con ellos.

—Supongo que con lo que hoy ha llovido no habrá problemas con el agua del pilón —dice Shalim, agotado por haber estado tanto tiempo de pie.

—Pero lo más seguro es que esté como un témpano de hielo. Será difícil meter la cabeza en él —presiente Nagesh.

Y ninguno de los dos se equivocaba. En el pilón hay agua suficiente para que todos puedan asearse, pero su temperatura no invita en absoluto a verterla sobre la piel. Lo más probable, de hecho, es que cogiesen un buen resfriado solo con acercarse a ella.

Así que, aunque llevan un par de días sin lavarse, a tenor de la temperatura del agua y de la cantidad de ella que les lleva cayendo encima durante toda la tarde, los muchachos optan simplemente por pasarse la mano mojada por las algunas de las zonas más sucias del cuerpo.

—¿Os queda a alguno un poco de jabón que pueda prestarme? —pregunta Narayan, quien ya se quedó sin él hace varios días.

—Ninguno tenemos nada. Tendrás que conformarte con el agua —le responde Nagesh. Ciertamente, aún racionándolo con cuidado, el pedazo de jabón que le dieron a cada uno la última vez era imposible estirarlo más de una semana.

—Oye, ¿a qué creéis que está jugando el cacique? Quiero decir, ¿pensáis que lo ha hecho adrede? —pregunta, intrigado, Shalim.

—¿Hacernos esperar por él toda la tarde para al final no aparecer?

—Sí.

—Seguramente.

—Nagesh, te he dejado un pequeño regalo bajo la almohada —le dice Narayan.

—¿De veras? ¿Qué es?

—Una sorpresa.

Nagesh termina de secarse apurado por la curiosidad y va corriendo hasta su cama. Al retirar la almohada siente cómo le da un brinco el corazón. Allí están su navaja y también la moneda del gobernador. Ambas están en perfecto estado, tal y como él las conservaba. Le parece increíble que Narayan haya recuperado sus cosas en tan poco tiempo.

—Lo siento, no he podido encontrar el hueso de níspero que me decías—dice Narayan a su espalda.

—Bah, no te preocupes. Seguramente el guardia lo haya tirado.

—Puede ser.

—La verdad, no sé cómo agradecértelo —dice Nagesh, conmovido por el gesto de su compañero.

—En la vida conviene siempre tener al menos un par de favores en la recámara. Ya sabes: hoy por ti, mañana por mí.

Nagesh asiente. Todavía le debe uno a Shalim por el par de zapatos que le prestó.

—Estoy en deuda contigo.

—¡Vamos, chicos! Tenemos que ir rápido al comedor —les avisa Shaana desde el pasillo.

—Id yendo vosotros —le dice Nagesh—. Y cogedme un sitio a vuestro lado.

—Vale, pero no tardes.

—Iremos enseguida.

—Bien. Por cierto —dice ella antes de irse—, muchas gracias por la manta, pero no la necesito más que tú.

Nagesh baja la cabeza para que la chica no le vea sonrojarse.

—El calor es agradable, pero tener un amigo vale mucho más. No quiero que tú seas el siguiente en morir de frío —añade Shaana, casi arrastrando las palabras.

—¡Eh! Yo tampoco quiero ser el siguiente —repone Narayan riéndose a su lado.

La chica hace un gesto de complicidad y se va con los demás. Mientas, Nagesh guarda todas sus cosas bajo el colchón y estira la manta sobre la cama. Se fija que ya no entra agua por las goteras del techo y confía en que no vuelva a llover. «Ojalá se abran las nubes y pueda ver su estrella antes de dormir. Lo necesito más que nunca».

Cuando sale al patio, Nagesh mira al cielo sin perder todavía la fe. Sigue siendo tan negro y opaco como un capulí maduro. Entonces se da cuenta de una pequeña sombra en el tejado de la capilla. Parece la silueta de un pájaro de tamaño medio que estuviese observándole desde el fondo de su largo pico. Nagesh se acerca despacio hasta la capilla para que el ave no se espante. Entonces el animal lanza un graznido estridente que casi hace que a Nagesh el corazón se le salga por la boca. «¿Un cuervo? ¿Qué estará haciendo aquí?». Hasta ahora no había visto ninguno por la zona. Y casi mejor. Desde su participación en el incidente de la abadía no puede decir que los tenga en alta estima, aunque es cierto que eso le acabó llevando a salir de la misma y propició su primer encuentro con Shefali. Pero hubiera preferido llegar a esa situación de otro modo distinto. No le gusta que todas las personas que acabaron heridas tras el ataque de los cuervos vengan a su cabeza cuando piensa en el día en que conoció a su mujer.

En cualquier caso, tampoco puede culpar a ese pobre pájaro del tejado por lo que sus congéneres hicieran o dejasen de hacer en el pasado. Es como si le culpasen a él de las fechorías del obispo. No aceptaría tener que pagar por ellas.

Finalmente, Nagesh decide no hacer más caso al animal y se dirige al comedor, donde a punto están de cerrarle las puertas en las narices. Parece que llega a tiempo por los pelos.

—Anda, pasa, renacuajo. Cualquier otro día no te hubiese dejado entrar, pero creo que por hoy ya habéis tenido bastante —le dice el guardia de la entrada.

Con cara de circunstancias, Nagesh accede al comedor. Sus amigos están sentados en su banco habitual y, tal y como les pidió, le han reservado un sitio junto a ellos.

—¿Pero qué está pasando aquí? ¿Por qué tienes otra vez el cuenco lleno? —gruñe Gagan, furioso, al ver que su ración y la de Shalim están nuevamente descompensadas.

—Pues no lo sé —alega Shalim, encogiéndose de hombros.

—Será que le caes bien al cocinero —sugiere Nagesh.

—Sospechosamente bien —especifica celosamente el chico—. Y no solo al cocinero, me atrevería a decir. ¿Quién te ha dado el jabón?

—¿Qué jabón? —pregunta Nagesh.

—¿No lo sabes? Shalim tiene un trozo de jabón nuevo —protesta Gagan, aumentando su enfado.

—Cálmate, ¿vale? —le pide Nagesh, al ver que el tono que emplea se aleja bastante del simple comentario inocente—. Ninguno tenemos jabón.

—Te estoy diciendo que tu amigo sí lo tiene. Le vi con él en la mano con mis propios ojos.

—Shalim, ¿es verdad que tienes jabón?

—Apareció esta tarde sobre mi cama, junto a un nuevo uniforme que tampoco había pedido —reconoce el muchacho, experimentando cierto grado de culpabilidad. Detesta tener que admitir las acusaciones de alguien como Gagan, pero negarlo solo serviría para agravar la situación.

—¿Lo ves? —exclama Gagan, satisfecho—. Este conoce a alguien aquí dentro que le concede trato de favor. No estarás a cambio espiándonos para él, ¿verdad, Shalim?

—¡No!

—Lo que dices es ridículo —le recrimina Nagesh, teniendo claro que de si de alguien puede uno fiarse es del joven jainista.

—En situaciones desesperadas, los más débiles suelen llevar a cabo acciones desesperadas.

—Yo no espío a nadie ni soy ningún chivato —se defiende Shalim.

—Sí, ya lo veremos —dice Gagan, llevándose su última cucharada a la boca—. ¡Venga! No malgastes tu tiempo hablando conmigo o no podrás terminarte toda la comida antes de que se enfríe.

—Shalim, ¿no sabes quién te dejó el jabón encima de la cama? —le pregunta Nagesh, una vez que Gagan se ha desentendido de él y habla distraído con sus compañeros de más allá.

—No. Iba a compartirlo con vosotros, pero os lavasteis y os fuisteis enseguida. Luego lo repartimos entre todos.

—¿Por qué te habrán dejado esas cosas? —se inquieta Shaana.

—No lo sé —insiste él, dubitativo.

Nagesh tiene la impresión de que alguien está pretendiendo generar fricciones entre algunos muchachos, pero se le escapa el motivo por el que pudiera querer hacerlo. En cualquier caso, en vista de los acontecimientos, parece estar obteniendo lo que busca. Gagan y sus compañeros dan la impresión de estar hablando en voz baja como si estuviesen conspirando en favor de una revolución.

—Shalim, debes andarte con cuidado —le aconseja—. No me fío de esos.

—Sí, algo traman…

Por desgracia, las sospechas de Nagesh y Shalim se confirman mucho antes de lo esperado. Nada más salir del comedor, Gagan se acerca por la espalda a este último y, antes de que nadie pueda hacer nada por evitarlo, le clava con fuerza su rodilla en la espalda.

—¡¡Traidor!! —le grita, escupiendo todo su desprecio.

Tan dolorido como sorprendido ante el inesperado ataque, Shalim a punto está de acabar con sus huesos en el barro. Pero Nagesh consigue agarrarle del brazo en el último momento, evitando que se caiga. Aunque parezca increíble, ahora que lo necesitan no hay ningún guardia en las inmediaciones vigilando a los muchachos. Solo un discreto personaje contempla la escena desde lo alto de la capilla, a través de unos inescrutables ojos negros.

—¡¿A qué ha venido eso?! —le reprocha Nagesh dando un paso al frente y situándose entre los dos. Debe impedir que se desencadene una pelea, aunque al mismo tiempo desearía arrancarle a Gagan hasta su último trozo de pellejo.

Nagesh y Gagan se miran fijamente, como si se hubiesen topado el uno con el otro en mitad de un puente tan estrecho que les impidiese a ambos desviarse hacia cualquier otro lado. De pronto, el segundo percibe algo en su mirada que le hace recular. Parece que Gagan ha tenido suficiente con la demostración de poderío desplegada ante sus amigos y tampoco quiere llevar el enfrentamiento más allá. Pero Shalim es ahora mismo una bomba de adrenalina y, sin pararse a pensar en las posibles consecuencias, se inclina hacia su agresor y le asesta un gancho directo a la mandíbula. A Gagan el golpe le hace sentirse más humillado que otra cosa y le hace encararse de nuevo con Shalim, dispuesto a dejar claro que quien le reta siempre sale mal parado.

Con la ayuda de dos compinches que sujetan a Nagesh para que no intervenga, Gagan agarra a Shalim por ambos lados de la cara y le da un potente cabezazo que hace estallar su nariz. Ante tal brutalidad, Nagesh olvida por completo el raciocinio que hasta ahora le había mantenido en la sombra y se revuelve como una furia hasta que consigue liberarse de sus ataduras. Entonces salta sobre Gagan, le rodea el cuello con las manos y aprieta con todas sus fuerzas. Ante la falta de oxígeno, la cabeza del muchacho se vuelve roja como un tamarindo. Shalim se agacha para recoger del suelo una piedra de grandes dimensiones que ha visto junto a sus pies y, mirando a los ojos a su adversario, se la estampa en el pómulo con una fuerza inusitada en él. Los amigos de Gagan reaccionan saltando sobre ellos y lanzando puñetazos indiscriminadamente.

—¡Vosotros! —llama un guardia desde la puerta de los barracones—. Os recuerdo que cualquier altercado será castigado sin miramientos.

Al oír la advertencia del guardia, ambos bandos se tranquilizan. Saben que tendrán ocasión de seguir su pelea en otro momento.

Shalim se lleva una mano a la nariz. La sangre ha regado su uniforme de un rojo intenso y la hemorragia todavía no ha sido frenada.

—Enhorabuena, ya tienes una excusa estupenda para estrenar tu nuevo uniforme —le dice con crudeza Gagan.

La mecha que sir Sheercliff había prendido días antes se había terminado de consumir, transportando la chispa hasta el corazón de la carga explosiva. Al detonarse, se han creado dos bandos bien definidos que ya nunca dejarán de estar en guerra.

1. *La confortable ceguera de lo conocido*

Caminar entre toda la escoria que puebla las calles de Bhubaneswar hace que se le revuelva el estómago. En el fondo, sabe que no son más que personas indecisas, confusas, engañadas; personas que no se han molestado nunca en abrir los ojos porque prefieren guarecerse tras la confortable ceguera de lo conocido.

Él antes era como ellas. Un desgraciado recluido en una jaula de lamentos tan reducida que no le permitía desplegar sus alas. Entregaba su vida a los dioses a cambio de nada. Nunca le dieron un techo, nunca le dieron comida. Ni siquiera se dignaron a darle nunca una familia. Pero era algo que había interiorizado como la realidad que le tocaba vivir, y eso no le impedía cuestionar su destino. Le consolaba pensar que quizá en otra vida todo cambiase a mejor.

Entonces le conoció a él.

Un buen día llegó a sus oídos el rumor de la existencia de un nuevo predicador, entre tantos y tantos que reclamaban ya la atención de la gente, con un nuevo planteamiento del mundo mucho más justo y equitativo.

Al principio lo recibió con recelo. Nada le hacía presuponer que su discurso, que negaba la existencia de todos los dioses que él conocía, fuese lícito. Era como si le dijera que todos los hombres y mujeres, los árboles, los animales, la lluvia, el sol…, cualquier cosa que conociese, no existía en realidad. Cierto es que a todas ellas podía verlas y no así a las deidades que gobernaban el mundo, pero su convencimiento de que ahí estaban prevalecía por encima de ese detalle.

Una sola homilía bastó para convencerle. El predicador era un hombre atrayente y poderoso en la oratoria que hablaba sin titubeos, sabiendo lo que decía. Todos le escuchaban con devoción, haciéndose partícipes de su mensaje; un mensaje que hablaba de justicia, de igualdad, de generosidad, de misericordia. Lo que aquel hombre decía tenía que ser forzosamente cierto y les conduciría a la gloria eterna de una forma amable y amistosa. No se necesitaba nacer y morir mil veces antes de alcanzarla. Bastaba una sola vida para ganársela para siempre.

Desde aquel día se había entregado en cuerpo y alma a la nueva religión. Había renunciado a sus escasos bienes y a todas las tentaciones terrenales, tales como comer más de lo necesario o los placeres carnales. Rezaba constantemente, se autoimponía desafíos de constancia y sacrificio, y se infringía dolor para demostrarle al Señor su compromiso inquebrantable. No se había perdido ni una sola de las misas que había oficiado monseñor Dumont desde entonces y se confesaba todas las semanas. Dado su nivel de implicación en la doctrina, no había demasiados pecados de los que arrepentirse, salvo algún que otro pensamiento impuro. Y es que en ocasiones no le faltaban ganas de asesinar a ciertos personajes que se mofaban de sus creencias, o que simplemente las cuestionaban, dada su procedencia. Muchos criticaban abiertamente la moralidad de los conversos como si estos no tuvieran derecho a elegir una nueva senda para reconducir su fe. Y eso le enfurecía.

Ya se lo había dicho al obispo. Si alguna vez se desataba una guerra entre religiones, él estaría dispuesto a luchar hasta dejarse la vida defendiendo su credo. Mataría a todo el que se pusiera por delante sin piedad. Y disfrutaría haciéndolo. Barrer el mundo de contaminación moral en nombre de su dios era un privilegio incomparable. Un honor. Incluso a veces deseaba con todas sus fuerzas que llegase ese día.

Mientras tanto, se tendría que conformar con encargos a menor escala. Cortar esos molestos hilos que afean las más bellas prendas sobresaliendo por sus costuras. Podar esas ramas sin frutos que arrebatan la sabia a sus hermanas para no dar más que hojas sin ningún provecho. No era mucho, pero al fin y al cabo, ¿qué es la vida sino un cúmulo de pequeñas cosas?

—Buscaba unas flores para un funeral.

—Tenemos lirios amarillos y claveles de varios colores —ofrece jovialmente la florista, al tiempo que señala su mercancía.

—El color no es importante. No será un funeral hindú.

—Ah, entiendo. Puede elegir cualquier tipo de flor de las que tiene delante, y también le puedo conseguir para mañana unas orquídeas preciosas.

—No puedo esperar a otro día. Voy a necesitarlas hoy —advierte el hombre.

A Shefali no le gusta nada la expresión de su cara ni la manera en que se comporta. Quien le habla parece estar realmente a millas de distancia, usando el cuerpo del hombre como un simple medio para comunicarse con ella.

—En ese caso, veamos si le sirve lo que tenemos aquí.

Dependiendo de quién sea la persona que ha muerto, hay unas flores más adecuadas que otras. ¿Qué edad tiene el fallecido?

—En realidad, esa persona no ha muerto todavía.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Está muy enferma entonces?

—Yo diría que no.

Shefali está empezando a ponerse nerviosa. Quiere que ese hombre se vaya cuanto antes, pero tampoco puede obligarle a irse.

—Señor, no entiendo lo que me dice. Creo que no podré ayudarle —le avisa Shefali, alzando la voz. Su madre capta la señal e intercede por su hija.

—Oiga, ¿por qué no se da una vuelta por el mercado? Estoy segura de que encontrará lo que busca en algún otro puesto.

—Sí, será mejor que eche un vistazo a otros tenderetes —coincide el hombre, sonriendo perniciosamente.

Acto seguido, el extraño cliente desaparece entre la gente como tantos otros lo han hecho antes y tantos otros lo harán en el futuro. Aunque la chica no vaya a estar más veces allí para verlo.

—¿Qué pasaba con ese hombre? —quiere saber la madre de Shefali.

—No lo sé. Desde que llegó no paró de decir cosas muy extrañas.

—El mundo está lleno de locos. Pero la próxima vez recuerda que su dinero es tan cuerdo como el de cualquier otro.

—Claro, madre.

1. *Ante todo un hombre justo*

—¡Venga, espabilad de una vez! —brama el guardia, agitando uno de sus puños desde la puerta.

Nagesh se gira en su cama para ver de quién se trata esta vez. Por la silueta deduce que es Mohan el encargado de darles hoy los buenos días. Según la rotación de los turnos definida por el cacique, Nagesh deduce que hoy serán Ishwar y él quienes acompañen a su cuadrilla hasta la zona de recolección que les corresponda. «Bueno, dentro de lo malo, hoy no será uno de los peores días», se consuela el muchacho bostezando.

Nagesh se asoma por el borde de la cama. Desde que su compañero murió necesita hacerlo todas las mañanas para cerciorarse de que no ha sido un sueño y que de verdad se ha ido porque no le han querido atender.

Tras la misa y el desayuno, los chicos van saliendo a la explanada bajo la atenta supervisión de sir Sheercliff y se colocan en sus posiciones habituales. Son pocos los que guardan una buena opinión de él después de lo ocurrido el día del gran aguacero.

El cacique espera a que todos estén bien situados y comienza a hablarles en un tono muy severo.

—Entiendo que lo que voy a deciros sería una injusticia si no os hubiese advertido con antelación —les dice—. Como, evidentemente, no ha sido el caso, lo mejor que podéis hacer es aceptar las consecuencias como las personas responsables que deberíais ser.

Nagesh le observa caminar de lado a lado preguntándose hacia dónde derivará su facundia. Parece evidente que los guardias le habrán informado del incidente de la noche anterior y que este querrá castigarles de forma ejemplar delante de todos los demás. Así, el resto podrá tomar conciencia de su implacable poder.

Sin embargo, parece que ese no es el caso.

—Llevamos varios días viéndonos obligados a reducir la producción por culpa de unos cestos que no llegan lo suficientemente cargados al final de la jornada.

«Así que es eso. Vuelve a salirnos con un tema que a ninguno nos importa. Nos dejamos la piel recogiendo esas malditas hojas y él nos reitera que no damos lo suficiente y que su productividad se

está viendo afectada».

—Cada caja que no llenamos es una caja que no vendemos —alega el cacique—. Y cada caja que no vendemos son ingresos que no obtenemos.

Sir Sheercliff se frena en seco y encara a sus empleados.

—¡Sintiéndolo mucho, hoy no habrá almuerzo para nadie!

Un murmullo generalizado se desata entre los muchachos al descubrir que deberán pasarse el día entero trabajando y sin comer. Ya les cuesta verdadero esfuerzo aguantar hasta la cena con el parco almuerzo que toman a mediodía, como para tener que pasarse toda la jornada sin poder echarse nada a la boca.

—Si a vuestro regreso siguen sin colmarse las expectativas que he depositado en vosotros, también os quedaréis sin cenar.

A Nagesh le parece indignante que el cacique les quiera privar de alguna de las tres míseras comidas que por norma tienen establecidas. «¿Qué pretende? ¿Matarnos de hambre? ¿Cree que con el estómago vacío vamos a rendir más?», se pregunta, del mismo modo que sus alterados compañeros.

—Pero, para que veáis que soy ante todo un hombre justo, voy a hacer algo por una de las personas que más está haciendo por mí. En agradecimiento a su encomiable y constante trabajo, que le sitúa a la cabeza de los recolectores de esta plantación, no se verá afectado por esta decisión Shalim Poudel.

—¿Quién? ¿Yo? —pregunta Shalim, que por descontado no esperaba tal distinción.

Inmediatamente, todos los trabajadores se vuelven hacia él. En el ambiente empieza a flotar la sospecha generalizada de que sir Sheercliff le está dando un trato que no merece, algo que inexorablemente siempre conlleva la aparición de celos y envidias. Nagesh tampoco puede entender a qué se debe esta inesperada concesión, pero está claro que a Shalim le hace un flaco favor. Él no es ni por asomo la persona que más té recoge y tampoco destaca por ningún otro motivo, por lo que la distinción del cacique carece de cualquier fundamento. «¿No se habrá enterado de la pelea de anoche? ¿O es que, como sospecho, su intención es la de confrontar a algunos trabajadores? Pero ¿para qué? ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar? ¿Está utilizando a Shalim como detonante?».

En cualquier caso, el chico no tiene elección. Rechazar la comida ya no le servirá para disipar el sentimiento de rivalidad que está empezando a aflorar entre varios de sus compañeros. Lo quiera o no, se está viendo arrastrado por unos acontecimientos en los que siempre ha jugado un papel pasivo, pero que cada vez condicionan

más la percepción que los demás tienen de él.

Tras esta nueva lección de provocación, sir Sheercliff da por concluida su charla matutina y se retira a su mansión. Nagesh siente curiosidad por saber en qué emplea el cacique todo el tiempo libre del que dispone, pero ahora su mayor preocupación es mantener a Shalim alejado de Gagan y sus compañeros más afines. El ataque por la espalda dejó claro que no tiene reparos a la hora de usar cualquier estrategia para hacer daño a los demás, aunque sean más pequeños y débiles que él, así que mientras ese muchacho esté cerca, Nagesh es consciente de que hay que tener un ojo siempre puesto en él.

Tal y como ordenó el cacique, uno de los guardias se acerca a Shalim y le hace entrega de sus provisiones. El muchacho acepta la bolsa sin levantar la cabeza. Es evidente que le incomoda ser el centro de atención y seguramente tenga miedo de que poco a poco el resto de sus compañeros y amigos también se vayan dejando llevar por el rencor y decidan igualmente aliarse contra él.

Por fortuna, Nagesh y Narayan fueron asignados de manera permanente al mismo grupo que Shalim, por lo que siempre contará con alguien dispuesto a defenderle en caso de que se encuentre en apuros. Así se lo hicieron saber desde el principio, aconsejándole que no se separara de ellos mientras le fuera posible.

Aunque no dispongan de comida, los guardias les permiten llevar esta vez dos garrafas de agua para poder hidratarse lo necesario. Puesto que llenar el estómago de líquido ayuda a mitigar temporalmente la sensación de hambre, es casi seguro que, aun siendo el doble que de costumbre, las reservas se acaben en la mitad de tiempo.

Las cuadrillas parten en seguida hacia sus destinos, sumidas más que nunca en un ambiente enrarecido. Nagesh no deja de darle vueltas a lo que acaba de ocurrir y se da cuenta de que indirectamente él también se está viendo atrapado por la espiral de turbios sucesos que acontecen en la plantación a diario. No hay noche que no se vaya a la cama sin tener la cabeza repleta de cavilaciones que le impiden centrarse en su plan de huida, y el tiempo para hacerlo realidad empieza a esfumarse del todo.

Según la planificación inicial, ya debería estar llegando a su casa, y dentro de unos pocos días Shefali sentirá que algo no ha ido del todo bien. Desgraciadamente, ni siquiera sabrá dónde empezar a buscarle. Ni aunque fuese a ver al obispo en busca de nuevas hallaría ningún indicio de su paradero. El prelado no le daría más que evasivas para que volviese a casa a esperarle y no se le

ocurriese molestarle más. Aunque, pensándolo bien, eso sería mejor que mentirle. Si la hiciese emprender viaje a Darjeeling para buscarle, estaría poniéndola en serio peligro, y además, tarde o temprano acabaría descubriendo la verdad.

Gracias a Dios, Nagesh todavía puede hacer que todo esto se quede en el limbo de las suposiciones inconclusas, pero no le queda mucho tiempo que perder. Y ahora, lo primero de todo es garantizar la seguridad de Shalim y sacarle de ese torrente fatal al que sir Sheercliff le ha arrojado y en el que se encuentra nadando a la deriva.

Entonces Nagesh se da cuenta de que, en cierto modo, él tampoco es ajeno a algunos comportamientos extraños tras los que puede hallarse escondida la figura del cacique. Por ejemplo, los guardias no suelen reprenderle cuando le ven hablando con un compañero, y está claro que en alguna ocasión han tenido que darse cuenta de que lo estaba haciendo. Ha tomado casi por costumbre pasarse los trayectos de ida y vuelta charlando en voz baja con la persona que camina delante, normalmente Shalim o Shaana. Desde el primer día, los guardias les dejaron claro que no les tolerarían ningún cuchicheo, especialmente desde que salen del comedor hasta que regresan por la tarde a los barracones. Sin embargo, aunque es bastante raro que a él le consientan hacerlo y a otros compañeros suyos no, no cree que ello vaya a repercutir en la opinión que los demás puedan tener sobre él, así que por el momento no se plantea dejar de hacerlo. «¿No les molesta que hable? Bien. ¿Por qué no debería aprovecharlo entonces? Es la mejor manera de obtener la información que preciso».

—Narayan. ¿Estás seguro de que yo soy el Chico sin Nombre que conociste en los calabozos? —pregunta Nagesh, quien no puede sino calificar de alucinaciones lo que su amigo experimentó estando encerrado. Si de algo está seguro es de que él nunca ha pisado esas celdas, por lo que resulta imposible que alguien le haya visto allí.

—Sí. No tengo ninguna duda de ello.

—Podría haber sido alguien parecido a mí…

—Podría haberlo sido, pero no lo era —sentencia Narayan con total certeza—. Cierto es que en aquel agujero la poca luz me impidió fijarme en lo clara que tienes la piel o en lo visibles que son tus venas. Pero estoy completamente seguro de que eras tú.

—Pero yo no he estado jamás en ese lugar.

—No hace falta estar físicamente presente en un sitio para estar realmente allí, ¿no lo sabías?

—¿Ah, no? ¿Y cómo lo explicas entonces?

—Seguramente no me resulte fácil hacerlo —reconoce—. Es como si una parte de nosotros, volátil e inmaterial, pudiera manifestarse en un territorio diferente al que pisamos.

Nagesh no entiende muy bien a lo que se refiere su compañero. Hasta donde él sabe, el alma solo abandona el cuerpo de su dueño cuando este perece y él, a no ser que se haya despistado un poco últimamente, sigue vivito y coleando.

—¿Tú crees que estoy loco, Nagesh? —pregunta Narayan al ver la cara de incomprensión de su compañero—. Por oír voces y esas cosas.

—No, no creo que estés loco.

—No, claro que no —resuelve Narayan, convencido de su sinceridad—. Todos tenemos nuestras cosas, pero ¿quién puede decir lo que es real y lo que no? Yo y mis voces en la cabeza, tú y tus oraciones y paseos nocturnos, Umed y su absurda obsesión por las plantas…

—Un momento, ¿qué has dicho?

—Hablaba de Umed y lo mucho que parecen gustarle las plantas.

—No, antes. Lo que has dicho sobre mí.

—Ah, ya sabes, esas cosas que dices mientras duermes y los paseos que das por el barracón.

Nagesh no tenía ni idea de que su noctambulismo hubiera viajado consigo a Sambalpur, y mucho menos de que sus compañeros le hubiesen visto manifestarlo. Al menos, dentro de lo que cabe, parecen haber actuado con discreción y no lo han utilizado para mofarse de él.

—¿Y qué es lo que digo cuando estoy dormido? —quiere saber Nagesh, esperando no haber revelado sus intenciones reales—. ¿Has podido escucharlo?

—No sé. Cosas que no se entienden. Es como si recitases mantras antiguos o algo así.

Nagesh está convencido de que mantras antiguos no pueden haber sido. No tiene ni idea de sánscrito, ni de ninguna otra lengua ancestral que pudiera utilizar estando despierto, así que mucho menos podría hacerlo durmiendo. Seguramente estuviera balbuceando en sueños y los muchachos interpretasen que hablaba alguna lengua desconocida para ellos.

—No pasa nada. No eres el único que habla en sueños.

—¿Alguna vez intenté salir del barracón o me vieron los guardias deambular entre las literas?

—Que yo sepa no. Si te hubiesen visto, hubiesen ido a por ti y te

habrías despertado con la cabeza sumergida en un cubo de agua usada para fregar retretes.

De pronto, el guardia que comanda la cuadrilla hace un gesto con la mano y la cabeza del grupo se detiene. Al verle, los que vienen más atrás también interrumpen su avance. Desconocen la razón por la que se han parado en ese punto, por el que ya han pasado otras veces, pero deben acatar las órdenes. El guardia permanece con la mano en alto, escuchando con atención, como si esperase identificar algún sonido en particular.

—¿Qué pasa? —le pregunta de forma casi imperceptible Nagesh a su compañero.

—Creo que el guardia ha oído algo —contesta este—. Por lo visto, en alguna ocasión han visto linces rondando por la zona.

—¿Linces?

Nagesh sabe que si algún lince se ha colado en la plantación, a la fuerza debe haber sido aprovechando un agujero abierto en la verja. Si consiguiese encontrarlo sería pan comido escapar del lugar. O al menos de los dominios de sir Sheercliff. Salir de Sambalpur por su propio pie ya sería otra preocupación. Si fuesen tras él a caballo no tardarían en darle caza, a no ser que se adentrara en el bosque. Pero, por fortuna o desgracia, Nagesh ya conoce los peligros que se esconden en esos parajes.

En cualquier caso, todo debe ser considerado a su debido tiempo y ahora mismo su única prioridad es traspasar la alambrada. Después ya buscará la forma más rápida y segura de poner rumbo a casa.

Tras un buen rato examinando y clasificando ruidos de diversa naturaleza, el guardia da su visto bueno para continuar. Parece que todo ha sido una falsa alarma, y una vez así considerada, el grupo puede reemprender la marcha.

—Sin linces en las cercanías —señala Narayan.

—¿No pudiste, entonces, entender nada de lo que dije mientras soñaba? —pregunta Nagesh, retomando el hilo de la conversación. Le interesa saber si acostumbra a decir cosas que tampoco él conoce dentro de los límites de su consciencia.

—Imposible. Ya te digo que parecía una lengua muerta. No era hindi y tampoco se parecía a la lengua que usan los británicos. Y no lo has hecho solo una vez, sino varias.

—Pero ¿cómo podría hablar en un idioma que jamás he aprendido? —plantea Nagesh.

—¿Nunca en tu vida has silbado una melodía sin haberla escuchado antes? —le rebate Narayan.

En eso el muchacho tiene razón. Pero Nagesh cree que hablar un idioma está un paso por delante de tararear un sencillo fragmento musical. Un idioma no se improvisa. Un idioma se utiliza para construir mensajes, que solo son útiles cuando se transmiten entre dos personas que lo conocen. Por tanto, la comparación de Narayan peca en el fondo de ser bastante somera.

—Narayan, me dijiste que no querías estar aquí.

—No, que va —dice—. No terminaré la temporada.

Nagesh se sorprende de oír tal afirmación. Parece que el muchacho tiene las ideas bastante claras al respecto.

—¿Y qué harás cuando te vayas? ¿Buscarás un nuevo trabajo en la ciudad?

—Puede ser, pero no en una cualquiera. Por lo pronto, lo único que tengo claro es que volveré a Bhubaneswar, me acercaré a los calabozos, los miraré desde fuera y les diré todo lo que guardo para ellos. Después iré a buscar a mi diosa y le pediré que se case conmigo. A partir de ahí, sí que empezará para mí una verdadera segunda oportunidad.

—¿Hay una chica esperándote? —pregunta Nagesh.

—Eso espero. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos y las cosas pueden haber cambiado desde entonces.

—Si su amor es fuerte sabrá esperarte.

—Sí —Narayan suspira—. ¿Y a ti? ¿Te espera alguien en alguna parte?

—Mi mujer.

—¿Estás casado? ¿Quién es ella?

—Es hija de campesinos.

—¿Te burlas de mí? ¿Un *chandala* casado con una campesina?

Ver a Narayan sorprenderse de esa forma hace que Nagesh reciba un nuevo golpe de realidad. Desde la distancia, se siente cada vez más culpable por haber usado la mentira para acercarse a su mujer. Quizá en su momento no fue consciente de la magnitud de lo que hacía, pero el ir comprobando cómo reaccionan los demás al conocer la naturaleza de su matrimonio le está ayudando a abrir los ojos. No importa que haya vivido como un religioso durante años, porque eso nunca le convertirá en uno. Su sangre es impura y jamás podrá deshacerse de ella. Ni aunque drenasen hasta la última gota del negro líquido que fluye por sus venas y lo sustituyesen por la sangre de un rey, sería capaz de alterar su prosapia. Cualquier cosa que haga, por pequeña o grande que sea, no supondrá más que un disfraz bajo el que disimular la cruda verdad: su cuerpo es intocable y seguirá siéndolo hasta que las llamas lo conviertan en cenizas.

—Háblame de esa chica que te espera en la ciudad —le pide Nagesh. No se ve capacitado para responder a las preguntas de su amigo sin verse a sí mismo encarnando a un tunante sin escrúpulos.

—¿Conoces el templo de Mahakaleshwar? Se encuentra en la parte baja de la ciudad.

—Sí —afirma Nagesh. «¿Cómo no conocerlo?»—. El mercado lo bordea por el oeste, igual que un río ladeando una gran roca.

—Así es. Pues cerca de la escalinata de ese templo, ajeno al griterío que produce la corriente de ese río, todas las mañanas se instala un pequeño puesto de flores.

—¿Un puesto de flores? —pregunta Nagesh, sorprendido—. «No se estará refiriendo a… No, no puede ser… ¿Por qué iba a estar hablando del puesto de Shefali? A decir verdad, hay más vendedoras de flores en la zona».

—Una especie de jardín secreto, oculto a los ojos del mundo. Un altar reservado al culto de una joven diosa de piel ambarina.

—Por tus palabras debe ser una chica muy hermosa.

—No, Nagesh, «ella» no es solamente una chica.

Nagesh no había visto hasta ahora una expresión similar en el rostro de ninguno de los muchachos del campamento. Se pregunta, si al igual que en el caso de Narayan, todos tendrán al menos un pensamiento que haga iluminarse sus caras.

—Si te he entendido bien, entre tanta poesía quieres decir que hay una chica que vende flores en el mercado, cerca de la entrada del templo, que por su belleza bien parece una diosa, ¿es así?

—No sé muy bien lo que es la poesía esa, pero el resto más o menos coincide con lo que has dicho.

Aunque se resista a creerlo, Nagesh no puede seguir negando algo tan evidente: Narayan se está refiriendo a su mujer en términos de amor. Y pese a que nunca antes había experimentado algo parecido, siente celos. Unos celos asfixiantes. Se ve más que tentado a preguntarle si esa chica tiene una mancha con forma de luna bajo uno de sus ojos, pero no quiere revelar que también él sabe de quién se trata. Nagesh pondría la mano en el fuego por su mujer y está seguro de que es imposible Narayan y Shefali se hayan visto a escondidas durante su matrimonio. Pero las palabras se agolpan contra sus dientes y ya no puede tragárselas de nuevo.

—Narayan, ¿cuánto hace que no ves a esa chica?

Narayan no le ve ningún doble sentido a la pregunta, así que responde con total naturalidad, condicionado todavía por su ensimismamiento. Tener la certeza de que ahora mismo está pensando en Shefali hace que a Nagesh le resquemen las entrañas.

—La última vez que la vi fue el mismo día en que me apresaron. No tuve ocasión de acercarme a ella cuando salí en esta «aparente» libertad. Es posible que crea que sigo allí metido.

Haciendo un rápido cálculo mental del tiempo que Narayan asegura haber estado encerrado, Nagesh sitúa le fecha tiempo antes de su boda, lo que al menos en ese sentido le tranquiliza. De hecho, puede que por aquel entonces él ni siquiera conociese a Shefali. ¿Acaso tenía su mujer una relación amorosa con Narayan en el momento en el que este fue apresado?

—¿Fue a visitarte alguna vez?

—No. Las visitas a los presos están prohibidas. Ni siquiera los familiares pueden despedirse de ellos en el momento previo a su ejecución.

—Entiendo. Seguro que lo pasó fatal durante todo ese tiempo. Y dime, ¿cómo se llama esa chica?

Nagesh prevé que será doloroso oír su nombre en labios de otro hombre, pero cree que es necesario enfrentarse a ese temor y superarlo cuando antes.

—No lo sé —reconoce Narayan. En realidad sabe muy poco, además de que existe y posee la belleza de una diosa—. No sé su nombre, no sé dónde vive, no sé si me quiere… Ni siquiera sé si me recordará.

—¿No sabes ni su nombre ni nada de eso?

—No, nunca me he atrevido a decirle nada.

Comprobar que lo que Narayan relata es poco menos que un amor platónico hace que Nagesh sienta un profundo aliviado. Y aunque suene poco cortés, prefiere no darle ánimos. No tiene ningún interés en que las dudas que plantea se resuelvan favorablemente y tampoco quiere mostrarle un apoyo que no sería sincero.

—¿Sabes al menos si está casada?

La pregunta de Nagesh produce esta vez una reacción diferente en el muchacho. Por lo visto, no había considerado esa posibilidad.

—¿Casada? ¿Con un marido quieres decir?

—Claro.

—Pues…, la verdad, no lo había pensado. Por aquel entonces no lo estaba, eso seguro…, creo. ¿Piensas que puede haberse casado durante estos meses?

—No lo sé. No puedo saber qué había en su cabeza cuando os «separasteis» —se escusa Nagesh, quien ya está convencido de que el amor de su amigo es un sentimiento unilateral. Seguramente, Shefali ni siquiera recuerde haberle visto rondando por el mercado.

Por delante de su puesto pasan cientos de personas cada día. Además, en vista de sus antecedentes, lo más probable es que su madre la hubiese advertido en alguna ocasión de que ese joven era un ladronzuelo y de que cuidase sus pertenencias con más precaución mientras le tuviese cerca.

—En fin, es un incordio vivir tanto tiempo sumido en la incertidumbre, pero paradójicamente es ella la que me ha mantenido con vida. Tener la esperanza de volver a verla antes de morir fue lo único que pudo hacerme seguir respirando, aun en los momentos en los que mi cara se encontraba sumergida en un cubo de agua pútrida.

—Conozco esa sensación. Pero dime, ¿por qué crees que yo debería tenerlo más difícil con la hija de unos campesinos que tú con esa otra chica?

—Porque tú eres un intocable y yo no.

—¿Ah, no?

—No.

—De acuerdo. En cualquier caso, mereces encontrar a alguien con quien ser feliz —se sincera Nagesh, aunque obviamente no quiere que sea con quien él ahora mismo desearía.

—Sí, por eso quiero irme. Es la única forma de conseguirlo —conviene Narayan—. Oye, Nagesh, me está costando digerir lo que ha pasado con tu compañero de litera.

—Sí, a mí también. Cuando pienso que cualquiera de nosotros puede morirse sin que nadie mueva un dedo por auxiliarle, me entran ganas de prender fuego a este lugar y salir corriendo.

Nagesh se da cuenta entonces de que lo que ha dicho no es ninguna estupidez. Provocar un incendio atraería la atención del exterior y es posible incluso que alguien acudiera a socorrerles. Con toda seguridad, se sucederían una tras otras muchas ocasiones para escapar. Si una vez extinto el fuego hicieran un recuento del personal y faltase alguien, siempre podrían asociarlo con que hubiese muerto calcinado. Sin duda sería una buena opción a considerar. La única pega es que conllevaría cierto peligro y Nagesh no quiere arriesgar la vida de sus compañeros buscando su beneficio propio.

En esos momentos, el guardia que encabeza la expedición vuelve a dar la orden de detenerse, aunque esta vez parece que la razón es que han llegado a su destino. Los chicos esperan a que el capataz les vaya asignado las hileras que les corresponden, y algunos aprovechan para refrescarse la garganta antes de empezar.

—Mira, Nagesh, aquel muchacho es el que me contó cómo

habían desaparecido los veteranos.

Nagesh mira en la dirección que le marca su amigo y ve a un chico moreno, aproximadamente un palmo más alto que él. Su físico está también más desarrollado que el de la media y bajo su nariz se vislumbra un marcado bozo. No le parece que tenga los brazos tan largos como le había comentado Narayan, pero eso ya son percepciones personales. Lo que está claro es que es uno de los que más tiempo lleva en la plantación y que sus orejas sí son ciertamente puntiagudas.

—Voy a intentar hablar con él —le dice a Narayan. A él le parece bien.

Con disimulo, Nagesh se adelanta hasta la posición que ocupa el muchacho para ser asignado a una hilera contigua a la suya. Quiere aprovechar la oportunidad para sonsacarle un poco de información y esta es la ocasión perfecta. Por lo que podido comprobar durante el trayecto, las cosas con Shalim ahora mismo están calmadas y confía en que continúen así durante todo el día.

Tal y como había previsto, el capataz no se rompe la cabeza y asigna las hileras según el orden que los trabajadores ocupan en la fila. Así, Nagesh y el chico más experimentado comienzan a recolectar el té aproximadamente en la parte media de la parcela. Para Nagesh, es el punto perfecto para entablar comunicación con un compañero, pues se encuentra a la máxima distancia de los tres guardias. Cualquier hilera más arriba o más abajo supondría un acercamiento a uno de los extremos y los riesgos de ser visto aumentarían.

Nagesh cree que lo mejor, una vez llegados a la parcela, es respetar la que él conoce como etapa de asentamiento. Se trata del tiempo requerido para que tanto los guardias como el capataz empiecen a adormecerse. Algunas veces, uno o varios sacan sus petacas y pegan unos cuantos tragos. De ese modo, el día confluye hacia un momento propicio para llevar a cabo las osadías. Mientras tanto, Nagesh sabe que lo mejor es dedicarse a acumular hojas verdes en el fondo de su cesto y esperar.

Las heridas de sus manos han ido poco a poco cicatrizando, gracias a un ungüento viscoso preparado por Umed bastante popular entre los muchachos. Además, al tener que cargar a diario con el cesto, la piel que las recubre se ha ido endureciendo y a las puntiagudas ramas de los arbustos les cuesta cada vez más trabajo penetrar a través de ella. Entre las postillas de las viejas heridas y las quemaduras de la fragua, las manos de Nagesh dan auténtica pena.

Parece que la borrasca de ayer decidió proseguir su camino hacia el interior de la meseta, dejando paso a un cielo libre de nubes. El sol sobre la tierra mojada ha hecho que el valle prácticamente se despierte moteado de flores silvestres, propagando por el aire el olor fresco y azucarado del polen. Es un aroma placentero, rebosante de energías telúricas, que invita a tomar decisiones resueltas. A querer ser libre de nuevo y no solo parecerlo.

Nagesh hincha sus pulmones y sonríe. Desde que llegó, en ningún momento se había sentido tan vivo.

Tras las primeras dos horas, en las que se ve obligado a dejar todas sus plantas a medias para poder seguir el ritmo frenético de su compañero, Nagesh decide pasar a la acción.

—Narayan me ha dicho que los anteriores ocupantes de nuestro barracón desaparecieron de un día para otro, sin que nadie os diese ninguna explicación al respecto.

El chico se vuelve hacia Nagesh con cara de no haber estado esperando que alguien le hablase. Acto seguido comprueba que ninguno de los dos guardias está fijándose en ellos y solo entonces parece dar por asumible una contestación.

—No sé quién es Narayan, pero sí, es verdad.

—Narayan es el chico de la penúltima fila —le dice Nagesh para sacarle de dudas.

El otro mira hacia la parte baja de la parcela y, por lo rápido que vuelve a su tarea, parece que no ha tardado en recordarle.

—Los dos habéis venido charlando casi todo el camino, pero los guardias no os han llamado la atención ni una sola vez. ¿A qué se debe tal deferencia?

Nagesh no era consciente de que su conversación hubiese sido tan evidente, pero toma buena nota para obrar con más moderación en el futuro. Se recuerda que no quiere despertar suspicacias dentro del grupo, ya que no sabe la ayuda de cuántos de ellos puede llegar a requerir en el futuro. Hasta ahora no tiene un planteamiento claro y, por tanto, es imposible precisar si alguien le tendrá que echar una mano o se bastará él solo para prepararlo todo. En la abadía siempre tuvo fama de sigiloso, y por algo sería; pero, salvo que ambos lugares están dirigidos por un tirano que le priva de su libertad, la plantación y la abadía tiene pocos rasgos comunes.

—¿Crees que pudieron ser despedidos? —le pregunta Nagesh, buscando retomar el tema que le interesa y dejar a un lado la polémica.

—Tal vez, pero no tendría ningún sentido, ¿no te parece? Eran

chicos fuertes y trabajadores y todos los días volvían cargados de té. También acataban las órdenes con disciplina, sin importarles que fueran justas o no.

A Nagesh le cuesta creer que el cacique se deshiciese de un plantel de trabajadores tan perfectos como cuentan quienes les conocían. Solo un inepto sería capaz de tomar decisiones tan extravagantes y se supone que sir Sheercliff mantiene a flote una prestigiosa y admirada compañía internacional. Cómo lo consigue, en vista de sus actuaciones, es todo un enigma.

—He oído que uno de los vuestros murió el otro día —dice el muchacho. En el fondo, da la impresión de que agradece que Nagesh le haya hablado.

—Sí. Ocupaba la cama inferior de mi litera.

—Es injusto que este trabajo nos cueste la vida —reflexiona en voz alta. Pese a su aparente fidelidad es posible que algunos chicos no estén del todo conformes con el trato que reciben del mando.

El chico vacía sus manos en el cesto y prosigue con el siguiente arbusto. Nagesh arroja en el suyo el par de flores que ha recogido en los últimos tres minutos y le sigue para no separarse demasiado.

—Hoy nos pasaremos el día entero sin comer nada. ¿Hay algún motivo por el que tenga que morir más gente de hambre? —se pregunta el muchacho. Impulsivamente empieza a arrancar las hojas con mucho menos esmero—. Tu compañero no ha sido el primero ni tampoco será el último que muere aquí. Antes de que vosotros llegaseis, en mi grupo éramos cuatro personas más.

Nagesh puede suponer que la suerte no se alió con ninguno de ellos, pero no puede culparla de ser artífice de esas defunciones. Cree que la dureza del trabajo no justifica de ningún modo las condiciones precarias que tienen que soportar, tras las que realmente se encuentra el origen del problema. Obviamente, el único responsable de todo es el cacique, quien permite sin la menor preocupación que la muerte de sus empleados se convierta en algo tan cotidiano como la lluvia o el sermón del padre Nikolaus.

—El primero de todos murió a los seis días —prosigue diciendo el chico de largos brazos y orejas puntiagudas—. Dijeron que había llegado ya enfermo y que no terminó de aclimatarse al aire de las montañas. Al tratarse del primero nos lo creímos. El segundo falleció de frío. Su cama estaba justamente debajo de un gran agujero en el techo y aquella noche las temperaturas cayeron en picado. Por la mañana su piel era de color azul y estaba cubierta de escarcha, pero él nunca abrió los ojos para poder vérsela.

A Nagesh le parece alarmante que algo tan habitual en esta

región como el frío constituya una amenaza tan seria. «¿Acaso no pueden colocar braseros en los barracones para ayudarnos a soportar mejor las bajas temperaturas nocturnas? ¿Cómo pueden observar con tanta pasividad los agujeros del techo si por ellos podría colarse una estrella caída del cielo?». Nagesh todavía no se explica cómo un empresario puede despreciar tanto la vida de aquellas personas que dan sentido a su negocio.

—El tercero se clavó en el brazo la rama partida de un pino. Aunque al principio no nos conocíamos, los dos veníamos de Saharabedi y, en cuanto lo supimos, trabamos cierta amistad. Aquella misma noche empezó a sufrir los primeros espasmos y babeos. No duró muchos días. Los pasó en la cama, sudando sin parar, con la espalda tan arqueada que parecía que alguien se la había roto con una estaca.

No es el primer caso que Nagesh conoce de gente que ha muerto por clavarse la rama de un árbol. Recuerda a un hombre que se acercó una vez por la abadía con una herida bastante fea en el brazo. El obispo le aconsejó rezar y lavársela con agua bendita cada pocas horas, pero el hombre acabó muriendo igualmente. La verdad es que Nagesh no conoce muchos casos en los que la pseudomedicina de monseñor Dumont haya dado resultado. «¿Por qué la gente había seguido entonces poniéndose en sus manos?».

—¿Qué pasó con el cuarto? —quiere saber Nagesh.

El muchacho se detiene de inmediato.

—El cuarto era Ravi, mi hermano pequeño —dice, esforzándose por contener la emoción—. No soportó la paliza que le dio un guardia tras verle llevarse un trozo de pan del comedor.

—¿Qué?

El muchacho coge su cesto y lo agita para que las hojas se asienten y ocupen menos espacio.

—¿Y tú no hiciste nada por detenerle?

Nagesh no puede imaginar lo que él haría si se viese inmerso en una situación parecida. Ahora que sabe que podría haber tenido un hermano, está seguro de que daría su vida por él. De hecho, cuando regrese a casa hará todo lo que esté en su mano para finiquitar a su asesino. Y está dispuesto a morir por hacer justicia. Pensar en lo que supondría presenciar cómo un primate con uniforme termina con la vida de un hermano por robar comida dispara sus niveles de adrenalina.

—Por supuesto que lo hice. Pero varios de sus compañeros se tiraron sobre mí y no pude ni siquiera acercarme para defenderle.

—Cerdos bastardos…

—Pero ¿sabes lo peor de todo? —le pregunta el muchacho, volviéndose una última vez hacia Nagesh—. Que una historia similar a la que te he contado yo, con otros protagonistas, la escuché de boca de un veterano a los pocos días de estar aquí.

Sobrepasado por la dureza del relato, Nagesh deja que el muchacho se aleje un par de arbustos. Es evidente que no puede darle más información sobre los veteranos, y tampoco quiere seguir hurgando en sus heridas.

Poco antes de que el sol alcance la vertical, Nagesh ve cómo Narayan se para un momento para beber un poco de agua y considera que ha llegado el momento de hacer algo más interesante que pasarse el día recogiendo «elixir de las montañas». Si fuese un día normal esperaría al descanso que siempre realizan para el almuerzo, pues resulta un momento idóneo para aprovechar un descuido y escabullirse entre los arbustos. Muchas veces los guardias no vuelven a hacer el recuento de trabajadores al comenzar el turno de tarde, por lo que existe la posibilidad de que no se enteren de que en el grupo hay ausencias. Pero como hoy no hay programada ninguna parada, debe improvisar y para eso cualquier momento es tan bueno o malo como el siguiente.

Fingiendo necesitar también hidratación urgente, Nagesh se acerca al rincón sombreado donde intentan mantener frescas las garrafas. Al pasar a su lado, el capataz le echa una mirada abrumadora, dando muestras de que el muchacho no le cae nada bien.

—Estoy muerto de hambre —le reconoce Narayan a su amigo—. Aun si supiera que en un par de horas íbamos a parar para almorzar, ahora mismo estaría desesperado.

—Voy a ir a explorar los alrededores —le dice Nagesh sin previo aviso.

Narayan le mira, atónito, debatiéndose entre si lo que ha oído ha sido real o solo una alucinación fruto de la forzada abstinencia. No entiende con qué propósito podría alguien querer ausentarse, arriesgándose a ser visto, a quedarse sin cenar y a recibir un fuerte castigo. Pero Nagesh está convencido de hacerlo, y mucho más después de escuchar el relato del chico de largos brazos y orejas puntiagudas. Quiere empezar a encontrar respuestas para todas sus preguntas, y quiere hacerlo ya. Puede que en el futuro, cuando esté caminando tranquilamente por las calles de Bhubaneswar, descubra que en realidad todo lo que ocurría aquí dentro le importa un bledo, pero en caliente, cree que no podría volver a dormir tranquilo sin averiguarlo.

—Cuando te dé el aviso, llama la atención del guardia que tengas más cerca y cuando te pregunte, distráele con cualquier tontería —concreta Nagesh, antes de darse la vuelta y volver al lugar en el que se había detenido.

Narayan considera que es un fastidio tener que estar de continuo mirando hacia él a la espera de que le haga una señal, que por otro lado espera que sea lo suficientemente clara y perceptible. Y después, ¿qué le dirá al guardia? «Que le distraiga con cualquier tontería. Vaya una forma de concretar».

A partir de entonces, Nagesh procura rellenar su cesto cuanto antes, echando en él todas las ramas y hojas que encuentra a su alcance. No le preocupa que estén secas o rotas. Lo importante es que abulten lo más posible y poder terminar así antes de que Narayan recorra del todo su hilera.

Una vez rellenas tres cuartas partes del cesto, Nagesh cubre su contenido con las mejores flores y hojas que ve a su alrededor. Entonces llama al capataz para que compruebe cuánto ha recogido y le permita ayudar a uno de sus compañeros. El hombre echa un vistazo sobre el cesto y se da por satisfecho, indicándole que prosiga su labor en alguna otra hilera. Nagesh tiene claro a cuál debe dirigirse, así que coge su cesto y desciende hasta la parte baja de la parcela, donde Narayan se afana por asegurarse la cena. El chico se sorprende al ver lo pronto que ha terminado de llenar el cesto su amigo, pero entonces él le hace la señal de acuerdo a lo planeado, y no tarda en reaccionar. «¿Ese era el gesto? ¿Plantarse delante de mí y asentir?»

—¡Señor! ¿Puede venir un momento?

El guardia le mira con indiferencia.

—¿Qué sucede?

—Necesito que vea esto. Por favor, dese prisa.

El guardia se acerca de mala gana, aprovechando para repartir regaños entre los muchachos junto a los que pasa.

—¿Qué quieres?

—Por aquí hay demasiados bichos revoloteando. Mire.

El guardia echa un vistazo sobre los arbustos, pero no ve una cantidad de insectos superior a la de cualquier otro lado.

—¿Y qué si los hay?

—Que puede ser que las flores estén en un estado polinizador avanzado —improvisa Narayan, sin saber muy bien qué está diciendo.

—¿Y…?

—Pues… que es posible que se cuele algún bicho entre las hojas

que recogemos y acabe en la taza de algún refinado caballero inglés.

—¿Pero qué dices? ¡Menudo imbécil estás hecho! ¡Eh, Ishwar! —grita, llamando a su compañero—. ¿Tú le has dicho a este estúpido que puede cuestionarse las órdenes que recibe?

Ishwar le contesta sin moverse ni un palmo de donde está.

—¡Claro que no!

El guardia se vuelve hacia Narayan con expresión áspera, como si le hubiese sorprendido la respuesta y reparase entonces en que el chico le está tomando el pelo.

—Es verdad, es una tontería. Si las recogemos con cuidado no tiene por qué haber bichos entre medias. Pero es que también he oído que la calidad de las flores desciende cuando desprenden demasiado polen. Creo que el agua se enturbia más, o algo así; no lo tengo muy claro. ¿Usted sabe a qué me refiero?

Por su parte, Nagesh aprovecha para esconder su cesto entre los arbustos y, en cuanto se asegura de que nadie le está viendo, se lanza al interior de la maleza.

El hueco por el que se cuela no está habilitado para el tránsito de personas, lo que le provoca un montón de arañazos por los brazos y la cara. No obstante, salvo por el leve escozor, a Nagesh no le importa demasiado. Está convencido de que unos pocos más o menos tampoco van a notarse demasiado.

Quizá desplazarse entre la vegetación no sea lo más cómodo del mundo, pero está claro que moviéndose por los caminos principales, Nagesh se volvería tremendamente vulnerable y los guardias de las parcelas cercanas podrían descubrirle en plena acción. En realidad, tampoco necesitarían tener los ojos de un halcón para hacerlo. Por contra, utilizar otras rutas tiene el inconveniente de que ralentiza su avance en exceso, ya que, entre otras cosas, tiene que fijarse mucho más dónde pone los pies. Seguramente esto le haga tardar en regresar a su parcela más tiempo del deseable.

Nagesh completa la primera milla sin sobresaltos. No se encuentran rondando la zona ni linces hambrientos ni guardias furiosos; solo árboles, matojos y alguna que otra ardilla extrovertida. De ahí en adelante, el terreno empieza a volverse tremendamente escarpado, con algunos saltos de altura importantes en los que es necesario subir a cuatro patas pasa seguir avanzando. Entonces llega un momento en que el bosque termina, y no queda más remedio que salir al camino y desplazarse lo más pegado posible al borde del mismo.

Salir de la zona arbolada hace sentir el viento soplar mucho más

fuerte de lo que parecía cuando la vegetación amortiguaba su sonido. En él viaja la voz en grito de un guardia bastante enfadado, aunque la parcela más cercana está ya a bastante distancia. Nagesh espera que no sea la voz de Mohan reprendiendo todavía a Narayan por todas las cosas ridículas que le estaba diciendo cuando él se fue.

El viento es también frío y arrastra partículas reducidas al tamaño de un grano de arena que, al igual que las ratas más agresivas, atacan directamente a los ojos y se clavan en la piel. Entre todas consiguen que el paseo no sea grato en absoluto.

Estar tan cerca de la cima supone una ocasión perfecta para obtener una panorámica límpida y precisa de la plantación, algo imprescindible para que su intento de evasión reúna suficientes garantías. Nagesh calcula una distancia menor de dos millas desde donde se encuentra ahora mismo hasta los últimos riscos. Estando allí sí que tendría una visión realmente amplia de todo el valle y podría descubrir senderos ocultos y puestos de vigilancia camuflados. También, si se asoma a la ladera opuesta de la montaña podría descubrir si los dominios de sir Sheercliff se extienden tanto como a menudo él presume.

Desde su posición, Nagesh puede identificar a la mayoría de las cuadrillas existentes y todas ellas se encuentran realizando sus labores en altitudes bastante inferiores a la suya. Cuando mira hacia la cumbre, tampoco ve otras parcelas medianamente definidas que hagan presuponer que existen zonas de recolección más elevadas. Así pues, cree que debería aprovechar la oportunidad y burlar la vigilancia durante al menos una hora más, que es el tiempo que calcula necesario para alcanzar la cima, echar un rápido vistazo y regresar a su parcela. La verdad es que ya que ha llegado hasta aquí, considera que no tiene sentido volver al grupo sin haber seguido hasta el final.

Así pues, Nagesh continúa la ascensión por el serpenteante camino bastante seguro de su elección. El invierno está cada vez más cerca y no piensa demorar más tiempo su huida. Quiere volver a ver a su mujer y saldar cuentas con el obispo; no tener que seguir durmiendo en un barracón con el techo derrumbado, sintiendo la nieve caer sobre su almohada y viendo morir a sus compañeros más débiles.

Libre de contratiempos, Nagesh alcanza, incólume, la cumbre una hora y media después del mediodía. Como había imaginado, desde allí puede divisar todo el valle, incluyendo buena parte de la ciudad y las laderas de las montañas opuestas. Por ellas descendió en el carromato, cargado de inocencia, varias semanas atrás.

Cuando piensa en monseñor Dumont, riendo con malicia en su alcoba, feliz por haberle quitado de en medio y haberle hecho pagar su desobediencia, el estómago se le llena de serpientes. Cada uno de los oscuros conductos venenosos que moran bajo su piel se dilata hasta casi doblar su grosor y sus ojos se inyectan en sangre. Pero Nagesh sabe que en estos momentos lo mejor es tranquilizarse y guardar su ira para cuando lo tenga delante, así que respira profundamente y deja que el aire puro de la cordillera expanda sus pulmones.

El viento que sopla en la cima es definitivamente mucho más frío que el aire que se respira en el valle y eso hace que su fino uniforme de algodón se vuelva insuficiente para contener la pérdida de calor corporal. En un sitio tan poco resguardado, la vegetación tiene serios problemas para desarrollarse, de ahí que solo pequeños arbustos de hoja perenne y algunas flores muy resistentes consigan prosperar. Además, la tierra es dura y compacta, resultando infranqueable para las tiernas raíces de la mayoría de plantas endémicas. Si Umed estuviese aquí, probablemente supiese catalogar casi todas ellas, pero Nagesh, aunque identifica más de una basándose en los dibujos de los libros de botánica del hermano Jacob, no logra recordar sus nombres.

En cualquier caso, tampoco ha subido a la cumbre para estudiar las plantas, así que sin más demora toma impulso y trepa entre los riscos hasta un picacho puntiagudo que sobresale por encima del precipicio como el bauprés de un barco velero. Desde allí examina el valle buscando rutas a pie disimuladas entre la maleza, pero no encuentra ningún camino abierto por el paso continuado de personas que no conduzca hacia las diferentes parcelas en que se han dividido las laderas de las montañas.

Con cierto desánimo, Nagesh baja del peñasco y se sienta a ordenar sus ideas a la sombra de una gran roca de aristas erosionadas. Lo que ha visto constituye un nuevo y decepcionante revés. Esperaba encontrar algo que le ayudase a tomar una decisión con cierta convicción, pero en verdad no existe ningún sendero mágico esperándole para guiarle alegremente hacia la libertad.

Nagesh sigue pensando que sería complicado escapar atravesando la verja, aunque esta se descubre cada vez más como la única opción. Habría que cortar el grueso alambre y no tiene ninguna herramienta capacitada para ello. Podría tratar de encontrar una en el cobertizo, pero el acceso a él está muy controlado y nunca ha visto ninguna que le parezca apta, así que de momento no puede basar su plan en ello.

Nagesh se da cuenta entonces de que no necesita estar sentado para pensar y que cada minuto que pasa es un minuto en el que uno de los guardias puede percatarse de que falta un miembro en la cuadrilla. Después de todo, aunque parezcan un poco obtusos, las matemáticas simples no son tan complicadas. Ni siquiera para ellos.

Nagesh se pone en pie y trata de localizar su parcela.

Desde su privilegiada posición no es difícil dar con ella. Aparentemente, todo se desarrolla allí con normalidad y las manchas azules que representan en la distancia los uniformes de los guardias se encuentran en sus posiciones habituales, al igual que el capataz. Nagesh espera que en lo que dure el trayecto de vuelta ninguno de ellos se fije en que no hay tantos trabajadores compartiendo hilera como número de estas han quedado libres.

Antes de partir, Nagesh respira una vez más el agradable olor que desprenden las coníferas y que se mezcla en el valle con el nítido aroma del té. «No puedes regresar todavía. Recuérdalo. Es tu oportunidad de disipar las dudas, de volver al campamento sabiendo un poco mejor en qué clase de lugar te encuentras».

«¡Es verdad!». Nagesh no necesita más para convencerse de que debe aprovechar su incursión en terrenos prohibidos para echar un vistazo a la cara oculta de las montañas y ver si divisa algún indicio de civilización. Lo más probable es que no encuentre más que un montón de campos de té constatando la vasta extensión del latifundio, pero eso reavivaría su curiosidad de saber por qué las cuadrillas nunca son enviadas a esas zonas si también están siendo cultivadas.

Viendo que las parcelas más cercanas a las cumbres presentan un aspecto de dejadez preocupante, Nagesh no quiere ni pensar cómo estarán aquellas que permanecen desatendidas durante meses. Pero pronto se da cuenta de que solo está especulando. Hasta que no vea el otro lado no puede presuponer nada. Tal vez se encuentre una inmensa planicie sirviendo de antesala a la gran meseta. O tal vez un majestuoso lago de aguas algentes, lleno de señoras británicas tomando un baño. A saber…

Como la cima de la montaña es relativamente estrecha, Nagesh calcula que recorrerla no le llevará más de un par de minutos, así que en realidad no tiene mucho que perder.

Nagesh se desplaza a través de las rocas, casi empujado por el viento que silba entre sus recovecos. Aunque las cumbres más elevadas al otro lado del valle presentan nieves perpetuas, no es el caso de las estribaciones que limitan la vertiente norte, por lo general algo menos elevadas. Pero, por desgracia, ese punto a favor

es rápidamente contrarrestado por el riesgo de encontrarse con felinos que se benefician de esta circunstancia para establecer en ellas una plácida morada. A Nagesh eso le obliga a no bajar ni un instante la guardia ni distraerse con tonterías mientras cruza por los angostos pasillos rocosos.

Afortunadamente, ningún depredador parece estar al acecho y, pese a rebasar levemente de los dos minutos previstos, logra acceder sin complicaciones a la cara opuesta de la cordillera.

Lo que allí le espera, sin embargo, resulta perturbador.

Donde Nagesh pensaba encontrar vastas extensiones de té, sucediéndose unas a otras hasta colmar el horizonte, solo divisa selva y vegetación salvaje. La gran cantidad de hectáreas de las que tanto fanfarronea sir Sheercliff en sus discursos no son más que un engaño imaginario. Un falso argumento con el que sustentar su posición ante ellos y hacerse respetar. Nagesh no puede decir que esto le sorprenda demasiado, pues algo en el cacique le olió a chamusquina desde el primer momento en que pisó su despacho. Por lo poco que ha podido comprobar, el aprovechar la llegada a un lugar subdesarrollado para labrarse una personalidad nueva y engañosamente magnificada, parece ser un atrayente mal común entre los británicos. Tal vez la mayoría vengan con el propósito de crearse una nueva identidad que ostente el respeto que no han sabido ganarse en sus lugares de origen y se inventen las razones por las que debería ser así.

En este caso, pese a lo que sir Sheercliff pueda decir, está claro que la plantación no se extiende más allá de los límites del propio valle, aunque es cierto que esa zona arbolada se encuentra también dentro del perímetro vallado. No hay ninguna ciudad, ni siquiera una pequeña aldea a la que alguien pueda dirigirse; ningún lugar razonable a donde ir. Todo lo que se ve en la distancia se conserva ajeno a la acción de la mano del hombre.

Mas estando a punto de darse la vuelta para regresar junto a sus compañeros, Nagesh distingue por puro azar una pequeña explanada en mitad de la vegetación que inicialmente le pasó desapercibida. En ella se yerguen lo que parecen ser dos barracones de aspecto muy similar a los situados en el campamento, aunque estos aparentan ser un poco más reducidos. Junto a ellos hay también una pequeña caseta pintada de color azul. «¿Podrían haber ido allí los trabajadores? Pero ¿dónde están los arbustos de té y por qué el asentamiento parece estar abandonado?». Nagesh se plantea la posibilidad de que no se esté utilizando en esta época del año o que en otro tiempo la plantación fuese más extensa, ocupando una

región que más tarde acabó cayendo en desuso. De cualquier forma, ahora mismo no parece que se le esté sacando ningún provecho.

Nagesh emplea diez minutos esperando que aparezca alguien junto a los barracones, pero eso no sucede. Como acercarse a ese campamento es algo impensable en la actualidad, el muchacho decide volver con su grupo antes de levantar sospechas, suponiendo que los vigilantes aún no se hayan enterado de que falta alguien entre quienes tienen delante.

Nagesh cruza rápidamente los pasadizos escarbados entre las rocas y, sin detenerse, comienza a descender por el mismo sendero por el que subió hace unos cuantos minutos. Pero contra todo pronóstico la bajada resulta ser mucho más peligrosa que la ascensión. Las piedrecillas sueltas ruedan bajo sus pies, haciéndole perder el equilibrio en varias ocasiones, aunque por suerte logra evitar la caída en todas ellas. Nagesh piensa que escapar de algo o de alguien sobre este suelo puede convertirse en algo muy arriesgado por su acusada falta de adherencia. Las características del terreno son otra de las cosas que Nagesh considera que deben tenerse muy en cuenta cuando se planea una fuga.

Al llegar, por fin, a los bordes de la parcela, el chico se detiene detrás de un árbol y permanece allí oculto hasta que los tres guardias miran hacia otro lado. Entonces se cuela rápidamente en el interior y se agacha para recuperar su cesto de entre la maleza. Una vez lo tiene entre las manos, Nagesh se coloca nuevamente en la fila que le corresponde, fingiendo proseguir con la recogida de las verdes y ligeramente dentadas hojas de té. «Discreto y sigiloso como una serpiente», recuerda, orgulloso, Nagesh, mientras empieza a partir con las uñas los tallos secos que tiene delante.

Al poco tiempo, Narayan se da cuenta de su regreso y respira tranquilo. Le hace un gesto a Nagesh, que este interpreta como que todo ha ido bien y continúa con su tarea. Shalim sigue también trabajando a su aire unas cuantas hileras más allá, seguramente ajeno a la reciente excursión de su compañero. Al menos eso le ha servido para no inquietarse durante su ausencia.

Al terminar la jornada, los muchachos recogen sus cestos y las garrafas de agua vacías, y ponen rumbo al campamento. A todos se les nota terriblemente cansados y hambrientos. Incluso Narayan, que es uno de los que siempre ha soportado mejor que el resto las restricciones alimenticias, presenta serias dificultades para caminar portando su carga.

Ninguno de los guardias evidencia haberse enterado de su escapada; de lo contrario Nagesh está seguro de que se lo harían

saber. «No sé cómo estoy tardando tanto en irme a mi casa. La mayoría de estos esbirros me darían los buenos días al verme marchar», piensa, en vista de lo despistados e ineptos que parecen desde fuera. Pero Nagesh se recuerda que para hacer cualquier cosa hay que garantizar un mínimo de seguridad, o de lo contrario la caída puede resultar bastante dolorosa.

—Espero que nos dejen comer algo antes de ir a dormir o de lo contrario no podré pegar ojo en toda la noche —asegura Shalim, mientras se quita la ropa junto a su cama. La herida de su brazo se encuentra ya perfectamente curada.

Nagesh cree que, independientemente de la cantidad de té que hayan recogido, los trabajadores necesitan alimentarse para poder rendir adecuadamente. Continuar sin comer mucho más tiempo solo servirá para que cada vez estén más cansados y les cueste más esfuerzo realizar cualquier tipo de actividad. No importa la voluntad que le echen si no encuentran la vitalidad necesaria para poder moverse. Quizá como toque de atención haya servido, pero sir Sheercliff no debe alargar el castigo demasiado si no quiere que la situación se acabe volviendo en su contra.

—Las luces del comedor estaban encendidas —dice Nagesh para tranquilizarle. Se ha fijado en ello al llegar.

Shalim sonríe esperanzado. Él es una de las personas más delgadas y, al no disponer de una fuente de reservas bajo la piel, necesita ingerir alimentos con más asiduidad.

—¿Os habéis dado cuenta de que no hay agua en el pilón? —se queja Shaana nada más aparecer a su lado.

Ninguno de los dos lo había hecho.

—¿Y cómo pretenden que nos lavemos si no tenemos agua? —se cuestiona Shalim. Poder asearse tras el duro día de trabajo les reconforta y les permite distinguir el olor de la cena más tarde en el comedor.

—Primero nos quitan el jabón y ahora el agua —resume Narayan.

—Será que han visto que seguimos lavándonos aun sin usar jabón.

Nagesh se dirige al guardia de la entrada, quien le recibe con toda la hostilidad que puede acaparar en su vida un solo hombre.

—No tenemos agua para lavarnos.

—¿Y a mí qué rábanos me importa?

—Que no podremos hacerlo.

—¿Ves? Tú mismo te has contestado. Y eso que al principio parecías ser mucho más estúpido.

—¿Tampoco vamos a poder lavar la ropa?

—No.

En vista de que no hay con quién razonar, Nagesh regresa junto a sus compañeros y les transmite sus conclusiones.

—Estupendo —protesta Shalim—. Primero nos dejan sin comer y ahora nos quitan el agua del pilón. ¿Qué será lo próximo? ¿Prohibirnos dormir?

—Cierto. Olvidé mencionar la comida —señala Narayan, al darse cuenta de que Shalim ha intentado copiar su frase—. Claro, que tú has omitido lo del jabón… Pero, espera, ¡es verdad! Tú no te había quedado sin jabón.

Obviamente, aunque en el fondo puede haber algo de reticencia en sus palabras, las formas de Narayan son muy diferentes a las empleadas por Gagan, y lejos están de ofenderle.

—Oye, Nagesh, ¿a dónde demonios fuiste antes? —le pregunta Narayan con semblante preocupado.

Desde que se enteró de que Narayan vive enamorado de su mujer, Nagesh no puede evitar unos profundos sentimientos encontrados hacia él. «¿Debería contarle la verdad? ¿Decirle que su supuesta diosa vive bajo mi techo? ¿Que no hay nadie esperándole en ninguna parte?». Nagesh sabe de primera mano que el poder atrayente de Shefali puede volver loco a un hombre. Él mismo estuvo a punto de perder el juicio cuando el obispo Dumont le prohibió salir de la abadía para evitar que se reuniese con ella. Si Narayan estuviese sintiendo algo parecido, su vida podría derruirse como una muralla de arena. Según él, sus sueños de volver a verla le hicieron sobrevivir en los calabozos, y está claro que también le motivan para salir de aquí. ¿Qué pasaría si Nagesh le revela que todo lo que imagina no es sino fruto de una ilusión? Probablemente entonces Narayan no saliese de aquí con vida. ¿Para qué iba a querer hacerlo si ya no contaría con alicientes para vivir? Ahora bien, ¿qué pasará cuando salga y regrese a la ciudad? ¿Se plantará, como dice, en el mercado para declararle a su mujer su amor eterno? ¿Y qué pasará cuando descubra que ella le pertenece a otro hombre? ¿Y cuando vea que ese hombre es Nagesh? ¿Cómo reaccionará?

Nagesh tiene claro que no quiere hacer daño a su amigo, pero en estos momentos no es capaz de resolver todos los interrogantes que se agolpan en el desván de su cabeza.

—Ya te lo dije. Fui a explorar por los alrededores —es lo único que alcanza a decir.

—¿A explorar? ¿Así? ¿Sin más? —pregunta, perplejo, el

muchacho—. Amigos, aquí tenéis al tipo más temerario que os podréis encontrar jamás. Si en algún momento le echáis en falta no os preocupéis: es posible que se haya ido «a explorar».

Al oír que Nagesh abandonó a hurtadillas su cuadrilla durante más de una hora para darse un paseo por los alrededores, el resto de muchachos también se hacen eco de su estupor.

—Nagesh, ¿te fuiste de tu parcela sin que te viesen los guardias y anduviste merodeando tú solo por la plantación? —pregunta Shaana. No puede creer que Narayan esté hablando en serio. ¿Es que el Piel Clara se ha vuelto loco?

Shalim se ríe suponiendo que sus amigos están bromeando.

—Venga, muchachos, no nos toméis el pelo. Estoy a punto de desmayarme de hambre. ¿Por qué no dejáis las bromas para después de cenar?

Pero tanto Nagesh como Narayan distan mucho de estar frivolizando.

—Quería obtener una panorámica de la plantación —afirma Nagesh, quien prefiere ocultar de momento que su principal objetivo era el de buscar rutas de escape. Sigue creyendo más conveniente y seguro que el asunto se mantenga en secreto.

—Pero… ¿de verdad estáis hablando en serio? —pregunta Shalim, empezando a preocuparse.

—¿Y qué pudiste sacar en claro tras arriesgar tu vida por la causa? —se interesa Shaana. Ella también cree que es una temeridad, pero ve a Nagesh sobradamente capaz de llevarla a cabo.

—La plantación en sí no es más de lo que ya conocemos —reconoce Nagesh—. Todo lo que asegura sir Sheercliff poseer al otro lado de las montañas sencillamente no existe. Pero hallé algo muy interesante que estoy seguro de que os va a sorprender.

—¿Subiste a lo más alto? —pregunta Narayan—. ¡Pues sí que te diste prisa!

—¡Chsss! Calla, deja que hable.

—Existe otro campamento con dos barracones como los nuestros, a unas doce millas de distancia, calculo.

—¡¿Qué?! —exclaman los tres al unísono.

—De todos modos, no vi a nadie en los alrededores, así que puede que estén abandonados —admite Nagesh—. Aunque, claro, mi visión era muy limitada. A decir verdad, casi me doy la vuelta sin haberlos visto.

—Es posible que antiguamente hubiesen otras parcelas en esa zona —deduce Shalim.

—Sí, yo también lo he pensado. Pero actualmente no hay árboles de té alrededor. Si los hubo en otro tiempo la selva se los ha comido.

Los chicos se quedan pensativos. No encuentran *a priori* una explicación razonable para la existencia de un segundo campamento.

—Te has arriesgado más de la cuenta —le intenta hacer ver Shaana—. Si te hubiesen descubierto lo habrías pagado muy caro.

—No habría sido el primero en pagar un alto precio por desobedecer órdenes —constata Nagesh. Todavía no se explica cómo aquel muchacho no había explotado de ira al ver al guardia ensañándose con su hermano. Puede que Nagesh padezca un sufrido sentimiento fraternal que ayude a magnificar aún más el incidente, pero lo que es cierto es que unos cuantos años después, el culpable no se ha librado todavía de recibir su castigo. En cambio, en este caso, el implicado sigue recogiendo té tranquilamente bajo la supervisión del asesino de su hermano.

—No sé a quién te referirás exactamente, pero que otros hayan pasado por ello antes no lo hace menos imprudente —le replica Shaana.

—Venga, si no vamos a poder lavarnos no perdamos más tiempo. Vayamos ya al comedor.

Los chicos van pasando frente al puchero, temiendo que la comida se acabe antes de que llegue su turno. Pero, por suerte, todos reciben una abundante ración de carne estofada que hace que sus estómagos rujan de ansiedad mientras se dirigen a sus asientos. «¿Hay carne en el menú?». «¿Acaso el cacique ha enloquecido?». «¿Es posible que el esfuerzo demostrado haya obtenido recompensa y a partir de hoy empecemos a estar mejor considerados?». Son muchas las preguntas que los chicos se van haciendo, sin todavía dar crédito a las suculentas tajadas de carne que flotan en sus cuencos. Incluso los trabajadores más veteranos se muestran sorprendidos, pues nunca antes habían visto un menú tan apetecible y generoso.

—¿Has visto qué trozos de carne tan enormes? —dice Gagan, extasiado. Parece que de momento ha dejado a un lado su resentimiento.

—¡Y qué bien huelen! —añade Shaana con la boca hecha agua.

Cuando todos están ya sentados en los bancos, el padre Nikolaus toma la palabra para bendecir la mesa. Los muchachos no pueden esperar a hincar el diente a su comida. Tenerla delante solo sirve para martirizarse.

En el momento en que el cura termina y todos se disponen a comer, sir Sheercliff se levanta de su asiento para añadir una última cosa. Nagesh ya presintió que algo raro iba a suceder cuando supo que esta noche el cacique compartiría mesa con los demás. Habitualmente él come en su mansión, alejado de la cochambre subordinada, y no tendría sentido alterar esa costumbre sin una razón importante.

—Como veis, he cumplido mi palabra —anuncia el cacique con aires condescendientes—. Hoy habéis superado mis previsiones y por ello creo que os merecéis una pequeña recompensa. Espero que disfrutéis de esta suculenta carne de vaca guisada.

«¿Vaca?». «¿Han utilizado carne de vaca para hacer el guiso?». Los chicos se quedan de piedra al oír que han sacrificado a un animal sagrado para preparar la cena. «¿¿Es que el inglés desconoce que no podemos comer carne de vaca??».

—¡Empezad cuando queráis! —autoriza sir Sheercliff antes de sentarse.

Nagesh no necesita más para convencerse de que todo forma parte de un número maliciosamente planeado por el cacique. La excusa de una baja productividad solo ha servido para hacerles llegar más hambrientos a la cena, verdaderamente desesperados por llevarse cualquier cosa a la boca. Podía haber ordenado cocinar la carne de cualquier otro animal, pero el inglés ha preferido ponerles una dura prueba frente a sus ojos y comprobar cómo reaccionan.

Shalim, que tampoco puede comer carne de ningún otro tipo, mira su cuenco apesadumbrado. Para él, el gran banquete se traduce simplemente en un doloroso ayuno. Y es que una cosa es privarse de comer carne cuando apenas sabes que existe y otra hacer lo mismo con un cuenco humeante frente a tus narices. Pero Shalim ha hecho un juramento sagrado y no se beneficiará de animales asesinados por muy tentado que pueda sentirse. Así las cosas, no le queda más remedio que plantearse seriamente el comer las patas de la cama antes de acostarse.

A su alrededor, ninguno de los muchachos se atreve tampoco a dar el primer bocado. El debate interno entre la moralidad religiosa y la necesidad de alimentarse es demasiado equitativo. Mientras tanto, los guardias han empezado a engullir con placer sus jugosos pedazos de carne.

—Si no tenéis apetito, no hay necesidad de que perdáis horas de sueño —advierte sir Sheercliff—. Por favor, retiren los cuencos a quienes no los quieran y echen la comida sobrante a los perros —le ordena a los cocineros.

—¡Qué diantres! —exclama entonces uno de los chicos, sumergiendo su cuchara en el cuenco y llevándosela bien cargada a la boca.

Su reacción de inmensa satisfacción al masticar se proyecta como el resplandor de un relámpago por todo la sala. Sin casi tiempo a tragar lo que tenía en la boca, el chico se mete en ella otra gran cucharada de carne y verduras.

Los demás muchachos no pueden resistir más tiempo el ver a su compañero comer con tanto gusto y uno tras otro se lanzan a devorar su comida.

El cacique sonríe, victorioso. Siempre se ha mostrado convencido de que no hay nada que no se pueda conseguir con el uso de las herramientas adecuadas y que, para conseguir que un hombre haga algo concreto, no importa qué ni a quién. Solo hay que saber mover los hilos adecuados.

Nagesh, mientras tanto, les observa comer terriblemente apenado. Está claro que todos ellos se han visto inmersos en un proceso de reconversión como el que él tuvo que soportar en su infancia y eso le entristece. No lo puede evitar. Y no es porque durante el mismo él hubiese tenido que sufrir demasiado o porque el cambio hubiese resultado traumático, sino porque al final del mismo se había encontrado más perdido que al principio. Había llegado a un callejón sin salida en el que todo carecía de sentido. «¿Todo lo que he hecho ha sido para esto?». No había más, no existía nada milagroso o mágico que llenase un espacio en su alma que antes no hubiese estado ya ocupado.

Al margen de que algún dios pueda enfurecerse, la carne de vaca no tiene en sí nada malo. Él lo sabe, la ha comido en algunas ocasiones, aunque tampoco demasiadas. Sin embargo, aceptarla es otro paso más en el proceso de convertirse en otra persona, y eso es lo que a Nagesh le inquieta. Obviamente, cuando fue acogido en la abadía, él también tuvo que adaptarse a la religión y a la cultura que existía entre de sus muros. Pero en una plantación de té esta particularidad debería carecer de importancia. Nagesh está seguro de que en otras compañías teteras de Sambalpur no se exige a sus trabajadores cambiar de religión. «¿Acaso los cristianos recogen el té con más destreza que las personas de otras religiones?».

—Nagesh, ¿tú tampoco comes? —le pregunta Shalim, al ver a su compañero impasible frente a su cuenco.

—No tengo apetito.

—No puede ser verdad.

Y no lo es. Nagesh está a punto de sentir calambres por el

hambre. Pero ya está harto de que los demás intenten condicionarle. Durante años le condujeron por un sendero por el que le costó retornar y ahora que por fin ha desandado buena parte del camino, no permitirá que nadie le empuje de nuevo hacia delante.

Es duro irse a la cama con el estómago vacío, pero Nagesh está acostumbrado al ayuno y, al fin y al cabo, solo serán unos días más los que tenga que aguantar. Quizá menos. Pronto se habrá ido, dejando esta maldita compañía atrás, y nunca más dejará que nadie intente cambiarle. Quiere ser libre para escoger su futuro y compartirlo con quien él desee.

Antes de que el cocinero pase frente a ellos para retirarles los cuencos, Nagesh y Shalim vuelcan su contenido en los de sus compañeros. Una vez que han tomado el primer bocado, comer hasta casi reventar no debería hacerles ningún daño. Al menos a nivel moral.

Cuando la cena concluye, sir Sheercliff no desaprovecha la oportunidad de volver a darles las gracias por su compromiso y animarles a seguir en esa línea.

Los chicos se retiran a los barracones, sucios, pero satisfechos. Parecen haber olvidado todo remordimiento y por una noche serán felices. No importa el frío que haga esta vez; su interior está caldeado y todos dormirán con una preocupación menos sobre la almohada.

De camino al barracón, Nagesh vuelve su cabeza hacia la estrella de Shefali. Nunca imaginó que le cogería tanto cariño a ese pequeño y hasta entonces desapercibido punto en el cielo. En él ha aprendido a ver su reflejo con tanta claridad como lo muestra un espejo. «Por favor, astro luminoso, dile a la estrella de mi mujer que la cuide y que no se separe de ella. Mi regreso está cada vez más cerca».

Súbitamente, la estrella de Shefali emite un destello fulgurante y, como empujada por las manos de Indra, describe una órbita en el cielo y se extingue en la oscuridad. Nagesh ha sentido una enorme punzada en el pecho al ver cómo la estrella se convertía en una lágrima y caía deslizándose por el rostro del cielo hasta evaporarse. Una especie de dolor penetrante desgarra sus entrañas, dando paso al miedo más sobrecogedor. Cree que de todos los presagios que podían producirse, este es sin duda uno de los peores.

Poco después de acostarse, los jóvenes se rinden al sueño y en el barracón se instaura una conversación de ronquidos incoherente y descompasada.

Pero entre ellos hay dos que no consiguen dormir.

Shalim no puede quitarse de la cabeza el tentador aroma que flotaba en el comedor. No ve la hora en que llegue la mañana y tenga delante su cuenco de gachas. Tal vez sus compañeros estén todavía saciados y le cedan parte de su desayuno. Cree que sería estupendo que algo así ocurriera.

Nagesh, al contrario, no piensa en comida. Lo único que le interesa ahora es contemplar el firmamento sobre su litera, la que ya no comparte con nadie. Es un pequeño trozo de cielo el que se divisa a través del ventanuco, en el que una oscuridad aterradora llena el vacío que durante siglos ocupó la estrella de Shefali. Ha desaparecido lo único que les mantenía unidos en la distancia y ya solo quedan sus recuerdos.

Nagesh observa el cielo durante un largo rato, hasta que sus párpados se unen y algún ser etéreo comienza a mecerle con suavidad. Entonces extiende la mano y siente como si pudiera tocarla. Nota la calidez de su piel con total claridad. Sus dedos se entrelazan como aquella primera vez en la que, tumbados sobre la hierba, observaban el cielo infinito y debatían sus inexplicables misterios. Ella se inclina y le besa en los labios. Su boca sabe a néctar de nísperos maduros.

Después, él se duerme profundamente.

1. *Ese compendio infinito de luces y sombras*

La noche no fue más larga que las demás, pero se lo pareció.

Nagesh se despertó varias veces durante el transcurso de la misma, siempre con la extraña percepción de llevar soñando mucho tiempo; creyendo que si abría bien los ojos y miraba al cielo vería esa pequeña estrella que tantas noches había brillado para él. Estaba seguro de que ninguna otra persona en el mundo cuando alzaba la vista para ver el firmamento reparaba en ese punto luminoso en concreto. Era algo único, algo reservado para él y Shefali, y solo ellos dos sabían de la particularidad tan especial que esa estrella poseía.

Pero, aunque parpadease varias veces con la esperanza de abrir los ojos y volver a encontrarlo, el astro no reaparecía. Nagesh no tenía ni idea de qué ocurría cuando, llegado un momento, una estrella se bajaba de los cielos y dejaba de brillar. Se imaginaba que sería algo similar a lo que le ocurre a una vela cuando un soplo de aire consigue apagarla. Seguramente, allá arriba también se desencadenen grandes ventoleras capaces de desplazarlas e incluso de hacerlas desaparecer. De hecho, la estrella de Shefali había trazado una especie de arco descendente antes de ser engullida por la oscuridad. A dónde había ido a parar o si seguía encendida en un lugar inaccesible para su vista era algo muy difícil de predecir.

«El cielo. Ese compendio infinito de luces y sombras que nos envuelve y protege. Nada es tan indeciso como el cielo, capaz de albergar tantas interpretaciones como sabios lo observen», decía el hermano Jacob con los ojos entreabiertos y la mente disgregada por las pocas casillas de su memoria que aún permanecían ocupadas por un puñado de buenos recuerdos. Mirando ese mismo manto infinito, Nagesh recordaba cómo el monje se maravillaba cada vez que hablaba del cielo y se preguntaba si él sabría en estos momentos explicarle qué había sucedido con la estrella.

A mitad de la noche el cielo se encapotó. Las nubes treparon por las montañas y abrieron sus alas sobre el valle, ocultando por completo la bóveda celeste. Las primeras gotas de agua comenzaron a caer y Nagesh pudo, por fin, quedarse dormido.

Durante el habitual desayuno de gachas, Shalim ve a Nagesh

inusualmente distraído. Parece evidente que no ha dormido bien, pero está seguro de que hay algo más tras sus ojos opalinos. Desde luego, de ninguno de ellos puede decirse que duerma bien regularmente, pero en el caso de Nagesh esta vez su estado llama la atención más de lo habitual.

—Vamos, Nagesh, que el sermón no ha sido tan duro.

—¿Qué? Perdona, estaba distraído.

—Digo que como no te des prisa te van a retirar el plato antes de que lo hayas olido —le advierte Shalim.

—No tengo apetito.

—¡Venga ya! Pero si anoche tampoco cenaste nada. Yo esta mañana me levanté mordiéndome el brazo.

—Lo digo en serio, no me apetecen.

—Si quieres me lo puedo comer yo —dice el Caminante, como quien se ofrece a realizar un favor costosísimo.

—Está bien, toma —responde Nagesh, arrastrando el cuenco hacia él.

Pese el pobre sabor de las gachas, Shalim las acepta entusiasmado.

—¡Gracias!

A decir verdad, Nagesh ya no se fía ni de la comida que les ofrecen. No le extrañaría que estuviese envenenada o contaminada con alguna sustancia maligna que consiga mantenerles apaciguados. Es cierto que Shalim nunca ha detectado en los platos sabores extraños ni Umed ninguna de las plantas que conoce, pero Nagesh ha aprendido que cualquier precaución es poca cuando entra en juego la maldad de un británico. Pero tampoco puede decirle a sus compañeros que vivan sin comer nada por si al cacique le da por echarles algo en la comida, ni él puede seguir negándose a ingerir alimento para siempre.

—¿Nadie más se siente mal por haber comido la carne anoche? —pregunta Shaana.

—¿Mal? No sé. Yo me siento lleno todavía, pero mal no —confiesa Narayan.

—Tenemos prohibido comer ese tipo de carne, lo sabéis.

—¿Y qué? Si llego a saber que está tan rica, hubiese intentando probarla mucho antes —se justifica el muchacho.

—¿Cómo puedes hablar así?

—¿Tienes idea de las porquerías que he tenido que comer hasta hoy para poder sobrevivir? Si algún dios se ofende por mis actos no es mi problema. Hace tiempo que no rezo a ninguno de ellos.

—¿Ya solo lo haces al dios cristiano? —pregunta Shalim.

—¿Qué dices? ¿Tú le rezas? Yo solo muevo la boca para que nadie me diga nada.

—En fin, olvidadlo; no he dicho nada. ¿Habéis visto qué manera de llover? —pregunta Shaana. Se siente un poco tonta por tener remordimientos.

—Sí. Es un fastidio tener que trabajar así —coincide Narayan—, pero no queda otra opción. Los guardias no nos dejan quedarnos en los barracones echando unos dados, ni siquiera aunque les invitemos a jugar con nosotros.

—El otro día llovía menos y nos hicieron volver —recuerda Shalim.

—Sí, pero hacía más viento.

—¿Creéis que nos hicieron volver por la lluvia o el viento? —plantea Nagesh.

—Entiendo que sí, ¿no?

—No lo sé. Me dio la impresión de que lo único que pretendían era tenernos aguantando bajo la lluvia como unos idiotas.

—¿Y eso para qué?

—Ni idea. Es verdad que no tiene mucho sentido.

—Nada de lo que recojamos hoy servirá. No serán más que un puñado de flores y hojas empapadas —apuesta Narayan.

—El otro día lo tuvieron en cuenta, después de restar lo que se supone que pesaba el agua.

—Bueno, ya nos enteraremos… ¡Eh, Nagesh! ¿Tú no dices nada?

—Estás muy pensativo. ¿Te ocurre algo?

—Eh…, no…, solo que yo… ¿Habéis pensado alguna vez en fugaros?

—¡Ah! ¿Es eso? Bueno, ya sabes cuáles son mis intenciones —dice Narayan, a quien no le importaría repetirlas de no ser por la presencia cercana de Gagan y sus secuaces.

—¿Fugarnos? Yo no. Creo que terminaré la temporada y después ya veremos. La verdad es que ahora mismo no tengo nada mejor que hacer —reconoce Shaana.

—¿Qué me dices tú, Shalim?

—No, tampoco yo lo he pensado. Aquí os tengo a vosotros; ahí fuera no tengo a nadie. Además, sería un egoísta yéndome y dejándoos entre toda esta gentuza —dice el muchacho, compartiendo pensamientos similares a los de Narayan.

—Oye, Shalim. ¿Qué le pasó a tu perra? —pregunta Nagesh, recordando sin saber por qué la historia que el chico les había contado durante el viaje.

—¿Sarama? —dice él con la boca llena de gachas.

—Sí. Cuando íbamos en el carromato nos dijiste que habías salido de Palitana con la única compañía de tu perra, aunque luego te fuiste encontrando a otras personas que también se dirigían a Varanasi y formasteis un grupo mayor.

—¡Ah, sí! No me acordaba de haberos hablado de ella. —Shalim traga los cereales que tiene en la boca y deja la cuchara sobre el cuenco—. Nos mantuvimos juntos todo el camino, cuidando el uno del otro hasta el final. Hubiera sido imposible hacer un viaje tan largo sin ella.

—Habrás vivido un sinfín de situaciones emocionantes durante el trayecto —intuye Nagesh, acusando quizá esa falta de libertad sufrida durante la infancia que a menudo le hace sobrevalorar la trashumancia.

—No puedes ni imaginártelo —le confirma Shalim—. Algún día os contaré varias vivencias y estoy seguro de que os sorprenderéis.

—Nos encantaría escucharlas —admite Nagesh, comprobando atónito cómo su compañero se ha terminado su segundo cuenco de gachas sin apenas pestañear.

—¿Y qué paso con Sarama después? —se interesa Shaana—. No estaba contigo cuando te reuniste con nosotros en la plaza. ¿Murió antes de que llegaseis a Bhubaneswar?

—No, nada de eso.

Pero la tristeza en la mirada de Shalim constata un final abrupto en su relación con la perra.

—La perdí en Varanasi, en un descuido mientras iba escuchando al británico explicarme en qué consistía este trabajo. Cuando me di cuenta de que no estaba conmigo, traté de buscarla por los alrededores, pero me fue imposible dar con ella. Había muchísima gente y animales por todos lados, y muchos sitios en los que podía haberse metido.

—Y tuviste que marcharte de la ciudad sin ella, ¿verdad? —predice la chica, haciéndose eco de su tristeza.

—Sí. Pero tengo previsto volver a buscarla cuando termine la temporada. Sé que será muy difícil encontrarla y cuanto más tiempo pase peor será. Sin embargo, algo me dice que me estará esperando todavía sentada en lo alto de algún *ghat*.

—Ojalá sea así, amigo —le intenta animar Narayan.

—Dinos, Shalim, ¿cómo es Varanasi? —pregunta Nagesh, recordando el deseo de Shefali de visitarla en algún momento de su vida. Hasta este día él nunca había pensado en esa posibilidad, pues en Bhubaneswar ya había varios sitios en los que poder purificarse. Y aunque los intocables no estuviesen autorizados a usarlos, ella sí

que podría hacerlo.

—¡Enooorme!

—¿Más grande que Bhubaneswar? —pregunta Shaana.

—Sí, mucho más. Y más alborotada. Como os decía, las calles están llenas de gente pisoteándose y dándose codazos. Lo peor es cuando es un elefante el que quiere pisarte y no encuentras más escapatoria que un muro tras de ti. Entonces hay que intentar esquivar sus patas y confiar en que Ganesha te brinde su protección.

Los chicos ríen imaginándose a su amigo en apuros bajo las patas de un enorme paquidermo.

—¡Eh, Shalim! —le llama Gagan desde la otra esquina de la mesa—. He oído que la buena fortuna no deja de acompañarte y por eso últimamente solo te toca ir destinado a las parcelas más cercanas al campamento.

—Será casualidad. Nadie me ha preguntado a cuáles me gustaría ir —responde él sin entrar en provocaciones.

—¿Ah, no?

—No.

—Lo que yo digo: la buena fortuna.

—Si tú lo dices…

—O eso, o es que tienes un amigo entre los capataces.

—Ya te he dicho que no soy amigo de esos.

—No les hagas caso, Shalim —le recomienda Nagesh—. Solo buscan crear gresca.

—Tú cállate la boca si quieres seguir durmiendo tranquilo —le amenaza abiertamente Gagan.

—¿Podría sucederme algo malo en caso contrario?

—Yo de ti no me arriesgaría —le avisa Gagan, señalándole a la cara con la cuchara.

Nagesh no quiere verse envuelto justamente hoy en una reyerta y opta por no entrar en su juego. Sabe que cualquier cosa que atrajese la atención de los guardias sobre su persona conllevaría a buen seguro un nuevo escollo en su camino. Y hoy los imprevistos no tienen cabida en sus planes.

—Lo que tú digas. «Tu chulería aquí no sirve de nada. Mañana yo estaré caminando en dirección a mi casa, mientras tú seguirás cubriendo tus llantos con fanfarronería delante de un cuenco de gachas».

Al terminar el desayuno, los chicos son llamados a formación en el patio para el habitual reparto de tareas. Nagesh busca un hueco cerca de Shalim para poder hablarle sin que nadie les vea. Quiere que él sea el único en saber de antemano lo que va a intentar hacer,

y que más tarde se lo cuente a los demás.

—Shalim —dice en voz baja Nagesh a su compañero de fila. Él se percata y agita la cabeza para mostrar que le escucha.

—Voy a salir de aquí —le confiesa, susurrando y sin rodeos—. Y lo haré hoy.

Shalim se gira y le mira, atónito. Luego busca a los guardias para asegurarse de que ninguno ha escuchado el mismo disparate que él. Por suerte, todos parecen estar centrados en otros asuntos, esperando la llegada del capataz con el informe sobre el reparto de parcelas.

—¿Has dicho hoy? —pregunta, sorprendido, ante la súbita e inesperada declaración de intenciones.

—Ahora mismo, para ser exactos —le confirma su amigo—. Aprovecharé que están de guardia con nosotros Suar y Kaddu.

Nagesh se había dado cuenta de que los turnos de los guardias siguen un orden que se repite periódicamente, y de ese modo es fácil saber qué día estará cada uno de ellos vigilándoles. Y no parece ser una planificación fruto del azar. Justo al día siguiente de que Suvar y Kanu supervisen la labor de una cuadrilla determinada, Srinivas y su compañero de nombre desconocido son siempre quienes cogen las riendas. Y tiene mucha lógica, ya que son los más temidos por los muchachos y sir Sheercliff sabe que nadie mejor que ellos para recuperar los niveles de productividad exigibles tras un día de relativa relajación. Lo que Nagesh no entiende es por qué el cacique ha optado por emparejarles de esa manera, asignándoles a unos a continuación de los otros, en lugar de balancear un poco sus aptitudes.

—Quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí durante estas semanas. Te prometo que no os olvidaré. Por favor, espera a la noche para decírselo a Shaana y a los demás. No me gustan demasiado las despedidas —argumenta Nagesh, quien además cree que el comportamiento de sus compañeros, si supiesen que se iba, se vería alterado y de algún modo podría alertar a los guardias—. Estoy seguro de que lo entenderán.

Shalim lo ve razonable y le da una palmada en la espalda, deseándole suerte. No sabe qué habrá podido elucubrar su amigo, pero tiene plena confianza en él, y ya desde el primer momento en que le vio en la plantación supo que comenzaba la cuenta atrás para su huida.

—Si no vuelvo a verte en esta vida, ten presente que siempre serás mi hermano y nuestros caminos volverán a encontrarse tarde o temprano —le promete Shalim. Él también se siente muy

agradecido por lo que Nagesh le ha aportado durante este corto periodo de tiempo.

—Soy un paria. Me quedan unos cuantos ciclos hasta alcanzar el nirvana, así que oportunidades para volver a coincidir contigo no me faltarán —le dice Nagesh, guiñándole un ojo.

En los almacenes próximos al caserón de sir Sheercliff una pareja de trabajadores carga un carromato con cajas de té. Nagesh conoce de memoria el procedimiento que siguen habitualmente antes de partir hacia la ciudad. Lo lleva estudiando desde que llegó. Primero los hombres cargarán la carreta, de manera que uno de ellos irá apilando las cajas que le alcanzará el otro desde el suelo. Cuando toda la mercancía haya sido asegurada, el hombre bajará del carro y se irá a por la lona con la que la que la cubrirán para protegerla de la lluvia y el viento. Una vez fijada, uno de los cocheros se subirá al pescante y conducirá el carro hasta el centro de Sambalpur, donde el lote será trasladado a otro vehículo con el que las cajas seguirán su camino hasta el lugar de entrega final. Este último paso es el único del que Nagesh no puede estar totalmente seguro, pues nunca lo ha visto realizar, pero teniendo en cuenta el tiempo en que tarda el carro en regresar a la plantación, es lógico pensar que en algún momento la carga es traspasada o descargada en algún lugar no demasiado lejano.

Los dos hombres acostumbran a realizar el trabajo en silencio, con cara de vivir inmersos en la más absoluta desidia. Aparentemente, estos empleados llevan en la empresa desde mucho antes de que sir Sheercliff llegase a ella. Seguro que resulta interesante oírles hablar de los cambios que el cacique implantó en la compañía una vez se hubo instalado en la dirigencia. Pero las inquietudes de Nagesh hoy discurren por otros derroteros y no tiene pensado preguntarles.

El muchacho aprovecha la visita al almacén de herramientas para agazaparse en un rincón tras unos sacos de estiércol. Los demás trabajadores continúan entrando y saliendo para recoger sus cestos y cuerdas de amarre, sin que ninguno repare en su presencia. Nagesh aguarda a que el último de ellos abandone el almacén y espera a que los capataces terminen de dar las últimas órdenes en la explanada. Sabe que la forma en que va a intentar escapar no es la más idónea, pero no le queda otra opción. Necesita comprobar que lo que le ha pasado a la estrella de Shefali no tiene nada que ver con ella.

Cuando le parece que todas las cuadrillas se han ido ya hacia sus respectivas parcelas, Nagesh se desliza con la espalda pegada a la

pared hasta la puerta y se asoma al exterior. Tiene tiempo de ver cómo los guardias se pierden en la distancia, cerrando la última de las comitivas. El patio queda temporalmente desierto, algo que puede cambiar de inmediato en el momento en que a alguien le dé por cruzarlo. En la plantación trabajan muchas personas al margen de las cuadrillas y el lugar más probable para toparse con alguna de ellas es, claramente, la explanada principal. Por tanto, parece fuera de toda duda que lo mejor es no estar expuesto en ella más tiempo del estrictamente necesario.

Desde su posición resguardada, Nagesh ve que en el interior de la nave los hombres están terminando de apilar las últimas cajas en el carromato. Según lo previsto, uno de ellos se va entonces a buscar la lona para tapar la mercancía. Su compañero aprovecha para encenderse un cigarrillo y Nagesh hace lo propio para reptar con gran sigilo hasta el vehículo y subirse en él, ocultándose en un estrecho hueco entre las cajas de madera. Su complexión delgada le permite encogerse hasta ocupar un espacio muy reducido, lo que ya le ha reportado ventajas tanto en el almacén como aquí. «Algo bueno tenía que tener haber pasado tanta hambre los últimos días», piensa, aunque bien es cierto que un par de bocados más no le hubiesen impedido proceder de la misma manera.

Tres minutos después, Nagesh es sepultado bajo una gran manta impermeable, que le deja sumido en una momentánea oscuridad. Aunque el cobertor es mayormente opaco, algunas zonas rasgadas permiten el paso de luz suficiente para distinguir las siluetas de los bultos y poco a poco sus ojos se van acostumbrando también al ambiente sombrío. Las cajas desprenden un olor intenso pero agradable que a cualquier entusiasta del té evocaría apacibles y confortables momentos junto a la chimenea. Para Nagesh, en cambio, solo trae a la memoria el rostro mordaz del obispo encargándole llevar una carta a un pueblo perdido en el Himalaya.

Lejos de ser un incordio, la frescura de la lluvia evitará que se cueza de calor bajo un material tan poco transpirable, si bien es cierto que a medida que se vaya colando por los agujeros de la lona y le moje la ropa, la sensación se hará algo menos agradable; pero al menos no correrá el riesgo de resfriarse.

Nagesh escucha cómo el cochero intercambia unas últimas palabras con los dos hombres antes de agitar las riendas de los caballos y hacer que el carruaje abandone la nave para emprender el camino hacia Sambalpur. Son los primeros pasos hacia la libertad, hacia el modo de recuperar su vida. Una vida que está harto que se la roben y hagan con ella lo que quieran.

Pero ni mucho menos está todo hecho. «Ahora empieza lo más delicado». Nagesh sabe que cualquier pequeña complicación arruinará su huida y entonces sí que puede darse por perdido.

Las gotas de lluvia golpean la lona dificultando la escucha de lo que ocurre más allá de los adrales. Nagesh levanta levemente la lona y se asoma entre ellos para comprobar que nada en el carro despierta las sospechas de los guardias. Ve a los dos hombres que se han quedado en tierra cerrando el portón del cobertizo, encorvados para evitar mojarse más de la cuenta. Nunca se lo ha preguntado, pero lo cierto es que no tiene ni idea de a qué se dedican esos empleados desde que un carro sale hacia el pueblo hasta que llega la hora de preparar el siguiente. Seguramente sir Sheercliff les encomiende otras tareas de mantenimiento que les despertarán el mismo entusiasmo que cargar las cajas de té en el carromato. «No estaría mal que le dedicasen un poco de tiempo a mejorar el estado de los barracones», piensa Nagesh. Y a decir verdad, da la sensación de que si no lo hacen no es porque les falte ese tiempo ni tampoco otros recursos. Entonces, ¿por qué siguen dejando que los edificios se caigan a pedazos?

El vehículo se desplaza todavía despacio por la pista embarrada que separa la explanada de la puerta principal sin que nadie se interponga en su trayectoria. Parece que ninguno de los esbirros del cacique sospecha que pueda viajar un polizón en su interior. «¿Cómo serán tan ilusos?».

Al llegar a la entrada de la propiedad, el guardia que la vigila desde la garita abre la verja de forma rutinaria, confiando erróneamente que el carro solo transporta un puñado de hojas secas destinadas al paladar de la alta burguesía británica. Por lo poco que oye, Nagesh cree que es el mismo individuo que le recibió el primer día. El guardia le dice algo al cochero sobre la lluvia y este se despide prometiendo volver pronto, pues según coincide, el día no invita al esparcimiento. Antes de cerrar de nuevo la verja, el guardia le asegura con ironía que estará esperándole en la garita hasta que regrese. Nagesh supone que es la misma charla mantenida entre ambos cientos de veces en otros tantos días lluviosos. Mucho mejor; lo cotidiano está de su lado.

El único problema es que hasta ahora todo ha transcurrido dentro de una inquietante normalidad. Si Nagesh hubiera sabido que era tan sencillo salir de la plantación habría adelantado su huida unas cuantas semanas, pero lo cierto es que esperaba un poco más por parte del equipo de seguridad. Al final, no son todos más que un puñado de matones incompetentes a los que con solo unas

dosis básicas de precaución resulta sencillo esquivar. Sea como fuere, el obispo deberá agradecerle ese tiempo de más que el muchacho le ha concedido antes de hacerle morir. Ahora, la cuenta atrás avanza sin parar y queda muy poca arena en el bulbo superior de su reloj.

En principio, Nagesh podría saltar ya del carromato y emprender su viaje de vuelta a través de los bosques. Pero cree que será mejor llegar al pueblo camuflado entre la mercancía y que sea ese su punto real de partida. Así tardará menos tiempo que si fuese a pie y estará también más descansado cuando sea ineludible comenzar a caminar.

Sin embargo, pronto sucede algo inesperado que acabará por alterar el rumbo de los acontecimientos venideros.

Cuando el guardia cierra la verja tras el carruaje, este no toma el sendero hacia el sur, que le llevaría directamente al centro de la ciudad, sino que se desvía a la derecha, hacia el interior de las montañas. Nagesh no entiende esta decisión, pues duda mucho que por allí se llegue a alguna parte. No puede negar que cada día que pasa entiende menos el funcionamiento de las cosas en este lugar. Es más, cualquier aspecto relacionado directa o indirectamente con sir Sheercliff resulta siempre absurdo, disparatado, inexplicable.

Aparentemente, el camino que han tomado se interna en la cordillera, pero es poco probable que exista un paso a través de las cumbres que conduzca a las regiones de la meseta. Hay zonas mucho más seguras y cómodas por las que cruzar los Ghats partiendo de la propia ciudad, así que no tiene sentido adentrarse en las montañas recorriendo senderos abandonados y solitarios. Además, el cochero acaba de indicarle al guardia que volverá pronto, lo que no aporta ni un ápice de coherencia al hecho de tomar esa ruta. «No, definitivamente no vamos a cruzar la cordillera», se convence Nagesh. «Pero entonces, ¿hacia dónde vamos?».

Si el carromato va a alejarse cada vez más del pueblo, Nagesh no ve motivos para permanecer más tiempo escondido en él y se plantea saltar del mismo cuanto antes. Pero de algún modo, la curiosidad le sujeta contra los tablones de madera y le impide abandonar el barco. Después de todo, presumiblemente el carro llegará a algún lugar concreto, dará la vuelta y regresará a la plantación. Si las cosas se pusiesen feas, Nagesh siempre podría escapar poco antes de llegar a la puerta sin que nadie le viese. Estando solamente el cochero cerca, hacerlo no supondría ningún problema, y tampoco cree que una muchedumbre vaya a estar

rodeando el carro a corto plazo imposibilitando cualquier vía de escape.

Debido al poco tránsito soportado, el camino presenta un estado no apto para posaderas delicadas. El carro avanza rebotando bruscamente sobre las piedras, haciendo chirriar las llantas de hierro contra ellas. Y a medida que se alejan de la plantación, no puede decirse que el firme mejore en absoluto.

La ruta serpentea un par de millas a merced de las montañas hasta emparejarse con un barranco de corte pronunciado, por cuyo fondo discurren las aguas crispadas de un río de lecho rocoso. Nagesh cree que es el mismo río que acompaña al camino, ya mucho más calmado, que da acceso desde la ciudad a las compañías de té de las afueras.

Tras unos minutos más de ascensión, el cochero hace detenerse a los caballos junto al borde opuesto al precipicio. Después se baja del carro, les pide a sus animales que no se muevan y se encamina hacia la parte trasera del mismo. De un tirón retira parte de la lona hacia atrás y recoge dos de las primeras cajas. Desde el fondo, Nagesh alcanza a ver su cara. Es la del mismo cochero que tantas veces ha visto dirigirse al cobertizo al partir con su cuadrilla hacia las parcelas. No parece un mal hombre y Nagesh está casi convencido de que, si le descubriese, no pondría objeciones a dejarle marchar ni tampoco se iría de la lengua al volver. Seguramente, a su edad no aspire a convertirse en un héroe y mucho menos por evitar que un pobre muchacho huya de un centro de esclavitud como ese. Pero Nagesh no lleva tanto tiempo esperando para ahora arriesgarse a ponerse en manos de un desconocido, por muy buenas intenciones que pueda aparentar cuando se le ve conducir un carromato.

El cochero se dirige con las cajas a cuestas hasta el borde del barranco y, sin dudar ni un momento, las arroja al vacío. Los valiosos recipientes de madera se estrellan contra las rocas del río y acaban hechos añicos. Nagesh contempla con estupor el cruel destino que encuentra su extenuante trabajo diario y a punto está de lanzar un grito de rabia. Aunque finalmente logra controlarse, por dentro está hecho una furia. Si buscaba explicaciones permaneciendo escondido en el carro, lo que ha encontrado no hace sino confundirle e indignarle aún más. «¡¿Qué hace ese hombre tirando la mercancía por el barraco?! ¿No tiene ganas de ir hasta la ciudad y por eso se deshace de ella en un lugar en el que nadie puede verle?», se plantea Nagesh. Pero es evidente que si fuera el caso, no tendría forma de justificar ante sir Sheercliff la entrega del

producto, pues carecería de cualquier albarán y, por supuesto, no tendría el dinero.

Sin muestras de estar haciendo algo atípico o inusual, el hombre regresa al carromato y repite la operación con otras dos cajas más. Nagesh se da cuenta de que si va a tirar por el barranco todas las demás, al final acabará llegando a él y descubriéndole, así que aprovecha uno de sus viajes para saltar del remolque y esconderse entre la vegetación. Desde allí sigue viendo al cochero dejar caer al vacío el fruto de su trabajo sin ningún remordimiento. Le gustaría empujarle por el precipicio para que sus huesos acabasen igual de astillados que esos contenedores de madera. No puede quitarse de la cabeza las innumerables penurias que él y sus compañeros sufren a diario para llenar sus cestos, ni las vejaciones e insultos que sir Sheercliff y sus guardias les hacen soportar por no haber mantenido un buen nivel de productividad. «¿¿Y todo ello es en vano??».

Aunque parece que su plan de llegar a la ciudad a bordo del carromato ha fracasado, Nagesh sabe que de igual modo puede ser libre, pues nada le impide ahora mismo escapar a través de la maleza, bordear la plantación y llegar finalmente hasta la civilización. Pero lo que está viendo le hace replantearse su decisión porque, si todo el té que recogen él y sus compañeros es finalmente destruido, ¿para qué les tienen esclavizados de sol a sol?

No puede irse ahora. No puede irse y abandonar a sus amigos dentro de semejante manicomio imperialista. No puede dejar que sigan partiéndose la espalda de una forma tan inútil. Algunos incluso han muerto recogiendo unas hojas que solo sirven como pasto del río. Descontando a Anuj y a Shefali, esos chicos son los primeros amigos que Nagesh ha hecho en su vida. Son demasiado valiosos para fallarles por simple egoísmo. Nagesh lo tiene claro: regresará a los barracones y les contará lo que ha averiguado. No necesitarán seguir despellejándose las manos durante horas ni volver con los riñones hinchados de soportar tanto peso sobre sus espaldas. A partir de hoy se tomarán las cosas de otra manera y si el cacique se queja, descubrirá de una vez por todas de quién ha tenido la mala suerte de rodearse. Puede que la mayoría de ellos sean huérfanos; puede que estén solos y asustados. También es muy probable que lo que le aguarde a alguno fuera de la plantación sea incluso peor que su futuro dentro de ella. Pero Nagesh está seguro de que cuando sepan la verdad, todos se unirán en torno a un propósito común: recuperar su libertad, por las buenas o por las malas. Y de paso, tal vez descubran de una vez cuál es el secreto que se esconde tras el cartel de la Royal Crown Tea Company.

Cuando el cochero termina de arrojar el resto de cajas por el precipicio, se sacude las manos y vuelve a subirse al carromato. Nagesh salta de nuevo sobre él y se cubre con la lona justo antes de que el hombre haga girar a sus animales y reemprenda la marcha.

Durante el descenso, Nagesh recapitula todas las extrañas situaciones que se le han presentado en los últimos tiempos. Sitúa el comienzo cuando monseñor Dumont le pidió ir a un lejano paraje para entregar un mensaje a un cacique británico. En ese mensaje, el propio Nagesh se ofrecía voluntario para trabajar gratis en su plantación de té, y además de forma indefinida. Pero la plantación ha resultado parecerse más a un centro de reclusión donde, salvo excepciones, los trabajadores son jóvenes recientemente empleados cuyo futuro no es demasiado halagüeño. Muchos de ellos fallecen a causa de las duras condiciones laborales, sin que el cacique muestre el más mínimo pesar. Y ahora, cuando todo hacía pensar en una brutal explotación humana en pos de maximizar los beneficios, Nagesh descubre que el producto final es desechado con total indiferencia a tan solo unas pocas millas de donde se recolecta. Si no quiere acabar enloqueciendo, necesita averiguar cuanto antes a dónde lleva todo esto.

Mientras el muchacho trata de encajar todas las piezas del rompecabezas, el vehículo cruza la puerta de la plantación y recorre otra vez el camino que la une con el almacén, cuyas puertas le esperan nuevamente abiertas. El cochero deja aparcado el vehículo en el interior y se lleva a los caballos al establo. Cuando se ve solo, Nagesh desciende del mismo y se esconde tras un montón de cajas vacías a aguardar allí a que sus compañeros regresen. Entonces, mientras está sentado en el suelo, se fija en una etiqueta de color verde que hay tirada a escasa distancia. Con cuidado de no hacer ruido, estira el pie y la arrastra hacia él para verla con más detalle. En la etiqueta aparece dibujado en blanco y negro un imponente molino de viento, aparentemente capaz de resistir el envite de un huracán. Windmill's Garden, puede leerse en letras doradas bajo el grabado. Nagesh recuerda haber visto etiquetas similares en la abadía. «¿No se llamaba así uno de los tés que más le gustaban al obispo Dumont? ¿Cómo habrá llegado hasta aquí la etiqueta de un producto de la competencia?». Pero Nagesh está tan cansado, que pensar a estas alturas en nuevos enigmas le produce un enorme dolor de cabeza, así que decide aprovechar las horas que restan de día para echar una cabezada y reponer un mínimo de fuerzas.

Asegurándose de estar en un lugar seguro, fuera del alcance visual de cualquiera que asome la cabeza en el almacén, Nagesh se

recuesta y cierra los ojos. Casi de inmediato se sume en un profundo sueño, que no se interrumpe hasta la llegada de sus compañeros.

El ruido le hace despertarse sobresaltado, pero al verse a salvo enseguida recupera la calma. Calcula que si los muchachos ya están aquí deben ser alrededor de las cinco y media o las seis. Eso significaría también que la recogida hoy no ha sido suspendida a causa de la meteorología. Al menos espera que a todos les haya ido bien y no se hayan arriesgado físicamente por echar un par de hojas más en esos estúpidos cestos.

Antes de salir del almacén, Nagesh busca el barreño de agua que otras veces ha visto junto a los caballos y se lo echa por encima. Está lleno de algo viscoso y maloliente, seguramente sean babas de los animales, pero no puede permitir que un guardia le vea aparecer de repente con su uniforme totalmente seco cuando el de sus compañeros está chorreando. Nagesh aprovecha el momento en que los chicos dejan sus cestos en el cobertizo para mezclarse entre ellos. Está ansioso por llegar a los barracones y hablar con Shalim y los demás. No puede imaginarse la cara que pondrán cuando se enteren de lo que ha averiguado.

Mientras los muchachos se asean y se cambian de uniforme, en la oficina de sir Sheercliff un guardia entrega el parte del día. En él se informa de la ausencia no autorizada de uno de los trabajadores durante el recuento diario.

1. *El resto de mujeres a tu edad*

El niño gatea por el suelo bajo la inquisidora mirada de monseñor Dumont. Parece disfrutar persiguiendo las cucarachas que corretean como locas a su alrededor. Cuando se acerca demasiado a la puerta, su madre le recoge y le lleva en volandas hasta el centro de la choza, donde le deposita con la vana esperanza de que se esté un poco más quieto. Pero el pequeño, que aún no ha cumplido su primer año, es muy nervioso y activo, y no deja de arrastrarse de rodillas de un lado a otro tras los rápidos insectos acorazados.

Su madre es una chica de unos catorce años, aunque como suele ser habitual, desde fuera, su aspecto desnutrido y descuidado hace muy difícil precisar su edad.

Los dos viven en una pequeña edificación de paredes de adobe y techo de paja, construida con la ayuda de varios vecinos de la zona.

—¡No insistas más! —dice monseñor Dumont en un tono seco y cortante—. Coge esta bolsa de monedas y adminístrala bien, porque será la última vez que te traiga algo. A partir de ahora deberás valértelas por ti sola, como hacen el resto de mujeres a tu edad.

El obispo arroja la bolsa sobre la mesa, cerca de donde se encuentra la chica. Ella, lejos de hacer por recogerla, se echa las manos a la cara y se pone a sollozar. Pero el religioso está harto de ver derrumbarse a gente en el confesonario y no siente ninguna lástima.

Cuando, al fin, ella baja las manos y las deja sobre la mesa, puede ver sus ojos enrojecidos y su expresión derrotada.

—No puedes hacernos esto —responde la chica con tristeza—. No puedes desentenderte sin más y hacer cómo si no hubiera pasado nada.

—Por supuesto que puedo. ¿Qué te has creído, qué iba a estar pagándote su manutención con dinero eclesiástico toda la vida? Tengo otras prioridades en las que invertir esos fondos.

—¿Otras prioridades, Maurice? —pregunta ella. El obispo siempre había querido que le tratase por su nombre de pila. Era algo habitual en muchos clientes—. Es lo único que te preocupa, esa nueva iglesia que estás construyendo. Así podrás embaucar a más jovencitas con esas palabras envenenadas que tanto te gustan. ¿Sabes que no puedo salir de casa sin arriesgarme a una paliza?

—No seas tan victimista.

—Las personas no aceptan a madres sin marido. ¿De qué vamos a vivir el niño y yo si nadie me da trabajo?

—Habla con Lizabeth —propone el sacerdote con desdén.

—¡No me permite volver al burdel! —exclama la chica, desesperada—. Ya lo he intentado, ¿te crees que no se lo rogué?

—Si no has sabido aprovechar las oportunidades que te ha brindado la vida no esperes mi simpatía, ni por descontado mi compasión —le reprende monseñor Dumont, al tiempo que despachurra con su bastón una de las ingenuas cucarachas que cruza a su lado—. Deberías tratar de mantener esto un poco más limpio, por el bien de tu hijo.

La chica coge la bolsa de monedas de la mesa y la arroja contra el rostro del religioso, haciéndola impactar violentamente en su ojo derecho. Al recibir el golpe, monseñor Dumont emite un alarido de punzante dolor. Asustadas, las cucarachas corren a esconderse bajo la primera cosa que encuentran.

—¡Maldita sea! —ruge el religioso, llevándose la mano al ojo herido. De su ceja emana la sangre a borbotones, manchando su párpado y resbalando por el antebrazo.

El sacerdote se levanta de la silla iracundo. Bordea al niño, que se puesto a llorar en mitad del suelo intimidado por los gritos y, tanteando con su bastón, llega hasta la puerta.

—Por el amor de tu dios, Maurice, no abandones a tu hijo —le suplica la chica desde dentro. En el fondo, sabe que lo que ha hecho va a tener consecuencias.

—¡Te prohíbo que utilices el nombre de Dios en vano! —chilla el padre Dumont desde el umbral—. ¡Y te prohíbo que vuelvas a decir que ese niño es mío!

El prelado aparta la cortina que cubre la entrada, mientras gira la cabeza para mirar a la chica por última vez a través de su único ojo abierto.

—Y, por supuesto, maldita zorra, te prohíbo que vuelvas a llamarme Maurice —asevera sin separar las mandíbulas, justo antes de abandonar la choza.

1. *Las herramientas persuasivas adecuadas*

—¡Idiotas! ¡Dejarle un poco de margen no significa abrirle las puertas y ponerle una alfombra para que se vaya!

Sir Sheercliff no puede contener la furia ante sus subordinados por haber permitido que Nagesh desapareciese durante todo el día. Lo que el cacique no sabe es que en realidad ninguno de los dos guardias se dio cuenta ni siquiera de ese hecho, y si no fuera porque el capataz lo había dejado reflejado en su informe, el cacique tampoco se hubiese enterado.

—Tenéis suerte de que los demás guardias sean profesionales de verdad y gracias a ellos ese gusano no haya podido escapar.

Ni Suvar ni Kanu se atreven a rechistar ante el aluvión reprensor de su patrón, quien les mira con una inquina que nunca antes habían detectado en él. Si para el cacique ese muchacho requería una atención especial, ambos creen que debería haberlo mencionado explícitamente, en lugar de pedirles simplemente «que le dejasen un poco más de espacio». «Un día nos dice que le vigilemos más de cerca; otro que le dejemos actuar con más libertad… Este hombre no se aclara».

Pero lo que más les molesta a los guardias es que el cacique les avergüence delante de un desconocido. Piensan que su invitado se está llevando una primera impresión bastante negativa de ellos, y por todo lo que están trabajando para el cacique, al menos se merecen recibir un trato mejor.

—¡Largaos! —les ordena finalmente sir Sheercliff—. Más tarde decidiré qué hacer con vosotros.

Abochornados, los guardias bajan la cabeza y, sin atreverse finalmente a objetar nada, salen del despacho. Dentro, sir Sheercliff se queda a solas con su invitado al que, por culpa entre otras cosas de la poca capacidad de Suvar y Kanu, ha tenido que hacer llamar antes de lo planeado.

—Pero ¿quién ha enviado aquí a estos dos patanes? —se pregunta sir Sheercliff en voz alta, harto ya de su incompetencia.

—¿Cree que ha habido un riesgo real de fuga? —pregunta el otro hombre.

—Sin lugar a dudas. Llevamos observándole desde el primer día

y desde entonces ha estado planeando cuidadosamente su huida. Ignoro por qué no lo ha hecho hoy, habiendo gozado de una oportunidad sin precedentes, y también dónde ha estado metido durante todo el día, pero me hace la misma poca gracia no saber una cosa que la otra.

—Eso constituye un grave problema.

—Exacto. Pensándolo concienzudamente, creo que hay dos posibles razones que pueden explicar por qué no se ha ido. O bien la seguridad pasiva le ha coaccionado, o bien existe algún motivo de peso por el que ha preferido quedarse dentro.

Obviamente, aunque el cacique sabe que Nagesh no ha estado recolectando té con su cuadrilla, ni se imagina que ha salido en el carromato, ha visto cómo el lote entero ha sido destruido y ha vuelto para contárselo a sus amigos.

—¿Y por qué no le interroga para sonsacarle qué ha estado haciendo?

—No nos dirá nada.

—A menos que emplee las «herramientas persuasivas» adecuadas, claro.

—Por el momento prefiero evitar usarlas con él. Me gusta la gente diferente que se resiste a someterse, aun cuando su posición no es ventajosa. Quiero saber por qué ha refrenado su impulso evasivo, pero no que sea consciente de que le vigilo.

—¿Tiene alguna sospecha ahora mismo sobre cuál sería ese motivo tan determinante?

—Solo se me ocurre que esté planeando una fuga masiva junto a varios de sus compañeros. Eso explicaría por qué no ha intentado fugarse en solitario.

—Entiendo. Digamos que se dieron las condiciones adecuadas para una huida, pero no todos estaban preparados para llevarla a cabo.

—Sí, y eso le hizo recular.

El cacique hace una pausa reflexiva.

—Vamos a tener que adelantar el adiestramiento.

—¿Adelantarlo? ¿Más aún? El gobernador casi nos ha dejado sin margen de error. No podemos acortar más los tiempos y seguir garantizando que la instrucción será igual de eficiente.

—Tendremos que hacerlo igualmente —advierte sir Sheercliff, aunque está claro que ni él mismo está seguro de que eso sea viable.

—Si la memoria no me falla, el plan tendría una vigencia de tres años, suficiente para reunir unas mínimas garantías de éxito. Hoy en día, el número de efectivos no llega a cuarenta, y eso contando

los dos grupos.

—No quiero más intentos de fuga. Imagínese que una mañana despertamos y nos falta medio barracón. Tendremos que revelar la verdad mañana mismo.

—Pero… las instalaciones no están preparadas para albergar a tanta gente.

—Hasta donde yo sé, disponemos de dos barracones, y uno de ellos está completamente vacío.

—Ese edificio lleva abandonado mucho tiempo. El techo es prácticamente un recuerdo del pasado, las paredes son una esponja de humedad y las camas están en un estado lamentable.

—Vamos, señor Harjeet, en ningún momento hemos dejado que estos muchachos se habitúen a los lujos. No les costará adaptarse a un entorno ligeramente menos confortable que el actual.

—Ya han demostrado sobradamente su fuerza y aguante. El objetivo de la segunda parte del adiestramiento no va en esa línea —recalca Harjeet.

—No les pasará nada. Si cree que el maldito edificio requiere una mano de pintura, désela. Utilícelos a ellos mismos para decorar su casa. Después de todo, van a ser sus principales beneficiarios.

—No estoy aquí para enseñarles albañilería o interiorismo.

—¿Y para qué está? ¿Para dejar que se maten peleando?

—Los accidentes son algo muy normal cuando se manipulan objetos cortantes, y si suma el infortunio, la combinación resulta fatal. Pero eso no es óbice para que me acuse de no saber cuidar de mis hombres.

—¿Sus hombres? ¿Quién se ha creído? ¿Un general? —se burla sir Sheercliff.

—Tengo más de quince años de experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo —le recuerda el hombre, dolido—. Ya había vertido por mis venas el equivalente a la sangre de dos hombres mucho antes de que usted pisara la India.

—Si quiere impresionarme no me hable de cuánto le han herido. Quizá debería buscar a otro a quien las cicatrices no le hayan desfigurado el rostro.

—Afortunadamente para sus conciudadanos, usted no está capacitado para tomar esas decisiones. Si alguien me ha sentado en esta silla es porque cree que hay motivos suficientes para confiar en mí. Y no trate de desacreditarle, porque tal vez sea la misma persona que también le sentó a usted ahí.

Sir Sheercliff opta por recostarse en la silla y usar un tono más pausado, lo que ciertamente le da un aire de superioridad.

—Los lugareños sois fascinantes. Gracias a dios no empleáis ni la mitad de la energía que consume vuestra verborrea en defender la tierra que erosionáis con vuestros pies.

—Señor Sheercliff, si le permito ciertos insultos hacia mi persona no es porque le respete ni le deba pleitesía. Ustedes están en esta tierra de prestado, y tarde o temprano serán expulsados con la misma violencia con la que nos están tratando. Solamente rece por que no sea yo quien tenga que enseñarle el camino de vuelta.

Harjeet se levanta de su silla, hace una ligera reverencia y sale del despacho. Al cruzar por el gran salón se fija en la magnífica pecera que reposa junto a la pared bajo una cabeza de gacela disecada. Todos sus peces de colores flotan en la superficie con la boca abierta y el vientre de costado.

1. *Perros de paja*

—Ayer se produjo un incendio en la abadía.

—¿Un incendio?

—El hermano Anderson me lo contó.

—¿Y ha sido grave?

—Pudo haber sido mucho peor. Por fortuna, los monjes estuvieron resueltos y tan solo ardió parte del establo y el cobertizo, los cuales han quedado calcinados por completo. Se han perdido un montón de herramientas, mucha leña y grano.

—¿Están todos bien?

—Sí, se encontraban en el edificio principal cuando se desataron las llamas. El hermano Gorgonio las vio desde la cocina y enseguida corrieron a extinguirlo.

—Gracias a Dios.

—El incendio ha sido intencionado. Si se hubiese perpetrado durante la noche, la abadía entera habría desaparecido.

—No lo creo. Está construida en su mayoría de piedra.

—¿En su mayoría? ¿Se refiere a los techos? ¿A las vigas? ¿A los tejados?

Monseñor Dumont tiene razón. Si el fuego hubiese alcanzado los techos o algunas estancias como la biblioteca, repleta de papel del suelo al techo, toda la abadía hubiese sido pasto del fuego.

—Bueno, bueno, no se queje, que al final no ha sido para tanto.

—¿No me está oyendo? ¡Intencionado! Y eso es porque alguien por ahí está molesto con su política de remodelación de templos.

—¿Mi política? Alcanzamos un consenso para llevarla a cabo, no me culpe solo a mí de su impopularidad.

—Sí, claro que me mostré de acuerdo con ella. Pero porque me prometió que sería capaz de frenar los brotes insurgentes y, que yo sepa, tocamos al menos a una docena de reyertas diarias en torno a los edificios expropiados. Necesito escolta para moverme por la ciudad y vigilancia a mi puerta por las noches.

—Ya lo sé. ¿Qué se ha creído? Yo también la necesito, y las dos las pago de mi bolsillo.

—¿Va a ponerle escolta a todo aquel que se una a nuestra

religión? Porque le recuerdo que se han producido linchamientos a ciudadanos cristianos que nos benefician muy poco a la hora de captar nuevos adeptos.

El gobernador suspira. Detesta que monseñor Dumont se ponga en ese plan con él.

—Oiga, señor obispo. Siempre ha habido enfrentamientos por culpa de la religión. ¿Acaso ha olvidado la batalla campal en la que se convirtieron las termas el año pasado?

—No puede compararse. Esto es una persecución.

Persecución o no, el obispo no exagera. El sentimiento de hastío hacia la comunidad cristiana en la ciudad está quedando demasiado patente en los últimos meses como para no tenerlo en consideración. La respuesta al derribo y reconversión de templos hinduistas no se hizo esperar, y una gran masa ciudadana protesta, enfurecida, en las calles ante lo que para ellos es un atentado a su fe sin precedentes. Los ataques a personas, lugares y símbolos cristianos se suceden por doquier, en un clima de hostilidad que no hace más que acrecentarse. Pocos días atrás, los cinco miembros de una familia entera amanecieron colgados de un árbol cerca del canal. Tan solo un día antes, todos los albañiles que trabajaban en la construcción de una pequeña ermita al norte de la ciudad fueron degollados y arrojados al foso de los cimientos.

Por mucho que lord Britton quiera relativizar las cosas buscando precedentes, no puede negar que el sentimiento anticristiano que azota la ciudad ha nacido a consecuencia de su expolio.

—Tiene la costumbre de hablar quien más debe de callar —cita el gobernador.

—¿De qué diablos está hablando?

—De que, como siempre, usted no es la persona más indicada para juzgarme y, sin embargo, es la que más se permite hacerlo.

—Soy obispo —le recuerda el padre Dumont—. He nacido para juzgar a la gente.

—No desvíe la atención. La gente está enfebrecida con usted desde el entierro de la joven.

—Hice lo que consideré más oportuno.

—No dejó que su familia viese el cadáver, no les permitió celebrar un funeral en su honor y no les dio opción a incinerarla junto al lago.

—Está en el lugar en el que estaría el cuerpo de su esposo, de haber sido recuperado. Estoy seguro de que es algo que le gustaría.

—Al menos debo reconocer su habilidad para crear perros de paja sobre los que verter las sospechas.

—La fortuna me sonrió sentando a ese beato en los bancos de la iglesia. No hay nada como dejar que alguien se sienta dichoso de cargar con las culpas que a uno quieren echarle encima.

—Espero que esa sana costumbre se limite a quienes, como dice, se sienten dichosos aceptándolas —observa el gobernador Britton.

—Créame, si tuviera que escoger a un socio al que traicionar, habiendo posibilidad de elegir, preferiría a uno que no fuera de mi mismo credo.

—Eso sitúa al musulmán en una situación incómoda.

El religioso lanza al mandatario una mirada furibunda.

—Puede estar tranquilo, gobernador Britton. Por el momento no siento la necesidad de vender a nadie; a menos, claro está, que se me haga cambiar de opinión.

—Sí, por lo que veo usted es más proclive a quitarse directamente a la gente de en medio, ¿no es así?

—Sus constantes insinuaciones empiezan a preocuparme —advierte el obispo, cruzándose de brazos.

—Déjeme adivinar… ¿Siente ganas de matarme?

Harto de la situación, monseñor Dumont da un firme puñetazo sobre la mesa.

—¿A qué juega, gobernador?

—A sobrevivir en la sabana.

—¿La sabana? Escuche una cosa. Si llega el día en el que quiera matarle, no tendrá escudo tras el que protegerse. Le mataré y me iré caminando tranquilamente. Por la tarde, abogaré una vez más por el respeto a la vida, la misericordia y el perdón. Pero usted ya no estará allí para poder rebatirme.

Lord Britton aprieta las mandíbulas. Sabe que el prelado lo dice muy en serio.

—Y ahora, deje la impertinencia a un lado y céntrese en garantizarme la seguridad que merezco. De lo contrario olvídese de mi ayuda.

Monseñor Dumont se levanta de su silla y coge la estola del perchero.

—No puede abandonar el barco. Tenemos un acuerdo entre caballeros con vigencia hasta las últimas consecuencias.

El obispo se coloca la gran banda púrpura sobre los hombros.

—Puede que usted sea un británico muy acostumbrado a ello y por eso pase por alto el alto riesgo que conlleva apostárselas a un obispo —dice antes de cerrar la puerta del despacho tras de sí.

1. *Trozos de matojos secos y sin aroma*

—¿¿Arrojadas por un precipicio??

—¡Chsss!… ¡No alces tanto la voz! —replica Nagesh—. No debe enterarse todo el mundo, Shaana.

—Nagesh, lo que estás diciendo es muy grave —apunta Narayan —. ¿De verdad desechan todo el té que recogemos?

—No sé si todo. Supongo que no. Pero al menos un carromato lleno de cajas se fue precipicio abajo.

—¡Es increíble!

—¿No te habrás equivocado y serían cajas viejas apolilladas? Las cajas también tienen una vida útil, y cuando termina…

—No, no. Yo iba camuflado entre ellas y desprendían un fuerte olor a té. Estoy seguro de que estaban llenas.

—Pues no sé qué pensar, la verdad —dice Narayan, tan perplejo como sus compañeros.

—Es que no tiene pies ni cabeza. ¿Por qué iban a insistirnos tanto en la cantidad de té que debemos recolectar si al final van a tirarlo todo por un barranco?

—No lo sé todavía —reconoce Nagesh.

—De ser cierto lo que dices, ¿qué es lo que vende esta compañía?

Nagesh hurga en su bolsillo y saca doblado el pequeño adhesivo con el molino de viento dibujado.

—Mirad esto.

—¿Qué es?

—Es la etiqueta de otra compañía que se dedica al comercio de infusiones a gran escala.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—La encontré en el almacén, junto a nuestras cajas.

—¿Y…?

—Narayan, a su lado había una torre de cajas con la misma etiqueta pegada en un lateral.

—Qué raro… —opina Shalim.

—Creo que sir Sheercliff está comprando partidas de té a esta otra empresa para venderlas después bajo su nombre. Eso explicaría que, pese a destruir nuestra materia prima, siga abasteciendo al

mercado utilizando su propia marca.

—¿Y por qué gastar dinero en comprar el producto de un competidor si ya le estamos proveyendo nosotros de él?

—¡Vamos, Shalim! ¿Has visto la calidad del té que recogemos? Son solo trozos de matojos secos y sin aroma.

—¿Tú crees? —Shalim parece decepcionado. A su juicio lo que recogía no era tan malo.

—Ninguno estamos preparados para recolectar el té como es preciso. No se han molestado en enseñarnos lo más mínimo. En mi caso, si no fuese porque Shaana me indicó cómo hacerlo correctamente, llevaría un mes recogiendo rastrojos.

Los muchachos no pueden negar que Nagesh tiene razón. Todos han ido realizando el trabajo más o menos como han podido, pero nadie les ha asesorado ni dado ningún consejo para que el resultado fuese más adecuado.

—Pues no creo que sir Sheercliff esté ganando mucho dinero con esto —afirma Shaana.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunta Shalim. Al igual que sus compañeros, se siente confuso y derrotado. La vida en la plantación es dura, y la amenaza constante de Gagan a su espalda no le deja dormir tranquilo. Pero al mismo tiempo, había encontrado una motivación; un objetivo común con sus amigos que le permitía sonreír orgulloso cada vez que sobrepasaban la cantidad de té exigida. Eso le hacía considerar que las cosas positivas compensaban las negativas. Pero ahora, no sabe si todo eso sigue teniendo sentido.

—De momento no haremos nada. Fingid que no lo sabéis —dispone Nagesh—. Pero no os preocupéis si las hojas que encontráis tienen un color amarillento o están comidas por los insectos. Limitaos a llenar los cestos y dejar pasar las jornadas mientras trazamos un plan.

—Sí. Yo también creo que es lo mejor —le apoya Narayan—. Nagesh, tú ya sabes lo que es escapar; estoy seguro de que puedes guiarnos a todo el equipo.

—La huida de una persona no es igual que la huida de media docena, así que cualquiera que tenga una idea sobre qué hacer, que la comparta con los demás. Y sobre todo, es importante que mantengamos el asunto del té en secreto. Si los demás se enteran podría desencadenarse un motín, y las consecuencias escaparían a nuestro control —asegura Nagesh. Sus compañeros se muestran de acuerdo con él.

—La calidad es una seña distintiva de nuestra compañía —

declara con solemnidad sir David Sheercliff, mientras pasea de un lado a otro ataviado con su habitual casaca roja—. Como habréis comprobado durante el último mes, se os exige sumo cuidado a la hora de escoger las hojas de nuestros clientes. Esto no deja de ser otra prueba plausible de que nos importa la excelencia. Sin embargo, es probable que no hayáis visto nunca muchas cajas de nuestra marca en las repisas de los establecimientos callejeros, cuando acompañabais a vuestras madres en busca de provisiones. —Sir Sheercliff hace una pausa y mira de reojo a los muchachos—. Los que la tuvierais, quiero decir.

Nagesh considera que lo que el cacique ha dicho es una crueldad impropia de un ser humano.

—De hecho, ni siquiera en Sambalpur, donde abunda el comercio especializado, nuestros productos son fáciles de encontrar. Esto es debido a que la mayoría de la producción se dedica a las exportaciones, yendo a parar a las bandejas de plata más selectas del mundo, en especial las de Gran Bretaña.

Nagesh escucha el discurso sin poder dar crédito a tanta desfachatez. Se pregunta qué pretende el terrateniente convocándoles tras el desayuno en la puerta de los barracones y soltándoles esa absurda retahíla propagandística. Él sabe perfectamente por qué no hay muchas cajas de su té a la venta, pues ha comprobado a dónde va a parar buena parte de lo que recolectan. Tal vez todo.

—Quiero daros las gracias por ayudarnos a alcanzar ese reconocimiento en el sector y por no cejar en vuestro esfuerzo por mantenerlo.

A Nagesh, que sir Sheercliff rezume semejantes dosis de agradecimiento no le da demasiada buena espina, sobre todo cuando se sustentan en mentiras descaradas. Se pregunta qué rábanos pretende a estas alturas, cuando la mayoría de los muchachos ya saben de qué pie cojea y no pocos se han desengañado ante sus promesas incumplidas.

—Por desgracia, no todos hemos llegado hasta aquí —dice, refiriéndose con cinismo a los fallecidos—. Los que sí lo hemos hecho debemos mantener en la memoria su recuerdo, alimentarlo y no dejarlo perecer, como bien promueve el padre Nikolaus todas las mañanas.

El sacerdote asiente ante la alusión del cacique, acentuando su aspecto de armiño estipticado.

—Ahora que se acercan los monzones y hasta el año próximo no podremos volver a recolectar, es hora de cambiar de aires y buscar

nuevos horizontes —anuncia finalmente sir Sheercliff.

Los muchachos se miran entre ellos desconcertados, pues el anuncio les coge un poco por sorpresa. No saben cómo interpretar ese «cambio de aires» al que sir Sheercliff se refiere. Shaana le susurra algo a Shalim y ambos se giran hacia Nagesh, quien aguarda expectante a que el cacique se explique y arroje algo de luz sobre tanto misterio.

—También me gustaría aprovechar la ocasión para presentaros a Kamal y a Madhul —dice sir Sheercliff, haciendo un gesto a dos de sus hombres para que se adelanten—. A partir de ahora estarán con nosotros sustituyendo a dos antiguos empleados que, por desgracia, no han podido seguir a nuestro lado.

Nagesh tiente entonces un presentimiento. Si esos dos guardias han venido a reemplazar a otros dos, lo más probable es que se trate de Suvar y Kanu. El chico busca por las inmediaciones a los dos vigilantes, pero no da con ellos. Si ambos han sido cesados, podría significar que el cacique es consciente de su escapada y su incapacidad para detenerle habría sido castigada. De ser cierto, esto situaría a Nagesh en una situación peligrosa, pues no sabe cómo podría actuar sir Sheercliff de ahora en adelante. A partir de este momento, Nagesh siente que debe andarse con mucho cuidado y vigilar siempre a quien tenga a su espalda.

Los recambios de Suvar y Kanu presentan un aspecto aterrador, en especial Kamal, el más menudo de los dos, cuya cara afilada y ojos diminutos presagia una mente fría y calculadora. El otro es un grandullón de aspecto torpe, pero con una fuerza descomunal. Nagesh lo considera merecedor de heredar el apodo de Suar de su predecesor.

—Los guardias os acompañarán a vuestro nuevo campamento, donde os mantendrán entretenidos hasta la próxima temporada. Creedme que lo pasareis muy bien allí.

Sir Sheercliff hace un garabato con su bastón en el suelo.

—Tenéis un minuto para recoger vuestras cosas, manta incluida, y volver al patio —les informa el cacique y, sin más preámbulo, da unas breves indicaciones a los guardias y se retira a su mansión.

Los muchachos permanecen en el patio, desconcertados, sin saber cómo reaccionar. «¿Irnos a otro lado? ¿Ahora?». Los que han podido hablar con Nagesh tienen claro que ese nuevo campamento no es otro que el descubierto por el muchacho al otro lado de las montañas, pero el resto se hacen todo tipo de preguntas inverosímiles. «¿Nos vamos a recolectar arroz a las marismas?». «¿Recogeremos algodón en Uta?»…

—¡Os quedan cuarenta segundos! ¡Lo que no tengáis en vuestras manos para entonces se quedará aquí!

La voz del guardia sirve de revulsivo para los muchachos, que corren hacia el barracón a por sus escasas posesiones. En los pocos segundos que el cacique les ha concedido, cogen todo lo que tienen y regresan al patio, tratando de no tropezarse entre ellos. Como el resto, Nagesh ha metido en una bolsa sus pertenencias y ha salido de nuevo bastante desconcertado. Irse ahora a otro lugar es algo con lo que no contaba y que, sin duda, le retendrá una nueva cantidad de tiempo indeterminada.

Plantado en mitad de la explanada, Nagesh se dice a sí mismo que tendría que haberse largado cuando tuvo ocasión; aunque por otro lado, sabe que quedándose ha hecho lo correcto. Abandonar a sus amigos siendo consciente de la farsa en la que están envueltos sería de una cobardía incuantificable. Pero haber hecho las cosas bien no le exime de tener que empezar de cero otra vez. Cuando lleguen al otro campamento necesitará volver a estudiar el terreno; la actitud y disposición de los guardias, en especial de las nuevas incorporaciones; acostumbrarse a la rutina diaria… Y todo ello con la incógnita de saber a qué demonios se refería el cacique con tenerles «entretenidos hasta la próxima temporada».

En el patio les esperan Kamal y Madhul haciendo gala de un bien ensayado rictus malhumorado. Parecen dos claros exponentes de la peor calaña de la ciudad; dos matones contratados por el cacique para endurecer el control tras su fallida apuesta por Suvar y Kanu. Incluso el maléfico Srinivas al lado de esos dos personajes parece un dócil cordero lechal.

—¡Vamos! ¡Formad una sola fila y a caminar! —ordena con voz desafiante Kamal.

Al oír las palabras del guardia, la sangre de Nagesh se hiela en sus venas. Pero no ha sido por su contundencia o el fiero tono empleado. Toda su voz en conjunto le ha catapultado muchos años atrás; a una pequeña choza donde duerme con su padre alrededor de medianoche, justo antes de que dos intrusos se lancen sobre ellos y acaben de un plumazo con su niñez. Esa voz, con su timbre áspero y desagradable, le ha castigado desde lo más hondo de su cabeza cada día del calendario, recordándole constantemente las crueles muecas que aquella noche le dedicó la vida.

Hoy por primera vez, Nagesh puede ponerle rostro a esas voces. Sin esperarlo, se ha topado con ellas como quien un buen día encuentra tomando el sol en la rama de un árbol al pájaro que le ha despertado excesivamente temprano todas las mañanas de los

últimos cien años. Entonces Nagesh recuerda las vagas palabras que Ankur, el sepulturero que había enterrado con él al hermano Alfred, utilizó para describir a los dos hombres que acechaban a su padre días antes de ser asesinado. Ankur había manifestado que al más grande de ellos le faltaba un trozo de la oreja derecha. Desde donde se encuentra, Nagesh puede constatar cómo Madhul cumple con ese requisito.

—¿No lo habéis oído? ¡Moveos! —bufa el grandullón, apoyando la orden de su compañero.

Son ellos dos, no hay duda. Siguen vivos y trabajando juntos después de tanto tiempo. Tal vez nadie haya podido, o sabido, darles su merecido hasta ahora. Por eso siguen campando a sus anchas como si nunca hubiesen roto un plato. Quién sabe las tropelías que pueden haber cometido durante estos años. ¿Cuánta gente habrá sufrido la malicia de sus actos? ¿Mujeres, niños, ancianos? Nagesh se pregunta qué dios les protege y si este también estará a su lado cuando se plante ante ellos y reparta justicia. No tiene ni idea de cómo han podido ir a parar a un lugar como este, ni qué hacen exactamente dos matones a sueldo vigilando a un puñado de recolectores de té a quienes todavía apenas se les marca el bigote. Puede que solo estén trabajando a cambio de un salario, pero eso sería suponer demasiado. Nagesh está convencido de que nada relacionado con ellos puede traer consigo algo bueno y sea lo que sea lo que les ha traído hasta aquí, piensa averiguar hasta el más mínimo detalle.

Súbitamente, Nagesh nota cómo su cabeza se satura. En su interior se acumulan cada vez más preguntas, a las cuáles quizá solo él pueda encontrar respuesta. Pero para ello debe indagar desde la distancia, manteniéndose oculto entre las sombras hasta desentrañar la realidad. Entonces se da cuenta de que toparse con esos dos ha sido la mayor gracia que Dios podía haberle concedido. Si da los pasos adecuados, Nagesh podrá descubrir qué encierra su pasado y después vengarse de los asesinos de su padre.

Los muchachos no tardan en formar la fila perfectamente organizada que con tanta práctica han aprendido a construir. Nagesh, Shalim y Shaana se las arreglan para terminar ocupando lugares consecutivos dentro de la gran serpiente humana, que pronto empieza a reptar por los senderos en dirección al norte. Sin embargo, pese a la proximidad de sus amigos, esta vez Nagesh no piensa abrir la boca en todo el trayecto. No va a dejar que los guardias tengan un fortuito acto de memoria al verle y recuerden también a aquel mocoso al que hicieron huérfano aquella fría noche

de enero.

Es cierto que Nagesh lo ve poco probable. Seguramente ambos matones crean que aquel chico acongojado acabó calcinado entre las llamaradas que en pocos minutos habían devorado hasta el tuétano de su choza. Eso suponiendo que los recuerdos de aquellos años permanezcan todavía en su memoria. No son pocos los hombres que en las cantinas van olvidándose de sus periplos con cada vaso de vino y Nagesh recuerda que ya por aquel entonces el aliento de Madhul estaba impregnado del agrio olor de la fermentación. Paradójicamente, ese es uno de los recuerdos que a él no le importaría perder.

En cualquier caso, Nagesh no se fía. Aunque esos tipos se hubiesen marchado confiados, después del incendio podría haber llegado a ellos la noticia de su supervivencia y de cómo había pasado a formar parte de la congregación religiosa que habitaba en la abadía.

Aun con todo, y pese a sus miedos, sería muy poco probable que ninguno de ellos le reconociera. Han pasado muchos años y la fisionomía de Nagesh ha cambiado con la pubertad. Además, a no ser que esos bandidos les hubiesen estado vigilando a él y a su padre durante los días previos al asalto, solo habrían estado cerca de él el breve tiempo que duró el mismo, sumidos en la misma oscuridad que a Nagesh le había impedido percibir su aspecto físico. Eso, para bien o para mal, les habría dejado en igualdad de condiciones.

El camino que ha emprendido el grupo no sorprende a Nagesh. Está claro que se dirigen en la misma dirección que tomaron el día que recogieron té en la parcela más lejana, cuando aprovechó las circunstancias para explorar las inmediaciones desde lo alto el valle. El motivo por el que van hacia allí ya no lo tiene tan claro, pero está convencido de que pronto todos ellos lo descubrirán en primera persona.

—¿Crees que nos llevan a ese campamento que decías haber visto al otro lado de las montañas, Nagesh? —pregunta Shalim.

—Estoy segura —contesta Shaana, en vista de que su compañero no parece tener pensado abrir la boca—. Lo que desconozco es a qué nos dedicaremos si, según él, no hay árboles de té en esa zona. Además, sir Sheercliff dijo que este año la época de recolección ya había terminado.

—Por si fuera poco, mirad esas nubes —añade Shalim, señalando a las oscuras formas de condensación que empiezan a materializarse por encima de las cumbres—. Antes de que acabe el

día descargarán sobre el valle. ¿Qué esperan que hagamos nosotros? ¿Recoger el agua que caiga en el suelo y meterla dentro de una cuba?

Shaana ríe la ocurrencia del muchacho, aunque en el fondo la incertidumbre le asusta. No está familiarizada con las buenas noticias y, dentro de lo malo, ya se había acostumbrado a la dura, pero previsible, vida en el antiguo campamento. Tener que volver a empezar en un lugar desconocido le produce una gran sensación de angustia. Al menos, esta vez ya conoce a sus compañeros y sabe que harán lo imposible por protegerla.

Mientras, en el cielo, los negros y amenazantes nubarrones planean cargados de munición hacia ellos, ocultando a intervalos la débil luz del sol. En unos minutos se habrán situado enteramente sobre sus cabezas como aves de presa sobrevolando una llanura minada de conejeras. Nagesh confía en que al menos las condiciones de su nuevo barracón sean mejores que las del anterior y puedan pasar las noches secos y sin jugarse un constipado.

El grupo lo cierran por detrás Umed y Aniket, quien no quiere perder de vista a su compañero, siempre más pendiente de las preciosas mariposas anaranjadas que revolotean sobre las flores del rododendro que de la exigencia marcial de la marcha.

Lógicamente, alguien tan sensibilizado con el sentido de la autoridad como Kamal no está dispuesto a tolerar conductas disidentes y se dispone presto a publicitarlo delante de todo el mundo.

—¡Eh, tú! —grita, empujando de una patada a Umed hacia el borde del camino.

El muchacho se queja sin demasiado ímpetu. Teme que si lo hace le vayan a caer más palos encima.

Entonces, sin dudar ni un instante, Aniket sale en su defensa, situándose entre él y su agresor con actitud desafiante.

—Pero ¿de dónde sales tú? —pregunta, divertido, Kamal al ver al muchacho apretar los puños frente a él—. Parece que ese británico os ha elegido con buen criterio. Tenéis garra y valor. Y además sois todos bastante idiotas.

Sin apenas verlo venir, Aniket recibe un fuerte bastonazo en su tobillo, que restalla por el seco impacto de la madera de *deodar*. El joven aúlla mientras clava sus rodillas en el suelo y se aprieta con fuerza el tobillo contusionado.

Al verle, Nagesh rememora el ataque que sufrió en sus carnes cuando regresaba de las parcelas y no puede contener su ira.

—¡Déjale en paz! —grita, descendiendo a toda prisa por el

camino hacia donde se hallan. Pero antes de que llegue a su altura, el coloso Madhul frena su avance interponiendo su inmenso brazo entre ellos.

—Tú no te metas en esto —le disuade, adoptando el semblante de un perro rabioso al que le acaban de quitar un hueso de entre los dientes—. No tienes ni idea de lo que Kamal es capaz de hacerle a los entrometidos.

Nagesh se muerde el labio con fuerza, tratando de mitigar su ira. Por supuesto que sabe de lo que ambos son capaces. Lo sabe muy bien. No lo ha olvidado y no lo olvidará jamás. Está seguro de que ni siquiera lo hará después de haberse subido a una patética caja de té de la Royal Crown Tea Company y haber orinado sobre los rostros desencajados de sus cadáveres.

Umed se acerca a su compañero herido y con mucho cuidado le ayuda a levantarse.

—Aniket siempre ha cuidado de Umed —le dice con ternura—. Deja ahora que Umed cuide de Aniket.

El chico hace pasar el brazo de su amigo por detrás de su cabeza, apoyando sobre su espalda todo el peso de su cuerpo. Aniket apenas puede posar su pie izquierdo en el suelo. Su tobillo se ha hinchado como una berenjena e intentar girarlo le produce agudos pinchazos de dolor. Entonces Umed comprende que la única manera que tiene su amigo de continuar es siendo llevado en sus brazos, así que desliza uno de ellos por detrás de sus rodillas y el otro bajo sus hombros y, en una asombrosa demostración de fuerza, lo alza hasta su pecho. Sus compañeros observan emocionados cómo el valor de la amistad y el coraje del tímido muchacho le abren camino entre la adversidad. Incluso el vil Kamal enmudece al verle y, lejos de atreverse a detenerle, se limita a ordenar al grupo que continúe avanzando.

Cerca del mediodía, los guardias dan la orden de hacer un alto en el camino. La cima no se encuentra ya muy lejos, y hasta ahora han llevado un buen ritmo, pero su estado físico no es el mismo que el de los jóvenes y la prolongada ascensión se les atraganta como un puñado de balines en un plato de sopa. Nagesh aprovecha el receso para buscar por los alrededores alguna rama con cierta consistencia. Cuando encuentra una que se ajusta a la idea que tiene en mente, utiliza una piedra con canto afilado para eliminar sus pequeños hijatos y la corta a machetazos hasta dotarla de la longitud adecuada. Después regresa junto al grupo y le entrega el palo a Aniket para que lo utilice a modo de bastón y pueda darle a Umed también un respiro.

—Ten, espero que te sirva —le dice al ofrecérselo.

—¡Ah! Muchas gracias, Nagesh. Intentaré valerme de él. Así al menos Umed irá más ligero en el último tramo de subida.

Los dos miran al joven, que se encuentra con la cara pegada al suelo siguiendo el rastro de una hilera de hormigas. Cuando Umed se percata de que le están observando, les dedica una sonrisa despreocupada.

—A veces quisiera ser como Umed —confiesa Aniket—. Incluso en un lugar como este encuentra motivos para ser feliz. En cambio nosotros sufrimos cada instante de cada día. ¿Cómo la misma vida puede hacer indistintamente felices o desdichados a quienes la comparten?

—No creo que él pueda darte una respuesta —le dice Nagesh.

—No, claro que no. Él no pierde el tiempo pensando en cómo vivir su vida; simplemente la vive tal y como le viene. ¿Qué puede haber de malo en ello?

Una vez recobradas las fuerzas, a los muchachos ya no les cuesta demasiado cubrir la distancia que les separa de la cumbre. El que más difícil lo tiene es obviamente Aniket, que debe acostumbrarse a utilizar el bastón para caminar, evitando apoyarse directamente sobre el pie dolorido. Pese a la adversidad, el muchacho le pone voluntad y consigue seguir el ritmo de sus compañeros. Si a eso le sumamos que a los guardias no les da por volver a incordiar durante ese último tramo, el resultado es un avance mucho más veloz.

Cuando llegan a la cima, todos se quedan pasmados contemplando el paisaje que se extiende frente a sus narices, tal y como le pasó a Nagesh al alcanzar esa cota por primera vez. Al igual que entonces, le gustaría que Shefali estuviese allí con él viendo una belleza que nunca podrá describirle, por mucho que lo intente cuando regrese. Hay cosas demasiado hermosas para poder trasladarlas a un simple puñado de palabras inconexas.

Aunque todos esperaban que el descenso fuese más cómodo que la subida, el suelo de pizarra suelta dificulta seriamente el caminar, siendo necesario extremar las precauciones para no resbalar y acabar despeñándose. Uno de los que más sufren sigue siendo Aniket, que pese a la importante ayuda del bastón, apenas puede seguir el ritmo de sus compañeros y su pie sano se escurre con demasiada frecuencia. Su pierna no da más de sí y en ocasiones se queda un poco rezagado. En esos momentos, Kamal surge de la nada para darle un empujón y amenazarle con tirarle por el terraplén si no aumenta su velocidad y el chico saca fuerzas de

donde no las tiene para continuar avanzando un poco más. Pero pronto su impulso se deshincha y su marcha comienza otra vez a hacerse lenta y pesada, y el ciclo vuelve a empezar.

Para cuando los trabajadores llegan a los barracones, ya se ha consumido la primera mitad de la tarde y el ambiente empieza a refrescar. Como era de esperar, Nagesh no se equivocaba al presentir que ese iba a ser el destino de su viaje. Desde lo alto de las montañas quedaba claro que no había otro lugar al que ir siguiendo esa senda, por lo que las opciones que barajaba no eran muy numerosas. Sin embargo, con lo que no contaba era con encontrarse a otra gente ya asentada allí y que estos, además, les recibiesen con esa mirada entre confusa y desconfiada.

—¡Son ellos! —exclama uno de los compañeros de Nagesh, señalando hacia varios muchachos apostados junto a uno de los barracones—. ¡Los veteranos!

«¿Los veteranos? —se extraña Nagesh—. ¿Qué estarán haciendo aquí? Parece que al final no fueron despedidos ni se habían ido tan lejos».

Pero a juzgar por sus caras, los supuestos veteranos no se alegran demasiado de verles. Ninguno de ellos mueve ni un músculo ni pronuncia una palabra, ni siquiera después de reconocer también entre los recién llegados a algunos viejos compañeros. Da la impresión de que durante el tiempo que ha pasado desde que dejaron el campamento original su personalidad se hubiese endurecido y todos los vínculos que pudiesen haberles atado a sus antiguos camaradas se hubiesen perdido.

—¡Bienvenidos a casa, mequetrefes! —dice Kamal, indicando de manera oficial el final de la travesía.

Los chicos dejan en el suelo sus bultos y suspiran, aliviados, al ver que no deben seguir andando. Aniket aprovecha para sentarse sobre una piedra y dejar que su tobillo descanse un poco. Ha tenido que forzarlo demasiado y una marcada hinchazón así se empeña en hacérselo saber. Da la impresión de que va a sufrir bastante en los próximos días como le obliguen a caminar, aun inmovilizándoselo y evitando cargarlo con el peso del cuerpo.

—Como veis, hay bastante trabajo que hacer para adecentar esta pocilga —adelanta con sorna Kamal—. Mañana comenzareis las reparaciones imprescindibles para hacerla habitable. Esta noche, entre tanto, os tocará dormir al raso.

Las palabras del guardia caen como un jarro de agua fría sobre los muchachos que, agotados por el trayecto, lanzan miradas disimuladas al cielo suplicando clemencia meteorológica.

—Antes de nada es necesario organizarse —continúa explicando Kamal—. Tú, tú, tú y tú: id a buscar leña para encender una fogata cuando empiece a anochecer. Los demás podéis empezar con las tareas de limpieza. Ahí detrás hay una bomba de agua para llenar los barreños.

Kamal abre el candado de la gruesa cadena que amarra la puerta del barracón y tira de la misma hacia fuera. Las bisagras despiertan de un largo sueño estival y entonan férreas melodías de soledad. En esos momentos, un chorro de claridad inunda el interior, sorprendiendo a los últimos roedores, que corretean buscando, nerviosos, el amparo de sus escondrijos. Pero aunque se oculten, los colchones constituyen una evidencia clara de su existencia, pues vomitan jirones de lana por infinidad de agujeros abiertos a dentelladas.

—Dejad libres las dos últimas literas para los que están recogiendo la leña —ordena Kamal—. Los demás, id pasando y ocupándolas por orden, empezando por aquellas del final y viniendo hacia la entrada, con cuidado de ir alternando las pertenecientes a ambas filas.

Cuando Nagesh llega a su altura, el guardia le sujeta del hombro.

—El señor Nagesh, supongo.

Nagesh aguanta la respiración. «¿Habrá podido reconocerme? ¿Cómo sabe mi nombre? Quizá en la choza no hubiese tanta oscuridad como la mente temerosa de un niño creía». El guardia escruta cada pulgada de su cara, como si quisiese memorizarla al detalle. Por suerte, aunque conoce cómo se llama, no parece darse cuenta de quién es el joven que tiene delante. «Tal vez el cacique le ha advertido sobre mí a raíz de mi escapada», sospecha Nagesh.

—Me alegra conocerle —continúa diciéndole Kamal—. He oído cosas interesantes sobre usted y espero poder seguir oyéndolas durante mucho tiempo, así que haga el favor de portarse bien, ¿de acuerdo? De no ser así, nuestra convivencia podría truncarse de la peor manera posible. No sé si me entiende…

Nagesh se suelta como puede y, evitando contestarle, se dirige hacia su nueva litera, la cual, según el orden de llegada, deberá compartir con Shalim. Shaana ocupa justo la siguiente, junto a otro chico que había sido compañero de ambos en el antiguo barracón. Shalim se alegra de haber podido agenciarse un sitio entre sus amigos. Arropado por ellos, podrá dormir más tranquilo que hasta ahora, que siempre se ha sentido vulnerable. Además, por si fuese poco, ha Gagan le ha tocado una litera bastante alejada de la suya,

con lo que tal vez deje de molestarle una temporada. O eso espera.

—Esos dos tipos dan miedo —dice Shalim, en referencia a los dos nuevos guardias.

—¿Alguna vez te los habías topado por la ciudad? —pregunta Nagesh.

—No. Recuerda que soy un forastero. Apenas la pisé.

—Cierto, tienes razón.

—Puede que Narayan les conozca, si se han movido por ella habitualmente.

Pero últimamente Nagesh no tiene demasiadas ganas de entablar conversación con Narayan. Desde que se enteró de su obsesión por Shefali, no es capaz de verle de la misma manera. Entiende que no debería cambiar su percepción hacia él por algo así, pues sus sentimientos se remontan a una época anterior a su relación con su mujer, pero de algún modo son sensaciones que escapan de su control. Obviamente, no piensa enfrentarse a él, pero si puede evitar el contacto directo lo hará.

—Sí, ya le preguntaré —dice.

Los últimos en entrar en el barracón son Umed y Aniket, que debido a la cojera del segundo, siguen siendo los que más despacio avanzan. Siguiendo el orden impuesto por Kamal, a ellos les corresponden las camas más cercanas a la entrada, donde también se encuentran los aseos.

—¡Maldita sea! Nos ha tocado una litera junto a los retretes —refunfuña Aniket, buscando con la mirada alguna otra que haya quedado libre. Obviamente, no la encuentra, pues las dos únicas disponibles son las que están reservadas a los muchachos que se fueron a recoger la leña.

—¿Umed y Aniket dormirán en la misma litera? ¡Vaya, qué bien! —exclama Umed dando palmas muy contento.

—Supongo que sí —asiente Aniket, resignado por su ubicación definitiva—. Déjame abajo, Umed; no creo que pueda trepar a la otra —le pide a su amigo, mientras se deja caer sobre la cama—. Creía que no llegaríamos nunca.

—¡Claro! Además, Umed prefiere estar en la de arriba.

—Gracias por haberme ayudado, Umed. Sin ti no lo hubiera logrado.

—Aniket no tiene nada que agradecer a Umed —le replica este —. Es Umed quien debe sentirse agradecido por poder compartir litera con Aniket. Y porque a Aniket no le importe ser su amigo.

—¿Por qué iba a importarme ser tu amigo, Umed?

—La gente no suele querer ser amiga de Umed. Dicen que es

estúpido.

—No eres estúpido. Una persona estúpida no sabría de plantas tanto como sabes tú. De hecho, seguramente Umed sea una de las personas más listas que he conocido nunca.

—¿En serio?

—Claro.

Umed saca de su bolsa un puñado de hojas de diferentes plantas y las esconde bajo la almohada. Después sube a su cama y se recuesta, sonriendo.

—¿Sabes? Umed te agradece tus bonitas palabras.

—No tiene importancia, Umed. Oye, no te acomodes demasiado. Recuerda que tenemos que salir a dormir fuera.

—A Umed le gusta dormir bajo las estrellas.

—Bien, me alegro mucho.

Tras una breve pausa, los chicos aprovechan las últimas horas de sol para airear y sacudir los parásitos de sus colchones. También les da tiempo a barrer el suelo con unos grandes escobones llenos de telarañas que levantan a su paso enormes polvaredas. Por fortuna, el viento se encarga de transportarlas hasta la puerta y expulsarlas al exterior.

Debido al lamentable estado del barracón, desde poco después de haber empezado con las tareas de limpieza, los resultados son ya palpables. El olor de la nave es más fresco y eso se nota desde el momento en que los pulmones no se le bloquean de inmediato a quien respira con cierta despreocupación.

En esencia, los dos edificios son prácticamente idénticos a aquellos en los que los chicos han dormido las últimas semanas, pero están mucho más deteriorados. El techo parece tener aún más goteras, si cabe, y en varias ventanas faltan cristales o los que hay están rotos. Nagesh no quiere ni imaginar cómo será pasar el invierno en aquel lugar, cuando el cierzo empuje el frío de las montañas y lo haga descender lentamente sobre ellos.

No obstante, por mucho que se esmeren, los muchachos descubren que es imposible llegar a acondicionar el barracón a los mínimos de confortabilidad que desearían. La prueba más fehaciente es que el edificio que ocupan los veteranos tampoco es que esté en un estado de conservación mucho mejor, y eso que presuntamente ellos llevan ya varios meses habitándolo.

Alrededor de las ocho, los recién llegados son llamados por Madhul a reunirse en la explanada, donde arden ya amontonadas las yescas de piñas y roña seca, listas para recibir las primeras ramas gruesas. Con un gesto fútil y autoritario, el guardia les

ordena tomar asiento alrededor de la fogata. El hecho de que no haya ningún veterano cerca parece indicar que, excepcionalmente, esta noche se acostarán más tarde de lo estipulado.

—El que haya sido previsor y aún disponga de avituallamiento para la cena puede empezar a hacer uso de él —concede Kamal, sabiendo que la mayoría de los muchachos terminaron sus últimas reservas hace unas cuantas horas—. El resto deberá estar agradecido al Señor por una nueva lección de humildad. Como yo puedo presumir de ser ya un buen samaritano, todo eso lo tengo bien aprendido desde hace mucho tiempo y no necesito seguir practicando la abstinencia —afirma, sacando de su macuto dos buenas bolas de pan de higo.

Nagesh busca en su bolsa, pero no hay nada comestible en ella que se le haya pasado por alto al recordar su contenido.

—Hoy no ha venido el sacerdote con nosotros, así que esta noche tendréis que rezar por vuestra cuenta cualquier cosa que sepáis. Digo yo que algo habréis aprendido en todo este tiempo —dice Madhul justo antes de lanzar un gran bostezo—. Después cerrad el pico y dormíos. Mañana será un día bastante movidito.

Los chicos, contrariados al ver materializarse las amenazas de tener que dormir a la intemperie, comienzan a hablar todos a un tiempo, formando una notable gritería.

—¿Aquí fuera? —pregunta, tenso, uno de ellos.

—Ya hemos adecentado las camas, no hay necesidad de pasar la noche fuera del barracón —protesta otro.

—Como semisalvajes insolentes que sois, entiendo que me recordéis constantemente vuestra falta de educación —les espeta Kamal—. No os culpo; seguramente vuestros padres fueron unos pordioseros incapaces de cuidar ni tan siquiera de sus hijos. Pero aquí es algo que juega en vuestra contra y como tal, será penado de manera ejemplar. —Kamal se acerca a Shalim con la cara desencajada de maldad—. Así que si alguien vuelve otra vez a poner en entredicho mis órdenes descubrirá en primera persona cómo nos las gastamos este mendrugo y yo. ¿Lo habéis comprendido? —pregunta el guardia, barriendo la explanada con una mirada asesina a la que nadie osa enfrentarse.

Antes de dormirse, los jóvenes rezan para que no les castigue el aguacero. Pero sus oraciones no encuentran respuesta en el cielo y hasta en tres ocasiones las nubes que durante el día avanzaban amenazantes desde el horizonte se ceban violentamente con el valle.

Nagesh se imagina la alegría que estas lluvias traerán a la gente

de Bhubaneswar, en especial a Shefali, que verá crecer sus plantas esplendorosas sin necesidad de usar el agua del estanque.

Al igual que su mujer, muchos en Orissa estarán celebrando la llegada del monzón, que como cada año por estas fechas fertilizará las tierras y saciará la sed del ganado. Sin embargo, para Nagesh y el resto de los muchachos, esta noche hay muy poco que celebrar.

1. *Un agravio intolerable*

El príncipe aguarda en su silla la llegada del visir, quien le ha prometido información relevante sobre la joven Aysha que le gustará conocer. Aunque no tiene ni idea de qué habrá podido averiguar, espera que al menos no enturbie la opinión que la chica le merece. Le gustaría confiar ciegamente en sus palabras, pero sabe que decisiones como esa son las que fragmentan y borran del mapa imperios enteros. Después de todo, no deja de ser una hermosa musulmana enviada por un viejo zorro del comercio y la política, dos oficios de reputación más dudosa que la magia negra.

Bhupal llega al salón abrigado con una gruesa capa de lana. Parece que afuera hace algo de frío. Los tacones de sus botas resuenan por toda la estancia.

—Señor.

—*As-salam aleikum*. Estoy ansioso por oír lo que habéis averiguado.

—Parece que lo que os contó la chica sobre su pasado es cierto —confirma el visir—. Su madre falleció por enfermedad cuando ella era una niña.

Ayodhya recibe la noticia con júbilo. Saber que puede confiar en Aysha es un magnífico punto de partida.

—En la actualidad, su padre continúa ejerciendo un férreo control sobre su única mujer, que casi nunca sale de casa; y lo mismo le ocurre a ella. Su local de té es una excusa para tenerla siempre controlada. No deja que los clientes le hablen más de lo necesario para realizar los pedidos y, si ve que alguno pasa más tiempo del aconsejable junto al mostrador, le recrimina abiertamente su exceso de simpatía.

—Un hombre duro que, sin embargo, no duda en usarla como reclamo para aumentar sus ventas.

—Sí, pero hasta cierto punto. Obviamente, hay hombres que acuden al local exclusivamente para verla a ella. Sin embargo, si él cree que alguno se está quedando rezagado en la cola esperando que la chica quede libre para que sea ella quien le atienda, no duda en enviar rápidamente a otro vendedor.

—Ya veo —afirma el príncipe en un tono reflexivo.

—No se le conocen compromisos ni romances pasajeros.

—Parece una chica culta. ¿Qué me podéis decir acerca de su educación?

—Ha sido instruida durante años por algunos sabios de confianza de Muhammad.

—Es algo que ha sabido aprovechar, sin duda.

—Señor, hay algo más en lo referente al comerciante.

—Os escucho.

—Ya conocíamos la influencia de Muhammad Al-Jahan en algunas de las decisiones tomadas por la Liga Musulmana en los últimos años y su aversión hacia el pueblo hindú. Ha sido siempre muy crítico con las voces que abogan por una unión intercultural en la lucha contra los británicos.

—Sí. Desde que le conozco, ese hombre se ha opuesto categóricamente al entendimiento. La integración no parece ser una de sus prioridades.

—Al menos en parte. Gente afín a la Liga afirma que Muhammad lleva un tiempo proponiendo que hindúes y musulmanes nos repartamos el subcontinente para formar dos naciones independientes. Su propuesta ha llegado al presidente y en torno a ella han empezado a formarse dos bandos importantes.

—¿De veras? Ese comerciante es un tanto peculiar. Defiende un reparto, imagino que equitativo, de unas tierras que no le pertenecen, al tiempo que confabula con un miembro del gobierno británico y otro de la Iglesia católica para arrebatarme el trono. Me pregunto si habrá pensado en incluir también en esa distribución de la que habláis el norte de África y las regiones del Mar Negro.

—Señor, creo que debemos tomarnos muy en serio esta amenaza. Aunque aparentemente, gracias a la chica, la tengamos neutralizada.

—Sin duda. No obstante, me preocupa que sin saberlo, ella pueda estar actuando de señuelo para desviar nuestra atención de su estrategia real. Tal vez solo sea una forma de mantenernos distraídos mientras traspasan nuestras murallas por otra ruta alternativa —se aventura a presagiar Ayodhya.

—Nada se puede descartar con ese hombre.

—Mientras lo averiguamos, sigamos el juego de esos tres confabuladores. Deben creer que todo sigue desarrollándose de acuerdo a sus planes.

—Como deseéis, majestad.

—Y hablando de averiguaciones. ¿Habéis hallado algo digno de mención en lo referente a la daga?

—Así es. Todo apunta a que vuestras sospechas son ciertas.

—¿Estáis seguro?

El visir carraspea.

—Consideré que era un asunto que requería discreción, así que opté por empezar mi investigación centrándome en la documentación de la que disponemos en el archivo.

—¿Nuestra biblioteca? Bien pensado. Guardamos muchos escritos que podrían contener información importante, y el papel preserva la identidad y las intenciones de quien lo consulta. No obstante, intuyo que habrá sido como buscar una aguja en un pajar…

—No ha sido fácil, eso desde luego —confirma Bhupal—. Especialmente cuando uno no sabe si consultar primero inventarios de fortunas imperiales, botines de guerra o tesoros rescatados de los mares.

—Pero la perseverancia dio de nuevo sus frutos, ¿no es cierto?

—La perseverancia y las extrañas inscripciones de la hoja.

—Vuestra sabiduría no deja de darle la razón a mi padre. No podría encontrar mejor consejero que vos.

—Y sin embargo no supe alertarle sobre los peligros de su hermano.

—Mi tío nos engañó a todos por igual. No os castiguéis por eso —le recomienda Ayodhya—. Por favor, continuad diciéndome qué habéis hallado en los pergaminos.

—En realidad la clave estaba en un libro, una rara colección de puranas épicos que narran episodios bélicos de la antigüedad.

—Estaba claro que era un objeto antiguo —destaca el príncipe —. ¿Qué se cuenta de él?

—Que no hay duda alguna. Es la daga que Ashoka utilizó personalmente en sus conquistas, aquella capaz de absorber la maldad de la sangre que derrama.

El príncipe esboza una enorme sonrisa.

—¡Qué gran noticia! Pero ¿quién me la habrá enviado realmente y con qué motivo?

—Todo cuanto rodea a esta reliquia roza lo inaudito.

—¿Creéis que debería probar su poder?

—¿Cómo decís?

—Quiero decir que si clavo esta daga en el cuello de un ladrón, ¿empezarán a pesarme sus pillajes?

—Señor, ¿realmente queréis comprobarlo?

El príncipe suspira con cierta frustración.

—Tenéis razón. No soy un asesino. Así que por el momento no podré saber si lo que dicen los puranas sobre ella es cierto. O tal

vez…

El visir nota la mirada del príncipe sobre él.

—¿Queréis que mate por vos? —le pregunta.

—¿Sería acaso la primera vez que lo haríais?

Básicamente, los calabozos de palacio son una treintena de celdas compartidas que se apiñan bajo tierra para albergar un puñado de delincuentes de diversa índole capturados por las fuerzas del orden locales. La mayoría de las condenas oscilan entre los cinco y diez años, aunque obviamente son muy pocos los que llegan a cumplirlas íntegramente. Ni qué decir tiene que el indulto no está contemplado por el actual marajá, aunque su padre concedió unos cuantos en los últimos años de su gobierno. Para el príncipe Ayodhya, sin embargo, los pecados no son algo de lo que un hombre se pueda redimir, y mucho menos estando entre rejas. Quizá estando en libertad sí tuviese ocasión, pero es una paradoja que él no ha instaurado y, por tanto, no le preocupa demasiado.

Los presos que ocupan las celdas han sido todos encarcelados de acuerdo a las leyes tradicionales hinduistas, sin importar los estatutos constituidos por el Gobierno británico una vez que este accedió al poder. Digamos que en la ciudad cada vertiente política aplica su propia justicia de forma independiente, en función de qué fuerza de seguridad haya sido la que ha atrapado a los delincuentes.

Desde que accedió al trono, es la primera vez que el príncipe Ayodhya se adentra en los calabozos y lo que antes le llama la atención es el estado tan deteriorado que presentan. Las condiciones en los que los presos agotan sus últimos días son verdaderamente infrahumanas. Gélidas temperaturas, suelos encharcados, olores nauseabundos, ausencia casi total de luz en todo el día… Parece que el paso del tiempo y la dejadez han convertido ese sitio en algo que ni el más retorcido demente podría esbozar en su cabeza.

El príncipe Ayodhya tantea entre las celdas buscando un preso adecuado para realizar su macabro experimento, pero pronto se da cuenta de que necesita algo de ayuda para elegir sabiamente. No cree en el efecto absorbente de la daga, por supuesto, pero por si acaso, no quiere que su elegido haya cometido delitos demasiado severos, como degollar a un niño o despellejar a un sacerdote.

—Bhupal, ¿alguno de estos presos fue encontrado culpable de hurto?

—Probablemente la mayoría, señor. ¿No lo encontráis grave?

—Claro que sí, pero ahora mismo no se me ocurren delitos menores que cargar sobre mi espalda —alega el príncipe—. ¿Alguna sugerencia?

El visir se acerca a los barrotes para identificar a los presos. Le suena la cara de alguno de ellos, sobre todo de los de más recientes y, como suele estar presente en la mayoría de sentencias, también conoce el motivo de sus condenas.

—Veamos…

En una demostración admirable de memoria, el visir enumera el nombre de varios de los presos y sus faltas cometidas. Tres o cuatro aludidos responden con improperios que son ignorados.

—En esta celda casi todos los reclusos son asesinos con varios crímenes de sangre tras de sí.

—Los que más merecen que el acero caiga sobre su cuello son los que más fácilmente se libran de él —observa el marajá—. ¿Es que el mundo no se cansa de esas absurdas paradojas?

—Busquemos otra cosa —propone el visir, caminando hacia la siguiente celda.

—¿Y bien? —pregunta Ayodhya al llegar a su altura y echar una ojeada al interior. Por lo general, son personas más jóvenes que las del grupo anterior. Hay varios niños y mujeres entre ellos.

—*Chandalas*. Están separados del resto para evitar confrontaciones por asuntos de castas.

—¿Son peligrosos?

—Depende de lo que valoréis la pureza de vuestra alma.

—¿Por qué están aquí?

—Al contrario que con otros presos, no suelo estar presente durante los juicios a los parias.

—Entiendo…

El príncipe Ayodhya da un par de pasos al frente para ver mejor en la oscuridad.

—¡Eh, oíd! —le dice a un chico giboso que aprieta su cuerpo contra una esquina.

—Gran rey, no debéis referíos a ellos directamente —le advierte, alarmado, el visir.

—Vamos, Bhupal, estamos en los calabozos. No os hubiera venido mal haber dejado los prejuicios colgados junto a la puerta.

El visir no está para nada de acuerdo con las afirmaciones de su señor y frunce el ceño, contrariado.

—¡Oíd, el de la esquina! ¿Cómo os llamáis? —le pregunta esta vez al chico.

Él no responde. Ni siquiera se atreve a mirarle a la cara. Nunca antes había tenido a un marajá tan cerca, y mucho menos había pensado que alguna vez uno pudiera rebajarse a hablarle.

—Se llama Harish —dice una mujer junto a él.

—¿Harish? Bien. Y decidme, Harish, ¿qué fechoría habéis cometido para que hayan tenido que encerraros en esta prisión tan apestosa?

El chico parece atemorizado y nervioso.

—Harish, ¿habéis hecho cosas malas por las que debáis pagar? —insiste el príncipe.

—Únicamente pronunció el nombre de Shiva en voz alta —dice alguien al otro lado de la celda. El soberano trata de ver quién ha intervenido, pero varios reclusos entorpecen su visión.

—¿Quién ha dicho eso? ¡Mostraos!

Obedeciendo las órdenes del marajá, una chica emerge de las sombras y se planta frente a los barrotes. No se percibe en ella ni una gota del miedo que arredra la voluntad de su compañero. Su rostro, salpicado de cicatrices y escaras, esconde un sentimiento de ira contenida que lucha por exteriorizarse.

—¿Quién sois vos? ¿Por qué habéis contestado en su lugar?

—Quién yo sea no importa, oh, Gran Rey de los Proscritos —espeta la chica desdeñosamente—. He contestado yo porque él no es capaz de hacerlo.

—¿Es que acaso no sabe hablar?

—Al contrario, sí que sabe. De hecho, Harish era todo un charlatán hasta que le cortaron la lengua por nombrar al dios.

—¡Blasfemar contra nuestros dioses es un agravio intolerable! —le reprocha el príncipe con rotundidad.

—No he dicho que blasfemase, mi rey. Simplemente pronunció su nombre en mitad de una oración.

—¿Cómo decís?

—Para cualquiera de los que estamos en esta celda, orar en público puede suponer una seria acusación de la que no nos resulta fácil defendernos.

El príncipe se pregunta si será verdad lo que dice la chica. «¿Realmente le han cortado la lengua a ese chico por rezar a mis dioses? ¿Es así como funciona el país que gobierno?».

—¿A qué viene esa cara, majestad? ¿Acaso no conocéis vuestras propias leyes?

Sin tiempo a reaccionar, la chica saca uno de sus brazos por entre los barrotes y agarra al marajá por la muñeca. El príncipe forcejea, sorprendido, pero ella aprieta con firmeza su mano y este no consigue soltarse. Furioso, Bhupal golpea violentamente el antebrazo de la chica, haciéndola retroceder de inmediato. Ella se echa la mano al antebrazo, chillando de dolor.

—¡Maldita hija de *asura*! —grita el visir antes de volverse hacia

el príncipe—. Príncipe Ayodhya, ¿os encontráis bien?

El soberano se recompone rápidamente y asiente al comprobar que la chica ni siquiera le ha clavado las uñas en la piel.

—Debemos irnos cuanto antes —apremia el visir—. ¡Necesitáis una purificación urgente!

Ambos abandonan, presurosos, los calabozos y suben la escalinata de vuelta al piso principal.

—Con vuestro permiso, haré llamar a un sacerdote. Debéis esperar en vuestros aposentos mientras se realizan los preparativos —aconseja casi como una orden el visir—. Si esto trasciende convulsionará a las masas.

—Vos también la habéis tocado —señala el príncipe.

—No os preocupéis. Ya habrá tiempo de lavar mi karma. Lo primordial ahora es reconducir esta situación lo antes posible y después ya nos preocuparemos de lo secundario. A mí no me pasará nada por estar manchado unas horas.

El príncipe sube a sus aposentos y se quita la ropa. Su muñeca no muestra signos de lesión alguna y, si necesita algún tipo de ayuda, esta se restringe únicamente al plano espiritual. Ligeramente inquieto, el marajá se cubre con una túnica de color negro y se recuesta sobre su cama.

Minutos más tarde, uno de los guardias abre la puerta de la habitación para informar de la llegada del religioso.

—Señor, el sacerdote ya está aquí.

—Que pase —dice el príncipe, regresando de un momentáneo estado de somnolencia.

El sacerdote entra en la habitación portando exclusivamente un recipiente con agua y un par de trapos no demasiado grandes.

—*Námaste*, príncipe Ayodhya —le saluda.

Al marajá ni la voz del sacerdote ni su cara le resultan familiares. No entiende por qué han enviado a alguien nuevo a realizar el ritual.

—¿Quién sois? No os conozco… —le pregunta.

—En efecto, no me conocéis, pero de lo que voy a contaros dependerá vuestra vida y el futuro de vuestro reino.

—¿De qué estáis hablando? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—A todos los lugares hay una forma de llegar.

El príncipe no se fía de él.

—¡Llamaré a mis guardias!

—Vamos, príncipe Ayodhya, no me tratéis de ese modo. Os he hecho un regalo que a buen seguro no os dejó indiferente.

1. *Como una gran familia*

—¡Bien, todos en pie! —exclama Madhul dando dos sonoras palmadas.

Los pocos muchachos que todavía no se habían despertado son zarandeados por sus compañeros hasta que logran hacerles volver a la cruda realidad de sus vidas. La mayoría de ellos cayeron rendidos por puro agotamiento a altas horas de la noche y no les resulta sencillo regresar al húmedo cenagal en el que se ha convertido su improvisado dormitorio al aire libre.

—¡Maldición! —lamenta uno de los chicos al verse medio enterrado en el barro.

—Me duelen todos los huesos —añade por su parte otro de ellos, junto a un tercero que tose insistentemente.

La primera noche en el nuevo emplazamiento ha sido más dura incluso de lo que esperaban, y tras ella, la sensación de desamparo se ha vuelto inabarcable. Les cuesta entender que les hayan obligado a pasar la noche al raso, habiendo un techo disponible justamente a su lado. Y lo peor es que no cabe justificación alguna. Hasta el más mísero y ruin granjero le facilita a su ganado un lugar donde resguardarse del temporal.

Aunque haya dejado de llover hace bastante rato, sus ropas se encuentran pegadas al cuerpo, empapadas de agua hasta la saturación. La fogata del centro, que no es a estas alturas sino una gran mancha negra entremezclada con el barro, también tuvo un efecto limitado y a estas alturas, su calor es para ellos un recuerdo sensorial tan ralo y olvidado como el que sintieron en el interior del vientre materno.

—¡Venga! —insiste Madhul, pateando al primer chico que se ha quejado.

Unos cuantos pasos más allá, Nagesh le observa con un ojo entreabierto. Reconoce que, valiéndose solo de sus voces y de algo tan impersonal como unas siluetas entre las sombras, a más de uno le resultaría difícil reconocer a dos personas. Pero a él le basta. Es más, con mucho menos seguiría estando dispuesto a acabar con ellos sin miedo a equivocarse. Si piensa en ello fríamente, sabe que siempre existe la posibilidad, a veces más grande y otras veces más pequeña, de no dar con las personas correctas. Pero a Nagesh el

tiempo le ha enseñado que esos resquicios, de duda, son solamente excusas con las que los débiles se justifican frente al espejo; las mismas que los fuertes aprovechan para derrotarles.

—¡El que no se levante ahora mismo tendrá que lavar su ropa y la del resto de sus compañeros! —advierte el enorme Madhul.

La amenaza, obviamente, surte efecto, y los chicos hacen todo lo posible por levantarse a tiempo.

Al incorporarse, Nagesh ve a los veteranos al otro lado del patio, perfectamente alineados según el modelo que también ellos siempre intentan adoptar. Sin embargo, en los otros se percibe un orden y una disciplina que todavía su grupo no ha logrado alcanzar. De todos modos, tampoco es que crea que para escuchar al cacique sea necesario mantener esa actitud castrense; así que en su opinión, este puede darse con un canto en los dientes si alguien le presta atención, aunque sea estando tirado en el suelo.

—¡¡Formad!! —grita el guardia con una voz que retumba en todo el valle.

Entonces Nagesh descubre que esa conexión entre la disposición de los veteranos y la figura del cacique no va muy desencaminada. Al girar la cabeza, el chico ve al propio sir Sheercliff a lomos de un caballo, aproximándose al paso por la lejanía.

Hasta ahora, Nagesh no se había percatado de la existencia de ese camino, que nace en algún lugar indeterminado y desemboca por un lateral en la explanada frente a los barracones. No es un camino demasiado ancho y seguramente eso le impidiese haberlo visto desde lo alto de las montañas. Nagesh presiente que se trata de una vía de comunicación entre el antiguo campamento y el nuevo, que permite al caballo moverse mejor que a través del angosto paso de las cumbres. Quien lo utilice tal vez tenga que dar un pequeño rodeo, pero seguro que posibilita cubrir la distancia entre ambos asentamientos en menos tiempo y de una forma mucho más cómoda. Nagesh cree que la existencia del sendero es un dato muy importante a tener en cuenta y deberá estar atento ante la posibilidad de que sigan apareciendo otras rutas de escape.

En cualquier caso, lo que más urgentemente necesita es recuperarse moralmente de su fracaso. A estas alturas ya debería haber sido capaz de fugarse de la plantación, e incluso haber llegado a su casa. Sin embargo, acaba de despertarse en un entorno desconocido en el que deberá volver a planificar de cero.

Por si fuera poco, no dejan de sucederse situaciones que le fuerzan a seguir aquí. Primero, a las puertas de su libertad descubre cómo el té que recolectan es destruido y presumiblemente

sustituido por un producto de la competencia. Y ahora va y se topa con ese par de maleantes a los que lleva toda su vida jurando ajusticiar. En resumen, debe eliminarles de la faz de la tierra y organizar una escapada conjunta con al menos sus compañeros más cercanos. Pero es que, nada más llegar, irá también a matar al obispo Dumont. Nagesh se da cuenta de que se le está acumulando el trabajo, pero es consciente de que simplemente con el hecho de acabar con la vida de esos tres malnacidos, podrá sentirse por fin en paz con el mundo y dedicarse a disfrutar de una vida plena con Shefali.

Ishwar, que siempre es uno de los que primero reciben al cacique, se acerca a él y sujeta su caballo mientras desmonta. Después, quizá para mantener su estatus frente a su jefe, alaba la refinada belleza del animal y se lo lleva en dirección al abrevadero. Entre tanto, sir Sheercliff, ataviado como de costumbre con un pantalón pulcramente planchado y una casaca roja, camina hacia a los muchachos, con cuidado de no pisar los charcos repartidos por el suelo. Manchar sus botas es una contrariedad indeseable, por mucha grasa que utilicen sus criados después para limpiarlas y repararlas.

Mientras los muchachos ocupan sus posiciones, el cacique se desenfunda los guantes y se frota las manos. Nagesh apura sus pensamientos antes de que sir Sheercliff hable con una última reflexión. Sabe que empezar por borrar a los dos guardias del mapa no está exento de cierto riesgo. Si fracasa y es descubierto se enfrentará a una dura condena que podría separarle de su mujer para siempre. Seguramente fuese sentenciado a morir en la soga o decapitado; o en el peor de los casos, a pasar el resto de su vida encerrado en unos calabozos, en los que, como dijo Narayan, no están permitidas las visitas. Tome la decisión que tome, debe hacerlo con sensatez y valorar si lo que arriesga merece la pena. No puede actuar sin unas mínimas garantías de éxito. Si les mata y se fuga para ir a su casa, antes de llegar tendrá allí a los miembros de la Guardia esperándole. Y tampoco sería justo simular que ha sido otro de sus compañeros el autor del asesinato. Ni siquiera Gagan. La verdad es que se encuentra en una nueva encrucijada demasiado incómoda en la que de brazos cruzados no hará otra cosa que malgastar el tiempo.

El grupo de Nagesh se coloca siguiendo el mismo esquema de formación que los veteranos para recibir a sir Sheercliff. Cuando el cacique llega hasta ellos, echa un vistazo alrededor, como si estuviese comprobando de primera mano el estado en que se

encuentra el campamento; y se sitúa en su posición preferida, justo enfrente de los muchachos.

—Bienvenidos todos a vuestro nuevo hogar —empieza a decir, como quien abre su mansión a un grupo de destacados dignatarios —. Pretendemos que os sintáis como en casa, por eso hemos tratado de recrear las condiciones de la que hasta ahora ha sido vuestra última residencia. Es posible que todavía falte algún retoque para alcanzar el nivel de aquella, pero de eso ya os iréis encargando vosotros poco a poco. Vamos a intentar que tengáis algún momento libre durante los primeros días para ello. Y no os preocupéis, porque en principio esta habrá sido la única noche que tendréis que dormir bajo el cielo abierto.

Sir Sheercliff rastrea los rostros de los muchachos en busca de algún gesto negativo, pero todos son ya conscientes del papel que deben jugar en este tipo de situaciones y tratan de mostrarse impasibles. Eso transmite una imagen de disciplina cuya carencia es a fin de cuentas lo que reprocha el inglés a aquellos a los que busca reprender. A él le encanta ver a sus hombres en esa pose firme, en disposición de acatar sus órdenes, y con el uniforme lleno de barro. Le hace sentirse como un general dirigiéndose a sus soldados en aras de la contienda definitiva.

—Os preguntaréis por qué este cambio en vuestra acomodada rutina —prosigue el inglés enfatizando exageradamente esta parte del discurso—. Bien, os responderé a la pregunta de una forma sencilla, habida cuenta de que algunos tenéis ciertas dificultades comprensivas.

El comentario del cacique levanta cierto resquemor en Nagesh, que ve normal que la mayoría de los chicos todavía no hayan aprendido a hablar en su idioma. Imagina de igual modo su cara tratando de comprender las conversaciones en hindi que habitualmente mantienen los muchachos, aunque en el caso de sir Sheercliff, y en vista de su comportamiento, Nagesh cree que quizá los problemas de comprensión se deberían también a deficiencias congénitas.

—He de reconocer que desde que llegasteis a la plantación habéis mostrado grandes progresos en cuanto a vuestra capacidad de sacrificio. Habéis adquirido el hábito del trabajo y el esfuerzo diario, y todo ello sin compensación alguna ni aparente agradecimiento por parte de nadie. Habéis aprendido a hacer las cosas simplemente por el sentido del deber, que es una motivación de la que carecíais cuando pusisteis por primera vez los pies en mi plantación. ¿No estáis de acuerdo?

Sir Sheercliff hace una pausa dándoles margen suficiente para contestar. Sin embargo, nadie confirma ni contradice su argumento. Algunos se preguntan si acaso ha llegado el momento de recibir algún tipo de recompensa, aunque la mayoría prefiere mantener la cautela. Después de las experiencias vividas con el cacique, les cuesta pensar en él en términos de generosidad.

—Vuestra dedicación queda patente en cada caja que exportamos —continúa alabando sir Sheercliff—. Debéis saber que no dejan de llegarnos cartas felicitándonos por la pureza y la calidad de nuestro producto.

—¡Eso no es verdad! —grita Gagan de forma impulsiva.

El cacique se para en seco, ciertamente descolocado. Nunca pensó que uno de sus trabajadores pudiera demostrar en público tal insubordinación. Incluso el chico se da cuenta enseguida de su inoportuna osadía. Seguramente la mala noche haya hecho mella en su conducta y le haya hecho intervenir de una forma tan precipitada. A su lado, sus compañeros no dan crédito a lo que ven.

—Disculpe, su nombre es…

—Soy Gagan, señor.

—¿Gagan? Qué nombre tan ridículo… —opina el cacique despectivamente, en un claro intento de reafirmarse—. ¿Podrías explicarnos en qué estúpida premisa te basas para cuestionar mis palabras, señor «Gagan»?

—Nagesh nos lo dijo —acusa sin rodeos. Al oírle, a Nagesh casi se le atragantan sus primeras gachas. El muchacho debió de escucharles en el barracón y ahora lo aprovecha para señalarle directamente a él—. Nagesh nos dijo que la mercancía que recogíamos se tiraba al río, que no se vendía en ninguna tienda.

Nagesh se lleva las manos a la cabeza. Con esa revelación al cacique no puede costarle deducir que si sabe eso es porque lo ha visto personalmente; en cuyo caso, ha tenido que salir de la plantación oculto en alguno de los carromatos.

Efectivamente, al tiempo que Nagesh hace ese razonamiento, sir Sheercliff medita si lo que dice el muchacho de nombre ridículo es posible. «¿Cómo habrá logrado el mocoso enterarse de eso? ¿Acaso se lo ha contado alguno de mis empleados? ¿O habrá sido tan estúpido como para haber estado fuera de la plantación viéndolo con sus propios ojos y haber regresado después? ¿Para qué podría hacerlo, para contarle a sus amigos su descubrimiento? ¿Qué puede alguien pretender con ello? ¿Tal vez organizar un motín?». Sir Sheercliff recuerda entonces que Nagesh estuvo todo el día ilocalizable. «¿Habrá sido ayer cuando se enteró?».

Mientras tanto, la reacción del resto de muchachos se sitúa entre la sorpresa y el escepticismo por el mensaje de Gagan, y la incredulidad por su forma de expresarlo delante del cacique.

—Así que eso dice Nagesh, ¿eh? —dice este, mirando directamente hacia el aludido.

Nagesh tiene clara una cosa: sir Sheercliff quizá no supiese de antemano el nombre de Gagan, pero a él no ha tenido problemas para ubicarle. Eso significa que, pese a sus esfuerzos por pasar desapercibido, el cacique no se olvidó de él nada más ponerle aquella inyección y mandarle a los barracones. Puede que sea simplemente por la manera surrealista en que fue reclutado, o puede que sea por algo más.

En cualquier caso, lo que acaba de decir Gagan ha supuesto una revelación inesperada para un gran número de muchachos, incluidos los más veteranos. Varios de ellos han cambiado la expresión de su cara de forma inmediata. Nagesh ignora a qué se habrán dedicado desde que dejaron el campamento principal, pero ahora saben que al menos lo que hicieron estando allí no sirvió para nada. Seguramente necesiten una explicación convincente, y sir Sheercliff está ahora mismo en la encrucijada de confesar el porqué de esa circunstancia o zanjar el asunto sin más, arriesgándose a perder la confianza y el respeto que pueda haber conseguido entre algunos de sus hombres.

Tras unos momentos de reflexión, el cacique se decanta por poner sus cartas sobre la mesa. Considera mejor eso que una constante especulación interna que eche a perder todo lo avanzado con los veteranos e imposibilite sacar algo bueno de los recién trasladados.

—En fin. Puesto que «Gagan» ha tenido a bien hacer públicas las hábiles indagaciones de su compañero Nagesh, no me andaré con más rodeos y os contaré la verdad —asegura el cacique sin el menor signo de arrepentirse por haber mentido—. Es cierto. El cien por cien de lo que recogisteis cada día fue desechado; bien quemándolo, bien tirándolo por un barranco o simplemente dejando que se lo llevara el viento.

Parece que los peores temores de Nagesh se hacen realidad. Que aquel lote fuese a parar directamente al río no fue por pura casualidad; era el procedimiento rutinario seguido en la compañía durante meses. Entonces recuerda las astillas que flotaban en aquel remanso en el que se lavó la cara cuando se dirigía a entregar la carta a la plantación. ¿Quién iba a decirle que sería así como acabaría su trabajo todos los días?

—Seamos sinceros, muchachos. La calidad del té que habéis estado recogiendo la mayoría de vosotros no serviría ni para echar de comer a una de esas tontas vacas que campan a sus anchas por vuestras calles. Una verdadera empresa dedicada a este negocio estaría abocada a la bancarrota de contar con trabajadores como vosotros —confiesa crudamente sir Sheercliff—. Muchas, de hecho, se han ido al traste en esta misma zona con un producto mucho mejor que el nuestro. En resumidas cuentas: el único propósito de haceros superar dificultades de diversa condición fue forjar en vosotros un férreo carácter. Construir una personalidad robusta y decidida, y transformar a unos débiles y asustados niños recién destetados en unos hombres fuertes y resistentes ante la adversidad.

Sir Sheercliff contempla durante unos instantes la estupefacta expresión de los muchachos, incapaces de disimular su sorpresa, y continúa con su exposición de los hechos.

—Sí. En el fondo todo fue una pantomima. Una farsa para ayudarnos a cribar candidatos inapropiados y quedarnos solamente con los más aptos para ocupar el puesto que os voy a ofrecer. Por eso, debo daros de antemano la enhorabuena.

Nagesh está seguro de que cuando el inglés habla de los «candidatos inapropiados» se refiere a los muchachos fallecidos y le parece un insulto que los defina así con tanta frialdad. Fueron personas dejadas a su suerte, a las que nadie ayudó cuando enfermaron, y no unos simples aspirantes a un puesto de dudosa procedencia. También ahora, al oírle hablar de ofrecimientos, Nagesh se pregunta si ya se habrán ganado el derecho a aceptar o declinar esas ofertas, aunque no le parece muy probable.

En el fondo, Nagesh no puede decir que la confesión de sir Sheercliff le haya cogido del todo por sorpresa. Siempre ha sospechado segundas intenciones ocultas tras su máscara de empresario ejemplar y cuando descubrió que el material recolectado era desechado desde lo alto de un barranco, sus sospechas no hicieron sino acrecentarse. Lo que no se imaginaba era que el propósito del castigo que han tenido que soportar durante los últimos meses, bajo esa tapadera de prestigiosa compañía dedicada al té de alta gama, era un fin en sí mismo. «Una forma de cribar candidatos inapropiados». Nagesh se pregunta también si el obispo era conocedor de esta circunstancia cuando le envió a la plantación.

Entonces, impulsado por el impacto de su discurso, sir Sheercliff se acerca a su audiencia para dar el golpe de efecto definitivo. Que esta vez no le importe manchar de barro sus botas es sinónimo de que para él hay cosas mucho más importantes ahora mismo en su

cabeza.

—Me complace comunicaros que, por fin, estáis preparados para convertiros en auténticos soldados.

«¿Soldados?… ¡¿Soldados?!». Los muchachos se quedan pasmados, sin comprender qué tiene que ver el trabajo de recolector de té con las dotes bélicas. La mayoría empieza a creer que el cacique ha perdido la cabeza por completo, pero por otro lado, los veteranos no hacen ningún gesto que dé a entender que ellos comparten tal percepción.

—Sé que estas primeras semanas han resultado especialmente duras para todos vosotros. Creedme, yo también he vivido experiencias similares y también he sufrido viéndoos así. Pero aquí estáis. En pie, como auténticos soldados que no se dejan amedrentar por las adversidades. Hombres como vosotros son los que rehacen cada poco el mapa del mundo, conquistando países enteros bajo la bandera de su propia nación. Solo los más fuertes sobreviven para dar nuevas tierras a sus hijos y verles engrandecer su legado prosperando en ellas. Gente como vosotros.

No importa lo que piensen los veteranos. Para Nagesh, el cacique debe haber desayunado algo en mal estado que le empuja al delirio. No se entiende si no que hable en esos términos a unos chicos, en su mayoría huérfanos o abandonados, que nunca se han preocupado en su vida por otra cosa que por sobrevivir. ¿O es que tal vez sea eso lo que busca, al fin y al cabo? Supervivientes natos, pícaros astutos, ladronzuelos que sepan actuar sin ser vistos ni levantar sospechas entre quienes les rodean. Si es así, no puede decirse que sir Sheercliff no haya sabido elegir.

—Es cierto que alguno de vuestros compañeros no lo han conseguido. Este hecho debe haceros valorar vuestro mérito como corresponde. No todo el mundo es igual de válido, y así lo constata la vida misma.

Nagesh mira al chico de brazos largos y orejas puntiagudas. Él perdió un hermano porque uno de los guardias creyó conveniente darle una paliza. Se pregunta qué estará pasando ahora mismo por su mente, en vista de que no exterioriza ningún sentimiento.

—En este tiempo, algunos habréis creído necesario aprender a odiarme —prosigue en un tono resignado sir Sheercliff—. Hay quien necesita canalizar su frustración hacia una fuente externa para liberarse de su propia aflicción. Soy consciente de ello, no penséis que no. Pero es solo un sacrificio más, que gustosamente he realizado por veros convertidos en lo que sois ahora. Paraos un momento y echad la vista atrás. ¿Acaso he sido más duro con

vosotros que todas esas personas a las que habéis conocido en el pasado y que tanto daño os han hecho?

«Otra jugada maestra del cacique: utilizar a personas a las que su trato nunca sea lo peor que les haya pasado en la vida», añade a su lista Nagesh.

—Os han pegado. Os han violado. Os han torturado cada uno de los días que han compartido con vosotros. Han matado a vuestros padres. Os han privado de comida, de un techo bajo el que cobijarse. Os han hecho desear estar muertos una y otra vez.

Entonces sir Sheercliff suaviza el tono de su discurso, quizá para dotarlo de cierta cercanía.

—No os he tratado peor que ellos —sentencia unilateralmente—. Aunque tal vez no os hayáis dado cuenta, os he hecho un gran regalo. Os he dado la fuerza. El carácter necesario para no desfallecer jamás. No importa ya lo que os opriman. Sois libres. Únicamente recae en vosotros la elección de vuestro destino.

Nagesh no tiene claro dónde radical tal libertad, pero lo que sí es seguro es que el cacique disfruta aleccionando a sus hombres casi tanto como mirándose el ombligo. «¿Está tratando de decir que debemos sentirnos agradecidos? Lo único por lo que le confiero gratitud es por poner al alcance de mi mano a los asesinos de mi padre».

—Pero debo daros una mala noticia —prosigue sir Sheercliff—. Ahí fuera, más allá de la alambrada, nada ha cambiado. El mundo sigue siendo el mismo sumidero de escoria en el que os visteis arrojados al nacer y toda la gente que os hizo daño permanece en él, esperando a que volváis con ellos para continuar disfrutando de vuestro dolor.

Sir Sheercliff adopta entonces un ridículo gesto de complicidad.

—Estoy seguro de que desearíais guardar una desagradable sorpresa para todos ellos —insinúa veladamente—. Por desgracia, esta sociedad que nos rige es como una gran hidra salvaje. Mientras nos limitemos a defendernos mansamente, sus feroces dentelladas nos irán medrando hasta que no nos quede más remedio que dejarnos devorar por completo. De nada sirve cortar cada una de sus cabezas, pues en seguida una nueva las reemplaza. Sin embargo, aún hay lugar para la esperanza. Esa hidra formada por gobernantes opresores y tiranos tiene una cabeza maestra y, si alguien logra separarla de su cuerpo, acabará con su vida para siempre.

Nagesh no entiende muy bien el símil, pues a su juicio, sir Sheercliff no es más que otra de esas ridículas testas a las que se refiere. Y tiene suerte de que la lista de asuntos pendientes del

muchacho empiece a ser demasiado larga, porque de lo contrario no le importaría ser él quien la cortase.

—La cabeza a la que me refiero es su máximo representante, su líder indiscutible, el exponente supremo que aúna en su cetro todo el poder.

Sir Sheercliff les señala con el bastón. De algún modo este también hace las veces de cetro.

—Vosotros le conocéis. Habéis oído hablar de él. Es alguien de los vuestros, aunque no lo sea en realidad. Porque, ¿cómo puede alguien equipararse a un dios y utilizar su poder para oprimir a su pueblo, a sus hermanos, desde una butaca de oro?

El que sir Sheercliff hable de opresión ajena resulta un tanto paradójico. Teniendo en cuenta que en su día despidió a toda su plantilla y que ahora lleva meses fustigando a sus nuevos trabajadores con el pretexto de convertirles en hombres, quizá no sea el más indicado para dar lecciones de humanidad. En cualquier caso, eso no parece impedirle desplegar toda su falsa enjundia moral para justificarse.

—Su nombre, queridos compañeros, es Ayodhya.

«¿Ayodhya?». Nagesh sabe muy bien quién es Ayodhya, aunque nunca ha podido verle en persona. El dignatario no acostumbra a dejarse ver públicamente, salvo en contadas ocasiones y en ellas, obviamente, no tiene cabida todo el mundo. Pero aunque Nagesh conozca la existencia del príncipe, no entiende por qué razón el cacique ha decidido sacarle a la palestra justamente ahora, en medio de ese discurso.

No es ningún secreto que los mandatarios locales mantienen disputas continuadas con sus homólogos británicos, especialmente en lo referente al poder territorial y al reparto de riqueza. Pero, al menos hasta ahora, Nagesh consideraba que sir Sheercliff era un hombre ajeno a esas confrontaciones, que se limitaba a disfrutar del aire puro y la caza en su retiro montañés, mientras veía crecer su fortuna.

—Ese hombre vive en su palacio, comiéndose el pan que los campesinos cuecen para sus hijos, sin importarle el sufrimiento en el que sus dominios llevan siglos sumergidos. Su soberbia le lleva a rechazar una y otra vez la ayuda que el hombre occidental ha venido a ofrecerle. Nosotros, que hemos dejado nuestra casa a miles de millas de distancia, a nuestras familias y amigos por traer bonanza a este nuevo mundo, nos sentimos vilipendiados. No ignoramos la situación en que vivís —asegura sir Sheercliff como quien hace campaña electoral—. En Europa la soportamos hace más

de mil años. Y supimos salir adelante. Ahora hemos venido a regalaros progreso e igualdad, pero vuestro líder, enfermo de orgullo y arrogancia, reúsa aceptarla. Se ve que prefiere ver morir a su pueblo antes que aceptar su incapacidad para reconducir la situación.

Aunque en la mayor parte de lo que dice el cacique demuestra ser perverso y manipulador, en esta ocasión Nagesh no tiene nada que objetar. De hecho, está totalmente de acuerdo con él: ninguno de los que están allí le debe nada al príncipe; y es más, es el mayor responsable de mantener un estado injusto en el que la gente muere de hambre y es brutalmente discriminada. En todos sus años de mandato, Ayodhya no ha movido ni un solo dedo para cambiar las cosas, sinónimo de su conformidad ante ellas.

—El marajá es el responsable de vuestra pobreza —prosigue sir Sheercliff, cada vez más desatado—. Es quien os ha obligado a vivir en las calles, mendigando a otras personas que tampoco tienen limosna para daros. Es quien os tilda de «despojos», quien os niega el derecho a ser considerados hijos de Brahma.

Es cierto. Nagesh está cansado de oír que nadie de su familia ha provenido jamás de parte alguna del cuerpo del dios creador. Ningún paria tiene ese honor. En ese sentido, Nagesh le profesa al príncipe Ayodhya tanta simpatía como a buen seguro sucede a la inversa. Pero coincidir con algunos de los enunciados de sir Sheercliff no significa necesariamente estar en el mismo barco que él. Además, el cacique tiene trabajando bajo sus órdenes a los dos hombres que Nagesh más odia en la vida, quizá con la única salvedad de monseñor Dumont.

—En esta casa somos todos como una gran familia —afirma sin reparos sir Sheercliff—. Aunque os haya puesto a prueba, os quiero como a mis hijos. Podéis estar seguros de eso. Por ese motivo, os quiero pedir que si vuestro príncipe desoye vuestras súplicas, seáis vosotros quienes toméis las riendas de vuestro futuro. Juntos podemos acabar con su tiranía y devolver al pueblo lo que debería ser suyo por derecho propio. Las tierras volverán a ser de los campesinos que las trabajan y sus frutos llenarán sus cazuelas, no las de quienes se apropien de ellos.

Aunque Nagesh se muestre escéptico ante el mensaje propagandístico del terrateniente, no puede decirse lo mismo del resto de sus compañeros. O al menos de la mayoría. Sumado al beneplácito otorgado por el grupo de veteranos, muchos de los nuevos también asienten, habiendo olvidado rápidamente cómo se ha comportado con ellos el personaje que tienen delante. «¿Será que

lo único que necesitan es que alguien les dé un motivo por el que luchar?», reflexiona Nagesh fijándose en sus caras de, todavía comedida, emoción. Está seguro de que hace un par de horas ninguno de ellos se acordaba de quién era el príncipe Ayodhya, y que todos hubiesen señalado al cacique como el enemigo número uno en sus vidas.

—Necesito vuestra ayuda —reconoce sir Sheercliff, abriéndose de brazos—. Pero vuestro pueblo la necesita mucho más que yo. Quiero que entrenéis como titanes y que os convirtáis en expertos manejadores de la espada.

«¿La espada? ¿¿Que aprendamos a manejar la espada??». Nagesh no puede creer lo que está oyendo y en seguida mira a sus amigos para ver si ellos también sufren del mismo estupor.

Shalim tiene cara de no entender nada, Shaana de perplejidad y Narayan… Narayan tiene el ceño fruncido como si no supiese de qué le están hablando. Aniket se muestra impasible y Umed probablemente ni siquiera haya escuchado lo que el cacique ha dicho. El resto parece recibir con variable grado de entusiasmo la noticia de su futura instrucción.

—Los que cada día muestren los mayores progresos dispondrán del doble de ración de comida al día siguiente. Los peores se quedarán sin ella —advierte sir Sheercliff. Parece que después de todo, las cosas tampoco van a empezar a ser un camino de rosas a partir de ahora.

—Cuando todo haya acabado y el príncipe viva solo en el recuerdo de aquellos a quienes ha sometido, los que más hayan destacado en su derrocamiento formarán parte de una brigada especial al servicio de la Corona. Seréis la élite del Ejército y gozaréis de reconocimiento y privilegios. ¿Os espera quizá algo mejor en algún otro lado? Francamente, lo dudo.

A Nagesh se le ocurren al menos un centenar de alternativas mucho más atractivas que arriesgar su vida al servicio de la realeza británica. «¿Creerá realmente el cacique en su propio discurso o serán solo artimañas para embaucar a unas mentes dúctiles y sin desarrollar como estas?». Nagesh tiene sus dudas de que el cacique pueda convertir en hábiles soldados a unos jóvenes incapaces de recoger unas cuantas hojas de té sin llevarse medio arbusto por delante. Pero por cómo se comporta, parece ser que algo le hace tener fe ciega en su potencial.

—La época de los héroes hace tiempo que terminó. Hoy ya nadie da su vida por el prójimo. Es uno mismo quien debe ejercer su derecho a buscar un futuro más favorable y esta puede ser vuestra

última oportunidad para conseguirlo. Pensadlo. Si cuando acabe la instrucción alguno quiere irse a su casa, será libre de hacerlo. Pero hasta entonces estaréis obligados a realizarla, dando el máximo que cada uno podáis aportar. Si os fueseis ahora, todo lo que habéis hecho hasta el día de hoy no tendría ningún valor. Entenderéis que no pueda permitirlo.

A Nagesh se le acaban las pocas dudas que todavía le quedaban: sir Sheercliff es todo un orador.

—El periodo de instrucción no será muy largo. El tiempo es un factor determinante que juega en nuestra contra, obligándonos a doblar esfuerzos. Confío en que no se vuelvan a producir más bajas personales de aquí en adelante, aunque como comprenderéis, es algo que no depende exclusivamente de mí. Debéis saber que todos vosotros sois considerados activos muy importantes y os aseguro que los esfuerzos que hagáis se verán recompensados. Solo os pido ese último sacrificio. Vuestros compañeros más veteranos ya se han decidido. ¿Puedo contar, igualmente, con vuestro compromiso? —pregunta, dirigiéndose principalmente a los novatos.

Al no saber si es una pregunta retórica, los muchachos no se atreven a contestar de inmediato. Pero al ver que sir Sheercliff se queda aguardando una contestación, empiezan a darse cuenta de que esta va muy en serio.

—Sí, conmigo —afirma uno de ellos.

—Conmigo también —se une otro.

Satisfecho por la buena acogida, sir Sheercliff hace un gesto a uno de los hombres para que se adelante. Él da un paso al frente y se inclina con una leve reverencia.

—A partir de hoy todos seréis entrenados en el noble arte de la espada por el maestro Mr. Harjeet —decreta el cacique—. Es uno de los mejores manejadores del acero que he podido encontrar en esta región. Por descontado que hubiese preferido enseñaros a utilizar un fusil, pero mi querido amigo el gobernador de Orissa no disponía de suficiente dinero como para suministrarnos armas y munición para todos. Por consiguiente, el destino parece haber querido hacer de vosotros unos expertos en el mano a mano, en lugar de unos buenos tiradores.

Mr. Harjeet asiente y regresa a su posición original. Nagesh se da cuenta de que el barro que tenía pegado al uniforme se ha solidificado ya casi por completo. Eso significa que empieza a hacer calor.

—Aunque Mr. Harjeet me mantendrá al corriente, vendré cada cierto tiempo para comprobar personalmente vuestros avances.

Estoy convencido de que al menos de entre todos vosotros saldrá un buen puñado de magníficos luchadores. Aún debo pensar qué haré con el resto —dice el inglés rascándose la cabeza. Parece no ser un eufemismo. Después se da media vuelta y se dirige directamente al instructor.

—Quedan bajo tus órdenes —le avisa, entregándoselos con un gesto de manos—. Kamal, no consientas ni la menor muestra de insurrección. Vosotros seréis los encargados de velar por el buen funcionamiento de la empresa. Espero no haber errado con mi elección al haberos contratado.

Kamal sonríe dejando al descubierto sus buenos propósitos y una toda una hilera de sarrosas e irregulares piezas dentales. El cacique, entretanto, pide que le traigan su caballo y da en privado las últimas indicaciones a Mr. Harjeet. Cuando Ishwar hace detenerse a su lado al animal, el cacique pone un pie en el estribo y salta sobre él. Desde lo alto, lo espolea con los talones y comienza a alejarse trotando por el camino privado que le trajo hace unos minutos al nuevo campamento.

El instructor espera que el sonido del caballo se diluya en la distancia para dirigirse a sus nuevos alumnos. Que sea él quien toma las riendas en ausencia de sir Sheercliff y no los guardias parece una buena noticia. Habrá que ver cómo acaba resultando ser y si esa sensación de fortuna se prolonga en el tiempo que duren los entrenamientos.

—Aunque el señor Sheercliff ya me ha presentado, os repetiré por última vez mi nombre. Soy Harjeet y estoy aquí para intentar que aprendáis a usar este trozo de metal, el cual, manejado con diferentes grados de destreza, puede resultar letal para cualquier adversario. Blandir con miedo una espada es, por el contrario, como entregar al enemigo vuestra cabeza sobre una fina bandeja de plata.

Mr. Harjeet corta el aire con la espada. El sonido es similar al que produce una fina rama de olivo haciendo el mismo movimiento.

—Podría decirse que lo único malo de luchar con una espada es que vuestro rival puede hacerlo mejor que vosotros. Y el problema es que basta encontrar una única vez a un adversario superior para que todo se acabe de inmediato. En resumen, los movimientos que todo buen espadachín debe realizar han ser ágiles y certeros, si lo que quiere es regresar a casa al final de cada batalla.

—¿Vamos a luchar en una batalla? —pregunta Narayan, confundido.

—Cada vez que un hombre sale de su casa se enfrenta en una batalla.

El maestro se acerca a Kamal y le requiere el material de entrenamiento. El guardia se acerca al pequeño cobertizo y saca de dentro una espada herrumbrosa, capaz de acabar con la vida de un hombre con solo arañar su piel. Harjeet le hace indicaciones para que se la entregue directamente a Narayan.

—No es la mejor hoja que verás en tu vida, o eso espero, pero tampoco las grandes contiendas empiezan con las mejores muertes. Para bien o para mal, los reyes siempre saben aguardar hasta el final de las mismas para perecer. Y bien, muchacho —le dice a Narayan, apuntándole directamente con su espada—, ¿estás dispuesto a ser tú quien acabe con el príncipe Ayodhya?

1. *Esa nube de sándalo y azafrán*

—Su hija ha estado husmeando por la antigua abadía —dice el gobernador, usando un sutil deje antipático desde la confortable butaca de su despacho—. Y sé que ha hablado con algún monje.

El mercader le mira, extrañado. De ser cierto, la joven habría actuado a sus espaldas, algo que hasta ahora no era nada habitual. Pero lo que más le cuesta aceptar es que haya ido a visitar un lugar de culto y oración cristiana.

—¿Con algún monje?

—Con uno o con más de uno. Lo que está claro es que allí dentro es lo que hay: monjes.

—Sí, lo suponía; aunque gracias por la aclaración. ¿Y de qué cree que han podido hablar?

—Lo ignoro. Pero, cualquier cosa que fuese, no es normal que haya ido a tratarla en secreto. Y que alguien de quien en cierto modo dependo actúe a escondidas me hace alzar la guardia.

—Ni en secreto ni anunciándolo a los cuatro vientos. No hay nada que deba tratar con los monjes. ¿Qué se le habrá podido perder allí?

—Usted debería saberlo, ella es su hija —le espeta lord Britton, buscando con la mirada el trozo de queso más apetecible de la bandeja—. Sin embargo, de nuevo seré yo el que tenga que ocuparse de investigar con quién habló y por qué temas se interesó. Está claro que ella es una pieza clave en nuestro plan y debemos mantenerla vigilada en todo momento. En estos asuntos no caben sombras ni medianías.

—Supongo que eso me obliga a restringir aún más sus movimientos para evitar que surjan futuros imprevistos —asume Muhammad.

El gobernador se muestra de acuerdo.

—¿Cree que está confabulando contra nosotros? —pregunta como quien no quiere la cosa.

Desde que la semana pasada recibiera aquella inquietante notificación, lord Britton se encuentra bastante susceptible. Cada vez se ve más forzado a acelerar el plan que había ideado a medio plazo y sabe de buena tinta que las prisas nunca son buenas. Cuando empezó a pensar en ese proyecto estaban claros sus pasos,

sabía qué debía hacer cada cual y qué momento era el más adecuado. Pero por culpa de esa maldita auditoría ha tenido que adelantar y solapar varios hitos críticos, modificar sus premisas y cambiar a los protagonistas de la función. Su plan se está empezando a parecer a un compuesto químico hecho a partir de elementos escogidos al azar, inestable e impredecible por pura definición.

—¿En qué sentido?

—No tengo ni idea. Pero pensemos… ¿Sabe usted si su hija había visitado la abadía antes? —pregunta el gobernador.

—Claro que no.

—¿Que no lo ha hecho o que no lo sabe?

—Que no lo ha hecho.

—¿Está seguro? —insiste lord Britton, mordisqueando el último trozo de queso seleccionado.

—Rotundamente sí. Es una mujer musulmana. ¿Para qué iba a querer meterse en un recinto cristiano?

—Acostarse con una mujer no le hace a uno saber de qué color son todas sus bragas.

—¿Acostarse con una mujer? ¿Bragas? ¿De qué me está usted hablando? ¡Es mi hija! —protesta Muhammad.

—Déjelo, era solamente un símil —aduce lord Britton—. Digamos que comprendo su razonamiento. Entonces, si es la primera vez que Aysha acude a la abadía, ¿qué piensa que puede haberla motivado a ello? ¿Cree más probable que fuese buscando información o que quisiese verse con alguien en concreto?

—Defenderme de su mordacidad no me ha dejado tiempo para pensar en ello —alega Muhammad, dispuesto a poner fin al linchamiento—. ¿Por qué no intenta ayudarme en lugar de lanzarme semejantes acusaciones? Empiece diciéndome quiénes son los monjes que aún quedan en la abadía.

Lord Britton, que a decir verdad nunca ha sabido de memoria cuántos religiosos viven o han vivido en ella, saca una lista del cajón de su escritorio en la que parece tener apuntados sus nombres y le hace un repaso.

—Veamos… Están los hermanos Jacob, Saravanan y Zakkary, además de Gorgonio, el cocinero. El resto se fueron o han muerto. ¿Alguno es merecedor de sus sospechas?

A Muhammad, los nombres de los monjes no le suenan de nada.

—*A priori* no encuentro nexos de unión entre ninguno de ellos y mi hija —resuelve el mercader.

—Es lógico. El hermano Jacob no es más que un baúl de

pellejos, físicos y mentales, que no creo que interesen a nadie. De Gorgonio lo único que podría sacar son unas cuantas recetas descompensadas que no querría probar, y el hermano Zakkary, según el obispo, lleva los últimos meses sin hacer otra cosa que intentar elaborar su propia cerveza.

—Me gustan los hombres a los que la edad no arrebata el espíritu emprendedor.

—Sí, no se le puede negar cierto componente cómico a querer arriesgarse a esas alturas de su vida.

—Esa no es exactamente la percepción que quería transmitir. Pero no nos entretengamos con juicios de valor, ¿qué me dice del último, ese tal hermano Saravanan?

—La verdad es que no sé qué pensar del hermano Saravanan —admite, pensativo, el gobernador, dejando entrever ciertas reservas hacia el monje converso—. Creo que desde que ese chico se casó con la hija de la campesina vive un tanto desorientado, como si en la abadía se encontrase ya fuera de lugar.

—¿Cree que le ha afectado?

—Afectar, desde un punto moral, no. Me decantaría más bien por un punto de vista afectivo. Como si el hecho de que el chico se fuese de allí dejase de dar sentido a su propia permanencia.

—¿Como si hasta ahora hubiese estado solamente por él?

—Algo así. No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que tarde o temprano acabará dejando la congregación; aunque ciertamente, no atisbo qué pudiera tener que ver nada de esto con su hija.

—Eso mismo pienso yo. ¿Y qué me dice del muchacho?

—¿Cuál de ellos? ¿Nagesh o Anuj?

—No sé su nombre. El paria. Tal vez fuese a él a quien buscase.

—Hummm…, no sé. ¿Para qué querría hablar su hija con ese chiquillo? Además, no creo ni que se conozcan —presiente el gobernador.

—Pudo oír algo de él que la condujese a la abadía —plantea el mercader sin demasiado convencimiento—. ¿Algo relacionado con Sambalpur, quizá?

—No imagino el qué ni en qué contexto podría producirse lo que sugiere —rechaza una vez más el inglés, negando con la cabeza al tiempo que lanza sobre el plato un trozo de corteza—. Pero he de reconocer que este queso que me ha traído se merece un certamen.

El mercader, que había encontrado por casualidad el queso perdido en el fondo de su despensa, sonríe. Ni se acordaba del tiempo que podía llevar allí ni de dónde lo había sacado. Cuando se

lo acercó a la nariz le pareció que desprendía un olor agrio y arranciado, por eso había optado por regalárselo al gobernador. Estaba seguro de que este no sabría diferenciarlo de uno de categoría. Y así había sido.

—Entonces, en lo que a este asunto respecta, por el momento estamos ante un callejón sin salida —concluye lord Britton—. Está claro que debemos focalizar nuestra atención en la joven hasta que las causas de su anómalo comportamiento queden esclarecidas, pero no podemos extraer más conclusiones.

Muhammad se muestra conforme. Su hija siempre ha sido un tanto irreverente, pero de ahí a convertirse en una traidora hay un largo trecho. De todas formas, por mucho que Aysha sea su hija, no sería culpa suya que decidiese pasarse al bando enemigo. Fue el obispo quien planteó ofrecérsela al príncipe a modo de manzana envenenada y esperar junto al palacio a que les abriese las puertas. Muhammad es de la opinión de que si el plan fracasa, será el padre Dumont quien tenga que cargar con toda la responsabilidad.

—Si su hija regresase a la abadía, o simplemente intentase hacerlo, deberíamos actuar sin contemplaciones. Su vida es importante, claro está, pero para mí la mía es prioritaria.

—No nos pongamos tan drásticos —aboga el mercader desde una posición más comedida—. Estoy seguro de que todo se trata de un malentendido. Probablemente Aysha se encontrase dando un paseo a caballo por las inmediaciones de la abadía. En un momento dado sintió sed y se acercó a pedir un poco de agua.

El gobernador, que se disponía a coger una nueva cuña de queso, se detiene en seco.

—Dígame, ¿realmente es usted tan ingenuo, señor Al-Jahan? —pregunta sin rodeos—. Imagino que no, así que bájese de esa nube de sándalo y azafrán, y abra los ojos de una vez. Un gato no mete la cabeza en el agua si no es para cenar pescado.

—Si no jugase usted constantemente a los acertijos, no tendría que adivinar qué demonios ocurre en cada instante.

—¿Qué quiere decir con «acertijos»? Creo que soy bastante directo en mis exposiciones.

—Ya que presume de ser directo, demuéstremelo —exige Muhammad—. Quiero saber hasta dónde conoce el obispo los detalles de su plan. Porque, aunque él haya actuado como su intermediario y me haya hecho propuestas determinantes, sé perfectamente que el origen del mismo está en su cabeza.

—El padre Dumont conoce los detalles hasta un punto prudencial —reconoce un cauteloso lord Britton.

—¿Puede usted ser más específico, por favor?

—Me refiero especialmente a que monseñor Dumont es ajeno al giro que han dado los acontecimientos en los últimos tiempos.

—¿En verdad me va a hacer interrogarle para sacarle la verdad?

—¿Perdón? ¿Cómo dice?

—¡Que se deje de rodeos! ¿Sabe monseñor Dumont que planea matar al príncipe dentro de unos meses?

El gobernador aparta la bandeja de queso a un lado y da un sorbo de vino.

—Una reputada trayectoria como la del caldo de los monjes se merecía un broche final mucho mejor que este —dice, aludiendo a un comentario que el prelado le había hecho sobre el fin de la producción en la abadía. Los religiosos habían vendido las viñas y el gobernador supone que a estas alturas las reservas de sus toneles deben estar a punto de agotarse.

—¿Lo sabe o no? —insiste una vez más el mercader, harto de las evasivas de lord Britton.

—A decir verdad, no —reconoce él al fin.

Muhammad sacude la cabeza.

—¿Y por qué ha decidido mantenerle al margen en un asunto tan importante?

Lord Britton se pasa una servilleta por los labios y se inclina hacia su interlocutor.

—¿Me promete no decir nada?

—Creía que estábamos juntos en esto, que partíamos de una confianza recíproca… —dice Muhammad, dolido por la aparente puesta en duda de su discreción—. Claro, que también pensaba que eso atañía de igual forma a su relación con el obispo… Y por lo visto no es así.

Lord Britton se cruza de brazos. A estas alturas no quiere ni oír hablar de su pacto con el obispo. Para él es algo fuera de vigencia, un periodo concluso. Como la época victoriana. Su contrato quizá había tenido su momento, pero monseñor Dumont no había estado a la altura y el gobernador no había tenido más remedio que continuar sus andanzas sin él.

—Digamos que razones de peso me han forzado a retirarle mi confianza —se justifica el gobernador.

—Supondré que así ha sido.

—Se lo agradezco. Por favor, es crucial que entre tanto él siga creyendo que todo discurre todavía de acuerdo a la hoja de ruta inicial —recalca lord Britton.

—Bien. No comparto su actitud, pero no me meteré entre

ustedes.

—En verdad, ese prelado no sabe nada del campo de entrenamiento de las montañas y, por supuesto, no sabe que su pupilo está recibiendo allí la instrucción necesaria para convertirse en un justiciero.

—Es increíble que haya tenido la osadía de mentirle acerca del muchacho. ¿Qué cree que pasará si descubre que aún sigue vivo?

—Pero ¿por qué la gente se obsesiona tanto pensando en todo lo que puede salir mal? —se desespera lord Britton.

El musulmán espera a que al gobernador se le pase su momentánea aflicción antes de continuar hablando.

—Si ya ha decidido apartarle del plan, no entiendo por qué le sigue incluyendo entonces en algunas reuniones y finge contar con él para votar las propuestas más importantes.

—Porque nos interesa que siga implicándose en ello —admite lord Britton con cara de astuto—. Necesitamos que se manche las manos para que, si algo falla, sea el primero al que encuentren cuando el príncipe ordene buscar a los responsables.

—¿Quiere cargarle con toda la culpa de un supuesto fracaso?

—Naturalmente. ¿Es que hay necesidad de que los tres paguemos por un delito por el que bastaría que solo uno lo hiciese?

A Muhammad le parece indignante que el gobernador haya insinuado que su hija puede ser una traidora y mientras tanto actúe a espaldas del obispo, ocultándole la realidad y preparándole una encerrona por si surgiesen complicaciones.

—Entiendo —dice el mercader—. Es decir, que si las cosas se tuercen, usted ha considerado unilateralmente que el obispo es el más adecuado para representarnos en la horca.

—Dicho así suena acusador…

—Para nada, para nada. Simplemente quiero entender qué le impulsa generalmente a tomar ciertas decisiones, como usar a un socio a modo de escudo humano.

—Me impulsa el razonamiento más primordial: la supervivencia ante cualquier otro pretexto.

—Parece que ha sabido desarrollar con maestría las aptitudes que este continente exige al extranjero, ¿verdad? ¿O es que quizá nació ya con ellas?

—*Homo homini lupus*. ¿No decía eso Thomas Hobbes? —pregunta el gobernador, rememorando una de sus citas favoritas—. Y no le faltaba razón.

—No sé a qué se refiere.

—No importa.

—Está bien. Y supongo que intentará involucrar lo más posible a ese muchacho, por aquello de hacérselo al obispo lo más doloroso posible.

—Supone bien.

—Hasta el punto de que sea él quien cometa el asesinato.

—Sería muy conveniente y deseable —reconoce lord Britton.

—Es decir, que si todo sale bien, monseñor Dumont se enterará de que su pupilo sigue con vida en el mismo instante en el que este le rebane el cuello al príncipe.

—Eso es.

—Bueno, supongo que le produciría cierta conmoción, pero también tendría motivos para estar contento, por eso de que el príncipe hubiese sido derrocado —aduce Muhammad—. Por el contrario, si algo saliese mal, podría recibir esa noticia de boca de un miembro de la Guardia Real camino a los calabozos del palacio.

—Lo ha sintetizado bastante bien —reconoce lord Britton.

—¿Y no ha pensado que en el tiempo que transcurriría entre la captura del obispo y su ejecución, podría confesar no solo que nosotros dos formamos parte de la trama, sino que somos los únicos conspiradores? ¿Por qué cree que no defenderá su inocencia, más aún, estando dolido por cómo se la hemos jugado?

—Podría hacerlo —admite lord Britton—. Otra cosa será que alguien le crea, ¿no le parece?

—¿A qué se refiere?

—A que usted y yo somos dos personas respetadas en los ámbitos políticos y sociales. Está claro que hay quien nos prefiere muertos, como le ocurre a todo el mundo, pero los que nos deben algún tipo de favor son todavía superiores en número.

—¿Se aferra a algo tan intangible como el prestigio o la reputación? —le cuestiona, sorprendido, Muhammad.

—Claro que no. Confíe en mí de una maldita vez —dice lord Britton, que sigue guardando como oro en paño la vieja misiva en la que se le informa de que el hasta entonces obispo Jean Auguste Faure-Baud había sido expulsado de la Iglesia y sobre él pesaba una orden de busca y captura. El gobernador está seguro de que nada en el mundo resultaría más desacreditador para el obispo que hacerla pública.

Con gesto disgustado, el mercader se arremanga el *jubba* y se frota el rostro con las manos.

—Confiar en usted…

—Así es. Devuélvame esa deferencia.

—¿Y cómo puedo saber que no guarda para mí algún destino

similar al del obispo? —pregunta.

—Si lo hiciera no le habría hecho esta confesión.

—Tal vez no. Pero siendo realistas, me lo ha contado después de que yo se lo haya preguntado. No se ha presentado en mi tienda para hablarme de ello precisamente.

—No, no, de ningún modo. Deje a un lado sus temores. A un obispo lo reemplaza otro obispo. Pero a un buen líder no es tan fácil buscarle sustituto. Usted es una referencia en la comunidad islámica y está llamado a realizar cosas importantes todavía. Este es el momento que estaba esperando.

—No tendrá nada que ver el que yo no le haya exigido la construcción y cesión de nuevas mezquitas, ¿cierto?

—No haga conjeturas innecesarias y quédese con la alta estima que le profeso.

—Su estima no significa nada para mí. Tenga presente que si intenta traicionarme le mataré sin titubeos —sentencia el mercader.

1. *Las dos cabezas visibles del grupo*

Las lecciones de lucha con espada se desarrollan en un ambiente de rigurosa disciplina. Al principio, su carácter era básicamente teórico y el instructor solía comenzar cada día con un nuevo movimiento de espada, el cual se añadía a los ya aprendidos, y explicaba cómo se podía relacionar con ellos para dar forma a ataques más poderosos. Y es que, como tienen ocasión de comprobar, si algunos movimientos son bastante efectivos cuando se ejecutan por separado, combinados con precisión pueden resultar letales.

A medida que la parte técnica se intensifica, también crece la dureza física del entrenamiento, y a la par, su peligrosidad. Lo que al principio se traducía en un puñetazo en la mandíbula cuando el instructor sorprendía a su alumno en un descuido, pronto se sustituye por un corte superficial con el filo de su espada. Así, después de unas semanas, todos los alumnos presentan arañazos y heridas en su rostro y extremidades. Cuando tienen suerte, los cortes provocan escozor y simplemente dejan el recuerdo perenne de una cicatriz inoportuna. En otros casos, se necesitan varios puntos de sutura y buenas dosis de agallas para aguantar el dolor. El mayor peligro va parejo al riesgo de infección debido a la suciedad y el óxido de las armas empleadas. Es innegable que Mr. Harjeet posee una gran habilidad en el manejo de la espada y sabe calcular con precisión el alcance de sus ataques, pero el resto de alumnos, cuando se enfrentan cara a cara, no manejan sus armas con la misma destreza. Y aunque al principio se mostraran cautos y cuidadosos para no herir a sus compañeros, el instructor ejerce una gran presión e incita al ganador a castigar de algún modo al vencido. De hecho, cuando un luchador cae al suelo fruto de un forcejeo, suele recibir algún puntapié o bastonazo del guardia más cercano, con lo que nadie desea acabar noqueado por su rival. Esta actitud va afianzando rápidamente el carácter impetuoso de los muchachos y su espíritu combativo, haciendo que cada enfrentamiento gane en intensidad y realismo respecto al anterior.

Al cumplirse el primer mes, todos han aprendido en mayor o menor medida a asir la espada y a realizar con ella varios

movimientos de ataque, junto a sus correspondientes contramedidas. Durante esos treinta días, además, la salud de los muchachos ha mejorado. Entre todos han arreglado el barracón y ya no entra tanto frío por los agujeros. Han conseguido tapar las goteras del techo y cegar las ratoneras de las paredes. También la alimentación ha repercutido positivamente en su recuperación física. La carne de vaca, cerdo y pollo ha sido incorporada a la dieta de forma habitual, junto con huevos, verduras y fruta, todo cocinado de acuerdo al estilo europeo. Las horribles gachas del desayuno se alternan con sopas de leche y pan que se renueva cada tres días, y en la cena casi siempre hay algo caliente.

En todo este tiempo, el maestro no ha tenido que cumplir ni una sola vez su amenaza de privar del almuerzo a quien no se esfuerce en el entrenamiento. Obviamente, hay alumnos menos aventajados, como Sudeep o Umed, pero Mr. Harjeet sabe que ensañarse con ellos no tendría el menor impacto en su conducta, así que prefiere dejar que progresen a su ritmo. Le vienen muy bien cuando necesita que un rival se comporte poco menos que como un saco de arena para enseñar algunos ataques al resto.

A decir verdad, casi todos los muchachos valoran positivamente el cambio experimentado al pasar de simples recolectores de té a guerreros. Recoger té suele ser un trabajo de mujeres, mientras que la lucha fue ideada por hombres para hombres. Viven cada entrenamiento como si fuera el último, y se esfuerzan en aprender y mejorar continuamente sin importar las horas que lleven entrenando.

Quizá los dos máximos exponentes de este grupo sean Narayan y Gagan, dos muchachos de fisionomía dispar que saben hacer valer sus cualidades para destacar sobre el resto. Ambos se emplean a fondo para ser los mejores, aprovechando incluso los escasos ratos de descanso para seguir entrenando a su aire. Mr. Harjeet no ha tardado en considerarles las dos cabezas visibles del grupo de los novatos.

Pero no todos encaran la instrucción de la misma manera. Algunos, como Shalim y Umed, han sido siempre amantes de la naturaleza y de la vida, y practicantes del pacifismo más extremo. Para ellos, nada justifica el enfrentamiento entre semejantes, ni siquiera el derecho a la autodefensa o la necesidad de alimentarse. Por eso se conforman con dejar pasar los días fingiendo una falta de aptitudes. Después de todo, está claro que aunque sir Sheercliff les haya seleccionado, ha podido haberse equivocado. Y es que son muchos los factores que hacen que no todo el mundo valga para

desempeñar cualquier trabajo.

Y entre unos y otros se sitúa Nagesh. A él no le importa aprender a defenderse, de hecho es algo que encuentra muy útil, especialmente si lo compara con la actividad realizada hasta ahora. Pero no es ni mucho menos lo más prioritario. Su mayor preocupación sigue siendo regresar a Bhubaneswar lo antes posible para comprobar que su mujer está bien y poder matar al obispo. A veces piensa lo irónico que sería emplear en su muerte alguna de las técnicas aprendidas en el campo de entrenamiento encubierto al que él mismo le envió.

Por las noches, a Nagesh ya no le molesta no poder contemplar el cielo desde su litera. Hace tiempo que ha desterrado la esperanza de volver a ver a la estrella de Shefali junto a la suya, brillando abrazadas como dos amantes primerizos. Además, le está costando horrores soportar la presencia de Kamal y Madhul todo el día campando a su alrededor. No puede tenerles enfrente sin acordarse de lo ocurrido aquella noche. Quisiera cortarles las manos y luego hacerles pedir perdón en nombre de todos los que hayan lamentado su existencia. Quiere que le miren a los ojos y le digan por qué tuvieron que matar a su padre cuando vieron que no había nada que robar dentro de la choza. Desde entonces, Nagesh ha deseado en innumerables ocasiones haber muerto calcinado con él y maldecido al instinto traidor que le empujó a través del humo hacia el exterior, sin ni siquiera ser consciente de lo que hacía.

—Narayan, tengo que preguntarte algo sobre los dos guardias que llegaron a la plantación el día que nos cambiaron de campamento —le dice Nagesh a su compañero mientras se desvisten para acostarse.

—Ah, ¿el qué?

—¿Los habías visto antes? En la ciudad, me refiero…

—¿En Bhubaneswar?

—Sí.

Narayan intenta recordar sus rostros en algún momento de su pasado, pero no encuentra coincidencias.

—No, creo que no. ¿Por qué? ¿Crees que son de allí?

—Creo que ambos llevan muchos años robando y perpetrando fechorías entre la gente corriente, y en algún momento se han movido por esa zona.

—Bueno, la verdad es que no me gustan nada, pero no soy el más indicado para acusarles de ladrones.

—Ya, te entiendo. Gracias de todas formas.

—De nada —dice Narayan, que sin embargo se queda pensativo.

—Oye, Nagesh. ¿De qué conoces a la chica de las flores?

Al oír a Narayan referirse de nuevo a su mujer, a Nagesh se le hace un nudo en la garganta. «¿A qué viene ahora esa pregunta? ¿Sigue manteniendo el propósito de reunirse con ella nada más salir de aquí? ¿Aprender a luchar para asesinar al príncipe y liberar a sus vecinos de su tiranía no es suficiente aliciente para él, que sigue insistiendo en ver a Shefali?».

—¿A qué te refieres?

—La chica de la que te hablé. La del mercado. Sé que la conoces.

—¿Por qué dices eso? Ya te dije que me parecía que había muchas floristas hermosas en el mercado y no sabía exactamente a cuál te referías.

—El hueso de níspero que te habían robado… También pude recuperarlo a la vez que la moneda y la navaja. Estaba junto a ellas.

—¿En serio? ¿Y por qué no me lo devolviste?

—Tiene un agujero que lo atraviesa de lado a lado, como si se lo hubiesen hecho para pasar un cordón a través de él. Ya sabes, para hacer un collar o algo parecido.

—Sí. Así es.

—No te fui del todo sincero respecto al tiempo que hacía que no la veía.

Nagesh aguarda a que se explique.

—Un día, antes de venir aquí, me acerqué al mercado. Necesitaba verla otra vez, tener constancia de que ella no era un simple sueño. Toda mi vida me lo parecía, después de tanto tiempo encerrado. Tuve que esperarla unas cuantas horas, pero al final ella apareció a primera hora de la tarde.

—Estupendo.

—La chica de las flores llevaba un collar de huesos de níspero alrededor del cuello.

Nagesh no sabe qué contestar. No quiere seguir mintiéndole, pero ¿cómo podría decirle la verdad sin hacerle daño?

—¿De veras? No sé qué decirte. La ciudad es muy grande. Seguramente haya muchas chicas que lleven un collar de huesos de níspero…

—Era la primera vez que la veía con un *sindoor* de bermellón pintado entre su pelo —menciona Narayan.

Evidentemente, Narayan conocía el significado de esa marca y sabía que solamente las mujeres casadas eran portadoras de la misma.

—Había algo en tu cara la primera vez que te hablé de ella —prosigue el muchacho—. Algo que en aquel momento no supe cómo

interpretar, pero que regresaba siempre que volvía a mencionarla en tu presencia. Tú la conoces, ¿verdad?

Por mucho que Nagesh haya tratado de demorarlo, ha llegado la hora de encarar la realidad. No tiene sentido seguir fingiendo no saber nada, porque lo único que haría sería empeorar una situación que tarde o temprano acabará produciéndose. Hay que empezar a hacer uso de esa supuesta valentía que el cacique asegura que los chicos han desarrollado gracias a él.

—Sí —reconoce—. Sé de quién hablas.

Narayan asiente.

—Si no lo admitiste entonces es porque no querías hablar de ella. Tal vez había algo que no querías decirme.

—Me casé con esa chica hace menos de un año —confiesa Nagesh, al fin.

Narayan sigue asintiendo. Parece que ya había sopesado firmemente esa posibilidad y el oír la confirmación a sus sospechas no le resulta sorprendente.

—Lo siento, Narayan. No sabía cómo decírtelo. No quería quitarte la ilusión de tener algo por lo que salir de este lugar.

Pero la reacción de Narayan sigue rigiéndose por la serenidad.

—Dime una cosa, Chico sin Nombre, ¿por qué me sacaste de los calabozos si por entonces ya me habías robado la vida?

Las palabras de Narayan acompañan a Nagesh durante buena parte de la noche, entremezcladas con su habitual insomnio. Aunque al principio no hizo mucho caso a toda esa historia del Chico sin Nombre, y siempre ha luchado para contener los celos, la extraña paranoia del muchacho está empezando a hacerle sentir miedo. Siempre le ha considerado muy capaz de actuar guiado por sus impulsos y, si creyese que Nagesh es lo único que se interpone entre él y Shefali, no le extrañaría que intentase hacer algo para quitárselo de en medio.

Desde que llegaron al nuevo campamento, los problemas no han hecho sino agrandarse. Nagesh ha estado buscando cualquier punto flaco en la seguridad de la zona que le pudiera permitir escapar, pero hasta ahora esa búsqueda siempre ha resultado infructuosa. Y ya hace demasiado tiempo que aquella estrella desapareció del cielo.

—¿Te diviertes?

Al verse sorprendido, el guardia se vuelve rápidamente, intentando disimular.

—¿Qué estáis haciendo vosotros aquí? ¿Por qué me habéis seguido?

—Tardabas mucho. Teníamos miedo de que no encontrases el camino de vuelta.

—No alcéis la voz o haréis que se despierten.

—Correremos ese riesgo. ¿Estabas haciéndole algo a esa niña? —pregunta Kamal, mirando por encima de su hombro—. ¿Se ha destapado sola, quizá?

Aunque Srinivas es un experto a la hora de ocultar sus emociones, su voz ahora delata nerviosismo.

—Pero ¿qué dices? ¡Apártate! —Srinivas le coge del hombro para intentar echarle a un lado, pero Kamal se mantiene firme en su sitio. Pese a su escaso tamaño, es terco como nadie.

—Dime, ¿tiene una piel suave?

—¡He dicho que te apartes!

—Unas piernas apetecibles…

—¡Lo lamentarás!

—¿Lamentarlo? Mira, a mí no me importa lo que hagas, pero desgraciadamente este de aquí atrás no piensa así. A Madhul no le gusta nada que se metan con los niños. ¿Verdad, Madhul?

—Verdad —responde el enorme Madhul a su espalda.

La tensa conversación de los guardias hace que los muchachos se vayan despertando. Estos, aunque se frotan los ojos, no se terminan de creer lo que están viendo. «¿Dos guardias discutiendo entre ellos?». La que más se sobresalta al verles es Shaana, que obviamente no estaba preparada para encontrárselos pegados a su cama. La chica se da cuenta de que sus dos piernas están al aire y las cubre rápidamente con la manta.

—Ainsss… Hay que ver qué pereza me da hacer estas cosas… Que conste que lo hago por ti, ¿eh, amigo? Por quitarte esa fea costumbre de tocar a las niñas. Venga, Madhul, ayúdale a superarlo —le pide Kamal a su compañero.

Madhul apresa a Srinivas por el cuello y lo levanta un par de palmos del suelo.

—¡¿Qué creéis que estáis haciendo, energúmenos?! —chilla con dificultad Srinivas.

Madhul le aprieta un poco más.

—¡Suéltame, idiota!

—Pero qué mala uva tiene nuestro amigo, ¿eh, Madhul? —observa Kamal—. A ver si estando así colgado se tranquiliza…

A Srinivas cada vez le cuesta más trabajo respirar. Patalea en el aire e intenta separar con sus manos las dos enormes garras de Madhul, pero le es imposible. El gigantón hace una fuerza titánica en torno a su cuello, impidiendo que el aire llegue a sus pulmones y

la sangre a su cabeza.

—Madhul va a seguir estrujándote el pescuezo hasta que prometas que nunca vas a volver a molestar por las noches a esta chica ni tampoco a ninguno de sus compañeros.

El guardia se resiste unos segundos más, pero pronto se convence de que no tiene otra escapatoria.

—Lo… juro…

Definitivamente, los muchachos no dan crédito a lo que están viendo. Jamás imaginaron que serían testigos de cómo el implacable Srinivas suplicaría piedad.

—¿Seguro? —pregunta Kamal.

—¡Sí! —exclama con el poco aire que le resta dentro del pecho.

—Eso espero. Me entristecería tener que pasar nuevamente por esto. Anda, Madhul, bájale al suelo.

—¡Me las pagaréis…, malditos cobardes! —grita Srinivas entre jadeos, al tiempo que se lleva las manos al cuello para comprobar el estado en que se lo han dejado.

—Venga, vete.

Srinivas les maldice varias veces más, prometiéndoles venganza, y se va a toda prisa del barracón.

—¡Vosotros, dormíos otra vez o mañana acabaréis con varios dedos menos! —le ordena Kamal a los muchachos—. Esas espadas no perdonan.

—Con eso de la mano me has recordado a aquel cura cojo —le dice Madhul a su camarada.

—¡Ah, sí! ¡Ya no me acordaba de él! Tenía un acento francés desquiciante…

—¡Qué tiempos aquellos!

La alusión de Kamal a monseñor Dumont hace que Nagesh casi se caiga de la litera. «¡Están hablando de Dumont! ¡No puede ser de otro! ¡Le conocen!». Entonces sobre él empieza a planear la terrible sospecha de que el obispo pudiese haber estado detrás del asesinato de su padre, y su pulso se empieza a acelerar.

«¡No! ¡No puede ser! —se repite una y otra vez el muchacho, negándose a admitir la evidencia—. ¿Para qué iba el obispo a enviar a estos dos matones a mi casa? ¡No tiene sentido!». Nagesh trata de mentalizarse de que lo más probable es que los guardias y el obispo se hubiesen conocido en cualquier otra situación, sin absolutamente nada que ver con lo que ocurrió aquella noche. «Pero ¿y si no es así? ¿Cómo podría averiguarlo?».

—Oye, guapa, tú ten cuidado, aquí hay mucho lobo suelto y nosotros no podemos estar todo el día pendientes de ti.

Shaana se limita a asentir. No se le ocurre qué otra cosa podría hacer.

Los muchachos se recuestan sobre la cama sin mediar palabra, mirándose entre ellos sin ser capaces de asimilar lo que acaba de ocurrir. Una nueva jerarquía de poder acaba de definirse entre los guardias, creándose un nuevo nivel por encima de Srinivas, a quien consideraban el culmen de la crueldad. Pero lo más extraño es que este nuevo guardia, Kamal, les había protegido de él.

—¡Eh, Nagesh! —susurra Shalim.

Nagesh se vuelve hacia su compañero con la cara pálida. Que Kamal se haya enfrentado a otro guardia que pretendía abusar de Shaana le ha sorprendido, pero no es ni de lejos lo que más le ha impactado esta noche.

—¿Qué ha pasado aquí?

—No lo sé, Shalim. Duérmete. Quizá mañana obtengamos respuestas.

Al día siguiente, el instructor convoca a los muchachos en el campo de entrenamiento y les hace situarse en formación. Lejos quedan ya los tiempos en los que, todavía somnolientos, chocaban los unos con los otros al tratar de ubicarse cada uno en su lugar. Ahora todos se colocan sin titubeos en pocos segundos, evitando el contacto entre ellos como si apreciaran un cerco ilusorio alrededor de cada uno y supieran bordearlo sin tener que infringirlo.

Mr. Harjeet repasa que todos están en sus puestos y les hace saber el carácter especial del próximo entrenamiento.

—Hoy vais a tener el privilegio de enseñarle a sir Sheercliff la destreza que habéis adquirido durante estas dos semanas. Quiero advertiros de que no suele gustarle comprobar como alguien no ha progresado al ritmo adecuado, así que yo en vuestro lugar me esforzaría en dar lo mejor de mí para no defraudarle.

El instructor alza la mirada hacia las negras nubes que cubren el cielo y vierten con disimulo las primeras gotas de agua sobre sus cabezas.

—Y no parece que sir Sheercliff vaya a ser el único invitado que se una hoy a la fiesta —añade, molesto por el contratiempo meteorológico.

Un guardia se acerca con un par de espadas y se sitúa junto al instructor, mientras otro se dirige a la casa. Parece ser que el cacique se encuentra dentro, bien porque ha pasado la noche en ella, bien porque ha llegado demasiado temprano.

El instructor aprovecha el paréntesis para dar las últimas instrucciones a sus alumnos.

—Cada uno de vosotros se enfrentará al rival que tenga a su lado, empezando por el extremo izquierdo de la fila —anuncia Harjeet.

De acuerdo a esta distribución, Nagesh tendría que pelear con Shalim en cuarto lugar, después de una pareja de veteranos que lucharán entre ellos y los duelos de Umed y Aniket, que ven a su pesar cómo la distribución del maestro les ha emparejado a cada uno con el compañero del lado opuesto. Al primero le toca Gagan y al segundo Sudeep.

—Umed quería que le tocase contigo.

—No te preocupes, Umed. Lo harás bien —le asegura su amigo.

A la orden del maestro, los muchachos siguen entrenando hasta la llegada de sir Sheercliff, que se demora unos quince minutos.

Cuando finalmente hace acto de presencia, el cacique porta un enorme paraguas negro y un par de botas nuevas. En general, da la impresión de que ha dormido en la casa, pues presenta un aspecto impoluto pero un tanto somnoliento. Tal vez haya llegado a mitad de la noche, después de que alguien le haya avisado del incidente entre los guardias.

Nagesh considera curioso que tras tantos días sin verle, su sentimiento de ira hacia él siga intacto. Es obvio que el obispo Dumont le envió al lugar engañado, pero sir Sheercliff también se aprovechó de esa circunstancia. Él podía haber dicho un: «No, chico, no te retendré en contra de tu voluntad. Tus problemas con el obispo los debéis resolver entre ambos». Pero lejos de eso, no había dudado en sacar su estuche de jeringuillas y somníferos para casos de emergencia y aplicarlo sobre él. A estas alturas, Nagesh puede decir que le odia tanto como a monseñor Dumont. Tampoco olvida que sir Sheercliff se refirió al gobernador lord Britton cuando alegó que no le habían suministrado los recursos necesarios para instruirles con armas de fuego. Eso significaba que tanto el mandatario como el obispo estaban igualmente implicados, y seguramente el enviarle a Sambalpur fuese algo convenido entre ambos.

Tras el intercambio de unas breves palabras de cortesía con el instructor sobre lo inoportuno del tiempo, el cacique se hace a un lado y da el visto bueno para que empiecen los combates.

Los dos primeros contrincantes dan un paso al frente y saludan al sir con una reverencia. Después se acercan a Harjeet, quien les proporciona sus espadas, y se colocan frente a frente en el círculo de tierra. Con un choque de armas dan por comenzada la contienda, bajo una ya insistente y pesada lluvia.

Las normas de los combates de exhibición son sencillas. Los rivales tienen que luchar a golpe de espada hasta que uno de los dos ponga un pie fuera del círculo o quede rendido en el suelo. No hay restricciones de ningún tipo, ni en el uso del arma, ni en el de puñetazos, llaves o patadas. Obviamente, si un luchador es hábil, sabrá atajar las sucias embestidas de un oponente tomando ventaja de ellas. Harjeet les ha enseñado que la maña es mejor que cualquier ataque impetuoso pero descoordinado.

Seis minutos después de haber comenzado la lucha, uno de los adversarios logra derribar al otro fuera del círculo y se lleva la victoria. Aunque era de suponer que los chicos que ya llevaban un tiempo en el segundo campamento fuesen superiores a los recién llegados, lo cierto es que su dominio de la espada es sorprendente y su superioridad todavía aplastante. Obviamente, entrenar duro durante varios meses tiene que producir resultados, y a los nuevos no les queda más remedio que emplearse a fondo si no quieren ser humillados en cada envite.

Harjeet felicita al ganador, quien también recibe un comedido aplauso del cacique, aparentemente satisfecho por lo que ambos le han demostrado. Los muchachos se llevan algunos arañazos superficiales, pero el combate ha sido limpio y elegante. De hecho, por momentos parecían estar realizando una demostración de movimientos preestablecidos y pactados. Solo el hecho de que ninguno de ellos haya sido entrenado para dejarse perder elimina rápidamente cualquier sospecha de amaño.

Los muchachos entregan sus espadas a Harjeet y se retiran a un lado. El instructor por su parte, no quiere dilatar la espera y llama a los dos siguientes contrincantes. Está claro que el duelo entre Umed y Gagan va a ser uno de los más descompensados que podían producirse, pues aunque ninguno de los dos es experto, el segundo posee una agresividad que ya por sí sola serviría para asustar a Umed de inmediato. Nagesh ha pensado muchas veces, sin encontrar respuesta, cuál es el objetivo de retener a ese muchacho en la plantación, porque vale que diera la talla para recoger hojas de té, pero la lucha armada es otra cosa mucho más seria, y en ella no cabe tener la cabeza constantemente en otras cosas. ¿Cómo podría Umed ganar un combate, si en pleno ataque del oponente le da por pararse a escuchar el silbido de la hoja cortando el aire?

Umed y Gagan reciben de manos del maestro las espadas utilizadas por los anteriores luchadores y como ellos se dirigen a la zona circular dispuesta para albergar las disputas.

—¡Gagan! —grita de pronto Aniket. Su mirada parece querer

advertirle que el muchacho al que va a enfrentarse no se encuentra solo.

Gagan se vuelve hacia él sonriendo con malicia. En sus ojos puede percibirse un trasfondo desafiante. «Por fin me han dado la posibilidad de mostrarle al mundo quién soy. Ahora todos sabréis de lo que soy capaz». Aniket aprieta los dientes. «Excédete con él y serás tú quien compruebe dónde están mis límites», promete para sus adentros, como si estuviese leyendo sus pensamientos.

La realidad es que Umed sostiene la espada igual que una escoba. Él la concibe solamente como un medio con el que poder lesionarse si no se maneja con cuidado, más que como un utensilio para infringir daño a un adversario. Además, siempre fue educado en el respeto a la vida y en el amor a todos los seres del planeta. De ese modo es imposible salir victorioso en ningún combate, y Harjeet lo sabe. Está claro que si todavía no ha resultado gravemente herido es porque sus compañeros siempre han evitado ensañarse con él.

Pero en el caso de Gagan, esa consideración no ha sido interiorizada tan bien como en el resto.

—¡Vamos, Umed! ¿No quieres atacarme? —le reta nada más dar comienzo el combate, desplazándose de lado a lado como un depredador que acecha a su presa.

Su adversario sigue parado frente a él, sin el menor atisbo de pretender intentarlo. Sus piernas tiemblan bajo el uniforme, condicionadas por un miedo incipiente y primordial, que pronto alcanza cotas demasiado altas para poder seguir ocultándolo. Delante del cacique, el instructor y todos sus compañeros, Umed no puede hacer nada por evitar orinarse encima.

—Pero ¿qué…?

Entonces Gagan se da cuenta de que su rival se encuentra en un estado totalmente vulnerable y decide lucirse delante de sus superiores. Con un movimiento de armónica, gira sobre su cuerpo, desplegando los brazos como dos largas alas e infringe dos cortes en los muslos de Umed. Sin emitir grito de dolor alguno, el muchacho cae de rodillas frente a él, regando sus pies con la sangre de sus venas.

—¡Alto! ¡Para! —grita Aniket.

Los chicos creen que ha llegado el momento de concluir el combate, pero ni sir Sheercliff ni, por supuesto, Harjeet parecen alarmados. Desde el principio, el maestro les había dejado claro que cada uno sería el guardián de su propia vida. Defenderla de los ataques de los adversarios sería una responsabilidad que solo atañería al interesado.

Las heridas de Umed aparentan ser un poco más profundas de lo común, pero cosiéndolas pronto se impedirá que se desangre. Sin embargo, Gagan no parece tener intención de dar la exhibición por terminada; y crecido ante su superioridad, sitúa el filo de su espada junto al cuello de su oponente.

—¿Pero qué está haciendo…? —pregunta Shaana, horrorizada —. ¿Pretende cortarle la cabeza?

—¡¿Está loco?! —grita Shalim a su lado.

Herir de muerte a un rival, fruto de una reñida contienda, es algo permitido y aceptado como posible, pero acabar deliberadamente con la vida de un compañero lo único que dejaría a la vista sería la personalidad violenta de quien lo perpetrase. Sin embargo, ninguno de los superiores hace nada por detener a Gagan. «¿Por qué no le paran?», se pregunta Nagesh, estupefacto. Pero tanto sir Sheercliff como Harjeet tienen clara una cosa: no interrumpirán un combate a menos que sea algo totalmente justificado, y el que un alumno sea derrotado por otro, sencillamente, no lo es. Aunque desde fuera pueda parecer una frivolidad, ver cómo se comporta cada uno en una situación límite es un punto importantísimo en la evaluación de los muchachos. No importa si es por sentir el aliento de la muerte en la cara o por tener en las manos el excitante poder de arrebatar una vida; en ambos casos las acciones de un hombre dicen más por sí solas que lo que pueda salir por su boca en toda su existencia.

Ante tal abuso de superioridad frente a su amigo, Aniket no puede contenerse y echa a correr en dirección a Gagan, saltando sobre él y derribándole de espaldas sobre el barro. Enojado por la intrusión espontánea de Aniket, Gagan se levanta y le golpea con el mango de su espada en el pómulo, haciéndole verter un reguero de sangre al exterior. El joven cae al suelo aturdido por el impacto del arma, algo que Gagan aprovecha para propinarle dos duras patadas en el estómago. Sintiendo el irrefrenable impulso de rematarle, el muchacho apoya su rodilla encima del tórax de su nuevo contrincante y carga todo su peso sobre ella. Aniket siente un intenso pinchazo en el pecho, al tiempo que sus costillas amenazan con partirse como ramas secas.

Por fin, el instructor Harjeet parece hacer un fugaz intento de parar el combate, pues han sido violadas las reglas del honor, y la lucha empieza a asemejarse peligrosamente más a una burda pelea callejera que a ninguna otra cosa. Pero sir Sheercliff parece disfrutar presenciando la orgía de brutalidad y sangre en la que se ha convertido el combate, y rechaza darlo todavía por concluido.

Mientras tanto, aprisionado contra el suelo, Aniket ve cómo Gagan hunde su mano en el barro y coge un puñado.

—¡Abre la boca, pajarito! —le ordena, restregando la masa viscosa por su cara—. ¿Hueles el miedo de tu amiguito impregnado en el barro?

Desde lejos, Narayan presencia la escena sumido en un creciente nerviosismo. En su mente se reavivan, como ascuas bajo el viento, unas terribles imágenes en las que un carcelero asfixia a un joven semiinconsciente usando sus propios excrementos. Narayan intenta auxiliarle, pero unos barrotes de hierro se interponen entre ellos y nada puede hacer sino resignarse a llorar su desgracia en un rincón.

De repente, un resorte se activa en su cabeza con precisión relojera y los barrotes que les separaban desaparecen. Entonces, antes de volver a ser dueño de sus actos, Narayan se lanza hacia el lugar de la disputa, le arrebata la espada a Umed de sus manos temblorosas y, sin vacilar, la ensarta hasta la empuñadura en el cuello de Gagan.

Con los ojos en blanco y la mandíbula desencajada, el muchacho se desploma sobre el barro. Al caer, su sangre dibuja en el aire un semicírculo perfecto. El tibio jugo de sus entrañas sigue brotando por su boca aun después de que unos últimos espasmos anuncien su precipitado final.

El ruido de la lluvia acompaña los jadeos de Narayan mientras lentamente va recuperando la cordura. A su alrededor, sus compañeros han enmudecido. El patio parece un gran tablero de ajedrez en el que uno de los peones ha sido derribado y el resto de figuras lo rodean petrificadas. Todos tratan con dificultad de digerir lo sucedido, alternando incrédulas miradas hacia Narayan y al cadáver que yace a sus pies.

Sir Sheercliff parece también sorprendido por el inesperado brote de violencia que se ha apoderado del muchacho y no puede evitar sentir un escalofrío cuando sus ojos se cruzan con los suyos durante el instante que tarda en apartar su mirada. Entonces trata de disimular su congoja, para que los demás no perciban su debilidad, y ordena que inmediatamente el joven sea detenido, secado y posteriormente llevado a su despacho. Después da media vuelta y se dirige a la casa.

En un tono comedido, como si le disgustase quebrar el silencio, Harjeet ordena a los chicos que se retiren al pabellón y lo limpien, dado que las condiciones climatológicas no parece que vayan a darles tregua esta tarde. Sin embargo, el sacerdote sugiere que se cambien de ropa y acudan a la capilla para meditar sobre la

impureza del acto que acaban de presenciar y, de paso, rogar a Dios que no permita arraigar en sus almas impulsos semejantes. Deben también rezar por su compañero Narayan, para que el Señor le tenga en su misericordia y pueda así hallar el perdón.

Harjeet no tiene inconveniente en que los muchachos cumplan con la voluntad del religioso. Después de todo sabe que sus labores son igual de prioritarias y, tras solicitar a uno de los guardias que entierre el cuerpo del fallecido, él también sigue los pasos de sir Sheercliff y se retira a sus aposentos.

Una hora más tarde, solo, en el despacho de sir Sheercliff, Narayan mantiene la cabeza erguida. Es ya consciente de lo que ha hecho y cree que ha sido lo correcto, así que no lo lamenta. Por primera vez en la vida, siente que matar a otra persona es algo tan natural como tomar una copa de vino con él o compartir, en general, cualquier otra vivencia.

El británico entra en la sala charlando con Ishwar, rodea su mesa y se sienta frente a Narayan.

—Te felicito —le dice sir Sheercliff sin rodeos. Su afirmación no parece ocultar segundas intenciones—. Y te doy las gracias; me he entretenido bastante.

Narayan escucha sin decir nada. No se cree la verborrea agradecida del terrateniente y tampoco va a dejarse intimidar tan fácilmente con discursos velados.

—Si te soy sincero, no esperaba encontrar esa actitud durante una de las primeras exhibiciones —continúa diciendo—. Me ha parecido mucho más interesante esa estocada directa al cuello que el protocolario combate que fingieron tus dos amiguitos anteriormente. No hay batalla posible sin el deseo de causar dolor en las víctimas, al igual que no hay deseo sin codicia o árbol sin raíces.

—Gracias —dice finalmente Narayan.

—Esa demostración de bravura y determinación bien merecen una recompensa —añade sir Sheercliff tendiéndole la mano—. Sé bienvenido a la Orden Defenestrada.

1. *Podrá haber más lunas en mi cielo*

—¿Tenéis hambre? Pediré que os traigan algo de comer.

—Gracias, mi príncipe. Pero no tengo apetito.

—Ruego que me hagáis los honores.

—Está bien.

—Por favor, Bhupal, ¿podéis encargaros?

—Por supuesto, señor.

El visir ordena a los súbditos reales que acondicionen una pequeña salita donde puedan ponerse cómodos, y que preparen algo rápido para llevarse a la boca.

En apenas un minuto, los sirvientes disponen unos mullidos cojines sobre una alfombra en una cálida y recogida estancia situada junto a varios dormitorios de invitados. Aysha observa el perfecto sincronismo con el que actúan los sirvientes, que sin necesidad de comunicarse entre ellos son capaces de encadenar sus labores con gran eficacia.

Cuando terminan, el príncipe la invita a pasar y tomar asiento.

—¿Adiviná is quién salió a recibirme? —pregunta Aysha, sentándose entre los cojines y acariciando su suave superficie con el revés de la mano.

—¿El obispo? —se aventura a adivinar Ayodhya, ocupando un lugar frente a su invitada.

—¿Bromeáis? —pregunta ella, desconfiando.

—En absoluto.

—El obispo ya no vive allí, mi señor. Se mudó a una vivienda junto a la nueva iglesia. Fue el brahmán reconvertido que había coincidido con el ermitaño en aquel templo hinduista siendo jóvenes.

—Curiosa coincidencia. ¿Qué aspecto presentaba?

—Increíblemente bueno. Por lo general, la vida monacal suele sentarle bien a quien la practica, y a su edad presenta un estado de salud aparentemente perfecto.

—¿Se expresaba con lucidez?

—Totalmente —confirma Aysha.

—Y decidme, ¿qué os contó sobre el paria?

—Resulta que Nagesh, que así se llama, se casó hace un año con

una joven campesina y tampoco vive ya en la abadía —dice Aysha —. Por lo visto, fue enviado a Darjeeling hace unos meses por un asunto diplomático y todavía no ha regresado.

—¿Os dijeron quién le envió?

—El obispo Dumont.

—En fin, eso significa que la versión del ermitaño es cierta.

—En efecto, mi señor. Sin embargo, los monjes aseguran que el muchacho falleció durante el ataque de unos aborígenes en su regreso de Darjeeling.

—Supongo que es la versión oficial y que lo que nos han contado a nosotros no ha llegado a oídos de los demás.

—Tal vez.

—Enviar a un intocable con fines diplomáticos al Himalaya… ¡Qué disparate! Eso me hace sospechar que algo bastante turbio se esconde tras esa versión, e intuyo que lord Britton tiene también algo que ver en el asunto.

—Es probable, en los últimos tiempos monseñor Dumont y el gobernador actúan de forma conjunta —coincide en apreciar Aysha —. En fin, que entre una cosa y otra mi visita a la abadía resultó ser bastante infructuosa.

—Al menos no hemos retrocedido —la consuela el príncipe—. En la guerra, cada día que los ejércitos evitan dar un paso atrás es un día que ganan. Si el monje no puede o no está dispuesto a revelarnos más información, lo único que podemos hacer es aguardar hasta que consigamos hablar con el muchacho.

—Pero no sabemos si está vivo realmente.

—Hay que confiar en las escrituras y en la teoría de ese hombre. Es lo único que tenemos. Según sus palabras, le perdió la pista en Sambalpur, pero es muy probable que ya no se encuentre allí. Deberíamos empezar a buscarle.

Una sirvienta se acerca a ellos con una bandeja de pastelillos de crema y cereza, y la coloca en una pequeña mesa ante ambos. El bocado tiene una pinta estupenda, pero Aysha no puede comer con el velo puesto y, obviamente, no se lo va a quitar delante del visir y todos los sirvientes.

—Mientras tanto, no lo olvidemos, tenemos una boda que preparar —agrega el príncipe, sonriendo.

Pero el visir no se muestra del todo convencido ante la posibilidad de que el marajá se relacione con un paria y teme que su atracción por la chica esté nublando su visión.

—Señor, ¿puedo añadir algo?

—Vuestra opinión es siempre apreciada, Bhupal.

—La disgregación en castas lleva garantizando el orden social desde hace siglos, concienciando al individuo de su posición concreta en la pirámide. Pensad en lo que ocurriría si miles de *dalits* tuviesen de repente acceso a una casa en cualquier zona de la ciudad simplemente pagando su precio. ¿Qué pasaría si optasen a un trabajo con el que reunir el dinero? Pensad en la cantidad de comida necesaria para alimentarles a todos y en los terrenos que ocuparían para sembrar en su propio beneficio. Los dirigentes de la sociedad no deben permitir que sucedan cosas capaces de hacer que todo se derrumbe. Cualquier corriente de pensamiento en esa línea debe ser erradicada antes de que se propague.

—Pero ¿y si nuestras convicciones se basaran en un mito irreal y su alma fuese en el fondo tan pura como la nuestra?

—¿Cómo la nuestra? Señor, vos sois un marajá. Ningún alma en palacio es tan pura como la vuestra —sostiene solemnemente el visir.

Pero, pese a su esfuerzo por retenerle, el príncipe Ayodhya ha abierto ya su mente al mundo y en su interior las semillas de un pensamiento revolucionario, regadas por la fuerza del intelecto, empiezan a hacer germinar ideas hasta ahora inconcebibles entre la realeza.

—En lugar de adularme deberíais reflexionar sobre lo que digo y valorar si es razonable.

—¿Razonable? Seguramente no. ¿Peligroso? Rotundamente sí.

—¿Más peligroso que una conspiración a dos bandas entre cristianos y musulmanes?

—Es preferible tenerles en contra a ellos antes que a nuestro propio pueblo.

—¿Por qué debería tener en contra a mi pueblo por actuar justamente con él?

—Me refiero a la parte importante de vuestro pueblo, no a la chusma que se entremezcla con ella.

—La gente influyente es una minoría dentro del conjunto —argumenta el marajá—. Al tiempo que un determinado número de personas se vuelven en nuestra contra, atraídas por las falacias del padre Dumont, otro número aún mayor se levanta ante ellos para defender su cultura y su religión.

—¿Aún mayor, señor? No les subestiméis. Se ha calculado la presencia de unas dos mil personas repartidas por sus templos a la hora de los rezos. Y el número no hace más que crecer. Si un día amanecen plantados frente al palacio, tendremos serias dificultades para contenerles a todos.

—Un solo miembro de la Guardia Real debería ser capaz de derrotar a un centenar de campesinos antes de irse a almorzar.

—Es conocido que las mayores rebeliones son siempre inesperadas. La mayoría de los soberanos seguramente acaben preguntándose con una soga al cuello por qué no lo vieron venir.

El príncipe se recuesta en su cojín.

—No debimos esperar a que llegasen desde fuera para hacerles ver que vivían condenados desde su nacimiento.

—Las personas se condenan a sí mismas a través de sus actos. Nosotros no podemos intervenir y contradecir la voluntad de los dioses. Es cada uno quien debe aprovechar su vida para enmendar errores pasados y labrarse un mejor porvenir.

El visir cree que no puede premiarse con derechos que no merece a alguien a quien los dioses han castigado deparándole un destino menor. Un paria debe aceptar el rechazo y escarmentar, al igual que un campesino debe conformarse con cultivar sus tierras y tributar la mitad de sus cosechas. No hay nada más justo que el reparto equitativo.

—Mi vida corre peligro y mi visir me recomienda despreciar a la única persona llamada a preservarla.

—Majestad, vuestra vida no corre peligro alguno. Contáis con la protección de toda la Guardia y cualquiera que intente acercarse a vos será detenido mucho antes de que pueda divisar siquiera el palacio en el horizonte.

—No seáis vanidoso —le reprende el príncipe—. Grandes reyes han caído por la fuerza de las ideas después de toda una vida doblegando a los más aguerridos enemigos. Además, aunque consiguiese mantenerme a salvo en palacio, no puedo vivir aquí recluido todo el tiempo como si estuviese en una prisión. Un marajá tiene asuntos que tratar en otras regiones e importantes actos a los que no puede faltar.

—Nada que un puñado de emisarios no pueda realizar.

—No insistáis. Repudiar a toda esa gente solamente por evitar que constituyan un problema es un acto de egoísmo y cobardía que no puede ser bien recibido por los dioses. Al menos no por los dioses justos a los que siempre he creído adorar.

—Esos dioses han forjado el mundo de acuerdo a sus ideas, tal y como recogen los vedas. Si siguen arraigadas en nuestros días es porque constituyen su voluntad y así quieren que se sigan transmitiendo entre generaciones.

—Estar tan preocupados de evitar esos problemas es lo que nos han llevado a ellos. Toda la gente oprimida, a la que siempre hemos

ignorado, se ha sentido atraída por las promesas de prosperidad de los hombres de Occidente; unos hombres que no entienden de castas ni de almas precondenadas o irreconducibles. No puedo culpar a nadie por no querer seguir siendo sometido a un reinado de tiranía y dejarse embaucar por las bonitas palabras del obispo. Expulsamos a los parias de nuestro orden social sin ningún remordimiento, pero ahora han encontrado un lugar a dónde ir y se han organizado. Desacreditarles cuando se encuentran ya golpeando la puerta de nuestra casa no es la mejor manera de erradicar el problema.

—Que un forastero charlatán les haya embaucado no les hace diferentes ante los ojos de los dioses —reitera el visir, insistente en su postura.

—Os equivocáis nuevamente, mi querido Bhupal. Si existimos para los dioses es porque nuestra creencia en ellos lo fundamenta. Cuando un hombre deja de creer en la existencia de un dios, también deja de existir para él.

—Es un punto de vista demasiado enrevesado, mi señor. Y bajo cualquier circunstancia indemostrable.

—La demostración es que esos hombres ya no creen en Shiva o Vishnu, sino en un único dios. Es ante sus ojos únicamente ante los que son visibles. Entregándose a esa nueva religión han limpiado su alma y ya no consienten la opresión sin más justificación que su inferioridad humana. Porque eso, amigo mío, ya no les mantendrá sumisos nunca más.

—Señor, he hecho cuanto está en mi mano para convenceros, mas la decisión final es vuestra. No obstante, dejadme advertirle de una cosa. Si alguien os ve en compañía de un intocable, tened bien presente que ese será vuestro último día de reinado.

—Como dije, vuestros consejos siempre son bienvenidos, Bhupal. Y como tal, os prometo que lo meditaré.

—Señor, perdonad que os interrumpa —aprovecha para intervenir Aysha—. Debo irme ya.

—Oh, ¿de veras?

—Me temo que no tengo elección.

—Bien. Bhupal, por favor, ¿podríais acompañarla a las caballerías? Entregadle un buen caballo.

—Claro. Creo que tengo uno perfecto para ella.

—¿Volveré a veros pronto? —le pregunta entonces a la chica.

—Antes de lo que creéis. Debemos buscar a ese muchacho y cuanto antes nos pongamos a ello, antes le encontraremos.

Complacido, el marajá Ayodhya se despide de Aysha y su visir, y

se dirige al *zanana* debatiéndose a cada paso sobre si lo que está haciendo es de algún modo justificable. Aunque, realmente, ya sabe que no, que debería detenerse, dar media vuelta y volver con su visir para tratar con él cualquiera de los asuntos de soberanía que ha dejado apartados por reunirse con la joven musulmana. También sabe que debería hacerle caso y rechazar tajantemente tratar con un paria, arriesgando su soberanía por una estúpida leyenda de la antigüedad. Y del mismo modo, y no menos importante, sabe que lo que tendría que hacer es enviar de inmediato a una pareja de guardias para que arrestasen a esos tres conspiradores y dejar de alimentar esta farsa. Todo eso lo sabe. Pero para su desgracia, sus actos se ven influenciados —o tal vez regidos— por la desmedida atracción que siente hacia la joven.

La princesa se encuentra cosiendo unos adornos dorados sobre un trozo de tela del que saldrá un nuevo sari para una de sus hijas. Al ver a su marido, la mujer deja las cosas a un lado.

—Debo hacer algo contra mi voluntad, por el bien de mi pueblo —le dice Ayodhya, una vez que todas las sirvientas se han ido—. Debo casarme con una joven musulmana.

—Leo en vuestros ojos que creéis hacer lo correcto —responde la princesa—. Compartiré morada con ella y la ayudaré a convertirse en una amante digna de vos.

El marajá agradece su comprensión y la acaricia en la mejilla.

—Podrá haber más lunas en mi cielo, pero solo una será la que decida cuándo cae la noche en mi ciudad.

La mujer sonríe, le empuja suavemente por los hombros y le recuesta sobre los cojines. Después separa las piernas, pasando una de ellas por encima de su cuerpo hasta situarse a horcajadas sobre él. Susurrando una dulce melodía, comienza a mover su cintura con sensualidad. Él nota cómo empieza a arder por dentro, encendido por el fuego y la pasión. Su mujer acaricia sus brazos y su pecho de arriba abajo, una y otra vez. Luego se inclina y acaricia con sus labios suavemente su piel, desde el ombligo hasta llegar a su boca. Entonces se separa de nuevo y, sin parar de balancear su vientre, se desata el sari, dejando que este se deslice sobre sus hombros y caiga al suelo.

Sus dos pechos quedan al descubierto como dos hermosas caracolas durante la bajamar. El príncipe acaricia sus pezones con delicadeza mientras su vista va desciendo hasta el pubis, el cual ella sigue frotando muy despacio contra su pene, húmedo de placer.

Rebosante de excitación, él la penetra enloquecido. Su corazón se acelera hasta hacerle sentir mareos. El ritmo de sus movimientos

va adquiriendo una mayor intensidad al son de la melodía que ella tararea entre profundos jadeos junto a su oído. Una y otra vez, su mujer le desliza su lengua a lo largo del cuello, mordiéndoselo con pasión.

Sin poder aguantar más, el príncipe derrama toda la lujuria en su interior. Después, sus cuerpos, exhaustos, pasan a reposar uno al lado del otro, perlados por largo tiempo en sudor. La princesa le acaricia los cabellos con sus finos dedos.

—Ser vuestra luna ha llenado mi vida de ventura —le dice tiernamente.

Avergonzado, el marajá lamenta no haber hecho lo suficiente por evitar pensar en Aysha durante los últimos minutos.

1. *El lado positivo de las cosas*

La señora De Vellis casi se queda sin habla cuando el joven y guapo caballero entra en el recibidor del despacho y, tras presentarse cortésmente, le pregunta por el gobernador. Sin duda, es el hombre más apuesto que ha visto desde su llegada a las Indias. Tal vez desde mucho antes, incluso. Aunque es comprensible. Sus rasgos caucásicos bien afinados, su extraordinario cabello ondulado, sus dientes uniformes y alineados… El hombre parece un ángel sin alas, caído de algún evangelio en medio del recibidor para dejar constancia de su esplendorosa perfección. «¿Habrá venido solo para eso?», se pregunta encandilada la señora De Vellis nada más verle.

—Un… un momento, por favor —es lo único que alcanza a articular antes de salir correteando por el pasillo, lanzando unos contenidos chillidos histéricos.

—¡Señor Britton! —grita tras la puerta del despacho, mientras golpea, nerviosa, la madera con los nudillos—. El señor Harrison está aquí y quiere verle. «… Aunque dudo que usted sea digno de verle a él», enfatiza para sus adentros.

El gobernador a punto está de atragantarse con una costilla de cabrito a la que está sacando brillo entre sus labios. Parece que todo el mundo ha decidido, sin contar en absoluto con su opinión, programar sus visitas a la hora del almuerzo. Vale que ese estúpido sacerdote francés esté acostumbrado al ayuno y no repare en tal circunstancia, pero un compatriota inglés debería conocer los buenos tradicionalismos de su país. O por lo menos, eso piensa lord Britton.

El gobernador se pasa la manga de la camisa por la boca, retirando la densa película de grasa que se ha consolidado sobre sus labios, y arroja la costilla sobre la bandeja. Antes de contestar, termina de vaciar su vaso de vino por el fondo de su garganta.

—¡Maldita sea! —se queja entonces—. ¿Alguna vez ha considerado la opción de hacer esperar a alguien por mí? —pregunta, ofendido, mientras se cuestiona para qué demonios se ha dispuesto una sala de espera en el edificio.

A la señora De Vellis se le ocurren al menos un centenar de buenas maneras de dilatar la espera de Mr. Harrison en el recibidor, pero casi todas son tórridas y prefiere no compartirlas con su jefe.

—No, señor Britton, nunca lo he considerado. ¿Quiere que le diga que espere a que termine su almuerzo?

La secretaria escucha un gruñido a través de la puerta que le hace esbozar una sonrisa maliciosa. «¡Adoro fastidiar a este carcamal!».

—No. Está bien. Dígale que pase —autoriza el gobernador, metiendo a toda prisa en uno de los cajones los documentos que reposan sobre su mesa y que, en un rápido análisis visual, cree que pudieran llegar a comprometerle.

La señora De Vellis se aleja trotando por el pasillo. Los cristales de la lámpara del techo tintinean y la figurita del querubín sufre un temblor que a punto está de hacerla volver a caer de la mesa.

Tres minutos después de que la manca figura salvase *in extremis* su vida, los recios nudillos de la secretaria anuncian la presencia tras la puerta del ineludible auditor.

—¡Pase!

La primera impresión que la figura de Mr. Harrison transmite al gobernador, mientras entra por la puerta del despacho muy atento a los detalles que le rodean, viene a confirmar sus peores sospechas. Ante él tiene a un hombre observador, meticuloso y sobre todo tenaz. Si ha venido con la convicción de encontrar algo sucio entre sus cuentas, nada le desalentará en su búsqueda. Empleará los recursos que sean necesarios, caerá, exhausto, sobre los libros después de varios días sin dormir, pero tarde o temprano dará con ello. Lo único que puede hacer lord Britton es ponérselo difícil. Entretenerle, despistarle, hacerle caminar en círculos. En definitiva, jugar con él al gato y al ratón. La otra alternativa sería desviar su turbia gestión hacia monseñor Dumont, lograr que el auditor se fijase en el obispo y que la atracción hacia lo que viera primase sobre cualquier otro interés.

Mr. Harrison alza su sombrero a modo de saludo.

—Por favor, déjeme colgarle el chubasquero —se ofrece lord Britton, prácticamente quitándoselo de las manos—. Este año los monzones se están alargando en demasía y todo parece indicar que tendremos un otoño lluvioso.

—Oh, muchas gracias. Hay un buen lío de gente ahí fuera, ¿no? —señala el recién llegado, aludiendo al grupo de personas que llevan varios días protestando frente al edificio del gobernador.

—Sí. Para la mayoría de ellos la lluvia es la única forma de contacto con el agua, así que después de todo, a ninguno nos viene mal que se mojen un poco.

—Entiendo.

Mr. Harrison observa, interesado, la curiosa decoración de la habitación, cruzando su mirada de vez en cuando con la del gobernador para dejar constancia de que le está dedicando su atención.

—Aunque, a decir verdad, yo siempre intento ver el lado positivo de las cosas. Ya sabe: más lluvia más cosechas, más cosechas más producción, más producción…, y al final ¡más prosperidad para el pueblo!

Lord Britton estalla en una sonora carcajada. El supervisor se limita a asentir con la cabeza, dejando entrever que le sorprende escuchar un razonamiento tan audaz, así de primeras.

—Le agradezco que haya tenido a bien recibirme en su despacho.

—¡Por favor, siempre es un placer charlar con un compatriota que aún tenga tan fresca la esencia británica en sus venas! Cuando uno lleva demasiado tiempo aquí, parece como si su alma se ennegreciera hasta alcanzar el color de la piel de estos indígenas —explica lord Britton, frotándose el brazo como si estuviese desprendiendo costras adheridas a ella—. Tenía muchas ganas de que llegara.

—Gracias, nuevamente.

—¿Le gusta mi despacho?

—Parece que su salario es generoso y le permite costearse ciertos caprichos decorativos —observa Mr. Harrison con la vista puesta en el retrato de Alejandra de Dinamarca—. Es grato constatar que la Corona no se olvida de los funcionarios exiliados que se esmeran en servirla con tesón.

Lord Britton sonríe, nervioso. No es capaz de discernir si existe un trasfondo malintencionado en las apreciaciones de Mr. Harrison, y eso le inquieta.

—Supongo que si me esperaba es porque habrá recibido la carta del gobernador general anunciando mi visita.

—Sí…, esto…, así es —reconoce el mandatario, arrepintiéndose en el acto de sus palabras—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque tengo entendido que el gobernador no recibió respuesta alguna de su parte.

—¡¿Qué me dice?! —finge asombrarse lord Britton, buscando rápidamente una vía de escape—. ¡Oh, ya entiendo! Mi secretaria debió extraviar la misiva. Siempre ha sido una persona muy atenta y profesional, pero desde la muerte de su padre la veo un poco abstraída, como si tuviese la mente puesta en otros asuntos.

—Lo lamento. Es comprensible.

En realidad, lord Britton había leído y releído la carta varias veces, se la había llevado, alarmado, a monseñor Dumont y la había vuelto a releer después otro montón de veces más, tantas que ya se la sabía punto por punto. Pero nunca se había molestado en redactar una respuesta.

—¿Y qué me dice? ¿Qué tal el viaje? —se interesa el gobernador, intentando desviar la atención de Mr. Harrison—. ¿Llegó ayer? ¿Dónde se aloja?

—El viaje ha sido agotador, sin duda. Muy largo. Ahora comprendo a quienes estando aquí no se plantean regresar. Por suerte he encontrado un hospedaje confortable y económico muy cerca de la estación del ferrocarril, algo que no fue tan sencillo en otras ciudades por las que he cruzado.

—Ah, sí, el Shangri-La. Conozco ese lugar. Y tiene suerte, su restaurante es uno de los pocos sitios donde uno puede arriesgarse a probar la bazofia que come esta gente. El *maître* tiene las uñas limpias y se preocupa también por la higiene y el aspecto de sus empleados. Un ejemplo de ello es que no contrata a excluidos. Por eso goza de cierta reputación en la ciudad y por eso es elegido por muchos británicos para descansar al concluir su extenuante viaje. También se alojan en él muchos viajeros que hacen un alto en el camino siguiendo la ruta a Calcuta.

—Ciertamente, su ocupación ahora mismo parece alta.

—Sí, pero no se preocupe. La mayoría son gente honesta que solo busca recomponerse de sus duras travesías. —Lord Britton simula con sus dedos el caminar de un hombre sobre la mesa mientras adopta un gesto de fatiga. Cada uno de los pasos va dejando un circulito de grasa sobre la madera. Mr. Harrison sigue con la mirada la reconstrucción del gobernador hasta que sus dedos alcanzan el borde de la mesa—. En cualquier caso, como le decía al señor gobernador en la carta que según parece nunca recibió, puede usted ocupar cualquiera de las habitaciones de esta casa tantos días como desee. Hay varias libres, y sería para mí un honor contar con su presencia. También en la mesa. Me encantaría poder departir con un compatriota largo y tendido sobre la actualidad en el viejo continente. Aquí la prensa que llega desprende un descarado tufo sensacionalista y me interesaría conocer de primera mano las impresiones de alguien que viva aquella realidad. Seguro que eso ayudaba a formarme una idea más precisa de la Inglaterra del presente.

Mr. Harrison echa un vistazo a los restos que yacen en la bandeja. La carne parece haber sido desgarrada a mordiscos y

algunos huesos conservan adheridos cartílagos y pieles requemadas. Si se los encontrase en un plato en el suelo, sin duda alguna se los atribuiría a un perro. «¿Es que el gobernador no sabe que existen los cubiertos?», se pregunta el supervisor con desagrado.

—Le agradezco la deferencia, señor gobernador, pero no es necesario que se moleste. Como digo, mi alojamiento cubre perfectamente mis necesidades y debo amortizar la buena propina que dejé ayer para el servicio —argumenta amablemente Mr. Harrison para declinar el ofrecimiento.

—Bueno, como usted prefiera. Dicho queda. —El gobernador hace ademán de levantarse. Su silla es arrastrada hacia atrás sobre la madera, emitiendo un chirrido penetrante al que parece estar acostumbrado. No así su invitado, al que la dentera provoca un intenso escalofrío—. ¿Quiere una copa?

—No, gracias, no se preocupe por mí. Lord Britton, no quisiera abusar de su tiempo más de lo estrictamente necesario, así que me gustaría pasar a tratar los temas referentes a mi visita.

—Por supuesto, por supuesto. Dígame, señor Harrison, ¿qué información precisa? —pregunta lord Britton, sin poder ya hacer nada por evitar lo inevitable.

—Como sabe, estoy aquí para revisar la información contable de su gobierno, la cual estoy seguro es tan impecable como su hospitalidad. Pero ya sabe, son procedimientos rutinarios que suelen realizarse para comprobar que los esfuerzos y sacrificios de su majestad en sus colonias le reportan la prosperidad que él también merece.

—Por supuesto. Lo entiendo perfectamente —coincide lord Britton, como si las auditorías fueran para él una cosa totalmente rutinaria, con la que llevase conviviendo toda su vida; como el recortarse los bigotes o la hora del té.

Aparentando haber leído su mente, la señora De Vellis irrumpe en la habitación portando una bandeja con dos tazas de té y un azucarero. El gobernador y su invitado se sorprenden por su aparición espontánea, que viene a aportar una nueva interrupción al proceso contable. Aunque siempre ha sido un defensor a ultranza de las virtudes de la paciencia y el sosiego, Mr. Harrison empieza a sentirse molesto. No ha venido a perder la tarde presenciando un espectáculo circense.

—He pensado que les apetecería una taza de té calentito. Con el frío que hace ahí fuera…

Contrariamente a la apreciación de la secretaria, Mr. Harrison no considera que la tarde pueda tildarse de fría. Supone que ella y

su jefe han olvidado las gélidas noches inglesas y a estas alturas se estremecen incluso con la brisa de las aspas de un molino.

—Sí, claro —asiente lord Britton, que se había acostumbrado a tomar una taza después de cada comida para aliviar su frecuente acidez estomacal—. Por favor, deje la bandeja ahí. Ya nos servimos nosotros.

La señora De Vellis no está dispuesta a dejar que el gobernador la despache tan rápidamente. Si ha traído el té no ha sido por su estúpida digestión, sino por ver a ese hombre tan apuesto que se sienta enfrente de él.

—Dígame, Mr. Harrison, ¿ha pensado en qué va a ocupar las tardes durante el tiempo que esté en Bhubaneswar? —pregunta, melosa, la señora De Vellis. El aludido no puede evitar ruborizarse creyendo vislumbrar segundas intenciones en el interés de la mujer.

—Bueno, no creo que tenga muchas tardes libres. Mi propósito es llevarme los libros del señor gobernador y empezar a revisarlos en mi hotel esta misma noche —se justifica Mr. Harrison—. Aunque primero necesito que me los dé, así que antes que nada necesito pedírselos, y para ello necesito de una vez por todas que…

—Estoy segura de que si se lo propone puede encontrar un rato para el esparcimiento —le corta la señora De Vellis, demostrando que domina como pocos el arte de la interrupción—. Hay una compañía teatral actuando en el club social durante este mes y, por lo que he leído, parece haberse ganado el favor de la crítica.

La señora De Vellis adopta un gesto melancólico de repente, añadiendo un toque dramático a su discurso. La experiencia le dice que con la mayor parte de los hombres suele funcionar.

—El señor Britton no entiende de teatro y no conozco a nadie más que pueda acompañarme. Me pregunto si a usted le gustaría…

—¡Es una idea magnífica! —exclama entonces lord Britton, dejándose llevar por el entusiasmo. Todo el tiempo que pueda mantener a Mr. Harrison alejado de sus cuentas vale su peso en oro —. Y apuesto a que antes le gustaría invitarla a degustar los manjares de Le Palais Exquis, un restaurante francés fuera de serie. ¿Verdad, señor Harrison?

—No estoy seguro de si podré perder tanto tiempo. No estaré muchos días en la ciudad y tengo todavía todo el trabajo por hacer —se trata de justificar nuevamente Mr. Harrison. Pero al ver la cara de desilusión absoluta de la señora De Vellis, toda su voluntad se derrumba y se siente moralmente obligado a acceder.

—Está bien —termina cediendo el auditor—. Supongo que podré tomarme al menos una tarde libre. Será mañana cuando empiece a

revisar la información contable.

La señora De Vellis se lleva las manos a la boca conteniendo la emoción y sus irrefrenables impulsos de brincar como una loca. Mientras tanto, lord Britton sonríe satisfecho, pues con este golpe de suerte no contaba en absoluto.

—¡Uy! Espero que el té no se haya enfriado —exclama, preocupada, la señora De Vellis, reparando en las tazas de porcelana, de las que ya ha dejado de brotar el humo—. Si no están calientes les prepararé otras.

—No se preocupe, me gusta templado —le tranquiliza Mr. Harrison, quien en realidad siempre lo prefiere a gran temperatura. Sin embargo, lo que menos quiere ahora es prolongar las distracciones haciendo que la secretaria vuelva otra vez en diez minutos. Teme que, superado ya el muro inicial, esta fuera capaz de proponerle matrimonio.

—Bueno, les dejo entonces, que tendrán asuntos importantes sobre los que discutir y no quiero entretenerles. Yo cuando me pongo a hablar, hablo mucho, ¿sabe usted? —explica mirando a Mr. Harrison—. A veces demasiado, y puede ser que sin darme cuenta esté molestando —dice la mujer sin todavía hacer ningún ademán de marcharse.

—Muchas gracias, señorita De Vellis —insiste lord Britton, incitándola a abandonar de una vez por todas la estancia.

La mujer parece captar el mensaje y, tras una leve reverencia, sale del despacho cerrando la puerta tras de sí. El sonido de sus pasos se pierde en la distancia, pero el profundo aroma de su perfume permanece en la habitación durante largo rato, como un fantasma cuyo dueño ha dejado abandonado, manifestándose ante toda la familia en la cena de Nochebuena.

—En fin, ¡qué mujer esta! —recalca lord Britton, suspirando—. Es pura dinamita. Vaya suerte tiene usted. Lo suyo ha sido llegar y besar el santo.

—Eso parece… ¿No quedan hombres en esta ciudad? Me refiero a personas masculinas, sea cual sea su condición.

—Me temo que ese es el problema. A la señora De Vellis no le vale un hombre cualquiera. Por eso me sorprende que usted, de buenas a primeras, le haya caído en gracia.

Para Mr. Harrison, las embaucadoras palabras del gobernador no suponen ningún halago.

—Bueno, volvamos al tema que nos ocupa —intenta reconducir Mr. Harrison—. Quisiera echar un vistazo a sus libros.

Lord Britton se levanta y camina hasta su mesita para servirse

una copa de *whisky*, ignorando el servicio de té traído por su secretaria. Mr. Harrison sigue con la mirada los movimientos del gobernador, sin acabar de entender a qué obedecen sus constantes evasivas.

—Lo cierto es que no dispongo de tanta parafernalia burocrática como le gustaría a uno de esos hombrecillos con cara de topo que pasa sus días anotando números aquí y allá. —Lord Britton hace un gesto burlesco, recreando a su manera la escena descrita—. La verdad, me cuesta referirme a un contable sin caer en esos términos. Me parecen personajes de lo más divertidos, ataviados con esas gafitas y garabateando sus libritos con decenas de lápices de grafito recién afilados.

A Mr. Harrison la apreciación del gobernador no le parece divertida. Registrar la contabilidad de un gobierno es una cuestión simplemente de deber, no algo de lo que se pueda prescindir por encontrarlo tedioso o aburrido. Y le resulta más injustificable, si cabe, en alguien que dispone de secretaria particular para agilizar el papeleo.

—La contabilidad es una tarea muy seria, lord Britton, y requiere de gran concentración y constancia. Las personas que ejercen esa profesión suelen ser inteligentes y organizadas; aunque a menudo mal pagadas. Regir un país, una región o una ciudad sin un registro de su actividad contable es como construir una casa sin los planos de un arquitecto. Tenerlos no harán que la casa se sustente sobre ellos, pero omitirlos provocará que esta se derrumbe.

—Por supuesto, por supuesto, no me malinterprete —se disculpa el gobernador como si Mr. Harrison le hubiera, efectivamente, malinterpretado—. Usted, sin ir más lejos, no merece ser prejuzgado de acuerdo a ese tópico tan extendido entre los aficionados a la diversión al aire libre.

Lord Britton toma una pequeña llave de su bolsillo y cierra con ella el cajón de la mesa, fingiendo buscar el efecto contrario.

—¡Maldita sea, creo que se ha atrancado! —sostiene, forcejeando con el tirador.

—¿No estaría cerrándolo? —inquiere Mr. Harrison, a quien el movimiento de muñeca del gobernador le ha resultado sospechoso.

—¿Eh? No, no —se apresura a desmentir lord Britton.

—Déjeme intentarlo —le pide el supervisor, separando la silla de la mesa con más cuidado del que normalmente tiene su anfitrión.

—¡Espere! ¡Ya está! —exclama lord Britton, abriendo esta vez realmente la cerradura.

—Estupendo.

El gobernador rebusca entre el desbarajuste de papeles y documentos varios alguna factura que se ajuste a la legalidad. Ahora están especialmente mezclados, después de haber tenido que meter a toda prisa los que tenía sobre la mesa tras recibir el aviso de que Mr. Harrison se había personado en el recibidor.

—Lo cierto es que, como le decía, no llevo la contabilidad en un solo libro que podamos decir «este es el libro», ya me entiende. Tengo algún documento por aquí que puede servirle y alguna cosa más. Juntándolos todos estoy seguro de que podrá hacerse una idea bastante fidedigna del destino de los flujos de capital que recibo.

Mr. Harrison no puede creer que el gobernador de una región entera le esté insinuando que, en realidad, no sigue ningún tipo de procedimiento a la hora de rubricar su actividad económica. «Las miles de libras que la Corona ha puesto en manos de este individuo han sido administradas bajo su criterio, sin ningún control ni registro. ¿Acaso es eso lo que me está diciendo este individuo?», se cuestiona el auditor.

—Señor Britton, se considera ilegal no tener un libro de…

—Bueno, realmente sí que tengo una especie de libro Mayor, aunque a veces se me pasa apuntar alguna cosa. Imagínese si tengo que anotar todo lo que hago a lo largo del día… ¡Probablemente necesitase la noche entera para ello! —trata de argumentar lord Britton, quitándole hierro al asunto. Pero está lejos de encontrar la complicidad de su interlocutor con sus gracietas, y este empieza a sospechar que, a poco que escarbe, las sorpresas comenzarán a brotar como el agua de un manantial subterráneo.

—Bien. Es un punto de partida. Me gustaría analizarlo tranquilamente estos días, así que me lo llevaré conmigo. Puede continuar realizando sus apuntes en hojas sueltas y adjuntarlos como anexos cuando se lo devuelva. También quiero todos los recibos y facturas que conserve de los últimos años, tanto de ingresos como de gastos. Pero no solo de su gobierno; también de los anteriores.

Lord Britton emite un bufido para constatar el estrés que los requerimientos de Mr. Harrison le están provocando. El supervisor arquea una ceja, estupefacto ante la poca seriedad de su interlocutor.

—¿Debo entender que le estoy saturando con tanta petición? —pregunta muy serio.

—Puede ser, sí.

—¡Por el amor de Dios! ¡Que no es usted un chiquillo! —exclama—. Es el gobernador provincial de Orissa y lo menos que se

le puede exigir es profesionalidad en el desempeño de sus funciones. ¿Cree usted que el rey le envía los fondos para que los apueste en su nombre jugando en los clubes sociales?

El gobernador vuelve a refunfuñar, irritado, y saca del cajón una enorme montaña de papeles arrugados que deposita sobre la mesa. El propio Mr. Harrison tiene que apartar la bandeja donde reposan los restos de cabrito asado para evitar que los documentos se manchen de manteca solidificada.

—Pues venga, aquí tiene el entretenimiento que tanto anhela. No se olvide de revisarlos todos, ¿eh? Si necesita algo más, póngase en contacto con la señora De Vellis. Algo me dice que le será fácil dar con ella en los próximos días.

Mr. Harrison toma algunos de esos papeles y los ojea por encima. Muchos de ellos carecen de fecha o de concepto claro por el cual han sido emitidos. Tampoco figura el pagador en algunos, dejando el origen de esos gastos totalmente abierto a su interpretación.

—Está visto que voy a necesitar infinidad de horas para poner en orden todo este desastre —suspira el supervisor, echándose las manos a la cabeza—. Quizá debería anular la cita de esta noche con su secretaria y ponerme a trabajar cuanto antes.

Lord Britton ya no desea seguir departiendo con el contable, así que da por terminada la reunión, levantándose y acercándose a la puerta.

—¡Señorita De Vellis! —grita al pasillo—. Acompañe a Mr. Harrison a la calle, por favor. ¿Cree que podrá con toda esa cantidad de papeles usted solo? —pregunta volviéndose hacia el supervisor.

—No lo dude. ¿Está seguro de que está todo aquí? —pregunta, justo antes de levantarse de su silla, agrupar los documentos y golpearlos sobre la mesa tratando de que ocupen el menor espacio posible. No se olvida tampoco de recoger el libro Mayor, para disgusto del gobernador, que le observa desde le puerta con ojos melosos.

Pero lo que lord Britton siente, se acerca más a la histeria que a la simple congoja. Sabe que cuando aquel hombre haya salido del edificio, todo habrá escapado definitivamente a su control. Se harán públicos sus derroches injustificados y en poco tiempo estará compartiendo celda con los infelices que ha mandado encerrar en los calabozos de la Plaza Mayor. Al menos con los que aún sigan con vida. No serán muchos, pero a buen seguro le recibirán encantados. Esos miserables trozos de papel le incriminan en

multitud de asuntos, cuanto menos, turbios. «No tenía que haberle entregado esos malditos documentos. ¿En qué diablos estaba pensando?».

—Segurísimo. Absolutamente todo —afirma lord Britton entre dientes—. ¡Señora De Vellis! —vuelve a gritar. Los pasos de la secretaria comienzan a resonar por el pasillo, como el sonido de una locomotora aproximándose a través de un largo y oscuro túnel.

—¡Ah, mi abrigo! —recuerda Mr. Harrison antes de irse.

—¿Ahora entiende por qué a veces yo también corro el peligro de olvidar ciertas cosas?

—Un lapsus lo puede tener cualquiera, señor Britton. La gravedad de su vaga memoria es algo que voy a necesitar de mucha paciencia y bicarbonato para poder cuantificar.

Al acercarse al perchero, Mr. Harrison se percata del pequeño trozo de papel coloreado que sobresale de una de las gabardinas allí colgadas. Con disimulo, extrae el papel del bolsillo y lo oculta entre los demás documentos que le ha entregado el gobernador.

Atendiendo a la petición de lord Britton, la señora De Vellis acompaña a Mr. Harrison hasta la entrada. Pero lo hace caminando muy despacio, dándole la oportunidad de fijarse en cómo menea el trasero al andar. Lo ha practicado muchas veces frente al espejo y está segura de que se trata de una de sus mejores armas de seducción.

—¿A qué hora termina usted de trabajar? —le pregunta Mr. Harrison a la mujer al llegar a la entrada del edificio.

—Sobre las cinco —responde ella, rebosando dulzura—. Si quiere, venga a las seis y estaré ya arreglada. La función empieza a las nueve, así que disponemos de tiempo suficiente para cenar con tranquilidad. Espero que no sea una hora muy tardía para usted.

—He de reconocer que no acostumbro a rondar las calles más allá de las siete. Y mucho menos en un lugar tan extraño para mí como este. Pero una señorita tan hermosa bien merece una excepción —concede, caballeroso, el inglés—. Aquí estaré.

Como es habitual en él, Mr. Harrison intenta despedirse alzando su sombrero, pero la gran pila de papeles amenaza con caérsele al suelo, así que finalmente opta por un breve saludo verbal y se aleja calle abajo.

Lord Britton observa tras el cristal de su ventana cómo su vida es arrastrada a lo más profundo de las cloacas a medida que aquel hombre se pierde en la distancia. «Debí haberle matado», piensa. Pero en el fondo, no es un asesino y sabe que acabar con el supervisor solo serviría para aplazar su condena. Tarde o temprano

enviarían a otro contable, que estaría en sobreaviso por la desaparición del primero; o emitirían directamente una orden de búsqueda y captura contra él. Tendría que rendir cuentas ante la Corona y ante su pueblo, aunque eso fuese lo de menos. Siempre ha sabido que podría llegar el día en que tuviese que hacerlo, pese a que hubo un tiempo en el que casi lo olvidó. Un tiempo que ya ha pasado.

Pero lord Britton está decidido a vender cara su piel. Ha de pensar fríamente qué hacer y cómo. El cuándo no necesita determinarlo. Solo dispone de unas horas, hasta que la obra de teatro haya concluido. Está seguro de que Mr. Harrison es lo suficientemente galán como para no terminar en la cama de la señora De Vellis durante la primera cita, así que se retirará pronto al hotel. Si cuando llegue se dedicará a dormir o a ojear su contabilidad, es algo que no puede dejar a voluntad del azar.

Finalmente toma una decisión: no ha llegado todavía el momento en que el mundo le vea caer. «Lo siento, señor Harrison, pero no puedo permitir que lea usted esos documentos».

1. *Una cosecha de demonios germinando al unísono*

A mitad de la cuarta vuelta, el pelotón se detiene para hacer un descanso. El día es especialmente caluroso y el intenso ritmo marcado por los veteranos que encabezan la marcha ha provocado pequeños abusos en el consumo de agua que han dado al traste rápidamente con su aprovisionamiento. Pero el dios Surya no afloja y, pasado el mediodía, se hace indispensable algo de hidratación para poder seguir corriendo bajo los sofocantes rayos que proyecta sobre el valle.

En el último paso por la zona, Nagesh se dio cuenta de la existencia de una charca cercana a la pista, semioculta tras la primera hilera de árboles. Desde lejos parecía no tener mucha vegetación a su alrededor ni sobre la superficie, aunque quizá se deba a que el crecimiento de las plantas no es lo suficientemente rápido para sobreponerse a la crecida de las aguas en esta época.

La charca, que bien merecería ya la consideración de laguna, no es la única que ha florecido en los muchos claros repartidos por el bosque. Cualquiera de ellos que presente cierta depresión es susceptible a amanecer anegado. Sin embargo, esta es la más próxima al camino que utilizan los chicos en el entrenamiento, aunque a su vez está ligeramente resguardada.

Confiando en que nadie se entere de su momentánea ausencia, Nagesh se escabulle entre la maleza, se acerca a la charca y se arrodilla junto al agua para refrescarse. Algunas larvas de mosquito contraen bruscamente su abdomen bajo la atenta mirada de los zapateros, que surcan la superficie supervisando su desarrollo dentro del crucial equilibrio del ecosistema. Nagesh llena las cuencas de sus manos con agua fresca y se las lleva a la boca. Su agradable frescor le incita a beber hasta saciarse, incluso un poco más, a fin de mantener a raya la sed hasta la hora del almuerzo.

Pero la supuesta inocencia del agua no es del todo veraz y en su capciosa transparencia se oculta un castigo para todo aquel que ose alterarla.

Así, al caer la noche, el estómago de Nagesh se enfurece y su frente comienza a arder. Al mismo tiempo, su cuerpo, que parece haberse helado, es agitado por incontenibles escalofríos. Nagesh se

inclina violentamente hacia delante vomitando la cena mezclada con jugos gástricos. Por si fuera poco, siente la urgencia de acudir a los retretes, donde sus intestinos se retuercen y casi provocan que se vacíe por dentro.

Cuando sale de los mismos, Nagesh está pálido, como si todo su brío se hubiese evaporado. Casi no tiene fuerzas para caminar hasta su litera y se arrastra como puede, apoyándose en cada saliente que encuentra. Llevaba muchos años sin sufrir problemas de este tipo, desde que era bastante pequeño, y ya no recordaba la sensación de auténtico desfallecimiento que los acompaña.

Para su desgracia, nada más llegar a la cama, un nuevo impulso le obliga a regresar corriendo a las letrinas.

—Eh, Nagesh, tienes mala cara —le dice Aniket, al verle pasar de regreso frente a él.

Ciertamente, su cara parece más la de un espectro que la suya propia, que ya de por sí siempre ha sido bastante pálida. Su mandíbula cae torcida por el peso de su lengua y sus ojos, enrojecidos y entreabiertos, contribuyen muy poco a arreglar la composición.

Nagesh se limita a contestar con un gruñido desganado.

—Oye, Nagesh, ¿por qué no duermes hoy en mi litera? —le ofrece Umed desde la cama superior—. Está cerca de los retretes y, si vas a seguir levantándote con tanta prisa durante la noche, cada paso que tengas que dar cuenta. ¿Sabes? Una vez yo también estuve como tú. Me había bebido unos huevos de oca batidos…

—Gracias, Umed —le corta Nagesh, sin mucha gana de escuchar una historia cuyo hilo en estos momentos ni siquiera cree poder seguir.

—Tú no deberías caminar todavía —le dice Aniket a su compañero de litera, recordándole las heridas de sus piernas—. Quedaos los dos aquí, ya me muevo yo. Es la cuarenta y siete, ¿verdad?

Nagesh le responde con un nuevo gruñido de abierta interpretación y el muchacho se aleja cojeando hacia su nueva cama. Parece que el golpe en el tobillo le ha dejado un recuerdo permanente, aunque él asegure que no siente dolor al caminar.

—Chicos, cerrad el pico de una vez —pide algo enfadado alguien desde una cama cercana.

Un guardia golpea con la culata de su rifle la puerta para imponer orden. Al ver que las voces del interior del pabellón cesan de inmediato, no le da más importancia.

Nagesh se acuesta, rendido, sobre el colchón de su compañero.

Todavía tiene tiempo para un par de visitas más a los retretes antes de ser doblegado por el cansancio. Pero su sueño es ligero y se despierta cada hora tiritando y empapado de sudor. Cuando consigue dormir, una pesadilla recurrente se apodera de su mente.

En ella, Nagesh aparece en medio de un campo de batalla, con las manos ensangrentadas, sosteniendo un gran espada en cada una. A su alrededor, cientos de cuerpos mutilados se amontonan aguardando su descomposición. Pero entonces, los restos desmembrados comienzan a unirse unos con otros hasta formar una suerte de colosal criatura de más de cincuenta pies de altura. La bestia agita sus brazos, iracunda, propinando fuertes embestidas que a punto están de alcanzarle. Entonces, en muchos otros puntos de la explanada empiezan a alzarse otras bestias semejantes, como una cosecha de demonios germinando al unísono de las entrañas de la tierra.

Nagesh lucha bravamente, pero incapaz de presentar batalla a todos a un tiempo, termina claudicando de rodillas, mientras las criaturas se lanzan sobre él, le arrancan la carne de los huesos y la engullen ferozmente.

En esos momentos Nagesh se despierta, soporta el dolor de estómago como puede hasta que empieza a arremeter, y una vez que consigue volver a dormirse, el mal sueño empieza de nuevo.

Ya por la mañana se siente mucho mejor. Se despierta un poco antes del toque de diana y aprovecha para permanecer tumbado descansando unos minutos más. Su estómago se resiente de las convulsiones nocturnas, mostrándose reticente a la ingesta de alimentos. Solo con pensar en comer le entran ganas de vomitar. Al menos, por el momento, no siente la necesidad de acudir de nuevo a las letrinas.

Visto lo visto, le parece que lo mejor hoy será limitarse a tomar la mayor cantidad de líquido posible para rehidratarse, eso sí, proveniente esta vez de un fuente de confianza.

—Umed te ve mucho mejor ahora —dice Umed, cuya cabeza emerge de pronto a su lado.

—Sí, bastante —reconoce Nagesh, pese a que su uniforme presenta importantes salpicaduras de vómito a la altura del pecho y cerca de los pies.

—Umed se alegra por ello.

—Yo también —afirma Nagesh—. ¿Cómo van tus piernas?

—Muy bien. Las heridas de Umed son superficiales y unos pocos puntos bastaron para coserlas. Además, Umed les aplicó una pomada que había hecho con unas cuantas plantas que tenía bajo la

almohada y en seguida ha cicatrizado.

—¿En serio? Es increíble. Si me hieren, espero que me prestes un poco de ese ungüento.

—Tendría que hacer más, porque ya se me ha terminado. Pero tengo más hojas todavía, así que puedo prepararla cuando quiera.

—Eso es genial. No sé cómo te las arreglas para buscar tus plantas con el poco tiempo libre que tenemos.

—Oh, yo nunca podría hacerlo solo. Pero Umed me ayuda.

—Entiendo… —dice Nagesh, que obviamente no entiende absolutamente nada. Daba por hecho que Umed y él eran la misma persona—. Oye, Umed, quería preguntarte una cosa.

—Puedes preguntarle a Umed todo lo que quieras. ¡A Umed le encanta hablar con sus amigos!

—Sí, eso ya lo sé. Dime, ¿conoces alguna planta en cuya definición estén las palabras «vómitos y diarrea»?

—Hummm… No muchas. ¿Has estado comiendo plantas y por eso estabas así anoche?

—No, no… Era simple curiosidad.

—Umed no cree que tenga mucho sentido usar plantas para eso.

—Umed tiene toda la razón. Dale las gracias de mi parte. Nos vemos en la capilla —le agradece Nagesh, antes de bajarse de la cama e irse a su sitio en busca de su uniforme de reserva.

La jornada transcurre dentro de la normalidad, sin que surja ningún contratiempo inesperado, algo que Nagesh realmente necesitaba para poder recuperar el ritmo perdido. Casi todo el día han estado ocupados escuchando al maestro cuáles eran las mejores técnicas de camuflaje y cómo pasar desapercibido, tanto por un pasillo vigilado por guardias atentos como por entre una gran muchedumbre. Según Harjeet, la clave reside en actuar exactamente igual que la persona que tengas al lado en cada momento y, si no existe ninguna, hacerlo como lo haría ella si estuviese.

A última hora de la tarde, Nagesh ve que Kamal y Madhul están sentados lejos del resto de guardias, y se plantea ir hasta ellos. No puede estar más tiempo sin saber de qué narices conocen al obispo Dumont. Desde luego, nunca les vio en la abadía, por lo que, o bien ese contacto se produjo fuera de ella —quizá en alguna de las salidas del obispo—, o bien se remonta años atrás, cuando él todavía no vivía allí. Indistintamente, le parece más que probable que cualquier cosa que hayan tenido entre manos los tres será algo turbio y deplorable.

A decir verdad, a Nagesh no le hace ninguna gracia dirigirse a ellos para pedirles información, y no es solo porque se juegue un

mal recibimiento. Puede que hayan defendido a Shaana en un momento puntual, sabe Dios bajo qué pretexto, pero eso no les convierte en seres menos repugnantes para él. Entrar a robar en la casa de un pobre sepulturero y matarle es algo gravísimo que hace mucho tiempo debería de haber sido castigado.

Nagesh traga saliva y los restos de orgullo que le quedan, y comienza a dar pasos en la dirección de los guardias. Ni uno ni otro se dan cuenta de que el muchacho se aproxima hasta que lo tienen delante y les grita.

—¡Eh! ¡Vosotros!

Los guardias se vuelven hacia él, ofendidos por su atrevimiento.

—¿Qué diantres haces tú aquí? —pregunta Kamal.

—El otro día oí cómo os referíais a un obispo cojo al que le faltaban varios dedos en una mano —dice Nagesh, tratando de mantener un tono firme—. Se trataba de monseñor Dumont, ¿no es así?

El guardia mira alrededor para comprobar que no hay nadie cerca. La seguridad que emplea el muchacho le advierte que busca respuestas concretas.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Le conozco.

—Le conoces, ¿eh? Así que ese viejo pedigüeño sigue vivo… ¡Vaya! Los europeos están hechos de una pasta especial —reflexiona Kamal—. Me gustaría vivir tanto años como él. ¿Tú qué opinas, Madhul? ¿Será eso posible?

—No, si sigues echándole a la carne tanta *massala*.

—Sí, tienes razón. Eso me está matando —reconoce Kamal, moviendo la cabeza.

—Decidme, ¿de qué le conocéis vosotros?

—Eso no es asunto tuyo, como supondrás.

—Por favor, necesito saberlo.

—¿Por favor? Mira, vas recuperando los modales. Eso me gusta. ¿Por qué necesitas saberlo?

Nagesh tiene la impresión de haber caído en un punto muerto de la conversación. El guardia no parece dispuesto a confesar, así que necesita arriesgar si quiere sacar algo en claro.

—Sé que hicisteis tratos con él —pronostica el muchacho.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y cómo es que lo sabes?

—Él me lo dijo.

—Ya veo… Bueno, en realidad creo que solo realizamos un

encargo para ese tipo. ¿Cuándo fue, Madhul? ¿Te acuerdas?

—Hace ocho años, creo.

—¿Ocho años? ¿Tantos? Sí, puede ser —admite Kamal—. Quizá alguno menos. Por aquel entonces hicimos varios trabajos en esa ciudad, pero solo uno para él.

Aunque Nagesh intenta mantener su tono de voz no lo consigue. Están a punto de cumplirse ocho años desde que Kamal y Madhul irrumpieron en su choza. No puede tratarse de una casualidad.

—Vosotros dos entrasteis en mi casa y matasteis a mi padre —suelta de pronto Nagesh. Cree que no tiene sentido seguir andándose por las ramas—. Luego le prendisteis fuego con nosotros dentro.

—Hummm… ¿Bromeas? ¿Dónde estaba tu casa?

—A pocas millas al sur de Bhubaneswar, una pequeña choza a orillas del bosque.

—Espera, ¿tú no serás…? No, no es posible… ¿Lo eres?

El silencio de Nagesh es considerado por Kamal como una respuesta afirmativa.

—¡Mira, Madhul! ¿Lo habías reconocido?

—¿A quién?

—Este es el crío al que sacaste a hombros de la choza cuando se estaba quemando. Se había desmayado. ¿No te acuerdas?

—¿Sí? Vaya, ¡qué grande te has hecho, chaval!

Nagesh solo puede considerar sus palabras como una burla hacia él.

—¿Qué estás diciendo? ¿Tú me sacaste de entre las llamas?

Pero el que prosigue es Kamal.

—Sí. Bueno, desde siempre Madhul ha sentido debilidad por los niños. Así que, desobedeciendo el encargo del obispo, optó por salvarte del fuego.

Las palabras del gran Madhul le sientan a Nagesh como un gran mazazo en las sienes. Monseñor Dumont, el hombre que presumía de haberle acogido en su comunidad como a un monje más y que finalmente se había destapado como el asesino de su hermano, había sido también el artífice de la muerte de su padre. Algo así no es fácil de digerir de inmediato.

—¿El obispo… os pidió que… incendiaseis nuestra choza?

—Para ser exactos nos pidió que primero matásemos a sus dos ocupantes y que luego le prendiésemos fuego —corrige Madhul.

—Después de irnos temí que Madhul no te hubiese dejado lo suficientemente alejado de las llamas, pero ya veo que no te chamuscaste.

La revelación de los guardias ha resultado mucho más devastadora de lo que Nagesh creía en un principio y, aunque no le cabe duda de su veracidad, va a costarle muchas horas asimilarla.

—¿Por qué pones esa cara? ¿Vas a decirme que todavía no lo sabías? —pregunta Kamal antes de ponerse a reír a carcajadas—. ¿Ves, Madhul? ¡Te dije que éramos buenos! Crímenes perfectos y ausencia de culpables.

—¡Ya lo creo!

—Tal vez debiéramos volver al negocio… ¿Qué opinas?

—¿No será un poco pronto?

—Sí, es posible. Deberíamos mantenernos un poco más de tiempo a la sombra. ¿Sabes, muchacho? La última que organizamos fue gorda…

—¿Por qué…, por qué lo hizo?

—¿Eh?

—El obispo. ¿Por qué os ordenó matarnos?

—Y yo qué sé. No solía hacer preguntas a los clientes para los que trabajaba. Por si no lo sabes, le restan romanticismo —ironiza Kamal—. Anda, ve a lavarte, que con esas pintas de guiñapo no creo que te den de cenar.

—¡Esperad! Quiero que me contéis todo lo que sepáis relacionado con ese encargo.

—No hay nada más, que yo recuerde. ¿Madhul?

—Yo no me acuerdo de nada más tampoco.

—Pues eso, volvimos al monasterio, cobramos nuestros honorarios y nos fuimos. Imagino que cuando el viejo supo que habías sobrevivido no debió sentirse muy satisfecho con nuestra labor. En fin, no sé, no volvimos a hablar con ese cura nunca más. De hecho, no hemos vuelto a verle. De no ser por ti, no nos habríamos enterado que sigue vivo.

«No lo estará por mucho tiempo».

—Es increíble lo pequeño que es el mundo, ¿eh, amigo? Espero que no nos guardes rencor por esto que te hemos contado; cada uno se gana la vida como buenamente puede. Te pasó a ti, sí, pero podía haberle pasado a cualquier otro y a ti no te habría importado. Lo entiendes, ¿no?

De buena gana, Nagesh clavaría la cabeza de esos dos tipos en una pica y dejaría que los cuervos las picoteasen hasta que sus cráneos quedaran relucientes. Pero el odio que en torno a ellos ha acumulado durante tantos años se ha visto de pronto canalizado hacia esa persona que cada día que pasa ve acrecentada su maldad. Ese cobarde que había terminado con la vida de un bebé sin que le

temblara el pulso, pero no había sido lo suficientemente hombre para enfrentarse directamente a un adulto y había enviado a dos matones a realizar el trabajo.

Tambaleándose por el duro golpe, Nagesh da la vuelta y emprende el camino a los barracones. Como si se tratase de una maldición permanente, su cabeza ha vuelto a llenarse de pensamientos tormentosos que planean quedarse en ella durante mucho tiempo.

—¡De nada, eh! —le dice Kamal. Pero aunque todavía Nagesh está cerca, este ya no escucha su voz.

Ya de noche, Nagesh se arriesga con algo sólido, aunque todavía no cree que vaya a ser capaz de cenar con normalidad. Lo que ha averiguado esta tarde le ha quitado el apetito por completo y lo único que piensa al coger la cuchara es en usarla para sacarles los ojos a ese par de asesinos a sueldo. Aunque, en el fondo, Nagesh sabe que matar a los guardias estando dentro del recinto no le traería más que problemas, y que realmente el verdadero culpable de lo que hicieron es, cómo no, el obispo Dumont. Está claro que a él no tendrá reparos en matarle y no le importará ni el dónde ni el cuándo. Su única duda es saber en quién estará pensando en el momento de acabar con su vida, si en su hermano o en su padre.

Nada más que la primera cucharada llega al estómago de Nagesh, este se expande, ansioso, por recibir más alimento. Eso le hace ver que su recuperación va por el buen camino y le anima a seguir comiendo. Debe acumular las mayores fuerzas posibles para afrontar lo que se avecina. Puede decirse que ya ha resuelto la mayor parte de sus dudas y nada le retiene aquí; menos aún si tenemos en cuenta que las ansias que hasta ahora tenía de acabar con el obispo se han tornado en auténtica obsesión.

Al darse cuenta del hambre con el que su compañero devora el pan, Shaana le cede buena parte de su ración. Nagesh recibe su gesto con gratitud. Ha decidido pasar por alto el que, al verle comer, esta noche alguien pueda confundirle con Umed.

Al llegar al barracón, Aniket se acerca a Nagesh y le ofrece su litera de nuevo, pero este se siente prácticamente recuperado y declina su oferta. No cree que vaya a necesitar ir al retrete en unos cuantos días y, además, tiene algo importante que decirle a Shalim.

—¿Seguro que no la quieres? —insiste Aniket.

—Sí. Estoy mucho mejor.

—Pues me alegra que así sea.

—Hasta mañana —se despide Umed desde la litera inferior.

—Adiós, Umed. Que descanses.

Nagesh se va, pensativo, hasta su cama, donde espera Shalim ya preparado para dormir.

—¿Qué ocurre? ¿Te han dado permiso este fin de semana? —le pregunta, al ver un inusual poso de felicidad en su cara.

Nagesh hace un gesto con la mano para indicarle que baje la voz.

—¡Se apagan las luces! —grita el guardia Mohan desde la entrada, mientras baja el interruptor y corta la luz—. ¡A partir de ahora ni una palabra!

Desde la litera superior, Nagesh se dobla, dejando colgar la mitad superior de su cuerpo como un murciélago y chista a su compañero para acaparar su atención. Este se incorpora, acerca el oído a su boca y así le permitirle susurrar.

—No bajes la guardia, Shalim, porque la próxima vez que la niebla inunde el valle —le dice muy convencido—, tú y yo saldremos de aquí.

Pero lo que Nagesh no sabe es que su intentona de huida está más próxima de lo que se imagina.

Un gran alboroto proveniente del exterior hace despertar a los muchachos a una hora indeterminada de la madrugada. Nagesh se recuesta en su litera y agudiza el oído tratando de descifrar alguna palabra, pero los guardias emplean un inglés atropellado muy difícil de seguir. Se pregunta si el campamento estará sufriendo algún tipo de ataque, aunque no se oyen gritos de dolor, sino únicamente muestras de alarma. Tampoco llega a través de los ventanucos la luz intensa y anaranjada del fuego ni las lluvias han sido tan intensas como para provocar una riada o un desprendimiento.

Algunos chicos se levantan y se acercan a la puerta para arrimar la oreja y enterarse, mientras otros se aúpan hasta las ventanas intentando otear el exterior.

—¿Qué estará sucediendo ahí fuera? —pregunta Shalim desde la litera de abajo.

—No lo sé. Pero parece haberse montado una buena.

—Tal vez haya venido alguien a sacarnos de aquí.

Nagesh considera esa posibilidad improbable. Duda que nadie conozca la extraña situación por la que pasan los muchachos en el campamento ni el lugar exacto en que este se ubica. Además, aunque alguien fuera consciente de ambas cosas, tendría que tener también algún tipo de interés en rescatarles. Demasiadas circunstancias a la vez para poder considerarlo viable.

—Voy a intentar enterarme de lo que ocurre —dice Nagesh, saltando de su litera. Le preocupa que se vean envueltos en una

situación de emergencia estando encerrados en ese confinamiento, pues llegado el caso, ni él ni ninguno de sus compañeros podrían escapar. Las puertas están cerradas por fuera, las ventanas enrejadas y los agujeros del techo demasiado altos.

Nagesh avanza hasta la puerta y se hace sitio entre los chicos que se agolpan contra ella.

—¿Escuchas algo? —le pregunta a un muchacho que se esfuerza por captar algún ruido del exterior.

—Nada. Hay demasiadas personas hablando al mismo tiempo —responde.

A Nagesh no le extraña que no escuche nada. Además del jaleo que montan los hombres de fuera, está el que se ha formado dentro del barracón.

Nagesh golpea la puerta con el puño cerrado y anima al resto a que hagan lo mismo y griten con él.

La gresca produce el efecto buscado y al poco tiempo alguien abre el cerrojo para poner orden en el barracón.

—¿Qué demonios os pasa a vosotros? —grita Mohan, situando su rifle en guardia.

—¡Queremos saber qué está pasando ahí fuera! —exige Nagesh.

—No pasa nada de vuestra incumbencia —suelta el guardia, malhumorado, al tiempo que empuja al muchacho más cercano a la puerta hacia dentro.

Nagesh aprovecha para lanzar una rápida mirada al patio. Puede ver a dos guardias transportando a una persona en camilla en dirección a la casa. A su lado, dos guardias más tratan de auxiliar al paciente. Una manta cubre el cuerpo hasta el cuello, por donde asoma el rostro pálido de sir Sheercliff.

—¡El cacique está enfermo! —exclama Nagesh.

—¡Cierra el pico! —grita el guardia, cerrando y atrancando la puerta en sus narices.

Dentro, los muchachos quieren saber más acerca de lo que Nagesh acaba de ver.

—¿Dices que el cacique está enfermo?

—Sí, enfermo o herido. Lo llevaban sobre una camilla y parecía inconsciente.

—¿Qué le habrá podido pasar? —pregunta Aniket, viniendo desde atrás.

Shalim aprovecha el revuelo para acercarse a Shaana y preguntarle acerca de lo que le ha dicho Nagesh hace unas horas, que dicho sea de paso, le ha dejado totalmente descolocado.

—Shaana, ¿te ha dicho algo importante Nagesh hace poco?

—¿Importante? Si te refieres a lo que pretende hacer en cuanto pueda, sí.

Parece que la chica también está al corriente.

—¿Tú también vendrás?

—No, no sería buena idea.

—¿Por qué? ¿No te quieres ir?

—No es eso, Shalim. Lo que pasa es que cuantos más seamos, antes se darán cuenta de que faltamos. Avanzaremos más despacio y más fácil será que a alguno nos ocurra algo, ralentizando la marcha de todo el grupo.

—Pero…

—No te preocupes por mí. Cuando lleguéis a la ciudad, alertad de lo que está ocurriendo aquí dentro y vendrán a rescatarnos. Hasta entonces, no vuelvas a hablar con nadie del asunto. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Ante la ausencia de novedades, los muchachos van regresando poco a poco a sus camas. Allí siguen intercambiando impresiones acerca de lo ocurrido hasta que el sueño se va a apoderando de ellos y uno tras otro van cayendo profundamente dormidos.

A la mañana siguiente, la puerta del barracón se abre de nuevo y sus ocupantes son requeridos en el patio. Ninguno de los guardias les da una explicación y tiene que ser el padre Nikolaus quien más tarde, al finalizar la misa, les revele algún detalle sobre la salud del cacique.

—Sir Sheercliff se hallaba de cacería cuando sufrió el desafortunado ataque de una bestia salvaje —explica el sacerdote empleando un tono triste—. Antes de poder dispararle, el animal tuvo tiempo de darle un mordisco en una pierna, provocándole una gran hemorragia. Gracias a Dios contaban con un médico en el grupo, quien pudo contener la pérdida de sangre y estabilizarle. Debemos ser optimistas con su recuperación. Es aún joven para que el Señor haya decidido recibirle en su reino.

—Umed conoce un buen remedio para curar mordeduras de animales. Evita la infección y ayuda a cicatrizar las heridas —le dice Umed a Aniket en voz baja—. Umed guarda raíces de bistorta y ratania debajo de su cama con la que puede preparar una cura.

—¿Estás seguro? —Aniket duda si, aun pudiendo hacerlo, realmente valdría la pena ayudar al cacique. Pero en el fondo sabe que no depende del querer, sino de lo que es realmente lo correcto.

—¡Padre Nikolaus, Umed sabe cómo ayudar al gran capataz!

—¿Cómo dices, hijo?

—Umed guarda bajo su cama las hierbas necesarias para hacer una pomada que cure su herida.

—¿Una pomada? ¿Lo dices en serio?

—Umed la ha usado en los cortes de sus piernas —explica Umed.

—Hummm… —El sacerdote ha de admitir que los resultados hablan por sí solos. El chico camina estupendamente tan solo unos pocos días después de haber sido herido.

—Hijo, creo que vale la pena intentarlo. ¿Podrías preparar un poco de esa pomada ahora mismo? Sir Sheercliff se encuentra bastante mal y no hay tiempo que perder.

—Umed puede hacerlo —afirma Umed.

—Estupendo, Umed, vamos a preparar ese remedio.

El sacerdote acompaña a los muchachos hasta el barracón a fin de presenciar en directo la elaboración del bálsamo. Pero cuando Umed se agacha junto a su cama para recoger los ingredientes, descubre horrorizado que todas sus hojas y raíces milagrosas han desaparecido.

—Umed no encuentra sus cosas.

—¿Qué quieres decir, Umed? —pregunta Aniket, que sabe que nunca se deben interpretar literalmente sus palabras.

—¡Las hojas de Umed! ¡No están!

—¿Que no están?

—Umed tenía sus cosas debajo de su cama, pero alguien las ha quitado de ahí.

El sacerdote se acerca al guardia que custodia el barracón.

—Hola, nuevamente —le saluda. Él le devuelve el saludo con una mueca desganada—. Uno de los muchachos guardaba unas plantas bajo su cama. Las usaba para preparar remedios medicinales. ¿Tienes idea de qué ha podido pasar con ellas?

—¿Os referís a esos hierbajos enmohecidos?

—Sí, supongo que sí.

—Los tiramos con todo lo demás.

—¿Que los tirasteis? ¿Y por qué hicisteis tal cosa?

—Órdenes del señor Sheercliff. Nos dijo antes de irse que inspeccionásemos las literas. A los chicos les da a veces por acumular comida que no necesitan. Al hacer la redada nos encontramos con ese montón de rastrojos y los retiramos, tal y como nos habían indicado.

El sacerdote regresa junto a los muchachos, santiguándose una y otra vez.

—Umed, hijo, ¿podrías ir ahora a recoger esas plantas de nuevo?

Parece que los guardias las han tirado durante la eucaristía.

—¿Y por qué lo han hecho?

—Porque a veces las personas cometen estupideces que pueden salirles muy caras. Espero que estemos a tiempo de salir y volver a conseguir lo que necesitamos.

—Umed cree que es imposible.

—¿Imposible?

—Imposible. Umed no puede recoger ahora esas plantas. Las trajo en su bolsa cuando vino del viejo barracón. En esta época del año ya no pueden encontrarse.

El padre Nikolaus se santigua una vez más, rezando por que con su decisión el cacique no haya cavado su propia tumba.

1. *Aquí la tierra yace desnuda*

Mr. Harrison no puede creer que haya llegado, por fin, a su hotel. El trayecto no ha sido fácil precisamente, aunque a estas alturas, la verdad, empieza incluso a dudar de que en el subcontinente exista realmente ese concepto. Después de ser increpado por la turba arremolinada a la salida del edificio del gobernador, Mr. Harrison se las ha tenido que ver con fuertes ráfagas de viento que se alzaban sin avisar, amenazando con llevarse su sombrero y algún que otro documento importante. Gracias a que ha sido especialmente cuidadoso, cree que ha logrado conservar todos los papeles bajo su brazo. La mayor fortuna, no obstante, ha sido no tener que soportar un nuevo chaparrón, en tanto que el cielo ha seguido estando severamente encapotado tras el mediodía.

El aliviado supervisor saluda al recepcionista, que ojea una especie de fanzine amarillento lleno de ilustraciones, y le solicita un baño para dentro de quince minutos. El empleado del hotel esboza una sonrisa tan cortés como ensayada y le confirma que su petición será atendida. Después, Mr. Harrison sube las escaleras de dos en dos y recorre a buen paso el largo pasillo que le lleva a la habitación 211. Está deseando poder sumergirse un rato en agua tibia y relajarse. La reunión con el gobernador ha sido muy estresante para él. «¿Puede alguien ser más despreocupadamente vulgar que ese hombre?». Le cuesta imaginarlo; y mira que en Canterbury conoció a un orangután en primero de Ciencias Económicas difícil de superar. Recuerda que solía entretenerse en las clases tallando cuerpos de señoritas en las gomas de borrar. Afortunadamente, tras el periodo estival, aquel energúmeno nunca volvió a dejarse ver por el campus. A Mr. Harrison eso le ayudó a recuperar una estima sobre su titulación que había empezado a perder.

La habitación del auditor es un sencillo, pero bonito, cuarto decorado a la inglesa, con una pequeña chimenea limpia y preparada, y una terracita que da a la parte trasera del hotel. Desde ella se pueden contemplar a lo lejos las áureas puestas de sol sobre el golfo de Bengala. Aunque hoy no podrá presenciar el ocaso, se promete no perdérselo en lo sucesivo.

A decir verdad, Mr. Harrison espera que la señora De Vellis no considere la velada de esta noche como una primera cita, sino como un acontecimiento aislado y puntual que no tiene por qué tener continuidad. Después de todo, no le han enviado a la India a tomar té en un cabaret, y tampoco pretende alargar su estancia más de lo necesario. Prefiere estar menos tiempo, pero trabajando a buen ritmo, que desperdiciar las horas día sí y día también holgazaneando, teniendo como consecuencia que quedarse un periodo más prolongado.

Como ya le adelantó el gobernador Britton, la mayor parte de la ocupación del establecimiento la forman diplomáticos y comerciantes acomodados, capaces de llegar hasta el último confín del mundo con tal de cerrar un buen trato. También se deja ver de vez en cuando algún aspirante a marajá sucumbiendo a la ostentosidad colonial, con más sequito a su espalda que servicio hay en todo el hospedaje. Mr. Harrison cree que ha sido una suerte haber podido reservar una habitación tan buena, teniendo en cuenta la popularidad del establecimiento.

Sin embargo, nada más cruzar la puerta de su cuarto, Mr. Harrison percibe en el aire un cierto a olor a viciado. Se quita la chaqueta, la deja sobre la cama junto al escarnio administrativo de lord Britton, y abre la ventana para que pueda entrar el fresco olor a lluvia que impregna las calles. Afrontar la tarea de revisar todo ese despropósito contable le hace replantearse las bondades de su trabajo, el cual hasta ahora le había parecido siempre tranquilo y reconfortante.

Mr. Harrison decide no posponer demasiado el baño y comienza a desnudarse para ganar tiempo. Necesita afeitarse la cara y quitarse de la piel ese húmedo sudor acumulado durante el día. Aunque se afeitó esta misma mañana, considera que todo hombre cuando acude a una cita con una dama debe lucir impecable, como si hubiera estado metido entre algodones el último cuarto de siglo, así que volver a hacerlo es poco menos que imprescindible.

Con la puntualidad exigible, el servicio de habitaciones llama a la puerta transportando un gran barreño de agua casi hirviendo, jabones y sales, y dos toallas limpias para secarse. Mr. Harrison se cubre con su albornoz y acude a abrirles. Le fastidia tener que utilizar, estando todavía sucio, el mismo albornoz que se pondrá una vez que se haya bañado, pero obviamente sería descortés por su parte abrirles la puerta estando desnudo.

El servicio lo componen dos mujeres que parecen rozar la treintena, muy educadas y serviciales, con cierto parecido entre

ambas. Mientras intercambian saludos, Mr. Harrison se pregunta si serán gemelas, aunque el óvalo facial de una de ellas es más redondeado que el de la otra, y por lo general le parece más guapa. Al verlas, tiene la impresión de que son de esas típicas personas que estando juntas es fácil diferenciarlas, pero por separado sus rasgos llevan a confusión.

Las mujeres pasan al cuarto y vierten el agua del barreño en la bañera. Después disponen los productos de higiene en una mesita de cristal y bronce que colocan a su lado, y dejan las toallas sobre un galán.

—¿Desea que le traigamos más agua, señor? —dice la de cara más alargada en un meritorio inglés.

Mr. Harrison le contesta que está bien así y que ambas pueden retirarse.

Una vez que las dos mujeres se han ido, el auditor vuelve a desnudarse por completo. Tras examinar de cerca los exclusivos artículos que le han dejado para personalizar su baño, opta por arrojar al agua dos piedras violetas de sales con aroma a jazmín. Las piedras empiezan a disolverse rápidamente ante sus ojos, produciendo una gran cantidad de burbujas. Mr. Harrison embadurna su brocha con jabón de afeitar y la frota por su cara, recubriéndola de espuma. Con cuidado, abre la hoja de su flamante navaja, regalo de su padre y una de las pocas cosas que conserva de él, y la desliza sin apenas fricción por la lubricada superficie facial. Le parece increíble cómo la hoja mantiene su filo cortante durante meses, antes de requerir de nuevo la acción del afilador.

Una vez se ha rasurado toda la cara, Mr. Harrison coge una tijeritas de su neceser y se recorta el bigote a la altura del labio superior. Lo último que desea es que le importune durante la cena, especialmente si se decanta por tomar sopa o algún tipo de crema de verduras.

Después se mira en el espejo. Calcula haber perdido entre quince y veinte libras de peso desde que emprendió su viaje y no cree que vaya a poder recuperarlas antes de comenzar el regreso. Tendría que comer toneladas de *Rogan Josh* para volver a situarse en su peso ideal, y la verdad es que desde su llegada a Bhubaneswar no ha gozado de buen apetito.

Mr. Harrison le dedica una mueca desdeñosa al tipo acecinado que le mira desde el espejo, se introduce en la bañera y se recuesta con los ojos cerrados.

A los pocos minutos, toda la costra superficial que cubre el mundo ha desaparecido y el auditor empieza a poder escuchar los

latidos de una tierra que todavía conserva el espíritu indomable con el que nació. Lejos quedan para él la Revolución Industrial, las chimeneas humeantes llenando el cielo de hollín y las sucias calles de adoquines repletas a ambos lado de grises y deprimentes viviendas unifamiliares. Aquí la tierra yace desnuda, virgen, inexplorada; una tierra que tal vez confíe todavía en la pureza del ser humano.

Cuando abre los ojos, Mr. Harrison se siente desorientado. No recuerda haberse quedado dormido, pero la habitación está ahora sumida en la oscuridad y la vela del baño se ha consumido por completo. En el ambiente puede oler todavía el aroma desprendido por los últimos restos de mecha al consumirse. El agua de la bañera ha perdido toda su espuma y su calor, y su cuerpo empieza a tiritar dentro de ella.

Sin poder ver nada en absoluto, Mr. Harrison se incorpora y pone un pie sobre el suelo con sumo cuidado para evitar resbalones fatales. Palpando en la oscuridad, logra finalmente encontrar su toalla. Se la enrolla a la cintura y se dirige dando tumbos a la estancia principal.

Gracias a que dejó la ventana abierta, la luminosidad en la habitación es mayor que en el baño. También sus ojos se van aclimatando poco a poco a la penumbra y ya es capaz de distinguir el contorno de su cama y la cómoda junto a la pared. Mr. Harrison se aproxima al mueble y busca dentro de los cajones hasta que encuentra varias velas sin estrenar y un puñado fósforos para prenderlas. El auditor rasga la cabeza de uno de los fósforos y lo acerca a una vela. Gracias a su luz, encuentra un par de palmatorias repartidas por la habitación que prende también usando la propia vela. Para su alegría, el colorido mundo de los vivos regresa de inmediato a su alrededor.

El atardecer ha llenado el cuarto de un aire bastante frío, así que Mr. Harrison cierra la ventana y se viste rápidamente. Luego se rocía con su colonia de Farina y se cepilla los cabellos. Cuando incluyó su distinguido traje de lino blanco, con chaleco incluido, en la maleta, no pensó que lo usaría por primera vez yendo a cenar con una mujer. Pero ahora le parece un motivo excelente para estrenarlo.

Es posible que, con todo, Mr. Harrison haya empleado más tiempo que la señora De Vellis en arreglarse para la cita, pero el resultado final de esa dedicación no podría ser más satisfactorio. Su aspecto es sencillamente sublime.

Sentado en la cama, el hombre observa su reloj de bolsillo. En el

interior de su tapa sigue pegada la foto de su mujer que le tomaron el día de su boda. Allá donde se encuentre, está seguro de que lo entenderá. Han pasado seis años y la vida a veces requiere echar la vista adelante o dejarse marchitar en soledad. Su muerte le había devastado el alma y, hasta el día de hoy, Mr. Harrison había optado por la segunda opción. No tenía fuerzas para probar nuevas variantes afectivas.

En cualquier caso, la cita con la señora De Vellis no podía considerarse una cita como tal. Mr. Harrison no se cansaba de repetírselo a sí mismo. Sería como asistir a una cena y a una obra teatral acompañado por un grupo de colegas. No debería haber diferencia entre ir con un hombre o una mujer, siempre y cuando ambos sean personas dignas, como así presupone. Cuando vuelva a Londres ya será otra cuestión, quizás entonces sea el momento de empezar a buscar algo más. No quiere llegar al día de su muerte y lamentar el haber concluido su vejez sin conservar ni un solo recuerdo especial.

Aún queda una hora para las seis, así que Mr. Harrison tiene tiempo suficiente para tomarse una taza de algo caliente en la barra del hotel. Pero antes, decide quitar de la cama la montaña fiscal del gobernador y colocarla sobre la mesita, dejando definitivamente para mañana su primera incursión en ella. Mr. Harrison recuerda entonces el papelito azul celeste que extrajo de la gabardina de lord Britton y rebusca entre la pila de documentos hasta encontrarlo. Cuando da con él, deja el resto de papeles en el mueble y se dirige a la mesita junto a la cama para alumbrarse con la vela.

El papel parece una factura de cinco mil rupias emitida por una cantera de Madrás en relación a una partida de bloques de granito. Como concepto aparece la referencia a una iglesia de Bhubaneswar que parece ser el destino final del pedido. Al pie de la nota puede leerse el nombre del receptor, un tal Maurice Dumont, cuya rúbrica es acompañada por el sello episcopal. Mr. Harrison considera el papel un punto de partida tan bueno como cualquier otro para comenzar a averiguar a dónde va a parar el dinero de la provincia. No obstante, por hoy ha tenido suficiente, y realmente siente que necesita relajarse frente a una taza de té.

El inglés abre el libro Mayor por una hoja al azar y mete en él el papel para no extraviarlo entre la maraña de hojas sueltas. Allí, junto a otras cuentas más convencionales, puede leer nombres tan fuera de lugar en el argot contable como *Asuntos Importantes*, *Seguridad Personal* u *Otros Fines Relacionados*. El grado de estupefacción que Mr. Harrison experimenta al ver a aquel

individuo ostentando un cargo de semejante relevancia va en aumento. El auditor está convencido de que su secretaria sería capaz de llevar las cuentas mucho mejor que ese patán de carnosas posaderas y mofletes sonrosados.

Una vez recogida la habitación y apagadas todas las velas, Mr. Harrison se coloca su sombrero, coge su paraguas y baja a la planta principal. Parece estar lloviznando en la calle, garantía inequívoca de que sus zapatos sufrirán los inconvenientes de un pavimento embarrado. Con semejante climatología, no encuentra motivo alguno para renunciar a la infusión por adelantar su partida.

La cafetería está situada en el extremo de un gran salón que hace las funciones de comedor. A estas horas próximas a la cena, la afluencia de compatriotas es elevada y Mr. Harrison prefiere buscar un lugar más tranquilo desde el que contemplar el ir y venir del mundo sin llegar a ser partícipe de su traqueteo.

Tras una pequeña barra, un camarero coloca con cuidado en una vitrina de cristal unas bolsas pequeñas que extrae de una caja de madera. Es un chico hindú de unos veinte años impecablemente vestido con el uniforme oficial del hospedaje y con el pelo corto y aseado. Su aspecto, y la manera en que manipula el género, hacen presagiar buenos modales.

—¿Qué desea tomar el señor? —pregunta, como era de esperar, muy educadamente.

—¿Es té lo que hay en esas bolsitas? —pregunta Mr. Harrison.

—Así es, señor. Hace poco que lo han empezado a vender en dosis individuales, dentro de estas bolsitas de muselina —explica el camarero, aparentemente a favor de tal innovación—. Se echa el agua caliente en la taza, pero no hirviendo para evitar quemar las hojas, y se coloca el saquito dentro. Así, el té libera toda su sustancia y la bolsa impide que se dispersen los sedimentos.

—Parece una idea formidable —admira Mr. Harrison—. Espero que no tarde en llegar a las islas británicas. «Tal vez pueda llevarme unas cuantas dosis entre el equipaje», sopesa.

—¿Quiere probarlas, señor?

—Sí, claro, por supuesto —afirma, comprobando en el espejo que hay tras la barra que todos sus cabellos siguen en su sitio.

—Es té de Darjeeling, uno de los más aromáticos de la India, aunque estoy seguro de que usted lo conoce mejor que yo. ¿Lo quiere con leche caliente?

—No gracias. Acostumbro a tomarlo solo.

—Muy bien, señor. Así apreciará mejor sus matices.

En efecto. Mr. Harrison percibe el inconfundible aroma del té

verde más especial desde el mismo instante en que la bolsa toca la humeante superficie del agua, tiñéndola con su alma de un suave toque ambarino. El camarero está en lo cierto, es un olor fino y embriagador que se abre camino hasta los bronquios, regando su interior con el agradable maná himalayo.

En esos momentos, un malhumorado camarero entra en la cafetería, intentando disimular su enfado con muy poca habilidad. El hombre recoge una copa que un cliente dejó posada en una mesa y se acerca al compañero de la barra para transmitirle su malestar. Mr. Harrison no entiende ni una palabra de lo que está diciendo.

Cuando, sin haberse explayado demasiado, el disgustado camarero se marcha a servir un par de copas a un matrimonio aristocrático que lee la prensa sentado en unas sillas de mimbre, Mr. Harrison le pregunta al barman por qué su compañero parece tan contrariado. No es que tampoco le importe demasiado, pero en vista de que el protocolo que siguen en el hotel es tan estricto que prohíbe al servicio dar conversación a la clientela, es él quien se anima a sacar un tema neutral que les permita intercambiar unas palabras. La verdad es que Mr. Harrison preferiría que no le tratasen como si fuesen sus mayordomos y dejasen de interesarse por sus vivencias con ese aire de confidencialidad fingida que tan bien saben emplear en los pubs londinenses. En ese sentido, Mr. Harrison echa de menos algunos lugares sin tanta reputación como este, pero más acogedores.

—Por lo visto, hay tres o cuatro granujas merodeando ahí fuera —le dice el camarero, secando con la bayeta las gotas caídas sobre la barra al preparar las últimas consumiciones—. Les ha dicho que se larguen o que saldrá con un palo a echarles. Si no se van pronto acabarán molestando a la clientela.

Mr. Harrison no entiende muy bien por qué se forma tanto revuelo entre los trabajadores del hotel por unos simples niños.

—¿Unos niños dice? —pregunta, tranquilo—. ¿De qué edad estamos hablando?

—Ha dicho que son cuatro parias de unos siete u ocho años.

—¿Parias?

Mr. Harrison cree recordar entonces que alguien utilizó ese término al hablarle de la sociedad hindú antes de comenzar su viaje. Se refería a los excluidos no aceptados dentro de ninguna de las castas establecidas, desprovistos incluso de su condición humana.

—Sí. Intocables. Cuídese de entrar en contacto con ellos. Son gente tan sucia como el agua de las cloacas, tanto por fuera como

por dentro —le aconseja el camarero, que parece tomarse totalmente en serio su drástica advertencia.

—¿Por dentro? ¿Cómo puede tener el alma sucia un niño?

—Por los pecados que ha cometido.

—Pero ¿qué pecados ha podido cometer a tan temprana edad? ¿Robar un par de piezas de fruta para llevárselas a su madre?

El hombre se acerca a Mr. Harrison al percatarse de que algunos clientes que pasan a su lado pueden escuchar la conversación y sentirse incómodos. Sabe de lo susceptibles que pueden llegar a ser los huéspedes del hotel.

—Usted no lo comprende, señor, porque usted no es de aquí —le dice francamente, aunque sin perder su entrenado tono educado—. El alma de un niño no ha nacido a la vez que su cuerpo, sino que viene heredada de vidas anteriores en las que ha ocupado otros cuerpos que al morir ha ido abandonando. Esos cuerpos pueden tener forma animal o humana, dependiendo del karma de ese individuo. Si alguien comete actos infames a lo largo de su vida, cuando sea juzgado por Iama, este le premiará o castigará proveyéndole de un nuevo cuerpo, ligado a una condición determinada.

—Viene a decir que somos lo que hacemos… Perdón, lo que hicimos.

—Más o menos. Nuestro cuerpo lo es todo para nosotros. Es como los demás nos ven y nos valoran.

—Por favor, háblame de esas castas que ha mencionado —le pide Mr. Harrison con el fin de refrescar su memoria.

—Los intocables se sitúan en lo más bajo, junto a insectos y otros seres repugnantes. Pero es consecuencia de sus propios actos, y por ello deben soportar el desprecio que se han ganado en el pasado. Por encima nos situamos la mayoría, formando las diferentes castas de acuerdo a una serie de principios y derechos. Los sacerdotes constituyen el último escalón antes de que el alma se libere del plano terrenal y se fusione con el *Brahman*.

—¿El *Brahman*?

—La absoluta divinidad que inunda el universo.

—Ah, entiendo.

—Lo que quería decir es que el alma de esos niños se ha contaminado con actos deleznables durante siglos, por eso ahora mismo está encerrada en el cuerpo de unos parias bribones, en lugar de mucho más cerca del nirvana. ¿Desea más té, señor?

—No, gracias, ya pensaba en irme —declina Mr. Harrison. El té estaba delicioso, pero no quiere que otra taza provoque que el

tiempo se le eche encima—. Entonces, según lo que me cuenta, esos niños llevan dentro almas contaminadas por las fechorías de sus ancestros.

—No sus ancestros. Seguían siendo ellos mismos, aunque se manifestaran de una forma diferente. Su alma puede haber pasado por el cuerpo de animales, o incluso plantas, antes de llegar a esa nueva manifestación terrenal.

—Es decir, que su exterior nos permite saber con certeza que su comportamiento en vidas pasadas no fue del todo correcto.

—Eso es —asiente el camarero—. El que un alma esté encerrada en el cuerpo de un intocable demuestra que está pagando por sus malos actos. Ellos son las únicas personas que no han salido del cuerpo de Brahma, el Creador, y su alma es impura por naturaleza. El contacto físico con ellos puede provocar que el alma de quien los toque se contamine como la suya. Y purificar un alma después es muy difícil y costoso.

Mr. Harrison no cree que alguien pueda manchar su alma de pecados con solo tocarle. Le suena a la excusa perfecta para justificar los pecados de uno mismo. «Ese chico me ha tocado. Si me reencarno en una lechuga es por su culpa», piensa, catalogándolo internamente de disparate.

—Señor, le veo a usted muy bien arreglado esta noche. Si va a salir le aconsejo que tenga cuidado, pues según a qué horas, caminar por estas calles solo y vestido de gala puede resultar peligroso. ¿Ha pedido un carromato?

—Pensaba ir andando.

—Es usted muy valiente, señor. Déjeme aconsejarle evitar el bazar, el Barrio de los Pensamientos y los alrededores del gran lago.

—Gracias, tendré cuidado —agradece Mr. Harrison, depositando una libra sobre la barra—. Quédese la vuelta.

En la calle sigue lloviznando, aunque de forma intermitente. Mr. Harrison abre su paraguas y empieza a caminar tratando de esquivar los charcos de mayor tamaño, pero hay zonas en las que el suelo en su totalidad está hundido bajo el agua y no hay más remedio que buscar otra ruta alternativa. O eso, o intentar cruzarlo intuyendo dónde se encuentran las partes menos profundas. Pero como empezar el recorrido saliéndose de las vías principales sería desoír demasiado pronto los consejos del camarero del hotel, Mr. Harrison se aventura a cruzar los charcos por donde cree que el nivel de agua no sobrepasará la altura de la suela de sus Barker.

Avanzar por las calles de Bhubaneswar a estas horas es algo muy especial para Mr. Harrison. Le encanta el aire exótico que fluye por

ellas, entremezclando el espíritu de los ríos, de las montañas y de los bosques que rodean la ciudad con los aromas a especias que emanan de los hogares que se las pueden permitir.

Los edificios de arenisca roja trazan unas calles estrechas por las que se podría atravesar la ciudad de norte a sur eligiendo cientos de caminos diferentes. A Mr. Harrison le resulta curioso que algunas ciudades, como esta, parezcan estar diseñadas para facilitar la huida de ladrones en plena persecución. «Tal vez las autoridades deleguen en el karma las acciones correctoras que deban aplicarse en cada caso», resuelve pragmáticamente el inglés.

El ambiente en estas calles es muy diferente entre el día y la noche. Mientras el dios Surya domina los cielos, la gente basa su vida en el comercio, que fundamenta la existencia misma de la ciudad. Los vendedores comercian con verduras, especias, telas y artesanía detrás de sus endebles tenderetes mientras la ciudadanía se aprovisiona con el poco dinero que tiene para poder sobrevivir un nuevo día. Por la noche, la actividad se traslada a mancebías donde las *madames* ofrecen el cuerpo de sus prostitutas a cambio de unas pocas monedas verdosas. Sus clientes deambulan borrachos de local en local, embotados como unas abejas a las que las primeras heladas del verano hayan cogido por sorpresa.

El resto es pura mendicidad.

Los intocables salen a la calle, aprovechando la ausencia de gente y luz, para camuflarse entre las ratas y hurgar en la basura hasta encontrar restos de comida que aún puedan ingerir. A veces, conseguir un trozo de pan mohoso es la diferencia entre sobrevivir una noche más o no lograr hacerlo. Pero son demasiados, y en medio de esa jauría de lobos hambrientos se hace indispensable la discreción. Si alguien ve a otro más débil con un bocado en la mano, no dudará en arrebatárselo por la fuerza, sin importar hasta dónde deba llegar para conseguirlo. Los límites los pone exclusivamente la resistencia de cada individuo.

Mr. Harrison observa desde la distancia sus cuerpos encorvados y escuálidos, agazapados entre las sombras pero alerta a los movimientos que se producen a su alrededor. Hasta ahora solo había visto mostrarse así a las presas más vulnerables en la naturaleza. O más bien, le recuerdan a un grupo de hienas devorando los restos de algún cadáver mientras tantean, desconfiadas, la llegada de otras hienas de mayor tamaño.

Mr. Harrison siente mucha pena al comprobar que entre ellos hay muchos niños de aspecto horrible, cubiertos por completo de roña y harapos. Seguramente guarden cierto parecido con los críos

a los que acusaba el camarero de rondar por las inmediaciones del hotel. Le parece una aberración no darles en toda su vida la oportunidad de salir de ese pozo de inmundicia en el que han tenido la mala suerte de caer antes de nacer. La gente acomodada debe sentirse muy tranquila sabiendo que nadie puede poner en peligro su bienestar. Para ellos no existe esa hiena mayor.

La zona que ahora atraviesa Mr. Harrison es uno de los cuadrantes más marginales de Bhubaneswar, un espacio ocupado por las clases más oprimidas entre los ya desfavorecidos. Afortunadamente, el trayecto desde el hotel hasta la mansión del gobernador solo atraviesa esa zona por una de sus esquinas, e incluso al contable le pareció posible bordearlo en su totalidad. Mr. Harrison considera sensato hacerlo así a la vuelta del teatro, cuando ya casi se haya alcanzado la medianoche y el lugar se vuelva demasiado impredecible. Pero a la ida ha preferido empaparse de la realidad social tal y como es.

Y no puede decir que se arrepienta de haberlo hecho. En poco tiempo ha dejado atrás la barriada, nadie le ha incomodado mientras transitaba por ella y ahora tiene argumentos más globales en los que basar su opinión cuando alguien le pregunte por la vida en la ciudad.

Según avanza hacia la parte alta de la urbe, Mr. Harrison observa edificios mejor rematados y calles más amplias y transitables. Incluso los templos siguen ese mismo patrón, y mejoran en tamaño y estado de conservación a cada paso que da. Es fácil comprobar que la ciudad no difiere demasiado en cuanto a estructura del resto de ciudades de la India, donde las castas superiores ocupan zonas rodeadas por tierras fértiles y con buena orientación, y las inferiores deben dejarse la piel intentando extraer algo comestible de terrenos yermos y resquebrajados. Mr. Harrison no imagina la opulencia del cuadrante de chatrias y brahmanes, situado al norte de la plaza donde se encuentra la casa del gobernador, si la progresión se mantiene constante hasta allí. Tal vez un día se acerque a darse una vuelta por ese lugar. Pero hoy tiene cosas más importantes que hacer.

Mientras se acicalaba en el hotel, Mr. Harrison se había dado cuenta de que la «cita» con la secretaria del gobernador no tenía por qué ser necesariamente una pérdida de tiempo. Es más, constituía la ocasión perfecta para sonsacarle cierta información que por otras vías resultaría muy complicada de obtener. La señora De Vellis conocía de maravilla a su jefe, no en vano era la única persona que convivía con él durante toda la jornada. El resto de empleados se

limitaban a cumplir con sus quehaceres y largarse, pero ella permanecía en el mismo edificio que él las veinticuatro horas del día. Mr. Harrison está seguro de que nunca han sido amantes ni nada parecido, pero apostaría lo que fuera a que en más de una ocasión ella le ha servido de confidente, de psicóloga personal con la que desahogar sus preocupaciones. Muchas de esas preocupaciones provendrían de su mala gestión administrativa, así que la señora De Vellis tendría acceso a una información privilegiada de primera mano. Al margen de eso, hay que contar también con lo que ella haya podido descubrir de manera más o menos intencionada por estar relacionada con los sucios negocios del gobernador.

Quince minutos después de haber dejado atrás el arrabal de pobreza extrema, Mr. Harrison llega a la casa-despacho del gobernador. La señora De Vellis no tarda en abrirle la puerta, antes de desaparecer de nuevo como un rayo por el pasillo. Mr. Harrison no ha tenido ocasión siquiera de verla.

—Buenas tardes —le dice a un pasillo vacío.

—¡Me queda un segundo nada más! —le avisa la secretaria a modo de saludo desde algún lugar del piso inferior—. ¡Siéntese y póngase cómodo!

—¡Quizá no debería entrar! ¡Tengo los zapatos llenos de barro! —le advierte Mr. Harrison desde el recibidor.

—¡No se preocupe, lo fregaré mañana antes de que se levante el señor Britton! —grita ella otra vez.

El dormitorio del gobernador se encuentra pegado a su despacho, en la primera planta del edificio y, madrugara lo que madrugara, este siempre encontraba a la señora De Vellis funcionando a pleno ritmo cuando se despertaba. Las habitaciones de ambos estaban separadas por una sala de lectura, un dormitorio y un aseo, de forma que ella podía evadirse de los ronquidos paquidérmicos del gobernador, y unas pocas horas de sueño le bastaban para recuperar su vitalidad.

Mr. Harrison sacude su paraguas apuntando hacia la calle y lo deja en el paragüero. Después sigue las indicaciones de la secretaria y toma asiento en una de las butacas de la sala de espera. Como intuía, ha dejado un rastro de barro en el suelo, lo que le hace sentirse bastante desconsiderado. Mr. Harrison no puede evitar preguntarse si acaso alguien como el gobernador necesita una recepción tan grande. «¿Cuánta gente puede venir a verle al mismo tiempo?». Imagina que alguno de sus predecesores en el cargo sí pudo ser alguien comprometido con sus funciones que se reuniese

con varias personas cada día, y él simplemente había heredado un edificio y un cargo que le quedaban bastante grandes.

Sobre una mesita central hay dispuestas varias publicaciones de escasa relevancia. Están impresas en inglés, pero Mr. Harrison no recuerda haber visto ninguna de ellas circulando por Gran Bretaña, y en su trabajo ha recorrido Inglaterra prácticamente entera. Incluso ha tenido que visitar Escocia y Gales en varias ocasiones. Supone que formarán parte de la prensa de las colonias. Mr. Harrison coge una de ellas y echa un rápido vistazo a su portada. Parece hacerse eco del recelo que suscita en algunos círculos aristocráticos la creciente expansión territorial de Estados Unidos por las islas del Pacífico.

—¡Ya estoy lista! —exclama la señora De Vellis, apareciendo de repente en la salita.

«Si algún día organizo un número de ilusionismo, contrataré a esta mujer. ¡Qué habilidad para materializarse de la nada!», piensa Mr. Harrison, con ciertas reservas sobre lo que supondría hacerla volver a desaparecer después.

Cuando Mr. Harrison alza la vista se sorprende al verla vestida de fiesta y maquillada, pues aparenta muchos menos años de los que presupuso al mediodía. La señora De Vellis se ha echado colorete y se ha pintado los labios de un tono rosa pastel muy sugerente. Pero lo que más llama la atención de Mr. Harrison es la fina y negra raya que se ha pintado en los ojos, a lo largo del párpado inferior y que reaviva la intensidad de su mirada. Su vestido también rebosa estilo, gracias al corpiño que reafirma sus pechos y a una falda vaporosa que cae sobre sus caderas como una catarata salvaje en mitad de la selva. Sus guantes largos hasta el codo aportan un toque de elegancia perfecto para la ocasión. Por si fuera poco, la mujer ha prescindido del penetrante perfume floral que siempre usa durante el día para ponerse en manos de un discreto y embaucador aroma a vainilla.

—¡Oh, señora De Vellis! ¡Cómo lamento no haber alquilado un carruaje!

Ella lanza una risita llena de picardía.

—No lo lamente, señor Harrison. El restaurante y el teatro están ambos muy cerca de aquí. Además, me apetece dar un paseo con usted. ¡Ah! —exclama como si lo que viniera fuese importante—. Y por favor, llámeme Margaret.

Al oír el nombre de pila de la señora De Vellis, Mr. Harrison siente una punzada en el corazón. «Margaret». Margaret Varley era el nombre de soltera de la mujer con quien se casó. Aunque sabe

que se trata de un nombre muy común, y ni por asomo su esposa era la propietaria del mismo, para él es casi como una palabra reservada. Tres sílabas prohibidas que jamás pronunciaría para referirse a otra persona.

—Lo siento, prefiero seguir llamándola señora De Vellis. ¿Le parece mal? —declara Mr. Harrison.

—Si no le gusta Margaret puede llamarme simplemente Maggie.

—¿Maggie?

—Sí. ¿Quizá es sinónimo de demasiada confianza?

—No, está bien —accede el inglés tras dudar unos instantes. La verdad es que tampoco puede descartar todo nombre o diminutivo que empiece por M—. ¿Me haría el honor, Maggie? —añade, arqueando su brazo para que ella pueda agarrarse a él.

—Será un placer, señor Harrison.

La lluvia tiene a bien respetar el trayecto hasta Le Palais Exquis, donde les han reservado una bonita mesa para dos, con candelabros dorados y un delicado centro floral. El restaurante preserva el ambiente francés de finales de siglo, heredando los rasgos más duraderos del rococó clásico, con diseños recargados llenos de color y fantasía. Es sorprendente encontrar un espacio de tales características en un país como la India.

Al verle maravillado, Margaret explica a Mr. Harrison que el restaurante fue el capricho de un rico empresario francés, y que desde el primer día ha tenido una gran aceptación entre los británicos, ávidos de sabores mediterráneos. En realidad, el local es un sitio muy pequeño, pero rezuma encanto por cada rincón y sin duda alguna contribuirá a engrandecer la velada.

El camarero que les asignan esta noche no tarda en atenderles. Es un joven francés con el pelo rasurado y exquisitos modales que les da la bienvenida y les ofrece suculentas posibilidades gastronómicas. Los dos aceptan sus sugerencias de buen grado y piden una botella de Château Mont-Redon para paladear sin prisas mientras preparan su comanda. Mr. Harrison consulta su reloj y comprueba el tiempo del que disponen para degustar los platos antes de la función. Margaret no puede evitar reparar en la foto de la mujer que guarda en su interior.

—Es un reloj maravilloso —opina ella.

—Gracias. Es un regalo muy importante para mí.

—¿Regalo de bodas?

Mr. Harrison la mira, sorprendido, por su audacia, pero entonces se da cuenta de que seguramente haya visto la foto y asiente con la cabeza. Obviamente, no tiene motivos para ocultarle que es viudo.

—Yo también estuve casada, ¿sabe? —explica Margaret, demostrando saber controlar la impertinencia—. Él era un retratista bastante habilidoso, pero entonces llegó la fotografía y perdió muchos encargos. Al final se entregó a la bebida y acabó flotando bocabajo en la bahía una madrugada.

A Mr. Harrison se le hace un nudo en el estómago.

—Lo siento mucho. Debió de ser una muerte horrible.

—Pues sí.

El camarero regresa con el vino, les muestra la etiqueta con la añada y cuando le dan el consentimiento, sirve dos copas con gran maestría. Mr. Harrison lo agita para apreciar sus aromas, lo prueba y asiente satisfecho con su calidad. El vino deja un regusto magnífico. El camarero recibe con agrado la buena aceptación y les deja la botella sobre la mesa.

—Pero no se preocupe. Por aquel entonces, mi marido ya tenía el hígado cirrótico. No hubiera aguantado mucho más.

Mr. Harrison se limita a asentir. No se atreve a juzgar a alguien basándose en tan poca información. Por otro lado, no sabe si la foto de su mujer puede haber sido la que provocase ese doloroso recuerdo. Si así fuese, sería comprensible que las fotografías despertasen en ella cierta aversión. También él aborrece todo cuanto le recuerda la muerte de su esposa.

A la confesión de Margaret le siguen un par de minutos de incómodo silencio, hasta que ella misma decide romperlo.

—Esa chica es muy afortunada, señor Harrison, y muy bonita también —añade. Mr. Harrison alza la vista del plato para ver a quién se refiere exactamente, pero Margaret le está mirando solamente a él—. Su mujer, digo. Es muy hermosa. Si me permite un consejo, trate de conservarla.

—Oh. Ella también falleció. Hace seis años. Un brote de tos ferina barrió buena parte de nuestra ciudad. Rara es la familia que no perdió al menos uno o dos miembros durante la epidemia. Las menos afortunadas desaparecieron por completo.

—Lo lamento profundamente —se compadece Margaret. Mr. Harrison puede ver reflejada en sus ojos la sinceridad que expresan sus labios y la premia con una sonrisa agradecida.

—Cambiemos de tema —propone Mr. Harrison. No le gusta abordar asuntos tan deprimentes en la mesa—. ¿Qué le ha llevado a trabajar con el señor Britton?

—Las ganas de aventura, supongo. Ese largo viaje hacia lo desconocido y todo lo que conllevaba —explica la señora De Vellis reviviendo las sensaciones que debió experimentar cuando se animó

a cambiar de aires—. Aunque debo reconocer que tras un tiempo aquí, me sigo sintiendo una inadaptada. La mayoría de los hombres con los que se relaciona el gobernador son unos hipócritas de los que conviene alejarse, aunque por temas de negocios entiendo que él quiera tratar con ellos.

—Es comprensible. Si yo tuviera que quedarme mucho tiempo en este país, acabaría enloqueciendo —coincide Mr. Harrison—. En su situación, encargándose de todos esos aburridos negocios del gobernador, no sé cómo todavía encuentra la motivación necesaria para levantarse por las mañanas.

El camarero sale de la cocina con dos humeantes platos hondos que no tarda en colocar frente a los comensales. Se trata de una bullabesa especial con sabrosos pescados locales que desprende un olor ciertamente tentador. El típico plato al que se van los ojos cuando lo pide alguien en la mesa de al lado.

—Tiene usted razón, señor Harrison. A menudo yo también me hago esa pregunta.

—Porque entiendo que serán asuntos que impliquen montones de papeleo administrativo. Algunas veces he tenido que pasarme noches enteras revisando una y otra vez, punto por punto, contratos interminables para descifrar dónde se encontraba el detalle ambiguo con el que jugar al despiste y burlar a la Administración.

—Bueno, no lo sé —dice la señora De Vellis, pensativa—. La verdad es que el señor Britton siempre ha tenido muy mala suerte para los negocios.

Ambos se conceden unos segundos para degustar su plato antes de proseguir conversando. Está delicioso. Si la cuenta no resultase demasiado cara al acabar, Mr. Harrison podría plantearse venir a este local a comer a diario.

—¿Quiere decir que lord Britton acostumbra a fracasar en sus empresas?

—Sí, eso me temo. Y no se le puede tachar de ser un hombre poco tenaz. Ha probado con negocios de todo tipo: textiles, ganaderos, agrícolas…, pero nunca ha tenido la fortuna de su lado. Incluso su último gran proyecto de arquitectura sacra no parece reportarle los beneficios esperados.

—Amo la arquitectura —admite Mr. Harrison posando la cuchara en el borde del plato—. Por favor, háble me de ese proyecto. Me gustaría conocerlo.

—¿No estaba riquísima esta sopa? —pregunta Margaret limpiándose con la servilleta la comisura de los labios—. ¿Cómo dijo el camarero que se llamaba?

—*Bouillabaisse*.

—¿Cree que resultará ordinario intentar pedirle la receta?

—Oh, no se moleste. Intentaré conseguírsela.

—Gracias, señor Harrison, es usted encantador.

—Por favor, llámeme Paul. Mr. Harrison es mi nombre profesional y ahora mismo estamos fuera de horas de trabajo —propone, levantando su copa de vino a modo de brindis.

—Muy bien, Paul —dice Margaret, alzando también su copa y dando otro pequeño sorbito. Al no estar acostumbrada a beber, el vino no ha tardado en despertar en ella un sentimiento de embriagadora euforia. El vino, y compartir mantel con un hombre tan irresistible como Mr. Harrison.

—Me decía que el gobernador había iniciado un proyecto de construcción de un edificio sacro sin muy buenas perspectivas de éxito, ¿no es así?

—Bueno, imagino que al empezar, el señor Britton no sabía que acarrearía pérdidas tan pronto —le escuda la señora De Vellis, quien parece estar acostumbrada a desempeñar ese rol.

—Sin duda —admite Mr. Harrison mientras rellena ambas copas —. Es sumamente complicado saber si un proyecto originará beneficios o pérdidas de antemano. «De ahí que no debería poder acceder cualquiera a cargos tan importantes como ese». ¿Se han detenido las obras por no poder hacer frente a los gastos?

—Ha habido pequeñas demoras y paros organizados por los trabajadores al no recibir su jornal —reconoce Margaret—. Pero son cosas habituales cuando hay que tratar con albañiles y todo se arregló siempre antes de que fuera a mayores.

—Parece que el gobernador está decidido a que esa iglesia se termine de construir a toda costa.

Mr. Harrison no olvida la elevada factura que había encontrado en la gabardina de lord Britton.

—Claro. Somos muchos los británicos que necesitamos edificios acondicionados para el culto religioso. Algunos templos han podido ser adaptados, pero no dejaban de ser soluciones parciales al problema.

Un apetitoso confit de pato con patatas y ciruelas despierta nuevamente la admiración del auditor por la comida francesa. El camarero les adelanta la incomparable sensación que produce en la boca la textura crujiente de la piel aderezada con la dulce salsa de ciruelas.

—¿Qué has hecho, Paul? Después de esta cena no podré volver a comer nada en este país —dice Margaret tras seguir las indicaciones

del camarero.

Mr. Harrison coincide con ella en que el plato es suculento.

—Es cierto. Si no puedes permitirte estos manjares a diario, lo mejor es no saber que existen. Probarlos incita a la reincidencia.

Un hombre vestido de gala se sienta discretamente frente a un Henri Herz que preside una de las esquinas del salón y empieza a tocar una delicada sonata para piano. Mr. Harrison no identifica la pieza y se pregunta si pertenecerá al propio compositor austriaco o a algunos de sus alumnos.

—¿Tiene algo que ver esa iglesia con un tal Maurice Dumont?

La señora De Vellis, que había empezado a escuchar con interés la bella melodía de piano, alza una ceja sorprendida de oír ese nombre de boca de alguien que acaba de arribar a la ciudad. No sabía que la relevancia del obispo llegara hasta tal punto.

—Pues sí. Monseñor Dumont es quien oficia las misas en ella y lo que es más llamativo ha sido quien desde hace un tiempo se ha hecho con la supervisión de las obras y toma las decisiones más importantes. ¿De qué conoce al padre Dumont, Paul?

—Oh, de nada. Todavía de nada.

Durante el postre, Paul y Margaret conversan sobre temas que van de lo banal a lo anecdótico, aunque ninguno de los dos puede decir que no disfrute con ello. Después continúan la velada según lo previsto, asistiendo a la representación de *El abanico de Lady Windermere*, una obra de infidelidades aristocráticas del recientemente fallecido Oscar Wilde. El teatro al que acuden es un antiguo almacén remodelado para albergar las necesidades recreativas de los colonos, mientras otras costumbres y deportes se instauran poco a poco en la región. A tenor del número de asistentes y el entusiasmo con el que jalean a los actores, la idea ha sido todo un acierto.

Al salir del teatro, los dos deciden retirarse a sus respectivos aposentos; ella a la mansión del gobernador y él a su habitación de hotel. Aunque el sexo es una tentación que sacude a ambos por igual, tanto uno como otro lo descartan de inmediato.

Durante el trayecto de vuelta departen sobre la función, a su juicio muy bien llevada a escena por la compañía y de lo mejor de entre el legado de comedias dejado por el dramaturgo irlandés.

Una vez llegados a la mansión del gobernador, la extraña pareja se despide cordialmente y se instan a volver a verse pronto, sin esperar necesariamente a una nueva visita de trabajo por parte de él.

—La programación del teatro incita a repetir, ciertamente —

apunta Mr. Harrison ojeando el folleto que al entrar les aguardaba en sus butacas.

—Señor Harrison.

—¿Sí?

—¿Cree que hacemos bien viéndonos?

—¿Cree usted que no lo hacemos?

La señora De Vellis no sabría qué decir.

—Dejemos que lo dicte el tiempo.

—Dejémoslo, pues.

De vuelta al Shangri-La, Mr. Harrison decide regresar sobre sus pasos y cruzar ese extremo apartado en el que los parias invaden de noche el terreno de los campesinos para buscar su sustento entre la basura. Aunque se ha sentido tentado a bordear el sector entero y transitar por vías más seguras, que de hecho era lo que había previsto hacer, al final ha podido más su buena voluntad.

Al llegar a la zona, constata que hay menos gente que antes, pero la que hay es igual de asustadiza. El británico nota sobre su espalda la mirada de varias docenas de ojos desde la oscuridad de los callejones, observando con cautela todos sus movimientos. Seguramente a ellos les resulte sospechoso ver a alguien como él paseando sin compañía por ese lugar a esas horas. Tal vez no le ataquen simplemente por el miedo a que sea un señuelo para hacerles salir de sus escondrijos. En cualquier caso, Mr. Harrison tiene la percepción de que le tienen más miedo a él que lo contrario.

Entonces saca del bolsillo de su chaqueta varios panecillos de leche que guardó durante la cena y los deposita en un montículo a la vista. Después se aleja calle abajo con la convicción de que esos panes no llegarán al alba y la satisfacción de devolver al mundo una parte de todo lo que él ha recibido esta noche.

Al llegar al hotel, Mr. Harrison decide alargar un poco más las celebraciones por el éxito de su velada y se dirige a la cafetería. Allí aún se encuentra el joven camarero que le atendió unas horas antes, agotando el último tramo de su turno antes de que alguien le releve para empezar a preparar los desayunos del día siguiente.

—Buenas noches, señor. ¿Ha ido bien la velada? —se interesa el muchacho.

—Fantásticamente, amigo.

—¿Desea otro té?

—No. Quiero otra cosa esta vez. ¿Tienes algún buen licor?

—Claro, señor. Tenemos los mejores orujos y aguardientes; también licores de frutas y hierbas —dice el muchacho, poniendo

un vaso para chupitos sobre la barra.

—Dame lo más fuerte que tengas —pide, envalentonado, Mr. Harrison.

—Lo más fuerte es esta absenta francesa, señor.

—Sí, muy apropiada para la ocasión —asiente Mr. Harrison, señalando con la cabeza el vaso.

El camarero llena el vaso de Mr. Harrison, quien nada más llevárselo a la boca nota cómo sus ritmos cardiacos se aceleran con el simple contacto de sus labios con el licor. El líquido se expande por su boca como un elixir sagrado, haciendo arder todo cuanto toca hasta caer por el esófago en plena combustión.

—Señor, es conveniente que tome tragos más pequeños —le aconseja el joven camarero.

—¿De veras? —cuestiona Mr. Harrison, preguntándose si es posible que un licor como ese haya sido ideado realmente para degustarse con calma.

Después de dos o tres sorbos insuficientemente espaciados en el tiempo, la figura del camarero pierde nitidez y comienza a oscilar ante sus ojos. Mr. Harrison se termina la copa, y aún se toma otra antes de decidir retirarse a su habitación, en buena medida siguiendo los expertos consejos del muchacho.

Nada más entrar en la habitación, y tras haber sufrido lo indecible para encajar la llave en la cerradura de la puerta, Mr. Harrison cae rendido sobre su cama. La noche no ha ido mal después de todo, aunque su cabeza aún da vueltas por el duradero efecto del licor. Entonces, y sin poder desvestirse siquiera, Mr. Harrison se duerme profundamente hasta la mañana siguiente.

Cuando recupera la consciencia, Mr. Harrison siente que la cabeza le va a estallar. Las palpitaciones le golpean las sienes como un martillo de plomo y la claridad de la habitación parece capaz de derretir sus globos oculares en el justo momento en que separe sus párpados.

Después de un largo rato en el que desea morirse varias veces, Mr. Harrison termina por abrir un ojo lo suficiente como para situarse en un marco espacio-temporal conocido. Así, redescubre las paredes de la habitación del hotel, con sus horribles cuadros del Támesis lleno de puentes y embarcaciones. Parece que en aquel rincón del mundo alguien había considerado bonito aquel espantoso paraje del Londres más industrializado.

No sin esfuerzo, atina a situar su reloj de bolsillo frente a su línea de visión, a la distancia necesaria para poder enfocar las agujas del mismo, las cuales señalan las dos del mediodía. Entonces

resopla al descubrir que ha desperdiciado toda la mañana dormitando. Pero lejos de espabilarse y saltar de la cama, el contable inglés sufre un nuevo desvanecimiento de carácter irreversible.

Lo último que Mr. Harrison puede ver a través de su enrojecido y único ojo operativo es el vacío que ocupa el lugar sobre la cómoda donde la noche anterior había dejado el libro contable y el resto de documentos del gobernador. Mr. Harrison resopla, contrariado, y entierra su cara en la almohada antes de volver a quedarse irremediablemente dormido.

1. *Si no fuera para él una quimera*

Nagesh no tiene ninguna duda: la noche ha sido fría y húmeda, pero pronto el aire proveniente de la gran meseta hará que las temperaturas suban, dando lugar a los primeros bancos de niebla. Cuando llegue la noche, Shalim y él dispondrán de un camuflaje ambiental perfecto que posibilitará su huida.

Lo cierto es que Nagesh no pensaba que tardaría tan poco en producirse esta situación, pero en vista de que así ha sido, no piensa desaprovecharla. Ya ni siquiera se acuerda de cuántos días lleva encerrado en el valle, y la ansiedad por reencontrarse con Shefali y comprobar que está bien pronto va a volverle loco. Necesita saber que aquella maldita estrella había desaparecido por error y que nada tenía que ver con su mujer. Después de todo, era ella quien la había elegido, ¿por qué diantres iban a estar relacionadas? Lo de utilizar astros luminosos para comunicarse entre ellos había sido una ocurrencia romántica que en algún momento había tenido Shefali, pero que seguramente no se correspondiese con ningún fundamento científico. Nagesh, al menos, no había leído nada al respecto en los libros de astronomía que había en la biblioteca de la abadía.

Con la mirada todavía puesta en las cumbres, se quita sus zapatos y los deja a un lado. Al margen de que odia correr, y no entiende muy bien para qué les obligan a hacerlo tan a menudo, prefiere hacerlo descalzo. Pero, le guste o no, lo que es innegable es que gracias a las interminables marchas alrededor de los dominios de sir Sheercliff, ha vuelto a adquirir el conocimiento del terreno necesario para desplazarse sin riesgo a perderse. Podría decirse que se encuentra en una situación similar a cuando estaba en el anterior campamento dispuesto a fugarse, pero ahora es mucho más fuerte, más rápido y más listo. Quizá ni el cacique ni el maestro se hayan dado cuenta del impacto negativo que su instrucción podría tener, pero ellos son los primeros responsables de ese progreso del que ahora él se puede beneficiar. Está claro que ambos jugaban con la baza de contar con jóvenes que *a priori* no tenían ningún interés en largarse, bien porque nadie les esperaba fuera, bien porque lo que les aguardaba fuese una condena; pero con Nagesh no refinaron lo suficiente su plan.

Hoy nadie, ni siquiera el padre Nikolaus, les ha puesto al corriente del estado de salud del cacique. De hecho, no han vuelto a ver al sacerdote desde que ayer por la mañana se acercó junto a ellos hasta la cama de Umed en busca de sus plantas medicinales. Nagesh supone que se habrá ido corriendo al pueblo en busca de alguna cura más convencional. Desconoce si en Sambalpur hay tantos curanderos como en la vieja Bhubaneswar, pero de no ser así, y todo parece indicarlo, el cacique tendrá serias dificultades para salir adelante. Las mordeduras de los animales son algo peligroso, en función de cuál sea el animal, claro está. El padre Nikolaus les había comentado que se la había infringido un gran felino. Tal vez le hubiese arrancado un trozo de carne bastante importante, o incluso puede que le hubiese llegado a amputar un brazo o una pierna. El abanico de posibilidades era muy amplio, pero no cabía duda de que el asunto revestía gravedad. Tal es así que el maestro Harjeet tampoco había hecho acto de presencia esta mañana, siendo Madhul quien les había ordenado repetir la marcha del día anterior. Al oírlo, Nagesh casi no había podido contener la euforia. Era la ocasión perfecta, y parecía que todo se estuviese alineando para hacérselo saber.

Ligeramente más tarde esta vez, y tras haber dado una vuelta menos al circuito, los muchachos reciben la orden de detenerse en el mismo lugar cercano a la charca de aguas peligrosas. Kamal les está esperando en el punto de control, tumbado a la sombra de un árbol y viendo pasar las nubes por el cielo.

—Os quedan dos vueltas más —les recuerda el guardia, levantándose para poder contar mejor a los presentes.

Ninguno de los muchachos tiene intención de añadir nada. Saben de sobra lo que tienen todavía que correr sin que se lo repitan cada vez que se paran a descansar. Prefieren emplear su tiempo en buscar rápidamente una sombra en la que relajar sus músculos y tomar un poco de agua. Hoy Nagesh está igualmente sediento, pero de ningún modo va a cometer el mismo error. Tras los árboles se vislumbra la charca de donde tomó la mala decisión de beber, la charca que será el punto de partida del que dé comienzo su ansiada evasión.

Desde el camino se oyen las ranas croar tomando el sol en la orilla, lo que da a entender que no tienen a nadie cerca. Nagesh espera a que el guardia le haya computado, para colarse una vez más entre los árboles y arribar a la pequeña laguna. Ahora que sabe el secreto que esconden sus aguas, encuentra absurda la temeridad de haberlas ingerido sin precaución, y se consuela pensando que al

menos está vivo para contarlo.

El muchacho espera a que arrecien las voces de sus compañeros y lanza un gritó a pleno pulmón. Como esperaba, logra atraer la atención de todos, incluida la de Kamal, quien se acerca corriendo entre la maleza a ver qué sucede.

—¡Oye! ¡¿Qué estás haciendo tú ahí?! —exclama al ver a Nagesh tirado en el suelo con cara de asustado.

—¡Allí! —grita el chico, señalando a la espesura del bosque.

—¿Qué? ¡¿Qué?! —protesta el guardia—. Yo no veo nada.

—¡Un… un oso negro!

—¿Un oso?

—Estaba agachado, bebiendo un poco de agua de la charca, cuando noté su presencia. Menos mal que lo vi y grité, y eso pareció asustarle.

—No me digas…

Nagesh sabe que no es la primera vez que un oso desciende de las zonas boscosas más elevadas y termina merodeando por el pueblo, aterrando a toda la población. Sería posible que uno de ellos hubiese encontrado una apertura en la verja y se hubiese colado en la finca.

El guardia se pone de puntillas y otea por encima de la vegetación con el rifle preparado para una posible intervención, pero no ve a ningún oso.

—Parece que tu amigo el oso se ha ido —dice Kamal—. Anda, vuelve al grupo. Y no bebas de estas charcas, idiota. ¿No sabes que el agua estancada provoca diarreas?

—Lo siento, no lo sabía —se disculpa Nagesh, mientras se levanta del suelo—. Espero que no me pase nada entonces.

—Si no te es suficiente con el agua que te dan por la mañana, aprende a administrarla mejor —le sugiere el guardia.

—Olvidé mi pellejo en el barracón y no quería menguar las reservas de mis compañeros.

—¡Oh, vaya, qué buen corazón! —exclama Kamal, antes de sacudir la cabeza—. Estos chicos son tontos de remate…

Mientras Nagesh regresa con el grupo, alza la vista al cielo y observa con satisfacción la bruma que empieza a formarse en lo alto de las montañas.

—Ten, Umed, tómate también mi plato —dice Nagesh, acercando su cena hacia su compañero—. Tengo entendido que te encantan las patatas cocidas.

—¡Vaya, gracias! Sí, a Umed le encantan las patatas cocidas.

—Esa suerte tienes, amigo —opina Shalim—. Por cierto, no me

voy a comer mi guayaba, toda tuya también.

—¡¿Qué?! ¡Umed va a explotar! —exclama, feliz, el muchacho, que pese a sus temores, come con increíble placer.

—Tal vez la muerte haya sido un castigo excesivo, pero no puedo decir que eche de menos a Gagan —admite Aniket.

—Ninguno de nosotros lo hace —añade Shalim, mirando a los chicos con los que el muchacho solía sentarse—. Ni siquiera los que presumían de ser sus amigos.

En verdad, desde que Gagan no está con ellos, la situación en el grupo se ha tranquilizado. Los que le apoyaban han perdido el interés por Shalim y no han vuelto a acusarle de chivato.

—Muchos buenos chicos han muerto aquí antes que Gagan —recuerda Nagesh—. Si no hubieses actuado a tiempo, ahora sería Umed el que estaría enterrado detrás de los barracones.

—Eso es verdad. Aunque en realidad no es a mí a quien Umed tiene que agradecerle el seguir con vida —reconoce el Caminante—. Por cierto, ¿sabéis dónde está Narayan? No se le ha vuelto a ver desde que le arrestaron.

—¿Quién sabe? Aquí la gente aparece y desaparece de repente sin dejar el menor rastro. Tal vez le hayan despedido.

—Tal vez. Pero también creíamos eso de los veteranos y, mira por dónde, al final nos los hemos encontrado más tarde.

—¿Creéis que existe una especie de mazmorra debajo de la casa de sir Sheercliff? —pregunta Umed, aparentemente fascinado ante tal posibilidad.

—No lo creo —descarta Nagesh, aunque bien es cierto que ve al inglés perfectamente capaz de tenerla—. Oye, Aniket, necesito que me hagas un gran favor.

—Dime. Si puedo ayudarte…

—Quiero que Umed y tú nos dejéis vuestras literas a Shalim y a mí. Bastará con que sea solo por esta noche.

—Claro, cuenta con ello. ¿Necesitas estar otra vez más cerca de las letrinas? —pregunta, riendo.

—No exactamente —responde Nagesh con astucia. Es momento de dar un nuevo paso hacia delante con su plan—. Umed, quiero que esta noche te tumbes y te tapes completamente con la manta, ¿de acuerdo? Cuando el guardia llegue y te pregunte, sea lo que sea, no te destapes la cara y responde solo con gruñidos. ¿Entiendes?

—Umed pasará mucho calor.

—No te preocupes, Umed. Por la noche va a hacer frío, así que no te sobrará la manta. ¿Harías eso por mí?

Umed se encoge de hombros y afirma con la cabeza, accediendo a su petición, aunque no tiene muy claro el sentido de todo eso. En cualquier caso, como tampoco es algo que le preocupe en exceso, en seguida se olvida del tema y se concentra en finiquitar su segunda ración de postre.

—¿Es que vais a escapar? —murmura Aniket, presintiendo sus intenciones.

—Lo intentaremos… —comienza a decir Shalim.

—Lo haremos —le corta Nagesh con determinación.

Aniket mira su pierna coja tratando de imaginar cómo sonaría esa idea en su cabeza si no fuera para él una quimera.

—Creo que estáis locos, pero os deseo toda la suerte del mundo. Ahora podréis ser mercenarios a sueldo y ganar mucho dinero.

—Bueno, no es exactamente eso a lo que quiero dedicarme —afirma Shalim, sin entrar a desvelar más detalles.

Cuando llegan al barracón, Nagesh acompaña a Aniket y a Umed hasta su litera, sabiendo que tal vez esta sea la última vez que les vea. Es extraño, pero aunque por un lado están las enormes ganas de irse, por otro siente que una parte importante de él va a quedarse con esos chicos. Han sido su familia durante unos meses, y de la familia nunca es fácil despedirse. Son sentimientos mucho más intensos que los que pudo sentir cuando se fue de la abadía. Allí dejó a algunas personas con las que se llevaba bien, pero ni siquiera con Anuj, con el que más había tratado y más afín era en su percepción de la vida, había establecido unos vínculos tan estrechos. Quizá compartir el sufrimiento cree entre los hombres lazos más fuertes que una vida apacible y sosegada.

—Espero que estéis cómodos en nuestras camas —les dice Nagesh.

—Créeme, si me obligaran a dormir en una litera que no fuese la mía, la tuya o la de Shalim serían las primeras que escogería.

—Umed está lleeeeeeeeeno de comida esta noche —dice, dándose unas palmaditas sobre su hinchada tripa. Umed es de los que más sufren durante el entrenamiento físico, pero es capaz de olvidar cualquier aflicción cuando se le pone un plato delante.

—Eso es buena señal —observa Nagesh, sonriendo—. Una última cosa, Umed. ¿Has jugado alguna vez a meterte la mano entera en la boca?

—¿La mano entera? —pregunta Umed, entre curioso y confuso. No es desconocido para nadie que a Umed le encantan los juegos, y así lo ha hecho él constar en múltiples ocasiones—. No, pero me encantan los juegos. ¿Cómo tendría que hacerlo?

—Pues muy fácil: extiendes la mano, con los dedos hacia delante. Si consigues meterla en la boca hasta la muñeca, ganas.

—¿Qué clase de ridículo juego es ese? —pregunta Aniket, echándose sobre la cama. Pero Nagesh le hace un gesto para que confíe en él.

Umed mira la longitud de su mano y en seguida aprecia la dificultad del desafío, pero como por intentarlo no pierde nada, abre todo lo que puede la boca e introduce sus dedos en ella. Pronto sus yemas entran en contacto con la úvula, provocándole una arcada que arroja parte de la cena sobre su camisón y el colchón.

—¡Oh, vaya! —exclama, decepcionado, el muchacho—. ¿He perdido?

—Sí, has perdido. Pero no te preocupes, es un juego muy difícil y las primeras veces cuesta lograrlo —le consuela Nagesh—. Mañana podrás intentarlo de nuevo.

—¡Menos mal!

—Bueno, que durmáis bien. Y no olvides taparte del todo para no tener frío.

—Descuida, Nagesh —dice Umed, cubriéndose inmediatamente hasta la coronilla—. Umed no lo olvidará.

—Sigo sin entender el sentido de ese juego, pero bueno, vosotros sabréis. Espero que tengáis mucha suerte con lo que sea que os traigáis entre manos —les desea una vez más Aniket.

Desde una litera contigua, Shaana les mira presa de una profunda melancolía. Si Nagesh siente pena al irse, lo que la chica experimenta es una aflicción difícilmente descriptible con palabras. Hace un par de días perdió a Narayan, que nadie sabe dónde está, y ahora ve marchar a sus dos mejores amigos. Dos chicos que llegaron a la plantación junto a ella, que compartieron peligros y aventuras durante el viaje, y que trabajaron codo con codo a su lado, recogiendo esas estúpidas hojas de té. También supieron protegerla cuando se vio en apuros y ayudarla a recuperar la autoestima. Aunque haya aprendido a cuidar mucho mejor de sí misma y pronto acuda alguien a rescatarles, los días que se presentan por delante no serán fáciles.

Nagesh y Shalim se dirigen a las literas de la entrada, donde se tumban dando la espalda a la puerta principal, y esperan al apagado de las luces. Cuando este se produce y el barracón queda a oscuras, Nagesh aguarda pacientemente un par de horas para asegurarse de que todos duermen. Entonces se incorpora de la cama y saca de debajo de la almohada las piedras que recogió en el bosque. Nagesh las tantea para quedarse con la más pesada y, tras calcular

mentalmente la trayectoria correcta, la lanza con todas sus fuerzas hacia una ventana lejana. La piedra se estrella con brusquedad sobre la pared con un golpe seco y grave, antes de caer al suelo. «¡Maldita sea!».

—Nagesh, tranquilo —susurra Shalim.

Errado el primer lanzamiento, ya no hay marcha atrás y el tiempo se convierte en algo crítico, así que selecciona el segundo proyectil y lo dispara con más fuerza aún, impactando, esta vez sí, contra el cristal de la ventana. Los restos de vidrio quebrado caen con estruendo sobre el suelo, despertando a sus somnolientos compañeros de barracón.

Entonces la puerta exterior se abre y de fuera entran corriendo Kamal y Madhul, visiblemente enrabietados. El primero levanta el interruptor y el barracón se ilumina de repente, ante los gruñidos de enfado de sus ocupantes, que notan arder sus ojos por el duro contraste lumínico. Los guardias recorren el pasillo mirando a ambos lados hasta llegar a la altura de la ventana rota.

—¡¿Pero qué demonios…?!

—Alguien la ha roto, mira esa piedra —señala Madhul.

Kamal se agacha para recoger el primer proyectil y revisar los cortantes trozos del suelo.

—Hay que limpiar esto pronto, antes de que nadie pueda guardarse un trozo y usarlo como un arma. Trae una escoba.

Madhul protesta sin demasiada convicción y se dirige al cobertizo, cuando al pasar por las primeras camas se percata de que están vacías.

—¡Mierda! —exclama el guardia—. ¡¡Kamal, tienes que ver esto!!

Algunos chicos en el barracón empiezan a cuchichear por lo bajo, incrementando poco a poco el ruido del ambiente. Kamal se incorpora y mira a su compañero.

—¿Qué sucede…? ¿Se han escapado dos?

—¡Eso parece!

—¡Jodidos bastardos! ¿De quiénes son la uno y la dos?

—Umed y Aniket, creo que se llaman —responde Madhul.

—Increíble. De todos los idiotas que podían fugarse, van y lo hacen el cojo y el tardo.

El guardia se acerca, molesto, a la cama de Nagesh, donde, tal y como le habían pedido, Umed permanece cubierto totalmente con la manta. Kamal le da unos golpecitos con la punta del fusil para que le atienda.

—¿Has visto? Parece que después de todo no eres el más listo

del lugar.

Umed recuerda las instrucciones de Nagesh y responde con un gruñido.

—¿Qué pasa? ¿Te asusta la luz?

Kamal se dispone a destapar al muchacho, pero justo antes de tirar de la manta hacia atrás se detiene.

—¿Pero qué narices es ese olor? —pregunta el guardia al percibir el agrio hedor que emana de la cama—. ¿Has vomitado?

Umed lanza un largo gruñido.

—Ya te dije que no era buena idea beber del agua estancada, estúpido. Ahora ya ves que tenía razón. Espero que hayas aprendido la lección o la próxima vez tu malestar vendrá acompañado de una reprimenda. A ver si os enteráis de que enfermos no nos servís para nada.

Umed gruñe una vez más. Le parece divertido, aunque no entiende por qué el guardia le dice esas cosas. Asqueado, Kamal opta por alejarse de él y comprobar si el resto de muchachos están en sus literas.

—Ese par de idiotas no pueden llegar lejos —dice, al llegar a la altura de su compañero—. Uno no sabría orientarse ni de día, como para hacerlo durante la noche, y con niebla. El otro va arrastrando la pierna. Mañana al amanecer daremos parte de lo sucedido a sir Sheercliff; no creo que debamos molestarle a estas horas. Así esos dos desgraciados gozarán de unas horas de esperanza antes de que les cojamos. Les traeremos de vuelta justo antes del entrenamiento, y como les vea desfallecer les voy a dejar bonita la espalda.

—Tendremos que cambiar el turno para poder repetir dos días seguidos.

—Cierto. ¿A quién le toca mañana?

—Creo que a Srinivas.

—Genial —resopla Kamal—. Venga, termina de barrer aquellos cristales y vámonos. ¡Los demás, cerrad el pico y volved a dormiros! ¡Si alguien trata de hacer una nueva estupidez esta noche sabrá lo que es bueno!

1. *Entre los martilleos y golpes de cincel*

Mr. Harrison se encuentra tomando un té como único y fuera de hora desayuno en la cafetería del hospedaje. Su aspecto recuerda al que tendría de haber sido atropellado por el expreso de medianoche. Mientras bebe, no deja de pensar que se ha metido en un buen lío extraviando la documentación del gobernador, aun admitiendo que en realidad esta haya sido sustraída de su cuarto. Lo peor de todo es que está seguro de que en esos papeles había suficientes pruebas para enjuiciar al gobernador por malversación de fondos y deslealtad a la Corona, y ahora, no solo se han perdido, sino que además el propio gobernador podría inculparle a él de negligencia en la manipulación de documentación relevante. Mr. Harrison está seguro de que alguien le ha robado el libro y los papeles. Lo que no puede asegurar es si cuando llegó de madrugada a su habitación todo seguía en su sitio, ni si por aquel entonces la ventana del balcón estaba ya abierta. ¿Se la habría dejado abierta antes de irse? No se acordaba. No podía saber a ciencia cierta si el robo había ocurrido con él dentro de la habitación o mientras se encontraba fuera.

Una vez aceptado el hurto, ¿quién podría estar interesado en que no revisase esas cuentas sino el propio gobernador? Parece la posibilidad más plausible que él mismo, habiendo cumplido con su obligación de proporcionarle los documentos sin rechistar, fuera quien se hubiese colado posteriormente en su habitación para requisarlos en su ausencia. El gobernador se había interesado por su lugar de alojamiento y conocía sus planes de citarse con la señora De Vellis, por lo que sabía el dónde y el cuándo poder actuar con seguridad. Lo más difícil para Mr. Harrison es creer que lord Britton sea capaz de arriesgarse a ser visto asaltando una habitación de hotel ajena. Si hubiese sido pescado infraganti durante el robo, hubiera visto terminada su carrera política inmediatamente; aunque, sin haber visto el contenido de sus papeles, Mr. Harrison no podría descartar que no valiese la pena jugársela de ese modo.

También cabe la posibilidad de que el trabajo hubiera sido encargado a una tercera persona. Unas cuantas rupias podrían ser suficiente acicate para la gran mayoría de la población de la ciudad,

incluso para el personal del hotel. El camarero que le atendió anoche no parecía merecer su desconfianza, pues cuidó de que no tomase más licor del que su organismo parecía poder asimilar. Mr. Harrison no quiere ni pensar en qué estado habría acabado de no haber sido por él. Tampoco el camarero que hoy atiende tras la barra parece ser un mal tipo. Puede que alguna encargada de la limpieza o algún botones con acceso a las habitaciones hubieran sustraído la montaña de papeles a petición expresa del propio gobernador. Si era tan descuidado con las propinas como con los gastos de dinero público, entendería la predisposición de algunos empleados del hotel a realizarle ese tipo de favores.

De todos modos, aunque solo sea por cautela, tampoco hay que apartar la hipótesis de que el gobernador no tenga nada que ver con el robo y todo se trate de una simple coincidencia. Alguien entró en la habitación buscando objetos de interés y se llevó los papeles por simple curiosidad, o para examinarlos con más detalle por si contuvieran información valiosa que pudiese convertirse en dinero. Le parece poco probable, pero Mr. Harrison no quiere descartar ninguna rama de investigación hasta que tenga algún indicio sólido al que agarrarse.

Sea como fuere, el auditor se encuentra en una situación mucho peor que a su llegada a Bhubaneswar. Mr. Harrison da por extraviados definitivamente los documentos, y durante los días en los que pueda mantener oculto este hecho, solo le vale aferrarse a la única pista que tiene. El único extremo de la madeja desde el que podía comenzar a tirar: el recibo de la cantera a nombre de Maurice Dumont.

Sin embargo, a Mr. Harrison no le parece buena idea presentarse en la iglesia al día siguiente de haber estado reunido con el gobernador y empezar a hacer preguntas inoportunas. Necesita tomarse las cosas con un poco más de calma. Entonces resuelve que una primera visita a las obras serviría para romper el hielo y darse a conocer entre la representación clerical de la ciudad.

Mr. Harrison apura su taza de té con el propósito de salir a la calle con algo caliente dentro del cuerpo, pese a sentir su estómago cerrado aún a cal y canto como reprimenda por todo lo que le hizo padecer la noche anterior.

Afuera, el suelo está más embarrado que de costumbre por culpa de una madrugada de continuas precipitaciones, pero en estos momentos el cielo se abstiene de cualquier amenaza y la situación parece tender a mejor. Mr. Harrison se abrocha uno a uno los botones de su gabardina y pone rumbo a la iglesia de monseñor

Dumont.

Las obras de la iglesia muestran un estado muy avanzado, a juicio de Mr. Harrison. Son al menos cinco albañiles los que ve caminando por los aledaños transportando carretillas de argamasa y pequeños bloques de granito, más otros cuantos trabajando en lo alto de los muros laterales de la nave y el ábside. A nivel del suelo, dos capataces comentan unos planos mientras hacen indicaciones a sus subordinados sobre cómo deben proceder. Mr. Harrison supone que los obreros estarán rematando el tejado, pues entiende que el edificio habrá estado mayormente cubierto si se han celebrado en él oficios religiosos durante la estación de los monzones.

Entonces echa un vistazo por encima a la pétrea construcción. Aunque sea una iglesia que no destaque especialmente por su tamaño, sí lo hace por su aspecto. Para empezar, se encuentra rodeada de edificios de arquitectura clásica *oriya*, con los que estructuralmente hablando comparte muy poco o nada. Eso produce un efecto muy llamativo en el viandante, que ni por asomo espera encontrarse con un templo de tales características al doblar la esquina.

Desde el punto de vista conceptual, la iglesia pretende recrear el estilo neobizantino que tanto se está extendiendo por las islas británicas, con una nave ancha y un elevado campanario que pueda competir en altura con el gran *rekha deul* del templo de Lingaraja. Quien haya diseñado el edificio ha querido hacerlo visible desde una distancia más que considerable. La cornisa reposa sobre canecillos esculpidos en la piedra representando personajes grotescos en posturas imposibles. Probablemente respondan a peticiones del obispo que le permitan rememorar el estilo parisino con el que convivió en su infancia.

Mr. Harrison bordea la nave buscando la puerta de la sacristía. Las pequeñas hierbas trepadoras apenas se separan un palmo del suelo, lo que parece indicar que las obras se han venido realizando a un ritmo meteórico.

Cuando da con ella, Mr. Harrison llama varias veces golpeando con el picaporte, pero nadie responde desde el interior. El auditor consulta su reloj de pulsera. No es hora de misa, así que seguramente el obispo habrá salido a atender algún recado, aunque no ha dejado ningún aviso en la puerta que así lo constate. Está claro que no a todo el mundo le gusta dar explicaciones sobre lo que está haciendo en cada momento. El supervisor decide volver sobre sus pasos y entrar en la iglesia para comprobar su estado de construcción desde todas las perspectivas posibles. Tal vez allí

alguien pueda decirle cuándo regresará el padre Dumont.

En el interior del templo varios artistas definen con sumo cuidado los mosaicos de las bovedillas laterales mientras los escultores trabajan en los adornos de las columnas principales. Entre ellos, unos cuantos feligreses oran sentados en unos bancos cubiertos de polvo de piedra, probablemente haciendo serios esfuerzos para escuchar a Dios entre los martilleos y golpes de cincel que se propagan por la enorme campana de resonancia que constituye la nave. Algunos otros fieles se arrodillan en los confesionales buscando el sacramento de la penitencia para unos pecados normalmente relacionados con robos e infidelidades que al salir de la iglesia volverán a cometer. La flexibilidad del perdón cristiano es una de los aspectos que más aprecian los hindúes conversos de la ciudad, que hasta el momento están encantados con ese tipo de bondades ligadas a su nueva religión.

Mr. Harrison considera una buena oportunidad aprovechar su visita a la iglesia para poner al día su moralidad y de paso arrepentirse ante Dios por su comportamiento de ayer. La mente despejada le concede una nueva perspectiva de su cita con la señora De Vellis y le cuesta pensar en los mismos términos que la noche anterior, cuando el vino regaba su garganta y el brillo de los cristales de Bohemia cegaba su razón. Todo cuanto ocurrió, y más aún, lo que faltó poco para que ocurriera, le parece ahora una ofensa gravísima hacia su difunta mujer. No debería aprovechar su ausencia para yacer con otra mujer guiado únicamente por un impulso carnal, superficial y perecedero. Está seguro de que algo así no volverá a suceder, pero necesita hacer las paces consigo mismo antes de verse de nuevo frente a una situación parecida.

El auditor espera pacientemente a que un confesional quede libre y se postra de rodillas frente a él.

—Ave María Purísima —pronuncia el sacerdote detrás de la rejilla de madera al notar la presencia de un feligrés tras ella.

—Sin pecado concebida —contesta formalmente Mr. Harrison—. Bendígame, padre, porque he pecado de tentación lujuriosa con una mujer que no era mi esposa.

Al escuchar sus propias palabras, Mr. Harrison nota cómo todo el peso de la culpa cae a plomo sobre sus hombros. Puede sentir la gélida mirada de su confesor a través de la rejilla, condenándole al infierno sin la más mínima posibilidad de redención.

—Hijo, lo que dices es muy grave. ¿Cómo ha sido?

—No hemos llegado a besarnos, padre, pero he de asumir avergonzado que mis impulsos bien me apremiaban a ello. —Mr.

Harrison hace una pausa—. Aún mantengo el luto por mi mujer y este repentino brote sentimental hace que mi conciencia me estrangule como la soga de un ahorcado.

El sacerdote reflexiona durante unos instantes sobre el sentimiento de autocrítica del hombre. Está tan cansado de escuchar una y otra vez la misma cantilena de boca de miserables incapaces de sujetar sus instintos, que le resulta sumamente pesado no interrumpirles. De hecho, puede que el único motivo por el que no lo haga es que, a fin de cuentas, esa sensación de culpa no le resulta del todo desconocida.

—¿Cuántos años hace que falleció su mujer?

—Media docena, padre.

—¿Y desde su última confesión?

—Alrededor de un mes, en la capilla del carguero que me trajo desde Gran Bretaña, poco antes de tomar tierra.

—La lujuria es una falta muy grave y la debilidad carnal que la acompaña una de las mayores lacras de la humanidad. El demonio nos observa muy de cerca para aprovechar esos momentos decadentes en los que nos olvidamos de nuestros deberes cristianos. Sin embargo, has demostrado ser un hombre fuerte al reconocer tu error y atreverte a confesarlo. —El sacerdote concede unos segundos al penitente para asimilar lo que acaba de decirle antes de comunicarle su veredicto. Es algo que gusta de hacer habitualmente. Le aporta un extra de solemnidad que le diferencia del resto de religiosos—. Un padrenuestro y dos avemarías servirán para ser perdonado esta vez. Nadie está libre de poder ser apresado por la tentación en un episodio de debilidad. Pero debes dejar de verte con esa mujer o mancillarás por segunda vez la memoria de tu esposa y la culpa que asaltará de nuevo tu conciencia tendrá más difícil absolución.

—Gracias, padre. Eso haré.

Para acabar, el sacerdote pronuncia una breve oración que reconcilie el alma del confesante con el Todopoderoso y le permite ir en paz.

—Amén —concluye Mr. Harrison, sintiéndose desde ese mismo instante más aliviado—. Padre, una última cosa.

—Claro, hijo mío.

—Quisiera solicitar audiencia con el señor obispo. ¿Sabe cuándo podría encontrarle en la sacristía?

Mr. Harrison puede apreciar un atisbo de incomodidad en el sacerdote, algo que le hace demorar unos segundos su respuesta.

—El obispo es una persona bastante ocupada, siempre dedicado

a promulgar su actividad pastoral entre las masas. ¿Para qué le requiere?

—En realidad no es un asunto que revista demasiada importancia, padre. Simplemente, me gustaría comentar con él algunos aspectos relativos a su gestión al frente de la parroquia.

Monseñor Dumont siente un escalofrío al reconocer en su confesado al supervisor encargado de revisar las cuentas de lord Britton. Pero ¿cómo le ha encontrado tan rápidamente? Se siente un estúpido por haber confiado en que el gobernador le mantendría alejado de su iglesia y en que cargaría él solo con toda la culpa por sus constantes despilfarros. Pero parece claro que esa sabandija le ha vendido a la primera de cambio y ahora debe improvisar algo *ipso facto* para quitarse a ese tipo de encima y, a la vez, comenzar a pensar en cómo evitar que vuelva a importunarle.

—Si es un asunto importante, el obispo le recibirá la semana que viene, pues ahora se encuentra de viaje en Calcuta —sale al paso monseñor Dumont, poniendo la primera excusa que se le pasa por la cabeza—. Ha ido con varios hermanos de la parroquia a visitar un orfanato que cuida de medio centenar de niños sin hogar —se adorna el obispo—. Ciertamente nuestro superior está siempre muy involucrado en iniciativas altruistas y en la beneficencia para con sus fieles más necesitados.

—Comprometerse así le honra —admira Mr. Harrison, incorporándose—. Gracias otra vez, padre. Esperaré a su regreso para charlar con él. Y, entre tanto, seguiré todos sus consejos.

Mr. Harrison se arrodilla en un banco a cumplir con sus oraciones. Pero su cabeza no para de dar vueltas alrededor del infortunio que le ha hecho extraviar toda la documentación del gobernador. Para colmo de males el obispo parece no encontrarse en la ciudad y presumiblemente tardará algunos días en volver a ella. ¿Qué hará él durante todo este tiempo? ¿Por qué cada vez que toma un camino en su investigación ocurre algo que frena en seco su avance?

1. *Algo parecido a lo que tú dirías*

La niebla cubre por completo el valle, como si alguien tratase de contrarrestar la negrura de la noche con una infinidad de cortinas de seda blanca y semitransparente, dispuestas de árbol en árbol.

Atravesando las capas de tela como dos espectros a la deriva, Nagesh y Shalim corren por el camino que suponen que les llevará al primer campamento sin volver la vista atrás. Los dos muchachos han decidido imprimir a su avance un ritmo vertiginoso, pues no saben en qué momento los guardias descubrirán que se han ido y saldrán tras ellos a darles caza. Aunque no cuentan con la certeza de que la senda sea del todo correcta, siempre veían a sir Sheercliff llegar e irse por ella, al igual que a los carros que les llevaban cada tres días la comida y otros suministros. Sin lugar a dudas, les parecía una vía de escape mucho más aconsejable que el paso entre los riscos por el que los muchachos habían sido trasladados de una ubicación a otra. Y es que ascender a las cumbres montañosas de noche, con las bajas temperaturas clavándose en los pulmones y la niebla impidiendo la visión, era una temeridad tremenda. La única duda que podía asaltarle a uno era saber si moriría despeñándose al vacío o siendo devorado por algún animal salvaje.

Como suponían, tras unos buenos cincuenta minutos corriendo, el camino bordea la montaña sin apenas sufrir desnivel y desemboca junto a la capilla. Justo antes de llegar han cruzado frente a un pequeño trozo de tierra de forma rectangular en el que yacían clavadas una docena de cruces de madera. En ellas estaban escritos los nombres de aquellos que no habían podido superar los requisitos del cacique para entrar a formar parte de su ilusorio ejército de repudiados. De forma totalmente involuntaria, el cementerio les sirvió a los dos muchachos como último estímulo para afrontar la huida con decisión y confianza.

Lo primero que hacen Nagesh y Shalim nada más entrar en la explanada es dirigirse a los cobertizos. Necesitan conseguir ropa limpia con la que evitar llamar la atención cuando lleguen al pueblo, y tampoco estaría mal llevarse algo que puedan vender o cambiar por comida durante el trayecto.

Entre las herramientas del personal que trabaja en la plantación hay varias tenazas con las que se podría probar a cortar los alambres de la verja perimetral y varios martillos con los que defenderse. Tras aprovisionarse con lo necesario, Nagesh se acerca a una montaña de cajas de té apiladas y coge una de las que se encuentran más arriba. Seguramente en el pasado no fuera más que otra de las muchas unidades con la pegatina de la Windmill's Garden en un lateral que el cacique acostumbraba a importar. Sin embargo, ahora lucía con orgullo la denominación de la Royal Crown Tea Company grabada a fuego sobre la cubierta. Era justo lo que Nagesh buscaba. Cada una de esas cajas en los salones de té de Reino Unido podría alcanzar la suma de varias docenas de libras, pero en estas circunstancias, Nagesh se conformaría con un puñado de rupias que le permitieran completar el viaje de vuelta a casa. El chico guarda la caja en su bolsa de tela y, junto a su amigo, sale de nuevo al exterior.

Afuera el ambiente sigue tranquilo. Al no haber nadie ocupando los antiguos barracones, tampoco se precisan guardias que los vigilen, y el cacique, que es el único que podría estar ahora mismo en su residencia, es probable que esté siendo tratado de sus dolencias en algún otro lugar. Quizá incluso siga alojado en la casa del otro campamento.

Nagesh ha previsto que en estas circunstancias la persona que más cerca puede estar es el guardia que custodia el tránsito de personas por la puerta principal. Pero desde la distancia a la que se encuentran de él es imposible discernir si se encuentra dentro de la garita o está dando un paseo por el exterior, con el peligro añadido que eso conllevaría.

Entonces allá en la lejanía se produce un ruido que no deja lugar a dudas: un carromato viene hacia ellos por el camino a toda velocidad. No se oyen voces, pero está claro que alguien debe viajar en lo alto del vehículo. Tal vez una única persona; tal vez varias.

—¡Nos han descubierto, Nagesh! ¡Vienen a por nosotros!

Pero Nagesh no cree que la marcha que lleva el carro permita a sus ocupantes otear las inmediaciones en busca de evadidos. Más bien parece que se dirijan con mucha prisa a algún lugar en concreto.

—¡Pongámonos a cubierto! —le pide Nagesh a su amigo.

Los dos muchachos corren a esconderse detrás de un matorral, pues los caballos vienen al galope y ya no sólo se exponen a que les descubran, sino también a que les atropellen.

Cuando el carro pasa junto a ellos, Nagesh y Shalim descubren

que junto al cochero viaja un viejo conocido. Quien se dirige con tanta urgencia hacia la puerta principal a estas horas de la madrugada no es otro que el doctor de Sambalpur que negó auxilio a Shalim cuando se presentó en su consulta con una herida de dardo en el brazo. Parece que en esta ocasión sí existe una razón digna de hacerle salir de la cama y trasladarse de un lado a otro en mitad de la noche. Nagesh imagina que el estado de salud del cacique ha forzado al médico a desplazarse a su consulta a por algún tipo de instrumental o medicamento. «¿Tan mal se encontrará sir Sheercliff para no poder esperar a mañana?», se pregunta Nagesh. En cualquier caso, esté como esté el cacique a estas horas no le importa demasiado. «Ya puede irse al cuerno».

—¿Has visto quién era? —susurra Shalim, que lógicamente es quién más inquina de los dos le profesa.

Nagesh afirma con la cabeza y le manda callar. No deben olvidar que el guardia de la entrada puede encontrarse rondando por los alrededores en estos momentos. Entonces Nagesh se da cuenta de que el carro en sí constituye nuevamente un medio de fuga extraordinario, aunque deben apresurarse si no quieren que se escape delante de sus narices.

—¡Shalim, corre detrás mía!

El muchacho parece predecir las intenciones de Nagesh y sale junto a él tras el carromato. Deben alcanzarlo antes de que el guardia de la entrada abra la puerta para dejarle salir.

Por fortuna, el duro entrenamiento físico ha erradicado del todo la febledad de ambos y les ha transformado en dos buenos corredores que, favorecidos por la densidad de la niebla, logran colocarse detrás el carro justo en el momento en que el guardia sale de su garita para saludar al doctor y arrastrar la verja a un lado.

—¿Cómo está el señor Sheercliff? —se interesa el guardia.

—Acaba de tener una fuerte recaída. Amputarle la pierna no ha sido suficiente para frenar el avance de la gangrena. Precisa un tratamiento mucho más fuerte.

—En fin, no tardéis demasiado o nos quedaremos sin trabajo.

Igual que si le persiguiese el diablo, el carro emprende de nuevo la marcha hacia Sambalpur, sin la más mínima intención de pararse ninguna vez más.

La sorpresa para Shalim y Nagesh es mayúscula cuando al subir al carromato descubren que el mismo cacique viaja sobre él. Lo llevan tumbado en una camilla, enrollado en una sábana blanca para que no se vuelque, y humedecida también quizá para controlar su temperatura. De no ser por estar tan acostumbrados a verle, a los

muchachos les resultaría difícil reconocerle en ese estado cadavérico. Y no es para menos. Su cara ha palidecido varios tonos, sus ojos se encuentran rodeados de cercos de oscuridad y su vello facial y sus cabellos son un auténtico desastre. Más bien parece un espantapájaros mal inspirado en su habitual figura que el propio empresario británico.

Al ver que sir Sheercliff no está en condiciones de dar la voz de alarma, Nagesh se acerca a su oído y le susurra unas palabras arrancadas de las profundidades de su ser. El labio superior del cacique tiembla ligeramente junto bajo su bigote. Nagesh sonríe con malicia y se echa de nuevo hacia atrás.

—¿Qué le has dicho? —susurra Shalim.

—Algo parecido a lo que tú dirías.

—¿Crees que te habrá oído?

—Sí —presiente Nagesh—. Ya lo creo que sí.

Las piedras del camino amenazan constantemente con hacer añicos las juntas del vehículo y el viaje de sus cinco ocupantes se convierte en poco menos que una tortura. Sin embargo, para dos de ellos es una tortura muy dulce. Por fin parece que las tornas van cambiando y el karma, siempre tan caprichoso e incomprensible, les empieza levemente a sonreír.

Sin que ni el cochero ni el doctor hayan sospechado lo más mínimo de la existencia de compañía en la parte trasera, el carromato llega a la ciudad. Como era de suponer, el vehículo se dirige hacia la casa del médico; seguramente porque allí puedan tratar al cacique con aparatos más diversos y adaptarse más rápidamente a su evolución.

—Shalim, tenemos que saltar en marcha. A partir de este momento correremos un mayor riesgo a ser vistos.

—Pero vamos demasiado deprisa… Y todavía no hay gente cruzándose que nos haga aminorar la marchar.

—No tenemos elección. Cuanto antes lo hagamos mejor. ¡Vamos!

Nagesh le dedica una última mirada de satisfacción al cacique y se da cuenta una vez más de lo irónica que puede llegar a ser la vida. «Tanto tiempo buscando la manera de huir sin que me vieses y al final lo he hecho justo a tu lado». Después, sin pensárselo dos veces, salta del carromato. Shalim no tiene otra alternativa que seguir sus pasos y salta también un poco más adelante.

—¡Lo hemos conseguido, Nagesh! —dice muy contento Shalim tras comprobar que no tiene ningún hueso roto. La caída fue más dolorosa de lo que preveía.

—En absoluto, Shalim. Nos queda todavía mucho por hacer. Vamos, tenemos que buscar un medio de transporte urgentemente.

Nagesh sabe muy bien por dónde debe moverse en la ciudad. El día que llegó estuvo callejeando en busca de una ruta sin demasiada afluencia de gente y ahora no se le ocurre un lugar mejor por el que ir que siguiendo esa misma ruta en sentido contrario.

Durante el trayecto, Nagesh no tiene problemas en reconocer la vieja casa del alfarero, cerrada a cal y canto con todas sus vasijas guardadas en el interior. Nagesh se pregunta qué pensaría ese hombre si se enterase de en qué se ha convertido la plantación de té a la que le dedicó gran parte de su vida. Seguramente entendiese, al fin, por qué el cacique no tardó en despedirles a todos y sustituirles por jóvenes inexpertos.

Cuando los dos muchachos llegan al cruce de caminos en el que se separaron aquel día les invade cierta nostalgia. Piensa en qué distinto podría haber sido todo si en aquel momento hubiesen dado la vuelta para regresar a Bhubaneswar, en lugar de esperar al carromato que vendría a recogerles. Pero también son conscientes de que no pueden culparse de haber sido engañados. ¿Quién iba a sospechar de una reputada compañía de té con tan largo bagaje a sus espaldas? Ni siquiera los habitantes de Sambalpur tenían ni idea de qué se cocía allí dentro. Y es que, a decir verdad, a día de hoy todavía siguen sin saberlo.

Nagesh se para a pensar en la gran cantidad de conspiraciones que, como esa, estarán teniendo ahora mismo lugar alrededor suya, en la sombra, sin que nada trascienda hasta el momento en que se materialicen. Curiosamente, ese tipo de actos divide a la gente en dos grandes grupos: los conspiradores y sus víctimas, que como ellos dos, se ven atrapados en una espiral de la que no es sencillo escapar. Nagesh supone que esas arterías han acompañado a los hombres durante toda su historia y nada puede hacerse por detenerlas; tan solo, si acaso, tratar de mantenerse al margen de ellas y esperar a la siguiente.

De acuerdo al plan, los muchachos se dirigen a la única taberna abierta a estas horas de la madrugada. Es un antro pequeño y mal conservado, con las vigas de madera apolilladas y las copas sucias, en el que a primera hora los transportistas ultiman sus encargos y se citan con los pasajeros que van a acompañarles. Nagesh y Shalim entran en el local sin saber del todo qué van a encontrarse allí dentro. Están nerviosos por cómo les mirarán o qué podrán preguntarles, pero como ven al entrar, parece que allí están acostumbrados a tener acuerdos eventuales con desconocidos, y *a*

priori nadie parece hacerles demasiado caso.

Al preguntarle al camarero, un hombre de las montañas, gordo, con barba, de esos que a la legua parecen advertir: «Si vas a decirme algo, no te andes con rodeos», en seguida les pone en contacto con un viajero que en pocos minutos se pondrá en marcha. El itinerario del hombre incluye una parada en Bhanjanagar, que es justamente donde Nagesh tenía pensado tomar el ferrocarril.

—¿Cómo vamos a pagarle? —le pregunta Shalim a su amigo en un receso de la negociación—. No se ha mostrado interesado en las herramientas.

Entonces Nagesh cree que ha llegado el momento de hacer uso de un viejo tesoro que le ha acompañado durante los últimos años. La verdad es que no se le ocurre una mejor excusa para invertirlo que el asegurarse volver a casa.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunta el hombre al tomar de manos de Nagesh la moneda con que el gobernador Britton le había obsequiado tiempo atrás por ayudarle a arrancar su vehículo.

—Es una moneda inglesa de gran valor.

El hombre vacila un momento, pero parece estar de acuerdo con el trato.

—Está bien, no creo que valga tanto como dices, pero me conformo.

A continuación apura el contenido de su taza y les hace un ademán para ponerse en marcha. No falta mucho para que salga el sol y él, según les dice, tiene la costumbre de ver amanecer sobre su carro.

—¿Lo veis? —les pregunta, mientras el sol se asoma por el horizonte—. Este trabajo sería inaguantable sin estas pequeñas maravillas.

Nagesh contempla el paisaje que tiene ante él y no puede sino coincidir en apreciar su belleza. Quizá sea por el filtro de libertad que recubre sus ojos tras haber abandonado, al fin, aquel maldito campo de entrenamiento, pero juraría que hoy el amanecer tiene otro color. Shalim, a su lado, se encuentra igualmente pasmado ante el derroche de luz anaranjada que empapa el cielo.

—Volvemos a casa, Shalim, volvemos a casa…

1. *Nada de lo que sienta que se deba confesar*

El telefonillo de la habitación emite un ruido que llega a resultar molesto desde el primer instante que empieza a sonar. Tal vez esté pensado para que nadie rehúse contestar las llamadas, pero cuando un huésped se encuentra dormido, como hasta estos momentos lo estaba Mr. Harrison, el hecho de hacerlo sonar se convierte en un auténtico atentado moral.

—Señor Harrison, la señorita Margaret de Vellis pregunta por usted —le informa el recepcionista al otro lado del aparato.

«¿La señorita De Vellis? ¡¿Pero qué está haciendo esa mujer aquí?!». Mr. Harrison no sabe muy bien cómo proceder. No se esperaba para nada esta visita y evidentemente no está en un aspecto demasiado presentable. Aunque sabe que es de mala educación hacer esperar a una dama, no le queda más remedio que hacerlo. Lo que no va a hacer es invitarla a subir a su habitación mientras se prepara, como es natural. Necesita cierta intimidad y no le gusta en absoluto que le observen mientras se asea.

—Dígale que bajaré ahora mismo —indica a través del telefonillo.

—Bien, señor.

El muchacho corta la conexión y Mr. Harrison sale disparado hacia el lavabo. Rápidamente llena la palangana y moja la toalla para lavarse el cuello y las axilas, pero las prisas le juegan una mala pasada y, por presionar demasiado la toalla contra el recipiente lo hace volcar, derramando parte de su contenido sobre su pernera.

—¡¡Por favor!! —exclama Mr. Harrison al ver la mancha de agua estampada en su pantalón.

Aunque frota la toalla contra ella, la tela ya se ha empapado y requerirá de unos minutos para secarse. Mr. Harrison prefiere cambiarse de pantalón y acude al armario para comprobar si le queda alguno limpio y planchado. El servicio de lavandería todavía no le ha devuelto la ropa que entregó hace dos días y con tanto calor y humedad necesita mudarse al menos las prendas interiores con más asiduidad de lo normal. Menos mal que pudo comprar algunas camisas de tela más fresca y transpirable en el mercado, si no tendría que estar desnudo mientras las lavanderas ignoran su

ropa.

Mr. Harrison se quita el pantalón y lo deja apoyado en el respaldo de su silla, bajo el ventilador. «Seguramente así seque mucho más deprisa», piensa, echando mano de toda su esperanza.

—¡Pauuuul! ¡Yuhuuuuu!

Al oír la voz de la secretaria del gobernador, Mr. Harrison está próximo a sufrir un infarto. «¿Qué hace la señora De Vellis en la puerta de la habitación?»

—¿Maggie? ¿Cómo ha encontrado mi cuarto?

—En este país las libras son muy cotizadas, ¿lo sabía?

«Maldita sea. Debe de haber sobornado al recepcionista».

—¿Le han dado también la llave? —pregunta, receloso, Mr. Harrison.

—No. Tendrá que ser usted quien me abra —confiesa la señora De Vellis riendo pícaramente.

—¡Necesito un minuto!

—¿Un minuto? ¿Tanto?

—¡Sí! ¡Tanto!

—Le quedan cincuenta y cinco segundos…

«¿Pero qué le pasa a esta mujer?», se pregunta, perplejo, Mr. Harrison mientras descuelga de su percha el último pantalón disponible. Su tono gris se enfrenta de forma encarnecida al caqui de su camisa, pero de momento no tiene otra cosa. Puede que en unos minutos el pantalón de la silla se haya secado y pueda volver a ponérselo antes de salir a la calle. Mr. Harrison se mete los flecos de la camisa por la cintura y se abrocha el cinturón, se ajusta las gafas y por último se echa a un lado el flequillo. No hay tiempo para más.

—¡… Y cero! —concluye la señora De Vellis, justo cuando Mr. Harrison abre la puerta.

La secretaria del gobernador parece haberse arreglado para un día de fiesta, pues su aspecto se parece más al que tenía cuando quedaron para ir al teatro que cuando la conoció en casa de lord Britton. Se ha maquillado se forma muy similar, lleva los mismos zapatos de tacón y huele al mismo irresistible perfume. Pero en cambio, hoy lleva una larga gabardina que le llega a las rodillas, bastante fina pero a todas luces inapropiada para esta época del año.

—Le he pedido permiso al señor Britton para salir hoy un poco antes y poder venir a hacerle una visita. A él le ha parecido una buena idea —afirma la señora De Vellis.

—No me diga… —responde Mr. Harrison, apartándose a un lado para dejarla pasar—. ¿Y no le sorprende ese comportamiento?

—Un poco sí, la verdad —reconoce la mujer—. Nunca le he visto tan dispuesto a concederme tiempo libre dentro de mi jornada laboral. Creo que usted le cae muy bien.

—Es normal que me tenga aprecio. He venido para llenar su vida de alegría.

—¡Hay que ver cómo es usted! Lo personal debe quedar al margen de lo laboral, ¿sabe?

La señora De Vellis echa un vistazo alrededor de la habitación evaluando cada detalle y se sienta encima de la cama.

—Es lo que hago yo. En lo laboral debo posicionarme con el señor Britton, pero en lo personal me decanto por usted —le explica, guiñándole un ojo—. Por cierto, bonita habitación. Nunca había estado en este hotel, pero debo reconocer que quien lo haya decorado tiene un gusto muy bueno.

Mr. Harrison reflexiona sobre las palabras de la señora De Vellis. ¿Le estará insinuando que no va a contar con su ayuda en lo referente a sus investigaciones si ella considera que lo que averigüe puede ir en perjuicio del gobernador? Es posible que después de todo, la señora De Vellis no sea solo la ingenua y chillona criaturita que se puede presuponer al verla.

Mr. Harrison echa un vistazo a su pantalón. Afortunadamente la mancha se ha clareado bastante más rápido de lo que se temía y podrá usarlo esta tarde.

—¿Quiere que le cuelgue la gabardina en el perchero?

—No se preocupe. Estoy bien así.

—No tardaré mucho. Solo me queda cambiarme de pantalón.

—Está bien.

Mr. Harrison coge el pantalón de la silla y se acerca el armario para taparse con la puerta. Le incomoda tener que desvestirse con una mujer en la habitación, pero sería grosero invitarla a salir mientras lo hace.

—¿Qué tenía en mente hacer esta tarde entonces? ¿Hay algún espectáculo especial que quiera ver o simplemente le gustaría pasear por la arboleda? —pregunta, moviéndose con cuidado para que ninguna parte de su cuerpo sobresalga por los límites de la puerta.

—He pensado en algo, pero es una sorpresa —dice ella, con una voz que a Mr. Harrison le parece excesivamente sugerente—. Pronto lo descubrirá.

—¡Vaya! Solo espero que no me haga sufrir aglomeraciones, porque tengo mucho trabajo esta noche y no me gustaría terminar el día con jaqueca.

Mr. Harrison termina de abrocharse el pantalón y revisa su aspecto en el espejo que hay pegado en el interior de la puerta. No se le ocurre nada peor para un caballero que desentonar al lado de su acompañante, pero muy a su pesar, dependiendo del plan de Margaret, cree que él podría verse rozando esa situación.

—Ya estoy lis…

«¡¿Pero qué…?!» Al salir de detrás de su improvisado vestidor, Mr. Harrison se encuentra a la señora De Vellis recostada sobre la cama con la gabardina abierta, dejando al descubierto lo que lleva debajo. Por suerte para Mr. Harrison no está desnuda, pero se ha arremangado la falda hasta la mitad de los muslos, justo por encima del liguero. También ha tenido tiempo de desabrocharse los botones superiores de su blusa, prometiendo libertad a sus turgentes pechos, que luchan por liberarse encajonados en un sostén de un intenso rojo carmesí. Mr. Harrison, que desde la muerte de su esposa no ha vuelto a yacer con una mujer, nota cómo renace en él un deseo tan irrefrenable como olvidado. Si la otra noche sintió algo más cercano a lo sentimental, al cariño hacia una persona que le ofrecía su afecto, ahora experimenta un puro deseo carnal. Toda la sangre de su cuerpo se arremolina en torno a la zona en la que su pantalón se había manchado de agua, con una tensión que en muy poco tiempo se ha apoderado de él por completo.

—Señor Harrison, ¿le gusta mi «sorpresa»?

Sin mediar respuesta, Mr. Harrison se abalanza sobre ella y le devora los pechos sin concesiones. Son suaves y carnosos, y tan enormes como la luna llena. Le aprieta los pezones con sus dientes, mientras los lame como si pretendiese hacerlos brillar. La señora De Vellis gime como si hubiese perdido el juicio y le oprime la cabeza contra ellos para que no cese de hacerla gozar. Solo con imaginarse el inmenso placer que experimentará cuando él la penetre se le eriza la piel. Mr. Harrison tampoco puede contener más tiempo el deseo. Le abre las piernas sin apenas resistencia y se sumerge de lleno entre la calidez de sus pliegues. La señora De Vellis lanza un grito de puro placer. Hacía años que no sentía a un hombre «de verdad» tan dentro de ella. Más aún, ni siquiera sabía que de su cuerpo se podía sacar tanto partido. Mr. Harrison no tiene tiempo de pararse a pensarlo, pero si lo hiciese se daría cuenta de que también es la primera vez que hace el amor de esa manera. El modo en que penetra a la señora De Vellis es muy diferente a como lo hacía con su mujer. Entonces había un sentimiento de amor, de mutuo afecto, y todo transcurría despacio, con delicadeza. Ahora todo es mucho más crudo, más primigenio. Se comportan como lo

haría una pareja de lobos en celo. Y les gusta.

Cuando Mr. Harrison eyacula en su vientre, las paredes de la habitación se tambalean como si fuesen a dejar caer el techo sobre sus cabezas. La señora De Vellis sigue sufriendo convulsiones varios minutos después de que él se haya tendido, jadeando, a su lado. Ambos miran embobados cómo las hélices del ventilador dan vueltas y vueltas, y más vueltas.

—Ha sido maravilloso, señor Harrison. Es usted un amante fabuloso.

—Yo también he disfrutado, Maggie —admite él—. Debo reconocer que me ha dejado exhausto.

Mr. Harrison se levanta y se acerca a la cómoda.

—¿Quiere un vaso de agua?

—Sí, por favor.

El auditor llena un vaso con el agua de una jarra de cristal y se lo ofrece a la señora De Vellis, que aún ronronea con el pelo alborotado entre las sábanas. Ella lo bebe a cortos sorbos para no atragantarse.

—Dígame, señor Harrison. ¿Cómo va su trabajo? ¿Ha encontrado algo delictivo entre los papeles del señor Britton? —le pregunta abiertamente.

—Creía que era partidaria de separar el trabajo del placer.

—Necesito hacer un paréntesis para retomar con más fuerza.

—Ya veo… —dice él, sonriendo—. Pues, ¿quién sabe? He visto algunas anotaciones sospechosas que me gustaría aclarar antes de lanzar acusaciones.

—Apelar a la prudencia es siempre un signo de inteligencia.

—En eso estoy de acuerdo.

Obviamente, Mr. Harrison no tiene absolutamente nada. Ni indicios, ni pruebas, ni documentos. Tan solo sospechas y la convicción de que en la casa del gobernador las cosas no se están haciendo correctamente, al menos desde un punto de vista legal. Pero tiene que transmitir la impresión de que su meticuloso trabajo está dando sus frutos.

—Maggie, ¿sabe si ha vuelto ya a la ciudad el obispo?

—¿Volver? —pregunta ella con extrañeza—. No sabía que se hubiera ido. En cualquier caso, supongo que sí, pues estuvo departiendo esta mañana con el señor Britton en su despacho.

—¿En serio? Vaya, me gustaría charlar con él un rato sobre la financiación de las obras de la nueva iglesia, pero no hay forma de coincidir con él.

—Si quiere puedo concertar una cita con el padre Dumont en su

nombre —le ofrece la señora De Vellis en un tono inintencionadamente formal.

—Ah, eso sería estupendo. Se lo agradezco de veras.

—Señor Harrison. Lo que acabamos de hacer ha sido estupendo, pero tiene un inconveniente.

—¿Un inconveniente?

—Sí. Me ha abierto un apetito voraz —confiesa ella—. ¿Por qué no vamos al restaurante de la otra noche?

—¿El Shangri-La?

—Ajá.

—No hemos reservado mesa, dudo que haya disponibilidad para comensales de última hora.

—Siempre la hay para alguien que va en nombre del gobernador.

—Entiendo. Vistámonos entonces. Yo también estoy hambriento.

Mr. Harrison comienza a vestirse de nuevo frente al espejo de su armario. Ya no le importa que una mujer pueda estar mirándole mientras lo hace.

A la vez que va pasando uno a uno los botones de su camisa a través de su ojal correspondiente, en su rostro aflora una sonrisa de complacencia. Esta vez no hay nada de lo que sienta que se deba confesar.

1. *Como un par de ciegas lombrices*

Cuando se despiden del hombre del carromato a la entrada de Bhanjanagar, Nagesh y Shalim se sienten profundamente desubicados.

—Menos mal que no volvimos atravesando los bosques por los que nos llevaron —dice Shalim.

—Sí, esta ruta está mucho más transitada y también es más segura.

—¿Por qué nos mandaría el gobernador por aquella otra?

—Supongo que porque no valora lo más mínimo nuestras vidas.

—Seguramente. Ahora tenemos que dar con la estación de ferrocarril, ¿verdad? —pregunta el chico de Palitana.

—Sí.

—Preguntemos a alguien.

Nagesh mira a su alrededor. No está acostumbrado a llamar la atención de la gente, sino todo lo contrario.

—Primero tenemos que conseguir algo de comida —repone.

—Y comprar los billetes.

—No podemos comprar los billetes. Primero, no tenemos dinero para comprarlos y segundo, a ningún interventor se le pasaría por la cabeza dejarnos subir a uno de sus trenes, ya fuera con billete o sin él.

—¿Entonces qué haremos?

—Colarnos en algún vagón, claro está.

—¿Colarnos?

A Shalim no le atrae la idea, pero tiene claro que no quiere volver a verse inmerso en una interminable sucesión de caminatas como la que realizó en su peregrinación a Varanasi.

—Está bien —accede.

—Venga, vamos a buscar el mercado. Venderemos algo menos de la mitad del té de la caja que cogimos en el almacén y con lo que saquemos compraremos un poco de comida.

—¿Por qué no lo vendemos todo?

—Porque tengo algo reservado para el resto.

—No me gusta nada esa mirada…

—Será que ya me vas conociendo.

Los chicos se internan en el enrevesado trazado urbanístico de la

ciudad como un par de ciegas lombrices que cavan la tierra a tientas. Sin embargo, no les es difícil encontrar el puesto de un vendedor de plantas medicinales, con el que cierran un trato justo. El vendedor no hace muchas preguntas acerca de la procedencia de la mercancía, mostrándose conforme con la versión que le da Nagesh sobre su origen silvestre. No obstante, el hombre se siente atraído por el aspecto de las hojas, pareciendo ser una variedad que no identifica a simple vista. Aunque quiere comprarle la caja entera, Nagesh decide seguir adelante con su plan y reservarse la mayor parte.

Con el dinero aún caliente en la mano, los muchachos continúan caminando entre los puestos, buscando algo apetecible que se puedan permitir. Pese a las miradas de desprecio de la gente que les rodea dudando de su origen y el recibimiento en varios puestos de donde les echan casi a patadas, finalmente encuentran a una vieja vendedora, un tanto apartada, que se apiada de ellos y accede a venderles un poco de pan y queso.

El pan está lleno de gorgojos, suciedad y lo que parecen trozos de cuerda desgarrados, y el queso está demasiado grasiento, pero con ellos pueden mitigar el apetito y recobrar fuerzas para proseguir su viaje. Después de todo, el menú no es mucho peor de lo que acostumbraban a llevarse a la boca en su primer mes en la plantación.

Antes de irse Nagesh le pregunta a la anciana el camino que deben de seguir para llegar a la estación del ferrocarril. Ella les señala una calle tan empinada que hasta los carruajes tienen dificultades para subirla.

—Vamos, Shalim, ya comeremos en el tren.

Según la anciana, el tren hacia Cuttack sale de la estación de Bhanjanagar a las doce de la mañana. Hasta entonces, los dos muchachos tienen el tiempo justo para encontrarla e intentar colarse en uno de los vagones de carga.

Como pronto comprobarán, ninguna de las dos partes les resulta complicada. La estación es como un gran imán que atrae a las personas hacia sus andenes y a los muchachos les basta casi con dejarse llevar por la corriente para llegar hasta ella. Para colarse en el vagón, Nagesh y Shalim ponen en práctica lo aprendido en las clases del maestro Harjeet y se camuflan entre los jóvenes empleados que cargan la mercancía. Comportarse con naturalidad, imitando sus movimientos, hace que nadie repare en ellos ni se levanten sospechas. Los muchachos localizan un rincón del vagón donde parece que nadie va a necesitar volver y en cuanto tienen

ocasión se esconden en él.

Tras unos minutos y un par de bocinazos, el tren comienza su lento traqueteo sobre los raíles de hierro forjado como una oruga perezosa sobre la rama de un nogal.

Debido a sus recientes obras de mejora, las traviesas de madera aún no están del todo asentadas en el terreno y van emitiendo sonoros crujidos a medida que los relucientes vagones cargan su peso sobre ellas.

Nagesh se recuesta, aliviado, sobre una pared del vagón y respira profundamente. Aún nota la tensión en las sienes.

—Ha sido una tontería comprar comida —observa Nagesh—. Por aquí hay bastante fruta al alcance de la mano y si rebuscamos un poco seguro que encontramos algo más.

—Bueno, no era algo que pudiéramos saber. Además, la anciana nos indicó también cómo llegar hasta la estación.

—Sí, es verdad. ¿Qué estarán haciendo los muchachos a estas horas?

—¿Correr?

—No lo sé. Desde el accidente del cacique la planificación de los días pareció volverse bastante caótica. Las horas habituales de hacer las cosas variaban.

—¿Crees que se morirá?

—Eso espero.

Nagesh no siente la necesidad de ocultar sus deseos hacia los demás, ni los buenos, ni los malos.

—Oye, Nagesh. ¿Hasta dónde crees que nos seguirán? —pregunta Shalim, desenvolviendo el pan.

—No lo sé, pero espero que hasta no muy lejos. Lo malo es que resulta fácil adivinar hacia dónde nos dirigimos.

Nagesh sabe que a estas horas, incluso en el caso más favorable, los guardias ya habrían descubierto que los fugados eran realmente ellos dos, y no Umed y Aniket. Y lo peor de todo es que, al menos en su caso, los cerebros de la conspiración saben exactamente dónde vive. Incluso monseñor Dumont había estado en su casa tras su boda. Así que lo que más le preocupa ahora mismo es llegar cuanto antes a ella y llevarse a Shefali a algún lugar seguro. Aunque no tiene ni idea de cuál puede ser ese lugar. Ha pensado que tal vez pudieran refugiarse en la abadía, contando con la complicidad del hermano Saravanan, mientras piensan en un destino mejor. Lo que habría que ver es si pueden confiar también en todos los demás monjes, porque alguno de ellos puede estar de lado del obispo.

Nagesh y Shalim se reparten la comida y aprovechan lo que

resta de viaje para dormir. El tren hace varias paradas durante el recorrido, pero en ningún momento las puertas del vagón se abren y los muchachos consiguen llegar a Cuttack sin sobresaltos.

Igual que para subirse al tren, Nagesh y Shalim no tienen problemas a la hora de bajarse en la estación, disimulando portar un par de cajas de aquí para allá.

—¡Gracias, muchacho! —exclama el hombre al que Nagesh le entrega su caja—. Sigue trayéndomelas, pero mejor que sea de dos en dos, o nos llevará toda la mañana. Y el tren tiene que volver a irse dentro de tres horas.

—¡Claro, señor!

Pero ni Nagesh ni Shalim tienen intención de seguir descargando cajas del vagón y en seguida se unen a un grupo de pasajeros rezagados que han tardado más de la cuenta en bajar del tren. Junto a ellos recorren lo que resta de andén y atraviesan el vestíbulo hasta la entrada principal.

Al salir a la calle, Nagesh se detiene unos instantes. El reencontrarse con el conocido paisaje del delta, con su sahumado aroma a pachuli, hace que se vuelva imposible razonar que hace tan solo unas horas su amigo y él se encontrasen tumbados en unos fríos barracones en las afueras de Sambalpur. Piensa en Shaana, quien esta noche seguirá durmiéndose en ellos pensando que por mal que la trate la vida, siempre hay algo por lo que seguir viviendo. A ella y al resto tienen que sacarles de allí.

—¿Necesitas que vaya contigo? —le pregunta Nagesh a su amigo en el momento de separarse.

—No, sé perfectamente lo que tengo que decirles —argumenta Shalim—. Me acordaré de tus señas e iré pronto a verte.

—Puede que no esté en casa para cuando vayas.

—Ya. Bueno, lo tantearé desde la distancia.

—Mucha suerte, amigo.

—Mucha suerte para ti también.

La despedida se hace mucho más dura de lo que esperaban, pero la esperanza de volver a verse pronto mitiga el sufrimiento. Saben que su amistad durará para siempre, aunque no se vean todos los días o incluso pasen muchos años alejados.

Desde Cuttack, Nagesh tarda poco tiempo en llegar a su casa. Conoce bien los caminos que atraviesa y se desliza con rapidez por los callejones secundarios. Se da cuenta de lo mucho que ha aprendido a moverse durante estos meses de entrenamiento, pues sus cinco sentidos no dejan de enviar información a su cerebro en ningún momento. Este la procesa y toma decisiones certeras de

forma resuelta y precisa.

Cuando entra en la casa, Nagesh la encuentra vacía. Aunque es muy temprano, supone que Shefali habrá salido a comprar alguna cosa y que no tardará en regresar. Mientras tanto, decide salir al jardín a ver el estanque y las flores, pues cree que volver a estar en él le hará sentirse más cerca de su mujer.

Pero lo único que florece ya en su pequeño reino de color y alegría es la ausencia. Casi todas las plantas están marchitas o han sido devoradas por la maleza, y el estanque se ha cubierto de un manto verde del que brotan con descaro juncos y *cabombas*. En vista de lo descuidado que tiene el jardín, da la impresión de que su mujer se ha cansado de las flores. Nagesh se pregunta entonces si habrá cambiado su negocio por algún otro, pero le resulta extraño que haya abandonado también su pasión. No cultivar flores para vender no imposibilita tener algunas para el disfrute propio.

Nagesh decide sobre la marcha aprovechar que Shefali no está en casa para ir a pedirle explicaciones a monseñor Dumont. Antes de matarle, le exigirá que confiese por qué le envió a las montañas a convertirse en un soldado. Y no se irá de su iglesia hasta que se lo diga.

Nagesh corta una preciosa orquídea blanca que lucha por sobreponerse a la invasión de las zarzas y vuelve a entrar en casa. Allí comprueba que su mujer no ha llegado todavía y deposita la flor sobre la mesa de la cocina, para que ella la encuentre cuando regrese. Confía en que no se enfade porque haya cortado una flor tan bonita sin preguntarle si podía hacerlo.

Entonces se le ocurre que tal vez Shefali se haya mudado a casa de sus padres para no estar sola. Aunque eso no explicaría del todo el hecho de que haya desatendido su jardín. «¿Habrá dejado realmente de vender flores?», se pregunta, empezando a valorar en serio tal posibilidad.

Nagesh sale a la calle con cierto regusto amargo. Tenía unas ganas locas de ver a su mujer y le ha dado un poco de pena descubrir que no estaba en casa. Desde luego, nunca pensó que volvería a ver al obispo antes que a ella, pero así son las cosas y es mejor aceptarlas tal y como vienen.

Cuando llega a la nueva iglesia, Nagesh se lleva una gran sorpresa. El estado del templo ha mejorado radicalmente durante el tiempo en que ha permanecido fuera y ya casi está terminado. Sin embargo, no parece que haya nadie dentro. Las ventanas están aún cerradas y en sus inmediaciones apenas hay movimiento; solo tres o cuatro hombres que parecen trabajar en las obras preparando sus

herramientas y un puñado de argamasa. Aunque de cara a obtener información puede limitarle, no deja de ser positivo que no haya mucha gente viéndole rondar por la zona.

Nagesh busca la puerta trasera y la golpea un par de veces, pero nadie acude a su llamada. Entonces decide acudir a donde están los obreros y les pregunta por el obispo. Uno de ellos le informa de que seguramente se encuentre todavía en su casa y le indica la ubicación de la misma. Al comprobar su proximidad, Nagesh se dirige rápidamente a ella y llama a la puerta. Espera tener más suerte esta vez.

Y así es. Al poco de llamar resuenan en el ambiente dos llaves metálicas girando en sus cerraduras y el chirrido de unas bisagras mal engrasadas. La cara somnolienta de Anuj asoma por detrás como la de un topo despistado que abandona su madriguera antes del anochecer.

—¿¿Nagesh??

Anuj evidencia estar totalmente descolocado.

—*Námaste*, Anuj.

—¡¿Nagesh?!

—Sí, Anuj, por fin he vuelto.

—¡Dios mío! ¡Pasa, pasa! —apremia el novicio, sumido en el más profundo asombro—. ¡Te creía muerto!

—¿¿Muerto?? —se extraña Nagesh. Ahora el mayor sorprendido es él—. ¿Y de dónde has sacado semejante creencia?

Anuj le interrumpe haciendo un gesto presuroso con la mano para indicarle que baje la voz.

—Monseñor Dumont está a punto de levantarse —añade el novicio, cerrando la puerta tras ellos.

—¿En serio? Parece que después de todo, la suciedad de su conciencia no termina de alterarle el sueño. ¿Fue él quien te dijo que yo había muerto?

—Sí.

—Pues como ves, te ha mentido.

—No estoy seguro… Él también parecía afligido cuando me dio la noticia. Creo que realmente no sabe que estás vivo. ¡Gracias al cielo estás bien! ¡Cómo me alegro de verte!

—¿Cómo? ¿El obispo también piensa que estoy muerto?

—Te aseguro que sí.

Entonces Nagesh se da cuenta de algo muy importante. Que el obispo crea que está muerto le otorga una ventaja con la que no contaba y le permitirá llevar a cabo su plan sin que este sospeche nada en absoluto. Pero ¿de quién pudo surgir el bulo de su muerte?

¿Y qué buscaba con ello quien lo inventó?

—Yo también me alegro de volver a verte, Anuj. No me he olvidado que tenemos una excursión pendiente al río.

Anuj sonríe, pero detrás de esa mueca desvalida reside un sentimiento de aprensión.

—¿Por qué has tardado tanto en regresar?

—Bueno, digamos que fui víctima de una encerrona de la que he tardado demasiado tiempo en poder salir.

—¿Qué tipo de encerrona?

—Ahora no tengo tiempo de explicártelo, pero creo que el obispo ha tenido mucho que ver en ella. Por favor, Anuj, es importante que por el momento monseñor Dumont siga creyendo que estoy muerto.

—Está bien. Yo no diré nada. Pero es fácil que se entere por otras vías.

—Sí, sé que no puedo demorarme demasiado o pronto lo sabrá —reflexiona Nagesh—. Dime, ¿has seguido yendo a ver a Shefali todos los días?

La expresión de Anuj se contrae de repente, como una anémona que nota la presencia de un pez demasiado grande junto a sus tentáculos.

—Anuj, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—No lo sabes, ¿verdad? —pregunta el novicio, agachando la cabeza.

El corazón de Nagesh se detiene. Un sudor frío brota de cada poro de su cuerpo. Aunque sopla una ligera brisa, siente que se empieza a quedar sin aire.

—¿Saber qué, Anuj?

Anuj comienza a hablar supurando melancolía.

—Cuando te fuiste, tal y como te prometí, empecé a llevarle a Shefali pan y fruta todos los días. Ella decía que no era necesario, pero aun así yo se la llevaba.

—Siempre estaré en deuda contigo por ello.

—Cuando corrió la noticia de que habías muerto, tu mujer se derrumbó. Apenas probaba bocado de la comida que le preparaba y muchas veces me encontraba enmohecido y sin tocar lo que le había llevado los días anteriores. Shefali empezó a encontrarse muy débil, no hallaba las fuerzas necesarias para levantarse de la cama y con el tiempo pareció perder definitivamente cualquier interés por vivir.

Nagesh siente cómo sus ojos se inundan de lágrimas antes de que estas empiecen a deslizarse por su rostro. «Todo lo que Anuj

dice ha ocurrido por mi culpa. ¡Nunca debí dejarla sola!».

—Un día monseñor me dijo que sería él quien le llevase la comida en persona para comprobar de primera mano cómo se encontraba y poder consolarla espiritualmente. Cuando volvió de tu casa, me dijo que Shefali no quería más nuestra ayuda y que había pedido que no volviese por allí —dice Anuj, sollozando—. ¡Oh, Dios! ¿Cómo iba yo a saber que alguien le iba a hacer algo así?

—¡Termina! —le suplica Nagesh.

—A los pocos días, sus primas la encontraron muerta en la cama. La habían forzado y estrangulado hasta asfixiarla.

Nagesh siente cómo todo tiembla a su alrededor. Su cuerpo se tambalea y una sensación de vértigo le hace caer de rodillas al suelo. Anuj se acerca a socorrerlo.

—¿Cuándo…, cuándo ocurrió eso? —pregunta con voz temblorosa.

—Hace un mes. Escucha, no sé si fue monseñor quien lo hizo…

Los ojos de Nagesh se tiñen de un amarillo intenso. Mientras, sus venas se encienden incandescentes y una coraza de piedra encierra y aplasta su corazón. Nagesh aprieta los puños con tanta fuerza que sus uñas se clavan en los tendones de sus manos. En su interior, una llamarada de ira infinita arde desbocada.

—Voy a agradecerle a tu señor todo lo que ha hecho por mí —dice completamente fuera de sí—. Y para eso necesito tu ayuda.

El novicio traga saliva. El rostro de Nagesh parece salido del mismo infierno.

—Claro, haré lo que me pidas —responde Anuj, asustado.

—Coge papel y una pluma. He traído un presente para él y quiero que se lo hagas llegar cuanto antes.

1. *Según donde sienta las punzadas*

Monseñor Dumont no puede evitar sentirse profundamente decepcionado con la actitud traicionera del gobernador. Aunque le dejó muy claro que debía mantener lejos de su iglesia a ese inoportuno contable, el muy cretino había desoído sus deseos y ni corto ni perezoso le había plantado en la puerta de su sacristía. A las primeras de cambio. Como si la construcción de la iglesia fuese la única responsable de su pésima gestión económica. Por suerte aún tiene margen de maniobra y puede idear un plan para disuadirle, pero como ese metomentodo acabe encontrando motivos para detener las obras, el obispo tiene muy claro quién pagará las consecuencias.

—Buenos días, padre Dumont —saluda Anuj entrando en la habitación con la bandeja del desayuno en las manos.

El prelado devuelve el saludo asintiendo vagamente con la cabeza.

—Ha llegado un paquete de Darjeeling —anuncia el novicio—. Lo envía alguien llamado sir David Sheercliff.

El clérigo se vuelve de inmediato y mira el paquete que el muchacho acaba de depositar en su mesa. Es del tamaño aproximado de un libro voluminoso y está envuelto en un papel de estraza bastante sucio, probablemente debido a la manipulación despreocupada de algún mensajero poco profesional. Monseñor Dumont hace un gesto con la mano y espera inmóvil a que Anuj se vaya de la alcoba para acercarse y recogerlo.

Es sabido que al obispo Dumont le encantan los regalos, en especial los más costosos, y puesto que el gobernador le ha asegurado que el terrateniente inglés suele estar siempre a la altura, siente bastante curiosidad por saber qué hay dentro. Espera que sir Sheercliff haya sabido captar las disimuladas insinuaciones recogidas en su carta y le haya enviado muestras de un producto de la mejor calidad, porque para tomar té con sabor a paja ya tiene el herbolario del mercado.

En cualquier caso, el obispo no se hace muchas ilusiones. Supone que seguramente se trate de algún estúpido detalle de condolencia por el fallecimiento de Nagesh que el británico habrá creído conveniente enviar.

Monseñor Dumont corta la cuerda que ata el paquete y bajo el papel descubre una caja de madera con los sellos del imperio británico y de la Royal Crown Tea Company grabados a fuego. En una breve carta que la acompaña, el cacique muestra su gratitud a monseñor Dumont por su bien apreciada aportación a la causa. Como prueba de su agradecimiento, le obsequia con una caja de una nueva variedad de té superior que espera sea de su agrado.

—¡Oh, qué exquisito detalle! —se regocija el prelado, al tiempo que acerca su rostro a la mezcla de hojas secas y troceadas y aspira todo su aroma. «¿Pero a qué se referirá ese hombre con mi "apreciada aportación a la causa"?». Que él se acuerde, no le dio a Nagesh otra cosa que no fuese la carta.

Monseñor Dumont vuelve a dejar la caja sobre la mesa. Aunque no es muy grande, al menos le permitirá decidir si esta nueva demostración de sabor cumple con las exigencias de su paladar, en cuyo caso agradecerá por escrito a sir Sheercliff el regalo y le insinuará lo bien recibido que será un lote quizá mayor.

Mientras piensa en ello, al obispo se le ocurre que la visita del contable de esta tarde puede suponer la excusa perfecta para estrenar el regalo y de paso agasajar con él a su invitado. Sin duda un buen recibimiento sería la mejor manera de presentarle sus argumentos y encauzar las posibles propuestas. Dumont necesita jugar todas sus bazas con inteligencia para que cuando se vaya, el supervisor tenga muy claro quién es el culpable de los despilfarros financieros y quién tiene las manos limpias.

Justo es reconocer que la puntualidad de Mr. Harrison podría servir para poner en hora todos los relojes de la ciudad. La señora De Vellis se lo había advertido al obispo, por lo que cuando nada más llegar las cinco de la tarde se presenta en la sacristía un hombre de porte elegante y mirada cautivadora. Monseñor Dumont no tiene ninguna duda de que se trata del contable.

—Buenos días, padre —se presenta Mr. Harrison, hincando una rodilla al suelo y besándole el anillo—. Mi nombre es Paul Harrison y estoy inmerso en un proceso de auditoría de cuentas para revisar los movimientos contables y las finanzas de la provincia.

—Es un placer conocerle, Mr. Harrison. Siempre es bueno que un ojo experto colabore en estos asuntos. Si el gobernador contara con hombres como usted en su gabinete, quizá hubiera evitado alguna mala inversión y los demás ciudadanos nos beneficiaríamos de ello.

—Quisiera que me hablase con más detalle de todas esas inversiones, si no es mucha molestia.

—Pasemos dentro y podremos charlar con más calma. Y no se preocupe por mi tiempo; he reservado toda la tarde para usted.

Mr. Harrison acepta la invitación y acompaña al obispo hasta su despacho. Cree que, por fin, va a poder avanzar en su investigación y *a priori* el religioso le ha dado buena espina. Parece abierto a colaborar y, si es hábil con las preguntas, Mr. Harrison podrá extraer de él una jugosa información. Aunque, claro está, pudiera ser que estuviese simplemente fingiendo.

El despacho en cuestión es una sala pequeña y fría, sin otra decoración que un sencillo crucifijo con la figura de Cristo en la pared. En el centro hay una mesa y dos sillas lisas y sin acolchar. Llama la atención la celosía que da luz a la estancia, que seguramente resulte insuficiente para permitir leer o escribir sin hacer uso de velas durante la mayor parte del día. Sin duda la habitación está pensada para que las recepciones no se alarguen demasiado. Mr. Harrison supone que el obispo trabaja normalmente en otro lugar más acogedor y que usa ese despacho solamente para recibir las visitas más indeseadas.

—La secretaria del gobernador me adelantó que usted había empezado a revisar las cuentas del gobernador.

Mr. Harrison asiente, aunque no sea del todo cierto. No se siente especialmente cómodo mintiendo en la casa del Señor, pero sabe que no tiene otra alternativa. Por otro lado, la mención a la señora De Vellis hace que su lívido se dispare, algo que tampoco le reporta comodidad en un lugar como este.

—¿Y de qué manera cree que puede ayudarle la Iglesia en su análisis? —pregunta el obispo, al tiempo que le acerca a su invitado una silla y se sienta a su lado. Tiene la grata impresión de que no ha reconocido en su voz al religioso ante el cual se confesó hace tan solo unos días.

—Bueno, he comprobado la existencia en la contabilidad de facturas remitidas a su iglesia, a nombre de un tal Maurice Dumont —asegura Mr. Harrison, quien en realidad solo sabe de la existencia de ese nombre por la nota que rescató del abrigo del gobernador. Meterla entre las hojas del libro había servido para perderla junto al resto de documentos, pero al menos había tenido la buena fortuna de poder leerla antes de hacerlo.

—Oh, lo lamento… Monseñor Dumont fue cesado de su cargo hace varios años por exigencias de la Corona. Por lo visto había sido desposeído de su rango eclesiástico hacía años y ejercía por estas tierras sin derecho ni conocimiento de la Iglesia. A partir de ese momento, yo asumí sus funciones al frente de la curia diocesana,

empleando solamente las partidas recibidas para tal fin y unas ínfimas donaciones particulares. Probablemente las facturas a las que hace referencia pertenezcan a esa época, cuando se empezó a edificar esta iglesia y se precisaban grandes cantidades de materiales.

Mr. Harrison siente cómo el desánimo vuelve a hacer mella en sus fuerzas al verse frente a otro callejón sin salida. Recuerda que la factura no incluía ninguna fecha que pudiera situar en el tiempo el momento de su emisión. Obviamente, lo que el religioso asegura le resulta sospechoso, pues el papel parecía reciente y estaba bien conservado, pero no tiene argumentos para contradecir su versión.

—¿Sería posible entrevistarme con él?

—Me temo que no. Para evitar ser apresado, el padre Dumont hizo las maletas y se fue en un carruaje de madrugada. Su destino, ninguno lo conocemos.

Mr. Harrison empieza a pensar que, llegados a este punto, él debería hacer lo mismo. Subirse a un carro y perderse en la noche sin que nadie le encuentre jamás. Pensar que ha hecho un interminable viaje en barco, que debe repetir si quiere volver algún día a su casa, para encontrarse en un laberinto sin salida, rodeado de hipócritas condescendientes que se lucran estafando a su país, le hace sentir el impulso de cortarse las venas. «Quizá debería hacer eso. Irme al hotel, llenar la bañera de agua tibia y abrirme las venas con mi vieja navaja de afeitar».

—¿Conoce el motivo por el que fue apartado de sus funciones? —pregunta Mr. Harrison, principalmente por no dejar que la conversación muera en el hastío.

—En absoluto. Y a día de hoy sigo desconcertado. No entiendo qué puede llevar a la Iglesia a excluir de su seno a un fiel devoto como el padre Dumont. Él era muy querido por todos nosotros y logró grandes avances en la evangelización de los nativos. Gracias a él, los católicos hoy podemos presumir de ser una comunidad consolidada con un futuro prometedor.

—Ya veo. —Mr. Harrison se cruza de brazos, pensativo—. Igual que usted, desconozco los motivos por los cuales el nuncio papal pudo retirarle su confianza, pero comprenda que tampoco puedo ponerlos en duda, monseñor…

—Oh, discúlpeme, soy un maleducado al no haberme presentado aún. Monseñor Sanders, de la archidiócesis de Birmingham.

El contable asiente.

—Posee usted un extraño acento para provenir de esa región. ¿Francés quizás?

—Es usted un hombre muy observador. Debe ser muy bueno en su trabajo.

—En eso consiste, principalmente —admite Mr. Harrison—. Y siempre he tratado de hacerlo bien.

—Viví algunos años en Lyon, antes de trasladarme allí, así que existe la posibilidad de que ese deje característico se haya pegado a mi voz sin haberme dado cuenta.

Monseñor Dumont tira de un cordel que cuelga de la pared y que, tras cruzar un par de salas y un pasillo termina atado a una campanilla, cuyo sonido resulta audible en gran parte de la iglesia. Eso siempre y cuando se den unas condiciones de silencio que con las obras todavía no se han dado nunca. Con dicha campana, el obispo reclama habitualmente la presencia del novicio en su despacho, evitando así tener que recorrer caminando todo el edifico hasta dar con él.

A los pocos segundos, Anuj se presenta en la habitación. Viendo lo poco que ha tardado, Mr. Harrison se pregunta si no estaría tras la puerta escuchando su conversación. Lo cierto es que no cree que esta sea de su interés ni que el hecho de hacerlo pueda resultar una amenaza, así que no le da más importancia. De todos modos, el auditor toma nota mental de que cualquier cosa que diga puede terminar en los oídos menos esperados.

Anuj saluda formalmente a Mr. Harrison y espera las órdenes del obispo. Al contable le parece a simple vista un chico muy disciplinado. Está convencido que si continúa sus estudios y acaba accediendo a algún puesto de relevancia, la Iglesia en su conjunto saldrá beneficiada.

—Por favor, Anuj, trae una tetera con agua hirviendo y prepáranos dos tazas del té que nos ha enviado sir Sheercliff. Deseo que mi invitado sea partícipe de tan exclusivo privilegio.

—¿Quiere que use el té que ha llegado esta mañana? —pregunta el chico, vacilando. Parece como si la decisión del obispo le hubiese cogido desprevenido.

—Sí, claro. Sería muy egoísta por mi parte reservarlo únicamente para mi deleite personal —apunta el obispo, enfatizando la desmedida concesión que le hace a Mr. Harrison—. Además, quién sabe si gracias a mi ofrecimiento el cónsul encontrará en el señor Harrison un distinguido nuevo cliente a partir de hoy.

—Por favor, padre Sanders, no es necesario que se tome usted tantas molestias —le dice Mr. Harrison, entre halagado y molesto porque en esta ciudad todos parezcan disfrutar retrasando el

momento en el que afrontar los temas que motivan sus reuniones—. No quisiera robarle mucho tiempo, así que me gustaría pasar a hacerle unas cuestiones rápidamente y después le dejaré tranquilo para que pueda dedicarse a sus propios asuntos.

Anuj se queda perplejo al oír cómo el extranjero se refiere al obispo como padre Sanders, pero sabe que es mejor mantenerse al margen. Si monseñor Dumont ha querido preservar su identidad ante él sus razones tendrá.

—Por supuesto, por supuesto… ¿Va a querer leche o azúcar? —pregunta el obispo, ignorando la impaciencia que empieza a dejar patente la actitud de Mr. Harrison.

—Sin leche, gracias, pero con dos terrones de azúcar —contesta él, aun sin tener ninguna gana de tomar nada en estos momentos.

Monseñor Dumont hace un gesto a su novicio para que vaya a preparar el agua y se recoloca en la silla, intentando adoptar una posición receptiva. El auditor le parece un tipo bastante inteligente y se da cuenta de que ha pecado de ingenuo al creer que iba a tragarse que todas esas facturas a nombre de monseñor Dumont habían sido emitidas mucho tiempo atrás. Ni siquiera sabe si esos apuntes figuran con fecha en los libros de lord Britton ni tampoco a cuántos de ellos ha tenido acceso. Había valorado la excusa de decirle que por facilidad burocrática era mucho más sencillo seguir utilizando el nombre de Dumont en la contabilidad. Pero, maldita sea, ahora no está tratando con un idiota como el gobernador, y no hay razón admisible para falsificar un documento con la firma de otra persona, por mucha facilidad que revista el hacerlo.

Por el momento, monseñor Dumont decide que no puede hacer otra cosa que esperar a ver por dónde ataca su oponente y defenderse con todo lo que sea posible. Ya irá reconduciendo sus argumentos según donde sienta las punzadas.

—Muy bien. Usted dirá.

Mr. Harrison carraspea y traga saliva. Quiere que su voz suene firme y sin fisuras.

—Como le decía, he empezado a estudiar las facturas emitidas a nombre de su iglesia. Y hay cosas demasiado llamativas como para ser consideradas meros despistes o errores tipográficos.

Mr. Harrison necesita fingir que conoce en profundidad todas las operaciones realizadas entre el gobierno de lord Britton y la Iglesia, y no entrar en demasiados detalles. Prefiere que el obispo interprete que sabe de qué está hablando antes que dejarse en evidencia por haber dicho algo incoherente. En otras palabras, considera que es menos arriesgado aparentar que evidenciar. Además, tal vez así al

obispo se le escapen detalles mientras habla que da por supuesto que él ya conoce.

—Es evidente que para construir una iglesia, como ocurre con cualquier otro edificio de gran magnitud, hace falta adquirir materiales costosos y contratar mano de obra cualificada. Y eso conlleva pagar facturas —alega el religioso.

—Eso no lo pongo en duda, monseñor Sanders. Pero desconfío de las altas sumas desviadas hacia su parroquia. Las considero desorbitadas si nos atenemos solamente a tareas de construcción. Da la sensación de que han sido hinchadas de manera intencionada y posteriormente sus cuentas cuadradas a dedo.

—¿Insinúa usted que yo o algún otro representante de esta iglesia nos estamos lucrando bajo el pretexto de la realización de unas obras? —pregunta, indignado, monseñor Dumont.

—Explíqueme, pues, a dónde va destinado ese dinero.

—Tendrá que concretar más si quiere que le dé una respuesta precisa, pues no tengo constancia de ningún exceso de capital —se escuda el obispo.

En esos momentos, Anuj hace acto de presencia en el despacho portando una bandeja con una tetera llena de agua caliente, dos tazas idénticas y la caja de té supuestamente enviada por sir Sheercliff.

—Con su permiso, padre Sanders.

—Va usted a descubrir lo distinto que sabe el mejor té del mundo cuando se consume en origen —le adelanta el prelado a su invitado.

Anuj destapa la tetera y echa un puñado de hojas troceadas a su interior, sumergiéndolas en el agua con una cuchara. El líquido se tiñe rápidamente del color rojizo del té. Una dulce fragancia inunda la habitación, atrayendo la atención de los presentes.

Un par de minutos más tarde, Anuj vierte la infusión colada en las tazas junto a la cantidad de azúcar precisada por cada uno, y las deposita sobre la bandeja. Entonces se la acerca primero a Mr. Harrison y después a monseñor Dumont, para que cada uno de ellos se sirva personalmente.

—¿Té rojo? —pregunta, sorprendido, Mr. Harrison al contemplar el interior de la taza—. Hasta donde yo sé, el té es verde y no del color de la sangre.

—¡Oh, mi querido amigo! Desde hace meses se están empezando a producir en las plantaciones del norte de la India nuevas variedades de té rojo y negro, que presumen de ser excelentes digestivos y potentes afrodisíacos.

—Ardo en deseos de constatar sus efectos —admite el contable, rememorando una vez más su *affaire* con la señora De Vellis.

—¡Por favor, Mr. Harrison! —exclama monseñor Dumont, fingiendo escandalizarse—. No debe insinuar usted esas cosas en la casa de Dios.

—Creo que me malinterpreta, padre Sanders. Lo que quiero decir es que un buen digestivo no me vendría nada mal después de las especiadas comidas autóctonas —aclara Mr. Harrison, intentando disimular sus verdaderos pensamientos.

—Oh, discúlpeme. Acostumbrado a las mundanas costumbres del gobernador, supuse que usted también se regiría por el mismo libertinaje. Ruego sepa perdonar mi confusión.

—¿El gobernador Britton, dice?

El obispo se acerca a Mr. Harrison para poder hablarle en voz baja, como si le fuera a confesar algo de suma relevancia. Antes, gira la cabeza hacia Anuj y le hace indicaciones para que les deje a solas. En esos momentos, Mr. Harrison se da cuenta de que al obispo le faltan dos dedos en su mano derecha. Intuye que debe haber sido horrible para él perderlos y espera que no haya sido muy doloroso.

—Lord Britton gusta de dejarse ver por los lupanares de la ciudad, tomando los más costosos elixires, y siempre en compañía de las señoritas más exclusivas. Supongo que es algo que su salario de gobernador le permite costearse.

Mr. Harrison frunce el ceño interesado, no ya por los excesos de lord Britton, sino porque pudieran haberse hecho con cargo a la hacienda pública. El obispo detecta que sus palabras han surtido efecto en él y decide explotar un poco más el recurso.

—La verdad, lejos quisiera yo estar de entrar a valorar lo que tenga a bien hacer el gobernador con sus honorarios. Sin embargo, lamento que sea tan reacio a mostrar la misma generosidad con las propinas de sus fulanas que con el necesitado cepillo de la iglesia —monseñor Dumont adopta una expresión melancólica, dotando a su discurso de cierto dramatismo—. Ya ve que aquí todavía queda mucho por construir y la fe de las personas no es algo que pueda esperar. Apenas contamos con la gratitud de unos pocos mecenas para levantar nuestro templo, y a este ritmo sinceramente no creo que mis ojos lleguen a ver las obras acabadas.

—No exagere, padre Sanders. Estoy seguro de que usted va a enterrarnos a todos —pronostica Mr. Harrison, sintiendo para su sorpresa un atisbo de compasión hacia el anciano.

—No lo tenga usted tan claro —rechaza el obispo, notando que

poco a poco se va ganando la simpatía de ese hombre. Sabe que eso le allanará el camino.

—Por cierto, padre. Bien sabe Dios que mi intención se asienta en las antípodas de poner en duda lo que usted dice, pero hay algo que me resulta incomprensible.

—Dígame qué es e intentaré aclarárselo.

—Esas facturas…, las que fueron remitidas a monseñor Dumont para su posterior abono…

—Ajá.

—Dice que son bastante antiguas, ¿no es así?

—Mucho —confirma el obispo—. Seguramente la mayoría de la gente que las emitió haya muerto ya o sea demasiado mayor para seguir regentando sus negocios.

—Comprendo —dice Mr. Harrison, sujetando entre sus manos la humeante taza de té para tantear su temperatura.

—¿Y qué no le cuadra?

—Es curioso que monseñor Dumont se preocupara por aquel entonces, cuando las obras de la iglesia se limitaban a cimentar los pilares, de encargar las dovelas de la bóveda, ¿no le parece? ¿Para qué cree que querría las piedras del tejado con tanta antelación?

A monseñor Dumont le gustaría argumentar algo con rapidez, pues cada segundo que pase reforzará la desconfianza del supervisor en él. Debe decir algo cuanto antes y que suene convincente. Obviamente, Mr. Harrison está haciendo alusión a la última factura que le entregó a lord Britton, relacionada con la plementería.

—Es posible que quisiera tenerlas mucho antes por algún motivo que desconozco.

—¡Qué extraño! Cuando visité hace unos días su iglesia, esas piedras aún tenían un color claro que las hacía parecer recientes. De hecho, ni siquiera el musgo había tenido tiempo de asentarse en ellas.

Monseñor Dumont aprieta los dientes. Le gustaría estrangular al gobernador con sus propios tirantes y meterle la cabeza en una escupidera. Es indudable que si lord Britton le ha entregado todas las facturas, el supervisor sería muy cretino si no dedujese que han sido emitidas hace poco tiempo. Por lo tanto, no podrían estar firmadas por alguien que hace años desapareció una noche y del que nunca más se supo. Monseñor Dumont cree que no le queda más remedio que pasar al plan B e intentar sobornar al supervisor. Después de todo, cuando infla los gastos lo hace también con vistas a tener un dinero reservado para casos como este. Como si fuese

una especie de «seguro para imprevistos».

Mientras el falso padre Sanders responde, Mr. Harrison se lleva la taza a la boca y da un buen sorbo al acuoso contenido.

—¡Vaya! Lo encuentro mucho más amargo que el té convencional —dice mientras lo paladea—. Creo que hay que estar acostumbrado a los sabores fuertes para saber apreciar su valor en su justa medida.

Monseñor Dumont imita a su invitado y prueba el té de su taza, reteniendo el líquido en la boca. Efectivamente su sabor es un tanto amargo comparado con el té que suele consumir, pero confía en que solo sea cuestión de endulzarlo un poco más.

Entonces Mr. Harrison comienza a temblar y sentir nauseas. Un fuerte dolor en el estómago le hace retorcerse en la silla. De su boca empieza a brotar una espuma viscosa que pronto se torna en vómito. Asustado, monseñor Dumont escupe el té y suelta su taza.

—¡¿Se encuentra bien?! —le pregunta, limpiándose la lengua con la manga de su sotana.

Lejos de poder contestarle, Mr. Harrison pierde el equilibrio y cae al suelo. Su taza se rompe en mil pedazos junto a su cabeza.

—¡Ci… cicuta! —gorgoritea un cadavérico Mr. Harrison justo antes de expirar.

El obispo Dumont contempla horrorizado el cuerpo del contable, hinchado y blanquecino, rezumando jugos gástricos por la boca. Ha tenido suerte de preferir el té menos caliente que Mr. Harrison, pues no ha llegado a ingerir cantidad alguna. «¿Ha dicho “cicuta” antes de morir? ¿Acaso sir Sheercliff me ha enviado una caja de té mezclado con cicuta?». Monseñor Dumont se resiste a creer que el cónsul de Darjeeling haya intentado asesinarle de semejante manera. Después de todo, no tiene motivos para ello ni tampoco intereses enfrentados a los suyos. De hecho, ni siquiera se conocen. ¿Por qué iba a querer matarle?

Después de unos minutos meditando junto al cadáver, monseñor Dumont empieza a contemplar otras posibilidades. La primera es a su vez la más inmediata: por alguna razón que desconoce, sir Sheercliff le ha enviado té envenenado para tratar de acabar con él. Pero caben otras interpretaciones. ¿Y si alguien había interceptado el paquete y había adulterado su contenido en algún momento? En ese caso, el asesino podría ser cualquiera. Cualquiera que le odiase lo suficiente como para querer matarle, claro. El abanico de candidatos sería demasiado amplio, pero si monseñor Dumont tuviera que quedarse con uno solo, lo tendría claro: lord Britton. Y aunque de antemano no encuentre suficientes motivos para que el

gobernador pueda querer asesinarle, sabe muy bien que sus relaciones ya no son las que eran y que su acuerdo de colaboración lleva roto demasiado tiempo. Es más, no descartaría que hubiese tramado sustituirle por otro religioso al frente de la iglesia, ahora que está prácticamente terminada y un gran número de personas forman ya parte de su rebaño.

Pero monseñor Dumont sopesa también alternativas más rebuscadas. ¿Y si quien envió el paquete sabía que estaría reunido con Mr. Harrison en el momento de estrenarlo? En ese caso, el supervisor podría ser el objetivo, o ambos incluso. Monseñor Dumont cree que la única persona capaz de tramar eliminar a Mr. Harrison es igualmente lord Britton. Resulta evidente que el supervisor constituía la más seria amenaza para los intereses del gobernador y su llegada había sido una de las peores cosas que a lord Britton le habían pasado en la vida. Con esta maniobra, el gobernador podía haber buscado dos cosas: que tanto Mr. Harrison como el propio obispo pereciesen envenenados, en cuyo caso sería difícil enjuiciar al gobernador, pues no habría testigos ni indicios contra él; o que solo uno de los dos lo hiciera. Poniéndose en este caso, que a fin de cuentas es el que se ha dado, Mr. Harrison ha sido la víctima y monseñor Dumont el superviviente, en cuyos aposentos ha fallecido el primero. Es decir, el obispo queda en la posición de ser el único sospechoso del envenenamiento de la persona que había ido a revisar sus cuentas. Si hubiese ocurrido lo contrario, la gente culparía directamente a quien había enviado el paquete: sir David Sheercliff.

De ser cierta esta última hipótesis, una cosa resultaría clara: lord Britton no sería de los que dejan cabos suelto. Sin embargo, que no haya conseguido acabar con él ha sido el peor error que ha podido cometer porque, pensándolo bien, él tampoco necesita al gobernador para nada. De hecho, una vez conseguida la ayuda económica del socio musulmán, su figura perdió toda relevancia. Se había convertido en una lacra que debía ser exterminada antes de que transmitiese su mediocridad a los demás. «¿Qué se puede esperar de un idiota incapaz de asesinar a un viejo lisiado, desarmado y desprevenido? ¿Realmente se puede confiar en alguien así?».

Monseñor Dumont decide apostar por esta posibilidad, pues le parece la más creíble. La imagen de lord Britton instándole a pedirle en su carta al cónsul de Darjeeling que le enviara una caja de té regresa a su mente para apoyar esa teoría. Y de aquella, Mr. Harrison todavía no había llegado a la ciudad.

Desenmascarado el autor de la trama, a monseñor Dumont le falta saber con qué apoyos ha contado el gordo gobernador para contaminar el envío, porque francamente, no cree que sir Sheercliff tenga nada que ver en todo esto, pese a ser el remitente del paquete. Hay quien le diría que al no conocerle no puede confiar en él, pero monseñor Dumont es de la opinión contraria: conocer a un hombre es lo que da motivos para desconfiar de sus actos.

Así pues, ha tenido que ser una tercera persona quién, acatando las órdenes de lord Britton, añadiera la cicuta a la mezcla de hojas trituradas. Quizás lo hiciera antes de que esta llegase a la iglesia o quizás después.

Monseñor Dumont pasa por encima del cadáver, se va hacia la pared y agita enérgicamente la cuerda que hace resonar la campana por toda la iglesia.

—¿Padre Sanders? —pregunta Anuj desde la puerta al poco. Entonces el muchacho ve el cadáver del contable en el suelo y la expresión de su cara se cubre de estupor.

—Pasa, Anuj. Necesito saber algo.

El novicio da dos pasos al frente. Lo justo y suficiente para que pueda considerarse que está dentro de la habitación. Monseñor Dumont se acerca a la mesita y coge la tetera de porcelana, levanta su tapa y contempla el rojo líquido que aún conserva en su interior.

—¿Tienes constancia de que alguien haya manipulado el contenido de esa caja? —pregunta el obispo, señalando el pequeño recipiente de madera que el novicio había dejado sobre la mesa antes de irse.

Anuj finge estar tratando de hacer memoria, pero es difícil disimular cuando se tiene el cadáver reciente de un hombre tan cerca. Desde el principio supo que colaborar con Nagesh le colocaría entre la espada y la pared; sin embargo, cuando pensaba en cómo actuaría frente al obispo si tuviera que dar explicaciones, en su cabeza todo parecía más sencillo.

—No, señor. Usted mismo la desempaquetó cuando llegó y nadie más se acercó a ella hasta que le preparé el té. El contenido estaba intacto por aquel entonces —asegura Anuj. Pero su voz temblorosa hace difícil confiar en sus palabras.

—Esta caja no contiene solamente té, como puede presuponerse al ver la cara de ese hombre —le informa el obispo—. Alguien ha introducido un elemento ajeno a las infusiones con el propósito de atentar contra mi vida, aunque mucho me temo que no le ha salido nada bien la jugada.

—Ese hombre… ¿Está muerto? —pregunta Anuj, al borde del

sollozo. Nunca antes había visto tan de cerca la hueca mirada de una persona sin alma y lo que le transmite es un profundo sentimiento de desolación.

Monseñor Dumont, que no es ajeno al nerviosismo del muchacho, posa la tetera sobre la mesa y toma con su mano tullida el abrecartas plateado. Después se aproxima cojeando hasta el cadáver y le da dos golpecitos con el bastón para asegurarse de que no sigue con vida. Finalmente se acerca hasta el novicio.

—Yo diría que lo está —le confirma—. Dime una cosa, Anuj. ¿Estás completamente seguro de que nadie ha mezclado las delicadas hojas del té con las no tan delicadas hojas de la cicuta? —pregunta el padre Dumont, situando la punta del abrecartas sobre la garganta del muchacho.

1. *Una fina alfombra de agua sobre las dunas del desierto*

Kushala examina la herradura incandescente con la misma minuciosidad que un tasador de diamantes valora la pureza de una pieza que le interesa adquirir con su dinero. Estando satisfecho con su acabado, la sumerge en el agua para templarla. Al contacto con el líquido, el trozo de metal produce una enorme humareda blanca.

—¡¡Nagesh!! —exclama el herrero al ver entrar en la fragua al muchacho—. Pero ¡¿tú no habías muerto?!

—Parece que ese era el destino que me tenían reservado unos cuantos —responde el muchacho.

—¡Maldita sea! ¡Qué buena forma de empezar la tarde!

—¿Por qué todos me recibís de la misma manera?

—¿Cómo? ¿Como si estuviésemos viendo un fantasma? ¿Y qué esperabas? ¡Yo mismo estuve en tu funeral!

—No me digas… ¿Fue una ceremonia emotiva?

—Sí, pero me rompía el corazón ver a tu chica llorando de esa manera. Recordé el dolor que sufrí cuando perdí a mi mujer y entendí lo que estada padeciendo —lamenta el herrero—. ¿Y qué? ¿Quieres reincorporarte al trabajo?

—No lo descarto en el futuro, pero todavía no puedo aceptar tu oferta.

—Te pagaré cincuenta más al mes.

—Vas a hacer que me arrepienta de rechazarlo —asegura Nagesh—. Por cierto, ¿cómo se supone que fue?

—¿El qué? ¿El funeral?

—Mi muerte. ¿Cuál fue la versión oficial?

—Según tengo entendido, unos salvajes os habían atacado volviendo del Himalaya.

—Bueno, quien quiera que lo inventase no fue demasiado original.

—¿A qué te refieres?

Nagesh le resume a grandes rasgos su periplo por las montañas, pues no es momento de entretenerse con los detalles.

—Es increíble. Así que era una invención bastante bien encaminada. Oye, este calor es asfixiante. Voy a tomar un poco de *lassi*. ¿Te apetece un vaso?

—Sí, por favor —dice Nagesh, dándose cuenta de que lleva unas cuantas horas sin beber.

—Brindaremos por ti. A propósito, siento mucho lo de tu mujer —afirma Kushala con sinceridad—. Sé que en el fondo no hay motivos para estar tristes y que debemos celebrar su partida hacia su nueva vida, pero tengo la sensación de que, en cierto modo, la echarás de menos. Yo a mi mujer la añoro todos los días.

—Así es. No puedo estar feliz sabiendo que se ha ido sin que haya podido despedirme de ella. Espero que encuentre la paz más allá de las estrellas, que es dónde quería ir. Allí, y a Varanasi, aunque para eso ya es demasiado tarde, supongo.

—Tuvo que ser muy duro para sus primas el encontrarla sin vida —se lamenta Nagesh, dando un sorbo de la bebida—. Algo espeluznante.

—¿Sus primas? —pregunta Kushala, dubitativo—. Según tengo entendido quien encontró su cuerpo fue ese novicio que vive con el obispo cuando le llevaba algo de comida. Este avisó a su señor, quien en seguida se apresuró a organizar un funeral cristiano. Creo que quería evitar por todos los medios que se realizase una incineración. Se acabó enterrando su cadáver en un féretro en el pequeño cementerio que hay en la abadía, tras oficiarse una misa privada en su memoria. Nadie en su familia pudo siquiera acudir al funeral.

A Nagesh la versión del herrero le resulta terriblemente desconcertante.

—¿Estás seguro de lo que dices? ¿Insinúas que el único que vio el cuerpo de Shefali fue monseñor Dumont?

—Sí, así es. Bueno, el cura y su novicio, que fue quien realmente lo encontró.

—¡Oh, Dios! ¡Tengo que volver a la iglesia para hablar con Anuj! —exclama Nagesh, prácticamente soltando el vaso sobre la mesa de trabajo.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —pregunta el herrero, intrigado.

—No te lo puedo explicar muy bien, pero hay algo en esta historia que no encaja.

Nagesh sale de la herrería preguntándose por qué habrá podido Anuj mentirle en su versión de lo sucedido. Si realmente fue él quien encontró el cadáver no tiene sentido que niegue haberlo hecho, a no ser que estuviese bajo coacción, en cuyo caso debería contárselo. Para algo son amigos.

Al llegar a la iglesia, Nagesh encuentra a un grupo de personas conversando arremolinadas frente a la puerta. Parecen bastante

alteradas y no paran de hacer ademanes con los brazos en todas direcciones.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta Nagesh a una mujer embarazada que no deja de llevarse las manos a la cabeza.

—El novicio del padre Dumont —responde consternada—. Apareció esta mañana flotando en la orilla del río con un cuchillo clavado en el pecho, junto a otro hombre que parece haberse ahogado.

—¡¿Qué estás diciendo?! —pregunta, exaltado, Nagesh.

—Por lo que se cuenta, el chico intentó robar al otro individuo, un hombre británico del que nada más se sabe. Ambos forcejearon y acabaron cayendo terraplén abajo hasta el río. Allí la reyerta se recrudeció; el novicio intentó estrangular al inglés y este para defenderse le asestó una puñalada en el corazón, aunque también acabó pereciendo en el agua.

—¿Qué necesidad podía tener ese chiquillo de robar? —se pregunta uno de los hombres del corrillo.

—¿Quién sabe? —plantea la mujer—. El pobre obispo tiene que estar ahora mismo totalmente abatido.

—Ha suspendido la misa de la tarde.

—¡Qué pena más grande! Deberíamos pasar por la sacristía a mostrarle nuestras condolencias.

—De allí vengo yo —añade un hombre—. Hay un cartel en la puerta informando que monseñor Dumont estará ausente unos días.

—Se notaba que quería mucho a ese muchacho.

—¡Que el Señor le tenga en su gloria!

Nagesh necesita sentarse a tomar aire y busca una piedra apartada sobre la que apoyarse. Shefali muerta. Anuj muerto. ¿Qué estaba pasado en el mundo? Nagesh había vuelto de forma errática a una ciudad yerma y desconocida, en la que ya no quedaba nada de lo que un día había dejado al marchar. Si acaso un conjunto de edificaciones anodinas habitadas por gente anodina que seguirán morándolas aunque él se vaya y regrese mil veces. Sin embargo, las pocas personas que realmente ha querido se pierden tragadas por la tierra como una fina alfombra de agua sobre las dunas del desierto.

Entonces le asalta el inmenso temor de que la muerte de Anuj pueda estar relacionada con el encargo que él le pidió. ¿Y si el obispo había descubierto el engaño y se lo había hecho pagar al novicio como único responsable? ¿Sabría monseñor Dumont que Nagesh estaba detrás de la encerrona o seguiría creyendo que estaba muerto?

El inigualable dolor de creerse responsable de la muerte de Anuj

le apuñala a Nagesh unas entrañas que ya de por sí estaban en ruinas por la pérdida de su mujer. Cada vez tiene más claro que en esta vida no le queda nada que perder. Sabe que monseñor Dumont está detrás de casi todas las muertes que le han importado y ya no tiene ganas de pensar en más trampas o engaños. El obispo había querido hacer de él un soldado, un asesino de los que no dejan huella ni marca en sus víctimas. Una sombra casi imperceptible bajo un eclipse de sol. Y Nagesh va a demostrarle que ha sabido aprovechar la oportunidad que le ha brindado.

1. *Su diplomática manera de arreglar las cosas*

Lord Britton coloca dos troncos de castaño sobre las ascuas de la chimenea, con los que cree que podrá mantener caldeada la habitación alrededor de una hora más. Después abre la ventana para airear el olor a cuero quemado que desprendieron las tapas de sus libros contables al arder, un olor que ha conseguido perdurar varios días agarrado a las cortinas como un gato enfurruñado. Aquellos muchachos que envió al hotel no habían tenido ningún cuidado en proteger los papeles de la lluvia y estando mojados habían tardado demasiado tiempo en arder, provocando más humo del deseado.

Cuando regresa junto al fuego, lord Britton se queda embobado contemplando las llamas mientras piensa en cuál ha de ser el siguiente paso a seguir. Todavía le da vueltas a la malicia del obispo Dumont, quién al parecer había asesinado al auditor inglés sin pudor alguno, seguramente tras sentirse acorralado por sus preguntas. El gobernador no se cree en absoluto la versión que daba la prensa en la que un hombre aseguraba haberle visto forcejear con el novicio antes de que ambos cayesen al río y uno muriese por herida de un arma blanca y el otro ahogado. Sin duda alguna, el astuto prelado había urdido un plan para acabar con Mr. Harrison si este llegaba a descubrir sus oscuros negocios, pero por qué se llevó por delante también la vida de su propio novicio es algo que no se explica. De ahora en adelante debe estar muy atento a cualquier maniobra del religioso, vista la facilidad con que se desembaraza de quien empieza a resultarle molesto. No obstante, al mandatario le alivia que nadie le haya acusado a él de ordenar el asesinato del supervisor, dado que estaba inmerso en la auditoría de sus cuentas. En ese sentido, no le convence la versión de los periódicos locales, pero le beneficia, así que no tiene nada que objetar.

Pero lord Britton no considera que entre su documentación hubiera pruebas tan concluyentes como para que Mr. Harrison pudiera poner en un aprieto al obispo. Es cierto que monseñor Dumont le había ido entregando decenas de facturas sospechosamente abultadas que él iba anotando y adjuntando a sus registros, pero no eran suficiente argumento para imputarle ningún

delito grave. Tampoco se imaginaba a Mr. Harrison en pie, acusando firmemente al prelado de dilapidar el dinero de los contribuyentes hasta hacerle suplicar clemencia. Bueno, más bien hasta hacerle perder los estribos y romperle el cuello. Sin duda, entre las paredes del despacho de monseñor Dumont tuvo que suceder algo que a lord Britton se le escapa.

Como la señora De Vellis lleva todo el día encerrada en su habitación, lloriqueando desde que se enteró del fallecimiento de Mr. Harrison, no hay nadie que atienda las necesidades del gobernador. Así que, cansado de su dieta a base de *whisky* y galletas saladas, no le queda más remedio que salir de su despacho en busca de algo decente que comer.

El pasillo de la casa está mucho más frío que la temperatura de la que gozaba en su cuarto, lo que le contraria un poco más, si cabe. Se va acercando el invierno y uno de los primeros síntomas de ello es la característica bocanada que surge de la garganta al espirar en el pasillo del edificio. Aunque a él llegan apagados por la almohada, lord Britton puede oír los llantos desconsolados de su secretaria. «¡Pobre mujer!», piensa mientras se rasca la cara. El no haber dispuesto de una palangana de agua caliente por la mañana le había impedido afeitarse como acostumbra a hacer todos los días antes del desayuno.

Lord Britton desciende por las escaleras preguntándose qué habrá hecho el supervisor desde que le robó los documentos. Está claro que antes de que los recuperase, él había tenido tiempo de descubrir algo en ellos, y ese algo le había llevado a la iglesia a charlar con monseñor Dumont, pero no sabe hasta qué punto pudo llegar a indagar. Ni por qué prefirió ir allí como primer paso, antes siquiera de regresar a su despacho poniendo el grito en el cielo por su indignante falta de rigurosidad contable. Y lo más importante: ¿Qué habrá hecho con esa información? ¿Habrá tenido tiempo de informar a sus superiores a través de un telegrama? ¿Les habrá comunicado el extravío de todos los registros contables antes de morir? De no ser así, ¿enviará la Corona un nuevo supervisor para que continúe el trabajo de Mr. Harrison con la idea de pedírselos otra vez? ¿De dónde los sacaría en ese caso?

Está claro que si él hubiera sabido que monseñor Dumont mataría al auditor no hubiese quemado sus libros. Con ellos han desaparecido todas las evidencias del dinero que su gobierno ha destinado a las obras de la iglesia, y no tiene ya nada con lo que poder chantajear al obispo. Aunque sigue conservando la carta que le desenmascara, parece evidente que bajo ningún concepto el

padre Dumont puede enterarse de que esos documentos han sido destruidos.

Lord Britton va hasta la cocina y rebusca en el frigorífico, pero todo lo que contiene está cubierto de moho o huele rematadamente mal. Dentro de un armario encuentra una bolsa de papel con higos secos y nueces. Al olisquearlos no percibe ningún olor desagradable, así que se echa un buen puñado de ellos a la boca y comienza a masticar. Mientras lo hace, el gobernador no deja de darle vueltas al mismo asunto: ese obispo psicópata ha arruinado su magníficamente bien organizado plan de un plumazo y ahora la situación se ha invertido. Su cargo vuelve a peligrar y con él su reputación y su futuro. Y todo por culpa de monseñor Dumont y su diplomática manera de arreglar las cosas. Está claro que debe agilizar el proceso antes de que todo se desmorone como un castillo de naipes.

Sin soltar la bolsa de frutos secos, sale corriendo hacia la recepción. Sobre el mostrador, la señora De Vellis tiene un calendario adornado con fotos de flores extrañas. El gobernador echa cuentas varias veces, recalculando plazos y ajustando fechas. Entonces se fija en el pequeño papel amarillento con la palabra «telegrama» que reposa sobre la mesa de su secretaria.

—¡Esta mujer va a acabar conmigo!

A continuación coge el mensaje y lo lee en voz baja. Lo que hay escrito en él hace que la bolsa de frutos secos se le caiga al suelo y a punto esté de atragantarse con una nuez a medias de masticar.

—¡No! ¡No! ¡¡No!!

El gobernador aprieta los dientes y da un puñetazo en la mesa.

—¡¡Mierda!! ¡¡Mierda!! —exclama fuera de sí.

Resistiéndose a creer que la muerte de su compatriota es una realidad, el mandatario inglés relee una tercera vez la misiva.

Sir Sheercliff fallecido. Muchachos desaparecidos. Plan continúa con único efectivo. Acción inmediata. Todo o nada. Harjeet.

—¡¿Pero por qué tienen que pasarme estas cosas a mí?! —se pregunta, casi sollozando.

Si interpreta correctamente el telegrama, sir Sheercliff habría muerto de algún modo indeterminado y, ante la falta de un mando claro, todos los muchachos se habrían escapado. Seguramente aprovecharan tan confusa situación para salir tranquilamente por la puerta y volver a sus lugares de origen. Lord Britton se desespera. Sería pecar de inocente pensar en reunirles a todos de nuevo para continuar con el entrenamiento. Les habían enseñado un oficio, el arte de matar y ya podían valerse por sí mismos para ganarse la

vida.

Pero lo que más le confunde, no obstante, es la parte en que se dice que el plan continúa vigente con un único efectivo. ¿Significa que un muchacho había permanecido en el campamento y el instructor lo consideraba lo suficientemente bueno como para confiar en él su destino? «Acción inmediata…, acción inmediata». Lord Britton sabe que las prisas no son buenas. Les había espoleado para que apretasen el ritmo y estuviesen listos antes de la primavera, pero antes ya sería arriesgarse demasiado. Querer hacerlo de forma inminente era toda una temeridad.

Lord Britton se echa las manos a la cara. «Se acabó. Todo se ha ido al traste». Muy a su pesar se da cuenta de que seguir con la voluntad de Harjeet es la última rama a la que poder agarrarse para salir del pozo de arenas movedizas en el que ha caído. Retroceder ahora no le serviría de nada. Había soltado un puñado de asesinos por la calle, ¿quién le aseguraba que ninguno de ellos iría a por él? Sobre el papel está seguro de que su plan era bueno, pero en la práctica los guardias y el instructor han podido no haber obrado como debían, provocando la aversión de los muchachos. Alguno de ellos podría hacerle a él responsable de un hipotético mal trato recibido.

Tras unos minutos meditando sus limitadas opciones, el gobernador Britton coge de nuevo el calendario de la señora De Vellis. Aparentemente, todos los días podrían ser igual de propicios para infiltrar un asesino en palacio y dar el golpe de gracia. Bastaba con que la hija del mercader estuviese atenta para dejarle pasar. «¿A quién quiero engañar? La chica todavía no se ha casado con el marajá. No es nadie dentro del palacio y no tiene poder suficiente para ordenar abrir las puertas a alguien de fuera. Entrar allí va a ser imposible. Si pudiese conseguir que el príncipe saliese de él, tendría más posibilidades de éxito.

Entonces se fija en varios días marcados en rojo a mediados de julio y parece tener una revelación.

«¡Eso es! ¡El marajá será asesinado durante el Rath Yatra!».

Lord Britton deja el calendario sobre la mesa y sube las escaleras a toda velocidad.

—¡Margaret! —exclama golpeando la puerta de la habitación de su secretaria—. Por favor, abra la puerta.

—Señor Britton, hoy no tengo el día para nimiedades. Tendrá que arreglárselas usted solo —dice ella desde dentro.

Lord Britton gira el pomo de la puerta, a la que la secretaria no ha echado el pestillo, y entra en la habitación. La señora De Vellis

se encuentra tendida en la cama, agarrada con fuerza a su almohada y llorando a moco tendido.

—Oiga, Margaret…

—Señor Britton, le había dicho que hoy no tenía el ánimo para atender a nadie. Por favor, váyase.

Pero el gobernador no tiene intención de dejar la habitación tan pronto. Antes debe averiguar si su secretaria se ha ido de la lengua con Mr. Harrison o se ha limitado a hacerle perder el tiempo, como era su cometido. Aunque, a tenor de cómo ha reaccionado ella al recibir la noticia, parece que entre ambos se había llegado a establecer algún tipo de vínculo emocional.

—Lamento el dolor que la pérdida del señor Harrison haya podido provocar en usted —asegura lord Britton, sentándose en la cama a su lado. Ella se limita a sollozar.

—La verdad, usted tuvo la ocasión de conocerle mucho mejor que yo. ¿Era tan bella persona como se intuía a primera vista?

—Vamos…, señor Britton…, llevo muchos años trabajando… con usted. Hemos pasado infinidad… de horas juntos. Haga el favor… de no tomarme por idiota.

Lord Britton frunce el ceño sorprendido por la respuesta de la señora De Vellis. En verdad sabe reconocer cuando alguien está hablando por hablar.

—Bueno, ¿qué quiere que le diga? Es cierto que su presencia en la ciudad no podía traer nada bueno para mí. Y suponía que inicialmente para usted tampoco. Aunque me equivoqué en parte.

—Lo hizo.

—En cualquier caso, créame, el tiempo que compartimos me permitió reconocer en él a un hombre leal y sincero. De ahí que no fuese difícil que en usted surgiese algún sentimiento especial.

—Yo… le amaba.

—¿Que le amaba?

—¿Qué sabrá usted?

—Vamos, ¿ha dejado usted de ser la señora De Vellis? —pregunta el gobernador—. Desconozco la situación sentimental en la que se encontraba Mr. Harrison, pero por Dios, usted es viuda. ¡No injurie la memoria de su difunto esposo!

La señora De Vellis rompe a llorar al escuchar la dura acusación de lord Britton. A él le desesperan las mujeres sensibles a comentarios tan sensatos como el suyo. ¿Acaso la muerte de un marido daba vía libre a su viuda para descarriarse? A juicio del gobernador, cualquier mujer que pretenda preservar su dignidad no se acercará a otro hombre que no sea un sacerdote. Y, obviamente,

lo hará para rezar por su marido.

—Mire, tómese lo que resta de día para no pensar en nada y desahóguese cuanto quiera. Mañana necesito que esté lúcida para contarme con detalle de qué estuvieron hablando ustedes dos y cuánto llegó a sonsacarle ese hombre sobre mí. Después deberá ayudarme a volver a planificar cierto asunto que tengo entre manos.

Lord Britton le da a su secretaria una palmadita en la pierna y se va hacia la puerta.

—¡Ah! Y compre algo de comer. Nuestra nevera parece un basurero.

Sin más, el gobernador cierra la puerta, dejando a la señora De Vellis llorando como un bebé abandonado.

1. *Una bonita y engañosa careta*

En vista de que el obispo Dumont parece haberse ido temporalmente de la ciudad, y por tanto aún no podrá matarle, Nagesh decide visitar a Ankur, el sepulturero que trabajó de aprendiz con su padre en el pasado. Con un poco de suerte él podrá darle algún detalle más sobre las circunstancias de la muerte de Shefali, aunque no haya participado directamente en su funeral. A veces, los sepultureros comentan con sus compañeros de trabajo cosas peculiares que les hayan podido llamar la atención. Si quien realizó los preparativos encontró algo sospechoso, sin duda Ankur debe estar al corriente.

Ankur vive en una diminuta chabola con su mujer y sus dos hijos en las afueras del oeste de Bhubaneswar, en una de las comunidades de intocables que salpican de vergüenza su periferia. Aunque nunca le falta trabajo, su remuneración es tan reducida que se antoja insuficiente para subsistir incluso en un ambiente de pobreza extrema. No obstante, su posición se considera casi un privilegio en su entorno y muchos de sus vecinos le miran con cierta envidia.

Ankur palidece cuando ve aparecer a Nagesh frente a su casa, pues las últimas noticias que había recibido apuntaban también a su fallecimiento.

—¡*Námaste*! —exclama efusivamente Ankur.

—*Om Namah Shivaya* —replica Nagesh en respuesta a su saludo.

—¡Nagesh, me habían dicho que estabas muerto!

—Lo sé. Y parece que alguien está insistiendo mucho para que eso suceda más pronto que tarde.

—Sería para mí un honor prender la llama sobre tu cuerpo, aunque seguramente tu alma no necesite de su acción purificadora.

—Créeme que haré méritos para necesitarla y, si fueras tú quien la encendiera, el honor sería mío —admite Nagesh con cortesía—. Del mismo modo, me hubiese gustado que en mi ausencia tú mismo hubieses presidido la pira de mi mujer.

—Tus deseos llenan mi alma de alegría, pero el obispo no permitió a ningún sepulturero de la ciudad que se acercara a ella —confiesa Ankur—. De hecho, contrató los servicios de un enterrador de Cuttack expresamente para ocuparse de los preparativos y

finalmente no fue incinerada.

Las palabras de Ankur coinciden con las versiones que le dieron tanto Anuj como Kushala en lo referente al recelo con el que el obispo había ocultado el cadáver de Shefali al público. Esto le lleva a preguntarse por qué habría obrado de una forma tan obsesiva. Después de todo, es incomprensible que tuviese ni siquiera interés en darle sepultura de forma cristiana. ¿Era acaso una provocación hacia su familia? ¿Un intento de reafirmar su poder?

—Parece que monseñor Dumont se apropió del cuerpo sin ningún derecho e hizo con él lo que quiso. Su familia no tuvo ocasión de verlo y mucho menos decidir sobre su ceremonia de despedida —indica Nagesh.

—Eso he oído yo también.

—¿A qué crees que se debe esa conducta?

—Ni idea. Tú has sido su pupilo, así que seguramente puedas intuirlo mejor que yo. Se me ocurre que tal vez no quisiera que alguien que sintiese aprecio por ella viera el estado en que había acabado su cuerpo.

«¿Realmente creerá que el obispo puede llegar a ser tan considerado?», piensa Nagesh, aunque considera su razonamiento muy válido, ya que una de las principales virtudes del prelado es ocultar su faceta más despiadada al resto de personas, que solo perciben en él una bonita y engañosa careta.

—¿Cómo se ha dicho que murió?

—¿No lo sabes? —se extraña Ankur—. Fue atacada por un demente sin escrúpulos que además se habría ensañado con ella —dice Ankur, arrepintiéndose de inmediato por no estar más comedido en sus explicaciones.

—Después del funeral la enterraron en la abadía, ¿verdad?

—Sí. ¿Te acuerdas que dejamos un hueco entre el foso del hermano Alfred y la tapia?

Nagesh afirma.

—Me has sido de gran ayuda —agradece el muchacho—. Por cierto, ¿han cogido a ese lunático?

—Sí. Pero no podrás mirarle a los ojos. Fue juzgado por violación y asesinato, y declarado culpable por unanimidad. Lo ejecutaron dos días más tarde en la plaza.

—Entiendo.

Obviamente, a Nagesh no le consuela que un desconocido haya sido ejecutado sin haber podido mirarle antes a los ojos.

—Es posible que aún no lo sepas —dice Nagesh, preparándose para irse—. Anuj apareció ahogado esta mañana en el Mahanadi.

Dicen que intentó robar a un inglés y en el forcejeo perecieron los dos.

—¿¿Anuj muerto?? ¿Pero qué está pasando últimamente?

—Eso me gustaría a mí saber. Desde entonces el obispo está desaparecido.

—¿Por qué aparecerá siempre ese hombre en todas las historias?

—Por favor, Ankur, si puedes, me gustaría que oficiases tú la cremación. Te pagaré más adelante.

—Claro, Nagesh. No te preocupes. ¿Sabías que yo también me ocupé del funeral de tu padre?

—No, no lo sabía —admite Nagesh—. Pero te muestro mi más sincero agradecimiento por ello. Nunca me perdonaré haberle abandonado.

—Tú no pudiste hacer nada. Su cuerpo quedó prácticamente reducido a cenizas en el incendio. La ceremonia fue solo algo testimonial.

Nagesh asiente y le da las gracias nuevamente. Después regresa a casa a descansar unas horas. No ve la hora en que llegue la noche y pueda empezar a juntar las piezas del rompecabezas.

Salvaguardando su identidad bajo una larga capa negra, Nagesh camina, decidido, en dirección a la abadía. En la mano lleva la pala que ha cogido antes de salir de casa y con la que espera empezar pronto a desenterrar sus dudas. Piensa sacarla de allí y llevársela consigo para darle un funeral digno ante sus dioses. Y hará arder la ciudad entera si es necesario para levantar la pira que ella merece. Su único temor es saber cómo reaccionará cuando encuentre su cuerpo demacrado, esperando, impávido, a que él regrese de las montañas.

Nagesh ha aguardado hasta la noche para asegurarse de tener el camino despejado. No quiere que nadie le vea ni interrumpa. Cuando al día siguiente encuentren el ataúd vacío pensarán que alguien ha exhumado el cadáver, sin llegar a imaginarse el propósito. Entonces los monjes se limitarán a tapar el agujero y guardarán silencio. Si algo tienen los muros de la abadía es que funcionan como una enorme membrana que filtra todo lo que no puede entrar o salir de la misma.

Hace unos minutos se ha puesto de nuevo a chispear, lo cual para Nagesh es un inconveniente, pues facilitará que perduren las huellas de sus pisadas en el patio. Como contrapartida, también reblandecerá la tierra y hará más fácil su trabajo.

Cuando por fin llega a la abadía, Nagesh se detiene ante sus muros, sintiéndose arroyado por un torrente de recuerdos

imperecederos. Desde su posición puede ver la ventana del cuarto del hermano Saravanan, a la que arrojó guijarros la noche en que se presentó allí con Shefali. Al monje casi le había dado un síncope al verla.

Nagesh no cree que el obispo esté escondiéndose en la abadía, sin ir más lejos porque ninguno de los monjes lo toleraría. Pero tampoco le parece conveniente llamar a la puerta, pues del mismo modo, ninguno de los monjes le permitiría a él llevar a cabo su propósito. Así que a Nagesh no le queda más remedio que rodear la antigua fortaleza y trepar por el muro que da acceso al patio trasero.

Al poner de nuevo un pie en la tierra, Nagesh descubre todo un cementerio lleno de cruces de madera con nombres hindúes grabados. Imagina que monseñor Dumont ha creado una especie de cementerio improvisado para enterrar a los conversos fallecidos que no disponen de fondos para pagar un funeral tradicional. Algunos nombres tienen junto a ellos una segunda nominación cristiana, seguramente adquirida durante la conversión.

Pero la aparición del camposanto no es lo único que ha variado dentro de la abadía. Aunque es cierto que, pese a las continuas obras de reacondicionamiento, la construcción adolece de una gran cantidad de años duramente sobrellevados, en el tiempo en que Nagesh no ha estado en ella, parece haber envejecido cinco siglos. Quizá la oscuridad de la noche altere su percepción, pero el muchacho tiene la impresión de que hasta las piedras que conforman los muros destilan una tristeza que no existía antes de que él se fuese, como si el abandono se hubiese cebado con el lugar. Nagesh lo siente por los monjes. Está seguro de que su hogar es un reflejo fidedigno de lo que son ahora: unos ancianos que esperan su muerte con la misma indiferencia que una vaca ve morir a un cordero.

Siguiendo las indicaciones de Ankur, Nagesh da pronto con una tumba dentro del tablero de muerte en el que se ha convertido el patio, sobre la que apenas ha brotado la hierba. Las flores frescas y el removido manto de tierra que la cubren atestiguan que no hace mucho que fue ocupada. Alguien ha grabado el nombre de su mujer en una placa de latón sobre una cruz clavada en la cabecera. Las cálidas lágrimas de Nagesh riegan la tierra mezcladas con el agua de lluvia.

No muy lejos de ella hay preparado un foso tal vez pensado para ser la morada del joven con quien Nagesh compartió el final de su niñez, al que quiso como un hermano y que pagó con su vida sus

insensatas ansias de venganza. Nunca podrá expresar con palabras el infinito dolor de esa deuda fraternal que brota de su corazón y devora a su paso sus cada vez más tenebrosas entrañas.

Nagesh aparta las flores depositadas sobre la tumba de Shefali y comienza a cavar con determinación. El agua de la lluvia facilita las incisiones de la hoja metálica en la tierra, por lo que Nagesh avanza a grandes paladas, creando pequeños montículos de barro a ambos lados del agujero.

En pocos minutos, Nagesh ya ha cavado hasta casi tres pies de profundidad. Entonces se encuentra con una densa capa arcillosa dispuesta a ofrecer una mayor resistencia. Quizá el peso de la tierra mojada que tenía encima la haya ido compactando y endureciendo.

En esos momentos, Nagesh siente el sonido de una respiración acelerada tras de sí y sus músculos se paralizan. Rápidamente se gira con la pala en alto para contrarrestar un posible ataque y descubre a un perro observándole tranquilo bajo la lluvia. Lejos de considerarle un extraño, el animal se limita a saludarle con dos fuertes ladridos.

«¿Los monjes tienen un perro?».

Nagesh se limpia la mano embarrada sobre la pechera del *dhoti* y acaricia la cabeza de su inesperado nuevo amigo. Que le haya brindado tan buen recibimiento cree que puede deberse a que esté acostumbrado a su olor, el cuál puede haber perdurado en algunas de las cosas que dejó en la abadía cuando se fue.

Pese a los ladridos del perro, el interior del edificio se mantiene en calma y a oscuras, a excepción de una luz tenue en una habitación del piso superior. Nagesh duda si esa luz estaba ya prendida antes, cuando llegó. Por la posición, intuye que corresponde con los aposentos del hermano Anderson, quien al menos antes solía leer desde maitines hasta laudes, y apenas dormía después. De todas formas, aun estando en vela, con el ruido de la lluvia y el viento entre los árboles, es casi imposible que el monje pueda reparar en lo que sucede fuera, así que Nagesh se centra en ahondar la tierra que tiene a sus pies sin excesivas precauciones. Y debe darse prisa, porque su ansia por llegar hasta el ataúd está empezando a volverse insoportable.

Afortunadamente, no necesita cavar mucho más para golpear con la hoja metálica contra una superficie compacta. Nagesh suelta la pala a un lado y con sus dedos trata de apartar el barro que aprisiona el féretro contra las entrañas de la tierra. La superficie desenterrada todavía no es suficiente para poder levantar la tapa, así que aferra de nuevo la herramienta y la hace oscilar, clavándola

a lo largo del contorno de la caja para así ahuecar la arcilla que la rodea. Finalmente, Nagesh hace palanca en la junta de la tapa y logra abrir una hendidura sobre la que presionar con todo el peso de su cuerpo. Los clavos van cediendo uno a uno hasta que las tablas superiores quedan desenganchadas y resulta fácil separarlas con la mano.

Entonces se agacha de rodillas y agarra el tablón por ambos lados. Sin previo aviso, una sensación de miedo y desasosiego le embarga hasta hacerle plantearse si no sería mejor abandonar. Teme enfrentarse al macabro retrato que seguramente cubra el antaño inmaculado rostro de su mujer. Quiere que ella no esté debajo, pero sabe que su voluntad no es suficiente para alterar la realidad.

Haciendo de tripas corazón, Nagesh cierra los ojos y se jura que no importa lo que le espere bajo aquel trozo de madera podrida. No habrá nada en el mundo que pueda empañar jamás el recuerdo que guarda de Shefali en su memoria.

No puede esperar más. Nagesh traga saliva y respira profundamente, apretando con todas sus fuerzas sus manos a la tapa del ataúd. Entonces da el paso definitivo y lo aparta con rapidez, cruzando fugazmente su mirada con la que le brindan las cuencas oculares del cadáver que yace en su interior.

De pronto, la puerta de la abadía se abre de par en par.

—¡¿Quién anda ahí?! —pregunta la voz del hermano Gorgonio por encima de la tormenta.

El monje sale al exterior, cubriéndose la cabeza con la capucha de la sotana. En la mano porta un candil de cristal prendido que arroja algo de luz sobre sus pasos. El hermano Gorgonio trata de agudizar su vista entre la neblina, pero la lluvia se clava en sus párpados, impidiéndole fijar la mirada en un punto determinado.

Embadurnándose las sandalias de barro, el cocinero bordea la esquina exterior del edificio, aunque la estrecha cornisa que rodea el tejado apenas ofrece protección contra las inclemencias meteorológicas. En ese instante, el perro se levanta y va a su encuentro, pero a él no le coge por sorpresa.

—¡Jezabel! ¿Qué haces ahí mojándote como una tonta? —le pregunta—. ¿Has visto alguna rata merodeando por el huerto?

El animal se limita a restregar su cuerpo por los bajos de la sotana del monje. Entonces él se fija en una estrecha mancha de barro que recorre longitudinalmente la mitad superior del lomo del animal. El hermano Gorgonio lanza una mirada tratando de otear los recovecos donde poder ocultarse que los árboles, las cruces y

alguna lápida de gran tamaño ofrecen. Aunque no ve a nadie, está seguro de que alguien de confianza para Jezabel le está observando desde las sombras.

—Ya veo. No me quieres decir quién te ha visitado, ¿eh, pillastre? Pues has de saber que encubrir a un delincuente es una falta muy grave. Me encargaré de que mañana no recibas alimento alguno.

El monje alza el candil y cruza el camino hacia el cementerio, bajo las agitadas ramas de los árboles. «Debería haber convencido al obispo para sustituir esos enmarañados tilos por unos elegantes cipreses. Así podría caminar bajo ellos sin temer recibir el golpe de una rama arrancada por el viento».

El hermano Gorgonio no tarda en divisar los dos montones de tierra y el enorme agujero cavado en el suelo, y se acerca con rapidez. Al situar el candil sobre la fosa descubre que la tumba ha sido abierta, aunque aparentemente no falta nada en ella. Allí sigue yaciendo la chica muerta junto a sus pocas pertenencias. De hecho, más que echar en falta algo, lo que le llena de sorpresa es encontrar junto a ella un segundo cadáver de tamaño más pequeño. El monje se fija con más detalle en el cuerpo inesperado. Sin duda, pertenece un niño muerto a una edad temprana, enterrado junto al cuerpo de la que seguramente fuese su madre.

El monje entra, consternado, en la abadía, echa el cerrojo y sube directamente al cuarto del hermano Saravanan, a quien encuentra sentado en su silla leyendo un libro de salmos.

—Hermano Saravanan, siento interrumpir su lectura, pero acaba de ocurrir algo terrible —anuncia el monje entre jadeos.

El monje aparta su mirada del manuscrito y se queda muy sorprendido al ver la figura del hermano Gorgonio chorreando de la cabeza a los pies.

—Hermano, está usted empapado —dice, soltando el libro sobre la cama.

—He salido al patio trasero al oír ladrar a Jezabel y creí ver movimiento en la zona del cementerio. No sé quién estaría merodeando por allí, pero quien quiera que fuese tuvo tiempo de escapar antes de que yo llegase.

—¿Jezabel no le atacó?

—No, que yo sepa. Parecía relajada.

—Y dígame, ¿han provocado destrozos o han robado alguna cosa valiosa?

—Peor —contesta preocupado el hermano Gorgonio—. Han profanado una de las tumbas.

—¡Oh, Dios mío! —exclama el hermano Saravanan, santiguándose tres veces.

—Han desenterrado el supuesto cadáver de la mujer de Nagesh.

—¿El de Shefali? —pregunta el monje, muy impactado por la noticia.

—Bueno, depende. O mis sentidos me engañan, o aunque es su tumba la que han destapado no es su cuerpo el que hay en el ataúd —revela el monje—. A no ser que su aspecto haya cambiado radicalmente durante estas semanas y haya concebido un hijo entando difunta.

—¡¿Qué?! ¿¿No es ella??

—En absoluto. Conocía a esa chica tan bien como usted y no es ella quien está enterrada en esa tumba.

—Lo que dice es muy grave. Debemos avisar de inmediato al padre Dumont —asevera el hermano Saravanan, levantándose de la silla como impulsado por un resorte.

—Espérese un momento —le detiene el hermano Gorgonio—. Hemos de ser cuidadosos y no precipitarnos en nuestras decisiones.

El monje converso duda un momento. Su compañero tiene razón, hay que actuar con precaución.

—Estoy de acuerdo. Tal vez deberíamos tratar de averiguar primero quién es la joven del cementerio —coincide el hermano Saravanan—. Por cierto, ¿qué quiere decir con que había concebido un hijo?

—Que he hallado junto a ella el cuerpo de un bebé de poco más de un año.

—¡Por Dios! ¡Qué acto tan macabro! Lamento que haya tenido que presenciar una escena tan desagradable. Pero ¿quién se ocupó de los preparativos del entierro? ¿No fue aquel sepulturero venido de Cuttack?

—Sí, así es. Quien precisamente fue elegido a dedo por el propio obispo Dumont.

—Esto es una locura. ¿Cree que el obispo es conocedor de toda esta situación?

—¿Quién sabe? Yo ya no sé qué pensar.

—¿Y qué pasa con los que han venido a desenterrar el cadáver? —plantea el hermano Saravanan—. Puede que hayan sido familiares que quisiesen llevárselo para incinerarlo, y también habrán descubierto el engaño. ¿Cómo piensa que actuarán ahora?

El hermano Gorgonio no es demasiado optimista al respecto.

—A decir verdad, hermano Saravanan, si eso es así, creo que como mínimo nos declararán la guerra.

1. *La frase lapidaria que tanto temía*

Nagesh pasa el resto de la noche sin dormir, sentado en la cama mirando al suelo, con la mente muy lejos de allí. Desde que ha regresado a su casa, esta se ha vuelto inmensamente grande, y aún sigue creciendo, como si sus paredes se fueran distanciando entre sí a medida que pasan las horas. Y atrapado en su interior, conformando un ambiente irrespirable, flota el vacío más absoluto.

En la casa no hay risas, no hay palabras, no hay vida. La ropa de Shefali reposa sobre la cama como la piel de un animal sacrificado puesta a secar al sol. Nagesh no se atreve a tocarla. Teme que se desate dentro de él un huracán de sentimientos incontrolables. Se conforma con mirarla a través de unos ojos perdidos en el pasado. Junto a ella está el collar de huesos de nísperos que él le regaló el día de su boda. Le falta el que ella le entregó para que le trajese suerte. Nagesh coge el collar y se lo cuelga del cuello. Le ayudará a sentir a su mujer casi como si estuviese a su lado.

Sobre la mesa languidece en tonos amarillentos la orquídea que había dejado para que Shefali la encontrase al entrar en casa. «¿Dónde estará? ¿Seguirá con vida?».

Encontrar el cadáver de otra mujer en la tumba en la que debía estar su cuerpo le ha dejado totalmente descolocado. Cierto es que cabía la posibilidad de que los nombres de las cruces no se correspondiesen con la persona enterrada debajo, pero ¿qué puede hacer? ¿Seguir escarbando el resto de tumbas por si de casualidad la encuentra en alguna? Aunque quisiese realizar esa locura no podría, pues parece claro que de ahora en adelante los monjes se mantendrán mucho más alerta ante lo que pueda suceder dentro de la abadía.

Tal vez, si hubiese encontrado el cadáver de Shefali, su situación ahora mismo sería otra. Lloraría su pérdida durante varios días hasta empezar a ver de nuevo la luz. Encontrar el ataúd vacío, por el contrario, le hubiera alentado a salir en su búsqueda, pues se convencería casi del todo de que ella seguía viva. Hallar a otra persona en su interior, sin embargo, solo ha servido para hacer más grandes sus dudas.

Nagesh se levanta de repente y, caminando torpemente, sale descalzo al jardín. Aunque su aspecto sea el mismo de ayer, hoy lo

encuentra mucho más marchito y abandonado. El pequeño estanque sigue cubierto de unas plantas acuáticas tan vulgares como el resto de las cosas que las rodean. La tierra que alimentaba las flores está apelmazada, llena de intrusas indeseadas que les robaron el agua de sus raíces hasta secarlas. Nagesh se sienta en una piedra recubierta de un musgo amarillento por el que corretean de un lado para otro cientos de pulgones minúsculos. Desearía convertirse en una estatua de mármol y quedarse en ese jardín para siempre, cuidando como un pétreo espantapájaros del único recuerdo vivo que le queda. Una vez el hermano Jacob le había preguntado si creía que era más fuerte una roca o una planta. «Una roca, por supuesto», contestó él. Entonces el monje le hizo ver que considerar la planta como un ente aislado era un error. La planta puede aparentemente morir y regenerarse, como un organismo cíclico capaz de perdurar durante siglos. La roca, al contrario, sufre desde el principio un proceso decadente del que no puede escapar. «Templos enteros han sido devorados por la vegetación hasta ser convertidos en polvo y piedras diminutas», le dijo. Ahora mismo, sin embargo, a él no le importaría ser esa roca. Cree que acabar hecho pedazos por la implacable acción de las raíces de esas plantas sería un final muy digno para alguien como él.

Pero mientras Nagesh contempla, meditabundo, el mustio jardín de su mujer, alguien le observa a él por encima de la empalizada. Alguien que lleva varios minutos esperando a que el muchacho apacigüe su alma y se serene. Sabe que necesita sentirse en paz con todas esas plantas como un paso más en el proceso de aceptación de la pérdida de su mujer.

Solo cuando Nagesh suspira profundamente y hace ademán de levantarse, Aysha decide acercarse, por fin, al muro del jardín y revelar su presencia.

—Nagesh —le llama suavemente para evitar sobresaltarle.

Lejos de hacerlo, Nagesh alza la vista hacia ella con gesto todavía ausente. Da la impresión de que ni siquiera el barrito de un elefante a su espalda habría provocado que su corazón se acelerase.

—Eres Nagesh, ¿verdad? —insiste ella al no verle reaccionar.

Nagesh parpadea un par de veces y agita su cabeza, intentando desprenderse del aturdimiento y el cansancio acumulado.

—¿Y quién eres tú? —le pregunta.

—Ven conmigo —le pide Aysha, confiando en que al muchacho no le dé por hacer demasiadas preguntas—. Quiero que me acompañes. Ya te lo iré explicando por el camino.

—¿Acompañarte? —pregunta Nagesh, sorprendido—. Tengo

bastantes cosas que hacer aquí —alega, recorriendo con la mirada el casi inerte jardín. Sabe que en el fondo nunca se convertirá en una estatua de mármol—. Debo arrancar toda esta mala hierba. Y las flores también. No sé cuidar de ellas.

—Por favor, Nagesh, es de vital importancia que vengas conmigo.

Nagesh se sacude el polvo de encima. La chica es una musulmana de ojos preciosos, pero eso no es suficiente para convencerle de ir con ella sin que le explique por qué es tan importante que lo haga. Además, lo que para unos es importante, para otros puede resultar una tontería.

—¿De vital importancia para quién? No voy a ir contigo a menos que me digas quién eres o quién te envía —le advierte Nagesh, comenzando a dirigirse hacia la casa.

—Me envía el príncipe Ayodhya —responde Aysha.

Nagesh se reiría si no fuera porque no le quedan fuerzas para hacerlo.

—El príncipe Ayodhya. Claro. ¿Cómo no lo habré supuesto al verte?

—Su vida peligra y tú eres la única persona que puede ayudarle. ¿Necesito darte más detalles?

«¿Qué la vida del príncipe está en peligro?». Es evidente que Nagesh no necesita más detalles por su parte, pues, a no ser que haya abiertos otros frentes, él sabe mejor que nadie dónde se encuentra el origen del peligro que acecha al soberano. Sin embargo, que una joven musulmana aparezca en su casa para informarle de ello e insista en que le acompañe a un lugar sin especificar para no se sabe qué, es realmente sospechoso. «¿Y si es una trampa y lo que buscan es interrogarme? No, no tiene sentido. Seguro que habrían obrado de otra forma si lo que pretendían era secuestrarme y forzarme a hablar», deduce. En cualquier caso, a Nagesh le conviene no dar muestras de que conoce dicha amenaza ni de que ha sido partícipe de ella.

—¿Acaso te has propuesto burlarte de mí? —insinúa el muchacho—. Porque no has podido elegir un peor momento…

—En absoluto.

—Pues lo parece…

Aysha se da cuenta de que necesita dar un golpe de efecto para convencer a Nagesh de que debe ir con ella y sabe bien cómo hacerlo.

—Sé quién es el hombre que conociste en Sambalpur, con quien habías acordado regresar a casa. Sabes a quién me refiero, ¿no?

Nagesh sabe muy bien a quién se refiere. El mismo hombre que había curado el brazo de Shalim tras el ataque de los salvajes en mitad del bosque, o que tiempo atrás le había sorprendido aguando el vino en aquel desastroso banquete celebrado en la abadía.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Él me ayudó a encontrarte.

—Creo que sabes demasiadas cosas relacionadas directa o indirectamente conmigo, sin que yo sepa nada de ti. Y eso es algo que no me gusta nada. ¿Por qué debo confiar en ti?

—¿Has comido algo en las últimas horas? —pregunta Aysha, ignorando el comentario.

—Sí…, no —duda él—. La verdad es que no lo recuerdo.

—Ten una manzana. Y tengo algo de *labneh* también. Vamos —apremia la chica, lanzándole la fruta al pecho para que la coja al vuelo—. Mi caballo está amarrado en aquel árbol de allá. Iremos montados los dos en él.

Nagesh se asoma por encima del muro para ver al animal en el que supuestamente van a viajar. Tal y como le ha dicho la chica, a la sombra de un árbol descansa un precioso corcel Marwari. En otras circunstancias, Nagesh ni se plantearía ir con ella, pero lo cierto es que parece conocer demasiadas cosas que en un principio no debería. Nagesh no se explica cómo habrá podido averiguarlas, y eso le hace sentir la necesidad de llegar al fondo del asunto.

—Tienes un caballo muy bonito —observa Nagesh, saliendo del jardín y acompañando a la joven hasta él.

—No es mío. Me lo ha prestado el príncipe —confiesa Aysha, soltando la cuerda que rodea el árbol. Después introduce un pie en el estribo y trepa con destreza al lomo del animal—. Vamos, sube —le dice, alargando su brazo para ayudarle a ello.

—El príncipe, ¿eh? Ayodhya.

—Sí, el príncipe Ayodhya.

Aysha le hace un gesto con la cabeza insistiendo en que monte a su lado cuanto antes. Nagesh, que empieza a convencerse de que la cosa va en serio, decide hacerle caso y toma su mano. Una vez arriba, la joven espolea a su caballo y ambos se alejan trotando calle abajo.

—Cuando hayamos salido de la ciudad podrás comer algo más. Luego iremos un poco más deprisa.

—No tengo apetito —responde Nagesh con desgana—. Puedes guardarte el queso para ti.

Ella encoge los hombros y agita las riendas del animal para acelerar su galope.

Al poco, Nagesh y Aysha dejan atrás las últimas edificaciones y se incorporan al camino principal en dirección a la costa. Desde el primer momento ha quedado claro que el corcel es un magnífico ejemplar, pues su galopar es firme y constante, a la vez que suave y predecible. También es de recibo reconocer el gran trabajo realizado por la persona que lo ha herrado, quien ha conseguido que viajar montado en él sea una experiencia excitante como Nagesh nunca antes había vivido.

Aunque hasta ahora no había pensado en ello, Nagesh se da cuenta de que ostenta una posición privilegiada para desbaratar los planes del obispo de asesinar al marajá. Más aún ahora, cuando este parece haber dado el primer paso en pos de un acercamiento. Todavía no sabe qué puede esconderse detrás de ese gesto, ni cómo se supone que él está capacitado para ayudarle a seguir con vida, pero espera que la joven musulmana no tarde en decírselo.

En cualquier caso, antes de decidirse a colaborar con ellos, Nagesh precisa saber cuáles son las intenciones reales del príncipe. Todavía no se cree que alguien de la realeza esté tan dispuesto a tratar directamente con un intocable, porque aunque después se pasase dos meses realizando ritos purificadores, el escándalo que se produciría de conocerse la noticia sería tremendo. Probablemente Ayodhya se viese obligado a abdicar y no tendría la opción de hacerlo sobre alguien de su familia.

—Oye, chico, no te lo tomes a mal, pero creo que necesitas un buen baño —le dice sin rodeos Aysha.

Nagesh no necesita acercar demasiado la nariz a su ropa para darse cuenta de que la chica tiene razón. Con tanto ajetreo lleva unos días sin asearse y realmente le apetece refrescarse un poco.

—Es verdad, me vendría bien acercarme un poco al agua.

Aysha detiene el caballo junto a la orilla del río y ambos desmontan casi a la vez.

—Lávate ahí mismo, no parece haber corrientes peligrosas. Yo te esperaré aquí —le dice la chica, acariciando el cuello del animal.

Nagesh se acerca al río y se quita la ropa antes de sumergirse poco a poco en sus aguas, hasta que esta le llega a la altura de la cintura. Poder librarse de la capa de polvo y sudor adherida a su piel le reconforta y hace que la circulación en sus venas se reactive.

—¡Eh, chico! —le grita de repente Aysha desde la orilla.

—¿Qué pasa?

Nagesh mira rápidamente hacia el camino para ver si alguien se acerca, pero no parece haber nadie en las inmediaciones.

—Bah, nada. Olvídalo.

«¿Qué diantres le habrá picado?».

Al cabo de un rato, Nagesh sale del agua visiblemente rejuvenecido. Aysha le espera para lanzarle un trapo con el que poder secarse el cuerpo.

—Anda, termina de vestirte antes de que no pueda resistir la tentación de caer en tus brazos, por favor. Los cuerpos fornidos siempre han sido mi debilidad —bromea Aysha ante el asombro de Nagesh.

En verdad, el aspecto físico del muchacho ha mejorado bastante. Hace unos meses, sus brazos y piernas no eran más gruesas que el palo de un escobón y su vientre se hundía, marcando las costillas que cruzan su pecho. Pero el entrenamiento le ha hecho ganar musculatura y ya no parece el pobre y lastimero muerto de hambre de antaño.

Una vez se ha secado, Aysha le pide que vuelva a subir al caballo y ambos continúan su viaje. Aunque ha tenido que vestirse con la misma ropa sucia de antes, a Nagesh el baño le ha devuelto parte de la vitalidad y energía que los últimos días le habían quitado. Cabalgar con la cabeza fresca y la piel limpia hace que su cuerpo respire por cada poro la brisa marítima que llega tenuemente hasta esa zona. Ahora sí se siente con hambre, aunque obviamente no piensa pedirle a la chica la comida que esta le ofreció antes.

Hacía muchos años que Nagesh no se acercaba a la costa y en sus recuerdos no encuentra el motivo por el que lo hacía. Sabía que había ido algunas veces con su padre, pero no podría precisar para qué. Seguramente fuese demasiado joven para acordarse.

A estas horas, apenas hay gente por el camino; solo algunos pescadores dirigiéndose a la ciudad a vender sus últimas capturas y varios jornaleros regresando de sus lugares de trabajo. La gran mayoría les miran con curiosidad, aunque por fortuna nadie les increpa ni molesta. Únicamente se limitan a señalarles cuando les ven pasar y a cuchichear por lo bajo. Nagesh supone que es porque no están acostumbrados a ver a una chica musulmana cabalgando con un joven hindú a sus espaldas.

Recorridas unas cuantas millas más, Aysha afloja la marcha del caballo hasta el trote, algo que Nagesh aprovecha para volver a preguntar por sus intenciones.

—Oye —le dice para captar su atención—, te agradezco la excursión y la charla, pero creo que es hora de saber en qué compañía acabo de dejar la ciudad y hacia dónde nos dirigimos.

Aysha asiente con la cabeza y reduce aún más la marcha para

poder hablar sin la necesidad de alzar tanto la voz y sin que el velo se le meta por la boca.

—Me llamo Aysha y soy hija de Muhammad Al-Jahan, un mercader que regenta un local de té en el barrio musulmán.

—No sé quién es.

—Aunque tú no le conozcas, tu tutor sí. Ha estado visitando su tienda durante los últimos meses.

«¿Monseñor Dumont visitando a un musulmán? La calidad del género que vende debe hablar por sí sola…».

—Junto a mi padre, el gobernador Britton y él han urdido un plan para derrocar al príncipe Ayodhya, que con tu ayuda debemos desbaratar. En resumidas cuentas: pretenden hacerse con el poder absoluto en la región. Sintetizando un poco, eso es lo que me ha llevado hasta ti.

—¿Sintetizando un poco? —repite Nagesh—. Me temo que no he logrado seguirte. ¿Dices que tratas de proteger al marajá de una supuesta intriga ideada por tu padre junto a monseñor Dumont y el gobernador Britton, y que para ello necesitas mi ayuda?

—Eso es —asiente ella—. No sé por qué dices que no lo has entendido.

—Porque no acabo de comprender qué papel juego yo. ¿Cómo podría ayudarte? ¿Y por qué debería hacerlo?

—Es lógico que ahora tengas dudas, pero cuando lleguemos a nuestro destino lo verás de otra forma —le tranquiliza Aysha—. Eres muy valioso, Nagesh, aunque tú no lo sepas.

—¿Valioso? ¿En qué sentido?

—Pronto lo sabrás —insiste—. Venga, vamos a avanzar otro trecho.

La joven musulmana azuza al caballo y la extraña pareja continúa su camino atravesando los páramos que rodean la ciudad. Nagesh se agarra con fuerza a la cintura de Aysha y cierra los ojos. Piensa en lo distinto que es este mundo de aquel que abandonó para entregar una falsa carta a un destinatario que no la esperaba. También la gente que lo habita ha cambiado por completo. Shefali se ha ido para siempre. Tampoco está Anuj. De hecho, en este nuevo mundo al que ha regresado sin realmente haber habitado antes en él, solo han perdurado los peores. Quisiera poder volver sobre sus pasos, desandar el camino que le ha traído al presente y revivir aquellos momentos únicos en los que fue feliz. Desde el día en que se perdió en el bosque y conoció a Shefali, hasta la mañana en que él la obligó a verle marchar. Ojalá toda su vida se limitase a ese periodo de tiempo y pudiese vivirlo una y mil veces.

La pista de tierra transita ahora junto a una zona pantanosa llena de arrozales, en uno de los cuales, según le contó en una ocasión su padre, había nacido Nagesh. No obstante, pronto se desvían y comienzan una abrupta ascensión por una ladera desnuda. Al parecer, se dirigen a la Montaña de la Aurora, o a una zona próxima tal vez. Nagesh recuerda también haber visitado ese lugar cuando tenía cinco o seis años para ayudar a un hombre que iba a construir una presa en el regato que pasaba junto a su casa. Cuando estuvo terminada, empezaron a llegar a ella pececillos arrastrados por la corriente que Nagesh intentaba atrapar sin éxito. El hombre tenía un gato pardo que observaba con curiosidad cómo el chico zambullía su mano en el agua todo lo rápido que podía, para después volver a sacarla vacía. Nagesh se pregunta si con el tiempo el gato habría aprendido a pescar los pececillos que a él se le escapaban entre los dedos. Recuerda que aquel hombre les había pagado con una carreta de leña y un tarro de miel. Ahora que lo piensa, no volvió a verle jamás.

El cielo ha empezado a nublarse y a lomos del caballo la sensación de frío es ahora más intensa. Además, al atravesar las zonas boscosas y sombrías, el efecto se acentúa. Nagesh nota cómo su nariz se humedece y el oído izquierdo empieza a dolerle levemente. Siempre lo hace cuando sopla un viento frío de costado. Sin saber por qué, de pronto echa en falta aquella basta capa que un día le había confeccionado como buenamente había podido su padre con la tela de la cortina que lo protegía de la oscuridad de la choza. Son muchos los recuerdos de la infancia que vienen a él después de años enterrados en el subconsciente. Tal vez su mente trate de llenar con las mejores piezas de su memoria el inmenso vacío que ha dejado en él la pérdida de Shefali.

Entonces Nagesh piensa en su madre. Desde que supo que la talla que el hermano Alfred había hecho para el cofre del obispo era su reflejo, involuntariamente la recuerda así siempre que piensa en ella. Seguro que era idéntica a cómo la había retratado el monje. ¡Qué diferente sería todo si su madre no hubiese muerto! Seguramente habrían pasado las mismas penurias que sin ella, pero su choza hubiera sido un hogar de verdad. Su hermano también habría sobrevivido, porque su madre nunca hubiera permitido que monseñor Dumont se lo llevara, y probablemente hubieran tenido algún hermano más. Tal vez una niña. Nagesh piensa también que seguramente Kamal y Madhul nunca habrían entrado en su casa, no habrían matado a su padre y él nunca habría acudido, aturdido, a la abadía. Es increíble hasta qué punto algunos acontecimientos

marcan la vida de las personas.

Aunque a su paso encuentran varias ramas caídas en mitad del camino, Aysha es buen jinete y lo demuestra haciendo saltar al corcel por encima de ellas. Pero Nagesh no lo es tanto y tiene la sensación de ir a caerse en cada uno de los saltos. Por fortuna siempre logra mantener el equilibrio y conservar la integridad de todos sus huesos.

Desde las alturas, la visión del valle es sobrecogedora. Quizá no tanto si es comparada con la que ofrecían los riscos de Sambalpur, pues aquellas laderas eran más pronunciadas y provocaban desniveles verdaderamente acusados que regalaban una vista espectacular. Pero desde aquí se pueden ver las marismas, con su alfombra de bruma blanca que se funde con el mar, y eso hace que sea muy especial. Ya desde la antigüedad, las grandes masas de agua poseen el poder de embaucar a los hombres y hacerles soñar con lo que hay más allá del horizonte, y en ese sentido Nagesh tampoco es una excepción.

Pero su paso por la cima no dura demasiado y al poco los dos jóvenes comienzan el descenso por la ladera opuesta. Al llegar abajo, el atardecer hace acto de presencia a su espalda mientras encaran el último tramo de su periplo hacia el litoral.

Tras unos minutos, son las sombras de la noche las que entrelazan sus dedos con la vegetación que delimita el sendero. Nagesh se pregunta por qué habrán subido y bajado la montaña en lugar de dar un pequeño rodeo, pero cree que los buenos recuerdos con los que ha podido reencontrarse hacen que cualquier mala razón que la chica pueda darle quede sobradamente justificada.

Como si notase que está pensando en ella, Aysha le informa de que apenas queda media hora para llegar a su destino. Para Nagesh, la noticia es un alivio, porque pese a todo está cansado, hambriento, triste y enfurecido, y quiere obtener respuestas de una vez por todas. Aparte, su poca costumbre a cabalgar también es un aspecto a tener en cuenta a la hora de querer que el viaje termine cuanto antes.

Gracias a Dios, tal y como Aysha le había prometido, no tardan ya demasiado en completar su viaje, desembocando directamente frente al imponente Templo de Konark. A estas alturas, los pocos rayos que le quedan al sol se proyectan sobre las copas de los árboles, iluminando su vertiente suroeste y confiriéndole con sus tonos anaranjados un aspecto de hermosura y sensualidad que pocas veces se espera ver en un edificio así. En contraposición, una especial negrura invade la parte opuesta a medida que se interna en

la noche.

—¿La Pagoda Negra? —pregunta Nagesh, extrañado por detenerse ante el templo.

—Sí, aquí nos quedamos.

—No la recordaba así. ¿Qué le ha pasado? ¿La han reconstruido?

—No estoy muy al corriente de lo que ocurre con los templos hinduistas, pero creo que la han desenterrado. Han retirado la mayoría de la tierra que cubría el suelo y las plantas trepadoras que había instaladas sobre los muros y bajorrelieves.

No puede negarse que los trabajos de recuperación a los que alude la joven no hayan tenido sus frutos. Ahora mismo el edificio en su conjunto constituye una de las más impresionantes construcciones que Nagesh haya visto en su vida. Y es que, aunque lleve ya construido casi cinco siglos, durante los últimos años había sufrido un claro deterioro y ya nadie recordaba ninguna ceremonia o ritual que se hubiese celebrado en su interior.

El templo en sí escenifica un enorme carro de ciento cincuenta pies de altura tirado con furia por catorce pétreos corceles. En la parte inferior pueden distinguirse una docena de ruedas que representan cada uno de los meses de enfermedad que Samba habría pasado antes de su curación. El hermano Saravanan había hablado en innumerables ocasiones acerca del Templo del Sol con Nagesh, al igual que de otros lugares sagrados de gran importancia para el hinduismo, tanto en su región como en toda la India. Guerras, saqueos, abandono e incluso varios fuertes terremotos habían convertido al templo en poco más que un recuerdo del pasado. Es increíble que una gran parte del mismo, probablemente la más significativa, hubiese quedado protegida bajo varias capas de tierra y ahora haya podido ser redescubierta.

Aysha y Nagesh se bajan del caballo y recorren a pie la distancia que les separa de la entrada del templo. El muchacho se acerca hasta su base para observar con más detenimiento los centenares de trabajadas esculturas que adornan las paredes exteriores. Puede distinguir varias apsaras, ninfas acuáticas danzando al son de la música, imágenes eróticas de gran diversidad, que parecen ser las predominantes a lo largo de los muros, infinidad de animales de todo tipo y, por último, tallas divinas comandadas por tres grandes estatuas del dios Surya.

Nagesh descubre en las tallas de piedra decenas de animales de los que jamás ha oído hablar, muchos de ellos provenientes del viejo continente africano como leones, jirafas o elefantes con orejas y patas mucho más grandes que los paquidermos que siempre ha

conocido. Algunos de estos animales, seguramente reencarnaciones de los dioses, copulan con mujeres en las más explícitas posturas.

Siguiendo estas cenefas, Nagesh llega a la escalinata principal. Allí alza la vista para observar el tejado piramidal del templo y ve a algunos pájaros que con buen criterio regresan a estas horas buscando cobijo en la cúspide, formada por varios bloques escalonados donde les es fácil resguardarse del frío o la lluvia.

—Vamos, por ahí—dice Aysha tras él.

Los jóvenes comienzan a subir las escaleras hacia la entrada. Nagesh todavía no ha podido desterrar del todo la idea de que se trate de una emboscada. Aunque no tendría mucho sentido tomarse tantas molestias para acabar con él, son varios los enemigos que podrían estar interesados en ello. Al menos se le ocurren sir Sheercliff, si es que el inglés ha logrado recuperarse de aquella herida; el gobernador Britton, que si se ha enterado de que Nagesh se ha fugado de la plantación de Sambalpur creerá peligrar su plan; y por supuesto monseñor Dumont, quien seguramente ya sepa que el muchacho sigue con vida y ha querido asesinarle. El dinero y la influencia de los tres les permitirían contratar tantos sicarios como deseasen, por lo que Nagesh no estaría del todo a salvo en prácticamente ningún lugar.

El pórtico principal del Templo del Sol es algo más grande que las tres puertas ubicadas en los muros exteriores. Aguarda bajo un marco de piedra rectangular en el que se alternan cenefas de motivos variados, algo peor conservadas que sus vecinas junto a las ruedas. Tal vez haber permanecido a la intemperie tanto tiempo, en lugar de preservadas entre la tierra, las haya castigado y erosionado con dureza. A ambos lados del pórtico se hallan los restos de dos grandes pilares caídos, todavía ocultos parcialmente entre maleza. Nagesh lo mira un instante. Su altura total ronda los dieciséis pies por unos diez de ancho y hay que decir que parece realmente pesado. Está formado por dos puertas de piedra en las que los grabados adquieren un cariz más indeterminado que los anteriores.

—Tranquilo, no tendremos que entrar por ahí. Hay una puerta más pequeña detrás de aquella esquina —le informa la chica—. Hemos venido por aquí porque él está esperándote allí.

Nagesh mira hacia donde Aysha está señalando y descubre con sorpresa a un hombre sentado, aparentemente sumido en un trance etéreo. Toda la energía del cosmos parece fluir canalizada por sus venas, ascendiendo desde el suelo, recorriendo cada rincón y regresando a la tierra tras haber purificado su karma. Nagesh ha visto a muchos ascetas meditar en posturas similares. A menudo,

resultaban ser hombres sabios dotados de poderes místicos con una visión del universo mayor que la de cualquier otra persona. Siempre se aprendía algo importante hablando con ellos.

Al acercarse un poco más, Nagesh descubre que Aysha tenía razón: es el hombre que vio en la abadía y con el que iba a volver de Sambalpur. Sin embargo, de no haber estado avisado de ello le hubiese costado reconocerle, pues siempre le vio tapado casi por completo y ahora se encuentra semidesnudo y lleno de símbolos pintados en su piel.

—Todavía estás a tiempo de dar marcha atrás —le advierte Aysha—. Después de hablar con ese hombre, tu vida ya no será nunca más la misma.

—No sabía que tuviese elección —dice Nagesh, quien efectivamente no fue consultado sobre si quería venir hasta aquí.

—Tienes razón —reconoce Aysha. El tono de su voz y las arrugas a ambos lados de sus ojos hacen presuponer que está sonriendo—. Pero sabía que una vez que le tuvieses delante, tus sensaciones iban a ser diferentes. ¿Te arrepientes de haberme acompañado?

Nagesh niega con la cabeza.

—Necesito respuestas, y si ese hombre puede dármelas, serán bien recibidas.

—Bien —dice Aysha, sentándose en el último escalón—. Ahora solo debemos esperar a que termine su meditación.

—¿Y eso puede durar mucho?

—No lo sé. Ayer cuando me fui le dejé allí y juraría que estaba en esa misma postura —dice la chica encogiéndose de hombros.

—¿Ayer? ¿Quieres decir que pasó así la noche entera?

—La última vez estuvo dos días.

—¿Dos días? ¿Enteros?

La mayoría de las oraciones de monseñor Dumont podían resultar tediosas, pero nunca habían durado dos días.

—Sí, pero no te preocupes. Está a punto de despertar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque viniendo hasta aquí le has dado una razón para hacerlo.

Tras unos veinte minutos, el hombre abre lentamente los ojos y poco a poco comienza a volver en sí. Uno tras otro, va colocando los miembros de su cuerpo en sus posiciones naturales, como un sastre que saca un nuevo maniquí de una caja de cartón para lucirlo en su escaparate. Después, el hombre permanece cerca de otros diez minutos observando el horizonte.

—Vamos —dice Aysha cuando cree que el viejo asceta ha vuelto del todo a la realidad.

Nagesh y la chica se levantan del escalón y se dirigen hacia él.

—Celebro que hayas sido capaz de traerle contigo —le dice el hombre a Aysha cuando llegan a su lado.

—No ha sido tan difícil —repone ella.

—Yo nunca lo logré —matiza—. Por favor, sentaos.

Aunque no tiene muchas ganas de volver a sentarse en la piedra, y menos aún ahora que el frío nocturno les empieza a envolver, Nagesh sigue las indicaciones del asceta y toma asiento frente a él. Está deseoso por ver si lo que tiene que decirle vale realmente la pena. «Espero que mañana me acerquen de nuevo a casa», piensa el muchacho entretanto.

—Aysha me ha dicho que la vida del príncipe Ayodhya corría peligro y que debía venir con ella. Espero que tengas algo importante que decirme al respecto, porque tengo muchas cosas que hacer.

—Confío en que así te lo parezca.

—También me ha dicho que saberlo cambiará mi vida.

—Todo cuando decimos y hacemos cambia nuestra vida y la de quienes nos rodean. Lo que voy a decirte no tiene por qué ser una excepción.

El hombre recoge una túnica negra doblada a su lado, la estira y se la echa por encima de los hombros.

—Podría empezar la historia en los tiempos en los que todavía era un brahmán del Ananta Vasudeva —comienza relatando.

Nagesh había oído hablar antes de ese templo. «¿No era uno de los lugares en los que también había servido el hermano Saravanan?», se pregunta.

—Un día vino a verme una mujer llorando. Me contó que un sacerdote había abusado de ella mientras iba a recoger arroz esa misma mañana. La mujer estaba ya casada y creía que aquello destruiría el honor de su marido, por lo que preparamos rápidamente algunas cosas y realizamos un ritual purificador. Sin embargo, pese a nuestros esfuerzos, el mal consiguió arraigar en su vientre y empezó a crecer, disputándole a la madre cada gota del alimento disuelto en su sangre.

A Nagesh el comienzo de la historia no le sorprende; un sacerdote obrando de manera deleznable es algo bastante común en nuestros días. Por desgracia, las violaciones siguen siendo un tipo de agresión muy difícil de probar y provocan en las autoridades un interés muy dependiente según el estatus de las víctimas. Por si

fuera poco, que un sacerdote fuese el artífice de dicha violación convertía en ley su palabra, así que nadie se atrevería a cuestionarle, y mucho menos a juzgarle, ni siquiera moralmente. Por desgracia, esa mujer no tenía la más mínima posibilidad de hacer justicia.

—Para proteger a su marido —prosigue el omnipresente personaje—, la mujer optó por ocultar lo sucedido, comportándose siempre ante él como si el futuro vástago fuese un legítimo hijo suyo. Desde fuera, obviamente, nadie tenía tampoco motivos para sospechar otra cosa. Pero la mujer no era la única persona preocupada por el devenir de los acontecimientos. El sacerdote que la había violado, pese a todo, se aterrorizó cuando supo que la mujer se había quedado encinta y la forzó en varias ocasiones para que se sometiera a un nuevo ritual, esta vez realizado por él. En otras palabras: quería terminar abruptamente con su embarazo.

Aysha, que seguramente ya haya escuchado la historia con anterioridad, sigue sufriendo escalofríos cuando se imagina el calvario por el que tuvo que pasar esa mujer. Primero, siendo violada por un extraño, y más tarde, aguantando en silencio su incesante acoso, con el único fin de preservar su matrimonio.

—La mujer se negó a obedecer y en lo sucesivo intentó no volver a estar sola para que ese hombre no pudiese acercarse más a ella. Pero, obviamente, el sacerdote no estaba acostumbrado a ver cómo alguien desatendía sus voluntades y siguió insistiendo. Un día la mujer volvió a acudir a mí, asustada ante el reiterado acoso de ese hombre, así que decidí implicarme un poco más en el asunto. En realidad, yo no podía hacerme cargo de su problema; de hecho ambos debíamos evitar dejarnos ver en público. Yo, en mi condición de brahmán, no podía relacionarme con ella, pues se trataba de una mujer sin casta, y si me veían con ella correría peligro la credibilidad y el prestigio de toda mi congregación.

Obviamente, Nagesh sabe lo complicado que es ayudar a un paria, sobre todo cuando eres alguien en la cúspide de la pirámide y hacerlo puede sepultar tu reputación en un lugar cercano al centro de la tierra. Que este hombre se haya arriesgado a ello ya merece todo su respeto, si bien es cierto que verle ahora en este estado le lleva a pensar que la vida no ha sido del todo justa con él. Solo espera que las calamidades que haya tenido que pasar no fuesen consecuencia de su empatía por los desventurados.

—Así que, en virtud de lo que podía acontecer, opté por dejar mi templo y acudí al monasterio donde residía ese sacerdote, fingiendo ser un religioso que había reconducido su fe y buscaba

una nueva vía para expresarla. Pedí al hermano Saravanan, mi más querido compañero, que me acompañara en esa aventura, sin llegar a confesarle los motivos que me llevaban a realizar semejante locura. El hermano Saravanan y yo éramos como hermanos de sangre y no puso objeción alguna, aunque obviamente no se explicaba el repentino cambio en mis creencias. Es algo que nunca podré dejar de agradecerle.

Tal y como Nagesh se había aventurado a pensar, el hombre que tiene delante había sido compañero del hermano Saravanan en el templo Ananta Vasudeva. Para Nagesh, que ambos se considerasen como hermanos era garantía suficiente para confiar en él. A juzgar por sus palabras, y a pesar de lo que pueda hacer pensar su aspecto de loco anacoreta, Nagesh presiente que el hombre que tiene delante no es otro que el hermano Visharad, aquel monje de la abadía que hace años había renunciado a sus hábitos por desavenencias con monseñor Dumont.

—La comunidad cristiana que habitaba en la abadía era relativamente joven, pese a que ya habían pasado por ella varios abades, y su repercusión más bien escasa. Así que cuando los dos nos presentamos en la puerta anunciando nuestros deseos de reconversión, fuimos admitidos sin demasiados problemas. De ese modo, pude seguir los movimientos del sacerdote desde una posición privilegiada, sin que nadie a mi alrededor sospechase de mis verdaderas intenciones. Mientras tanto, él la seguía vigilando en la distancia, esperando cualquier oportunidad para actuar, y yo le vigilaba a él para evitar que hiciese alguna locura.

De pronto, se levanta un poco de viento. El polvo que cubre casi toda la superficie del suelo comienza a ser arrastrado por ella.

—El día del alumbramiento, la mujer se encontraba recogiendo arroz en una marisma no muy lejos de aquí. Inconscientemente, cuando sintió que había llegado el momento, se alejó del grupo en busca de un lugar cómodo sobre el que recostarse. Por desgracia, el sacerdote, que la había seguido hasta el lugar, también estaba preparado. La mujer tuvo la mala fortuna de ser mordida por una serpiente que dormía enroscada al lado de donde ella yacía, y no pudo evitar que el sacerdote se llevase a su hijo mientras agonizaba de dolor.

Hasta ahora no se había dado cuenta. Pensaba que se trataba de una historia cualquiera que de algún modo se enlazaría con otra muy diferente, que al final le llevaría a otra en la que él aparecería de refilón. Pero sus últimas revelaciones no dejan lugar a la duda: está hablando de él. El que antaño fuera conocido como el hermano

Visharad está contándole la historia de su madre. Nagesh se resiste a creerlo. «No. No puede ser verdad…».

—Pero con lo que el sacerdote no contaba es que a los pocos segundos de que naciese el primer bebé, del mismo vientre saldría un segundo niño, empujado por el desesperado último aliento de su madre. —El hermano Visharad hace una pausa para tomar aire antes de continuar—. El sacerdote llegó a la abadía con el primer recién nacido en sus brazos y lo enterró a escondidas, y sin el menor atisbo de humanidad, en el patio trasero, al tiempo que su hermano era entregado a su supuesto padre junto con las noticias del fallecimiento de su esposa.

Nagesh no quiere oírlo. Preferiría morirse ahora mismo antes de enfrentarse a lo que el asceta solitario y demente está a punto de confirmarle.

Entonces, el hombre le mira directamente a los ojos y pronuncia la frase lapidaria que tanto temía.

—El sacerdote se llamaba monseñor Dumont y la mujer de la que te he hablado, claro está, era tu madre.

1. *La homogénea textura de la cordura*

Había pensado alguna vez en ello. Incluso con la curiosidad de saber cómo sería aquel misterioso hombre cuya aversión hacia el obispo le había hecho dejar la abadía. Pero nunca pensó que el día en que le conociese este le revelaría una historia tan convulsa que le llevaría incluso a desear morir.

Le había tocado nacer siendo un paria, sin ni siquiera el derecho de conocer a su madre, su padre había sido asesinado aún siendo él un niño, se había pasado toda la juventud encerrado en un monasterio sin ningún motivo, y cuando por fin puede conocer el mundo y se enamora, los dioses le arrebatan la posibilidad de ser feliz, revelándole que tuvo un hermano muerto nada más nacer, y dejando que asesinen a su mujer y a uno de sus mejores amigos. En definitiva, su vida se resumía en una sucesión de desdichas alternadas con calamidades. Y entonces, en el momento en que toda ella se revela como un total sinsentido, en el que ha decidido entregarla a cambio de venganza, descubre que es hijo del hombre al que más odia en el mundo, y por si fuera poco, fruto de una relación no consentida. «Ojalá hubiese nacido antes que mi hermano. Ojalá hubiesen sido mis huesos los que aguardaron junto a la higuera a que un cuervo los desenterrase», se repite Nagesh una y otra vez.

—Deberíamos llevarle algo caliente —propone Aysha, mirando con lástima a Nagesh, quien permanece sentado con la espalda apoyada en el muro.

—Déjale un rato más —aconseja Visharad.

—¿Crees que podrá superarlo?

—¿Superarlo? No, eso es algo que no hará jamás. Sin embargo, sobreponerse a la adversidad es la única forma que tiene de empezar a plantear su venganza, y en pocos minutos será lo que más ansíe en su vida.

Visharad tiene razón, pero a Aysha ese lapso de tiempo se le hace interminable. Ella también ha soportado muchas desgracias a lo largo de su vida, pero no por eso puede evitar sentir lástima por Nagesh.

Al cabo de un rato, el muchacho se levanta y camina hasta

donde Aysha y Visharad han prendido una hoguera.

—¿Cómo podía saber monseñor Dumont el día exacto en que nacería? —pregunta Nagesh al llegar hasta ellos.

Visharad acerca sus manos al fuego y se las frota.

—Eso mismo pensé yo —dice—. Inicialmente, uno de los chamanes de la aldea pronosticaba el parto una semana más tarde. Así se lo decían los astros y así nos lo transmitía.

—Se equivocó.

—Sí, eso parece. O quizá nos engañó. De cualquier forma, el obispo se las ingenió para estar solo en el momento preciso y que nadie le importunase.

—¿Me habéis llamado únicamente para decirme que ese hombre es mi padre? ¿Y qué pasa con todo eso del príncipe Ayodhya y estar llamado a salvarle la vida?

—Era necesario que asumieses quién eres como punto de partida. Te servirá para entender lo que viene a continuación.

Pero a Nagesh no le importa entender o no lo que el antiguo monje le diga. Si incluye una propuesta que conlleve acabar con el obispo, podrá contar con él sin condiciones.

—Lo he asumido.

—Bravo —aplaude Visharad—. Pues bien, sigamos. Cuando monseñor Dumont llegó a la abadía con el cuerpo del niño en los brazos a punto estuve de matarle, pero entre varios monjes pudieron sujetarme. Entonces, sin esperar ni un segundo más, cogí todas mis cosas y me largué lo más lejos que pude. Me quité la máscara de falsa fe tras la que me había ocultado los últimos años y recuperé mi auténtico credo. Pero sabía que tras haber apostatado de mi religión para aceptar el cristianismo, no sería bien recibido en mi antiguo templo de Madrás ni en ningún otro templo, así que me convertí en una especie de ermitaño y me trasladé a una cueva de las montañas donde podría rendir culto a Shiva en soledad.

En opinión de Nagesh, el exmonje demostró una coherencia muy superior a la de quienes se quedaron en la abadía.

—Internamente estaba destrozado, porque había fracasado en mi misión de proteger a aquella mujer y a su hijo. Y eso que por aquel entonces yo no sabía que antes de morir había conseguido dar a luz a un segundo niño.

Visharad se queda un instante ensimismado mirando el fuego. Muchas veces ha pensado en lo diferente que habría sido todo si hubiese esperado unas horas en la abadía antes de irse.

—Años más tarde, llegó a mis oídos por casualidad que un joven intocable había sido acogido en la abadía en la que yo había estado,

porque su padre había muerto en el incendio de su choza. Se decía que el niño era huérfano de madre y que llevaba en su sangre el veneno de las serpientes. Su progenitora, decían, había sufrido la mordedura de una víbora durante el parto y había perecido. Cuando oí esa historia no pude creérmela. Con la misma determinación que abandoné un día la abadía, dejé mi montaña y regresé a Orissa, donde busqué un lugar en el que resguardarme y seguir la evolución de ese muchacho. Sabía que al monasterio no podría regresar, así que me refugié en las cuevas de la Montaña de la Aurora esperando la ocasión perfecta para acercarme a ti. Lo más importante era que el obispo no sospechase que yo había vuelto, por lo que debía moverme con discreción.

En esos momentos, Visharad se calla. Una fuerte ráfaga de viento sacude los árboles, provocando un torrente sonoro. Justo cuando termina, el asceta continúa hablando. Asombrado, Nagesh se pregunta si acaso el hombre ha podido predecir que el viento le interrumpiría.

—El banquete que organizasteis fue una oportunidad de oro para mí —confiesa, sin aparentar darle importancia a su anticipación—. Me camuflé entre la gente y busqué al hermano Saravanan, pues no te veía por ningún lado. Él se sorprendió y se alegró mucho de verme, porque tampoco había vuelto a tener noticias mías tras mi renuncia. Aunque según él lo había intentado por todos los medios, jamás pudo localizarme para decirme que tú habías sobrevivido. Entonces me explicó que estabas en la bodega, rellenando las jarras de vino que el hermano Zakkary te iba acercando, porque el obispo se había opuesto a que te dejases ver durante el acto. Esperé a que volvieses a subir al patio, después de verte bajar con el agua del pozo en aquel cubo, y me acerqué a hablar contigo.

Nagesh lamenta su cobardía al huir cuando le tuvo delante, pero de aquella poco podía adivinar el alcance de todo lo que se estaba moviendo a su alrededor.

—Al verme, lógicamente, te asustaste y saliste corriendo. No te culpo, mi aspecto hubiese ahuyentado a un *rakshasa*, y mis formas quizá no fueron las más adecuadas a la hora de entablar un conversación. Entonces vi que el hermano Anderson se aproximaba a mí, tal vez por estar en un lugar que no me correspondía y, por miedo a que me reconociese, me fui rápidamente de la abadía.

Nagesh se acuerda del ataque de los cuervos sobre los asistentes y se alegra de que Visharad se hubiese ido antes de que comenzase. Visto con perspectiva, que Visharad acudiese a él al verle,

desencadenó una serie de situaciones que propiciaron su encuentro con Shefali, así que Nagesh no puede alegrarse más de que eso ocurriera.

—Después de aquel día empezaste a verte con una chica. El hermano Saravanan me explicó que, al fin, parecías haber encontrado tu sitio y que tenías la posibilidad de ser feliz y formar una familia con ella, como querría cualquier chico de tu edad. Eso me hizo reflexionar y decidí que no tenía derecho a irrumpir en tu vida y remover las cenizas del pasado. Al poco os casasteis y comenzasteis a vivir juntos en una bonita casa con un jardín lleno de flores. ¿Quién era yo para arrebatarte eso?

Por desgracia, Nagesh ha podido comprobar que no todo el mundo es tan considerado como el asceta.

—Pero entonces, unos meses más tarde, la situación volvió a cambiar sin previo aviso. Monseñor Dumont te quitó de en medio enviándote lejos para hacerte daño de la peor forma que pudo imaginar: yendo a por tu mujer. Era una manera de destruirte lenta y dolorosa, una tortura similar a lo que él debió experimentar cuando supo que había asesinado al niño equivocado, o cuando envió a dos sicarios a quemaros vivos en vuestra choza a tu padre y a ti. Supongo que aquella mañana, cuando te vio llamando a su puerta debió sentirse descolocado.

Lo cierto es que Nagesh no se acuerda de la cara que puso el obispo en el momento en que le vio en la abadía, pero se la puede imaginar.

—Obviamente, monseñor Dumont trató por todos los medios de impedir que fueses adoptado por los monjes, pero ellos, seguramente llevados por la compasión, se negaron a dejarte a tu suerte. Imagínate: después de intentar matarte, tuvo que soportar tu presencia en la abadía día tras días, como un estigma que le recordaba sin cesar el monstruoso acto que había cometido con tu madre.

Nagesh se alegra de que fuese doloroso. De hecho, de haberlo sabido, hubiese metido mucho más el dedo en la llaga. Hubiese convertido la vida del obispo en una auténtica pesadilla.

—Por si fuera poco para su orgullo—prosigue Visharad—, un buen día conoces a una joven hindú y decides casarte con ella según sus tradiciones, ignorando todo lo que él había pretendido meterte en la cabeza durante años. ¿Y qué hacía yo mientras tanto?

—¿El qué?

—Pues volver a pecar de confiado. Cuando el hermano Saravanan envió a un mensajero para comunicarme que a la

mañana siguiente partirías hacia Darjeeling, salí tras de ti con la intención de cuidar que no te pasase nada. En seguida me percaté de que os desviabais de la ruta adecuada y os dirigíais a una zona peligrosa, así que os seguí más de cerca. Entonces ocurrió lo del ataque de los salvajes y todo eso. Tenía la suerte de contar con la cerbatana que uso para cazar y unos cuantos dardos envenenados, así que les di buen uso. Por desgracia, los salvajes se movían demasiado rápido y uno de los dardos se clavó en el brazo de uno de tus compañeros. Me maldije por haber errado de una forma tan inoportuna, pero al menos supe que el chico no correría peligro. Sambalpur quedaba relativamente cerca y la herida de tu amigo no parecía muy profunda. Aguantaría bien hasta que llegaseis hasta allí y recibiese ayuda. Yo no podía salir de mi escondrijo, pues ibais escoltados por dos guardias que no me habrían permitido acercarme y ofrecerles directamente el antídoto resultaría muy sospechoso. Cuando en el pueblo vi que el médico os expulsaba de su consulta y tú finalmente te ibas, decidí acercarme a ellos y darles la cura, reservándome que también yo había sido quien le había herido.

Nagesh se sorprende de la cantidad de cosas que pueden suceder alrededor de las personas sin que ellas se den cuenta.

—Luego acudí a ti, pues estabas por fin solo, y acordamos volver juntos a Bhubaneswar. Tenía la esperanza de poder contarte todo esto durante el camino, pero no apareciste a la hora acordada y pensé que habrías regresado por otros medios.

Visharad se mesa la barba.

—Semanas más tarde se corrió la voz de que habías muerto. Al principio me embargó una gran tristeza, pero en seguida empecé a sospechar que la versión oficial sobre tu muerte era demasiado inconsistente. Demasiado simple y directa. Entonces decidí que era el momento de actuar de una vez por todas como quizá debería haberlo hecho desde el principio. Volví a Sambalpur y busqué un rastro que me llevara a ti o a tus compañeros, pues a ellos también parecía que se los había tragado la tierra. Un viejo alfarero te reconoció en la descripción que le di y fue quien me dijo que habías preguntado por la compañía de té de ese inglés. Me acerqué hasta allí y te vi trabajando junto al resto. Pensé: «¿Recolector de té? ¿Tan mal le iba la vida en su ciudad?». Pero al fin y al cabo, si era tu decisión, yo no tenía derecho a cuestionarla. Como era casi imposible contactar contigo, debido al férreo control al que estabais sometidos, volví una vez más a Bhubaneswar para pensar junto al hermano Saravanan cómo proceder. Él siempre ha sido un hombre mucho más inteligente que yo y probablemente tuviera algunas

buenas ideas que me ayudaran a salir del atolladero. Entonces, el hermano Saravanan me informó de la muerte de Shefali.

—Cada vez que pienso que ha podido morir pensando que yo había muerto…

—Sería algo muy triste, pero al fin y al cabo todos tenemos que morir. Lo importante es ver qué nos espera en la próxima vida —recalca Visharad—. Pero ¿por qué dices que «ha podido morir»? ¿Crees que su muerte ha sido, al igual que la tuya, simplemente una farsa?

Las dudas que tenía Nagesh sobre si podía confiar en ambos quedaron disipadas hace rato y considera justo compartir la información que posee. Cree que eso ayudará a que ni Aysha ni el asceta se reserven ningún dato adicional para ellos.

—Desenterré su cadáver.

—¿¿Qué has hecho qué??

—Desenterrar el cadáver.

—Supongo que los monjes no te habrían dado su consentimiento.

—No. Me colé en la abadía por la noche y busqué su tumba.

—¡Qué locura! Y ahora vas a decirme que tu acto mereció la pena.

—Más o menos.

—¿Más o menos? —pregunta Aysha.

—En el ataúd había dos cuerpos: una mujer y un niño. Pero esa mujer no era ella.

—¿¿No era ella??

Visharad parece confundido.

—Supongo que ninguno de los monjes conoce tal circunstancia —reflexiona el asceta—. ¿Tienes alguna idea de quién era esa otra mujer? ¿Conoces a alguna chica con un hijo de esa edad?

—No. No tengo ni idea de quiénes pueden ser —admite Nagesh —. Pero, por favor, continúa, no era mi intención interrumpir tu relato.

Por la cara de circunstancia del hombre, parece evidente que ha olvidado de qué estaba hablando. Sin embargo, pronto retoma el hilo en el punto en que lo había dejado.

—Ah, sí. Decía que el hermano Saravanan me había informado acerca de la presunta muerte de tu mujer. También de que una joven había preguntado por ti en la abadía hacía pocos días. Como le había dejado sus señas, no fue difícil ponernos en contacto.

Nagesh supone que la chica a la que se refiere Visharad es, obviamente, Aysha, tal y como el propio Visharad constata a

continuación.

—Aysha me habló de un complot contra el marajá, de la extraña alianza que formaban el gobernador, el obispo y su padre. Musulmanes y cristianos unidos contra los hindúes para arrebatarles el poder e instaurar un gobierno totalitario, exento de las obligaciones coloniales que tanto les limitan en la actualidad. Pero esas limitaciones son justas y nuestro pueblo ha luchado por ellas derramando su sangre. No podemos perderlas de la noche a la mañana.

—Acudimos ante el príncipe Ayodhya, le pusimos al corriente de la intriga y empezamos a mover algunas piezas. Entre tanto, tú desapareciste de la plantación de la noche a la mañana, así que obviamente ya no pudimos sacarte de allí.

—Debió coincidir con la época en la que nos cambiaron de campamento.

—¿Así que fue eso? —pregunta el asceta, quien no se había llegado a plantear nunca esa posibilidad—. Bueno, queríamos contarte lo que estaba sucediendo cuanto antes, pero en esas circunstancias no fue posible. De repente un buen día regresas de nuevo a casa, te enteras de lo de Shefali y el mundo se derrumba a tu alrededor, aplastándote bajo sus escombros. Sin embargo, por lo que veo, no has estado perdiendo el tiempo llorando en casa.

El hermano Visharad le ha contado demasiadas cosas para poder digerirlas en tan poco tiempo y Nagesh cree que su cabeza no va a poder soportar tal torrente de información. Acaba de conocer una parte de la historia de su vida que permanecía oculta para él hasta ahora. Una serie de acontecimientos puntuales que rellenan los huecos que nunca se ha podido explicar solo con sus recuerdos.

Procesar tantas cosas le hace sentirse agotado, realmente extenuado. Es como si su mente estuviera en medio de un bosque, atrapada entre una maraña de ramas que debe ir apartando una a una para poder salir. Pero las ramas giran a gran velocidad y no es capaz de alcanzarlas. Al final acaba mareándose y sintiendo nauseas.

—Vamos, Aysha, dejémosle otro rato a solas.

El asceta y la chica se levantan y se dirigen al interior del templo, dejando que Nagesh decelere esa maraña de ideas, las capture todas ellas y las fusione con sus propios pensamientos. Solo así la pasta que forma su vida podrá adquirir la homogénea textura de la cordura.

Alrededor de una hora después, el hermano Visharad regresa a la escalinata y se sienta nuevamente junto a Nagesh. Aliviado,

comprueba que sus ojos se han desempañado, recuperando el brillo que acompaña a la lucidez.

—¿Has pensado en ello?

Nagesh asiente levemente.

—Bueno, ¿y cuál es tu parecer?

El muchacho respira profundamente y empieza a hablar muy despacio, como si necesitase asegurarse de que cada palabra que dice tiene sentido por sí sola.

—Me has ayudado a asimilar algunas cosas que han sucedido en mi vida para las que hasta ahora nunca había encontrado explicación, y te estoy agradecido por ello. Pero hay otras muchas que sigo sin entender.

—¿Como por ejemplo?

—Para empezar, aseguras que monseñor Dumont es mi verdadero padre. De ser así, ¿por qué esa obsesión por matarme? Cuando vivía fuera de la abadía parecía quererme, e incluso recuerdo que me hizo varios regalos.

—Tal vez solo buscaba la forma de llegar a ti y allanar el camino; mantener alejadas las sospechas hacia su persona cuando lograse acabar contigo.

—No estoy seguro. Durante mi estancia en el monasterio, él era el único que se opuso reiteradamente a dejarme salir al exterior. Pero si quería matarme, lo más fácil hubiese sido pagar a alguien para que me degollase en el bosque y, como digo, los demás monjes tuvieron que insistir una y otra vez hasta que accedió a concederme cierta libertad.

—¿Acaso eso no comparte el mismo enfoque? —plantea Visharad—. Según lo que dices, el obispo se cuidó de que nadie le atribuyese a él el hecho de que tú salieses de la abadía. De ese modo, cuando lo hicieses venciendo a su voluntad, nada de lo que pudiera pasarte podría serle achacado a él. Tendría la oportunidad de hacer contigo lo que quisiese y sería el último en quien la gente sospechase.

—Me parece un poco rebuscado.

—¿Te sorprende esa forma de actuar en monseñor Dumont?

Lo cierto es que a Nagesh no le sorprende lo más mínimo; simplemente le cuesta recolocar todo lo que tiene en su cabeza.

—Si algo saqué en claro de la personalidad del obispo en el tiempo que compartí con él es que es una persona a la que le encanta jugar constantemente con los demás. Manipula las opiniones del resto, moldea sus creencias e interpreta diferentes papeles según le convenga. Es un hombre que sabe como nadie

adaptarse a su interlocutor para aprovechar sus debilidades y exprimir sus concesiones.

«¿Pero es que nada en mi vida ha sido real?», se pregunta Nagesh, derrotado. Aunque quizá lo más acertado fuese decir que muchas cosas en ella habían sucedido de una forma distinta a la que él había percibido. Su vida había sido un completo autoengaño, una corteza bajo la que se ocultaba la auténtica realidad, alejada de sus sentidos, al alcance de todo el mundo menos de él. Eran otros los que la estiraban, la amasaban y le daban forma de un modo totalmente opaco.

—Sé que todas estas cosas te perturban, pero te ruego que aguardes. Todavía no te hemos explicado por qué tu papel es tan importante en esta historia ni por qué todo un marajá está dispuesto a aceptar la colaboración de un intocable para salvar a su pueblo.

—¿Salvar a su pueblo? Creía que consistía en salvar su vida…

—Se dice que la vida de un rey es la vida de su pueblo.

—He vivido siempre bajo el peso de las cosas que se dicen. Ya no confío en ellas.

—Entiendo tu postura. En otro tiempo yo tampoco habría estado dispuesto a hablar contigo.

—Lo sé. El hermano Saravanan me reconoció algo parecido una vez.

A Visharad no se le ocurre qué decir.

—¿Y Aysha? ¿Qué hace ella metida en esto?

—Bueno, su padre es uno de los implicados en la trama.

—¿Y no le importa ir en contra de él?

—Parece que no le profesa demasiada estima por cómo se ha portado con ella y con su madre en el pasado.

«Una persona que busca vengar a su padre aliándose con otra que lo que pretende es justamente vengarse de él», piensa Nagesh.

—¿Cómo se enteró de que esos tres estaban preparando una conspiración?

—Mira, tal vez algunas cosas podría explicártelas ella mejor que yo, pero se encuentra descansando un poco ahí dentro, así que te contaré la parte que más me atañe, intentando no dejarme nada importante en el tintero. Los temas directamente relacionados con la musulmana deberás tratarlos con ella.

Nagesh le muestra su conformidad.

—Bien. Como habrás notado, todo lo que te conté antes formaba parte de un plano digamos terrenal; actos de hombres corrientes guiados por sentimientos mundanos. Pero en esta vida, el papel que jugamos las personas no tiene casi relevancia frente a los designios

de nuestros dioses. Nosotros simplemente podemos perfilar su voluntad de una forma muy limitada, pero al final, lo que predominan son sus deseos. De este modo, cada una de nuestras existencias no tiene la más mínima importancia si la relativizamos ante el eterno viaje de nuestras almas por el mundo.

—¿Hablas del samsara?

—Exacto. Una sucesión de episodios regidos por el karma que describen nuestro camino hasta el *moksha*, el estado de sabiduría absoluta. Quizá los sacerdotes estemos más cerca de terminar ese recorrido hacia el Todo de lo que puedan estar los intocables, los campesinos o los comerciantes; pero hasta que se cumpla el siguiente ciclo y Brahma se regenere destruyendo con ello el universo, ambos deberíamos tener el tiempo suficiente para alcanzarlo.

—Si te soy sincero, me sigue costando entender mi relación con todo eso.

—Espera, espera… Te cuento esto porque, como sabes, desde siempre los hombres hemos tratado de plasmar la voluntad de los dioses de muchas formas posibles, para que sigamos teniendo conciencia de ella, y la respetemos y cumplamos.

—¿La voluntad de los dioses?

—Acompáñame, quiero que veas algo —le pide Visharad, poniéndose en pie—. Tal vez después todas las incógnitas que persisten en tu cabeza se resuelvan. Necesitamos que recuperes la energía, el arrojo y la confianza en ti mismo. Es muy importante que tengas la mente despejada y una fe inquebrantable en lo que vas a hacer. No se puede garantizar el éxito, pero esa es la única forma de optar a él.

—¿Y qué es lo que voy a hacer exactamente?

—Vas a cerrar un importante capítulo en nuestra historia, a terminar una guerra que empezó hace más de dos mil años.

Nagesh sigue al monje al interior del templo a través de una de las puertas laterales. Aysha está tendida en un rincón, arropada con una fina manta. Parece profundamente dormida. A decir verdad, no tiene el aspecto de una guerrera. Ni el antiguo monje tampoco. Ni siquiera Nagesh se considera un buen luchador cuerpo a cuerpo, aun habiendo recibido instrucción de un buen maestro. ¿Qué clase de guerra se supone que pueden liderar?

—Bajemos, lo que quiero enseñarte se encuentra en las catacumbas —indica Visharad, señalando unas estrechas escaleras que se pierden en el subsuelo.

Provisto cada uno de una antorcha, Nagesh y Visharad

comienzan a descender hacia las profundidades del templo. Desde ellas no asciende ninguna corriente de aire, lo que hace pensar que seguramente no haya otra salida siguiendo esa dirección. El ambiente es húmedo y frío, y la oscuridad tan densa que incluso a la propia luz de las llamas le cuesta un gran esfuerzo atravesarla.

—Este templo fue erigido sobre otro santuario mucho más antiguo que no soportó los azotes del tiempo. Debajo, aún se conservan algunas cuevas que servían de refugio a sus primeros moradores. Cuando algún peligro acechaba, los habitantes de la zona corrían a guarecerse en sus profundidades.

—Vine alguna vez de pequeño, con mi padre. Estaba en un estado mucho peor que ahora. Veíamos el templo desde lejos para no molestar a nadie. Nunca entramos ni tampoco sabía que bajo él existían esas cuevas.

—Lo más probable es que tu padre tampoco lo supiese. El acceso a ellas está restringido a los sacerdotes y, por supuesto, a los mandatarios, pero estos no suelen mostrar demasiado interés en visitarlas.

—A parte de muchos huesos, ¿hay algo allí que merezca la pena ver? —pregunta Nagesh.

—Ahora lo descubrirás.

El asceta agacha la cabeza para pasar bajo un arco de escasa altura.

—De acuerdo al calendario cristiano, que a buen seguro conocerás mejor que yo, tres siglos antes del nacimiento de Cristo hubo en la India un emperador que aterraba con su fiereza a todos cuantos le conocían. Inició la conquista de la península en las costas de Gujarat, al oeste, y fue pasando como un ciclón por Madhya Pradesh y Maharashtra, barriendo toda insurgencia encontrada a su paso. Ese emperador poseía un ejército formado por miles de soldados, cientos de jinetes a lomos de caballos e innumerables elefantes de guerra. Era tal la violencia que demostraba en la lucha que sus adversarios, aterrados, veían en él a un auténtico demonio aniquilador. Le apodaban el Cruel y todo el mundo rezaba cada noche por disponer de un día más antes de ver su silueta aparecer en el horizonte. Al acabar cada batalla, suplía las bajas rápidamente, de forma que en la siguiente contienda su fuerza siempre permanecía intacta. Cada noche, ese emperador mandaba sacrificar y cocinar todas las cabras, cerdos y conejos que encontraban en los establos de los pueblos conquistados para servírselos al mismo tiempo en su mesa. Aunque él comía hasta hartarse, apenas probaba la carne de unos pocos, mas nadie podía

tocar la comida sobrante, que era quemada al terminar la cena. Satisfecho, el emperador escogía a las mujeres más hermosas del pueblo y yacía con ellas. Al resto las degollaba. Se puede decir que aquel hombre abrazaba el exceso en todas y cada una de sus vertientes conocidas. Su nombre real era Ashoka.

A Nagesh ese nombre le resulta familiar, aunque no logra ubicarlo. Seguramente el hermano Saravanan le haya hablado de él, pero no sabría decir bajo qué contexto histórico.

—A medida que el ejército de Ashoka avanzaba —continúa narrando Visharad—, la gente dejaba sus casas y huía despavorida hacia el este. Hasta que la tierra se acabó. Cuando el emperador llegó a esta región, las mujeres, los religiosos y los niños principalmente, se refugiaron en estas galerías, sin ninguna esperanza de que los bravos jóvenes de los pueblos locales pudieran ya detenerle.

Nagesh no recuerda la existencia de ningún héroe local que sea famoso por haber derrotado a un emperador, por lo que deduce que la historia no dio en ese punto un giro significativo.

—Obviamente, todos esos héroes anónimos fueron aplastados con contundencia y la gente que aquí se ocultó acabó igualmente descuartizada. Como ya te he dicho, Ashoka no mostraba piedad ante nada ni ante nadie.

Visharad toma aliento.

—Se había cerrado el ciclo. Solo unos pocos territorios al sur del Indostán permanecían fuera de sus dominios; y si todo hubiese seguido su curso como hasta entonces, a buen seguro hubiesen sido su próximo objetivo.

—Con solo pensar en él ya me entran escalofríos.

—No es de extrañar. Existen cientos de leyendas sobre el príncipe Ashoka repartidas por todos los lugares por los que cruzó. Algunas serán más ciertas que otras, pero a tenor de lo que cuentan está claro que su apodo estaba más que justificado. De hecho, hizo honor a él desde el momento en que asesinó a sus hermanos para convertirse en el único heredero del imperio de su padre, antes de emprender la expansión de sus dominios.

—¿Cómo un solo mortal puede llegar a acaparar tanto poder?

—Por fortuna para todos, no es lo habitual —reflexiona Visharad, mientras entran en la cámara en la que desemboca la galería—. Sean ciertas o falsas muchas de estas leyendas, una cosa es clara: el emperador Ashoka fue un hombre sanguinario al que todos, incluyendo sus propios soldados, temían.

—Sin duda alguna, tuvo que ser horrible coincidir en el tiempo

con ese hombre —da por hecho Nagesh, mientras piensa que ese hombre se encuentra ahora mismo en algún lugar del mundo, quizá todavía bajo una apariencia inocente, esperando el momento adecuado para emerger hasta la superficie y dar continuidad a su barbarie.

—Por fortuna, en este templo ocurrió algo extraordinario, algo que nadie ha alcanzado nunca a comprender y que cambió la historia para siempre, salvando la vida de muchos inocentes.

—¿Alguien le mató?

—No. Pero hubo algo que le hizo replantearse el sentido de su existencia —revela el asceta—. Mira estas paredes.

Para ver mejor, Nagesh alza la antorcha, descubriendo con su luz unos asombrosos relieves esculpidos en la piedra. Con cuidado de no resbalar, el muchacho retrocede, a fin de contemplarlos desde una mejor perspectiva.

Los relieves parecen representar la historia de un guerrero, desde su nacimiento hasta su consagración, a la que llega mediante su propio sacrificio. Cada escena se acompaña de una inscripción que completa la imagen en lo que pudiera ser sánscrito, pero Nagesh no es capaz de descifrar lo que dicen.

—¿Ese guerrero es Ashoka? —pregunta, suponiendo que los relieves guardarán alguna relación con la historia que Visharad acaba de contarle.

—Así lo creyó él mismo cuando los vio. Al menos en cierto modo.

—¿En cierto modo?

—En cierto modo —reitera Visharad—. Como te decía, en estas catacumbas esperaron su final los últimos supervivientes de la antigua Kalinga, conscientes de que el emperador nunca hacía prisioneros en sus batallas, a excepción de las esclavas que te contaba. Pues bien, estando la batalla sentenciada ahí fuera, Ashoka entró a buscarles con algunos de sus hombres y los fue exterminando uno a uno. Cuando culminó su gran cruzada, degollando al último niño, se convirtió en el rey absoluto de todo el imperio.

A Nagesh se le forma un nudo en la garganta imaginando las atrocidades que tuvieron lugar a su alrededor. Siempre ha creído que cuando en algún sitio sucede algo horrible, el mal lo deja marcado y permanece en él para siempre. No se puede camuflar bajo una mano de pintura, ni echar un poco de agua bendita y hacer como si no hubiera pasado nada. Las cosas no funcionan así en el mundo.

—Entonces —continúa el asceta—, su destino pendenciero quiso que reparase en las imágenes que aguardaban silenciosas su llegada desde hacía siglos. —El hermano Visharad barre con su antorcha toda la pared—. Ashoka interpretó lleno de espanto que esas esculturas retrataban su vida, desde su nacimiento hasta el momento en el que se encontraba. Concretamente, fíjate en las cuatro últimas.

Nagesh se acerca a las escenas a las que se refiere el eremita. En la primera, un demonio aterroriza a una población entera que arde en llamas sobre una montaña de cadáveres. En la siguiente, el guerrero protagonista en la historia se enfrenta cara a cara con el demonio, arriesgando su vida para defender a los inocentes, aunque parece verse doblegado por la infernal criatura. En la tercera, el guerrero clava una daga en el corazón del demonio, cuyo rostro desencajado da a entender que, a la postre, la estocada resultará fatal. En la última escena se confirma el presentimiento, pues el noble guerrero también yace muerto junto al demonio. Su cadáver ha sido cubierto de flores, seguramente por la gente que danza a su alrededor.

—Pero así no acabó la historia de Ashoka, de acuerdo a lo que me has contado… —repone Nagesh.

—Bueno, es cierto, no fue exactamente así. Leyendo las inscripciones se entiende un poco mejor. Como te decía, Ashoka se vio reflejado en las primeras escenas de la historia. Nació siendo mestizo, ya que su madre era descendiente de los primeros persas; sus hermanos murieron a su lado, aunque fuera porque él mismo les mató; se convirtió en un gran líder… Pero cuando debía seguir su destino, convirtiéndose en el gran liberador de su pueblo, tomó la senda equivocada, transformándose en el cruel demonio al que supuestamente estaba llamado a combatir. Es decir, en lugar de proteger a su pueblo se dedicó a aplastarlo bajo sus zarpas. Cuando fue consciente de lo que había hecho, el hasta entonces implacable emperador se derrumbó. Se enfrentó cara a cara con todo el horror que había provocado y su corazón se ahogó con su propio odio.

—Unas esculturas en piedra consiguieron lo que cientos de miles de hombres no fueron capaces de hacer: que Ashoka bajara su espada y dejase de matar —dice Nagesh.

—Veo que poco a poco lo vas entendiendo…

—No debe ser fácil darse cuenta de que has nacido para convertirte en un héroe, cuando llevas media vida siendo un genocida —resuelve Nagesh—. ¿Qué sucedió después?

—Ashoka lloró por sus actos durante mucho tiempo y tras ello

decidió que había llegado el momento de enmendar sus errores. Se convirtió al budismo y pasó el resto de su vida dedicado a la meditación. Entre medias, promulgó cientos de edictos por todos los rincones de su imperio en los que instaba a los hombres a tratar a sus semejantes como iguales. Se dio cuenta de que todos los seres vivos eran merecedores de respeto y dejó de sacrificar más animales que los imprescindibles para sobrevivir. Terminó siendo un emperador justo con su pueblo, reinando en paz desde un segundo plano hasta que alcanzó su vejez.

—Parece que la vida acabó perdonándole —dice Nagesh, quien inmediatamente recuerda que Visharad empezó su relato hablándole del karma.

—No del todo. El problema es que había hecho tanto mal que solo unos años de su vida no eran suficientes para redimirse por completo. Al morir, los dioses le juzgaron con dureza y fue condenado al estatus más ruin de la existencia. Probablemente se reencarnase en algún ser insignificante, como un insecto o una planta.

Nagesh se queda pensativo. Hay algo que todavía no encaja en su cabeza.

—¿Por qué en esa historia el guerrero muere después de matar al demonio? En la penúltima escena no parece estar si quiera herido…

—Era su sino —explica Visharad—. El demonio era un ser tan fuerte que solo un arma con un poder superior podía resultar letal contra él. Esa daga que ves en su mano era un objeto muy especial. Tenía la cualidad de ser letal contra cualquier enemigo, pero a cambio se cobraba un elevado tributo. El arma absorbía todo el mal del cuerpo del adversario y se lo trasladaba a quien lo estuviese empuñando.

—Entonces todo el mal que albergaba el demonio en su interior fue lo que acabó con la vida del guerrero.

—Eso es. Pero acuérdate que la realidad no fue del todo así. Lo que ocurrió de verdad fue que el corazón de Ashoka fue absorbiendo todos los pecados de sus oponentes en las batallas a medida que usaba la daga contra ellos; hasta que sobrepasó su capacidad y terminó reventando por dentro. Si te fijas, al morir el héroe, la gente agradecida preparó un gran funeral en su honor y los dioses fueron vehementes con él. Seguramente se convirtiese como premio en un gran sacerdote en su siguiente vida. Tal vez fuese eso lo que Ashoka todavía creía poder conseguir.

—Sin embargo, al morir terminó en el cuerpo de un gusano.

—Ashoka tuvo la opción de elegir y se equivocó.

—Es una leyenda curiosa.

Entonces Nagesh recuerda una antigua historia que el hermano Saravanan le había contado hacía un tiempo. Las hojas que la narraban habían sido arrancadas del libro que monseñor Dumont guardaba escondido en su baúl, pero parte de ellas aparecieron transcritas en su cuaderno.

—Recuerdo que en un libro de leyendas que monseñor Dumont guardaba en su alcoba faltaban algunas páginas y que el hermano Saravanan decía que en ellas se narraba la historia de una daga mágica.

—Así es. Yo mismo le regalé al obispo ese libro y vi cómo las destruía.

—¿Destruirlo? ¿Y por qué querría hacer eso? Ese libro sin duda era más valioso que toda su biblioteca.

—A veces hay otras prioridades por encima del beneficio material, supongo.

—¿Qué quieres decir?

—La historia de esa daga es algo más que una leyenda.

—¿Algo más?

—Me refiero a que esa daga existe, Nagesh.

—¿De veras? —pregunta Nagesh lleno de asombro—. ¿Has podido verla alguna vez?

El muchacho se fija en los detalles grabados en la roca. Incluso pese a ser toscos y haber sufrido la erosión de los años, la daga luce magnífica y embaucadora. A decir verdad, por su posición en la escena, parece que el autor pretendía situarla en un plano protagonista, como si en el fondo fuese el centro argumental.

—La tuve entre mis manos, de hecho —confiesa Visharad, lo que para Nagesh explicaría por qué, después de todo, no lamenta que el obispo destruyese parte del libro—. Y la conservé durante varios años.

—¿Qué paso? ¿Te deshiciste de ella?

—La puse a mejor recaudo.

—Está en la abadía —presiente Nagesh en voz alta.

—¿Te han contado alguna vez que la abadía fue en otro tiempo una fortaleza militar?

Nagesh asiente. Los monjes le habían explicado que su situación estratégica la convertían en un bastión muy importante en la defensa del sur de la ciudad, y en no pocas ocasiones él había imaginado a los guerreros cruzando por el patio a toda prisa para tomar posiciones frente a un sorpresivo ataque enemigo. Incluso le

hubiese gustado que alguno de esos ataques se hubiese materializado en la actualidad. Seguramente los monjes no habrían sabido hacer otra cosa que salir corriendo o meterse debajo de un carromato. Bueno, eso o entrar en la capilla a rezar para que fuese otro quien les protegiese.

—Hace unos cuantos años, estando ya ocupada la abadía por los primeros monjes, hubo un fuerte terremoto en esta región —empieza a decir Visharad—. Muchas casas fueron derribadas, sepultando a sus habitantes bajo sus escombros y se abrieron grandes grietas en el suelo. Incluso el cauce del Mahanadi se vio alterado durante un tiempo, en el que hubo que trasladar algunas zonas de cultivo y reubicar varios puentes. Hacía siglos que no había constancia de un temblor de tales características.

Nagesh imagina que por aquel entonces él era muy pequeño, o tal vez ni hubiese nacido, porque no recuerda ese terremoto.

—La sacudida hizo que una de las paredes del sótano se viniera abajo, dejando al descubierto la entrada a una sala que hasta entonces nadie en la abadía conocía.

«¿Una sala secreta?», piensa, embelesado, Nagesh.

—En ella los monjes encontraron el cadáver disecado de lo que parecía ser un general mogol, a tenor del uniforme que llevaba. Todo indicaba que había sido emparedado aún con vida por sus propios hombres. En sus manos, polvorientas y huesudas, sujetaba una daga de oro con gemas preciosas de una belleza indescriptible.

—¡La daga de Ashoka! —exclama Nagesh sin poder contener su entusiasmo.

—Los monjes enterraron el cuerpo del general y, a falta de un lugar mejor, escondieron la daga en la capilla de la abadía.

Visharad hace una pausa.

—Cuando monseñor Dumont llegó a la congregación y se hizo con el cargo de abad, ordenó tapiar la cripta del sótano y encargó al hermano Alfred la construcción de un cofre de madera para guardar la daga en su alcoba, pues prefería custodiarla personalmente. Años más tarde, el hermano Saravanan y yo ingresamos en la orden, como ya te he dicho, para vigilar de cerca al obispo e intentar proteger a tu madre. Cuando descubrí que la daga de Ashoka se encontraba en poder de Dumont, adquirí y le regalé el libro de mitos y leyendas. Por aquel entonces había un librero en la ciudad muy amigo mío que tenía una inmensa cantidad de obras impresas, muchas de ellas importadas de otros países. Me he imaginado miles de veces cómo debió ser la cara del obispo cuando abrió el libro por la página en la que aparecía ese hermoso cuchillo.

Visharad sonríe maliciosamente.

—Después sucedieron los acontecimientos que ya te he narrado que desencadenaron mi renuncia a seguir en la abadía. Cuando me fui, claro está, me llevé la daga conmigo.

Nagesh sonríe también. Imaginarse al obispo descubriendo que el antiguo monje se había fugado con la daga en el bolsillo, tuvo que ser un delicioso e inesperado correctivo del que, a buen seguro, nunca supo recuperarse.

—El hermano Alfred nos había regalado unos crucifijos que abrían el baúl, así que me colé en su habitación mientras rezaba por el alma del bebé en la capilla y le robé la daga. Había decidido que era un arma muy peligrosa para estar en manos de un asesino como aquel. Obviamente yo no tenía un lugar mejor para guardarla, así que antes de irme la enterré junto al muro por la parte de fuera. No hace mucho, el hermano Saravanan me contó que el obispo casi enloqueció al descubrir que la daga había sido sustraída de su caja sin que la cerradura hubiese sido forzada. Y puede que enloquezca mucho más si algún día se entera de que estuvo durante años enterrada prácticamente bajo sus pies.

Nagesh no lo puede remediar. Que el destino también haya jugado malas pasadas al obispo le resulta embriagador.

—¿Sigue escondida allí? —pregunta Nagesh, que al fin y al cabo también habría estado pasando muy cerca de ella todos los días sin saberlo.

—No, cuando me enteré de que había nacido un segundo niño y que los monjes lo habían acogido, regresé a Orissa y acudí una noche a por la daga. Después me la llevé conmigo a la Montaña de la Aurora y allí la conservé. Puede que el obispo no estuviera capacitado para encontrarla, pero estaba seguro de que tú, si la tenías tan cerca, notarías de algún modo su presencia y acabarías dando con ella.

Nagesh no entiende cómo podría estar capacitado para sentir que ese objeto estaba cerca de él, pero prefiere no interrumpir al monje, que sigue mirando los murales de las paredes como si allí residiese el fundamento de lo que dice.

—Tras un tiempo pensando en qué hacer con ella, se me ocurrió que no habría otro lugar más seguro para guardarla que el palacio real. Allí sería difícil que alguien la robase, dadas las medidas de seguridad con las que el marajá protege sus tesoros. Por la época que pasé en la ciudad, primero en el templo y después en la abadía, sé que el marajá es un hombre de buen corazón, de una idiosincrasia muy diferente a la de la mayoría de los psicópatas que

le precedieron. Espero que el tiempo y el poder no hayan hecho mella en él y siga conservando esa templanza que aún le atribuyo.

Nagesh no está muy seguro de ello.

—Cuando nació su última hija se la hice llegar como el regalo personal de un mandatario que en realidad no existía. Por lo visto, fue algo que le mantuvo intrigado durante bastante tiempo.

La historia avanza y Nagesh sigue sin encontrar conexión entre las diferentes hazañas, vivencias y aventuras que Visharad le está contando y él, más allá de la desagradable sorpresa de saber quién es su padre en realidad.

—Sin duda parece un objeto extraordinario —le dice con franqueza—, pero simplemente su existencia y una efímera proximidad conmigo no me hacen partícipe de su leyenda.

Visharad observa cómo la llama va consumiendo poco a poco todo el cuerpo de su antorcha. Calcula que le queda luz para unos veinte minutos y no quiere que Nagesh siga haciéndose las mismas preguntas cuando esta se apague.

—¿Estás seguro? —le pregunta, sin obtener respuesta—. Existe una sintonía muy particular entre esa daga y tú. De algún modo estáis predestinados a hacer algo grande juntos. Así lo dicen estas paredes.

—¿De veras? ¿Es que hay algo más en ellas que no me hayas enseñado? Yo no veo nada que me haga suponer eso.

—Mira otra vez los grabados que tienes ante tus ojos —le pide el asceta, seguro de sí mismo.

Nagesh sigue su dedo y observa nuevamente las imágenes de piedra. Durante siglos han encerrado un mensaje que aguardaba ser descifrado, y es él quien ahora tiene la llave para hacerlo. Todas las piezas del rompecabezas están próximas a encajar.

Nagesh se fija en la escena del nacimiento del guerrero. «Una mujer dando a luz tirada en el suelo». A parte de eso, nada más. Tal vez la inscripción desenmarañe un poco más el misterio.

—¿Puedes traducirme lo que pone? —le pide Nagesh.

—Vamos, inténtalo tú. Verás que no es tan complicado.

Nagesh no tiene claro de qué puede servir intentar leer unas palabras escritas en un idioma que no conoce.

—¿Qué quieres decir?

—Prueba…

Dado que el asceta parece un hombre sobradamente paciente, Nagesh decide obedecerle, así que se acerca a la primera inscripción y la mira haciendo un esfuerzo por concentrarse. Entonces, con una inmensa sorpresa, Nagesh descubre que las palabras que hay allí

grabadas van cobrando significado en su cabeza. No las entiende, no las sabe leer y, sin embargo, puede entender lo que transmitían a quienes se situaban hace siglos frente a ellas.

—Verá nuestro mundo un hombre mestizo nacer. Los huesos de sus hermanos yacerán a sus pies, formando un puente sobre los avernos.

—Como ya te adelanté, el padre de Ashoka se había casado con una princesa persa y por eso su tez era excepcionalmente pálida. Tu piel, Nagesh, es blanca, y en tus venas se mezclan la sangre india y la europea. Tu hermano murió a manos del obispo y sus huesos reposaban en la abadía bajo tus pies. Bien es cierto que el príncipe Ashoka fue quien asesinó a sus hermanos y evidentemente eso no es comparable con tu caso, sin embargo, ¿no fue víctima tu hermano de haber nacido justo antes que tú? ¿No estuvo tu supervivencia supeditada a dejar que tu hermano fuese quien abandonase primero el vientre materno?

La crudeza de las palabras de Visharad no les resta ni un ápice de realidad. «Pero ¿qué está intentando decirme?».

—¿Ves estas marcas aquí, en el cielo? —pregunta entonces Visharad, situando su dedo en la parte superior de la primera imagen—. Todos los días, la luna cruza una de las veintisiete constelaciones que se reparten el firmamento, antes de regresar a Chitrā, desde donde vuelve a empezar. La noche anterior a tu nacimiento, la luna se encontraba sobre el cuchillo de Krittika, uno de los dominios de Surya, dios del sol, formando una imagen similar a la de esta escultura.

Visharad se aclara la garganta.

—Tanto Ashoka como tú nacisteis al amparo del señor de este templo y ambos también habéis sido elegidos por él como dueños y portadores de la daga milenaria.

Un breve silencio recoge las palabras del asceta y las eleva hasta el techo de la sala.

—¿Sabes, Nagesh? A lo largo de mi vida he tenido en varias ocasiones un sueño difuso e incoherente que gracias a la meditación he logrado definir en mi cabeza con bastante nivel de detalle. En este sueño, si se puede decir así, los dos nos encontrábamos por primera vez en esta sala. Yo estaba rezando junto a un montón de personas que lloraban por lo que sabían que iba a suceder. Entonces tú entrabas por esa puerta con la daga en la mano y unos ojos incandescentes de ira y te dirigías a mí. Yo no ofrecía resistencia.

—¿Qué quieres decir? Es un sueño sin sentido.

—No lo creo así. Cada vez que rememoro esa escena termino

yaciendo a tus pies, con el cuello rajado de lado a lado.

De pronto, Nagesh recuerda las pesadillas que también él ha tenido siempre. Sueños demasiado reales en los que encarna a un guerrero que desmiembra a sus enemigos en mitad del campo de batalla y los devora con sus fauces. «¿Pueden acaso ser recuerdos de una vida pasada?». Nagesh recuerda también al hermano Saravanan asegurando haberle visto cruzar el patio de la abadía con un cuchillo ensangrentado en la mano la misma noche en que alguien sacrificó a todos los animales. Esa noche, él había tenido una de esas pesadillas y se había despertado mojado con lo que parecía ser agua de lluvia. Afuera había estado lloviendo toda la noche.

—Nagesh, tú eres Ashoka.

Una vez más, las palabras de Visharad traspasan su escudo de protección y se clavan en su cerebro como astillas ardiendo.

—Creo que necesito respirar aire fresco —se escusa Nagesh, con la cara pálida.

Acto seguido, el chico da media vuelta y sube corriendo las escaleras, atraviesa el vestíbulo y al salir al exterior se sienta sobre uno de los últimos peldaños de la escalinata. Nagesh respira profundamente varias veces, esperando que el aire fresco del crepúsculo reactive su cerebro.

Si las primeras revelaciones de Visharad fueron difíciles de asimilar, estas rozan para él lo inverosímil. «¿Cómo puede siquiera insinuar que yo soy ese guerrero?». Las coincidencias le resultan indiscutibles, pero pueden tratarse de simples casualidades. Poseer una piel clara por el mestizaje, nacer bajo unos designios divinos concretos, prosperar a costa de sus hermanos…, son solo un puñado de nimias contingencias que el asceta había interpretado como había querido.

—Te he visto salir corriendo a toda prisa, ¿estás bien? —pregunta Aysha viniendo por detrás.

—Sí.

No estando muy convencida de su respuesta, la chica toma asiento a su lado. En el cielo, una vez más, las constelaciones brillan sobre su inmensa alfombra negra. Millones de puntos luminosos entre los que nadie puede señalar el único que Nagesh anhela ver. Mientras que su mundo se ha hecho añicos, para esas estrellas nada ha cambiado. «¿Qué tamaño tendrán?», piensa Nagesh. Si apareciese ahora mismo Shefali caminando tranquilamente por el sendero y se lo preguntase, él no sabría decírselo.

—¿Te ha enseñado ya los grabados?

Nagesh afirma con la cabeza. Aysha aprecia una enorme

incertidumbre en su lenguaje corporal.

—Son demasiadas cosas las que estás descubriendo en muy poco tiempo —le dice—. Comprendo que estés confuso y asustado.

Tal como Aysha dice, Nagesh se siente enormemente confuso y asustado.

—¿A ti también te ha contado su teoría?

—Sí. En parte estoy aquí por eso —reconoce la chica, abriendo y cerrando sus pies sobre el escalón—. Pero recuerda que soy musulmana y no entiendo la mayoría de las cosas que ese hombre dice a veces. Lo que me ha contado resulta mucho más sorprendente para mí que para ti, de eso puedes estar seguro. Pero, con todo, cuando le oigo hablar me inspira confianza. Y también se la transmite al príncipe Ayodhya.

—Le crees entonces.

—Bueno, solo en parte —reconoce Aysha—. Pero parece sincero y confío en su persona. No olvides que desde que tu madre acudió a él por primera vez, toda su vida ha girado en torno a vosotros dos.

—Eso es verdad —coincide Nagesh. Está seguro de que si el asceta nunca hubiese abandonado el sacerdocio de su antiguo templo, a estas alturas podría gozar de una vida apacible y de un amplio reconocimiento dentro de su comunidad. Frente a eso, la vida le ha tenido dando bandazos de un lugar a otro y huyendo de sus fracasos. Sin techo, sin compañía y sin que nadie supiese ni siquiera que seguía existiendo.

—Está convencido de que puedes ayudarnos a proteger al príncipe y de que acabarás con ese obispo que tanto daño ha traído a nuestra tierra. Ese es para mí el verdadero trasfondo de su historia.

Aysha recoge un puñado de guijarros y los va arrojando uno a uno, haciéndolos rebotar en los escalones.

—Supongo que debo asumir que en el pasado he sido un asesino.

—Es posible. Pero si así fuese, llevarías siglos ya enmendando tu error. No deberías castigarte por lo que hayas podido hacer en un pasado tan remoto. Lo verdaderamente importante es lo que eres ahora y cómo influye eso en los demás.

—¿Lo que soy ahora? Ahora soy un bastardo. ¿Debo quedarme con eso entonces?

Su crudeza deja a la chica sin posibilidad de réplica. «¿Qué aliento se le puede transmitir a quien desprecia su pasado, le repugna su presente y no le importa el porvenir?», se pregunta.

—¿Por qué crees que puedo acordarme de cosas que hice cuando

estaba en el cuerpo de aquel guerrero, pero no puedo acordarme de lo que hice en ninguna de las otras vidas que he vivido? —pregunta Nagesh.

Aysha siente un gran alivio al ver que el muchacho empieza a mostrarse receptivo.

—No debes ver el rememorar algún resquicio de una vida pasada como algo habitual. Según tengo entendido, casi nadie recuerda absolutamente nada.

—¿Significará algo entonces haberlo hecho?

—Tal vez. Tu caso debe ser especial, al estar predestinado a realizar algo grande. Por eso algunas imágenes han traspasado el umbral de la muerte en repetidas ocasiones hasta llegar al presente.

—Según el hermano Visharad, han pasado más de dos mil años desde que Ashoka murió. En todo ese tiempo he tenido que manifestarme de muchas maneras diferentes, aunque todas ellas sean desconocidas para mí. Con toda lógica, Visharad cree que el emperador fue defenestrado al cuerpo de un insecto.

—Tendría sentido. Puede que recuerdes cosas solamente de aquella etapa porque hasta ahora hubiese sido la última que viviste como humano. Imagino que será difícil acordarse de lo que hizo un ciempiés.

—Claro. Y a partir de ahí fui ascendiendo en la pirámide animal, hasta convertirme en el reptil que mordió a mi madre mientras daba a luz. Puede que ella le aplastase la cabeza después de que le mordiera.

—Y eso explicaría que tu alma pasase rápidamente de la serpiente al bebé —afirma Aysha, a quien parece convencerle el razonamiento.

—He estado culpando al obispo de ser el responsable de la muerte de mi madre y puede que haya sido yo mismo quien la haya matado —reflexiona Nagesh con estupor—. ¿Qué crees que se siente siendo una serpiente?

—Es una buena pregunta. ¿Calor?

—La verdad es que no tengo ni idea —admite él.

—En ocasiones, el que no veas las cosas no significa que no estén ahí.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, eso que dices de que no recuerdas tus vidas pasadas, como cuando fuiste una serpiente.

—Mi dudosa relación con Ashoka es lo único que nos hizo valorar esa posibilidad.

—No del todo —añade la chica—. Tú mismo has dicho que los

animales siempre han sido reacios a acercarse a ti, como si hubiese en tu interior algo que les incomodase o les hiciese tener miedo.

—Sí. De pequeño intenté ganar algo de comida trabajando de pastor, pero las ovejas salían espantadas al verme llegar. Lo mismo que las cabras y el resto de animales que teníamos en la abadía. Pero, por ejemplo, el caballo del marajá se ha mostrado tranquilo llevándome a lomos.

—Sus caballos son entrenados para soportar situaciones de estrés muy acusado y desenvolverse razonadamente aun sintiéndose en peligro. Es la única manera de garantizar un comportamiento estable durante una batalla. Por eso ha mantenido la calma pese a percibir en ti esa naturaleza extraña.

Nagesh recuerda cómo la reacción del caballo que se había escapado en el bosque de camino a Sambalpur había sido muy diferente.

—No sabemos cómo se comportaría si no hubiese sido entrenado.

—Por supuesto —coincide Aysha. Sabe que el escepticismo del muchacho es del todo normal. A ella le ocurría lo mismo, aunque debe reconocer que poco a poco está empezando a creer—. ¿Te acuerdas del baño que te diste en el río cuando veníamos?

—Claro.

—Mientras estabas en el agua, una serpiente se acercó a ti por detrás. Era una serpiente de esas de agua que no son venenosas, así que no te dije nada.

—Que no sean venenosas no quiere decir que no muerdan.

—Sí, podías haberte llevado un pequeño mordisco sin importancia —coincide ella, riendo—. El caso es que al llegar a dos o tres palmos de distancia de donde te encontrabas, el animal pareció asustarse y cambio rápidamente su rumbo.

—Así que era eso… Bueno, las serpientes de agua son bastante asustadizas. Yo no le haría demasiado caso a esa anécdota.

—Sinceramente, hasta que no encuentre algo que contradiga las hipótesis de Visharad, me veo en la obligación de aceptarlas.

—Me descoloca hallar esas palabras en boca de una musulmana.

—Tienes razón, no son lo que cualquiera esperaría escuchar. Pero de algún modo ese viejo asceta me ha convencido de que eres alguien importante.

—Quizá no sea más que un loco marcado por la muerte de una mujer que depositó su confianza en él.

—Quizá. Pero quizá tenga razón y estemos ante un momento que lleva siglos escrito en la historia. ¿No crees que vale la pena

arriesgarse?

Nagesh piensa en su vida actual. Realmente no tiene nada que perder.

—Si tan importante crees que soy, quiero pedirte algo.

—¿Y qué es?

—Necesito reunirme con el príncipe.

—¿Bromeas?

—Tengo algo importarte que decirle.

—Sí, definitivamente estás bromeando.

—¿Por qué debería hacerlo?

—No lo sé. ¿Por qué crees que querría el príncipe reunirse contigo?

—Te lo he dicho: tengo algo importante que decirle.

—Pero… tú eres un intocable. Jamás accederá a verte.

—No pido que sea en palacio. Basta un lugar discreto donde pueda preservar su identidad.

—¿Quieres que venga hasta aquí?

—Estaba pensando en la abadía.

—Pero no es solo el lugar, Nagesh, es mucho más que eso. Un marajá no puede relacionarse con alguien sin casta. Ni de lejos.

Nagesh está cansado de escuchar imperativos sociales y cree que ha llegado el momento de hacerse respetar.

—Entonces morirá.

—¿Por qué iba a morirse? ¿Es que alguien intenta matarle? —pregunta Aysha. Por la seguridad que emplea el muchacho algo le dice que debe tomarle en serio. Se pregunta si lo que insinúa tendrá algo que ver con el plan de su padre y los otros dos conspiradores.

—Los detalles solo los trataré con él personalmente —se escuda Nagesh.

—Está bien. Intentaré que el príncipe acceda a verse contigo. La abadía me parece un buen lugar: apartado y en el que nadie esperaría que pasasen cosas importantes. Pero no te garantizo nada. Nos guste o no, el mundo está estructurado para garantizar los intereses de los más ricos. Con ese funcionamiento se aseguran que su estatus se mantenga inalterado durante toda su vida, sin ni siquiera preocuparse demasiado por lo que se encontrarán sus hijos. Así es como funciona y así se encargarán de que siga funcionando. Romper los tabúes que nos separan a unos y otros haría tambalearse los pilares de sus templos y palacios, y eso no está entre sus preferencias. El príncipe ha manifestado su simpatía para con tu causa, algo que, créeme, no es nada habitual, pero es preciso que mantenga una posición dominante delante de sus súbditos. Eso

implica muchas veces despreciar a los inadaptados y a los proscritos.

—He usado uno de sus corceles y no parece que le haya importado.

—No sabes cuánto te equivocas. Si has podido montar en el caballo es porque me lo ha regalado y no se lo tengo que devolver. Si tuviera que hacerlo jamás podrías haberte acercado a él.

—Empiezo a estar cansado de todo esto.

—Lo sé. Pero debes tener en cuenta que cuanto más grande es el bocado, más hienas se reúnen alrededor. Y aquí estamos hablando del trono de una de las principales regiones de la India. No son pocos los hombres que aprovecharían cualquier desliz del príncipe para arrojarle a los perros.

—Pues lo siento, pero al menos por esta vez no le queda más remedio que aceptar; a no ser que prefiera perder la vida antes que la dignidad.

—Ya te he dicho que lo intentaré. Oye, vaya noche más estrellada que hace, ¿eh?

Nagesh responde con un gruñido. Ella guarda silencio.

—Aysha.

—¿Sí?

—¿Crees que si mato al obispo yo también moriré? Es lo que dice la leyenda.

—Eso es algo muy difícil de pronosticar. Parece que allá abajo está escrito que así ocurrirá, pero como creo que Visharad te ha dicho, las personas podemos modelar la voluntad de los dioses. ¿Cuánto? Esa es la gran incógnita que pienso que puede condicionar tu futuro. Parece que no está nada claro el origen de esas escenas, así que no pueden tacharse de falsas profecías, pero tampoco sería sensato asumir ciegamente que expresan el deseo de un dios. Simplemente debemos seguir actuando con mesura y al final decidir lo que creemos que es bueno desde nuestro punto de vista.

—Los grabados se equivocaron con Ashoka.

—No, Nagesh. Fue Ashoka quien se equivocó con los grabados.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, efectivamente, adivinó que era él quien aparecía en ellos, pero erró al situar el momento histórico. Esas escenas no hacen referencia a la época en la que él vivió, sino a la que estamos viviendo tú y yo.

Aysha se estremece. Se ha levantado una brisa nocturna que hace incómodo el permanecer a la intemperie demasiado tiempo. Sin embargo, Nagesh no tiene frío.

—Espero que tengáis razón. Lo que sí tengo que admitir es que si, como se asegura el hermano Visharad, los grabados fueron capaces de cambiar la perspectiva de un bárbaro como Ashoka, no debemos subestimar su poder.

—Algo es algo… Menudo frío está empezando a hacer.

Aysha se levanta para buscar refugio dentro del templo.

—¿Sabías que cuando un niño nace su destino queda ligado de manera inexorable al *nakshatra* en el que está la luna en ese momento? —pregunta Nagesh, todavía sentado.

—¿De veras?

—Los bebés que llegan al mundo con la luna sobre Krittika a menudo se convierten en personas ambiciosas y perseverantes en sus metas y, aunque en ocasiones eso les lleve a la agresividad, suelen ser justas y protectoras, sobre todo con sus semejantes. ¿Crees que soy de ese tipo de personas?

—Creo que necesitas serlo, por el bien de tu pueblo. Anda, ¿por qué no entras y duermes un poco? —le sugiere la chica—. Descansar te dará una visión mucho más racional del asunto.

—Tienes razón. Ya no recuerdo la última vez que logré descansar.

1. *Ha llegado el momento de pronunciarse*

El hermano Anderson nota la mirada del otro hombre examinándole como si fuese la primera vez que ve a alguien vestido con sotana. Piensa que no le vendría nada mal ser más recatado, pues él tampoco ha visto nunca a un hombre vestido con esa indumentaria y no por ello mantiene la vista fija en él.

—¡Ah, ya están aquí los dos! —observa lord Britton al entrar en el despacho, pese a que su secretaria ya se lo había notificado en la recepción—. Les agradezco su puntualidad.

—Buenos días, señor —saluda el otro hombre.

El hermano Anderson se limita a asentir desde su silla.

—Les doy las gracias también por haber mostrado tanta disposición a venir. Afuera hace un día de perros y entiendo que a nadie le apetezca salir de casa —recalca el gobernador, fingiendo tiritar de frío—, pero hay temas importantes que no pueden esperar. ¿Desean tomar una copa de *whisky* para entrar en calor?

Los dos rechazan cortésmente el ofrecimiento.

—Bien, supongo que hasta ahora no se conocían… Señor Warren, el hermano Anderson, encargado de las finanzas de la abadía casi desde que se constituyó como tal. Hermano Anderson, el señor Warren, un destacado oficial de la Guardia Real.

Los dos hombres se miran y asienten.

—Hermano Anderson, a usted tengo que pedirle disculpas, porque no sabe exactamente a qué ha venido.

—No son necesarias sus disculpas. Me conformo con que me lo diga antes de que me vaya.

Lord Britton se quita la chaqueta y la cuelga del perchero, dejando al descubierto un horrible chaleco demasiado ceñido por el que asoman diferentes partes de su camisa.

—Desde hace un tiempo vengo tratando un asunto importante con monseñor Dumont que ha propiciado numerosas reuniones tanto en este despacho como en la abadía, y posteriormente en la sacristía de su nueva iglesia. Imagino que el obispo nunca le ha hablado de los temas tratados, pero nos habrá visto juntos en incontables ocasiones. ¿No es así, hermano Anderson?

—En efecto. Los asuntos personales del obispo no son de mi

incumbencia.

Lord Britton se alegra de que al menos monseñor Dumont haya sabido mantener la discreción incluso con sus hombres de mayor confianza.

—No lo eran hasta ahora, me temo —matiza el gobernador, tomando asiento en su magnífica silla de cuero.

—¿A qué se refiere?

El gobernador explica al hermano Anderson los detalles de la trama urdida junto al obispo y, en menor medida, al comerciante musulmán. El monje no puede disimular su asombro ante ellos, aunque de algún modo la confesión le ayuda a explicarse todo lo que ha pasado en la abadía desde la primera visita del gobernador y por qué a partir de la misma este empezó a destinarles una mayor partida presupuestaria.

Pero por lo que cuenta lord Britton, el mecenazgo nunca fue en absoluto una cosa altruista. El obispo había involucrado a la Iglesia en un asunto bastante turbio que podría hacer peligrar la credibilidad de la que goza actualmente. Está claro que monseñor Dumont buscaba fomentar su presencia en una zona en la que por aquel entonces tenía poco protagonismo y que su estrategia había dado sus frutos, pues el papel de la comunidad católica había aumentado exponencialmente en los últimos tiempos. Pero también es cierto que había actuado a espaldas de las altas esferas eclesiásticas, quienes nunca le encargaron liderar tal empresa ni estaban al corriente de la situación. Y eso es algo que bajo ningún punto de vista es justificable.

Cuando el mandatario termina de relatarle los aspectos más relevantes, el vicario se siente ligeramente aturdido. Nunca ha estado relacionado con conspiraciones de ningún tipo, y el que una de semejante magnitud se haya elucubrado tan cerca de él sin que se haya dado ni cuenta, le hace adquirir una perspectiva muy diferente de la ingenuidad.

—Puedo asegurarle que ninguno de nosotros conocía ese tipo de actividades, digamos, situadas al margen de las homilías.

—Lógico. Era crucial evitar filtraciones. Cuantas más personas estuviesen al tanto, más fácil resultaría que llegase a oídos indeseados.

El hermano Anderson entiende perfectamente su parecer, pero no piensa dedicarse a ninguna tarea que no sea del conocimiento de sus superiores, por muy loable que sea para otros.

—Y sin embargo no le preocupa contármelo en este momento concreto. ¿Por qué razón?

—Lo hago porque monseñor Dumont pronto no va a poder seguir participando en esa misión —resuelve el gobernador sin rodeos.

—¿No podrá hacerlo?

—Le seré franco. Mi intención es que usted en poco tiempo se convierta en el máximo exponente de la Iglesia en la región.

—¿Yo? —pregunta el hermano Anderson, desconcertado—. Yo no dejo de ser un beato con unas leves nociones de economía.

—Prefiero confiar la fe de mi pueblo en un hombre así antes que en un déspota mezquino y arrogante como monseñor Dumont.

En verdad, desde hace tiempo lord Britton no concibe su relación con el obispo más allá del momento en el que el príncipe Ayodhya haya muerto. Le considera un hombre peligroso, tal y como demostró deshaciéndose de Mr. Harrison y del novicio, y no hay nada que pueda aportar ahora mismo a la causa que esté fuera del alcance de su vicario. En pocas palabras: ya no es necesario contar con él.

Al hermano Anderson todo este asunto le resulta demasiado raro. Además, le es sumamente difícil pronunciarse con el tal Warren delante. No sabe nada de él, salvo que es un oficial de la Guardia Real, precisamente una de las personas ante las que menos oportuno es conspirar.

—Mire, le contaré algo que monseñor Dumont no sabe —anuncia lord Britton. Pese a sus negativas, ha encontrado al monje más receptivo de lo que esperaba—. Aunque el grueso del plan es el que ya le he explicado, un proceso de evangelización lento e interminable, he ido introduciendo otros componentes con resultados visibles más a corto plazo.

—¿Como por ejemplo…?

—Como por ejemplo, y siendo el más importante de todos: vamos a matar al marajá.

—¿Matar al príncipe Ayodhya?

—Correcto, y lo haremos, además, de forma inminente.

—¿Qué? ¿Es que ha perdido el juicio?

—Lo que he perdido es la paciencia. Y por si fuera poco, hay un montón de factores externos con los que no contaba inicialmente que han engullido todo el tiempo del que disponía. Si no actúo inmediatamente todo el resto del trabajo habrá sido en vano. Y usted no lleva ni un minuto en esto, pero yo llevo dedicándole mucho tiempo ya.

—Pero, por Dios, ¿en qué demonios quiere involucrarme?

El monje resopla, consternado. Lo que está oyendo le supera.

Aunque en lo personal nunca ha sentido aprecio por ningún miembro de la realeza, matar al marajá le parece desproporcionado. No se trata solamente de aumentar la presencia de su religión en el país; se trata directamente de arrebatárselo a sus propietarios.

—Bueno, ¿qué me dice? —quiere saber el gobernador.

Pero la propuesta de lord Britton esta vez va mucho más allá de decidir si se quiere o no una simple copa de *whisky*, y no se puede responder a ella con la misma ligereza.

—Pues en primer lugar me pregunto por qué cree que sería la persona adecuada para liderar un movimiento de evangelización masiva frente a cualquier otro candidato. En segundo lugar me pregunto por qué supone que me gustaría hacerlo. Y en tercer y último lugar me pregunto qué opinará monseñor Dumont al respecto de su decisión.

—Seguramente él no esté en disposición de opinar nada —responde lord Britton, ignorando las dos primeras cuestiones.

—¿Es que también piensa liquidar al obispo?

—¡Por Dios, no! No soy ningún asesino.

—No he buscado insinuarlo. Pero tenga presente que los asesinos ya poseen tal cualidad desde antes de cometer el primer homicidio —advierte, serio, el hermano Anderson—. No haberlo manifestado todavía no implica que no lo seamos.

—Es posible que tenga razón. Pero a no ser que uno sea un loco psicópata, no hay necesidad de mancharse las manos de sangre en un crimen, cuando siempre hay quien está dispuesto a hacerlo por ti a cambio de una compensación económica razonable.

—A veces el dinero nos ayuda a ser mejores personas, ¿no es así?

—Me temo que sí —coincide el gobernador—. Evita cometer unos cuantos pecados de más. No obstante, no podemos concebirlo como nuestra única salvaguarda, pues por desgracia, suele ser limitado.

Al hermano Anderson nunca le han gustado los hombres que insinúan que otros dejarán de poder hacer ciertas cosas sin explicar de forma convincente su razonamiento. Aunque niegue su intención de matar al obispo, el gobernador no parece querer explicarse.

—Permítame dejarle algo claro, señor Britton. No realizaré ninguna actividad que no haya sido encargada, o en su defecto, aprobada por la Santa Sede. Puede que al obispo Dumont no le importase hacerlo, pero no es mi caso.

—Por supuesto, por supuesto. Contará con el apoyo y autorización de sus superiores. A mí es al primero al que le gusta

hacer las cosas dentro de la legalidad.

—¿Y por qué hasta ahora prescindieron de ambas cosas?

—Porque todo lo que tuviera que ver con monseñor Dumont debía realizarse en secreto. No fue antojo que yo tuviese un domingo por la mañana.

—No entiendo…

Lord Britton no tenía previsto llegar hasta tal nivel de detalle, pero lo cierto es que tampoco tiene interés en seguir encubriendo al obispo. Ni tampoco motivos. Pensándolo bien, ver lapidada su reputación puede que le arrebate las fuerzas necesarias para revelarse una vez se haya visto apartado del plan.

—Le confesaré otro gran secreto, como una nueva muestra de mi buena voluntad —enfatiza el gobernador—. Desde que llegó a la India, monseñor Dumont ha tenido siempre que comportarse como una especie de fantasma. Debía cuidarse de que su nombre no fuese pronunciado fuera de estas fronteras, porque nadie podía saber que seguía con vida. ¿Era usted consciente de que existe una orden papal que impide a monseñor Dumont ejercer cualquier cargo relacionado con la Iglesia?

—¿Qué? ¡No!

—Desconozco el motivo que pudo provocar tal sanción, pero debió cometer algún acto bastante grave para que el papa decidiese excluirle de una forma tan tajante.

El hermano Anderson se queda de piedra al enterarse de la existencia de un pasado oscuro en la vida del obispo. Creía que el incidente con el recién nacido había sido una mácula aislada en su expediente moral; un acto puntual excusable de acuerdo a la misma naturaleza humana. Pero parece que se había equivocado…

—También existe una orden de busca y captura emitida por la Interpol contra…, bueno, iba a referirme a él como Maurice Dumont, pero creo que lo más apropiado es hablar de Alexander Weyde.

—¿Ese es su verdadero nombre? ¿Está usted completamente seguro de lo que está afirmando?

—Al cien por cien. Ambos documentos están guardados en mi caja fuerte. Y ya que me pregunta le diré que no. Alexander Weyde tampoco es su nombre de pila. Lo utilizó para falsificar su identidad durante el viaje que le trajo a la India. A ese pájaro sus padres le pusieron al nacer el nombre de Jean Auguste Faure-Baud.

—¿Jean Auguste?

Al hermano Anderson le cuesta demasiado pensar en el obispo bajo otra nominación que no sea la de Maurice Dumont.

Seguramente no resulte fácil para nadie cambiarle el nombre a una persona tras un montón de años de convivencia.

—¿Qué pudo ocurrir para que se viese obligado a cambiar de identidad en varias ocasiones? —pregunta el monje.

—No tengo ni la más remota idea. Pero si de algo estoy seguro es de que nadie abandona un nombre del que se sienta orgulloso.

—Añadiría que nadie lo hace tampoco sin una razón de peso.

—Sí, y esas razones habitualmente no son nada buenas —apostilla lord Britton, retirándose una pestaña del lagrimal—. Comprendo que estas revelaciones le hagan sentirse confuso.

—No se imagina cuánto.

—Por eso estoy seguro de que con usted será diferente. Porque es un hombre limpio y transparente que no me decepcionará.

—¡Señor Britton! —llama la señora De Vellis desde el pasillo, con una voz más apagada que la de antaño—. Muhammad Al-Jahan está en el recibidor.

—Gracias, Margaret. Le estábamos esperando. Por favor, acompáñele hasta aquí.

El característico trotar de la señora De Vellis también se ha tornado en un pesado y lento caminar, como el de un viejo elefante dirigiéndose al hasta entonces desconocido cementerio donde reposan sus antepasados.

Lord Britton se vuelve hacia el monje.

—Ha llegado el momento de pronunciarse, hermano Anderson. El tercer personaje en discordia ya está aquí, así que debe decidir si va a quedarse con nosotros para formar parte de este excitante proyecto, o por el contrario se irá para que podamos tratar nuestros asuntos en privado.

El hermano Anderson duda unos instantes. Si acepta y algo sale mal, puede meterse en un lío considerable. Sin embargo, si a él no le salpica y su única aportación es guiar la fe de las masas, los crímenes que el gobernador pueda cometer o no a él no le importan en absoluto.

El ruido de los pasos del comerciante acercándose por el pasillo contribuye a aumentar su presión. El hermano Anderson se sorprende de sí mismo. Si bien se ha sentido siempre ninguneado bajo la figura de monseñor Dumont, una persona mucho menos capaz que él a la que, sin embargo, debía rendirle pleitesía, nunca había tenido pretensiones mayores a las del cargo que ostentaba. Si se preocupaba de llevar las finanzas al día, no era por el obispo en sí, sino por el bien de todos sus hermanos. Que ellos tuviesen un plato de sopa que llevarse a la boca dependía en buena medida de

su buen hacer con los números.

—¿Hermano Anderson…? —le insiste lord Britton.

La señora De Vellis llama a la puerta. El gobernador carraspea.

—Adelante.

El pomo de la puerta gira en el sentido contrario de las agujas del reloj tantos grados como son necesarios para accionar el mecanismo interno. El hermano Anderson traga saliva. «Señor, perdóname si me equivoco».

—¡Está bien! ¡Hagámoslo! —accede finalmente el religioso.

—¡Bienvenido, mi buen amigo! —exclama feliz el gobernador al ver a su socio musulmán aparecer tras la puerta.

—Señor Britton —responde él a modo de saludo.

—Llega justo a tiempo para conocer al hermano Anderson.

—Es un placer.

—Con mi oficial ya ha coincidido en otras ocasiones.

—Ajá. ¿Cómo está usted? —le pregunta formalmente. El guardia asiente para devolverle el saludo.

—El señor Warren ha venido esta mañana cargado de información de una valía sin igual —declara el gobernador.

—Bien, con base en ella podremos tener entonces una reunión provechosa.

—Sin duda. Bueno, siéntese. Vamos a repasar el plan para que el hermano Anderson pueda ponerse al día —propone el gobernador Britton, sintiéndose como Napoleón Bonaparte antes del estallido de la batalla de Austerlitz.

—¿No deberíamos esperar a que el obispo también esté presente? —sugiere Muhammad.

—Deberíamos, sí. Pero ya ve, el padre Dumont a veces prefiere dejar en manos de otros la toma de decisiones importantes. Y no será porque no le haya insistido en lo trascendental del encuentro. En cualquier caso no se preocupe. El hermano Anderson constituye un vínculo de confianza con él y le trasladará nuestras conclusiones.

El hermano Anderson se extraña de que el gobernador opte por ocultar el verdadero motivo por el que es él quien está en el despacho. Parece que lord Britton no muestra reparos a la hora de mentir a sus socios, ni siquiera en presencia de otros que conocen la verdad. Eso le hace cuestionarse cuánto de cierto hay en lo que acaba de contarle. «No se puede bajar la guardia con este hombre», apunta el monje en su cabeza.

—Curiosa manera de involucrarse la del obispo —valora Muhammad, decepcionado por la actitud del ausente—. En la época en que buscaba apoyos, no le importaba visitar mi trastienda las

veces que hiciera falta. Pero ahora que hay que mancharse las manos haciendo cosas que tal vez no nos gusten o nos pongan en peligro, se decanta por mantenerse al margen. No cabe duda de que es todo un revolucionario.

—Y eso que no le hemos pedido que sea él quien le rebane el cuello al príncipe —apunta lord Britton, como queriendo corroborar la idea de que monseñor Dumont no se involucra demasiado.

—Si no va a venir es mejor que empecemos cuanto antes —resuelve, pragmático, el comerciante.

—De acuerdo —coincide lord Britton, desenroscando sobre la mesa un plano de la ciudad en el que ha marcado los puntos clave de la operación—. Verá, hermano Anderson, lo que le he contado antes que íbamos a realizar de forman inminente, ocurrirá durante el Rath Yatra de este año.

—¿El Rath Yatra? Pero si eso es dentro de…

—Sí, sí, eso significa precisamente «de forma inminente», ¿no?

—Literalmente.

—Perfecto. Veamos, el príncipe se alojará en el palacete situado junto a la entrada del templo. Ha reservado toda la tercera planta, así que en principio podría hospedarse en cualquiera de las habitaciones de la misma que dan a la calle. Es de suponer que verá la procesión desde el balcón.

—Así lo ha hecho otros años, señor —constata el oficial, empezando a dar muestras de por qué está allí. Lord Britton debe haberle dado un buen soborno contar con información confidencial.

—Sí, por supuesto, pero eso no quiere decir que vaya a seguir haciéndolo durante el resto de su mandato. Los marajás son gente caprichosa con gustos muy variables y es casi imposible determinar de antemano lo que preferirá cuando se despierte esa mañana. ¿Sabes qué habitación ocupó exactamente el año pasado?

—La cuarta, empezando a contar por la derecha —sitúa mentalmente el oficial—. Como ha hecho siempre, excepto un año, cuando un pequeño incendio desatado días antes obligó a cambiar el papel de las paredes y parte del mobiliario afectado.

—La cuarta, ¿eh? Bien. Eso nos permitirá enfocar nuestra atención hacia un lugar concreto.

Lord Britton escribe el número cuatro junto al rectángulo que en su plano representa el hotel del marajá. Acaba de tener una idea magnífica.

—Como durante el tiempo que esté alojado el príncipe nadie del servicio propio del hotel tendrá acceso a él, habrá que actuar los días previos y dejarlo todo preparado. Cuando llegue el momento

adecuado forzaremos una situación extraordinaria que nos permita jugar con lo impredecible. En circunstancias normales su séquito puede satisfacer sus peticiones, pero obviamente no pueden estar preparados para imprevistos de cualquier tipo. Ahí entra en juego su hija.

El hermano Anderson no percibe ninguna reacción por parte del comerciante, lo que indica que ya sabía del papel de la chica en la operación.

—Ella fingirá estar indispuesta tras haber ingerido algunos de los canapés que les habrán servido con el cóctel y se retirará para dejar solo al príncipe —dice lord Britton, rememorando los exquisitos bocados que le ofrecieron la primera y única vez que fue invitado a la celebración—. Es de suponer que Ayodhya no saldrá al balcón hasta que los tres carros estén muy cerca del templo Gundicha. Su avance es lento y emplearán varias horas en recorrer una distancia pequeña, por lo que no tiene sentido para él pasarse horas viéndolos acercarse por el final de la calle como tortugas obesas intentando reptar por una pared. Lo normal es que, entre tanto, esté descansando o departiendo con otros dignatarios.

—Así es —confirma el señor Warren.

—¿Puede saberse la hora aproximada en que llegarán los carros al templo? —pregunta el hermano Anderson, empezando a sentir el dulce cosquilleo que produce la curiosidad al despertar. Parece que el plan de lord Britton se encuentra en un estado avanzado y no son solo meros conatos pretenciosos flotando por el aire.

—Imposible —descarta el gobernador, apreciando la participación del monje en el debate—. Al margen de la lentitud de la marcha, a menudo algún descerebrado se arroja a las ruedas de los carros para morir aplastado bajo los dioses, y eso produce retrasos. Por lo visto, lo consideran una manera privilegiada de morir. Ya sabe, estos salvajes tienen unas costumbres de difícil comprensión para los occidentales. Espero que no le moleste mi apreciación, señor Warren.

—En absoluto, señor Britton. Su perplejidad está justificada.

—He oído hablar de la práctica que comenta —afirma el monje —, aunque nunca me haya desplazado hasta Puri durante la festividad para comprobarlo por mí mismo. Sin duda, todas esas interrupciones pueden hacer que la procesión se alargue cada día hasta altas horas de la noche.

—Exacto. Bien. A lo que iba —retorna el gobernador—. Cuando el príncipe esté solo en la habitación esperando a su amante, nuestro infiltrado se colará en ella. Ha sido entrenado para

desplazarse con gran sigilo y discreción. Una vez allí, no debería tener dificultades para matar al marajá.

—Lo pinta usted muy fácil —se sorprende el hermano Anderson, negándose a aceptar que asesinar al marajá vaya a ser tan sencillo.

—Es un chico adiestrado especialmente para desenvolverse con cautela en ese tipo de situaciones. No nos fallará.

—El gobernador tiene razón. Yo le he visto actuar personalmente —apoya el señor Warren.

—De acuerdo —acepta el monje. No puede oponerse sin conocer al protagonista tan bien como ellos—. ¿Y cómo le ayudaremos a salir de allí una vez haya terminado su trabajo?

—Él mismo será quien tenga que arreglárselas para escapar sin ser detenido por la Guardia Real —informa el gobernador. A su lado, el oficial asiente apoyando sus palabras—. Se ha establecido que una vez que el príncipe haya sido asesinado, el contrato que une a ambas partes habrá expirado y ninguna de ellas volverá a contactar con la otra. Obviamente, si todo sale bien y en el futuro se hace interesante una nueva colaboración, requeriríamos nuevamente sus servicios. Pero ahora mismo esa posibilidad está del todo descartada.

1. *No significa que te haya olvidado*

—¿Estás seguro de que no les importará que pase? —pregunta Aysha, que todavía duda de que una mujer islámica vaya a ser bien recibida en el monasterio.

—Quizá les resulte extraño al principio, pero los monjes no pondrán ninguna pega —le tranquiliza Nagesh.

—Por tu bien, espero que así sea.

—¿No habías estado ya una vez preguntando por mí?

—Estuve en la puerta de atrás, hablando un rato con el monje converso, pero no accedí al interior.

—Bueno, no te quejes tanto, que yo también estaré siendo escudriñado, y por alguien mucho peor que los monjes.

—Sí, es verdad. He de reconocer que te toca la peor parte. La mirada de ese visir podría usarse para atravesar un muro de corindón.

—Eso me tranquiliza.

Pero en cualquier caso, ya no hay marcha atrás. El caballo apura el último tramo del camino a una velocidad tremenda y en pocos minutos el tejado de la abadía aparece por encima de las copas de los árboles.

Al llegar, Nagesh y Aysha se bajan del animal y se dirigen a la puerta. Él recuerda su visita la otra noche, cuando desenterró el cadáver de una desconocida, y en cierto modo se siente culpable. No deja de lamentar que los monjes tuvieran que encontrarse ese escenario tan macabro a la mañana siguiente.

—¿Estás preparada? —le pregunta Nagesh con la aldaba en la mano. La antigua había sido sustituida recientemente por una gran anilla metálica, lisa y sin pretensiones; tal vez para evitar que fuese robada.

—Sí, adelante.

Al golpear la puerta con el trozo de metal Nagesh es transportado varios años atrás en el tiempo, al momento en que siendo un niño llamó a esa puerta por primera vez. Habían cambiado muchas cosas en él desde entonces. Puede que ahora estuviese igual de solo que aquel día, pero ya no era débil ni tampoco estaba asustado.

Al poco rato, el hermano Zakkary abre la puerta. Su pelo y su

barba anaranjada son mucho más largos que la última vez que se vieron, pero por lo demás, su aspecto sigue siendo el de un hombre al que todavía le quedan varios años por delante.

El monje casi se queda de piedra al ver a Nagesh al otro lado.

—¡Por todos los demonios! ¡Nagesh! —exclama, exultante.

—Me alegra ver que aún te acuerdas de mí, hermano Zakkary.

—¡Maldita sea! ¡Claro que me acuerdo de ti! Pero ¿tú no… estabas…?

—¿… Muerto?

—Sí, eso, muerto.

—Sí, pero he resucitado. Igual que Jesucristo.

—¡Por Dios! ¡No bromees con esas cosas! —exclama el monje, luchando por contener la emoción.

—Lo siento, estoy un poco cansado de que todo el mundo me reciba así e intento empezar a tomármelo con humor.

—¿Te ha visto mucha gente ya? ¡Todos nosotros te creíamos muerto!

—He estado con el herrero hace unos de días. También se habrán fijado en mí algunas personas por la calle, imagino.

—¿Todavía no has visto al padre Dumont?

—No. Quiero reservar su visita para el final.

—¡Santa Madre! ¡Se va a volver loco cuando te vea!

—Es muy probable —afirma Nagesh, fingiendo sentirse emocionado.

—Pero dime, entonces, ¿cómo es que…?

—Hermano Zakkary, te lo ruego, dejemos los detalles para más adelante. Hemos venido a hablar con vosotros de un asunto importante.

—Vale, sí, claro. Dime, ¿quién es tu…, ella? —pregunta el monje, mirando a la chica con reservas.

—Se llama Aysha. Es una amiga que me está ayudando con el asunto al que me refiero.

Por más que pretenda disimularlo, el hermano Zakkary desprende cierta desconfianza hacia la chica. No considera normal que hindúes y musulmanes colaboren entre ellos en ningún tipo de «asunto». Todavía resuenan por la ciudad los ecos de los últimos incidentes en el barrio musulmán, saldados con varios apuñalamientos. Por si fuera poco, el muchacho parece pretender implicar ahora también a los monjes, lo que añade un nuevo ingrediente al guiso.

—De acuerdo, pasad… Sé bienvenida a la casa del Señor —dice el hermano Zakkary echándose a un lado—. El hermano Gorgonio

ha ido a prepararle la comida a una mujer enferma que no puede levantarse de la cama, así que no le verás hasta más tarde; ya verás la cara que pone el hermano Saravanan cuando te vea, Nagesh… Y usted, señorita, discúlpeme si mi desconocimiento o descaro la ofenden en algún momento. No suelen entrar muchas mujeres en la abadía si no es para ir a la capilla.

—Soy vuestra invitada. No temáis ofenderme.

Pese a que el hermano Saravanan ya sabía por Visharad que Nagesh seguía vivo, su reacción al verle es casi tan emotiva como la de su compañero. Una cosa es que alguien te diga que una persona está viva y otra muy distinta constatarlo con tus propios ojos.

—Primero Shefali, luego tú, después Anuj… ¡Parecía como si el cielo nos castigase por algún pecado cometido! —exclama el hermano Saravanan, abrazando al muchacho hasta casi ahogarle.

—Por lo visto el cielo ha decidido que yo también comparta ese castigo.

—Lo sabía —dice el hermano Zakkary desde la puerta. Todavía no se lo acaba de creer—. En el fondo de mi alma sabía que estabas vivo. No era solo una premonición; era algo que sabía a ciencia cierta.

—Tal vez no sea por mucho tiempo —dice Nagesh. Lo que vio en las catacumbas del Templo del Sol no le hace ser muy optimista.

—¡No digas esas cosas! Te quedan muchas cosas por hacer, muchas oportunidades para caer y volver a levantarte. Así es la vida de las personas.

—Me he fijado que tenéis un perro —dice Nagesh, que al pasar por el patio vio al animal tumbado a la sombra.

Pero el perro no es lo único que el muchacho ha percibido desde que entró en la abadía. Ya se lo pareció la otra noche, pero a la luz del día todo queda mucho más patente. Por lo general, las cosas tienen un aspecto mucho más viejo y descuidado que antaño. Mirando alrededor le da la impresión de que hubiesen pasado diez años desde aquel día en que se fue a vivir con Shefali.

—¡Sí! Una perra, en realidad. Se llama Jezabel. Es muy amigable y bonachona. Nos hace mucha compañía —asegura el hermano Zakkary.

—La encontré vagando por la ciudad —explica el hermano Saravanan—, muy cerca de la casa del gobernador. Parecía no tener dueño y la verdad es que me dio bastante pena. Pregunté a los demás si les parecía buena idea adoptarla y ahora se pasa el día escarbando en el huerto. Pero, como dice el hermano Zakkary, la compañía que nos da compensa con creces sus trastadas.

—Me alegro mucho por vosotros —reconoce Nagesh, confiando en que los restos de su hermano no sigan desperdigados por el huerto para que la perra juegue con ellos—. Antes de que lleguen los demás quisiera ver al hermano Jacob. ¿Está arriba?

El hermano Zakkary titubea unos instantes.

—Le hemos mudado a tu antiguo cuarto. Así evitamos las escaleras.

—Oye, Nagesh, debes saber que el hermano Jacob ha envejecido mucho durante el último año —le advierte el hermano Saravanan —. Físicamente sigue con nosotros, aunque a nivel mental, su cabeza a veces va y viene.

—¿Soportará la impresión de volver a verme? Descubrir de pronto a un muerto junto a la puerta puede no ser algo fácil de asimilar —reconoce Nagesh.

—No te preocupes por eso. El hermano Jacob no sabe lo de tu muerte, al igual que no le dijimos nada de Shefali ni de Anuj.

—Lo comprendo.

—Ve a verle si quieres. En su día no pudiste despedirte del hermano Alfred como te hubiera gustado. Puede que esta vez tengas la oportunidad de resarcirte —dice el hermano Saravanan.

—Pero debes tener en cuenta que es posible que no te reconozca.

—¿Que no me reconozca?

—Eso no significa que te haya olvidado. Simplemente, puede que no se acuerde de ti.

—Ahora lo descubriré —asume Nagesh—. Pero antes me gustaría preguntaros algo.

—Si sabemos responderte…

—Es sobre las paredes del sótano. Tres de ellas tienen una marca cerca del techo, seguramente el nivel hasta donde llegó el agua durante la gran inundación.

—¡Oh, sí! Lo recuerdo —dice el hermano Zakkary, riendo—. Mis toneles de vino flotando a la deriva por el sótano… Fue horrible.

—La cuarta pared, la del fondo, no tiene esa marca.

—Ah…

Los monjes no saben qué responder.

—¿Esa pared estaba ahí durante la inundación?

—Bueno…

—Apuesto a que no —afirma Nagesh—. Apuesto a que fue derribada por el gran temblor del siglo pasado.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta, intrigado, el hermano Zakkary.

—Se lo ha contado el hermano Visharad —acierta el hermano

Saravanan.

—Sí, él me lo ha contado. Igual que otras muchas cosas sobre mi vida que nadie me había revelado, sobre mi verdadero padre y sobre mi hermano. ¿Por qué ninguno de vosotros me habló nunca de ello?

Los dos monjes se miran uno al otro. Están ante una situación que siempre habían esperado evitar.

—¿Eres más feliz ahora, sabiéndolo, Nagesh?

—Seguramente no.

—Ya tienes la respuesta.

—La ignorancia tampoco nos hace más felices —repone Nagesh —. De lo contrario no existirían los sabios.

—Habría llegado un día en el que nosotros también te lo hubiésemos contado todo, pero creíamos que aún eras joven para asimilarlo.

—Te pedimos disculpas si no hemos obrado como te gustaría que lo hubiésemos hecho —se sincera el hermano Saravanan.

—Ya no tiene importancia —zanja definitivamente Nagesh—. Según he oído, hermano Zakkary, has cambiado el vino por la cerveza.

—¡Sí! Se vende mucho mejor y es más fácil de elaborar. ¿Quieres probarla?

—Me reservaré para otra ocasión.

—¿Puedo ofrecerte a ti alguna cosa? —le pregunta a Aysha, sabiendo que a ella no le está permitido tomar alcohol—. ¿Un té quizá?

—Se lo agradezco, pero un té es lo último que me tomaría.

—Bueno, al menos tómate un vaso de agua —le dice el monje, llenándole uno con el líquido de una jarra.

—Me gustaría ver la tumba de Shefali. Si no me equivoco fue enterrada en el patio —tantea Nagesh.

Seguramente los monjes cuando se levantaron esta mañana no se imaginaban la cantidad de preguntas incómodas a las que se iban a tener que enfrentar.

—Nagesh, siento decirte esto, pero la tumba de Shefali fue exhumada la otra noche. Alguien se coló en el patio y desenterró el ataúd.

—Sin embargo —añade el monje pelirrojo—, esa aparente mala noticia nos sirvió para descubrir que no era ella la joven que descansaba dentro de él.

El muchacho intenta poner cara de sorpresa, pese a que nunca supo fingir demasiado bien los falsos sentimientos.

—¿Ah, no? ¿Y quién era entonces?

—No lo sabemos. Todos los días muere mucha gente en la ciudad y es complicado identificar a cada uno de ellos. En la mayoría de los casos se trata de gente sin familia por la que sus vecinos apenas se interesan.

—¿Quién ofició el funeral? ¿Alguien le ha pedido explicaciones al sepulturero?

—Fue un hombre de Cuttack, creo. Monseñor Dumont lo eligió por algún motivo que los demás no conocemos —informa el hermano Zakkary, confirmando la versión que Nagesh ya conocía.

—Si no habéis visto el cadáver, ¿cómo podéis estar tan seguros de que Shefali ha muerto?

—Bueno, hay gente que sí lo ha visto. Sus primas…

—Sus primas no pudieron verlo. El obispo supuestamente lo enterró antes de que pudieran hacerlo.

—Anuj…

—Anuj tampoco —descarta Nagesh—. Hasta donde yo sé, nadie a excepción del obispo pudo ver el cuerpo.

—¿Y qué conclusión sacas?

—Ninguna. Pura incertidumbre.

Nagesh le pide a Aysha que le espere unos minutos y se dirige a su antigua habitación con miedo a lo que pueda encontrarse. Moverse por el edificio le provoca un extraño sentimiento que no sabría si clasificar como nostalgia o como resquemor. Hay demasiados sentimientos enfrentados en torno a la abadía como para posicionarse de forma clara. Lo que si puede asegurar es que no sería capaz de regresar a ella para quedarse más de unas horas, como se había llegado a plantear mientras volvía de Sambalpur pensando en lugares donde refugiarse con su mujer.

La puerta de la habitación del hermano Jacob se encuentra entornada, dibujando un marco de luz sobre el suelo del pasillo. Nagesh la empuja suavemente. Al abrirse, las bisagras chirrían más que nunca. De haberlo hecho así hace unos años, nunca habría podido moverse por las habitaciones con tanto sigilo.

En el interior de la habitación, el hermano Jacob descansa sobre una mecedora, con las piernas tapadas por una gruesa manta. Los rayos del sol caen sobre él, acentuando las evidencias de su vejez. Nagesh no puede distinguir si está despierto o si por el contrario dormita.

—Hermano Jacob —le dice en voz baja para no sobresaltarle.

El monje no muestra signos de reacción ante sus palabras.

—Hermano Jacob. Soy Nagesh.

Esta vez, el viejo religioso abre poco a poco los ojos. En su centro, las pupilas han adquirido el tono blanquecino de la ceguera.

—¿Quién eres? ¿Anuj? —pregunta el hermano Jacob saliendo de su ensimismamiento. Su voz suena renqueante y cansada.

—Soy Nagesh. He venido a verle.

—¿Es la hora de la manzanilla, Anuj?

—No soy Anuj, hermano Jacob…, soy Nagesh.

—¿Nagesh? —El monje, por fin, parece receptivo a las palabras del muchacho, pero es solo un espejismo. Cuando llegan a su mente no son ya más que un puñado de sílabas inconexas y difusas—. ¿Qué será de él? Hace mucho tiempo que no viene a verme… Debe estar muy ocupado.

—Él no ha podido venir, pero está bien.

—Esa esposa que ha elegido es muy dulce, seguro que le está cuidando bien.

—A mí también me lo parece. ¿Qué tal se encuentra? —le pregunta Nagesh en un nuevo intento de conectar con su subconsciente.

—El obispo nunca debió romper ese bastón. No estuvo bien. El chico había trabajado duro.

—No se preocupe, hermano Jacob. Nagesh tiene aquel asunto olvidado. Hace una mañana estupenda, ¿verdad?

El monje no dice nada.

Nagesh se acerca al monje y le besa en la mejilla. Sabe que tal vez no vuelva a tener la oportunidad de hacerlo.

—Gracias por todo lo que me ha enseñado, hermano Jacob.

El muchacho no quiere que la despedida se convierta en algo triste y opta por no prolongarla en exceso. Pero antes de irse hay una última cosa que le gustaría decirle.

—Lo olvidaba, hermano Jacob. Nagesh me dio un mensaje para usted.

—¿De veras?

—Sí. Me pidió que le dijese que no importa cuán profundo sea un río, porque las personas no somos simples anacardos a merced de la corriente. Somos esturiones en constante evolución y crecimiento, con la posibilidad de remontar río arriba, donde la distancia entre fondo y superficie es mucho menor que en su desembocadura, y luchar por lo que es nuestro.

El monje asiente con la cabeza. Una lágrima desciende por su mejilla, iluminada por los rayos del sol. Al otro lado de la puerta, Nagesh intenta sobreponerse al recuerdo. Cree que es injusto que la cabeza de un hombre se vacíe de vivencias al final de su vida,

cuando estas son lo único que le queda. Asume que tal vez sea el proceso por el que debe pasar todo el mundo para que al nacer de nuevo, no pueda recordarse nada de la vida anterior.

—Anuj.

—¿Sí, hermano Jacob?

—¿Hiciste lo que te pedí con esa chica?

—¿A qué chica se refiere?

—A la florista, la mujer de Nagesh.

—¿Qué era lo que tenía que hacer con ella?

—Decirle que corriese, ¡que se fuese bien lejos! ¿No te acordaste de hacerlo?

—¿Por qué, hermano Jacob? ¿Qué podría ocurrirle si no se fuese?

—Hay gente que quiere hacerle daño.

—¿Quién? ¿Quién es esa gente?

—Gente que no ha entendido el mensaje que Dios ha intentado enseñarle. ¿Se lo dijiste ayer?

—Sí, se lo dije. Ahora está en un lugar seguro.

—Esta mañana hace un tiempo realmente estupendo. Puede que más tarde salga a dar un paseo por el patio.

—Le traeré su manzanilla.

—Oh, no. No suelo tomar manzanilla a estas horas.

—Está bien. Cuídese, hermano Jacob.

El monje posa sus manos sobre el regazo y mira el cielo a través de la ventana. Seguramente ahora pueda ver muchas cosas más allá del horizonte que antes permanecían ocultas tras el muro.

El carruaje avanza por el camino de tierra disparando cientos de guijarros en todas direcciones. Algunos han terminado impactando contra los tobillos de los transeúntes que recorren sus lindes, arrancando de ellos más de un exabrupto. Lo que no saben los implicados es que en otras circunstancias tales expresiones bien podrían costarles una buena reprimenda.

—¿Cómo van los preparativos de la festividad? —le pregunta el príncipe a su visir, aprovechando el tiempo muerto que les brinda el trayecto. Cada vez quedan menos días para que la ciudad se vista de colores y el soberano empieza a contagiarse del jolgorio que acompaña a la celebración.

—Según lo previsto —le informa él—. No se admitirán reservas en el hotel desde siete días antes de que dé comienzo la misma. Ese primer día, los criados empezarán con las tareas de limpieza y acondicionamiento de las habitaciones. En cuarenta y ocho horas deberán dejar paso a los decoradores para que adecúen el hotel a

vuestros gustos personales. Trasladaremos los cuadros y las esculturas antes que ninguna otra cosa, y más tarde los muebles y el resto de enseres. Vuestra cama y los últimos objetos privados serán llevados el mismo día de la celebración para minimizar vuestras molestias —dice el visir, concluyendo el repaso mental—. En definitiva, seguiremos la misma planificación que otros años, tratando de subsanar incomodidades producidas en el pasado.

—¿También repetiremos con el personal?

—Funcionó bien en otras ocasiones. Los músicos serán los mismos de los últimos cinco años. También las bailarinas llevan con nosotros mucho tiempo. No ha habido ninguna sustitución ni tampoco nuevas incorporaciones del año pasado a este. El equipo de cocina y comedor son de plena confianza. Por lo visto, el chef que preparó los menús hace un año ha sufrido algún tipo de indisposición y hemos llamado a Saggurti Rajmani.

—Una buena decisión —aplaude Ayodhya—. Su arroz dulce con cardamomo está siempre exquisito. Que lo incluya también esta vez en el menú.

—Además de ser buen cocinero, no acostumbra a rodearse de gente que no tenga cierta reputación.

—Magnífico. ¿Y qué hay de la seguridad?

—La Guardia Real se encargará de todo. Ninguna persona sin identificar podrá entrar en el hotel desde el minuto uno. Del mismo modo, nadie que lleve menos de seis meses contratado por el hotel podrá permanecer en él durante esos días.

—Pecáis de confiado. No quiero a ningún empleado del hotel dentro del edificio, lleve contratado el tiempo que lleve. Todo deberá ser dispuesto por nuestro personal del palacio.

—Como ordenéis, señor.

—Gracias a vuestro buen trabajo, el Rath Yatra será una vez más una festividad para el recuerdo.

—Señor, hemos llegado —avisa desde fuera el guardia que comparte el banco con el cochero.

—Fantástico.

Junto a la entrada de la abadía aguardan al marajá el hermano Saravanan y el hermano Zakkary, con las manos cruzadas al frente y el semblante afable. Pese a no compartir el mismo credo, la visita del príncipe supone para ellos todo un acontecimiento y un honor. Para el monje converso, no obstante, conlleva también otro tipo de connotaciones. Mostrarse con sotana ante alguien como él le hace sentirse casi un hereje.

El soberano desciende del carruaje vestido de forma humilde,

con un *dhoti* gris de corte sencillo y unas sandalias negras. A los monjes les sorprende ver a un príncipe llevando esos atuendos, pero reconocen que los porta con naturalidad y no a modo de ridículo disfraz. Y les parece comprensible que haya querido acudir de incógnito.

—Sed bienvenidos, príncipe Ayodhya —le recibe el monje pelirrojo—. Es un honor teneros en nuestra casa.

—Os lo agradezco —responde el príncipe, observando la estructura de la fortaleza. Hacía muchos años que no la veía y su aspecto ahora no se corresponde con la imagen metal que guardaba en su cabeza.

—Por favor, acompañadnos —pide el hermano Saravanan. Para su tranquilidad, el marajá no parece sentirse ofendido o molesto ante la condición cristiana del antiguo sacerdote hindú.

Los monjes conducen al soberano hasta la biblioteca, lugar en el que les esperan ojeando algunos libros Nagesh y la joven musulmana.

—Chicos, el príncipe Ayodhya está aquí —les avisa el hermano Saravanan, justo antes de que el mandatario sea invitado a pasar.

—¡Oh, vaya! ¡Me encanta el olor de las bibliotecas! —dice el marajá al percibir el aroma que emana de las estanterías.

En cuanto el visir pone el primer pie sobre el suelo de la biblioteca, Nagesh nota sus ojos clavados en mitad de la frente. Desde luego le creía un tipo capaz de intimidar con su sola presencia, y no parece que haya venido a defraudar sus expectativas.

—Es el orgullo de nuestra abadía —resalta el monje.

—Ah, es comprensible.

—A vos os parecerá una minucia, comparada con las magníficas salas llenas de tesoros que deben abundar en vuestro palacio —intuye el hermano Zakkary.

—No os engañéis, el palacio Kalinga no es nada comparado con los regios palacios que algunos soberanos tienen la fortuna de presidir. Si un día visitáis Jaipur o Uttar Pradesh sabréis a lo que me refiero.

—Uno nunca sabe dónde se despertará mañana, pero veo poco probable emprender viajes de esa envergadura a mi edad.

—Viajar es uno de los más grandes placeres del hombre —señala el marajá—. Tanto para un niño como para un anciano.

Al ver a la joven Aysha, el príncipe Ayodhya sonríe. Junto a ella hay un joven de piel clara y gesto tenso. Su actitud no parece desafiante, pero el mandatario nota algo en él que le recuerda a sus

mejores soldados.

—Vos debéis de ser ese joven paria del que todos hablan —le dice sin rodeos, aunque de sus palabras no se desprende desprecio —. Espero que no os hayáis sentido insultado por no haberos recibido en mi palacio. Lo cierto es que ninguna persona sin casta ha traspasado jamás los muros exteriores; sin contar, claro está, con los reclusos destinados a los calabozos. Lo considero una norma necesaria para preservar la nobleza del lugar.

—No preciso visitar vuestro palacio para deciros lo que tengo que deciros. Por favor, hermanos, ¿podríais dejarnos solos un rato? —pide Nagesh a los monjes.

—Claro. Estaremos en el patio.

Los dos religiosos se despiden de los presentes y se van de la biblioteca.

—Un paria con educación y buenos modales… —observa el príncipe Ayodhya.

—¿Os sorprende?

—Mucho. Antes de continuar, debo advertiros algo ante los presentes para evitar malentendidos —quiere constatar el príncipe Ayodhya—. Nuestro encuentro es un asunto totalmente confidencial. No podréis revelar a nadie que ha tenido lugar, ni siquiera que vos y yo nos hemos conocido alguna vez. Si infringís esta norma seréis perseguido por mis hombres y encausado con vehemencia.

—Bien —dice Nagesh, asumiendo las consecuencias. Después de todo, aunque quisiera, ya no tiene a quién contar esas cosas.

—Estupendo. Me gusta la gente apta para el razonamiento — señala el marajá.

—¿Puedo empezar a hablar ya o vamos a seguir perdiendo el tiempo con formalismos? —pregunta entonces Nagesh, para sorpresa del soberano.

Ayodhya se gira hacia él dudando de si lo que ha oído ha podido ser realmente pronunciado por el muchacho o ha sido su subconsciente queriendo gastarle una broma pesada. Pero los gestos atónitos de Aysha y el visir le confirman sus impresiones.

—Nagesh, ¿qué….? —empieza a decir la chica.

Bhupal da un paso al frente, pero el príncipe le hace un gesto para que se detenga.

—¿Cómo habéis dicho? —pregunta Ayodhya, dándole una última oportunidad de enmendar su error.

—Poseo cierta información por la que a buen seguro pagaríais una fortuna, pero preferís malgastar nuestro tiempo tratando de

poner a cada uno en su sitio. ¿Os olvidáis de que yo también he sido emperador y que he llegado a dominar todo el Indostán?

Por más que le duela admitirlo, el marajá sabe que el chico tiene razón. Él no es un simple paria como el resto de los mendigos que se arrastran tras los muros de su palacio. En su cuerpo reside el espíritu de un guerrero inmortal que busca la redención cumpliendo con su sino. Es él quien debiera postrarse ante el muchacho y suplicarle que le ayude a conservar sus dominios.

—Es cierto, os ruego que me perdonéis. Por favor, contadme lo que sabéis.

—Es posible que mi único propósito en esta vida sea detener la invasión moral y religiosa que los europeos han traído a nuestra tierra. Puede que sea algo profetizado muchos siglos atrás y que cuando caiga muerto junto al cadáver del obispo todo el mundo celebre mi gesta. Pero vos también estáis llamado a tomar las riendas de vuestro pueblo y de nada servirá lo que yo haga si morís en el intento.

—No soy ajeno a lo que decís —repone el príncipe—. Aysha me alertó de que se fragua una conspiración en mi contra auspiciada por su propio padre, el gobernador del estado y el obispo que aquí residía. ¿Qué más me podéis decir al respecto?

Entonces Nagesh le relata con detalle al príncipe todo su sucedido desde que monseñor Dumont le entregó aquella nota hasta que logró escapar del campamento en compañía de Shalim. A medida que avanza su exposición, Ayodhya va volviéndose cada vez más sorprendido por la amplitud y el alto grado de desarrollo de la confabulación.

—Lo que no entiendo es por qué no ha llegado ya a vos este relato. Se suponía que Shalim acudiría a contároslo nada más que nos separamos en Cuttack —concluye Nagesh.

—Bueno, llegar a un marajá no es tarea sencilla. Seguramente vuestro amigo no fuese tomado en serio por el guardia que le recibiera y esa información nunca acabó en mis oídos.

Nagesh suspira, decepcionado. Parecía que sus buenas voluntades no eran suficientes para que los demás les tomasen en serio.

—Espero que al menos Shalim no haya sido arrestado por difamar contra vuestra seguridad.

—Me informaré y os lo haré saber —le asegura el príncipe—. De lo que me habéis dicho puedo deducir que preparan un ataque inminente.

—Eso me temo.

—Señor, vuestra seguridad es incuestionable —asegura el visir, quien no se toma muy bien las insinuaciones de que su señor corre peligro.

—Haríamos mal subestimando la capacidad de innovar de esos tres perturbados, Bhupal. Estoy seguro de que huirán de los métodos convencionales. Ya habéis oído al muchacho, ¿creéis que esa es la forma en que actuarían unas mentes equilibradas? ¿Cogiendo a un puñado de niños huérfanos y convirtiéndoles a la fuerza en expertos guerreros? ¿Recordáis cómo infiltraron a Aysha entre nosotros? Me la ofreció el mercader como esposa para que me destrozase emocionalmente y les abriese las puertas de mi palacio.

El visir acepta el correctivo con estoicidad.

—Lamento no poder concretar los planes de actuación que tenían preparados ni la fecha en la que querían llevarlos a cabo. Supongo que hasta el último momento sir Sheercliff no los daría a conocer entre sus hombres.

—Eso es indudable. Pero no os preocupéis, gracias a vos ahora sé muchas cosas que antes desconocía y podré prepararme para lo que ocurra.

1. *Y juntos cambiaremos la historia*

—Envié un destacamento a Sambalpur con el propósito de comprobar si lo que me habíais dicho era cierto —reconoce el príncipe, mientras corrige la posición en la que un sirviente ha dejado una estatuilla de bronce de Radha tras sacarle brillo—. Y al menos en una cosa puedo daros la razón: los bosques están infectados de salvajes que han convertido las rutas de paso en una especie de coto privado de caza. Tendré que tomar medidas firmes para contener su expansión o pronto empezarán también a atacar las aldeas. En lo referente a la Royal Crown Tea Company puedo deciros que, según el semanario económico *The President*, la compañía se declaró en bancarrota la semana pasada y, a día de hoy, la plantación se encuentra abandonada. No hay ni rastro de gente o actividad en ella.

—¡¿Qué?! Eso es imposible.

Nagesh agradece que esta vez el príncipe Ayodhya haya concertado una visita con él en su palacio, olvidándose de las imperativas normas tras las que antes se escudaba. Y también le agradece no tener que aguantar de continuo la molesta presencia de su visir en el cogote. Eso le permite expresarse sin la preocupación de medir sus palabras, algo que dicho sea de paso, no suele dársele muy bien.

—Mis hombres han estado allí y me lo han confirmado. He pensado que seguramente tras percatarse de vuestra fuga, creyeron que su plan corría peligro y decidieron trasladarse a otro lugar.

Nagesh reflexiona sobre el razonamiento del príncipe y resuelve que es del todo factible. De hecho, lo primero que Shalim y él determinaron hacer nada más escapar de la plantación era enviar a alguien a rescatar a todos sus compañeros. Otra cosa es que nadie les hiciese caso.

—Tal vez.

—Si así fuese, probablemente ahora utilizarán otra tapadera diferente y será muy difícil dar con ellos antes de que estén listos para actuar —señala el príncipe—. Es como empezar la búsqueda desde cero. No nos queda más remedio que plantear una defensa retrasada y mantenernos alerta ante cualquier posible ataque.

—Desconocer la forma y el momento de ese ataque complica

mucho las cosas —reitera Nagesh con toda la razón.

—No podemos concretar una fecha, pero estoy seguro de que no quieren demorarlo en exceso. Según me habéis dicho, las cosas se hacían en la plantación de una forma cada vez más precipitada y los periodos de tiempo dedicados a cada aspecto del entrenamiento no dejaban de reducirse.

—Así es. Creo que el gobernador y el obispo les estaban presionando bastante para acortar los plazos, como si de pronto algo con lo que no contaban estuviese repercutiendo en el tiempo del que disponían inicialmente y fuese urgente estar preparados cuanto antes. El maestro Harjeet se quejaba continuamente de ello.

—Eso no nos da mucho margen. Al menos sabemos que estabais siendo adiestrados en el cuerpo a cuerpo, que os basabais en la cautela y la sorpresa, y que estáis preparados para huir son sigilo, como bien les habéis demostrado yéndoos de allí. Conozco bien a Harjeet; era un buen soldado. Que sea él quien os haya enseñado a luchar me preocupa. No obstante, en cuanto nuestras posiciones se encuentren asentadas, nosotros pasaremos también al ataque. Visharad me ha dicho que habéis aceptado el rol que os había propuesto.

—Sí.

—En fin. Reconozco que es muy hermosa y me entristecería verla manchada con la sangre de un cobarde, pero ya que estáis dispuesto a dar vuestra vida por vuestro pueblo, lo menos que puedo hacer yo es contribuir con todo lo que esté en mi mano —dice el príncipe, abriendo el estuche y cogiendo con cuidado la magnífica daga de oro.

Al verla, a Nagesh los ojos se le ponen como platos.

—¡La daga de Ashoka!

—Vuestra daga —puntualiza el príncipe—. ¿Sois capaz de recordarla? Según tengo entendido, os acompañó unos cuantos años en el pasado.

—No estoy seguro… Por un lado, no conservo ningún recuerdo concreto ligado a ella, pero por otro, al verla no tengo la misma sensación que he tenido con el resto de armas que he visto por los pasillos.

Nagesh toma la daga en sus manos y de inmediato todos sus presentimientos toman forma y se manifiestan. Se hacen reales.

«Sí. Es mi daga. Y juntos cambiaremos la historia», resuelve el gran guerrero al despertar.

1. *Nuestra buena voluntad conjunta*

Los sacerdotes del templo terminan de ajustar las vestimentas de los tres ídolos en el mismo momento en que los últimos rayos de sol se pierden tras las nevadas cumbres de los Ghats orientales. Las figuras de Jagannath y sus hermanos han sido ataviadas con sus mejores galas, unas coloridas túnicas de colores repletas de rosas y otros adornos florales que los más reputados costureros de Puri han estado tejiendo durante meses, y están listas para desfilar.

Los sacerdotes encuentran en las tres redondas y sonrientes caras la gratitud por su dedicación y se retiran complacidos a continuar los preparativos en otras salas del templo. Mañana es el gran día que toda la ciudad lleva un año esperando. Será entonces cuando las divinidades emprendan el lento caminar que les llevará a lo largo de una semana hasta su lugar de destino, el templo de Gundicha. El emplazamiento no dista más de un par de millas de allí y apenas hay pendiente, pero el suelo se ha reblandecido tras varios días lloviendo, lo que a buen seguro dificultará el empuje de los tres pesados carros en los que viajarán Jagannath, Balabhadra y Subhadra.

La desmedida devoción que los hindúes sienten por los tres ídolos de madera lleva cada año a más de uno a arrojarse bajo las ruedas de sus carros cuando estos pasan a su altura. Y es que en la práctica no hay nada más directo para acceder al nirvana que llegar a él de la mano del Señor del Universo, aunque eso implique haber sido aplastado por su mastodóntico vehículo. Quienes lo presencian no pueden evitar sentir admiración por la visceral manifestación de fe de esas personas, e incluso animan a quienes ven dudar en el momento de dar el paso adelante definitivo.

Este año las previsiones de visitantes se han visto de nuevo desbordadas y los millones de fieles congregados abarrotan desde hace varias semanas la ciudad. Todos esperan asistir a un Rath Yatra muy especial, pues el año ha sido generoso en lluvias y cosechas, y ha sabido mantener lejos de la gente las plagas y enfermedades habituales. Es por ello que muchos desean agradecer a Krishna de primera mano su bondad, desplazándose desde todos los rincones de la India hasta esta ciudad sagrada.

Nadie ignora que la festividad será uno de los acontecimientos

más multitudinarios en Puri de los últimos años, y mucho menos quienes tienen profundos intereses en ello, como por ejemplo le ocurre al gobernador de Orissa. Lord Britton apura antes de dormirse los albores de la culminación de su gran cruzada. Pronto el marajá habrá sido asesinado y el frente católico, con él como máximo exponente y el hermano Anderson a su retaguardia, se alzará con todo el poder territorial. Por fin va a hacer algo grande sobre lo que querrán escribir los rotativos londinenses. Todo el mundo sabrá su nombre en las islas y conversar con él pasará a ser algo realmente cotizado.

Cuando comenzó a desarrollar su plan, lord Britton nunca imaginó que terminaría de esta manera. Pero lo cierto es que, echando la vista atrás, tiene motivos de sobra para sentirse orgulloso. Ha sufrido muchos y serios contratiempos, especialmente con la llegada de Mr. Harrison, la traición de monseñor Dumont y la desbandada general de Sambalpur. Sin embargo, ahí se encuentra, a punto de hacer realidad su sueño. Como un viejo general que se ha resistido a vender su piel en los momentos de mayor adversidad y la victoria final le catapulta a la categoría de héroe nacional.

Lo que más le enorgullece a lord Britton es que no ha recibido la ayuda de nadie. Todo el mundo que ha colaborado con él lo ha hecho siguiendo sus propios intereses y la mayoría de las veces, tras haber sido engañado o condicionado. Es por ello que no piensa darle las gracias a nadie, ni ahora ni cuando tenga que pronunciar un discurso para la aristocracia en el futuro.

Pero el gobernador no quiere estropear su momento de gloria pensando en los incompetentes que ha tenido que aguantar a su alrededor, y que casi le hacen fracasar. Ahora ha llegado el turno simplemente de disfrutar, de recoger los frutos y saborear lentamente su dulce madurez. Lord Britton ha sabido colocar las fichas del dominó una detrás de otra y la primera de ellas está a punto de caer. Detrás irán llegando un sinfín de buenaventuras, todas ansiosas de saltar a sus brazos y abrazarle.

Como era de suponer, el príncipe Ayodhya y su séquito ocuparán el palacete que se encuentra justo enfrente de la entrada del templo Gundicha, desde cuyos balcones superiores se puede gozar de una panorámica inmejorable. Y no será el único dignatario importante que se aloje en el edificio. Entre sus invitados se encuentran varias personalidades de las Provincias Unidas y Bengala, además de los habituales sultanes de Delhi e Indore. Y es que nadie que ya haya acudido alguna vez a la gran fiesta del Rath Yatra que organiza el marajá puede resistirse a volver en futuras

celebraciones. No es de extrañar. Los mejores licores son traídos de todos los rincones de la India para regar las carnes de venados, faisanes y otras presas de caza con las que los cocineros de palacio preparan sus platos estrella. No obstante, como los invitados premian a su anfitrión con suntuosos presentes, son siempre bienvenidos.

Lord Britton sabe que tener a toda esa gente rondando por el edificio implica un riesgo enorme, y asumirlo desde el principio ha sido algo fundamental. Terminar con la vida del príncipe durante una de las fiestas más importantes del hinduismo conlleva una connotación simbólica de trascendencia infinita. Por eso eligió esa fecha, aunque tampoco tenía muchas otras opciones, pese a todos los inconvenientes que sabía que acarrearía.

Agotado por el torrente de emociones que le invade desde que empezó el día, el gobernador apaga su lámpara de noche y se acomoda en su cama. Pero antes de rendirse definitivamente al sueño le dedica su último pensamiento a doña Alejandra de Dinamarca, esa musa que nunca le ha fallado y que le aguarda todavía en algún rincón de la vieja Inglaterra. Se pregunta qué se sentirá al ser el amante de una reina y, preso aún de esa incertidumbre, se duerme con una inmensa sonrisa en la cara.

Por fin ha llegado el día.

Abarrotando las casi dos millas de la avenida Bada Danda y sus calles aledañas, con menos lujo pero mucho más fervor, el gentío proclama su fe a los cuatro vientos. Desde devotos que rezan plegarias improvisadas encaramados en barriles y pequeños muros, a espirituales ascetas recitando mantras ancestrales. Todos se dejan llevar por un sentimiento que va mucho más allá de lo terrenal. Y es que pocas cosas les hacen sentirse tan cerca de los dioses como esta celebración centenaria.

Lord Britton ha llegado a la iglesia hace apenas veinte minutos y se ha sentado en un banco a esperar a que monseñor Dumont haga acto de presencia.

Desde fuera llegan entremezclados los gritos de la multitud, cantando y lanzando proclamas a los dioses; entregados por completo al cultivo de su devoción más arraigada. Los tres carros están a punto de pasar frente a la iglesia, así que lord Britton teme que como el obispo tarde un poco más en personarse, no consigan escucharse el uno al otro al hablar.

Hoy, cuando los colosales carros hayan arribado a Gundicha, quedará marcado el fin de la primera parte del Rath Yatra. Durante los próximos siete días los ídolos serán venerados por los fieles en el

interior del templo, para posteriormente ser trasladados de vuelta a su hogar, en una nueva y multitudinaria procesión que servirá de broche final a la celebración.

Debido al carácter tumultuario de la festividad, y aunque durante ella los estigmas sociales permanecen invariables, es difícil mantener la habitual división entre las personas que se agolpan en las calles. Aunque los brahmanes ocupan la zona más próxima al templo, siempre en la avenida principal, y los chatrias son los siguientes en cuanto a proximidad, las castas más populares se entremezclan en una gran masa humana heterogénea y compacta. Los intocables son los únicos que históricamente nunca han tenido cabida en ella, si bien como consecuencia de la función fraternal adoptada por la Iglesia durante los últimos tiempos, algunos han empezado a mezclarse con disimulo entre el resto de castas, logrando pasar bastante inadvertidos.

—¡Ah, está usted ahí! —exclama el obispo, al ver al gobernador sentado plácidamente en el banco.

Lord Britton se levanta para saludar al religioso.

—Eminencia.

—¡Vaya día que ha elegido usted para hacerme venir hasta Puri! ¿De verdad espera que encuentre divertido ese cerril espectáculo de ahí fuera?

—Vamos, padre Dumont. Ya lleva unos cuantos años en el país y no está de más que empiece a conocer su cultura.

—¿Qué cultura? Mire, tengo cosas más interesantes en las que emplear mi tiempo que observando remanentes pseudoculturales en vías de extinción —protesta, enardecido, el prelado—. He oído que ya han muerto quince personas desde que empezó la fiesta.

—En cualquier celebración de este tipo hay peleas y accidentes; y luego están los que se lanzan voluntariamente bajo los carros para agilizan su periplo *post mortem*. Es algo habitual todos los años. No hay forma de librarse de ello.

—Usted es el gobernador, tal vez podría hacer algo más por la seguridad de su pueblo.

—¿Hacer algo más? Créame, si por fin fuera, lo que haría sería directamente prohibir fiestas como esta.

—¿Y por qué no lo ha hecho aún?

—Porque sus competencias no recaen de nuestro lado. Además, digamos que la edición de este año será un tanto especial.

—Ni siquiera a usted le gusta y para hacerme venir lo denomina cultura —le sigue reprochando el obispo.

En realidad, el gobernador quería que viniese por otra razón

bien distinta. Y es que ya que va a cargar con la responsabilidad del asesinato del príncipe, es justo que monseñor Dumont vea también cómo su cuerpo es arrojado por el balcón del hotel.

—En realidad, quería que viniese para que me enseñase cómo van las obras de la iglesia —esclarece a su manera lord Britton.

—¿Ahora se interesa por esas cosas?

—¡Faltaría más! Es mi dinero el que se está gastando…

Monseñor Dumont no se explica cómo una persona puede demostrar tanta desfachatez, pero como su visita no va a resultar infructuosa, opta por no objetar nada a lo que dice.

—Ande, venga por aquí.

—Estoy viendo que no es tan grande como lo será su sede en Bhubaneswar, pero ambas se parecen mucho interiormente.

—Las piedras provienen de la misma cantera y los albañiles que trabajan aquí hacen turnos con los de otras iglesias. Pensé que reutilizar los planos en diferentes edificios abarataría los costes.

—¡Qué planteamiento tan sensato! —premia el gobernador.

Monseñor Dumont no esperaba semejante halago.

—Celebro que lo apruebe.

Descendiendo por una escalinata de piedra flanqueada a ambos lados por imágenes bélicas del dios Krishna, el obispo guía a lord Britton al sótano del templo.

—Reconozco que me encanta este templo —admite monseñor Dumont mirando a las paredes—. Aunque tengamos que derribar la mayor parte de su estructura, se ajusta muy bien a las ideas que tengo en mente para la nueva iglesia.

—Tal vez algún monje de su confianza podría oficiar las misas aquí cuando la remodelación haya terminado. ¿Cree que alguno de ellos estaría capacitado para llevar a cabo esa tarea?

—Creo que el hermano Anderson lleva muchos años pudiendo hacerlo —asegura monseñor Dumont.

—Lo apunto como primer posible candidato —asegura lord Britton, a quien le divierte que Dumont le esté recomendando precisamente al monje que él ha elegido para sustituirle.

—Me parece una excelente idea. A mí me resultaría imposible ocuparme de todas las parroquias a la vez y una demarcación tan importante como la de Puri necesita que esté a su cargo una persona de confianza. El hermano Anderson siempre ha demostrado una dedicación envidiable en su trabajo.

—Lo tendré en cuenta. Por cierto, le he dejado las escrituras de esta iglesia en su sacristía.

Monseñor Dumont se vuelve hacia él con cara de enfado.

—¿Y por qué no las ha traído aquí para dármelas en persona, si sabía que íbamos a vernos?

—Porque no quería extraviarlas —se justifica el gobernador—. Pero no pasa nada, estarán esperándole cuando regrese a Bhubaneswar.

—A veces me gustaría entender qué le impulsa a realizar algunas cosas de la forma en que lo hace —confiesa el obispo.

—Es fácil: meditación, reflexión y una pizca de improvisación.

—¿Cree que esa es la fórmula del éxito?

—Sí, ¿por qué no? A mí me funciona.

Monseñor Dumont se acerca al ostensorio y saca de él una botella de cristal transparente llena de un líquido de color caramelo.

—Bueno, ya que hemos venido, me gustaría celebrar con usted que nuestro plan para infiltrar a esa joven en palacio ha sido un éxito, aunque la entrega final de las escrituras era algo que ciertamente ansiaba, y no tenerlas todavía quizá le reste algo de protagonismo a este hito —matiza el obispo, agitando la botella para mezclar unas diminutas partículas depositadas en el fondo—. Tengo aquí reservado uno de los mejores licores que alguna vez haya probado y quiero compartirlo con usted.

—¿No traerá mala suerte celebrarlo antes de tiempo? —se plantea lord Britton, dudando—. El príncipe aún no ha hecho público el enlace y, por lo que a mí respecta, hasta que se produzca el anuncio oficial no se puede dar nada por sentado.

—¿Cree que después de haber probado las mieles de esa hermosa mujer el marajá no querrá tenerla cada noche en su lecho?

—Creo que vivimos en un mundo regido por los intereses. Aysha no puede ser tampoco la mujer más hermosa del mundo, por mucho que tal vez se le parezca, y el príncipe puede permitirse retozar con una belleza inmaculada distinta cada noche.

—En eso estoy de acuerdo con usted —admite el obispo.

—¿Ha visto al visir que le acompaña? —insiste lord Britton—. Parece un hombre influyente y hábil en el uso de la palabra. Tal vez los consejos que le dé no estén alineados con nuestros intereses. ¿Y si le recomienda mantenerse fiel a su mujer?

—Está bien. No lo vea como una celebración si no quiere, gobernador. Véalo como el brindis por un futuro que se abre de par en par ante nosotros. «O véalo como le salga de las narices, zullenco seboso, pero bébase el maldito vaso que le voy a dar». Es la ocasión perfecta para degustar esta deliciosa receta.

—Espero que no sea *feni* —dice el gobernador Britton

observando la botella—. Detesto con todas mis fuerzas ese inmundo orín de vaca. De verdad, confío en que en este país alguien aprenda algún día a destilar algo que haga merecer la pena pasar en él más de una semana.

—Este licor no está nada mal, ya lo verá —promete el obispo.

—Creía que usted solo bebía vino —observa lord Britton extrañado por el atípico comportamiento del religioso—. Sepa que, proviniendo de Francia y habiendo sido en cierto modo un productor, le presupongo a usted un buen paladar a la hora de juzgar los caldos y licores.

—En efecto, señor Britton, yo nunca bebo. Pero pienso que esta ocasión bien lo merece, ¿no cree? —sostiene monseñor Dumont, descorchando la botella.

—Por supuesto, por supuesto —responde lord Britton tras dudar unos instantes—. Si le soy sincero, en muchos momentos llegué a pensar que fracasaríamos en esta empresa.

El gobernador está empezando a sentirse acorralado. Teme que monseñor Dumont pretenda envenenarle, como hizo con el contable, para apartarle de su camino. Aunque claro, sus papeles son diametralmente opuestos y, si el obispo no se ha vuelto un loco desquiciado, entenderá que sigue necesitando el amparo de una figura gubernamental que le proteja. Y volver a conseguir contactos relevantes en un nuevo gobierno le llevaría una eternidad de la que a su edad no dispone.

—Ha habido momentos duros, lo reconozco, pero gracias a Dios nuestra buena voluntad conjunta ha prevalecido sobre los intereses personales de cada uno —admite suspirando el obispo. Emborrachar al gobernador de licor y adulaciones le parece la mejor forma de arrancarle una confesión. Quiere que, ya que ha tenido el valor de envenenar al supervisor e intentar hacer lo propio con él, tenga también el valor de reconocerlo.

—No lo habríamos conseguido de haber obrado de cualquier otra forma —admite lord Britton, tomando el vaso que le ofrece el obispo—. Era necesario colaborar juntos desde el principio.

Monseñor Dumont alza el vaso frente al gobernador.

—Por el futuro.

—Por el esperanzador futuro.

Los dos hombres chocan sus vasos manifestando su buena voluntad, pero solo lord Britton es quien se llena la boca con su contenido.

—Bueno, no está nada mal, es cierto. ¿Usted no bebe? —pregunta, desconfiado, el gobernador, al ver que el obispo no ha

probado ni una gota.

—Mi querido gobernador. Para que vea que no le guardo ningún rencor por sus sucias artimañas, voy a darle la oportunidad de morir en paz.

—Pero ¿qué está diciendo?

—Lo que acaba de tomar es un veneno mortífero que pronto atacará sus órganos vitales, apagando su vida de una manera rápida, pero tremendamente dolorosa.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Debí haberle matado cuando tuve ocasión!

—¿La tuvo? ¡Vamos, gobernador, no se ponga así! Le estoy ofreciendo el perdón divino a través de una confesión antes de que tenga que rendirle cuentas a San Pedro. Mucho más de lo que merece un asesino como usted, que no dejó que un compatriota respetable como Mr. Harrison gozase del mismo privilegio. Dígame, ¿qué siente al probar su propia medicina, señor gobernador?

—¡¿Qué?! ¡¿Pero qué demonios está diciendo?! ¡¡Yo no asesiné a Mr. Harrison!! —niega con total rotundidad lord Britton—. ¿Por qué todo el mundo se empeña en tacharme de asesino? Fue usted quien lo hizo, simulando una reyerta inexistente entre él y su novicio. Luego responsabilizó al pobre muchacho, una vez que estaba muerto y no podía defenderse. Y ahora me acusa a mí, tras haberme envenenado. ¿Pero qué clase de alimaña es usted?

Lord Britton siente cómo su estómago se revuelve y su mente empieza a agitarse. Todo lo que ve a su alrededor se cubre de una neblina cada vez más espesa.

—¿¿Yo?? No sea absurdo. Usted se sirvió de ese pobre chico para envenenar el té que me había enviado el cónsul de Darjeeling y que ingenuamente compartí con Mr. Harrison. Tuve suerte de no haber bebido antes que él, de lo contrario ambos compartiríamos el mismo agujero.

—¡¡Pero si ni siquiera sabía que sir Sheercliff le había enviado algo!! —se defiende el gobernador—. Dios sabrá que tengo muchos defectos, pero no soy ningún asesino.

—¿Debería creerle? Quien más interés tenía en que ese contable desapareciera del mapa y no descubriera sus nefastos derroches era usted.

—¡No, no, no! Yo no hice nada de eso. Todas las pruebas que nos incriminaban a ambos habían sido ya destruidas antes de que pudiera revisarlas. Ese hombre no podría haber probado nada aunque quisiese. No tenía ninguna necesidad de matarle.

—¿Y cómo explica que fuese a verme nada más hablar con

usted?

—¡No tengo ni idea!

Monseñor Dumont siente como la duda le asalta de repente. ¿Y si el gobernador estuviera diciendo la verdad y ninguno de los dos fuera el artífice del asesinato?

—Está bien, cálmese. Lo que ha tomado no le matará, simplemente le hará pasar unos momentos de desconcierto —le confiesa el obispo para tranquilizarle.

Pero la cantidad de soma empleada por monseñor Dumont provoca un estado de completa alucinación en el gobernador, quien a estas alturas ya no es capaz de escuchar su voz con nitidez y para el que las paredes de la habitación han dejado de ser meros tabiques divisorios. En su mente todo cobra una nueva dimensión, engrandeciendo las figuras y desvirtuando sus sentidos.

Lord Britton se siente desorientado; los objetos que le rodean dan vueltas girando en torno a él. La silueta del obispo se expande, adquiriendo el tenebroso aspecto de un monstruo horrible que lucha por alcanzarle y devorarle. Aterrorizado, el gobernador sacude sus brazos en el aire, pero es incapaz de asestar ningún golpe en el rostro de la criatura, de cuya boca empiezan a brotar cientos de seseantes culebras.

«¡Cálmese, hombre, cálmese!», le dice el monstruo, pero lord Britton no está dispuesto a confiar en semejante engendro.

Sin más tiempo que perder, el gobernador trata de escapar por un sendero de adoquines luminosos esperando que le lleven al exterior de la cueva. A ambos lados del pasillo, rostros fungiformes ríen a carcajadas al verle correr como un cerdo despavorido.

En la calle la multitud se agolpa formando una densa marea humana entre la que resulta imposible orientarse, especialmente cuando ya de por sí la brújula de la mente gira sin control.

El cerebro drogado de lord Britton interpreta a su manera el entorno que le rodea, más cercano a la acuarela de un tardío Joseph Mallord William Turner que a la realidad. El cielo es de color púrpura y las nubes lo cruzan enrojecidas, como si alguien acabase de prenderles fuego. Debajo, las personas se transforman en altas plantas de maíz agitadas por el viento que bailan de un lado a otro y no le dejan pasar.

Pese a todo, el gobernador consigue hacerse un hueco entre ellas y se adentra en el maizal, confiando en despistar al ente demoniaco que le persigue. Pero las grandes hojas de las plantas le golpean una y otra vez en la cara y pronto no sabe si el sentido en que se mueve le está alejando de él, o por el contrario le conduce directamente a

sus fauces.

Al poco, lord Britton consigue salir del sembrado, llegando a un descampado por el que avanzan pesadamente tres gigantescas tortugas. En lo alto de sus caparazones, unos hombres enmascarados danzan alegremente y ríen mostrando sus blancas dentaduras. Cuando se detienen, lord Britton corre hasta la última de ellas y le pide al macabro bailarín que le permita subir y escapar de la bestia con él. Los ojos del bailarín comienzan a dar vueltas en espiral como si fueran a salirse de sus órbitas. Su cara está pintada de negro y viste unos ropajes de colores muy llamativos aunque combinados con bastante mal gusto. El bailarín abre la boca de nuevo para reír, pero de ella brota un gruñido ronco, similar al de las aspas de un molino mal engrasado. Entonces, la coraza de la gran tortuga se vuelve de madera y el animal comienza a moverse de nuevo.

Despacio, con mucha dificultad, el reptil alza una pata por encima de la cabeza de lord Britton y la baja con fuerza, aplastando su rosada carne contra el suelo como si fuese mantequilla. Cuando la tortuga levanta su pata de nuevo, deja al descubierto el ensangrentado cuerpo del gobernador, cuyos huesos y vísceras son ahora apenas un amasijo de escombros viscosos.

Las personas que han presenciado la escena contemplan enmudecidas los restos de lord Britton desparramados bajo las ruedas del gran carro de Jagannath.

—¡El gobernador se ha arrojado a los pies de Krishna! —exclama un hombre, rebosando emoción.

La gente a su alrededor se mira, incrédula, sin saber qué pensar.

Pero esa estupefacción inicial pronto da paso al jolgorio generalizado. El gobernador literalmente se ha suicidado dejándose apisonar por las imponentes ruedas del carro, y todos lo han presenciado. Detrás de ese gesto no podría esconderse otra cosa que la aceptación sin reparos de algo que lord Britton había estado combatiendo desde su llegada al subcontinente. El mandatario, por fin, se había dado cuenta de la realidad, y no solo aceptaba la fe hinduista sino que la había hecho propia hasta las últimas consecuencias. Esa consumación pública demostraba lo errado que había estado y su total arrepentimiento.

El acto de lord Britton no tarda en desatar la euforia por toda la calle. Los vítores de la gente se alzan en un único grito liberador hasta los cielos; como si la venda que les estaba cubriendo los ojos se desprendiera de repente y dejara ver que en realidad siguen siendo las mismas personas de siempre. Por mucho que los ingleses

les hagan comportarse de forma distinta, no harán sino tapar con un manto la verdad que subyace debajo. La verdad que dicta que son un pueblo libre, y que sus costumbres y creencias son tan antiguas como el hombre y perdurarán hasta el fin de los tiempos. Son fuertes, son auténticas, y nadie podrá doblegarlas jamás.

Entretanto, el príncipe Ayodhya contempla el espectáculo desde el privilegiado balcón del hotel, tratando de encontrar una explicación a lo que acaba de presenciar. Que el gobernador se quitase la vida delante de todo el mundo no era algo con lo que contase en absoluto, pero sin duda va a hacer que las cosas se pongan muy de cara para su gobierno. A partir de ahora, el sentimiento entre la gente no volverá a estar dividido, y sólo necesitará ciertas dosis de justicia para conducir a las masas de forma pacífica. Sin duda alguna, la longevidad de su mandato ha pasado a estar garantizada.

—No puedo creer lo que ha pasado… —admite Aysha a su lado. Su incredulidad va pareja a la del príncipe.

—Daba la impresión de que ese hombre no estaba en sus cabales —dice él, a juzgar por su clara actitud descontrolada.

—Tal vez hubiese bebido en exceso —valora la chica al recordar la célebre afición del gobernador por las bebidas psicoactivas—. De cualquier modo, ha liado una buena allá abajo.

El marajá se gira hacia su visir y le hace un gesto para que se acerque.

—Bhupal, quiero que investiguéis lo sucedido. Quiero saber quién es el máximo candidato a ocupar el puesto de lord Britton, cuál es su bagaje político y personal, y si guarda algún tipo de relación actualmente con el obispo.

—Bien, señor.

El consejero se va inmediatamente de la habitación para empezar a indagar información cuanto antes. El príncipe y la joven musulmana se quedan a solas en el balcón por primera vez desde que empezó la festividad.

—Presiento que esto restará protagonismo al anuncio de nuestra boda —ironiza Aysha, sonriendo.

El príncipe también sonríe.

—Después de esto, creo que ya no será necesario que nos casemos. No hay por qué fingir que seguimos adelante con el plan de esos tres.

Aysha asiente. Aunque la gran mayoría de las mujeres estarían dispuestas a dar su vida por unirse en matrimonio con un marajá y gozar de una vida repleta de lujos y abundancia, ella aborrece el

ostracismo que lleva implícito; y lo que es más importante: a su edad aún no ha renunciado a casarse por amor.

—Es mejor que vayas a despedirte de tu padre —le dice Ayodhya—. En media hora ordenaré su arresto. Abajo encontrarás tu caballo.

—¿Volveremos a vernos algún día, príncipe Ayodhya?

—Tal vez. Estaré abierto a que ello suceda. Hubieses sido una gran princesa.

—Vos ya tenéis una princesa.

—Lo sé —reconoce él, dedicándole una última sonrisa—. Venga, no pierdas el tiempo; es más importante la otra despedida.

Aysha sabe que el príncipe tiene razón.

Entonces, para sorpresa del soberano, la chica se retira el velo que cubre su cara y, por segunda vez, se muestra tal cual ante él. El impacto que causa en el marajá su desbordante belleza le resulta tan arrollador como el día en que la conoció.

—Juro por Alá que eres mil veces más hermosa de lo que recordaba.

Aysha se inclina y le besa en la mejilla. Después vuelve a ocultarse bajo la tela, privando de nuevo al mundo de uno de sus más bellos tesoros.

—*Dhanyavaad*, príncipe Ayodhya.

—*Ma'a ssalamah*, mi joven princesa.

Una vez que Aysha se ha ido, el marajá vuelve a echar un vistazo a la calle. En ella, la gente continúa con sus festejos de forma desenfrenada. Cantan, gritan, danzan… Era difícil imaginar un mejor final para esta primera parte de la celebración que el que el gobernador inglés, ya sea voluntaria o involuntariamente, les ha brindado.

Algunos se vuelven hacia el balcón del príncipe y le vitorean y ensalzan. En el fondo, para ellos es como si se hubiese ganado una guerra.

Pero mientras el marajá se reconcilia con una gran parte de su pueblo, alguien decide poner fin a su letargo y hacer que esa reafirmación tampoco dure demasiado.

Un crujido al fondo de la habitación hace que el príncipe Ayodhya se ponga alerta. Mas no le hace falta buscar mucho tiempo para dar con el origen exacto del ruido. Nada más poner un pie dentro de la sala, el dignatario ve cómo un trozo de la pared se viene abajo, derribado por el joven que sorprendentemente hasta ahora se mantenía oculto en su interior.

En pocos segundos, el muchacho arranca los pedazos que le

restaban para poder salir de su escondite y se planta frente al marajá. Parece claro que la estructura de la pared estaba preparada para ser fácilmente quebrada desde dentro.

—¿Quién eres? —pregunta el príncipe, desconcertado.

—Mi nombre es Narayan y soy miembro de la Orden Defenestrada. He venido a matarte y terminar con tu reinado de tiranía y pobreza.

Acostumbrado a subsistir sin ingerir alimento durante largos periodos de tiempo, Narayan ha permanecido oculto dentro de la pared solamente con un cuchillo y un pellejo de agua desde un día antes de que se cerrasen al público las puertas del hotel. Sin embargo, sus extremidades no parecen acusar la falta de movilidad prolongada y su cabeza se muestra también despierta y espabilada. No cabe duda de que ha sabido aprovechar su exigente entrenamiento.

—Ignoro cuántos días has estado ahí encerrado para poder burlar mi seguridad, y es de justicia admitir que admiro la dedicación que demuestras profesar a tu causa. Pero ¿por qué crees que matarme hará que las cosas cambien?

—Si no hacemos nada es seguro que no cambiarán —aduce Narayan, caminando lentamente hacia el marajá. Este, en lugar de gritar pidiendo auxilio, prefiere intentar apaciguar la situación por otros cauces más diplomáticos. Habían estado tan preocupados de protegerse de las amenazas que viniesen de fuera, que descuidaron las que pudiesen estar aguardándoles dentro.

—Déjame decirte algo, muchacho. Si yo muriese ahora lo haría sin herederos, pues mis cuatro descendientes son mujeres. El Gobierno británico se haría con el poder, y entonces sí que los que quedéis en esta tierra sabréis lo que es la miseria y el sufrimiento.

—El gobernador Britton me sacó de los calabozos y me convirtió en un soldado. Me ha dado la oportunidad de luchar por mi pueblo —justifica Narayan, señalando al marajá directamente con el cuchillo—. ¿Qué has hecho tú por mí?

—El gobernador Britton está muerto. Se ha sacrificado hace unos minutos bajo Jagannath. Su sangre aún estará caliente.

—¡Mientes! No sabes hacer otra cosa que mentir continuamente.

—Asómate y lo verás con tus propios ojos —invita el príncipe Ayodhya.

—¡No caeré en tu trampa!

—Si no me crees, deja que te lo diga otra persona. Habla con Nagesh. Él está al corriente de todo.

—¿Nagesh? ¿El inepto desertor que me robó lo único que tenía

en la vida?

—¿Qué es lo que te robó? Yo te lo daré si me entregas ese cuchillo.

—¿Podrías? —pregunta Narayan. De repente supone que un marajá tiene que ser capaz de conseguir cualquier cosa.

—Probemos. Dime qué quieres.

—Quiero a la mujer que me robó, y no me importa si le matas a él o la obligas a ella a estar conmigo.

Pero al oír la petición del muchacho, el príncipe duda.

—No es fácil forzar a alguien a quererte.

—¡No me importa! —grita Narayan, amenazando al soberano una vez más con el cuchillo—. ¡O me das eso o morirás!

—Está bien. Dime dónde puedo encontrar a esa chica y te la traeré.

—Te dibujaré un mapa con la situación del puesto de flores que tiene en el mercado.

Al marajá, las palabras de Narayan le confunden.

—Un momento. ¿Estás hablando de la florista que se casó con Nagesh?

—¡¡Sí!! —exclama Narayan al borde de la locura.

—Cuánto siento no poder ayudarte. A esa chica la encontraron muerta en su casa hará un par de meses —le informa el príncipe.

—¿Qué…?

De súbito, todo el ímpetu que se había adueñado del cuerpo de Narayan se desvanece. El amor de su vida se había ido para siempre sin saber lo que sentía por ella y ya nada ni nadie podrá devolvérsela.

—Fue algo terrible —prosigue el marajá—. Alguien se coló en su casa y le hizo cosas inenarrables. No había nadie para protegerla; cada vez que pienso en ello se me forma un intenso nudo en el estómago.

El cuchillo de Narayan cae al suelo desde una mano que lo sujetaba ya sin fuerza.

—¡¡Guardias!!

De forma inmediata, los dos guardias del marajá que vigilaban la puerta entran en la estancia armados con largas cimitarras, pero con pocas intenciones de darles uso. Sin embargo, al encontrar al muchacho tan cerca del príncipe y ver el cuchillo en el suelo se llevan una buena sorpresa y corren hacia él.

—¡Arrestadle! —les ordena—. Quiero que le bajéis a los calabozos. Pero no le hagáis ningún daño.

Entonces Narayan, que no piensa pasar ni un solo día más de su

vida encerrado en una celda, reacciona de inmediato y sale disparado hacia el balcón.

—¡No dejéis que escape!

Pero los guardias no son lo suficientemente rápidos para evitar la huida de alguien que durante varias noches había entrenado los movimientos que debía hacer. Narayan salta por un lateral del balcón agarrándose a la barandilla, y con una agilidad pasmosa va impulsándose de balcón en balcón, descendiendo a gran velocidad una a una las cuatro plantas del edificio.

—¡Id tras él! —grita el príncipe, consciente de que si le pierden, su amenaza continuará estando presente.

No muy lejos de allí, en ese mismo instante, monseñor Dumont cierra las puertas de su iglesia y se dirige al lugar donde le espera el carruaje. Acaba de enterarse de la muerte del gobernador y del efecto equivocado que esta ha provocado entre las masas. Obviamente, a él le importa un comino que lord Britton haya muerto, pues nunca llegó a congraciarse con él y le parecía un auténtico patán, además de un cretino. Pero su fallecimiento pone en peligro todos los acuerdos que habían alcanzado hasta la fecha; los escritos, y especialmente los verbales, los cuales han quedado del todo anulados.

Así las cosas, lo más prioritario ahora para el religioso es llegar cuanto antes a Bhubaneswar y poner a buen recaudo las escrituras de su nueva iglesia. Ya tendrá tiempo de meditar qué hacer a continuación mientras dure el viaje. Y por supuesto, espera que nadie sea tan mezquino de relacionar la muerte del gobernador con su persona. Siempre lo ha creído: «No se pueden hacer tratos a largo plazo con la personas. Pueden morirse antes de que se materialicen».

1. *El vacío de un palacio lleno de tesoros sin valor*

El príncipe observa desde el balcón cómo sus sirvientes van recogiendo los adornos colocados en las inmediaciones del edificio, y le invade la nostalgia. Sabe que es solo un anticipo de lo que seguirá sintiendo toda su vida y que es en estos momentos cuando debe aprender a vivir con ello. Puede que nunca vuelva a ver a Aysha, esa hermosa manzana que el mundo puso en su boca para que la mordiera y luego se la quitó cuando apenas tocaba sus dientes.

Desde el mismo momento en que la joven entró en el salón del palacio, el príncipe se había rendido a sus pies, arrollado por su cautivadora mirada de fuego. En cuanto vio sus ojos de cerca se enamoró de esa mujer como si no existiese otra igual en todo el universo. Y ahora que le ha dado su último adiós se confiesa a sí mismo que nunca podrá olvidarla.

Quisiera ir tras ella, seguirla hasta los confines de la tierra y tomarla como esposa, y amarla hasta que los muros del palacio quedasen reducidos a arena. Pero ella se ha ido, a buen seguro para siempre, dejándole desorientado en el vacío de un palacio lleno de tesoros sin valor. Teme que cada día que pase sin sentir su presencia se convierta en un día perdido, y es que tan sólo la certeza de saber que ella seguirá existiendo en algún otro lugar lejos de él, le llena de amargura.

—¡Papá! —grita la dulce Halima, entrando por la puerta junto al resto de sus hermanas. Lleva cogida de la mano a la pequeña Abhirami, que trata por todos los modos de mantener el equilibrio. En la cara le están saliendo unas divertidas pecas que le dan un aspecto mucho más travieso.

—¡Hija! Ten cuidado con tu hermana.

—¡Mira cómo camina, papá! ¡Se sostiene ella solita!

—Es estupendo. ¿La has enseñado tú?

—Lo hemos hecho entre todas.

El príncipe mira a sus hijas y sonríe. Poco a poco se van convirtiendo en unas mujercitas sin que él apenas se dé ni cuenta.

—Cuánto me alegro de que tenga unas hermanas como vosotras.

Entonces Ayodhya se da cuenta que sería injusto que las niñas

no pudiesen alegrarse también de tener un padre como él. Lo mismo que su esposa. Ella le había entregado su vida. Vivía encerrada en una prisión de seda y caoba como una prostituta cualquiera esperando sus caprichosas visitas. Nadie le había preguntado: «Oye, ¿estás bien aquí dentro?». Permanecer en el *zanana* era algo que se le había impuesto sin más.

Al pensarlo, el príncipe siente un escalofrío. ¿Era esa la mejor manera de corresponder a la mujer que había concebido para él a esas cuatro hermosas criaturas? ¿Qué importa que ninguna de ellas haya nacido con el cuerpo de un varón? ¿Era eso lo que le legitimaba a desear yacer con otra mujer?

«Un buen príncipe debe saber ser justo y templado, y el mejor lugar por el que empezar a demostrarlo es su propio hogar», resuelve el marajá para sus adentros, quizá recordando el consejo de algún sabio.

—Vamos, hijas, está a punto de caer el sol y sería una pena que vuestra madre se perdiese un atardecer como este —dice Ayodhya, posando su mirada sobre el horizonte incandescente.

Cuando Aysha llega a la tienda de su padre la encuentra cerrada a cal y canto.

La chica se asoma a través del cristal, aprovechando un hueco en forma de triángulo que la cortina ha descuidado, y confirma que en el interior no hay clientes y que las luces están apagadas. Aysha no entiende por qué el As-Suwayda no ha abierto todavía hoy sus puertas y se pregunta si su padre estará dentro o habrá tenido que ausentarse por algún motivo importante. Puede también que haya amanecido enfermo, y al no estar ella, no haya tenido a quien dejar a cargo de la tienda.

A falta de una nota en la entrada o una cara conocida en las proximidades que le aclare la situación, Aysha decide llamar a la puerta y ver si alguien le abre. Pero su llamada no es atendida desde el interior.

«Tal vez mi padre esté acostado en la trastienda. Sí, seguramente esté enfermo».

—¡Padre! —grita, golpeando de nuevo la puerta.

Ante la falta de respuesta, unos segundos más tarde lo vuelve a intentar.

—¡Padre!

Por fin alguien se acerca por el otro lado de la ventana para comprobar quién llama. Aysha reconoce en esa persona a su padre, aunque su aspecto parece desmejorado desde la última vez que le vio. Necesita urgentemente una visita al barbero y que alguien le

lave la ropa.

—¡Padre! Por favor, abre la puerta.

El hombre accede a su petición, desatrancando los cerrojos.

—Aysha, ¿qué estás haciendo aquí?

—Déjame entrar, no quiero hablar en la calle.

Muhammad se hace a un lado para permitir que su hija pase adentro y vuelve a cerrar con llave.

—¿Cuántos días llevas sin abrir la tienda? —le pregunta la chica, echando un vistazo a los polvorientos botes de las estanterías.

—Un par de ellos nada más.

Aunque el estado de dejadez del establecimiento no se corresponde con el de haber estado solo dos días sin actividad, Aysha evita contradecir a su padre. A estas alturas no es algo que le infunda temor, pero la haría distraerse absurdamente dentro de una discusión sin sentido.

—¿Hay alguien más contigo? —pregunta la chica.

—Estoy solo. ¿Por qué has venido?

Muhammad no parece preocupado ni nervioso. Su actitud se asemeja más a la de alguien que simplemente ya da todo por perdido. Alguien que ha abandonado la ilusión por vivir y que de pronto ha dejado de recordar el sentido de su vida. A Aysha le choca verle así, pues siempre ha sido un comerciante muy sesudo en sus acuerdos, un consejero inteligente y mesurado, y un político activo e inconformista. En media ciudad siempre se le ha conocido como un hombre capaz de trabajar veinticuatro horas al día cuando un objetivo de interés se le pone por delante.

—Vuestro plan ha fracasado —le confiesa la chica—. No me casaré con el príncipe.

Muhammad guarda silencio. No puede decirse que le haya sorprendido su revelación. O tal vez le sorprenda pero a estas alturas ya no le importe.

—¿Sabes que la traición se pena con la muerte? —le recuerda Aysha, aunque está segura de que su padre lo tiene más que presente—. ¿No te importa?

El hombre se pasa la mano por sus grasientos cabellos y suspira. Pero continúa sin decir nada.

—He conocido a uno de los muchachos del campo de entrenamiento. Me ha hablado de cómo les adiestraban para convertirles en asesinos y de cómo pretendíais utilizarles para acabar con el príncipe Ayodhya.

Muhammad mira por primera vez a su hija directamente a los ojos.

—No hay ningún plan —dice, al fin, con voz derrotada.

Aysha nunca había visto a su padre con los brazos caídos como está en estos momentos. El hombre no había soltado una lágrima por su madre, ni por ninguna otra persona en toda su vida y, sin embargo, ahora parecía a punto de verse desbordado por la emoción.

—Todo ha acabado, hija.

—¿Qué quieres decir? —exige saber Aysha. Teme que sea tarde para reaccionar, y que en estos momentos el plan se esté llevando a cabo. «¡El Rath Yatra! ¿Es posible que hayan decidido aprovechar la masificación de las calles para perpetrar el asesinato alguno de estos días?». Aysha siente un escalofrío recorriéndole la espalda.

—No te preocupes por el príncipe. Nada malo le va a ocurrir.

—¡Padre, explícate de una vez!

—El plan para acabar con el mandato de Ayodhya ha fracasado —confiesa Muhammad—. No existe ningún ejército de sanguinarios justicieros al servicio de una conspiración.

—¡Claro que existe! Tú mismo, el gobernador Britton y ese obispo católico lo manejáis en la distancia bajo la tutela de un tal sir Sheercliff. Según mis informaciones, se encuentra listo para atacar.

—Sir Sheercliff murió tras un accidente de caza. Eso provocó una gran deserción en el campamento y no se ha vuelto a saber nada de ninguno de esos muchachos. Nadie tiene ni idea de dónde están en estos momentos, pero es seguro que no poniendo en peligro la vida de Ayodhya.

—¿Es cierto eso que dices?

—Me temo que sí.

Aysha piensa en lo relajado que ha estado el príncipe los últimos días y contempla la posibilidad de que ya lo supiese.

—En cualquier caso, ya no hay vuelta atrás. La no consecución de vuestros objetivos no os exime de pagar por su planteamiento. El gobernador ha muerto y los hombres del marajá vienen de camino para arrestaros a ti y al obispo.

—Entiendo.

—¿Huirás?

—Siempre he tratado de evitar hacer cosas sin sentido.

Aysha asiente. Al menos reconoce que su padre es un hombre coherente con sus principios hasta las últimas consecuencias.

—*Wada'an*, padre —se despide la chica, besándole la mejilla.

Después da media vuelta, abre las viejas cerraduras de la puerta y sale a la calle, alejándose definitivamente de una tienda a la que

jamás piensa regresar.

Muhammad se queda envuelto en un silencio ligeramente perturbado por los ruidos provenientes de la calle, que se cuelan por la puerta que su hija dejó abierta al marchar. El comerciante no piensa molestarse en cerrarla. Prefiere emplear los pocos minutos que le quedan en cosas más productivas.

Muhammad pone a hervir un poco de agua en una pequeña cazuela y vierte dentro unas cuantas hojas de su mejor té. Cuando la infusión está preparada, se sirve una taza y se sienta en la trastienda a degustar su fino sabor. De un rápido repaso, recuerda todo lo que ha sucedido sobre esa alfombra en los últimos años. Ha tomado grandes decisiones que han impulsado a la comunidad musulmana dentro de la sociedad y se siente tremendamente orgulloso de ello. Pero su ambición le ha llevado a dar un paso en falso que a la postre ha resultado definitivo. Debió suponer que hacer tratos con un francés y un británico, ambos católicos, no era la mejor opción para un musulmán, pero sus ansias de poder le cegaron y le arrastraron en un torrente de total indefensión.

Consciente de que no tiene sentido seguir dándole vueltas al asunto, Muhammad concluye que lo mejor es relajarse y disfrutar de su cálida bebida, mientras espera a que los guardias lleguen a la tienda y se lo lleven esposado.

1. *La justicia de Dios en Cristo*

Nada más llegar a la iglesia, el obispo Dumont salta del carruaje y se dirige rápidamente a la sacristía. Espera que lord Britton haya dejado las escrituras en un lugar seguro y ninguno de los albañiles las haya encontrado. No se fía ni un pelo de ellos.

Pero al entrar en la iglesia, monseñor Dumont se da cuenta de que está vacía. No se escuchan los golpes de los martillos en los cinceles ni el desquiciante chirriar de las poleas elevando espuertas de argamasa hasta lo alto de los andamios. No sabe por qué los trabajadores se han tomado el día libre sin su permiso, pero al menos eso ha hecho que nadie haya tenido acceso a sus documentos.

Sin embargo, el prelado pronto descubre que el silencio que reina en la iglesia no significa que no haya nadie en su interior. Al cruzar frente al altar, monseñor Dumont cree ver la silueta de una persona parcialmente escondida detrás de uno de los pilares que soportan la bóveda.

—¡¿Quién anda ahí?! —exige saber el padre Dumont, entornando los ojos para distinguir al supuesto intruso.

—La justicia de Dios en Cristo.

El obispo no tarda ni un segundo en reconocer la voz de su antiguo pupilo.

—¡¿Nagesh?!

Sin decir nada, el muchacho sale de entre las sombras y se sitúa frente al obispo. Viste una capa con capucha que inmediatamente echa para atrás, dejando al descubierto la penumbra de su rostro.

—¡Me dijeron que habías muerto regresando de Darjeeling! —exclama monseñor Dumont caminando, sorprendido, hacia él.

—Nunca he estado en Darjeeling, ¡maldito embustero!

Al oír el duro tono que emplea el muchacho en su voz el obispo detiene su avance.

—¿Cómo que no? ¿Entonces dónde diablos has estado metido?

—¡No me tome por imbécil! Sabe de sobra a dónde fui llevado.

—¿Qué estás diciendo?

—La carta que me dio era bien clara.

—¿La carta para el cónsul? Ese papelucho no decía nada importante…

—No trate de engañarme. ¡Sé lo que ponía la carta! —le advierte Nagesh apretando los dientes—. Sir Sheercliff me la leyó en su despacho antes de convertirme en su prisionero.

—¿Su prisionero? No sé a qué narices te estás refiriendo, pero dudo mucho que tengan algo que ver con ello unas simples palabras de cortesía y el interés por su afamada mercancía.

—¡Deje de mentirme! Usted sabía que no era a Darjeeling a donde me enviaba. ¡Me vendió a ese hombre como si fuese un esclavo!

—Pero ¿qué estás diciendo?

Las evasivas del obispo hacen que Nagesh empiece a ponerse furioso.

—Quiero que me diga qué le hizo a mi mujer.

—Disculpa, ¿es esto un interrogatorio? —se ofende monseñor Dumont, sintiéndose atosigado ante la retahíla de preguntas de Nagesh—. ¿Desde cuándo te crees tú con potestad de exigirme explicaciones?

—La mató aprovechando mi ausencia. ¡Es usted un asesino y un cobarde!

Monseñor Dumont le mira de reojo, pero no contesta.

—¿Qué hizo con su cuerpo?

Harto del silencio del obispo, Nagesh echa a un lado su capa, dejando a la vista la brillante arma que cuelga de su cinturón.

—Esa es… ¡Mi daga! ¿Qué diablos estás haciendo con ella? —grita el obispo, encolerizado—. ¡¿Por qué está en tu poder?!

—Hoy las preguntas me toca hacerlas a mí.

Monseñor Dumont no puede apartar la mirada de la daga. Llevaba años sin conocer su paradero. Le había perdido la pista el mismo día en que el hermano Visharad se había ido de la abadía, lo que parecía indicar que se la había llevado consigo, pero nunca tuvo la certeza total de que así hubiese sido. Al pasar los años sin saber de ella, había escrito cartas a los más afamados coleccionistas europeos preguntando por objetos de esa índole, pero ninguno le había remitido información relacionada con la daga en cuestión. Ante la prolongada falta de indicios, el religioso llegó a pensar que había sido destruida por algún inconsciente para utilizar sus materiales en nuevas obras de orfebrería.

—Quiero que me digas de dónde la has sacado —requiere el obispo en un tono amenazante.

—Se lo repito, padre: hoy las preguntas me toca hacerlas a mí —insiste Nagesh sin dejarse amilanar—. Sé lo que le hizo a mi madre.

—Ah, tu madre… Veo que has conocido al viejo hermano

Visharad. Seguramente él haya sido también quien te haya dado mi daga. Me la robó abusando de mi confianza antes de huir de la abadía como una rata que escapa del fuego.

—Habla de abusos como si tuviese derecho a hacerlo.

—¿Crees que la forcé a ello? —pregunta el obispo Dumont, optando por no andarse con rodeos.

—Ella te dio su aprobación.

—¡Sí!

—¿Y mi hermano? ¿También le dio su consentimiento para que le enterrase bajo la higuera?

—Destilas rencor por cada poro de tu piel. ¡Vamos, admítelo! Sí, eres mi bastardo, aunque no te guste, aunque eso haga que te repugne ser quien eres.

—Ha utilizado la fe y la indefensión de las personas para aprovecharse de ellas. Eso es lo que en verdad me repugna.

—¿Para eso es para lo que has venido? ¿Para ajusticiarme por todos mis errores? ¿Acaso te has convertido en un ángel redentor al que le han encargado impartir justicia entre los pecadores?

Nagesh no se mueve ni un ápice ni retira su mirada del obispo.

—¿… O has venido a clavarme esa daga en el pecho? —pregunta el prelado—. Yo también conozco la leyenda. El mito de Ashoka el Invencible y su daga maravillosa; un arma capaz de acabar con demonios invencibles. Venía en el libro de mitología de ese bribón. La verdad es que para haber sido un sacerdote, no mostró reparos en tomar lo que no era suyo. Arranqué y quemé todas esas hojas impías antes de que nadie pudiera leerlas. Por lo visto nada estaba realmente a salvo dentro de mi baúl. Menos mal que me deshice de él en aquel mercadillo.

Nagesh sigue sin reaccionar ante el discurso del obispo.

—¡Vamos! Ven y clávame esa daga y llévate contigo todos mis pecados. ¿Serás capaz de cargar con ellos sobre tus hombros sin desfallecer? ¿Cómo vivirás con el peso de haber violado a tu madre? ¿Podrás soportar haber matado a tu hermano nada más nacer? ¿Y ser el responsable de que asesinasen a tu padre aquella noche en la que ardió vuestra cabaña?

Las palabras de monseñor Dumont enumerando las puñaladas que ha ido asestando a su vida hacen brotar unas densas lágrimas de furia de los ojos de Nagesh.

—¿Qué me dices del escarnio que sufrió tu mujer? Todavía era una niña cuando se apagó entre mis brazos. ¿Y Anuj? ¡Pobre muchacho! Con lo fiel que fue siempre… No merecía esa suerte. Le quedaba tanto por vivir… Espero que el Señor le tenga en su gloria.

—Soportaré todo el peso que sea necesario solamente por poder enviarle a los infiernos.

Monseñor Dumont ríe a carcajadas.

—¿Sabes lo peor de todo? Que son solo unos pocos ejemplos. Hay muchos más, ¿comprendes? —asegura el obispo sin muestras de arrepentimiento—. ¿Aguatarán tus escuálidas piernecillas tanto peso sin romperse?

Nagesh mira a monseñor Dumont con una ira mucho mayor de la que recuerda haber sentido nunca. Sus ojos ya no ven en él al viejo tullido que cojeaba atravesando el patio de la abadía, sino al demonio de rostro desafiante esculpido hace siglos en unas grutas ocultas bajo el Templo del Sol. Nagesh aprieta la empuñadura de la daga con tanta fuerza que los tendones de su mano a punto están de romperse. Su figura se engrandece, adquiriendo una apariencia aterradora. Sus ojos parecen querer salirse de sus cuencas, tal vez para escapar de los pensamientos incandescentes que se cuecen debajo. En su mente ya no existe más universo que el sendero que le separa del demonio exterminador.

El dios Nagesh comienza a andar despacio hacia él, movido por una energía proveniente del cosmos; la misma que provoca supernovas en medio de las constelaciones y hace a los planetas gravitar. Su cuerpo arde entre llamaradas de calor fulgúreo, alimentándose de sus encarnecidos penachos. El demonio, aun consciente de su enorme poder, no se asusta al verle venir.

Entonces el dios de la guerra agarra al demonio, cuya mayor fuerza reside en su lengua, y lo arroja con violencia contra en suelo. Sus huesos crujen al hacerse añicos, emitiendo un sonido desgarrador.

Pero a los pocos instantes el demonio vuelve a ponerse en pie, como si su esqueleto se regenerase por arte de magia. El demonio ríe con la soberbia de quien se considera indestructible. Pero antes de que pueda reponerse del todo, el dios se abalanza sobre él y, agarrándola con ambas manos, estruja su cabeza como una gran fruta madura. Los sesos del demonio resbalan licuados entre sus dedos. Después, el dios lanza su endeble cuerpo con toda la fiereza acumulada contra uno de los muros del templo. La masa de carne y hueso revienta por dentro al impactar contra la dura pared de granito. Junto a ella, el demonio yace malherido, mientras el dios se acerca de nuevo a por él.

Entonces, una tercera criatura entra en escena blandiendo una especie de cimitarra de hoja curva y alargada. La criatura tiene la piel oscura y los cabellos largos.

—¡Tú! —ruge en dirección al dios de la guerra—. ¡Tú solo tenías que protegerla! ¡Pero preferiste dejarla a los pies de los lobos y huir!

La criatura corre hacia el dios dando grandes zancadas.

Al llegar a su altura, salta sobre él con el sable por delante, apuntando directamente a su rostro. El dios intenta frenar la embestida cubriéndose con la daga, pero la fuerza del impacto es brutal y termina cayendo hacia atrás. La criatura se acerca a él y alza el sable por encima de su cabeza, dejándolo caer acto seguido sobre su oponente, quien logra una vez más repeler la estocada haciendo uso de su daga. Pero obviamente, ambas armas no están hechas para luchar en igualdad de condiciones y, sabedor de ello, el dios trata de levantarse cuanto antes para continuar el combate desde una posición más adecuada.

—¡Jamás la mereciste! —grita la criatura, dando medio paso atrás y elevando el pie izquierdo—. ¡Era mía y me la robaste!

El ruido de las armas al chocar se propaga por el templo, retumbando con estruendo. El acero damasceno sobrepasa en dureza la resistencia de la daga y, tras varios ataques sin tregua, esta sale despedida hacia un rincón. Acorralado, el dios busca a su alrededor algún objeto con el que defenderse, pero la criatura le agarra por el cuello y aprieta con todas sus fuerzas. La respiración del dios se vuelve cada vez más dificultosa, mientras este no ceja en su empeño de quitarse de encima a su atacante. El dios sabe que no podrá soportar la presión mucho más.

—Ella… —susurra el dios con el poco aire que le queda en sus pulmones—, ella aún vive.

Al oírlo, la criatura afloja su mano. El dios aprovecha su descuido para asestarle un duro cabezazo en mitad de la cara y rematar su ataque con un violento puñetazo en la mandíbula. La criatura cae al suelo, inconsciente, con una fuerte hemorragia en su rostro. De una patada, el dios envía su arma lejos de su alcance.

El efecto del estrangulamiento no se desvanece de inmediato y al dios le cuesta trabajo recuperar el flujo de aire necesario para seguir luchando.

Entretanto, el demonio ha tenido tiempo de recomponer sus tejidos y empezar a incorporarse, pero el dios no va a permitirle llegar más allá. No exento de dificultades, se dirige hacia él y le planta una rodilla en el pecho, acorralándole contra el suelo. El demonio observa, inmovilizado, cómo el dios acerca la daga dorada a su pecho, y estalla en carcajadas.

Pero en el momento de empujar la empuñadura contra el

corazón de demonio, el dios Nagesh se detiene. El demonio aprovecha la indecisión para clavar las garras en su antebrazo, obligándole a soltar el arma. Sin casi esperar que toque el suelo, el demonio se aferra a ella y sin dudar ni un instante, la clava en el abdomen del dios. Entonces, contra todo pronóstico, en lugar de caer sin vida junto al demonio, el dios Nagesh resiste erguido sobre él.

El demonio no comprende el porqué de su fracaso, mas está claro que la daga no ha sesgado la vida del dios como esperaba. Aprovechando el momento de confusión, el dios extrae de entre sus ropajes una pequeña navaja de madera; el regalo que un día le hizo un amigo por su cumpleaños. El demonio ríe al ver el tamaño del arma que el dios piensa utilizar con él, pues su hoja no parece capaz de traspasar la dura coraza de piel que le protege.

Sin embargo, lejos de usar la navaja contra él, el dios alza lentamente su brazo y desliza su afilada hoja sobre su muñeca. La sangre empieza a brotar de sus venas a borbotones. Esa sangre que heredó de su madre; la que compartió con el hermano del que le separaron al nacer; la misma sangre en la que disolvió su veneno la serpiente que mordió a su madre mientras él nacía, tiñéndola de un oscuro color y dotándola de un olor que ha espantado desde siempre a otros animales.

El dios arroja la navaja a un lado y con su otra mano aferra la mandíbula del demonio, forzándole a separar los labios. Acto seguido, el dios acerca su brazo chorreante de sangre contaminada hasta la boca del demonio y deja que esta se vierta en su interior.

El veneno que durante toda su vida ha conservado en su sangre el Dios de las Serpientes, adormece la lengua del demonio nada más tocarla. El entumecimiento se extiende rápidamente al resto de su cara, desdibujando a su paso su sarcástica sonrisa. El demonio es forzado a tragar el cóctel mortífero, un líquido mortecino que va destruyendo las células de sus tejidos a medida que se desliza hacia sus entrañas. El demonio grita mientras su corazón se acelera presa del pánico, bombeando frenéticamente la muerte a cada rincón de su cuerpo. Finalmente se produce el colapso general y todos sus órganos se paralizan.

Con un último chillido aterrador, el demonio cae al suelo desfigurado y sin vida.

El dios también ha perdido mucha sangre y, sin fuerzas para mantenerse en pie por más tiempo, termina derrumbándose a su lado.

Al poco, las tinieblas les cubren a ambos con su pertinaz manto

negro y en la iglesia queda solo el silencio.

1. *Tan lejos como alcance mi vida*

Nagesh pasa las dos semanas siguientes a su enfrentamiento con el obispo durmiendo y recuperándose de las heridas. Sus sueños son espesos y a ratos le cuesta distinguir si está despierto o dormido, pues en ambas situaciones está presente en los mismos lugares, junto a las mismas personas. Shefali está con él, curándole los cortes y cambiándole los vendajes cuando estos se empapan nuevamente de sangre. No deja de canturrear una bonita canción que cree haber oído antes, pero no logra adivinar de cuál se trata ni cuándo la ha podido escuchar. De vez en cuando, ella le pasa un paño húmedo por la cara y el cuerpo para limpiarle el sudor.

Nagesh oye a veces un ruido intermitente, como si lloviese a su alrededor, pero no siente la lluvia sobre la piel. Cuando el ruido cesa, el trino de los estorninos rellena el silencio. Tampoco escucha conversaciones cercanas. Debe encontrarse solo en algún lugar apartado y techado.

Cada cierto tiempo, Shefali le acerca un cuenco a la boca para que beba algo parecido a leche, pero mucho más amargo. Él no tiene ninguna gana de tomárselo, pero cuando ella le pide que haga por beber con esa dulce voz de apsara, no puede resistirse. Llevaba mucho tiempo sin oírla. Tanto que no sabe cómo pudo seguir con vida sin hacerlo. Nagesh quiere decirle que jamás se volverá a separar de ella, pero sus palabras son como bolas de barro que desde el fondo de su pecho se resisten a salir a la superficie.

A medida que Aysha va reduciendo la dosis de sus medicinas, Nagesh empieza a recobrar paulatinamente el control de sus sentidos. Las paredes de una habitación en la que apenas hay sitio para una cama y un pequeño taburete van haciéndose más nítidas a su alrededor. Al mismo tiempo, sus magulladuras y cortes se vuelven más dolorosos. También Shefali empieza a acudir menos asiduamente a verle.

La mayoría del tiempo que Nagesh pasa despierto el taburete está ocupado por otra mujer. La ve sonreír cada vez que abre los ojos, lo que le da a entender que su recuperación va por buen camino. Cree que se parece bastante a Aysha, aunque cuando abre los ojos no tiene tiempo de reconocerla con certeza antes de que estos se vuelvan a cerrar.

—¿Dónde está ella? —logra articular un día, tras notar que Shefali lleva mucho tiempo sin aparecer por la habitación.

—¿Dónde está quién?

—Shefali. Mi mujer.

Aysha ve que Nagesh intenta incorporarse y se acerca a ayudarle.

—No vayas tan deprisa. Todavía no estás recuperado.

Como si sus palabras fuesen una premonición, Nagesh recibe una intensa descarga en la parte baja del abdomen que le hace ver que sus días de reposo absoluto aún no han terminado. El muchacho se recuesta frustrado por su lento progreso y respira profundamente hasta que el dolor se va atenuando.

—Shefali está muerta, ¿recuerdas? —le dice Aysha.

—Lo creeré cuando alguien me muestre su cadáver.

Nagesh cierra los ojos y se sumerge en un profundo sueño. En él revive la tarde en la que comió nísperos bajo el árbol triste. Su aspecto esta vez rezuma una verde exuberancia y de sus ramas cuelgan tantos frutos que sería posible alimentar a la ciudad entera. Afortunadamente, la mayoría de los habitantes de la misma desconocían la existencia de ese rincón secreto; aunque Nagesh está seguro de que, aun sabiendo de ella, no darían nunca con su ubicación precisa. Para llegar a ese árbol había que internarse en el bosque acompañado de un hada, o bien encontrarla una vez dentro, junto a algún manantial y que ella te mostrase el camino. Así le había ocurrido a él. Aquella chica era un hada, no cabía duda. ¿Cómo si no podría conocer los rincones más bellos del bosque? Y él, un simple paria recluido del mundo durante casi toda su vida, había logrado casarse con ella.

Cuando vuelve a abrir los ojos, Nagesh se siente mucho mejor. Esta vez el descanso ha sido realmente reparador, como si este hubiese borrado los restos de cansancio que los sueños anteriores se habían dejado a su paso.

En un primer intento, el muchacho comprueba que puede incorporarse sin más ayuda que la de sus brazos apoyados en la pared, y comienza a caminar. A punto está de tropezarse con el taburete. «Recuerdo haber hecho este taburete junto al hermano Alfred».

Nagesh sale de la habitación dando tumbos y va a dar a una diminuta cocina. No se había percatado hasta ahora, pero todo este tiempo ha estado en su propia casa. Aysha debió quedarse a cuidar de él y por eso la veía tan asiduamente. «¿Dónde habrá dormido ella todo este tiempo?», se pregunta.

Nagesh encuentra a la joven musulmana en la cocina, troceando unas verduras sobre la mesa. Se oye hervir el agua en un caldero de bronce puesto al fuego. Cuando Aysha le ve se lleva un susto de muerte.

—¡Cielos! ¡Has recobrado tu capacidad de sigilo! —admite, sonriendo, una vez recuperada.

—Tengo la boca seca —murmura Nagesh.

Aysha vierte un poco de leche en un cuenco y se lo acerca hasta la mesa. El muchacho toma asiento y bebe con ganas. Volver a probar algo no relacionado directamente con la alquimia le reconforta, aunque la leche tenga un ligero sabor agrio que ya casi había olvidado.

—Has perdido mucha sangre y sigues estando muy débil para caminar. Necesitas descansar al menos un par de días más —le recomienda Aysha—. ¿A quién diablos se le ocurre cortarse las venas con un maldito trozo de hierro oxidado?

Nagesh se mira la venda que cubre su muñeca sin recordar cómo llegó a provocarse esa herida.

—¿Me corté con algo?

—Te cortaste las venas a propósito con una navaja para hacer beber al obispo tu sangre. Parece que lo que se dice es cierto y en ella aún se conserva el veneno de la serpiente que mordió a tu madre. Lo curioso es que tú no sufras sus efectos. ¿Cómo sabías que monseñor Dumont se intoxicaría al tragársela?

—Creo que no lo sabía.

Nagesh palpa la venda sobre su abdomen. Aunque lo hace con mucho cuidado, siente un fuerte pinchazo que le atraviesa el cuerpo entero.

—Es una herida de espada. Por suerte para ti, la hoja no penetró demasiado y todos tus órganos quedaron a salvo —dice Aysha, mientras echa las verduras en el caldero e incorpora algunas especias.

—¿Había alguien más en la iglesia?

—¿Alguien más? No, os encontraron al obispo y a ti tendidos uno al lado del otro sobre un charco de sangre. Aunque, al parecer, esa sangre te pertenecía solo a ti. El obispo había recibido un montón de golpes, pero no presentaba cortes o heridas profundas. Quitando las contusiones y alguna pequeña hemorragia en la cara, su estado encajaba con el de un fallecido por mordedura de una serpiente.

—¡Qué raro!

—¿En serio que no te acuerdas de nada de lo que pasó?

—Tengo algunos recuerdos difusos, pero nada más. Creo que durante unos minutos perdí el control de la realidad.

—¡Eso sí que es raro! ¿Habías tomado alguna sustancia…?

—¿Qué? ¡No! —niega Nagesh. Puede que su experiencia hubiese sido un tanto surrealista, pero no había tenido nada que ver con ninguna droga—. ¿Cómo están las cosas ahí fuera?

—¿En la calle? Bueno, no se puede decir que no haya pasado nada durante el tiempo que te has pasado durmiendo. ¿Sabías que el gobernador también ha muerto?

—¿Cómo? ¿Lord Britton?

—Sí. Le aplastó el carro de Jagannath.

—¿Le aplastó el carro? ¿Es que le empujaron bajo las ruedas?

—No está muy claro. Los testigos aseguran que él mismo se tiró al suelo por propia voluntad.

—Nunca me lo hubiera imaginado.

—Desde luego era difícil de predecir —admite Aysha—. Como supondrás, tras la muerte del mandatario británico y del líder religioso, la fuerza europeísta se encuentra en un momento delicado. Las nuevas iglesias han sido derribadas y los templos que el obispo había reconvertido, recuperados por el hinduismo. Parece que la gente quiere borrar las huellas dejadas por esos dos cuanto antes.

—La Corona nombrará sucesores.

—Sin duda. Pero la gente no permitirá que la manipulen de esa manera una segunda vez. Creo que han aprendido la lección y de algún modo su orgullo ha salido fortalecido.

—¿Y qué ha pasado con tu padre? ¿Está bien?

—Le han arrestado. No tardarán en juzgarle.

—Espero que tenga un juicio justo.

—Eso no le favorecería. Está acusado de alta traición y ese delito se paga con la horca.

—Ya. ¿Sabes algo de los chicos de la plantación?

—Un chico llamado Shalim ha venido por aquí un par de veces a verte, pero estabas durmiendo y no quisimos molestarte.

—¡Vaya! Espero que vuelva pronto.

—Sí, eso dijo que haría. En cuanto al resto, muchos de ellos han sido reclutados para formar parte de la guardia personal del marajá.

—¿De veras? ¡Pero si nos entrenaron para matarle!

—El príncipe ha sabido apreciar sus dotes para el combate y los ha querido tener a su lado. Ofreció públicamente un puesto destacado a todo aquel que le jurase lealtad. Fueron muchos los que acudieron a su llamada.

—Es una gran noticia.

Aysha remueve las verduras que flotan reblandeciéndose en el caldero y la casa empieza a llenarse de dulces aromas.

—Quiere verte.

—Agradezco su gesto, pero no va a ser posible durante un tiempo.

—¿Tienes hambre?

—No demasiada. La leche me ha saciado por el momento —dice Nagesh, frotándose el estómago—. Si no te molesta, creo que volveré otro rato a la cama.

—Claro. Descansa. Ya te he dicho que te vendrían bien un par de días más.

«Un par de días más».

Nagesh se pregunta qué extraña cualidad poseen las mujeres para estimar con tanta precisión el tiempo que alguien debe reposar. Sin embargo, cree que es mejor no mostrar objeción. Total, el número de días al final es lo de menos, y en verdad no ha tardado demasiado en notar de nuevo su cuerpo carente de vigor.

Así pues, Nagesh regresa a su habitación y continúa durmiendo lo que resta de día.

Cuando despierta, Nagesh no es consciente del tiempo que ha transcurrido desde su primer desayuno. Con cuidado, se incorpora lentamente y permanece sentado en la cama unos minutos, observando cómo la herida de su muñeca lucha por cicatrizar al aire libre. A juzgar por su tamaño, debió brotar bastante sangre por ella.

Con la cabeza fría, Nagesh se considera doblemente afortunado; primero por no haber muerto desangrado y segundo por no haber cogido una infección fatal.

Nagesh se frota el rostro con las palmas de las manos. Contrariamente a lo que se esperaba, su tez está suave y lisa. Parece que Aysha se ha preocupado de mantenerle afeitado y aseado todo este tiempo. «Benditas mujeres», piensa, agradecido.

Mucho más seguro de sí mismo que el último día, Nagesh se incorpora de la cama sin la necesidad de apoyar sus manos contra las paredes y sale de la habitación.

Esta vez, la casa se encuentra vacía y en silencio, y la lumbre está apagada. Todo a su alrededor está ordenado y limpio. La casa muestra un aspecto rejuvenecido que a Nagesh le recuerda el día en que entró junto a la que acababa de convertirse en su mujer. Ahora, la casa ha recobrado algo que de algún modo también tenía por aquel entonces, pero que había perdido en los últimos tiempos.

Nagesh decide salir al jardín para dejar que los rayos del sol le hagan entrar en calor. Necesita sentirse directamente bajo el cielo y poder respirar en un espacio abierto.

Nada más poner un pie en la tierra, Nagesh ve a Aysha cortando leña muy cerca del rincón que antaño ocuparon las flores de su mujer. Cuando Nagesh regresó de Sambalpur, el jardín no era más que un montón de matojos marchitos, pero ahora el terreno está arado y las plantas crecen con una energía renovada.

Pese a su escasa corpulencia, la chica maneja el hacha con la destreza de un leñador, repartiendo certeros y precisos tajos que despedazan los troncos de una forma impecable. Nagesh se queda contemplándola durante un rato, hasta que ella repara en su presencia y aprovecha para hacer un descanso. Al verle en tan buen estado, Aysha se alegra de veras.

—Shalim ha venido a verte otra vez —le dice, golpeando un nuevo tronco con el hacha. Está claro que no sabe estar parada—. Volverá luego.

Nagesh se sienta en una piedra cerca del estanque. Puede volver a ver el fondo del mismo y un puñado de pececillos nadando despreocupados. A él no le importaría tampoco ir a buscar a su amigo en lugar de esperarle sentado, pero no tiene ni idea de dónde puede estar.

—¿Ya te he dicho que tienes muy buen aspecto? —observa Aysha.

—Me parece que sí. La verdad es que me encuentro mucho mejor, y todo te lo debo a ti —reconoce Nagesh—. ¿Te has aburrido mucho estos días?

—Para nada. He estado muy ocupada limpiando un poco la casa y he arreglado el jardín. También he conocido a una amiga.

—¿Una amiga?

—Una gata muy bonita que se acerca por aquí cada vez que tiene hambre. Está embarazada y camina de forma muy graciosa.

—Ahora que lo dices, creo haberla visto antes; debe de ser de algún vecino —dice Nagesh, intentando recordar si alguno de ellos tenía gatos cuando él se fue a Sambalpur—. ¿Has vuelto a hablar con el príncipe?

—No, no he querido dejarte solo y él no puede venir hasta aquí. En cualquier caso, los dos tenemos nuestras vidas y, aunque me gustaría volver a verle algún día, por el momento la boda no entra en mis planes. Y creo que entre en los suyos tampoco. Hay quien dice por ahí que la princesa está otra vez embarazada y los astros auguran el nacimiento de un varón.

Nagesh asiente.

—Me alegro mucho por ellos, aunque me duele haber arruinado vuestro matrimonio.

—¿Bromeas? Nunca existió voluntad real de casarnos por ninguna de las dos partes. Los únicos interesados eran mi padre y los otros dos.

—Entonces, mejor así —resuelve Nagesh—. Oye, Aysha, voy a estar fuera un tiempo. En vista de que finalmente no te mudarás al palacio, puedes quedarte a vivir en mi casa si no quieres volver a la de tu padre.

—¿Cómo? ¿Piensas hacer algún viaje?

—Voy a buscar a Shefali.

Aysha pasa varias veces una lima por el filo del hacha y lo pone a prueba cortando a la mitad dos troncos más.

—Sigues sin creer que esté muerta, ¿verdad?

—Siento que no lo está.

El sentimiento de Nagesh se funda especialmente en las últimas palabras del hermano Jacob en las que advertía a Anuj que la joven debía escapar. Puede que al novicio le diese tiempo a trasladar esa necesidad a su mujer, y todo lo que se cuenta no sea más que una historia engordada de boca en boca.

Aysha clava el hacha en el tocón y se limpia el sudor de su frente.

—¿Puedo ir contigo?

—Tal vez no hayas nacido para ser una princesa, pero tampoco estás acostumbrada al tipo de vida que te exigiría el venir conmigo. Es mucho mejor que permanezcas aquí y empieces a construir tu porvenir.

La chica parece dudar, pero finalmente accede.

—Está bien. Agradezco tu hospitalidad. Cuidaré de tu casa, de la gata y del jardín de tu mujer. Ojalá puedas volver con ella pronto y continuar la vida donde la dejasteis.

—Soy yo el que debe estarte agradecido, Aysha. Has cambiado mi modo de ver la vida y me has devuelto la ilusión y las fuerzas en el momento en el que más las necesitaba. Sé que Shefali está viva y no regresaré hasta que la encuentre. Pero si eso no llega a ocurrir jamás, quiero que sepas que desde hoy rezaré todas las noches por tu felicidad.

—Aunque no lo haga a los mismos dioses que tú, yo también rezaré por ti, Nagesh.

Nagesh se levanta con el alba y termina de preparar la bolsa que llevará en su viaje. Aysha le ha dejado preparadas sobre la mesa

algunas cosas para comer durante el camino y unas pocas monedas para que pueda comprar lo que necesite. Nagesh coge la comida, pero no las monedas. Sabe que no las necesitará más que ella.

Tendida en el suelo muy cerca de la chimenea, la joven musulmana duerme profundamente. Al verla sin velo, Nagesh se da cuenta de lo bella que es. «Debe estar acostumbrada a que todos los hombres la deseen y, sin embargo, no pone reparos en dormir en el suelo durante semanas para cuidar a un paria moribundo. Ni siquiera todo el oro de un marajá ha podido comprar un corazón tan puro».

Nagesh cierra con mucho cuidado la puerta para no despertarla y sale al jardín. Todavía hay algunas luciérnagas revoloteando sobre las flores, ajenas a los signos que indican la llegada de un nuevo día. Nagesh desata el nudo de su collar y extrae uno de los huesos de níspero. Después vuelve a atarlo alrededor de su cuello. Devolverle el collar a Shefali será una motivación extra en su viaje. Nagesh hace un pequeño agujero con el dedo en el suelo, entierra el hueso entre las plantas y lo riega con un poco de agua del estanque. Cuanto más pequeño sea ese árbol cuando regrese, antes lo habrá hecho.

Tras despedirse finalmente frente a la casa de los pocos recuerdos felices que tuvo tiempo de acumular en ella, Nagesh da media vuelta y emprende su camino calle abajo. Sabe que su misión es complicada pero también sabe a dónde debe dirigir sus pasos. «… Pero si algún día quiero purificarme, no me conformaré con un lago como el Narendra Kund, ni con ningún afluente menor. Pienso ir a Varanasi. Entonces sí que estaré preparada para morir». Aquellas lejanas palabras resuenan en su cabeza una y otra vez mostrándole a dónde debe dirigir sus pasos: Varanasi, el caprichoso oasis del Ganges.

Nagesh saca de su bolsa la tapa de la caja donde una vez talló el rostro de Shefali y la mira con añoranza. Cree que por mucho que lo intente nunca será capaz de repetir un retrato con tanto realismo y profundidad como ese. Han pasado demasiadas cosas desde entonces y, si ahora tratase de volver a hacerlo, seguramente los sentimientos que trasmitiese serían muy diferentes. En esa mirada hay capturadas esperanza, ilusión, alegría… Nagesh no consiguió que su mujer las conservase junto a él de la forma en que lo ha hecho la madera. Antes de casarse, le había prometido hacerla feliz eternamente, pero ella ya era feliz antes de conocerle y, a su lado, la eternidad había durado menos que un suspiro.

Nagesh gira hacia el oeste. Su sombra se alarga a sus pies como

si tuviese aún más prisa que él por llegar. «No te apagues del todo, estrella mía, no dejes de brillar. Caminaré hasta que ardan mis piernas, hasta dejar atrás el muro negro del que colgabas cada noche. Llegaré tan lejos como alcance mi vida, pero juro que no pararé hasta encontrarte».

Para cuando Aysha despierta, Nagesh hace ya dos horas que partió. La chica ve el dinero sobre la mesa y sacude la cabeza, pero se alegra de que al menos se haya llevado la comida.

En un cazo sobre la encimera queda un poco de leche del día anterior que no tiene ganas de calentar otra vez. Aysha se la sirve en uno de los cuencos que Nagesh trajo de la abadía y se la bebe. Hoy tendrá que salir a comprar más leche para ella y para la gata, que en su estado necesita alimentarse más que nunca.

Nada más terminar su frugal desayuno, Aysha se dirige al cobertizo para colocar la leña cortada el día anterior. La precipitada marcha de Nagesh le impidió apilarla correctamente y teme que si sigue colocando más troncos encima, en cualquier momento pueda venirse abajo.

Al llegar, Aysha escucha un dulce miagar proveniente de entre los montones de madera. La chica no tiene dudas de que se trata de la misma gata que ha visto rondando habitualmente alrededor de la casa, pero esta vez sus maullidos son más dulces y pausados.

Siguiendo el rastro sonoro, la chica aparta un par de troncos y la encuentra recostada de lado, lamiendo a cinco pequeños gatitos de pocas horas de vida. Aysha deja, emocionada, su carga a un lado y se acerca muy despacio a la gata para no asustarla. Los cinco gatitos ronronean, buscando torpemente las mamas de su madre.

—Vaya, así que estás hecha toda una mamá —le susurra, acariciándole el lomo con delicadeza. Aunque su pelaje está lleno de serrín y virutas de madera, es suave y agradable al tacto.

La gata también ronronea en señal de gratitud. Todavía está agotada por el esfuerzo de parir a los cinco miembros de su camada. Aysha recuerda que debe comprar leche, ahora con muchos más motivos. Sin embargo, antes de irse, la chica se fija en cada una de las crías y repara en una gatita muy especial. Su cuerpo es negro y marrón, y su cara blanca. Bajo su ojo izquierdo se dibuja una bonita mancha con forma de luna creciente.

Agradecimientos

A mi familia y amigos, en especial a mis padres, Antonio e Inmaculada, por dármelo todo. A María, por su compañía, su paciencia y su amor. A mis dos tesoros, Sergio y Nora, por haberme elegido como padre; trataré de hacerlo lo mejor posible. A todos aquellos que directa e indirectamente han participado en la creación de esta historia, algo de cada uno de vosotros está presente en ella. También a todos los que en general forman o han formado parte de mi vida, por haberme hecho como soy. Y por supuesto a ti, por, de entre todos los libros que existen en el mundo, haberte detenido en el mío. Gracias por ser parte de este sueño.